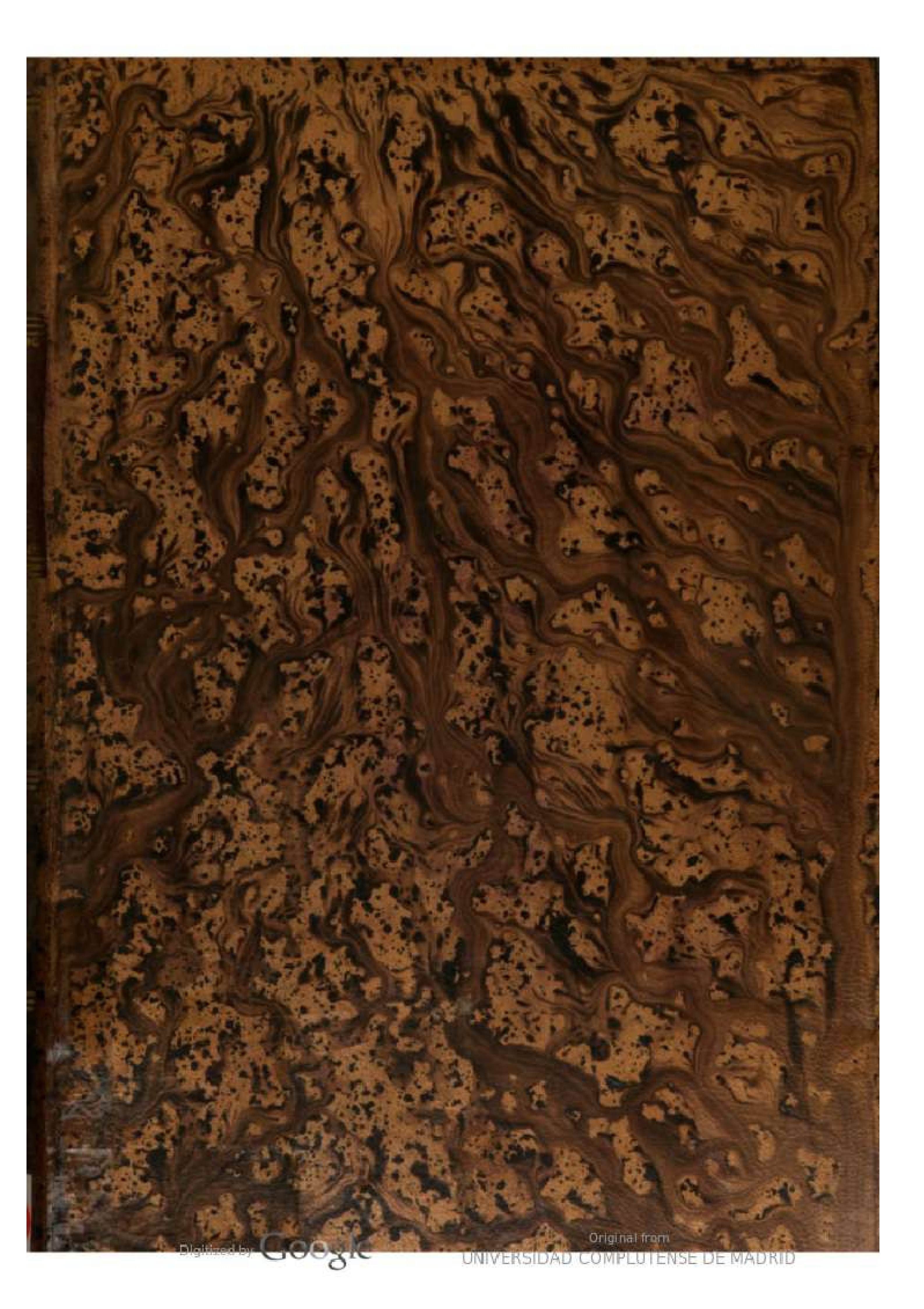
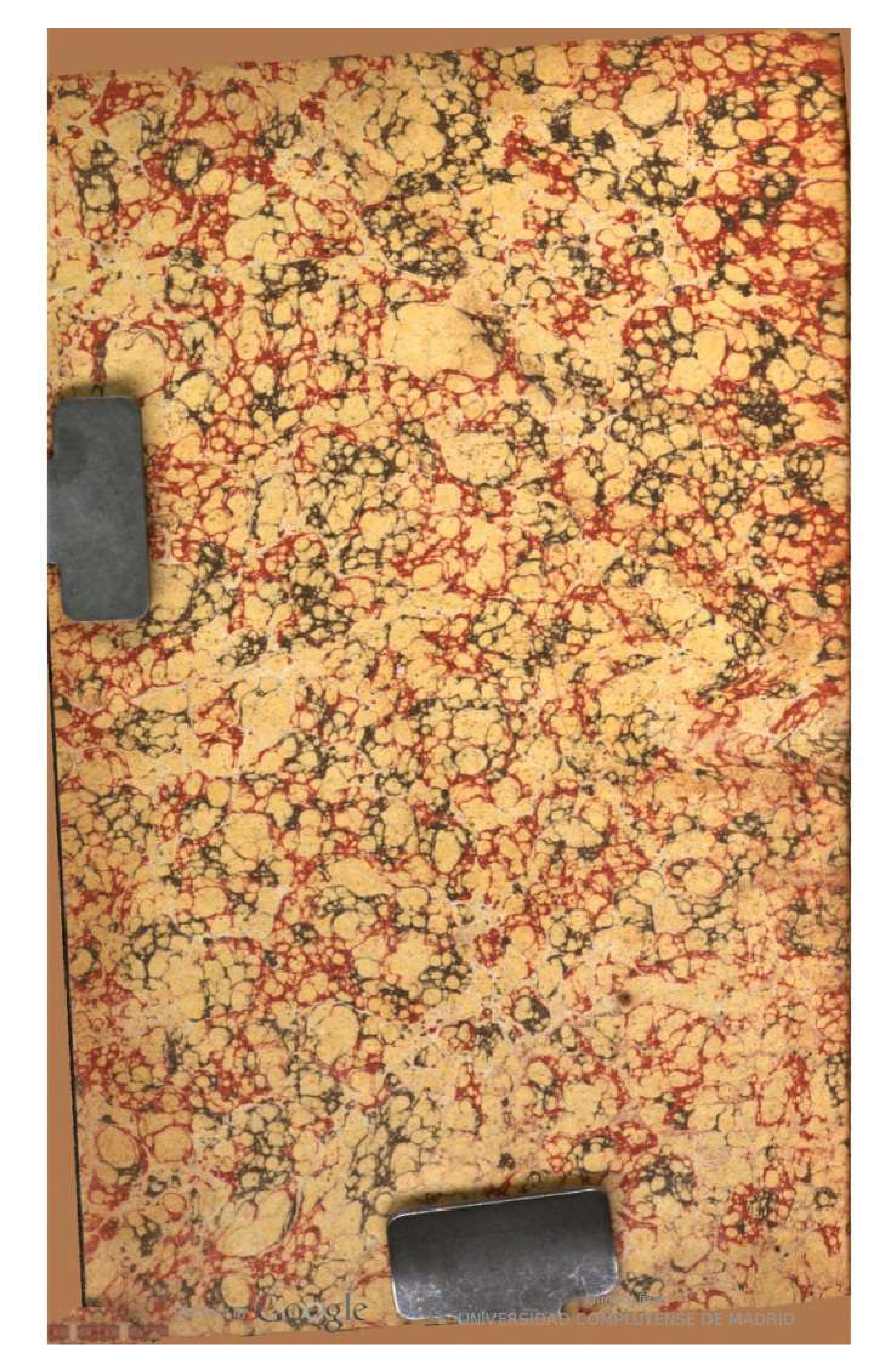
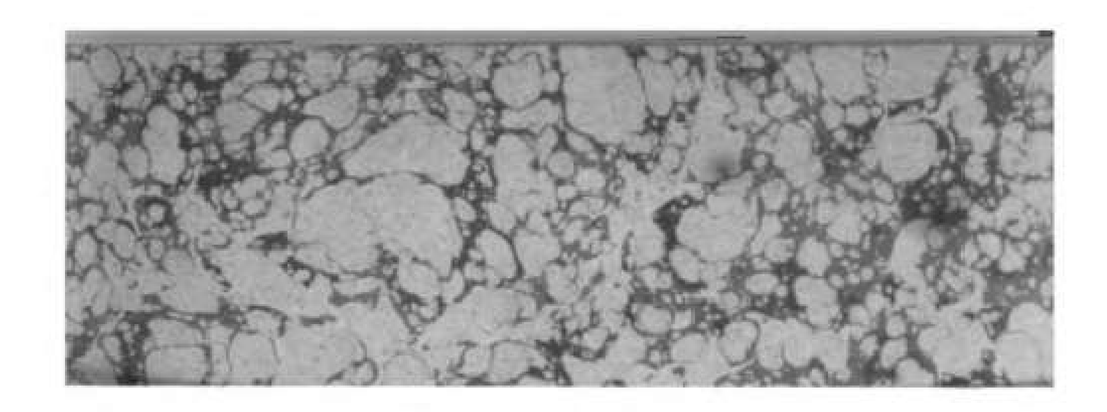
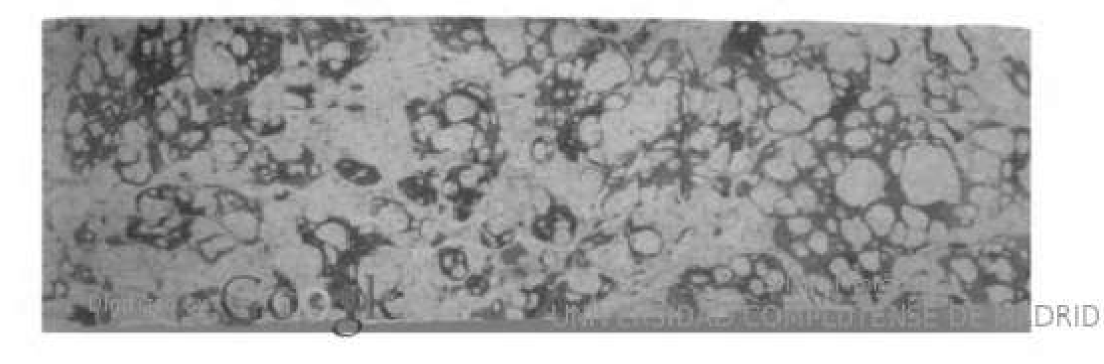




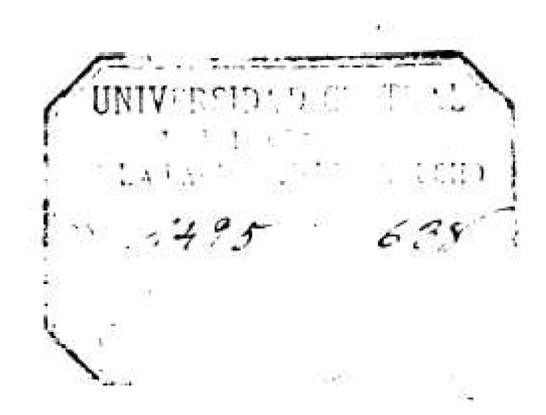








HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA





HISTORIA GENERAL

DE ESPAÑA,

POR

DON MODESTO LAFUENTE,

DE LA ACADEMIA DE LA HISTORIA.

PARTE TERCERA.

EDAD MODERNA.

TOMO XVI.

MADRID.

IMPRENTA A CARGO DE D. DIONISIO CHAULIE,
calle del Almirante, núm. 7.
MDCCCLXIX.





HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA.

PARTE TERCERA.

EDAD MODERNA.

DOMINACION DE LA CASA DE AUSTRIA.

LIBRO IV.

REINADO DE FELIPE IV.

CAPÍTULO I.

SITUACION INTERIOR DEL REINO.

De 1621 á 1626.

Proclamacion de Felipe.—Novedades y mudanzas en la córte.—Caida del duque de Uceda, y elevacion del conde de Olivares.—Prision y proceso del duque de Osuna.—Suplicio de don Rodrigo Calderon.—Destierro del inquisidor general Fr. Luis de Aliaga.—Muerte de los duques de Uceda y de Lerma.—Córtes de Madrid en 1621.—Notables proyectos de reforma de un procurador.—Junta de reformacion de costumbres creada por el conde-duque de Olivares.—Pragmáticas y reales cédulas: medidas de utilidad pública.—Instruccion sobre materias de gobierno.—Juicio que el pueblo iba formando del conde-duque de Olivares.—Conducta de éste con los



infantes don Cárlos y don Fernando.—Córtes de Castilla de 1623.—Viage del rey á Aragon.—Córtes de aragoneses, valencianos y catalanes (1626).—Quejas de los valencianos: graves dificultades para votar el servicio: fuertes contestaciones entre el rey y el brazo militar.—Despóticas intimaciones del monarca.—Agitaciones y escándalos.—Vótase el servicio.—Dificultades en las de Aragon.—Enojo del rey.—Pasa Felipe á Barcelona.—Desaire que le hacen los catalanes.—Marcha repentina de la córte.—Carta del rey á las córtes de Aragon desde Cariñena.—Excesos y desmanes de las tropas castellanas en Aragon.—Quejas de las córtes.—Rasgo de prudencia y de generosidad del rey.—Agradecimiento de los aragoneses.—Servicio que le votaron.—Regreso del rey.—Apúntanse las causas de sus necesidades, y de las del reino.

Jóven de diez y seis años Felipe IV. cuando por muerte de su padre fué llamado á sucederle en el trono (31 de marzo, 1621), el pueblo celebró su advenimiento con regocijo, sin otra causa ni razon y sin saber de él otra cosa sino que era otro monarca del que antes tenia; pues como dice un ingenioso escritor de aquellos dias y de este suceso, «ninguna cosa despierta tanto el bullicio del pueblo como la novedad..... y la mejor fiesta que hace la fortuna y con que entretiene á los vasallos es remudarlos el dominio.»

No todos sin embargo participaban de la alegría popular, señaladamente los que habian tenido el valimiento del recien difunto monarca, y sabian ó recelaban que no habian de gozar de la privanza del hijo; que este era el gran negocio que preocupaba á los cortesanos y poderosos de aquel tiempo. Volvieron á la córte muchos personages desterrados ó presos por

el último rey, ó indultados por él en los postreros momentos de su vida. Solamente no habia hallado gracia en el moribundo soberano el cardenal duque de Lerma su antiguo valído, que para este solo, entre la lista de los que habian de ser perdonados, se le cansó la vista, porque su hijo el duque de Uceda le habia puesto en el último renglon.

Sin embargo, pocos momentos antes de morir el rey, habia sido llamado á la córte el magnate cardenal por sus amigos; pero noticioso de ello el conde de Olivares, alcanzó una órden del príncipe en que le prescribia que no viniese, y con esta cédula despachó al consejero don Antonio de Cabrera, para que le hiciese volver si acaso estaba ya en camino. Mas conociendo el de Olivares que era anticipada autoridad y jurisdiccion la que usaba el príncipe, luego que murió su padre hizo que el nuevo rey expidiera otra órden, y se despachó con ella otro correo. Innecesario fué ya este segundo mandamiento, porque bastó el primero al duque cardenal, que en efecto se hallaba ya camino de la córte, para volverse á Lerma, dando con esto ejemplo de obediencia y fidelidad á quien aun no ejercía la soberanía, por mas que estuviese próximo á ello (1).

(1) Fragmentos históricos de la vida de don Gaspar Phelipe de Guzman, conde-duque de Olivares, por don Juan Antonio de Vera y Figueroa, conde de la Roca. MS. de la Biblioteca de la Real Academia de la Historia.—Relacion política de las mas particulares acciones del conde-duque, escrita por un embajador de Venecia á su república. MS. de la misma Academia.

Casi siempre al advenimiento de un nuevo soberano hay mudanza de el personal de los palaciegos y en la gente que mas cerca está al servicio de los príncipes y tiene mas manejo en los negocios. Y esto era mas de esperar y suponer en una época en que los validos lo eran todo, y mucho mas atendiendo á la madeja de intrigas que dijimos habia estado devanándose en torno al lecho mortuorio del finado monarca. De contado el duque de Uceda, que suplantando al de Lerma su padre en la gracia y favor real habia tenido todas las cosas en su mano, al llevar un dia los papeles del ministerio de Estado al jóven rey para que le ordenára lo que habia de hacer de ellos, recibió por respuesta que los entregára á don Baltasar de Zúñiga, tio del conde de Olivares, que apoderado del corazon de Felipe, cuando era príncipe, desde que le hicieron gentilhombre de la cámara, era el llamado á obtener su privanza cuando llegó á ser rey. «Ya todo es mio,» habia dicho viendo cercano á la muerte, y antes que falleciera Felipe III. (1); y su vaticinio no tardó en cumplirse, como ya todo el mundo en la córte lo tenia previsto. Reemplazó pues á la privanza de los duques de Lerma y de Uceda con Felipe III., la del conde de Olivares con Felipe IV. La sucesion de los príncipes se señalaba por la sucesion de los validos.

(1) El conde de la Roca: Fragmentos de la vida del conde-duque de Olivares.

Era don Gaspar de Guzman hijo segundo de don Enrique, segundo conde de Olivares, contador mayor de Castilla, alcaide de los alcázares de Sevilla, virey de las dos Sicilias y embajador en Roma, donde nació el don Gaspar en 1587. Hizo sus estudios en Salamanca, en cuya universidad fué lector. Dióle Felipe III una encomienda y así unió á la toga de las escuelas el hábito militar de Calatrava. Habiendo muerto su hermano mayor, dejó el manteo para ceñir la espada. A poco tiempo por muerte de su padre heredó los títulos de familia. Su matrimonio con doña Inés de Zúñiga (1607), su prima hermana, dama de la reina doña Margarita, é hija de aquel virey del Perú, de quien dijimos en otra parte que por su desinterés y desprendimiento habia muerto tan pobre que fué menester que la audiencia de Lima le enterrára de limosna, le hacia esperar que por via de merced á la hija de tan alto y virtuoso caballero no dejarian los reyes de otorgar á su casa la grandeza de España, objeto de su ambicion, y que tuvo mas parte que el amor en el afan con que solicitó aquel enlace. Mas viendo que aquella gracia se diferia, é instigado á que se hiciera merecedor de ella con servicios, pretendió á los veinte y cuatro años de su edad la embajada de Roma que habia desempeñado su padre, llevado mas del deseo de ostentar á tan pocos años tan distinguida honra que con ánimo é intencion de ir á servir aquel cargo, puesto que por no salir de España pidió licencia para reti-



rarse á cuidar sus haciendas en Sevilla, donde hizo su casa el centro de reunion de los hombres de ingenio y de letras, á que por sus primeros estudios era grandemente inclinado, y para las cuales no carecia de disposicion él mismo.

Dejamos dicho en otra parte como entró el don Gaspar de Guzman de gentilhombre de la cámara del príncipe (1615), cuando el rey determinó poner casa á su hijo. Aunque el de Lerma se arrepintió pronto de haber puesto cerca del príncipe á un hombre cuya sagacidad, industria y disimulo comenzó á inspirar pronto recelos para lo futuro, y aunque con el designio de alejarle intentó seducirle renovando la especie de la embajada de Roma, la respuesta del conde fué que aceptaria la embajada, pero sin dejar el oficio de la cámara; y como al propio tiempo le sostuviera en este puesto el de Uceda, mantúvose en él el de Olivares, sin que se volviera á hablar de la embajada de Roma. A fuerza de constancia y de astucia, que la tenia para esto grande, logró el Guzman ir conquistando el valimiento y la gracia de un príncipe que no le mostraba en los primeros años afecto ni simpatías. Estas y otras contrariedades fué venciendo con admirable perseverancia, halagando las inclinaciones y lisonjeando los caprichos del jóven Felipe. De modo que cuando hubo aquella revolucion y mudanza de la servidumbre del cuarto del príncipe (1618), de que en otra parte dimos ya cuenta, á pesar de los manejos

que el de Lerma y los de su partido emplearon para ver de arrancarle de su lado y sustituirle con el de Lemus, él quedó vencedor en todas aquellas rivalidades é intrigas de privanza, y el duque-cardenal se confirmó en el pronóstico que tenia de algunos años antes de que habia de sucederle en ella un Guzman. Acompañó despues al príncipe á la jornada de Portugal, y aunque á su regreso pasó á Sevilla para ver de poner remedio al mal estado de su hacienda, como sobreviniese luego la enfermedad del rey, volvió el de Olivares á la córte llamado por su tio don Baltasar de Zúñiga, para que no desaprovechara los momentos críticos que habian de decidir de su suerte. Entonces fué cuando el príncipe le dijo: «El mal de mi padre se ha apretado; parece que no tiene ya duda su tránsito y nuestra desdicha: si Dios le lleva, conde, solo de vos he de fiar.» Y entonces fué cuando, perdida toda especie de remedio para el rey, dijo el de Olivares al de Uceda: «A esta hora todo es mio.—¿Todo? replicó el duque.—Todo, respondió el don Gaspar, sin faltar nada.» El tiempo acreditó que el ministro favorito del nuevo rey habia sido mas exácto que hiperbólico en estas frases (1).

(1) El conde de la Roca: Fragmentos de la vida del conde-duque de Olivares; MS. de la Biblioteca de la Real Academia de la Historia.—Relacion política de las mas memorables acciones del conde-duque, por un embajador de Venecia, traducida del italiano. Esta obrita, que se encuentra entre los manuscritos de la Academia de la Historia, y la cual hemos visto tambien traducida al portugués, contiene muy curiosas é importantes noticias, y su autor,

A fin de ganar crédito con la nacion y con el rey, y aparentando querer desagraviar al reino de las ofensas hechas y de los abusos cometidos por los ministros y consejeros del tercer Felipe, comenzó don Gaspar de Guzman, conde de Olivares, por separar de los empleos y hacer salir de la córte, ó por castigar con el destierro ó la prision á los personages mas favorecidos del duque de Uceda. Fué una de las primeras víctimas el gran don Pedro Tellez Giron, duque de Osuna, virey que habia sido de Sicilia y de Nápoles, que calumniado y acusado por sus enemigos de Italia y de España, segun dijimos en el anterior libro, hacia mas de un año que se paseaba por Madrid, merced á la proteccion que le dispensaba el de Uceda, bien que

que dice habia estado mucho tiempo en Madrid, muestra estar bien informado de los sucesos de esta época y conocer á fondo el gobierno de la monarquía.

Hé aquí el retrato físico y moral que este embajador hace de el de Olivares: «Don Gaspar de Guz»man es hombre de estatura gran»de, aunque no de elevada ta»lla, que le hace grueso de cuer»po y cargado y encorvado de es»paldas, de cara larga, de pelo »negro, un poco hundido de boca, »y de ojo y narices ordinarias, de »cabeza caida de la parte de de»lante, y de la de atras alto y de »ancho cerco, de frente espaciosa, »si bien la cabellera postiza que »trae la achica; el color del rostro »trigueño, el mirar tiene entre os»curo y airado....... soberbio de »naturaleza, pero agradecido á be»neficios....... su ingenio es eleva»do y perspicáz........ goza de una »facundía natural en voz y una »elocuencia acompañada de doc»tísimas agudezas en escrito....... »en el negocio es facilísimo en la »apariencia, mas tan disimulado »en la sustancia, que cualquiera »queda burlado en las esperanzas »y engañado en las promesas. De »complixion es sanísimo, su mesa »es moderada, de ordinario bebe »agua, y del vino solo se sirve por »medicina por la debilidad del es»tómago; en la fatiga de despachos »y en la frecuencia de la audiencia »es pacientísimo, levántase de la »cama una hora antes del dia, tan»to de invierno cuanto de verano... »En la asistencia de servicios per»sonales al rey es tan puntual, ce»loso y diligente, que S. M. no se »pone vestido que él no le vea, ni »viste camisa que no pase por sus »manos; acostumbra ver al rey tres »veces al dia..... etc.»

dando pábulo á las murmuraciones del pueblo y á la mordacidad de escritores satíricos [1], con el boato y el lujo de carruages y de lacayos, con el cortejo y el séquito de caballeros y capitanes napolitanos y españoles que en torno á su persona llevaba siempre aquel opulento magnate, tan dado á la magnificencia y á la ostentacion. Determinó el de Olivares la prision del de Osuna, que ejecutó don Agustin Mejía, del Consejo de Estado, con el marqués de Povar, capitan de la guardia española, cercándole la casa é intimándole la órden con las puntas de las alabardas (7 de abril, 1621). Formósele proceso, y se nombró una junta de magistrados para juzgarle por los cargos y delitos de que le habian acusado. Prendióse despues á sus criados y amigos, contándose entre estos á don Francisco de Quevedo, á quien se sacó é hizo venir de la torre de Juan Abad donde se hallaba preso por la intimidad que con el duque tenia, para que prestára declaracion en el proceso. Registráronse y se examinaron escrupulosamente muchos cajones de papeles con la correspondencia del duque, sin que de ellos resultára la comprobacion de los delitos que se andaba buscando. Ni era fácil que resultára, siendo los crímenes que se le atribuian invencion en su mayor parte de los venecianos, ansiosos de vengarse del antiguo virey de Sicilia y de Nápoles que tanto daño habia hecho á aque-

(1) El conde de Villamediana en uno de sus punzantes epigramas habia llegado á apellidarle *ladron*.

lla república mercante, y de quien tantas humillaciones habia recibido.

Muy á mal llevó el pueblo la prision de el de Osuna; estrañaba que no se tuvieran en cuenta para descargo de sus faltas los eminentes servicios que habia prestado al reino, y muchos de los grandes que antes habian preguntado «¿por qué no se le prende?» preguntaban despues «¿por qué no se le suelta?» Cualidad natural del pueblo español, condolerse en la desgracia y murmurar la persecucion de los grandes hombres que le han admirado con sus hechos, aunque en la prosperidad haya él mismo censurado sus faltas. El duque fué el que conllevó su infortunio con mas entereza. Pero al fin, cansado de la larga duracion de sus padecimientos, acabó sus dias en Madrid, donde habia sido trasladado, no tanto de enfermedad, como de disgusto y de ira contra sus enemigos, sin que se viese en justicia su causa. Era el gran don Pedro Giron, duque de Osuna, uno de los hombres mas eminentes de su siglo, y ocupará siempre un lugar digno entre los escelentes capitanes y políticos españoles; «ministro tal, dice uno de nuestros escritores, que nunca tuvo otro mas grande la corona de España (1).»

(1) Quevedo, Grandes Anales de quince dias.—Céspedes, Historia de Felipe IV., lib. II.—Fernandez Guerra, Vida de don Francisco de Quevedo.—Leti, Vida del duque de Osuna.—Dormer, Anales de Aragon desde 1621, MS. de la Real Academia de la Historia; G., 43.

Otro de los sucesos mas ruidosos que señalaron el principio de este reinado y la política del conde de Olivares fué el memorable suplicio de don Rodrigo Calderon, marqués de Siete-Iglesias, conde de la Oliva, de quien tambien dimos noticia en el libro antecedente. Ya dijimos allí los delitos de que se habia acusado á este hombre notable. Ninguna apelacion, ninguna de las recusaciones de jueces que hizo le fué admitida (1). El jueves 21 de octubre (1621) marchaba por las calles de Madrid, acompañado de sesenta alguaciles de córte, pregoneros y campanillas, un hombre montado en una mula, vestido con un capuz y una caperuza de bayeta negra, el cabello largo, cuello escarolado, en las manos un crucifijo, y él en el crucifijo clavados los ojos. Este hombre era el antes tan poderoso don Rodrigo Calderon, á quien llevaban al suplicio. *Esta es la justicia*, decia el pregon, *que manda hacer el rey nuestro señor á este hombre, porque mató á otro alevosa y clandestinamente, y por otra muerte y otros delitos que del proceso resultan, por lo cual le manda degollar: quien tal hizo que tal pague*. El pueblo á quien tanto se habia hablado y aterrado, pintán-

(1) En el tomo XXXII. de MM.SS. de la Biblioteca de Salazar, perteneciente á la Real Academia de la Historia, se hallan los documentos siguientes relativos á esta célebre causa: «Memorial ajustado sobre la causa de don Rodrigo Calderon, para que se confirme la sentencia de muerte pronunciada conta él.» Está impreso y consta de 166 páginas en fólio. —Cédulas de perdon solicitadas y obtenidas por don Rodrigo Calderon.—Conclusion en que el fiscal pretende se repela la suplicacion de la sentencia de muerte y pide sea ejecutada.

dole como enormes y atroces los delitos de don Rodrigo, al oir los términos del pregon y considerando los crímenes por que se le condenaba, pequeños en comparacion de los que se le habian atribuido, compadecióse de él é hizo tales demostraciones de mirar aquella sentencia como cruel y tiránica, que si sus ruegos valieran, don Rodrigo no fuera ya ajusticiado. Se olvidó la antigua soberbia del hombre y solo se veia el infortunio; el ódio se convirtió en piedad, y en el suplicio no miraba la pena del reo, sino la envidia y venganza del acusador.

Aquellas demostraciones alentaron tambien á don Rodrigo: «¿esta es la afrenta? dijo: esto es triunfo y gloria.» Al llegar al patíbulo sintió tal entereza y vigor de ánimo, que en su última confesion preguntó al religioso que le asistia si seria pecado de altivez despreciar tanto la muerte, y le pidió la absolucion de ello. Besó los piés á su confesor, abrazó dos veces al verdugo, sentóse con cierta magestad en el fatal banquillo, echó sobre el respaldo una parte del capuz, volvió reposadamente el rostro al público, dejóse atar de piés y manos, inclinó su cabeza á la del verdugo como para darle el ósculo de paz, púsole el ejecutor de la justicia delante de los ojos un tafetan negro, levantó don Rodrigo la cabeza, pronunció una breve oracion con voz entera y firme, y un instante despues aquella cabeza que antes habia sido objeto de envidias, de murmuraciones y de ódios, lo fué ya

solo de lástima, de admiracion y de respeto del pueblo [1].

Murió, dice un testigo que podemos llamar ocular, no solamente con brio, sino con gala, de donde vino el refran castellano: *Andar mas honrado que don Rodrigo en la horca*, que otros traducen: *Tener mas orgullo que don Rodrigo en la horca*. Desnudó el verdugo su cuerpo, y sin cubierta el ataud, y con órden que se dió para que nadie le acompañara, fué llevado á enterrar al cláustro de los Carmelitas. Lloraron y elogiaron su muerte los mismos que en vida le habian zaherido; hiciéronle muchos epitáfios los poetas, y con esta muerte y la del duque de Osuna no ganó nada la reputacion del conde de Olivares [2].

Así murió aquel magnate, tan murmurado en vida como reverenciado en muerte. No justificarémos la conducta de don Rodrigo en la época de su vali-

(1) El historiador Vivanco, que todo lo presenció, dice que se quitó la capa que tenia puesta con la cruz de Santiago, y se llegó un criado y le vistió un capuz sobre una sotanilla escotada, á la cual y el jubon y cuello cortó las trenzas y puso un solo boton para ir mas desembarazado.—Historia de Felipe III., lib. VIII.

(2) Avisos manuscritos, en la Biblioteca nacional. — Céspedes, Historia de Felipe IV. lib. II.—Quevedo. Grandes anales de quince dias.—Proceso de don Rodrigo Calderon: Biblioteca de la Real Academia de la Historia.—Archivo de Simancas, Diversos de Castilla, legajo núm. 34.—Soto, Historia de Felipe IV. M.S. de la Academia de la Historia; G. 32.

En los *Avisos manuscritos* de la Biblioteca Nacional se lee la siguiente curiosa observacion: «Es cosa notable que todos los sucesos de esta causa fueron en martes: porque en martes salió (don Rodrigo) de Madrid para Valladolid; prendióle allí en martes don Fernando Fariñas; en martes entró en la fortaleza de Montanches; trajéronle en martes al castillo de San-Torcaz, y preso en martes á su casa; en martes le tomaron la confesion; en martes le dieron tormento, y en martes le leyeron la sentencia de muerte don Francisco de Contreras, Luis de Salcedo y don Diego del Corral.»

miento pero si los escesos que se le atribuian hubieran sido castigados en otros con la misma severidad, muchos magnates hubieran debido preceder á don Rodrigo Calderon en el camino del cadalso.

En conformidad al sistema que el de Olivares se propuso de ir haciendo desaparecer, con la muerte, la prision ó el destierro, todos los personages influyentes, amigos ó deudos del duque de Uceda, obtuvo un mandamiento real para que saliera de la córte el inquisidor general fray Luis de Aliaga, confesor que habia sido del duque de Lerma y mas adelante del rey Felipe III. (abril, 1621). Retiróse el director de la conciencia y de la política del difunto monarca al convento de su órden en Huete, y á los pocos años murió en la ciudad de Zaragoza (1).

El mismo duque de Uceda, so pretesto de la causa del de Osuna y de la estrechez que con él habia tenido, recibió órden del rey para que se retirase á su casa y lugar, y á los pocos dias (24 de abril) fueron á prenderle en su villa de Uceda un consejero de Castilla y un alcalde de córte. Reconociéronle sus papeles, y trasladáronle y le pusieron incomunicado en el castillo de Torrejon de Velasco, donde pasó á tomarle

(1) En diciembre de 1626, estando en Huete escribió contra Quevedo un papel titulado: *Venganza de la lengua española*, aunque bajo el seudónimo de Juan Alonso Laureles.

El rey pasó al confesor un papel en que le decia: «A vuestra conveniencia y á mi servicio importa que dentro de un dia os salgais de la córte, y vais á la ciudad de Huete, al convento que en ella ay de vuestra órden, y allí os ordenará vuestro superior lo que aveis de hacer.» Céspedes, lib. II., cap. III.

la confesion con cargos el licenciado Garci Perez de Araciel, del Consejo Real (13 de agosto). Condenáronle en veinte mil ducados y ocho años de destierro á veinte leguas de la córte; y aunque mas adelante por especiales consideraciones le indultó el rey (19 de diciembre de 1622), y le confirió el cargo de virey de Cataluña, al fin murió entre cadenas en Alcalá de Henares (31 de mayo, 1624). Tal fué el remate que tuvo el famoso duque de Uceda, mal ministro y peor *hijo*, y á quien por lo mismo ni siquiera tuvo compasion el pueblo en sus infortunios y calamidades.

Mucho valió al anciano cardenal duque de Lerma el capelo de que habia tenido la oportunidad de investirse, para no tener un fin mas desventurado, si bien tampoco le tuvo venturoso, porque desterrado por cédula real en Tordesillas, y convalecido de una enfermedad que le puso á dos dedos del sepulcro y de que estuvo ya desahuciado, alcanzó al fin su libertad por mediacion del pontífice y del colegio de los cardenales [1]. Mas á poco tiempo, queriendo el rey recuperar algunas sumas que á pretesto de mercedes ó remuneraciones de servicios se habian defraudado al patrimonio, y particularmente las donaciones hechas al duque de Lerma, nombró para ello jueces especiales,

(1) En los manuscritos de la Biblioteca Nacional (H. 54), *Sucesos del año* 1621, se halla una tierna carta del papa Gregorio XV., al cardenal duque de Lerma, fecha 22 de agosto 1621: «Hijo nuestro querido (le dice); las buenas obras y oficios con que tan frecuentemente has honrado la silla apostólica, etc.»

y dió un decreto de su mano que decia: «*Por cuanto, entre otras cosas depravadas que el cardenal duque de Lerma hizo despachar en su favor con ocasion de su privanza, fué una etc.....*» Las palabras de este decreto hirieron vivamente al antiguo privado de Felipe III, hízose la informacion y el duque-cardenal fué condenado á pagar al fisco setenta y dos mil ducados anuales, con mas el atraso de veinte años por las rentas y riquezas adquiridas en su ministerio. El anciano cardenal, en cuyas manos habian estado tantos años los destinos de España, no pudo resistir á este golpe y murió de pesadumbre como su hijo (1).

Escusado es decir que por este órden y de una forma ú otra fué el de Olivares abatiendo á todos los parientes, amigos y hechuras de los antiguos ministros que estaban en altos puestos, y que hizo grandes mudanzas en los consejos y tribunales, tal como la presidencia de Castilla, de que despojó á don Fernando de Acebedo, y á la cual elevó á don Francisco de Contreras, uno de sus mas parciales, y uno de los jueces en la causa de Calderon.

Dió las llaves de gentiles hombres á su cuñado el marqués del Carpio y á don Luis de Haro su sobrino, la

(1) En un tomo de manuscritos de la Biblioteca de la Real Academia de la Historia, titulado: *Memorial de cosas diferentes y curiosas*, se encuentra una larga y curiosísima informacion que el fiscal don Juan Chumacero Sotomayor, del Consejo de las Ordenes, hizo de las mercedes y donaciones hechas al cardenal duque de Lerma. Ocupa este importante documento desde el fólio 21 hasta el 79.—El decreto condenándole en los 72,000 ducados se halla entre los MM.SS. de la Biblioteca Nacional.

grandeza de España al conde de Monterey, cuñado suyo tambien, y á este tenor fué haciendo mercedes y proveyendo todos los cargos de dentro y fuera de palacio en sus parientes y particulares amigos.

De entre sus favorecidos era el que mas valia su tio don Baltasar de Zúñiga, hombre íntegro, de talento, y práctico en los negocios de Estado.

A consejo de Zúñiga se atribuye el acuerdo de celebrar aquel año córtes en Madrid (1621) para ver los medios de reparar la hacienda, que las guerras y las imprudentes donaciones de los anteriores reinados tenian no solo exhausta sino empeñada, y para corregir los demas desórdenes y males que afligian al reino. Hízose en ellas una triste, pero harto verídica pintura de estos males, y acordóse, despues de mucha deliberacion, que se ejecutara la consulta del Consejo de Castilla sobre recobrar todas las enagenaciones hechas por el capricho del duque de Lerma en el anterior reinado. Notables son la proposicion y discursos que en estas córtes dirigió al rey don Mateo Lison y Biezma, procurador por Granada. Hacíale ver la necesidad de remediar los daños de la despoblacion á que habia venido el reino, las costas y vejaciones que causaba á los pueblos la manera de cobrar los tributos, los inconvenientes del estanco de la pólvora, de los naipes, del soliman, del azogue y de otros muchos artículos, el daño de la introduccion de tantas manufacturas estrangeras, el abandono y la falta absoluta de pagas en



que se tenia á la gente de guerra de las costas y presidios, los perjuicios de tantas fundaciones de capellanías y tanta acumulacion de bienes raices en el brazo eclesiástico, la mala eleccion que se advertia en el nombramiento de corregidores, gobernadores y jueces, y la necesidad que habia de que una junta compuesta de consejeros y ministros de la corona, en union con otros tantos diputados de las ciudades, nombrara con mas conocimiento y con mayor copia de informes los que fueran mas útiles al servicio de la república, y que los méritos y servicios se remuneráran con honras y no con dinero. Triste es el cuadro que hacia de la despoblacion de España. «Muchos lu-«gares se han despoblado y perdido..... los templos «caidos, las casas hundidas, las heredades perdidas, «las tierras sin cultivar, los habitantes por los caminos «con sus mugeres é hijos mudándose de unos lugares «á otros buscando el remedio, comiendo yerbas y rai-«ces del campo para sustentarse; otros se van á dife-«rentes reinos y provincias, donde no se pagan los «derechos de millones..... Y estas necesidades, per-«diciones y daños llegan, católico señor, pocas veces «á los oidos de V. M., porque hay pocos que los di-«gan, y los que para ello tienen ocasion solo tratan «de sus pretensiones y acrecentamiento..... etc [1].»

(1) Coleccion general de Córtes, Leyes, Fueros y Privilegios, tomo XXVII. Reinado de Felipe IV. MS. de la Real Academia de la Historia.

Para remediar la despoblacion y la miseria proponian entre varias medidas la de obligar á los prelados, títulos y otros señores de lugares y mayorazgos, que no tuvieran ocupaciones y cargos forzosos en la corte, á que pasaran á residir en sus estados, donde darian trabajo á los jornaleros y pobres, y remediarian sus necesidades, permitiéndoles tambien sembrar algunas dehesas y baldíos, con cuyos aprovechamientos fueran pagando lo que debian. Otros semejantes y nada desacertados consejos daba tambien para la acertada eleccion de los gobernadores y ministros de la justicia, así como para impedir que los eclesiásticos adquirieran bienes raices con título de capellanías, memorias y fundaciones, y sobre otras materias de gobierno, muy especialmente para el desempeño de la hacienda. Entre ellos descuella el pensamiento de la fundacion de bancos para socorro de los labradores, con las precauciones y seguridades necesarias para que no se convirtieran en objeto de especulacion para administradores y logreros (1).

El rey y el conde de Olivares, ó movidos por estos

(1) Dos fueron los memoriales que en este sentido presentó aquel celoso procurador al rey. Al final del segundo dice: «Este memorial »y apuntamientos di á S. M. en »audiencia que dió á 24 de noviem»bre de este presente año de 1622, »y le supliqué y pedi por Dios to»dopoderoso le viese la Real per»sona, porque importaba á su real »servicio y bien público. S. M. le »tomó, y dijo que le veria.»

No satisfecho con esto, escribió despues un interesante é ingenioso opúsculo titulado: *Diálogo entre Rey poderoso, Reino afligido y Consejero desapasionado:* que contiene muy saludables advertencias sobre las necesidades del reino y la manera de irlas remediando.—En el mismo volúmen antes citado.

consejos, ó por que entrara en el interés del conde acreditar su privanza haciendo sentir al pueblo algunos beneficios, ó tambien con el fin de completar el descrédito y la ruina de sus antecesores, no dejaron de tomar algunas medidas de pública utilidad, que hicieron concebir de este reinado esperanzas que por desgracia se fueron poco á poco desvaneciendo. Creó y estableció el conde una junta llamada de *Reformacion de costumbres*, y mandó que se registrara la hacienda de todos los que habian sido ministros desde 1592, con informacion de la que poseian cuando fueron nombrados, y de la que tenian ó habian enagenado despues, para que se conociera la que habian aumentado por medios ilícitos, todo bajo gravísimas penas (enero, 1622). Por otro real decreto se mandó que todos los que en adelante fueran nombrados vireyes, consejeros, gobernadores, regentes, alcaldes de casa y corte, fiscales, ó para otros cualesquiera empleos de hacienda ó de justicia, antes de tomar los títulos hubie ran de hacer un inventario auténtico y jurado ante las justicias de todo lo que poseian al tiempo que entraban á servir. los cu les habian de renovar cada vez que fueran promovidos á otros oficios ó cargos mayores, cuya manifestacion se habia de repetir cuando cesaban en ellos. Una pragmática ordenando las precauciones que se habian de tomar, y las penas en que se habia de incurrir, para que no se ocultaran los bienes y haciendas «en confianzas simuladas» (en Aranjuez,

á 8 de mayo), completaba el sistema de investigacion que se habia propuesto para restablecer la moralidad en los altos funcionarios del Estado (1).

No podia dejar el pueblo de aplaudir estas medidas, y en su buen instinto comprendia que cualquiera que fuese el móvil que á ello impulsára al de Olivares, por lo menos se debia presumir que quien tan rigorosamente trataba de residenciar á otros habia de cuidar de no hacerse él mismo digno de igual censura. Y si bien en mucha parte quedaron defraudadas las esperanzas públicas, y muchos de los que se habian enriquecido con cohechos no sufrieron el condigno castigo, por parte del de Olivares parecia haber entonces un deseo sincero de remediar los males que afligian al país. Una relacion que tenemos á la vista de lo que el rey determinó proveer para el bien, conservacion y seguridad de sus reinos y alivio de sus vasallos, de acuerdo con la junta de reformacion, manifiesta no desconocer las necesidades que se padecian y los vicios y defectos que producian los males que se lamentaban, y contiene máximas muy saluda-

(1) Copia de un decreto y órden del Rey N. S. rubricado de su Real mano, para el Sr. Presidente de Castilla, su fecha en el Pardo, á 14 de enero de este año de 1622. —Copia de la forma que S. M. ha sido servido de mandar se tenga en hacer los inventarios, que ha mandado hagan de sus haciendas todos los ministros que han sido y son, rubricado de su Real mano, y fecha en el Pardo á 23 de este mes de enero.—Coleccion de Córtes, Leyes, Fueros, etc. Volúmen XXIII. MS. de la Real Academia de la Historia, fól. 138 á 142.

Forma del inventario que mandó hacer de los bienes de los ministros desde el año 1592 hasta el 1622. MS. de la Biblioteca Nacional, MM. V.

bles de buen gobierno y propósitos muy plausibles en un monarca. Resultado de estos acuerdos parece ser los capítulos de reformacion que por real cédula (10 de febrero 1623) mandó guardar como ley en el reino. Prescribióse en ella, que los oficios de veinticuatros, regidores, escribanos, procuradores y otros que tan escesiva y escandalosamente se habian acrecentado se redujeran á la tercera parte:—que ningun pretendiente, de cualquier calidad que fuese, pudiera permanecer en la córte mas de treinta dias en cada año, llevándose un registro escrupuloso de su entrada y salida:—que los consejos, tribunales y chancillerías no enviáran á los pueblos jueces ejecutores, ni otros comisionados de apremio, plagas funestas que convirtiendo su oficio en vil granjería, vejaban, molestaban y oprimian lastimosamente á los infelices pecheros, ya sobradamente agoviados, y que cuid ban mas de henchir sus particulares bolsas que de acrecer las arcas del tesoro:—que se pusiera tasa al número de mayordomos, caballerizos, pages, lacayos, criados y acompañantes que los grandes señores llevaban siempre consigo, robando brazos á la agricultura y á las artes:—que se pusiera igualmente al desbordado lujo en el menage de las casas, en los vestidos, guarniciones, colgaduras, bordados, joyas, carruages y otros objetos de pura ostentacion, en que se consumian las mejores fortunas:—fomentábanse los matrimonios, dando privilegios á los que se casáran, como el de exi-

mirles en los primeros cuatro años de todas las cargas y oficios concejiles, y de todo pecho ó impuesto, así como á los solteros que lo fuesen á los veinte y cinco años cumplidos se les imponian dichas cargas aunque estuvieran todavía bajo la patria potestad:—se prohibia la salida de gente del reino para establecerse en otra parte sin licencia real, á fin de evitar la emigracion que tenia despoblada la España, y se tomaban medidas enérgicas para que no se aglomeráran los vagos y desocupados en la córte y en las poblaciones numerosas:—mandábase á los grandes, títulos y caballeros que fueran á residir en sus estados, para que ellos no se arruinaran en la córte, y pudieran dar en sus lugares ocupacion y sustento á sus vasallos.—limitábanse los estudios de latinidad á las solas ciudades y villas donde hubiera corregidor ó alcalde mayor, para evitar el escesivo número de estudiantes, y para que muchos se dedicáran á oficios mas útiles á ellos y á la república:—se extinguian las casas públicas ó de mancebía, por los muchos escándalos y desórdenes que habia en ellas, y que se habia creido remediar con su fundacion. Con esto y con la creacion de erarios y montes de piedad para socorro de los pobres, con la reduccion á razon de veinte al millar de los foros y censos impuestos á mas bajos precios, y con otras providencias, tales como las dictaban los conocimientos económicos de aquel tiempo, creyó el conde de Olivares, si no poner completo re-



medio á los males públicos, que esto no podia tampoco ser obra de un dia, acreditar por lo menos su administracion.

Lo mejor de estas pragmáticas fué haber comenzado dando ejemplo el rey, suprimiendo oficios y empleos en la real casa, y reduciendo sus gastos á lo mismo que montaban en tiempo de Felipe II. su abuelo. Impúsose igualmente á sí mismo la prohibicion de dar empleos y oficios de república para que sirvieran como de dotes matrimoniales, como antes se habia acostumbrado á hacer, y mandó que ninguna persona fuera osada á pedirlo ni por escrito ni de palabra, sopena de la su merced (1).

Si bien algunas de estas reformas tuvieron en su ejecucion algo de ridículo, tal como ver á los alcaldes de casa y córte inspeccionar las tiendas de los mercaderes y hacer quema pública y como auto de fé de los cuellos, valonas y lechuguillas, de las randas, bordados, puños y otras galas y aderezos de los prohibidos en la pragmática por costosísimos y ruinosos, y de que los comercios estaban atestados, húbolas que produjeron verdaderas economías, y de cuyas resultas no dejaron de entrar sumas de cuantía en las arcas del tesoro, de las cuales persuadió el de Olivares al rey no se hiciera uso sino para la manutencion de sus ejércitos y escuadra, para la defensa, conserva-

(1) Muchas de estas disposiciones forman parte de la Nueva Recopilacion.

cion y mantenimiento de la religion, de la dignidad real y de los estados de la corona. Dióse tambien al rey una larga Instruccion sobre materias de gobierno, en que se le advertia cómo habia de conducirse con el brazo eclesiástico, con los infantes, con los grandes de Castilla, títulos, caballeros é hidalgos, con los diferentes consejos, con las chancillerías y corregidores, y con los pueblos y la gente del estado llano. Esta Instruccion han creido muchos, en nuestra opinion con poco fundamento, fuese tambien obra del de Olivares [1].

Habia á no dudar movimiento, y al parecer cierto laudable deseo y afan en todo lo que pudiera conducir á la reformacion de que tanto necesitaba el Estado. Y fuesen mas ó menos acertados ó erróneos los arbitrios económicos puestos en planta por el de Olivares, fuesen mas ó menos sinceros y desinteresados los esfuerzos y afanes que manifestaba por levantar de su postracion al reino, el pueblo ensalzaba entonces su sabiduría, y en su entusiasmo celebraba al nuevo ministro como el mejor de cuantos en España se habian conocido. Su actividad al menos no po-

(1) El señor Valladares y Sotomayor, que insertó esta Instruccion en el tomo XI. de su Semanario erudito, no cree que fuese ni del conde-duque de Olivares ni del príncipe del Tigliano, á quien la han atribuido otros, sino del arzobispo de Granada don Garceran Alvanel, hombre de muchas letras y de gran virtud, maestro que habia sido de Felipe IV, cuando era príncipe, y á quien este seguia consultando en todos los casos graves. —El conde de la Roca y el embajador de Venecia, autor de la Relacion política, afirman haberla por lo menos presentado el de Olivares.

dia negarse, y de su acierto no habia muchos que pudieran juzgar con gran conocimiento en aquella época.

Mas no tardó en empezarse á dudar de la sinceridad de sus intenciones, y en sospecharse que lo que se proponia era alucinar al jóven soberano con magníficos proyectos, y que halagándole con la idea de engrandecer su monarquía ý hacerle el soberano mas poderoso del mundo, pensaba mas en su propia elevacion y en afirmar su privanza y aumentar su fortuna, que en la prosperidad del rey y del Estado. El pomposo título de *Grande* con que hizo apellidar á un príncipe que ni habia hecho nada para serlo, ni talento ni edad para poderlo ser tenia, fué un acto de adulacion y de lisonja que dió sobrado pábulo á la murmuracion. No dió menos motivo de censura con irse á habitar en el palacio mismo de los reyes, ocupando el departamento en que solian vivir los príncipes de Asturias. Allí se hacia llevar los papeles de las secretarías del despacho, daba audiencias, despachaba con los ministros, dictaba órdenes á los Consejos, y hacia los mismos ó mayores alardes de poder que habia hecho el privado del anterior monarca, el duque de Lerma.

Sea que los infantes don Cárlos y don Fernando, hermanos del rey, aunque jóvenes, no llevaran con paciencia el predominio del de Olivares, sea que él los mirara como un estorbo á su influencia, dirigió sus

miras á apartarlos de la córte; y so pretesto de negociar á Cárlos un enlace ventajoso con alguna princesa estrangera y darle un vireinato ú otro cargo honroso en punto de donde pudiera conquistar algun nuevo estado ó provincia á la corona, y halagando á Fernando, ya cardenal y arzobispo de Toledo, con la esperanza de ceñir un dia la tiara pontificia, trabajaba por separar al uno y al otro del lado del soberano, representando á éste los peligros de tenerlos cerca de su persona, y aun los inconvenientes de su permanencia en España. Como este espediente no surtiera efecto, mas adelante, con motivo de una grave enfermedad que padeció el rey, luego que el conde le vió libre de ella dirigióle un largo escrito en que le denunciaba una misteriosa conjuracion que durante su enfermedad sabía por revelaciones confidenciales haberse estado fraguando en palacio, y aun en su mismo aposento, entre los magnates que le rodeaban, y en la cual se hacia figurar á sus Altezas de una manera que inducia grandes sospechas de complicidad. Para dar mas aire de verdad ó de verosimilitud á la denuncia, y aparecer en ella desinteresado el favorito, añadia, aparentando la mas completa abnegacion, que tal vez la conspiracion iria solamente contra el que tenia la fortuna de ser favorecido de su soberano, y que si en retirarse él consistia el que las cosas se aquietáran y aquello se acabar., lo haria gustoso y sin sentirse de ello, dando á Dios infinitas gracias y á S. M. por tanto bien como le habia



hecho [1]. El tiempo acreditó que ni el rey quiso desprenderse de su valido, ni éste insistió en renunciar á la privanza.

Habia quedado ejerciéndola mas de lleno, y enteramente solo, desde la muerte de su tio don Baltasar de Zúñiga, único con quien habia en cierto modo compartido la autoridad durante los dos primeros años. Murió el don Baltasar sin haber visto los efectos del decantado sistema de reformas; y aunque en las córtes de Madrid de 1623 se hizo al rey felicitarse de los buenos resultados que aquellas habian producido, y de que el Estado comenzaba á recobrar su vigor y fuerza, los procuradores de las ciudades, á quienes no era tan fácil alucinar, veian que ni las costumbres se habian reformado, ni la industria y las artes alcanzado mejoras, ni obtenido alivio los pueblos en los tributos, y las córtes le asistieron con doce millones á pagar en seis años [2]. Y es que, como veremos luego, las guerras continuaban consumiendo mas de lo que los pueblos podian satisfacer y el reino soportar.

El de Aragon le hizo presente por medio del marqués de Torres don Martin Abarca de Bolea, que para asistirle con el servicio que pedia seria conveniente, y así lo deseaba el pueblo, que S. M. fuera en persona

(1) En el tomo XXIX. del Semanario erudito se hallan tres importantes documentos relativos á este asunto. Los dos primeros aunque sin fecha, son indudablemente de los años 23 y 24; el tercero es de 10 de octubre de 1627.

(2) Archivo de la suprimida cámara de Castilla, registros de Córtes, volums. XV. XVI. y XVII.

á celebrar córtes, así para la reforma de algunas leyes, como para que prestara el juramento de costumbre de guardar los fueros del reino. El rey condescendió en ello gustoso, y en su virtud espidió la competente carta (diciembre, 1624), convocando para el inmediato enero córtes generales de los tres reinos, señalando para las de Cataluña la ciudad de Lérida, para las de Aragon Barbastro, y Monzon para las de Valencia. Sintiéronse mucho los valencianos, y tomaron gran pesar de que á ellos se les designára una villa de fuera de su reino, no solamente por el perjuicio de la distancia, sino por el disfavor que á su parecer esta singularidad envolvia. Así fué que el brazo militar envió á Madrid un comisionado, y otro la ciudad de Valencia [1], para que representáran á S. M. el desconsuelo que el reino sentia de verse tan desfavorecido, y el trestorno y los gastos que se le irrogaban, y que no habia razon para que negase á los valencianos lo que se concedia á los aragoneses y catalanes. «Es que los «tenemos por mas muelles,» les dijo el conde-duque al oir su demanda. «Si V. E. quiere decir, le replicó «el primer embajador, que son mas blandos en ren-«dirse al gusto de su rey y de sus ministros, aunque «atropellen sus conveniencias y derechos, esto es un «mérito mas para conseguir lo que suplican.—Pues

(1) El primero fué el jóven letrado don Cristóbal Crespi, de la primera nobleza del reino, y distinguido por su talento, prudencia y cordura; el segundo era don Rafael Alconchel, tambien persona muy para el caso.

«acudid al conde de Chinchon, que allá bajará la re«solucion de S. M.» Mas como la resolucion del rey no bajase, al ponerlo otro dia el embajador en conocimiento del conde-duque para ver lo que disponia, díjole éste sécamente: «El rey se ha de partir mañana «inevitablemente, irá á Zaragoza, y de allí á Monzon; «si el reino de Valencia estuviese en aquella villa, le «tendrá las córtes; sinó desde allí veremos lo que se «ha de hacer.—Pues esto escribiré, contestó el envia«do.—Podeis hacerlo,» replicó brúscamente el ministro; y con esto se separaron, no poco admirado el valenciano de la altivez del favorito [1].

Cumplióse lo que éste habia anunciado. Al dia siguiente partió el rey camino de Aragon con grande acompañamiento, llevando consigo al infante don Cárlos. Al llegar á Zaragoza (13 de enero, 1626), y como al pasar frente al palacio real de la Aljafería, donde se hallaba el Santo Oficio, advirtiese que habia allí guarnicion ó presidio de tropa, cosa que ignoraba, hizo merced á la ciudad de quitarla ó suprimirla, dándole en ello una prueba de su estimacion, la cual agradecieron mucho los aragoneses. La entrada pública de Felipe IV. en Zaragoza fué solemne, magestuosa y brillante, y con todo el aparato y ostentacion que se pudiera imaginar. En la iglesia metropolitana prestó de rodillas y ante el libro de los Evangelios, que tenia

(1) Dormer, Anales de Aragon, MS. de la Real Academia de la Historia, lib. II., cap. III.

en sus manos el Justicia de Aragon, el acostumbrado juramento de guardar las leyes y fueros del reino; despues de lo cual y con descanso de pocos dias partió para Barbastro, donde se habian de tener las córtes.

Allí hizo la proposicion (20 de enero, 1626), que se redujo, como de costumbre, á una recapitulacion de los sucesos mas notables de dentro y fuera del reino desde que él subió al trono de las atenciones, necesidades y apuros que ocasionaban las guerras en que él y sus antecesores se habian empeñado, y del objeto para que las córtes fueron convocadas. Lo mismo ejecutó á los pocos dias en Monzon (30 de enero). Mas como aquí el brazo militar hiciese un acuerdo (11 de febrero) para que no se entendiera consentido nada que se refiriese á materias del servicio, hasta que el rey hubiera jurado los fueros y decretado sobre cada uno de los capítulos que se propusieran, apresuróse el conde-duque á protestar contra aquella deliberacion y á intimar que no se pasara por ella; lo cual dió ocasion á esplicaciones réplicas y satisfacciones entre el estamento militar y los tratadores de córtes, que al fin paró en que se concediera el servicio sin aquella condicion: testimonio de la debilidad á que habian venido ya las córtes valencianas.

Esto no obstante, cuando se trató del servicio, ocurrieron muy graves y sérias dificultades, especialmente por parte del brazo militar, que era el mas numeroso,



y en cual para que hubiera deliberacion se necesitaba conformidad de pareceres. El servicio que el rey pedia era de dos mil infantes pagados por el reino para llevarlos á donde fuese menester. Resistíanlo los valencianos, primero porque decian que esto era introducir las quintas como en Castilla, lo cual consideraban contrario á sus libertades, y segundo porque harto exhausto, decian, ha quedado el reino con la espulsion de los moriscos, y harto cara les ha costado á los barones y caballeros, que ahora debian esperar una remuneracion cuanto mas nuevos sacrificios. Tratado este punto diferentes veces en el estamento, nunca el servicio llegaba á obtener la tercera parte de votos. El conde-duque de Olivares intentó persuadir y ganar á los caballeros mas influyentes, hablándoles aparte, pero lejos de ablandarlos los encontraba siempre duros y firmes; y como una de estas conferencias la tuviese el Miércoles de Ceniza, le dijo al gobernador de Valencia: «*Dia de Ceniza es hoy, señor don Luis, y muy buena me la han puesto estos caballeros.*» El rey mismo habló á algunos en particular; mas viendo el poco fruto que sacaba, dirigió una fuerte intimacion á los tres estados (2 de marzo, 1626) haciéndoles ver la obligacion estrecha en que estaban de servirle bien y pronto como nobles y buenos vasallos, que asi lo exigian sus necesidades, y tal era su deber de conciencia. A esta comunicacion, en que se traslucia el enojo del soberano, contestaron los estamentos que la dilacion no consistia



en su voluntad, sino en la flaqueza del reino, y que ya procurarian que con la mayor brevedad posible se tomára resolucion. Pero fiando poco en esta palabra el conde-duque, redobló sus esfuerzos, provocó reuniones y conferencias particulares en casa del gobernador de Valencia, mas nunca en ellas pasaron de tres ó cuatro los que se atrevieron á opinar por la concesion del servicio. Entonces el rey y sus ministros acudieron á los otros dos brazos, el eclesiástico y el real ó popular, los cuales le otorgaron sin resistencia.

Creyéndose con esto robustecido y firmemente apoyado el monarca, dirigió al brazo militar por medio de los tratadores un papel firmado de su puño, en que reconvenia duramente á los nobles por su tardanza, les daba en rostro con el ejemplo de los otros brazos y con el de las córtes de Aragon, y les apercibia y conminaba con hacerles sentir toda la autoridad de rey (1). Aun esto no bastaba á doblegar á aquellos al-

(1) Es muy notable esta comunicacion, y la vamos á trascribir íntegra:

«Direis al brazo militar tres «cosas con suma brevedad. La «primera, que el brazo de la Igle«sia y el Real me han servido ya «en la conformidad que he pro«puesto, y ellos nó, y que yo sé y «estoy mirando á la par lo uno y «lo otro, admirándome infinito «que personas nobles se hayan «dejado ganar por la mano en el «servicio de su rey, y siendo yo «quien hoy lo es por la misericor«dia de Dios. Lo segundo, les di«reis que he entendido que se «propone por algunos en aquel «brazo de hacerme donativo de «tanto y de una vez; diréisles á «esto que yo no dejé mi casa, á la «reina y á mi hija con la descomo«didad que el mundo ha visto pa«ra negociar donativos que se con«suman en el aire. Por lo que lo «dejé todo fué por acudir como «justo rey á proveer de defensa «firme, segura é igual á todos mis «reinos, y al mantenimiento de «nuestra sagrada religion en ellos, «y que, pues son mios y Dios me «los ha encargado, se persuadan «de dos cosas: la una que los he «de mantener en justicia y obe«diencia, y la otra que los he de «proponer la asistencia que me

tivos próceres, y leido el decreto en la primera sesion del estamento, don Miguel Cerbellon manifestó con enérgica franqueza que en su sentir no se debia otorgar el servicio, con cuyo parecer se conformaron otros, y en aquella junta no se resolvió nada. Una carta confidencial que pasó el conde de Olivares al gobernador de Valencia hizo tomar otro aspecto á este asunto, que se iba agitando en demasía y haciéndose peligroso. Decíale en ella que el rey se hallaba tan irritado, que entre otros desahogos de su mal humor habia dicho, que no tenia vasallos nobles en aquel brazo cuando no habian dado allí mismo de puñaladas á don Miguel Cerbellon sin dejarle hablar mas: que tanta terquedad le parecia ya sedicion, y que habia jurado por su hija no hacerle ya mas amonestaciones, ni esperar mas que aquel dia. Comunicó á todos el go-

«deben dar para que los defienda »porque no tengo con que hacerlo, »ni están obligados los otros mis »reinos á dar su sangre para esto »si ellos no la dan para los otros. »Y últimamente que lo que han »menester para defenderse lo he »de juzgar yo, que soy su rey, y »sé que aunque no quieran ellos »acudir á lo que tanto les importa, los he yo de guiar y enderezar »como verdadero padre y tutor »suyo y de todo el reino, que es »mio, y no le hay otro que sea legítimo. Lo tercero y último les »direis, que quedo con gran desconsuelo de que haya sido menester advertirles y acordarles »mi servicio á los que debieran »no tratar de otra cosa ni discurrilla sino obedecer ciegamente á »mis proposiciones, y ser agente »cada uno de ellos en todos los »otros brazos, y que hoy se hallan los nobles de Valencia en el »estado que las universidades de »Aragon, y muy cerca de hallarse »en mucho peor; y que les pido »con verdadero amor y paternal »afecto que me busquen a priesa »mientras me ven los brazos abiertos. Asi lo espero de sus obligaciones, y quedo con satisfaccion »de que con esta diligencia no me »ha quedado ya por hacer nada »de cuanto ha podido un padre »justo y amoroso del bien y recto »proceder de sus vasallos y de su »enderezamiento.» Dormer, Anales manuscritos de Aragon, lib. II., cap. XI.

bernador la carta; juntáronse á deliberar en la iglesia de la Trinidad, y visto que habian llevado la oposicion hasta un punto del que no podia ya pasar sin que tocára en abierta desobediencia y rebelion, lo cual no habia sido nunca su propósito, votaron todos el servicio, á escepcion de don Francisco Milan. Bastaba esto solo para producir un gravísimo conflicto en un cuerpo en que se necesitaba la unanimidad para que hubiera deliberacion. La noticia llegó á palacio, el conflicto existia, y gracias que no cundió entre los nobles el dicho de uno de los ministros del rey (don Gerónimo de Villanueva), que esclamó: «Merecia el don Miguel Milan que le dieran garrote.» Por fortuna lograron reducirle sus compañeros, y la votacion del servicio fué unánime.

Pero aun quedaba otra gran dificultad. Lo que el brazo militar acordó fué contribuir con un millon setecientas ochenta y dos mil libras, moneda de reales de Valencia, repartidas con igualdad entre los tres brazos, y siempre que la cobranza de dicha suma no fuera contraria á los fueros, leyes y costumbres del reino. No estando conformes las cláusulas de este servicio con las del otorgado por los otros dos brazos, mandó el rey que cada uno nombrára comisarios que se entendiesen entre sí y con sus tratadores para ver el medio de venir á conformidad. Juntáronse en efecto y conferenciaron comisarios y tratadores, y como el rey estuviese ya en vísperas de salir para Barcelona, á

propuesta del celoso y prudente don Cristóbal Crespi, se adoptó un dictámen que pareció bien á los tres brazos, y fué el que se presentó al rey, á saber: que la cantidad del servicio se redujera á un millon ochenta mil libras, ó á la mitad del que pagase el reino de Aragon, si fuese menos, y no mas, y que la paga habia de hacerse en efectos, tal como pólvora, cuerda, bastimentos y municiones, y no en dinero, porque esto era todo lo que la escasez y el abatimiento del reino permitian. Conformóse el rey con este acuerdo, aunque tan menguado era el servicio respecto á lo que habia pedido, que tal era tambien su necesidad.

Así las cosas, y cuando todo parecia arreglado, nuevas complicaciones y de peor especie vinieron á turbar la armonía que empezaba á nacer entre el rey y las córtes. Despues de haber accedido el monarca á la súplica que estas le hicieron, de que permaneciera en Monzon doce dias mas, hallándose en sesion, viéronse sorprendidas con un mandamiento real, que de palabra les comunicó don Luis Mendez de Haro, diciendo que S. M. habia resuelto partir al dia siguiente, que queria antes celebrar el solio acerca del servicio, que para los demas asuntos nombraria un presidente, y que por lo tanto era menester que en el término de media hora determináran lo necesario al efecto: y sacando el reloj les intimó que comenzaba á correr el plazo. Absortos y suspensos dejó á todos un

acto de tan inaudita arbitrariedad é inconsecuencia, tan contrario á sus fueros, y tan sin ejemplar en la historia. Al verse tan ingratamente tratados, el primer impulso del estamento militar fué acordar que en la hora y punto que el rey partiese para la jornada de Barcelona saldrian todos de Monzon, dando al reino el escándalo de disolverse las córtes antes de haber tratado ninguna materia de interés público, y así lo hubieran hecho si no se hubiera dejado ganar por el rey el brazo eclesiástico. Discurriendo qué partido tomar habian pasado toda la noche, cuando en aquel estado de agitada confusion á las seis de la mañana entró otra vez don Luis Mendez de Haro, á decirles que no pudiendo S. M. dejar de hacer alguna demostracion con vasallos que no se ajustaban á su real voluntad, habia resuelto quitarles el privilegio del *nemine discrepante* (1), que en lo sucesivo las resoluciones serian por mayorías, que él se iba á Barcelona, que dejaba nombrado presidente de las córtes al cardenal Espínola, y que mandaba prosiguieran en su ausencia tratando las cosas del reino.

Mudos de dolor y pálidos de enojo quedaron aquellos nobles con tan estraña conducta de su soberano, conducta que no acertaban á comprender ni es-

(1) El famoso privilegio que en aquel reino tenia el estamento de los nobles de que todo servicio ó tributo habia de ser votado por unanimidad, ó sea *nemine discrepante*, sin cuyo requisito, y con solo la divergencia de un voto, se entendia no otorgado el servicio, y no podia exigirse.

plicar. «Sepamos, señores, dijo don Cristóbal Crespi á la confusa y atónita asamblea, sepamos antes de todo qué es lo que quiere el rey.» Y en medio de la muchedumbre, llena de impaciente curiosidad, que poblaba el templo, salió á hablar con los tratadores, siguiéndole mucha gente á impulsos de la curiosidad que dominaba. Despues de conferenciar con los tratadores, volvió el don Cristóbal diciendo, que lo que él queria era que se quitáran las condiciones con que habian votado el servicio, que se le otorgáran sin condicion alguna, y con esto quedaria satisfecho. Con una docilidad que no comprende quien recuerda la antigua independiente altivez de la nobleza valenciana, votó el brazo militar el servicio sin condicion. Pero aun les quedaban mas humillaciones que sufrir. Cuando esto se deliberaba, entró un protonatario anunciando que tenia que hacer una notificacion, y desdoblando un papel dijo: «*S. M. manda que quiteis de la concesion del servicio todas las condiciones, sopena de traidores.*» Aun no faltó entre aquellos degenerados próceres quien escusára tan ultrajante mandamiento, diciendo que sin duda S. M. ignoraba al espedirle lo que se habia tratado. Poco tiempo se pudieron consolar con esta idea. A breve rato recibieron otra notificacion con estas palabras «*S. M. manda que salgais al solio, sopena de traidores.*»

Trabajo cuesta concebir que aquellos hombres tuvieran longanimidad para sufrir tantas provocaciones

y tanta humillacion. Pero es lo cierto que con admirable obediencia salieron al solio, que se celebró aquel mismo dia (21 de marzo, 1626), y en él los tres brazos del reino de Valencia ofrecieron á S. M. 1.080,000 libras en quince años, á 72,000 en cada uno, para sostener mil hombres por igual tiempo. A lo cual dijo el rey, que aunque pudiera exigir el cumplimiento de mayor suma que al principio habia pedido, aceptaba aquella por consideracion á las razones de escasez y de penuria que le habia espuesto el reino. Y dirigiendo á los tres brazos una tierna despedida, protestando su mucho cariño y amor al reino y á sus naturales, y dándoles cierta satisfaccion por el rigor con que los habia tratado, partióse para Barcelona, dejándoles que siguieran en Monzon deliberando sobre los negocios públicos, como si él se hallára presente, hasta que pudiera volver á celebrar solio por los acuerdos que hiciesen [1].

Nos hemos detenido algo en la relacion de éstas córtes, porque en ellas se ve de un modo patente y gráfico hasta qué punto el despotismo de los tres reinados anteriores habia ido abatiendo este poder antes tan respetable y respetado, á qué estremo habian ido degenerando aquel pueblo y aquella nobleza en otro tiempo tan entera y tan firme, cuando un rey como Felipe IV. se atrevió á tratar las córtes de una manera

(1) Dormer, Anales de Aragon, MM. SS. cap. XI. al XV.

tan depresiva, correspondiendo á la docilidad con ingratitud y con menosprecio, á la obediencia con el insulto, á la sumision con el ultrage. Las córtes de Valencia de 1626 comenzaron dando muestras de no haber olvidado su antigua dignidad, y concluyeron con la humildad de un esclavo que obedece á la voz y al mandato de su señor. El rey y sus ministros, y señaladamente el de Olivares, debieron quedar satisfechos del buen resultado de aquel ensayo de despotismo.

Los aragoneses en sus córtes de Barbastro obtuvieron del rey que les concediera el libre comercio del puerto de Pasages en Guipúzcoa, que ya en lo antiguo habia sido puerto franco para Aragon y Navarra, hasta que Enrique II. le quitó este privilegio para poblar y engrandecer á San Sebastian. El servicio que Felipe IV. pidió en esta ocasion á los aragoneses era de tres mil trescientos treinta y tres hombres útiles y disponibles para la guerra, y el alistamiento de otros diez mil para que se fueran ejercitando en las armas y poderlos emplear segun la necesidad lo exigiese. Fundaba la urgencia de esta peticion en la armada que en Inglaterra se estaba preparando para caer sobre las Baleares y sobre Italia. Representáronle los aragoneses la imposibilidad en que el reino se hallaba de hacer tan grande esfuerzo, y ofreciéronle en cambio un millon de moneda pagadero por tiempo de diez años. No satisfizo al rey, como era de esperar, el

ofrecimiento, antes bien en diferentes cartas y embajadas les mostró su enojo por la dilacion en servirle como queria, y aun les reconvenia y conminaba con usar de otros medios si no tomaban una resolucion pronta. Hizo desde luego lo que con los valencianos, intimarles su determinacion de partir para Barcelona, y que les nombraria un presidente del brazo eclesiástico, único que se prestaba á votar el servicio sin limitacion alguna. Produjo esto discordes y encontrados pareceres en los otros tres estamentos, bien que rendidos por otras cartas reales acudieron en su mayoría al nombramiento de presidente, que recayó en el conde de Monterey, casado con doña Leonor de Guzman, hermana del conde-duque de Olivares (20 de marzo, 1626); y en el mismo dia por órden espresa del rey prorogó el Justicia las córtes para Calatayud, donde acudieron los cuatro brazos, bien que algo disminuido su número.

Partió pues el rey para Barcelona, donde habia prorogado las córtss convocadas en Lérida, dejando las cosas de Aragon y de Valencia en el estado que hemos dicho. La entrada en aquella ciudad no fué menos fastuosa que la de Zaragoza, y las ceremonias, festejos y demostraciones con que fue recibido escedieron todavía á las de la capital de Aragon. Con igual solemnidad prestó el juramento de guardar las constituciones, fueros y usages de Cataluña, y los catalanes á su vez le hicieron el de guardarle á él fidelidad.

Continuaron por muchos dias las fiestas y regocijos públicos en obsequio á su soberano, y todo iba bien para él y en todas partes le agasajaban menos en las córtes. Allí, en vez de mostrarse liberales con su príncipe, en vez de prestarse como vasallos leales y dóciles á otorgarle el servicio que pidió como á los otros dos reinos, los tres brazos de Cataluña, mas que á servirle con generosidad, se manifestaron resueltos á ajustar cuentas al rey, y á indemnizarse de las sumas que antes le habian prestado, sin consideracion á que se hallaba amenazado de las armas enemigas. Con tal motivo escribió Felipe de su mano á los catalanes una carta tan tierna y cariñosa, tan llena de lisonjas, de dulces y benévolas palabras, llamándoles varias veces «hijos mios,» y dándoles otros dictados no menos afectuosos, esplicándoles su situacion comprometida, y haciéndoles ver que si no le socorrian y ayudaban, se veria en la necesidad de volver desairado y sin prestigio á Castilla (18 de abril, 1626), que formaba completo contraste con el duro lenguaje que acababa de emplear con los valencianos, y con los términos no menos duros en que escribió tambien á los pocos dias á los aragoneses (26 de abril), requiriéndoles que le sirvieran con dos mil hombres pagados, y que en el término de tercero dia le habian de responder «sí ó nó,» porque le corria tanta prisa que ya no podia esperar mas. Ni la ternura ablandó los corazones de los catalanes, ni la dureza surtió efecto con los aragoneses; aquellos

no mudaban fácilmente de resolucion, y si bien éstos, en su mayor parte la tenian de servirle, no era fácil concordar los ánimos de todos.

El conde-duque de Olivares, sospechando mal de las juntas que sabia se celebraban, y contemplándose poco seguro, dispuso sigilosamente acelerar la salida del rey sin dar conocimiento de ella á los estamentos, de modo que cuando estos se apercibieron y procuraron con ofertas y súplicas detenerla, ya no lo alcanzaron: el conde-duque respondió que las circunstancias de la monarquía hacian necesaria aquella celeridad; el rey salió, y enderezando su viage á Zaragoza, y no deteniéndose en esta ciudad sino lo necesario para oir misa, continuó hasta la villa de Cariñena; de aquí escribió á los cuatro estados una carta (10 de mayo, 1626), en verdad harto indiscret , pues si por una parte les mostraba gratitud por haber accedido á su propuesta, por otra rebosaba enojo por la dilacion, y les hacia amenazas severas, y les decia palabras injuriosas; pruebas que iba dando ya cada dia de su poco tacto, tino y criterio el conde-duque de Olivares [1].

(1) Tambien merece ser conocida esta carta.—«Los achaques «de la reina (les decia) y el aprie«to del tiempo me han hecho de«jar las córtes de Barcelona em«pezadas, y deseando haceros lue«go el sólio hallo lo que el presi«dente me escribe, que el brazo «de las universidades aun no ha «venido en mi servicio, habiendo «yo bajado de lo que los otros tres «brazos hicieron dos meses y me«dio ha, con que me ha parecido «escusar el pasar por ahí; no que«riendo dejar de decios que me «hallo muy agradecido de los bra«zos que habeis venido en mi ser«vicio como lo vereis en cuanto yo «pueda favorecer, y ni mas ni me«nos de las universidades que ha«beis concurrido con mi voluntad «y servicio; y en aquellas que no «lo habeis hecho os dareis prisa á «hacerlo porque no llegueis tarde;

Ocurrió en esto que por diversos confines del reino de Aragon entraron compañías de infantería y hombres de armas de Castilla, gente en su mayor parte bisoña, pero que no lo era en cometer en los alojamientos y en todas partes toda clase de desmanes y escesos, robos, adulterios, estupros, blasfemias contra Dios y todos los santos, y violaciones de los objetos mas sagrados. Formáronse varios procesos á esta disoluta y desenfrenada soldadesca, de la cual se sospechó que habia sido enviada como para castigar las villas que repugnaban otorgar el servicio al rey. Ellos propalaban que no iban á pelear con moros sino con aragoneses, y los aragoneses los llamaban á ellos comuneros rebelados. Hubo en algunos pueblos choques y peleas muy graves; los soldados asesinaban vecinos, y estos donde podian ahorcaban soldados. El comisario don Gerónimo Marqués, capitan de compañías que habia

«pues hagaoos saber que como os «tengo por hijos y os quiero como «á tales, no os he de consentir que «os perdais aunque lo querais hacer. Y para considerar lo que os «digo, acordáos de la blandura con «que os he tratado, y conoced cuán «mal habeis pagado y abusado de «ella, y espero muy apriesa nuevas «que no me falte ninguna, porque «con haberos obligado con amor al «principio, y ahora con amonestaros, no me queda mas que hacer «de cuanto debo á Dios y á mi piedad, y tambien lo será el hacer «justicia y encaminaros. Y porque «falsamente y con depravada intencion habeis persuadidoos que «las cartas que os han dado en mi «nombres no son mias, os hago saber que lo que me ha movido á «escribiros esta ha sido la culpa en «que habeis incurrido en no obedecer aquellas, pues la que vierades «firmada de mi mano, cuando fuera falsa, os pudiera hacer el mismo cargo por ella que por esta, «que está escrita de mi propia mano, engañaisos mucho si creeis «que estaré de espacio, porque «quiero ser obedecido y mas cuando los primeros brazos de este «reino os han dado tal ejemplo.— «De Cariñena, á 10 de mayo de 1626. «—Yo el Rey.» El proceso de las córtes de Barcelona de 1626 se halla en el archivo de la Corona de Aragon, reg. 50.

sido en Italia, á quien hicieron cargos de estas insolencias, espuso que ya en Castilla, con venir desarmados, le habian dado grandes sinsabores cometiendo desacatos é insultos, y que se habian envalentonado mas al recibir las armas á la entrada de Aragon. Para ver de refrenarlos puso en las plazas de algunos lugares cuerda y garrucha, y no alcanzando el trato de cuerda arcabuceó algunos. A él mismo le dispararon tiros en Exea de los Caballeros. Habia una compañía que se intitulaba con arrogancia *de la ira de Dios*. Pidió el comisario al conde de Monterey le permitiera valerse de la caballería y de los vecinos de las villas del reino para enfrenar aquella gente licenciosa. Respondióle el de Monterey que no convenia, y que viera de templarlos con su conducta hasta que llegára don Diego de Oviedo que tomaria el mando de las compañías. Llegó en efecto el nuevo comisario (24 de junio, 1626), y tomó á su cargo aquella turbulenta tropa, pero las demasías y las insolencias continuaron lo mismo, hasta que tomó la determinacion de sacarla del reino embarcándola en los Alfaques [1]. Pero otras compañías que despues entraron de Castilla cometieron las mismas rapiñas y violencias, y dieron los mismos escándalos.

(1) El comisario Marqués fué llevado en calidad de preso á Calatayud; formósele consejo de guerra, y aunque este tribunal no le impuso castigo, el Consejo Supremo de Aragon le inhabilitó para ascender en su carrera por su debilidad para contener los escesos de los soldados.

Semejantes escesos, en ocasion que estaban reunidas las córtes, motivaron vivas y enérgicas quejas de los cuatro brazos del reino al presidente Monterey, el cual respondió que ya tenia hechas dos consultas sobre ello al soberano, y le haria la tercera; que las compañías iban de tránsito para embarcarse, y solo se habian detenido y alojado esperando las gal ras, y que respecto á los escándalos tenia ya tomadas medidas y dado órdenes para que se castigáran rigurosa y ejemplarmente. No satisfechos los diputados con esta respuesta, ni con las seguridades que el presidente les daba de que la entrada de aquella gente en Aragon no habia sido con el fin de obligar á los naturales del reino á dar al monarca el servicio que pedia, nombraron una embajada, cuyo resultado, despues de mucha agitacion y de muy vivas contestaciones, fué el de disponer que unas compañías pasáran á la frontera de Francia, y otras regresáran inmediatamente á Castilla.

Por último, despues de muchas sesiones, acordaron los tres brazos del reino el servicio de los 3,333 infantes que le habian sido pedidos. Pero el monarca, con una prudencia que no podemos menos de elogiar y que es lástima no la hubiera tenido antes, manifestó por escrito al presidente que convencido de que las fuerzas del reino eran mas flacas de lo que al principio habia imaginado, consideraba escesivo aquel sacrificio, y no obstante que las armas enemigas se ha-

llaban mas pujantes que nunca, hiciera saber á los cuatro brazos que, atendida esta consider cion y queriendo dar una prueba de su paternal amor á los aragoneses, limitaba ya el servicio á 2,300 hombres en lugar de los 3.333. Grande fué el agradecimiento de los tres brazos á la fineza del rey, y movido de ella el de las universidades, único que aun no habia votado el servicio, resolvió tambien otorgarle, reduciéndose de comun acuerdo de los cuatros estamentos á 2,000 infantes por quince años, no habiendo de esceder la paga de 144,000 escudos cada año, y sin obligacion de darles armas ni municiones. Hiciéronse de paso en estas córtes de Calatayud algunas leyes de utilidad pública, siendo entre ellas notable lo que se determinó en beneficio de la agricultura, á saber: que en los meses de julio, agosto y setiembre no se pudiera prender por deudas á los labradores, ni embargarles los instrumentos y aperos de labor. En cambio, atendidas las estrecheces y apuros del reino, se suspendió por primera vez la subvencion que las córtes aragonesas acostumbraban á dar, con gran gloria del reino de Aragon, á los autores de obras de historia y de jurisprudencia de especial mérito y que se calificaban de útiles, para aliento y remuneracion de los escritores é ilustracion del pueblo.

Llegó pues el caso de celebrarse el solio (24 de julio, 1626), que tuvo el presidente conde de Monterey en la iglesia del Santo Sepulcro de Calatayud, de

la misma manera que si el rey estuviera presente, con lo cual se disolvieron las córtes [1].

Tal fué el resultado del primer viage de Felipe IV. á Aragon y Cataluña, y tal el fruto de sus demandas á las córtes de los tres reinos de aquella antigua corona. No es de estrañar pues el disgusto y enojo con que regresó el rey á Madrid, donde no debió olvidar los restos de independencia que todavía habia encontrado en los aragoneses y catalanes, que si bien le recibieron con magnificencia y con muestras de afectuosidad, no anduvieron tan obsequiosos y galantes cuando se trató del servicio, y si los unos se le manifestaron reacios en conceder y no olvidados de sus franquicias, los otros se le mostraron hasta adustos cuando tocó á sus intereses y á sus fueros. Nacian las necesidades del rey para pedir, y las dificultades de las córtes para otorgar, ya de los desaciertos, desórdenes y gastos de los reinados precedentes, ya de las guerras que Felipe IV. y su ministro favorito se empeñaban imprudentemente en sostener en todas partes, y de que pasaremos á tratar ahora.

(1) Dormer, Anales de Aragon MM.SS., lib. II., cap. XI. al XXIII. —Algunos escritores de España (dice con razon este historiador) son dignos de censura por ignorar las materias públicas, y que pudieron haber leido en los fueros que se promulgaron en Aragon y Valencia. Don Gonzalo de Céspedes, en la Historia del rey don Felipe, en pocos renglones comete muchos yerros, refiriendo el congreso de las córtes de Barbastro; y hablando del servicio que los reinos de Aragon y Valencia le concedieron, dice que prometieron largamente lo que jamás podrian cumplir.... Estas son sus palabras formales, ó por mejor decir, «sus formales descuidos.» Capítulo XXI.

CAPÍTULO II.

GUERRAS ESTERIORES.

De 1621 á 1628.

Tratado sobre la Valtelina.—No se cumplió, y por qué.—Reclamaciones del rey de Francia.—Liga entre Francia, Saboya y Venecia contra España.—Confederacion de España con otras potencias de Italia.—Guerra de la Valtelina.—Apurada situacion de Génova.—Negóciase la paz.—Tratado de Monzon.—Alemania.—Auxilios de España al emperador Fernando.—Triunfos de las armas españolas.—Tilli: Gonzalo Fernandez de Córdoba.—Flandes.—Espira la tregua de doce años, y se renueva la guerra.—Auxilios de España al archiduque Alberto.—El marqués de Espinola.—Esfuerzos é intrigas del cardenal de Richelieu contra España.—Célebre sitio y rendicion de Breda.—Victorias de los españoles en las costas de América y de Africa contra ingleses, holandeses y berberiscos.—Ruidosos tratos de matrimonio entre la infanta doña María de España y el inglés príncipe de Gales.—Suntuosísimo recibimiento del príncipe en Madrid.—Fiestas estraordinarias.—Consultas sobre el matrimonio.—Dilaciones: conciertos: prórogas.—Preparativos de boda.—Márchase el príncipe sin casarse.—Solucion estraña de este negocio.—El príncipe de Gales sube al trono de Inglaterra.—Resentido de España, envia una numerosa escuadra contra Cádiz.—Resultado que tuvo.—Espedicion de una armada española contra Inglaterra.—Remesas de América.—Desvanecimiento de la córte de Madrid.

Aunque todas las medidas que para la reformacion del reino y reparacion de la hacienda dictó el conde-duque de Olivares, y con que en el principio de

este reinado alucinó al pueblo, hubieran sido hechas de buena fé, y con el firme propósito de ejecutarlas, habrian sido insuficientes á levantar la nacion de su abatimiento, empeñándose como se empeñó en seguir gastando la sustancia y las fuerzas de la monarquía en tantas y tan costosas guerras con naciones estrañas como le legaron en herencia los reinados anteriores. El favorito del nuevo monarca lisongeó al inesperto soberano con la bella idea de hacerle el mas poderoso príncipe del mundo, dilatando los límites de su monarquía hasta dar la ley á todas las demas potencias, y lo que hizo fué, como iremos viendo, acabar de empobrecerla y arruinarla.

El único negocio que parecia caminar á una solucion pacífica era el de la Valtelina. Entablada ya la negociacion por escitacion ó consejo del papa Gregorio XV., entre las córtes de Francia y España en los últimos dias de Felipe III. y habiendo recomendado éste á su hijo poco antes de morir que viera de poner término á las sangrientas disputas de que tantas veces habia sido teatro aquel funesto valle, llegaron á entenderse y convenirse los negociadores franceses y españoles, y en su consecuencia se asentó en Madrid un tratado (25 de abril, 1621), en el cual se estipularon entre otras las condiciones siguientes: Que el rey de España no tendria en los confines de Milan por la parte de la Valtelina mas tropas que las que acostumbraba antes de los últimos movimientos, y lo mismo harian

por su parte los grisones: que la religion católica se restableceria en aquellos paises como estaba en 1617, y los de la liga concederian un indulto general por todo lo hecho en las últimas alteraciones: que los fuertes levantados allí por los españoles serian demolidos. Pero este tratado quedó sin ejecucion, porque los católicos del valle representaron enérgicamente contra él pidiendo que se anulára, y fundándose en que semejante capitulacion equivalia á entregarlos de nuevo al yugo de los grisones protestantes, que con ayuda de los españoles habian felizmente sacudido; que la religion católica y sus templos quedaban otra vez espuestos á las profanaciones de aquellos hereges; que ellos no habian sido oidos, y que era muy estraño que el rey de Francia, en tanto que hacia la guerra á los protestantes de su reino, estuviera favoreciendo á los de la Valtelina (1).

Por mas que el rey cristianísimo reclamó la ejecucion del convenio por medio de su embajador en Madrid Basompierre, el conde-duque de Olivares lo fué dilatando cuanto pudo, hasta que temiendo que Luis XIII., enemigo del engrandecimiento de la casa de Austria, tomára de ello pretesto para moverle guerra por aquella parte, que á España importaba tanto conservar en paz para la seguridad de sus estados de Italia, negoció en Aranjuez otro tratado (1622),

(1) Céspedes, Hist. de Felipe IV., lib. II., cap. IV.—Dormer, Anales, lib. I., cap. VIII.



que fué como un apéndice del primero, por el cual se convino en que los fuertes de los españoles en la Valtelina se pondrian en poder de un príncipe católico hasta que se arregláran las diferencias entre Francia y España. Nada se adelantó con esto, porque interesado Luis XIII. en arrojar de Italia á los españoles, sirvióle de pretesto la falta de ejecucion del tratado de Madrid para formar en Aviñon una liga entre Francia, Saboya y Venecia con objeto de obligar á España á restituir á los grisones la Valtelina. Acudió entonces el rey católico á la mediacion del pontífice, y si bien alcanzó que se ajustára un nuevo asiento en Roma, pactándose que las fortalezas de los españoles se depositáran en manos del papa (4 de febrero, 1623), con cuya condicion se ratificó el tratado de Madrid, á los tres dias de este concierto le quebrantó con escándalo el francés, llevando adelante la liga proyectada en Aviñon con Venecia y Saboya, y acordando levantar un ejército aliado para devolver la Valtelina á los grisones.

Mas antes de romper la guerra, el astuto cardenal de Richelieu, ministro de Luis XIII. y enemigo celoso de la casa de Austria, previnose para ella renovando la alianza entre la Francia y las Provincias-Unidas de Holanda, y formando una liga entre el rey, el duque de Saboya y la república de Venecia para la restitucion de la Valtelina (1). Al propio tiempo no dejó de ne-

(1) Histoire du Ministere d'Armand Jean Du Plesis, cardinal

gociar en Roma sobre el mismo asunto con el papa Urbano VIII. que habia sucedido á Gregorio XV. el cual, colocado entre las opuestas exigencias de las córtes de España y Francia, anduvo vacilante y perplejo sin saber qué partido tomar de los que cada embajador le proponia, temeroso de descontentar á una de las dos potencias. Pareciéndole ya á Richelieu perjudicial tanta dilacion, y persuadiendo á su soberano de que lo mejor y mas breve era hacer uso de las armas, sin dejar de declarar al pontífice que era necesario diese una satisfaccion pronta, comenzó el francés á levantar tropas en los cantones suizos (1624), con las cuales y con las que envió de Francia se fueron sus generales apoderando de algunos fuertes de la Valtelina, y haciendo tratado con los naturales del valle. A las reclamaciones y quejas que sobre esta conducta hicieron en París el nuncio de Su Santidad y el embajador de España, contestó el cardenal-ministro friamente, que la Francia no podia consentir que so pretesto de religion se apoderáran los españoles de Italia y oprimieran á sus aliados. Proseguia en tanto el general francés sus conquistas, abandonando las tropas pontificias la mayor parte de los fuertes por encontrarse débiles para defenderlos; y como el nuncio repitiera sus quejas por esta invasion, la córte de París concedió una suspension de armas por dos meses solamente;

duc de Richelieu, sous le regne de Louis le Juste. Ann. 1624: páginas 21 y 48.



que de intento no comunicó Richelieu al general francés para darle tiempo de acabar su conquista (febrero, 1625).

Por su parte los españoles, que no tenian ya mucha seguridad en la mediacion del papa, se confederaron con los príncipes italianos de Parma, Módena y Toscana, y con las repúblicas de Génova y Luca, obligándose éstos á levantar un ejército de veinte y cuatro mil infantes y seis mil caballos, que habia de mandar el duque de Feria, gobernador de Milan, y una armada de noventa velas, cuyo mando tomaria el marqués de Santa Cruz con el título de almirante. Cada provincia de España se ofreció á contribuir ó con tropas ó con dinero ó con naves, y hasta el clero se prestó á mantener veinte mil hombres. De modo que el número y fuerza de esta suscricion universal ascendió á un total de ciento cuatro mil hombres de infantería, catorce mil seiscientos caballos, setenta y dos navíos y diez galeras. Esfuerzo prodigioso, atendida la pobreza del reino. La nobleza contribuyó tambien con cerca de un millon de ducados, y la reina y las infantas ofrecieron sus mas preciosas joyas para los gastos de la guerra. Hicieron circular libelos infamatorios contra la liga de Francia, Saboya y Venecia, y se empleó la intriga con los hugonotes franceses, por cuyo artificio se armaron éstos poderosamente contra su rey (1).

(1) Histoire du Ministere de Richelieu, p. 67-69.



Noticioso el cardenal de Richelieu de tan gigantescos aprestos, y á fin de impedir que estas fuerzas entráran en la Valtelina, envió algunas tropas al duque de Saboya, con quien pactó en secreto que si se apoderaba de Génova, se partiria entre Francia y el Piamonte, y en el caso de querer para sí todo el estado de la república, se conquistaria el Milanesado, y se entregaria al francés.

Este hábil y activo ministro intentó comprometer en su ayuda á la Inglaterra, de la cual sin embargo no obtuvo sino promesas vagas. Mas fortuna alcanzó con los holandeses, que le prometieron poner en el mar veinte galeras bien armadas contra Génova. Entretanto, con diez mil hombres y dos mil caballos que al mando del condestable de Francia envió al duque de Saboya, juntó éste un ejército de veinte y cuatro mil infantes, tres mil ginetes y treinta y seis piezas de artillería, con el cual invadió el Monferrato y se apoderó de casi todas sus plazas.

Resentida la córte de España de esta conducta de Luis XIII. y de su ministro, mandó secuestrar todos los efectos que los franceses tenian en el reino (9 de abril, 1625); y á su ejemplo la de París hizo lo mismo con los bienes que los españoles y genoveses poseian en aquellos estados (22 de mayo). El papa por medio de un legado que envió á París (el cardenal Barberini) trató de reconciliar ambas potencias, pero Luis XIII. se empeñaba en que habia de cumplirse re-



sueltamente el tratado de Madrid. Y cuando el legado le representó que el rey de España estaba decidido á proteger con todas sus fuerzas á los genoveses, le contestó el monarca francés: «*Si Felipe toma primero las armas contra mí, yo seré el último en dejarlas.*»

Despues de muchas conferencias y consultas sobre el arreglo que podria hacerse en el asunto de la Valtelina, causa de la guerra entre tantos Estados, y desvanecida toda esperanza de concierto, volvió el general francés á emprender las hostilidades. El de Saboya redujo á los genoveses á la sola capital de la república y á la plaza de Savona. Solo en España fundaban los consternados genoveses la esperanza de que su patria pudiera salvarse; y no se equivocaron. Aparecióse con imponente escuadra el marqués de Santa Cruz delante de Génova, y obligó á los franceses á retirarse. Por tierra el duque de Feria, gobernador de Milan, acudió con veinte y cinco mil hombres y catorce piezas de batir, acometió el Monferrato, tomó varias plazas poco antes ocupadas por los franceses, hubo matanzas horribles de saboyanos, y alentados los genoveses con la proteccion de los españoles, recobraron sus ciudades y fuertes casi con la misma rapidez que los habian perdido.

Richelieu sin embargo no cejaba en su propósito. Por mas que el legado pontificio le representaba con viveza cuán maravillado estaba el mundo de ver que mientras con tanto vigor trabajaba por oprimir á los

hugonotes de dentro del reino, protegia con tanto calor á los calvinistas grisones contra los católicos de la Valtelina, el cardenal ministro fatigó con su insistencia al legado de la Santa Sede, en términos que resolvió abandonar la Francia, se despidió del rey y se volvió á Roma. Por otra parte, creyéndose el ministro cardenal próximo á ser abandonado de los suizos, despachó allá de embajador estraordinario al mariscal de Basompierre cargado de escudos de oro para que prosiguiera negociando el apoyo de los cantones. Los escudos acaso mas que las razones influyeron en que la Dieta helvética diera por fin al embajador francés una respuesta favorable. Pero en medio de todo no habian dejado de hacer efecto en el ministro eclesiástico de Luis XIII., ya las reflexiones del legado del papa, ya los cargos que todos los católicos de dentro y fuera del reino le hacian por los daños que estaba causando á la religion católica con su obstinada proteccion á los grisones protestantes. Publicábanse libelos, en que le apellidaban *Patriarca de los ateos, y Pontífice de los calvinistas.*

Fuese resultado de que sintiera la difamacion que con esto su honra padecia, fuese efecto de los últimos triunfos de los españoles en Génova, sea tambien que le obligáran á ello las guerras intestinas de la Francia, comenzó á mostrarse inclinado á la paz y entabló negociaciones en este sentido por medio del embajador francés en Madrid conde de Targis con el conde-du-

que de Olivares. Tambien la España deseaba ya la paz, y ajustóse al fin ésta bajo la base del reconocimiento de la libertad de la Valtelina, si bien con la obligacion de pagar un tributo en señal de soberanía á los grisones, y con la cláusula de que si ocurrieren dificultades respecto al ejercicio de la religion católica, quedára su decision sometida al juicio y fallo de la Santa Sede y del colegio de cardenales. Firmóse este tratado en Monzon (enero, 1626), donde acababa de llegar el rey don Felipe á celebrar córtes. Ratificóse despues en Barcelona (marzo), con tanto beneplácito del papa como disgusto y resentimiento de parte del duque de Saboya y de la república de Venecia, sin cuyo conocimiento le habia negociado secretamente Richelieu, dándose con esto por no poco ofendidos aquellos aliados.

Tal fué el resultado de la guerra de la Valtelina, que tantos dispendios costó á Francia y á España, y eso que intervinieron todas las potencias italianas como confederados de uno ó de otro reino con bastante daño de aquella península, quedando todavía el disputado valle, no del dominio de España, pero agradecido á ella (1).

En tanto que estas cosas pasaban en Italia, no era

(1) Céspedes, Historia de Felipe IV., lib. VI.—Coleccion de tratados de paz, treguas, etc. tom. IV.—Leclerc, Vida del cardenal de Richelieu.—Paces entre España y Francia, etc. Sevilla, Juan de Cabrera: Biblioteca de la Real Academia de la Historia, J. 87.—Histoire du Ministere de Richelieu, an. 1626, p. 139-144.

menor el movimiento que en Alemania traian las armas españolas. Felipe IV. y el conde-duque de Olivares, no obstante la situacion poco lisonjera del reino, no vacilaron en renovar la alianza y continuar los empeños contraidos por el tercer Felipe con el emperador Fernando de Alemania de ayudarle en las guerras que sostenia con los rebeldes y sublevados del imperio, contra los cuales habia conseguido ya muy señaladas victorias con el auxilio de las armas de España. A pesar de la sumision del ilustre Palatino y otros pequeños príncipes; no obstante el nuevo juramento de fidelidad prestado por el duque de Munster en nombre de los estados de la Silesia, y aun despues del tratado entre el Landgrave de Hesse y el marqués de Espínola, todavia quedaban al emperador enemigos fuertes que combatir. Dióse pues órden á los generales españoles que estaban en Alemania para que continuáran con el mayor vigor la guerra (1622), y así lo hicieron con buen éxito al principio; puesto que unidos el general de los imperiales conde de Tilli y Gonzalo Fernandez de Córdoba, hijo del duque de Sesa y biznieto del Gran Capitan, atacaron y derrotaron en Hoecht sobre el Mein al conde de Mansfeldt y al malvado obispo de Halberstatd Cristian de Brunswick, dos de los principales corifeos de los protestantes. Despues de esta derrota los dos generales rebeldes se corrieron á la frontera de Francia á dar la mano á los calvinistas de aquel reino; pero rechazados por el duque de Ne-



vers, fueron de nuevo acometidos y deshechos por Gonzalo de Córdoba en la famosa batalla de Fleurus (9 de agosto, 1622), una de las mas gloriosas para los españoles y de las mas memorables de aquella guerra, y en la que acreditó el jóven nieto del Gran Capitan que corria dignamente por sus venas la sangre de su abuelo. Los generales rebeldes llegaron á Holanda con el resto de sus acuchilladas tropas.

El malvado obispo Brunswick, dijimos antes, y con razon hemos denominado así á un prelado que se hacia llamar él mismo *amigo de Dios y enemigo de los sacerdotes,* que convertía en moneda los objetos de oro mas sagrados, que robaba á los templos, y vendia ó acuñaba hasta las estátuas de los santos [1]; con cuyas acciones y otras semejantes fué con mucha justicia tenido por uno de los hombres mas perversos de su siglo.

Este obispo guerrero fué otra vez derrotado al año siguiente (1624) por el valeroso Tilli, y quedó desde entonces tan debilitado que no pudo emprender ya cosa séria en adelante. Otro de los enemigos de Fernando, Betleen Gabor, que se intitulaba rey de Hungría, hizo por su parte una tregua con el emperador

(1) Refiérese que cuando se apoderó de Munster, se fué derecho á la catedral, y entrando en una capilla, donde habia doce estátuas de plata de los apóstoles, les apostrofó con cínico sarcasmo diciendo: «*¿Así cumplís con el precepto de vuestro maestro de correr por todo el mundo? Pues yo os haré obedecer.*» Y las mandó derribar y llevarlas á la casa de la moneda para convertirlas en thalers.

hasta marzo del año inmediato, que despues se prolongó y se convirtió en un tratado de paz. A pesar de esto pululaban de tal modo en Alemania los enemigos del emperador y de la casa de Austria, que llegó á tener contra sí un ejército de ochenta mil hombres; mas por una parte la muerte del abominable obispo Halberstatd (6 de mayo, 1626); por otra la derrota del conde de Mansfeldt sobre el Elba por el general de las tropas imperiales; por otra la victoria de Tilli sobre el ejército del rey de Dinamarca, y la del conde de Oppenheim sobre las turbas de paisanos armados, dejaron al emperador Fernando descansar por algun tiempo.

No era solamente en Italia y Alemania donde se meneaban las armas españolas. La antigua guerra de Flandes habia resucitado tambien. La tregua de doce años entre España y la república de las Provincias Unidas de Holanda espiró en el primer año del reinado de Felipe IV, y la proposicion que el archiduque Alberto hizo á los Estados generales de la república para que las diez y siete provincias volviesen á su obediencia, fué recibida con el desden que era de esperar por los holandeses, no sin razon orgullosos de haber conquistado su independencia. Preparáronse pues unos y otros á la lucha. Los holandeses se confederaron con el rey de Dinamarca, y el español don Fadrique de Toledo, general de la armada del Océano, atacó y destrozó en las aguas de Gibraltar una escua-

dra de treinta buques mercantes holandeses, suceso al cual se dió gran importancia [1]. De España le fueron ofrecidos socorros al archiduque, y dióse órden á los generales de Flandes para que emprendieran con vigor la campaña (1622). Hízolo con su acostumbrada energía el marqués de Espínola, y apoderóse, entre otras conquistas, de la importante plaza de Juliers. Las tropas y los generales españoles acudian indistintamente á Alemania y á Holanda, considerándose para nosotros como una sola la guerra que sosteníamos á uno y á otro lado del Rhin. El cardenal de Richelieu, que no perdia coyuntura de suscitar enemigos á España, logró que Francia é Inglaterra socorrieran con dinero á los holandeses, y los ayudáran á levantar tropas en aquellos reinos (1624. Acá se decomisaban los navíos holandeses que comerciaban con bandera alemana, pero en cambio las escuadras y corsarios de aquella república nos hacian daños inmensos en las costas de América y del Brasil, y saqueaban á San Salvador, á Lima y el Callao.

La muerte de Jacobo I. de Inglaterra, y la del holandés Mauricio de Nassau, dos terribles enemigos de España (1625), no mejoraron la situacion de nuestros negocios en Flandes; porque al de Inglaterra sucedió

(1) Hay varias relaciones manuscritas é impresas de esta victoria naval.—Coleccien de Cisneros (en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia), p. VII., c. 1.—«Victoria que la Real Armada, etc.» por Francisco de Lira, J. 117.—«Relacion verdadera de la victoria, etc.» por Bernardino de Guzman, ibid. J. 32.

Cárlos I, que en su resentimiento contra España le hizo la guerra con mas calor que su padre, y al holandés le sucedió su hermano Federico Enrique, entusiasta por la independencia de la república, y hombre de gran talento para los negocios de la guerra. Pero un suceso de importancia vino luego á dar favorable aspecto á la lucha que España sostenia en los Paises Bajos. El marqués de Espínola recibió de Felipe IV, una órden, célebre por lo lacónica, en que le decia: «*Marqués de Espínola, tomad á Breda.*» Y Espínola emprendió sin vacilar el sitio de la importante, fuerte, y bien provista y guarnecida plaza de Breda (1626). Este sitio fué poco menos famoso que el de Ostende, y Breda se rindió á los diez meses de cerco. Envió despues Espínola al conde de Horn á sorprender la Esclusa, pero no pudo lograrlo. Sin embargo las cosas de Flandes iban hasta ahora de buen aspecto (1).

Coincidieron con este triunfo los de don Fadrique de Toledo contra los holandeses en la América Meridional, arrojándolos de Guayaquil, Puerto Rico y otras islas de que se habian apoderado; el de la armada de Nápoles contra los piratas berberiscos, bien que costándonos la muerte gloriosa del conde de Benavente que mandaba nuestras naves, y á quien reemplazó

(1) Le Clerc. Hist. de las Provincias Unidas.—Chapuis, Historia general de las guerras de Flandes.—Céspedes y Meneses, Historia de Felipe IV., lib. V.



don Francisco Manrique, que fué el que logró apresar casi todas las galeras enemigas; y el de don García de Toledo, que con no menos fortuna rindió cerca de Arcilla cuatro naves africanas. De modo que en los primeros seis años del reinado de Felipe IV. los ejércitos y las armadas de España iban en boga en Italia, en Alemania, en Flandes, en América y en la costa de Africa, con lo cual no es estraño que la córte de Madrid anduviera un tanto desvanecida, y no es poco de maravillar que tales resultados se obtuvieran en medio de la escasez de recursos que se sentia en el reino.

Entretanto no habia estado tampoco ociosa la diplomacia, y habian tenido grandemente entretenida á la córte los tratos de matrimonio entre la infanta doña María, hermana del rey Felipe IV., y el príncipe de Gales, primogénito del rey Jacobo I. de Inglaterra. Ya en los últimos años de Felipe III. habia el monarca inglés entablado pláticas á este fin, pero nada se habia determinado, á causa del reparo y como repugnancia que sentia el devoto rey de Castilla á ver su hija casada con un protestante. Muerto Felipe III. renovóse la idea y se avivaron las esperanzas del inglés, el cual envió de nuevo al conde de Bristol á Madrid junto con el embajador español Gondomar, para que prosiguieran con calor las negociaciones. Pero al propio tiempo que el rey de Inglaterra solicitaba por medio de su embajador la mano de la infanta, pedia

tambien que la España y el emperador Fernando devolvieran al Elector Palatino, su deudo, los estados que acababa de perder en la guerra de Alemania. Por mas que en las conferencias que sobre ello se tuvieron, ni la córte de Madrid se mostrára dispuesta á acceder á lo del Palatinado, ni el inglés concediera á los católicos de su reino toda la libertad que como condicion de la dispensa pontificia le pedia el papa [1], hubo el de Bristol de pintar á su monarca el asunto como próximo á tener una solucion feliz; ello es que allá se determinó que viniera en persona el príncipe, como lo ejecutó sin saberlo nadie mas que su padre, pasando por Francia de incógnito, y llegando de la misma manera á Madrid, acompañado del conde, despues duque de Buckingham, cuando nadie le esperaba (7 de marzo. 1623). Dispúsose que de allí á pocos dias hiciera el príncipe su entrada solemne en la córte.

Acaso nunca príncipe alguno estrangero fué recibido en la córte de España con mas suntuosidad y mas pompa; acaso ninguno fué nunca agasajado con mas variados y brillantes festejos públicos; y para no

(1) El rey Jacobo y su hijo despues de muchas correcciones hechas en Roma, prometieron bajo su palabra de rey y de principe, que los católicos de su reino no serian de modo alguno perseguidos con tal que se limitáran á ejercer privadamente su culto en casas particulares: se fijó la dote de la infanta en dos millones de escudos, y se acordó que se celebrarian los desposorios á los cuarenta dias de haber llegado la dispensa, y dentro de las tres semanas siguientes partiria la infanta.—Dumont, Cuerpo diplomático, part. V., tom. II.—Mercurio francés, IX.—Memorias de Clarendon.

poner tasa al lujo que cada cual quisiera desplegar, se mandó suspender la pragmática sobre trages: á juzgar por aquellas demostraciones nadie tampoco debió concebir mas fundadas esperanzas del buen éxito de su pretension [1]. Pero el asunto del matrimonio estuvo muy lejos de marchar tan de prisa y tan en bonanza como sin duda el pretendiente debió creer: al contrario observábase una lentitud estraña y desacostumbrada. Se consultó sobre él al pontífice; se llevó igualmente en consulta á juntas de teólogos, canonistas, jurisconsultos, consejeros, generales y prelados de las órdenes, y se pidió parecer á muchos religiosos y particulares. Casi todos dieron dictámen favorable al matrimonio, y ya se trató de fijar el dia en que habian de celebrarse las bodas [2]. Pero cuanto mas

(1) Copia de una carta tan discreta como breve que envió el rey de Inglaterra á Felipe IV. con su hijo; Londres 28 de febrero. MS. de la Real Academia de la Historia: Coleccion de Cisneros, p. 7, cap. 22.—Cartas que escribió el rey á los grandes y prelados luego que llegó el principe. MS. Ibid. p. VIII., cap. 44.—Relacion del gran recibimiento que se hizo en Madrid al principe de Gales. MS. Ibid. p. IX., cap. 11.—Fiestas primeras de toros con que celebró la villa la venida del príncipe de Gales: Segundas fiestas de toros, etc.: Máscara festiva que hizo el almirante de Castilla por la alegría de la venida del príncipe de Gales: Fiestas reales y juegos de cañas, etc.—La descripcion de estas y otras fiestas se halla en una voluminosa obra manuscrita, por Diego de Soto y Aguilar, criado de las Magestades del señor rey don Felipe el IV. el Grande, y de su hijo don Cárlos II., furrier y aposentador de las tres guardias, Española, Amarilla, Vieja y de á caballo de la Real persona.

(1) Breve de la Santidad de Gregorio XV. para el principe de Gales. MS. Coleccion de Cisneros, p. VIII. c. 11.—Dictámenes del Consejo de Castilla y otros sobre el casamiento de la infanta. MS. Biblioteca de Salazar, F. 1.—Parecer que dió en la junta el Padre Juan de Montemayor, jesuita, acerca del casamiento. MS. Cisneros, p. X., cap. 16.—Memorias que el principe de Gales dió en razon que se concluya el casamiento con la infanta. Ibid.

Despues de muchas negociaciones llegaron á hacerse dos trata-

adelantados parecian ir los tratos, mas se suscitaban nuevas dificultades, y entreviase que si acaso el matrimonio no era del gusto de los ingleses, por parte de la córte española se obraba de modo que daba lugar á que pudiera pensarse todo menos que se tratára como asunto sério. El rey le obsequiaba, Olivares le entretenia, divertíale el público, pero en los capítulos matrimoniales nunca faltaba algun reparo que poner. Y cuando el príncipe instaba por que se concluyeran, hízosele entender que estando la estacion tan avanzada, la infanta no podria salir de España hasta la primavera próxima.

Ya esto hizo desconfiar al aventurero príncipe, cuya paciencia se iba acabando. Buckingham tenia sus rivales en Lóndres, en Madrid no corria bien con Olivares, y aconsejó al príncipe que se volviera á su reino, y el rey Jacobo su padre, cansado tambien de tan largo entretenimiento, le ordenó que volviese á Inglaterra. Dispuso pues el príncipe inglés su partida, dejando no obstante un embajador para que siguiera

dos, uno público y otro secreto. Por el público se estipulaba que el matrimonio se celebraria en España y se ratificaria en Inglaterra; que los hijos estarian hasta los diez años bajo la vigilancia de su madre; que la infanta y su servidumbre tendrian una iglesia y una capilla con capellanes españoles para el ejercicio de su culto. El tratado secreto contenia cuatro artículos, á saber: que no se ejecutarian en Inglaterra las leyes penales relativas á religion; que se toleraria el culto católico en las casas particulares; que no se harian tentativas para que la princesa abandonára la fé de sus padres, y que el rey emplearia toda su influencia con el parlamento para obtener la no aplicacion de las leyes penales. El rey y los lores del consejo juraron la observancia del tratado público en la capilla real de Westminster: el secreto le juró el rey solo ante cuatro testigos en casa del embajador.

arreglando los desposorios. Nada se hizo en la córte para detenerle. Hízole, sí, el rey magníficos regalos, y á todos los caballeros de su comitiva, y lo mismo ejecutaron el de Olivares y otros grandes del reino. Verificóse pues la salida del príncipe (7 de setiembre, 1623), despues de siete meses pasados entre festejos, esperanzas y sospechas: acompañáronle el rey y los infantes hasta el Escorial, donde se despidieron abrazándose afectuosamente, continuando desde allí el príncipe su viage á Santander y á Lóndres, á cuya ciudad arribó el 4 de octubre en compañía del duque de Buckingham, con quien habia venido (1).

(1) Relacion de la partida del príncipe, MS. Colecc. de Cisneros, p. IX., c. 3.—Salazar, Miscelan., tomo XXXIV.—Soto y Aguilar, Tratado de las fiestas memorables, etc. MS.—Este escritor dá una noticia muy curiosa de lo que cada cual regaló al príncipe, comenzando por el rey y la reina, y siguiendo por los infantes é infantas, las damas, meninas y mayordomos de palacio, el conde y la condesa de Olivares, el almirante de Castilla y otros magnates. De esta relacion se deduce que el príncipe inglés salió de Madrid cargado de joyas, preseas, caballos, pieles y otros regalos y presentes de gran valor.

Al decir de los historiadores ingleses, Buckingham y Olivares, no se despidieron tan afectuosamente como el rey y el príncipe, pues cuentan que dijo el embajador inglés al ministro español: *Yo seré siempre un servidor humilde del rey, de la reina y de la princesa, pero vuestro jamás.—Agradezco la fineza,* le contestó el de Olivares.—Tratados de Somers, II.—Memor. de Alard, I.—Cabala, Rushworth, Prynne, Memor. de Clarendon.

Parecia en efecto cosa de burla marcharse el príncipe y seguirse aquí concertando la boda. Señalóse para ella el 9 de diciembre; se convidó á la nobleza: se preparó el local en palacio, y se dispusieron fiestas, cuando llegaron diferentes correos á Madrid previniendo á Bristol que se preparára á volver á Lóndres, y que informára al rey Felipe que Jacobo y Cárlos estaban prontos á terminar lo del matrimonio, con tal que él se comprometiera á tomar las armas para defender el Palatinado. El monarca español se resintió vivamente y desechó semejante condicion como deshonrosa para él y para su hija. Mandó deshacer todos los preparativos de bodas, y la infanta dejó el título de princesa de Inglaterra que ya llevaba. Así se vengaron Cárlos y Buckingham de las mortificaciones que en Madrid les habian hecho sufrir en sus esperanzas y en su orgullo.

Natural era que el príncipe, si bien no rechazado, pero tampoco favorecido de España, aunque acá procurase mostrar buen semblante, allá no ocultára que iba herido en lo que hiere mas profundamente el corazon de un jóven. El rey y la córte de Lóndres lo atribuyeron á una intriga del conde-duque de Olivares, que luego veremos si se condujo con desacierto ó con tino en este negocio, y comenzaron unos y otros á mirar con malos ojos á España, y á desear ocasiones en que humillarla y abatirla. Por eso al año siguiente (1624) los holandeses obtuvieron dinero de la Inglaterra para la guerra contra España, y el permiso para levantar seis mil hombres en aquel reino. Por eso en 1625 el cardenal de Richelieu pidió bageles á aquella potencia para atacar por mar á los genoveses protegidos por los españoles. Por eso los piratas ingleses infestaban nuestras costas de América en union con los de Holanda. Y como á este tiempo muriese el rey Jacobo I., y le sucediese su hijo Cárlos, el pretendiente de la infanta de España cuando era príncipe de Gales, viéronse luego los efectos de su resentimiento contra la nacion de quien se contemplaba ofendido. Una escuadra de noventa velas inglesas se presentó á fines de aquel año (1625) delante de Lisboa: no se atrevió á atacar la ciudad, pero doblando el cabo de San Vicente y entrando en la bahía de Cádiz, el lord Wimbledon que la mandaba echó en tierra diez mil hombres, que se apoderaron de la torre del Puntal; si bien

rechazados primero por don Fernando Giron al frente de los paisanos armados, y amenazados despues por el duque de Medinasidonia, gobernador de Andalucía, que acudió con la nobleza de las ciudades y alguna tropa, se reembarcaron precipitadamente, se alejaron de la costa, y regresaron á Plymoudh (8 de diciembre) con pérdida de mil hombres y de treinta naves. No volvió por entonces Cárlos I. á hostilizarnos (1).

Este monarca, que despues de su malograda pretension á la mano de la infanta doña María de Castilla hizo un enlace desgraciado con la princesa Cristina, hermana del rey de Francia, daba favor á los rebeldes protestantes de la Rochela que Luis XIII. tenia el mayor interés y empeño en destruir. Entonces Richelieu, aprovechando la paz en que el francés estaba con España por el tratado de Monzon (1626), negoció con el conde-duque de Olivares que una armada española de cincuenta velas divirtiese á los ingleses atacando las costas de Inglaterra y de Irlanda. El artificio, si hubo, como se supone, en Richelieu la intencion de inutilizar las fuerzas marítimas españolas, menester es confesar que le salió bien. Porque la espedicion de nuestra armada en lo avanzado de la es-

(1) Un historiador inglés dice que al pasar por el puente de Zuazo encontraron una porcion de botas de vino, los soldados bebieron con esceso y se insubordinaron, y el general en vista de esto los hizo reembarcar precipitadamente. —Rushworth, I.—Cartas de Howell. —Wimbledon dijo que habia aceptado el mando con repugnancia, porque ya preveia el resultado. La verdad es que no era hombre de capacidad para tales empresas.

tacion del invierno (1627), corrió no poco peligro, y fué por lo menos cos'osa é inútil, teniendo que refugiarse otra vez á nuestras costas. Y sin embargo, no faltaban aduladores que celebráran al de Olivares estos sucesos como otros tantos triunfos de su sábia política.

Las naves inglesas y holandesas hacian tal persecucion y andaban tan á caza de las flotas españolas destinadas á traer el dinero de las Indias, que cuando arribaban nuestros galeones salvos y sin tropiezo, se celebraba en la córte como un acontecimiento de estraordinaria prosperidad. La llegada de una flota con diez y seis millones de moneda sin háber tropezado con la armada inglesa que habia acometido á Cádiz (1625), se mandó celebrar en Madrid con fiestas anuales (1).

No sucedió así con la que dos años mas adelante (1627) venia de América con grandes caudales, que mientras imprudentemente se habia enviado nuestra escuadra contra Inglaterra en ayuda de la Francia que no lo merecia, se dió lugar á que aquel cuantioso capital cayera en poder de las naves de Holanda cerca de las Islas Terceras.

A pesar de estos parciales contratiempos, no se puede desconocer que en las guerras y relaciones esteriores los sucesos de España habian ido marchando

(1) Decreto de S. M. para que en todo el reino se hiciesen fiestas todos los años el dia 27 de noviembre en hacimiento de gracias por la venida de los galeones. Sevilla, Juan de Cabrera.—MS. de la Biblioteca de la Real Academia de la Historia, J. 93.

con mas próspera que adversa fortuna. La córte se envanecia de ello, y el conde-duque de Olivares lo atribuia todo á su hábil política, cuando en realidad de verdad el mérito era de la decision é inteligencia de los generales y del valor y bravura de los soldados de mar y tierra, que aun continuaban dando glorias y laureles á su patria. Pero no habia de tardar en conocerse que con tal política y tal administracion en medio de la general penuria del reino era imposible sostener tantas guerras y mantener el poder de España á la altura que en su desvanecimiento pretendia el de Olivares.

CAPÍTULO III.

ITALIA.—ALEMANIA.—FLANDES.

DE 1628 Á 1637.

Cuestion del ducado de Mántua.—Parte que toman en ella el rey de España y el duque de Saboya.—Ejército francés en Italia.—Richelieu: Espínola: Gonzalo de Córdoba.—Muerte del duque de Saboya.—Muerte de Espínola.—Sitio, tregua y tratado de Casal.—Alianza de Richelieu con el rey de Suecia contra la casa de Austria.—Socorre España al emperador.—Guerra de Alemania.—Progresos de los suecos.—Batalla de Lutzen: triunfo de los suecos, y muerte de su rey Gustavo Adolfo.—Asesinato de Walstein.—El rey de Hungría.—Vá el cardenal-infante de España don Fernando á Alemania.—Sitio y rendicion de Norlinga.—Plan general de Richelieu contra España y el Imperio.—Guerra en Alemania, en Italia, en la Alsacia, en el Milanesado, en la Valtelina, en los Paises Bajos, en la Picardía y el Artois.—Manifiesto del rey de Francia, y contestacion de la córte de España.—Combate del Tesino.—Amenazan los españoles á Paris.—Decadencia del poder de España en los Paises Bajos.—Muerte de la archiduquesa infanta de España.—Vá el cardenal infante don Fernando.—Su conducta como gobernador y como capitan general.

A poco tiempo de esto suscitóse en Italia otra cuestion, en que, como en todas, quiso intervenir y tomar la parte principal el conde-duque de Olivares, que en sus incesantes aspiraciones representándose en cada

novedad una nueva ocasion de engrandecimiento, comprometió en ella al rey, cuyo espíritu dominaba, hasta el punto que ya era fama en el pueblo que le daba hechizos, con que le tenia como encantado [1].

Reducíase la cuestion á que por muerte del duque de Mántua se disputaban la sucesion del ducado el príncipe de Guastalla, protegido por el emperador Fernando de Austria, y el duque de Nevers, ambos de la familia de los Gonzagas, para su hijo primogénito, con quien el de Mántua poco antes de su muerte habia casado su sobrina y heredera. Calculó el conde-duque de Olivares que cualquiera que fuese la solucion de aquel litigio, ó habia de poder agregar á España aquel ducado, ó por lo menos habia de quedarse en posesion de la plaza de Casal en el Monferrato, que

(1) Tenemos á la vista el informe oficial (manuscrito) que el alcalde de casa y córte don Miguel de Cárdenas dió en 7 de julio de 1627 al cardenal presidente de Castilla sobre los hechizos que se decia daba el conde de Olivares al rey.—«Habrá veinte y dos meses «(dice) que estando yo comiendo «entró Juan de Acebedo, escribano «de la Sala, y me dijo que traia un «negocio de grandísima importan«cia y secreto, y apretó tanto es«to, que me levanté de la mesa á «oirle, y entró diciendo que era «sobre unos hechizos que el conde «de Olivares daba á S. M. para es«tar en su privanza, y reparándome «en lo que me decia me dijo: pues «señor, ¿á quién tengo de acudir «sino á Vd. habiendo llegado á mi «noticia un caso como éste? Y así «le oí, y lo que me refirió fué que «Antonio Diaz, coletero vecino de su «casa, que era del Barquillo, le ha«bia ido á decir que una muger que «se llamaba Leonor, así mismo ve«cina de ellos, habia persuadido á «la muger de este coletero á que «diese á su marido hechizos para «que la quisiese bien, y respondió«la la del coletero que no queria «meterse en hechizos, temiendo no «muriese de ellos su marido. La «Leonor dijo que eran sin peligro, «porque estaban ya probados por «S. M. que se los daba el conde pa«ra conservarse en su privanza, y «no le hacian mal, como se veia, y «así que bien seguramente los po«dia aplicar á su marido, etc.» Sigue refiriendo largamente el caso, y los procedimientos á que dió lugar.

de órden suya tenia sitiada el gobernador de Milan Gonzalo de Córdoba. Pero codiciábale tambien el duque de Saboya Cárlos Manuel, hombre turbulento y bullicioso, afable y liberal, pero enemigo del reposo, excelente capitan, pero lleno de ambicion, y para quien todos los medios eran buenos con tal que condujeran á medrar y engrandecerse. Esta vez abandonó el saboyano la Francia, y se adhirió al de Olivares, con quien estipuló la particion del Monferrato. Llevaron, pues, entre los dos la guerra á Italia, aprovechando la ocasion de estar entretenidos los franceses en el sitio de la Rochela, baluarte y abrigo de los protestantes, á los cuales por lo mismo protegia y alentaba el ministro español [1]. Mientras Gonzalo de Córdoba sitiaba, aunque flojamente, á Casal, saboyanos y españoles penetraron en el Monferrato y se apoderaron de varias plazas (1628). Un ejército de diez y seis mil hombres allegadizos que el de Nevers reclutó en Francia y con el cual quiso acudir á la defensa de su Estado, no se atrevió á poner el pié en Italia, y se dispersó al paso de los Alpes.

(1) No solo los protegia políticamente, sino tambien con materiales auxilios. En 1628 envió el rey de España al almirante don Fadrique de Toledo con una flota contra la armada de Francia, y allá estuvieron tambien el marqués de Espínola y su hijo el de Leganés. Mandaba el ejército francés que sitiaba la Rochelle el cardenal de Richelieu en ausencia del rey. Los ingleses intentaron inútilmente socorrer á los sitiados: hubo una famosa batalla naval entre las escuadras inglesa y francesa, de cuyas resultas se rindió La Rochelle por capitulacion, y el rey de Francia hizo su entrada pública en la plaza.—Hist. du Ministere du cardinal duc de Richélieu, p. 242 á 313.—Puede verse la relacion y descripcion particular de este famoso sitio.



Pero libre la Francia del embarazo de la Rochela, envió Richelieu á la Saboya el ejército vencedor, y aun persuadió á Luis XIII. que debia ir él mismo á mandarle en persona. Por su parte el ministro favorito de Felipe IV., viendo que la guerra iba á tomar un carácter sério, ordenó al marqués de Espínola, el mejor general de España entonces, que dejára los Paises Bajos y fuera á ponerse al frente de las tropas de Italia: error grave, de que supieron aprovecharse bien los holandeses, costándonos la pérdida de algunas plazas en aquellos paises, y la del oro que traian los galeones de Méjico, que ellos interceptaron y cogieron. El de Espínola tuvo por conveniente venir antes á Madrid, donde encontró muchos ofrecimientos, pero pocos recursos eficaces para la guerra. El rey de Francia y su ministro-cardenal marchaban entretanto resueltamente hácia la Saboya, y no habiendo podido obtener del duque que diera paso á las tropas por el Piamonte, forzaron sus generales Crequi y Basompierre las terribles gargantas de Suza, desfiladero entre dos rocas defendido por varios reductos, derrotando dos mil setecientos saboyanos, y viéndose muy en peligro de caer en poder de franceses el duque y su hijo (marzo, 1629). Gonzalo de Córdoba levantó el sitio de Casal, que habia sostenido tibiamente, y el monarca francés ratificó en Suza la liga con Venecia, el pontífice y el duque de Mántua, por la cual se obligaban los confederados á levantar cuarenta mil hom-

bres para defender el Mantuano contra los españoles. El ambicioso, pero egoista, duque de Saboya, ni cumplió el tratado, ni quiso unir sus fuerzas á las de Francia, ni ayudó con ellas á los españoles, y se declaró por entonces neutral [1].

Mas como luego viese al marqués de Espínola penetrar con un cuerpo de españoles en el Monferrato, mientras dos ejércitos alemanes enviados por el emperador Fernando de Austria, y mandados el uno por el conde de Merode y otro por el de Collalto, se dirigian el primero á la Valtelina y el segundo á Mántua, mas atento el saboyano á lo que le era de provecho que á pasar por consecuente, volvió á declararse por España como al principio. A pesar de tantas fuerzas enemigas el rey Luis XIII y el cardenal de Richelieu, ya nombrado generalísimo de las armas del rey en Italia, penetran en la primavera siguiente en Cerdeña (1630), el mariscal de Crequi sitia y rinde la plaza de Pignerol, apodérase el francés de Chamberí y otras fortalezas, y en poco mas de un mes domina casi toda la Saboya, el príncipe del Piamonte es derrotado cerca de Javennes por los generales franceses Montmorency y La Force, y profundamente afectado con tantos contratiempos el anciano duque de Saboya, muere abrumado de tristeza en Surillhan á los sesenta y nueve añosde su azarosa vida (26

(1) Hist. du Ministere du card. de Richelieu, pág. 329 á 347.—Soto y Aguilar, Anal del reinado de Felipe IV. ad. an.

de julio, 1630), sucediéndole su hijo mayor Victor Amadeo (1).

Continuó no obstante vivamente la guerra en aquel desgraciado país entre franceses y españoles, imperiales, saboyanos y venecianos, dándose frecuentes ataques, diezmando la peste los ejércitos, y sitiando y tomándose mútuamente plazas, siendo las mas notables el sitio y toma de Mántua por los imperiales, y el de Casal, la plaza que se consideraba mas fuerte de Europa, defendida por el famoso general francés Toiras, y cercada por el ilustre general de España marqués de Espínola. Despues de varias vicisitudes y de algunos sangrientos combates, apurado Toiras dentro de la plaza, y trabajando activamente Mazarino para que el general francés y el español vinieran á una suspension de armas, ajustóse una tregua (4 de setiembre, 1630), segun la cual el francés entregaría al español la ciudad y castillo, y aun la ciudadela, si no recibia socorros hasta fin de octubre. Pero un suceso inesperado vino á privar á España del mas hábil y mas acreditado de sus generales. Felipe Espínola, hijo del marqués, no supo defender de los franceses el paso de un puente. Noticioso el marqués su padre de aquel hecho desgraciado, preguntó si su hijo habia sido muerto, herido ó prisionero, y como le dijesen que

(1) Motifs du duc de Saboye pour se jetter dans le parti de l'Empereur et du Roy d'Espagne.—Siege de la ville de Pignerolle et son reduction.—Prise de Chambery.—Le Roy se rend maitre de toute la Saboye.—Hist. du Ministere de Richelieu, p. 404 à 431.

nó, aquel moderno general espartano perdió el juicio y murió á los pocos dias (25 de setiembre) en el castillo de Sorribia, coronando con muerte tan pundonorosa su larga y gloriosa carrera militar. Gran pérdida fué esta para España. Reemplazóle el marqués de Santa Cruz, afamado marino, que comenzó su mando de tropas de tierra prosiguiendo el sitio de Casal.

Bien se conoció, y pronto, lo que con la falta de Espínola se habia perdido, y que la esperiencia del de Santa Cruz en las cosas del mar era harto distinta de la que se necesitaba para las campañas de tierra. Al espirar las treguas de setiembre mas de veinte mil franceses se aproximaron en silencio á las líneas de Casal, y aunque las fuerzas de Santa Cruz y del conde de Collalto eran todavía superiores en número, y aquél se hallaba dueño de la plaza, vióse con sorpresa, y así lo anunció el legado Mazarino, que comenzaba entonces su larga carrera, concertarse un armisticio entre españoles y franceses, conviniendo aquellos en entregar la plaza y castillo de Casal y todas las del Monferrato á un comisario imperial que las tendria á nombre del emperador, y volviéndose los españoles al Milanesado (octubre, 1630). Gran murmuracion y censura mereció esta tregua á los capitanes españoles, y muy especialmente á don Martin de Aragon, maestre de campo de la caballería. Algunas infidelidades cometidas por los franceses estuvieron cerca de producir nuevo rompimiento, pero dadas satisfacciones,



se asentó al fin el tratado de paz, que si no contentó á los franceses, con mucho mayor fundamento fué recibido con hondo disgusto en España, que por todo resultado de una guerra para la cual habia hecho no cortos sacrificios, ni ganó á Mántua, ni conquistó á Casal, y las ventajas fueron para el francés, á quien el Mantuano cedió la importante plaza de Pignerol, que dejaba abiertas las puertas de Italia, y el nuevo duque de Saboya condescendió en ello á trueque de indemnizarse de algunas plazas del Monferrato. El tratado de Casal fué ratificado despues en un congreso de plenipotenciarios de Francia, España, Saboya, el Imperio y la Santa Sede, reunidos en Querasco (marzo, 1631), y mas adelante se hizo otro para esplicar algunas dificultades que habian ocurrido [1].

Pero si bien con los tratados de Casal y de Querasco se restableció por entonces el sosiego en Italia, para los españoles se redujo á trasladarse la guerra á otro teatro. Porque empeñados el monarca español y su ministro favorito en sostener con armas y dinero la causa del emperador Fernando II. de Alemania, y no ménos empeñados el monarca francés y su primer ministro en abatir la casa de Austria por cuantos medios la enemistad les sugeria, el cardenal de Richelieu hizo alianza con el rey de Suecia Gustavo Adolfo, que

(1) Botta, Storia d' Italia.—Soto y Aguilar, Epitome (MS.), ad. ann.—Le Clerc, Vida de Richelieu.—Vazquez de Acuña, Vida del cardenal de Richelieu.—Hist. du Min. de Richelieu, p. 451 á 464.—Traité de la paix de Querasche.

acababa de declarar la guerra al emperador presentándose como el libertador de los protestantes, en cuyo tratado, que habia de durar cinco años, se estipulo el auxilio de hombres y de dinero que la Francia habia de suministrar al de Suecia. Esto, unido á la liga que los protestantes hicieron en Leipsick, hizo comprender al emperador que le amenazaba una guerra mas terrible que la que le habian hecho el elector Palatino y el rey de Dinamarca; y entonces, como siempre que se encontraba en aprieto, volvió los ojos á España, cuya córte, imprudentemente comprometida hacia mucho tiempo, no vaciló en seguir enviando al emperador los hombres de que habia bien menester para la defensa de sus antiguos estados de Flandes, y el dinero que con tanto trabajo y sacrificio suministraban para otras necesidades mas urgentes y propias los agobiados pueblos españoles.

La guerra comenzó con malos auspicios para el emperador (1631). El rey de Suecia, á quien se adhirió tambien el duque de Sajonia, apartándose de la fidelidad á Fernando, fué conquistando varias ciudades alemanas: Maguncia le abrió las puertas contra la voluntad de los españoles que la guarnecian; los imperiales iban perdiendo plazas; hacíanse audaces los protestantes, y las tropas llegadas de Italia temblaban á la vista de los suecos. Los españoles defendian sus puestos heróicamente, y en un combate que con ellos tuvo Gustavo Adolfo portáronse con tal bizarría,

que en memoria del triunfo que consiguió sobre ellos, aunque era su gente doble en número que la nuestra, hizo erigir en el campo una columna que perpetuára su victoria. El sueco continuó apoderándose de las ciudades de una y otra orilla del Rhin, no obstante al gun pasagero contratiempo. El famoso general del imperio Tilli, murió en Ingolstatd de resultas de heridas que habia recibido combatiendo (1632), y los destacamentos españoles perecian mas al rigor de aquel clima en la estacion del invierno que al filo de la espada. Y si bien el denodado Walstein, que reemplazó á Tilli en el mando de las tropas imperiales, tomó por asalto á Praga y arrojó de Bohemia á los sajones, el monarca sueco penetraba en la Baviera, saqueaba sus pueblos y ciudades, y se estendia por la Suabia. A impedir el progreso de los suecos fué enviado Walstein, y encontrándose los dos ejércitos se dió la famosa batalla de Lutzen, en que todos hicieron prodigios de valor, en que murió peleando heróicamente el rey Gustavo Adolfo de Suecia, y fué mortalmente herido el general austriaco Oppenhein, y en que la victoria se declaró por los suecos, quedando en el campo de diez á doce mil imperiales. Apoderáronse los suecos de Leipsick, y los españoles despues de una derrota perdieron la plaza de Frakendal.

Por este tiempo habia comenzado su larga carrera de inconsecuencias el famoso duque de Lorena Cárlos IV. constante solo en la veleidad con que tan

pronto se aliaba con el rey de Francia contra España y el Imperio, tan pronto se hacia el mas eficaz aliado de los imperiales y españoles contra los franceses, decidiendo muchas veces con su valor y con las tropas de su estado las batallas en favor de aquella potencia de que por el momento era amigo y auxiliar, y atrayendo no pocas el enojo y las armas del monarca francés contra su casa y sus dominios. En 1632 (6 de enero) habia hecho el duque Cárlos un tratado con Luis XIII. de Francia, comprendiendo en él al emperador, al rey de España y á los demas príncipes de la casa de Austria. Mas luego se le vió levantar tropas en favor del Imperio, lo que obligó al francés á marchar con ejército hácia Lorena, forzando al duque Cárlos por el tratado de Liverdun á ceder algunas plazas á la Francia. No tardó sin embargo en celebrar otro convenio con el emperador, y Luis XIII se vió en el caso de invadir de nuevo la Lorena, sitió á Nancy (1633), rindió muchas plazas del lorenés, salió de Nancy la guarnicion lorenesa y el duque Cárlos hubo de ceder todos sus estados al cardenal de Lorena su hermano, el cual, renunciando el capelo, trató su matrimonio con una sobrina de Richelieu; siendo estos tratos orígen de no pocas aventuras y de no menos variadas negociaciones, que influyeron notablemente en las vicisitudes de la guerra de Alemania entre Francia y Suecia por una parte, España y el Imperio por otra, siendo los príncipes loreneses los

que h cian inclinar el éxito de la guerra ya á un lado ya á otro [1].

No bastó la muerte del gran Gustavo para suspender las operaciones de la guerra. Continuáronla con decision y con habilidad sus generales; y los príncipes protestantes de Alemania, enemigos del emperador, animados por el embajador de Francia, que ofreció un millon de libras tornesas cada año para mantener la guerra, renovaron su confederacion contra la casa de Austria con los hábiles políticos que quedaron gobernando el reino de Suecia á nombre de la hija del gran Gustavo (1633). El mejor general del imperio, el célebre Walstein, de quien se sospechó, al parecer no sin fundamento, que aspiraba á apoderarse del Imperio, ó por lo menos del reino de Bohemia, fué asesinado en Egra por órden del emperador mismo (1634). Reemplazóle en el mando de las tropas imperiales el rey de Hungría, que d spues de castigar con la última pena á los cómplices de la conspiracion de Walstein, puso sitio á Ratisbona, que se defendió desesperadamente, y solo capituló (26 de julio, 1634) despues de haber sufrido multitud de asaltos y de verse casi totalmente destruida.

Desconfiando el rey de Hungría de poder vencer á los suecos con solas las fuerzas imperiales, rogó al cardenal-infante de España, don Fernando, hermano

(1) Calmet, Historia eclesiástica y civil de Lorena, tom. III. años 32 y 33.—Histoire du Ministere de Richelieu, pág. 573 á 622.

del rey, el cual por muerte de la archiduquesa gobernadora de Flandes pasaba á tomar posesion del gobierno de los Paises Bajos con un ejército de diez y ocho mil españoles, que fuera á ayudarle á batir á los suecos. Avido de gloria el infante español, y ansioso de dar pruebas de valor militar, púsose en marcha para Alemania, atravesó el Danubio, y llegó delante de Norlinga en ocasion que los imperiales habian abierto brecha á intimado la rendicion á aquella plaza (2 de setiembre, 1634). Pero llegó tambien al propio tiempo en socorro de los sitiados el ejército sueco, y todo anunciaba que iba á darse un terrible combate. Las fuerzas de los católicos eran superiores en número; mandaba el duque de Baviera las tropas de su estado, el de Lorena las de los príncipes católicos, y el cardenal-infante las de España. La batalla en efecto fué terrible y duró dos dias (5 y 6 de setiembre). Un cuerpo de españoles que ocupaba un bosque y fué atacado de noche por los suecos, dejó el campo cubierto de cadáveres enemigos. El ejército sueco fué completamente derrotado, perdiendo ocho mil hombres en la accion, quedando en poder de los generales vencedores cuatro mil prisioneros, ochenta cañones y trescientos estandartes. Norlinga se rindió á discrecion al dia siguiente, y el partido protestante se llenó de consternacion. Abandonaron los suecos la Baviera, quedándoles solo algunas plazas en la Suabia y la Franconia; y el Rhingrave Othon Luis, derrotado por

Cárlos de Lorena, tuvo que pasar á nado el Rhin para no caer en manos de sus enemigos. Ya no se atrevian los suecos á presentarse delante de los imperiales, como antes los imperiales temblaban á presencia de los suecos (1).

Desesperado tambien Richelieu con la derrota de Norlinga, pero incansable en suscitar enemigos á la casa de Austria, dirigió sus intrigas á otra parte; y sabedor de que el conde-duque de Olivares andaba proponiendo una tregua á las provincias de Holanda para ir disponiendo los ánimos á la paz, no se contentó con trastornar este proyecto, sino que para escitar al príncipe de Orange á que continuára la guerra contra España, hizo un tratado con los holandeses por medio del baron de Charnace, obligándose á contribuir á sus gastos con trescientas mil libras y á mantener un cuerpo de tropas al servicio de la república, junto con otras negociaciones de que daremos cuenta al tratar de aquellos estados. Sin duda con el fin de atender á lo que por allí pasaba volvió de Alemania el cardenal-infante don Fernando con los recientes lauros que habia recogido, y recibiéronle en Bruselas con mag-

(1) Relacion del sitio de Norlinga, segun Basompierre.—Calmet, Historia ecca. y civil de Lorena, lib. 35, núm. 4.—Mem. MS. de Hannequin.—Guillemin, Hist. MS. du duc Charles.—Memoires de Beanvau.—Hugo, Hist. MS. du duc Charles IV.

Es innegable que si bien los esfuerzos de los generales imperiales y del cardenal infante de España contribuyeron mucho al feliz éxito de la célebre batalla de Norlinga, el triunfo se debió principalmente al valor, intrepidez y maestría del duque Cárlos de Lorena.

nífica pompa y con las mas vivas aclamaciones y muestras de regocijo [1].

Pero á consecuencia de los incesantes manejos de Richelieu, veinte mil hombres de tropas francesas mandados por los mariscales La Force y De Brezé, marchan por la Alsacia, pasan el Rhin, socorren á los suecos sitiados en el castillo de Heidelberg, y hacen retirar de la ciudad á los imperiales. En cambio éstos por medio de un ingenioso ardid de guerra se apoderan de Philipsbourg que ocupaban los franceses, degüellan una parte de la guarnicion, y la otra, hecha prisionera, y destinada á varias ciudades, perece casi toda de miseria. Así se mantenia viva la guerra de Alemani .

El plan de Richelieu, fijo siempre su pensamiento en los medios de abatir el poder del emperador y del rey de España, era hacerles ' un tiempo la guerra en Italia, en el país de los Grisones, en Lorena, en Alemania y en los Paises Bajos, porque en todas partes contaba con partidarios, y fiaba mucho de la amistad de Suecia y de los príncipes protestantes de Alemania. Una nueva liga entre Francia y la república holandesa, que se firmó en París (febrero, 1635), determinaba las fuerzas que habia de poner en pié cada uno de los estados contratantes para el caso de una

(1) Guillermus Becauus, *Serenissimi Principis Ferdinandi, Hispan. Infantis, S. R, Ecclesiæ cardinalis, triunfalis introitus in Flandriæ Metropolim Gandavuum.* 1636. Un tomo fol. con láminas.

guerra entre España y Francia, haciendo ventajosas condiciones á las provincias flamencas que quisieran incorporarse á la liga para recobrar su libertad. Y al mismo tiempo un embajador estraordinario era enviado por el ministro francés, prévia consulta con el nuncio Mazarino, á proponer á los príncipes de Italia otra liga ofensiva y defensiva contra la casa de Austria. El infatigable ministro-cardenal tomó activas disposiciones para poner en pié un ejército de ciento treinta mil infantes y veinte y dos mil caballos. Al amago de tan terrible tempestad el primer ministro de Felipe IV. de España hizo tambien esfuerzos estraordinarios para levantar tropas, y en union con los ministros del Imperio negociaba en todas las córtes para ver de traerlas á su partido, ó por lo menos apartarlas de la confederacion con Francia, y que siquiera permaneciesen neutrales.

Pero las córtes de España y de Viena no pudieron evitar que la guerra continuára con furor en Alemania, ni que se encendiera de nuevo en los Paises Bajos, de donde Richelieu se lisonjeaba no tardaria en arrojar á los españoles: nombró el monarca francés los generales que habian de obrar en la Valtelina y en Italia, y por último, furioso Richelieu con la sorpresa de Tréveris que hicieron los españoles, á cuyo elector llevaron prisionero á la ciudadela de Amberes, determinó declarar en toda forma la guerra á España, mandó reunirse en Mezieres el ejército que al mando

de los mariscales Chatillon y De Brezé se habia de juntar con el de la república de Holanda, y el cardenal infante de España, gobernador de Flandes, designó para mandar el ejército español al príncipe Tomás de Saboya (mayo, 1635). Dióse la sangrienta batalla de Avenne, en que quedaron derrotados los españoles, y reunidos luego los dos mariscales franceses con el príncipe de Orange en Maestrick, sin fuerzas el cardenal-infante para poder resistirles, acometieron los confederados á Tirlemont, la entraron, degollaron, incendiaron, y permitieron á la brutal soldadesca cometer toda clase de abominaciones.

El rey Luis XIII. de Francia publicó un manifiesto, é hiciéronle circular sus generales por las provincias de los dominios españoles, en el cual declaraba los motivos que habia tenido para tomar las armas; entre ellos señalaba la invasion de los españoles en la Valtelina, la infraccion del tratado de Monzon, las empresas contra el duque de Saboya, la opresion del de Mántua, las intrigas de los embajadores de España para dividir la familia real francesa, el ultraje hecho al elector de Tréveris, y otros varios. A este manifiesto respondió la córte de España con otro, en que se hacian severísimas inculpaciones al cardenal de Richelieu, y se atribuian á su ambicion y á sus intrigas las desgracias de toda Europa. Volvíanse cargos por cargos, acriminábase la conducta del francés, pero las invectivas se dirigian principalmente contra su minis-

tro Richelieu, dejándose ver en el encono que se mostraba contra el ministro-cardenal ser obra del conde-duque de Olivares.

La guerra en los Países Bajos no fué favorable á los franceses y holandeses, á pesar de las muchas fuerzas que entre unos y otros reunian, merced á l prudencia y al tino con que supo conducirse el cardenal-infante don Fernando. Tampoco les era próspera en Alemania, donde ademas de haberse apartado de la liga algunos príncipes protestantes, como el duque de Sajonia, se vió el general francés obligado, por falta de alimento para sus tropas, á repasar el Rhin, perseguido por los imperiales, y á volverse á Francia, como ya lo habia verificado desde Flandes el mariscal de Chatillon. Tampoco descansaban las armas en la Lorena, favoreciendo al duque Cárlos los franceses, á su competidor los imperiales y españoles. Al mismo tiempo trabajaba activamente Richelieu por comprometer de nuevo á las potencias y príncipes italianos en una liga contra España y Austria, haciéndoles lisonjeras promesas; pero negáronsele los unos y se le escusaron los otros, y solamente se le adhirieron los duques de Saboya y de Parma; aquél con el objeto de indemnizarse de los gastos de la guerra de Génova y de cobrar la suma que le debian los franceses por la cesion de la plaza de Pignerol; éste por quejas que tenia de la dureza con que le trataba el español duque de Feria, gobernador de Milan. Cuando el de Milan vió la declaracion de guerra

que el de Parma hacia á la nacion española, esclamó en tono burlesco y sarcástico: «*El rey de Parma declara la guerra al duque de España.*» De los príncipes alemanes, á quienes con el propio objeto y con iguales promesas intentó ganar Richelieu, solo logró atraer al duque de Weymar, á condicion de mantener contra el emperador doce mil hombres de infantería alemana y seis mil caballos.

Franceses, italianos, alemanes y españoles peleaban en el Milanesado y la Valtelina, con éxito vario, y tomándose y quitándose mútuamente plazas. Pasóse así todo el resto del año 1635, siendo el mas notable resultado de esta campaña que los franceses quedáran apoderados de la Valtelina, despues de haber derrotado en sangriento combate á los españoles encerrados en Morbegno y mandados por el conde de Cerbellon (9 de noviembre, 1635).

No satisfecho con esta victoria el infatigable y orgulloso Richelieu, el mas importuno y tenaz enemigo de la casa de Austria, inspiró al rey Luis un nuevo plan general de guerra, que abarcaba, á escepcion de Flandes en que determinó estar solo á la de ensiva, los estados de la Alemania, de la Alsacia, de Milan, de Parma, de la Valtelina, del Franco-Condado, y hasta de las islas de Lerins, de que en 1635 se habia apoderado una flota española. Hízose en efecto la guerra en todos estos paises á un tiempo (1636). Pero si bien las armas francesas consiguieron algunos

triunfos en Italia, y hubiérase visto en peligro el Milanesado, cuyo gobierno se acababa de dar al marqués de Leganés, si le hubiera ayudado con mas decision el duque de Saboya, en cuyos intereses no entraba que domináran los franceses aquel país, en cambio los imperiales y españoles penetraron en la Picardía, tomaron importantes plazas y ciudades, é hicieron tales progresos que p sieron en inquietud y alarma la capital misma del reino francés. Aun en Italia recogieron los españoles algunos laureles, y no fué escasa la gloria que cupo á don Martin de Aragon por la habilidad y el talento con que triunfó en la famosa batalla del Tesino (junio, 1636) contra mucho mayor número de franceses.

Tal era la consternacion en París, que todos se prestaron y obedecieron sin replicar á una de aquellas providencias que solo se toman cuando amenaza un peligro inminente al Estado. Para salvar la ciudad, é impedir que los imperiales y españoles pasáran el Oise dispuso formar arrebatadamente un ejército, alistando á todos los que fueran capaces de tomar las armas, sin distincion de clases, estados ni condiciones: los nobles, los retirados y otros que no tenian empleo habian de presentarse al mariscal de La Force en el término de veinte y cuatro horas; los exentos de contribuciones habian de concurrir montados y armados; los artesanos y mercaderes contribuirian para los gastos de la guerra, y se mandó retirar las barcas del

Oise y fortificar los puentes. Para formar un cuerpo de caballería discurrió y ordenó Richelieu que se tomára un caballo de cada tiro de coche, y que los lacayos y cocheros se hicieran soldados. Por fortuna para la poblacion de París, en el consejo de los generales de España y del Imperio prevaleció el dictámen de no atacar la ciudad, por el peligro que habia en acometer una poblacion grande cuyas fuerzas se ignoraban, dejando todavía á la espalda plazas enemigas. Entretuviéronse en tomar algunos otros fuertes y en correr el país. Con esto dieron tiempo á Richelieu, que se hallaba tan indignado como temeroso, para que hiciera salir de la inaccion al príncipe de Orange, gefe de las tropas holandesas, y para que él mismo juntára un ejército de treinta y cinco mil hombres, que al mando del duque de Orleans salió á contener los españoles (agosto, 1636).

Retiráronse éstos de las cercanías del Oise y de la Somme, dejando una guarnicion de poco mas de tres mil hombres en Corbie. Estos valerosos españoles estuvieron por espacio de tres meses bloqueados y sitiados por cuarenta mil franceses, animados con la presencia del mismo rey. La peste diezmó el ejército sitiador, pero muertos tambien ó enfermos muchos de los sitiados, abierta una ancha brecha en la plaza, sin municiones y sin esperanza de socorro, aquellos valientes hicieron una honrosísima capitulacion, y salieron con sus armas y bagages, banderas desplega-

das y tambor batiente, teniendo los vencedores que suministrarles carros para conducir sus enfermos, sus heridos y sus bagages (14 de noviembre, 1636).

En Alemania la lucha del emperador y de los españoles contra los suecos y los protestantes del Imperio germánico habia seguido sin ninguno de aquellos grandes hechos de armas que merecen especial mencion, y sin que los rebeldes lográran reponerse de sus derrotas anteriores. Pudo por tanto el emperador Fernando convocar la dieta en Ratisbona para investir á su hijo mayor de la dignidad de rey de romanos. Los electores estuvieron de acuerdo en este punto, y en su virtud la dieta reconoció como rey de romanos (2 de diciembre, 1632) á Fernando Ernesto, rey de Hungría, primogénito del emperador, que á poco tiempo sucedió en el imperio á su padre con el nombre de Fernando III [1].

Por lo que hace á los estados de Flandes, regidos

(1) Luden, Historia del Pueblo Aleman, reinado de Fernando II. —Botta, Storia d'Italia. —Nani, Historia de la República de Venecia.—Le Clerc, Vida del cardenal de Richelieu.—Id. Historia de las Provincias-Unidas de los Paises Bajos.—Soto y Aguilar, Epitome del reinado de Felipe IV. ad. ann. —Sismondi, Historia de los Franceses.—Schiller, guerra de los Treinta años.—Malvezzi, Historia de los principales sucesos, etc.—Memorias de Richelieu.—Girardot de Noseroy, Historia de los diez años del Franco-Condado, de 1632 á 1642.—Francia engañada, Francia respondida, por Gerardo Hispano Caller.—Sucesos de las armas de España y del Imperio en Francia, por Alonso Perez. Biblioteca de Salazar. MS. J. 55. n. 38. —Discurso del conde de la Roca, embajador de España en Venecia, á aquella república. Venecia 13 de noviembre, 1632: Primer papel dado por el conde de la Roca al Senado veneto sobre la invasion de la Valtelina. Tomo de papeles varios de este reinado.—Relacion del rey de Francia sobre el rompimiento de la guerra contra el rey de España: 1635. Ibid.

por la infanta de España Isabel Clara Eugenia, desde la muerte del archiduque Alberto su esposo, ya indicamos cuán en peligro habia dejado aquellos países la marcha del marqués Ambrosio de Espínola destinado á la guerra de la Valtelina (1629). El conde de Berg, sucesor de Espínola en el mando del ejército, dejó perder ignominiosamente algunas plazas en los Paises Bajos. Mas no fué esto lo peor, sino que habiendo la archiduquesa gobernadora, cansada de tantas revoluciones y deseosa de vivir en paz, hecho cesion de aquellos estados en favor del rey de España su sobrino, al cual de todos modos habian de volver en su dia con arreglo á la cláusula de trasmision de Felipe II. no teniendo sucesion la infanta, el mismo conde de Berg entró en una conjuracion de flamencos para sacudir el dominio de España (1632), y estuvo ya á punto de perderse todo. Pues aunque se reemplazó al conde de Berg con el marqués de Santa Cruz, que al efecto fué llamado de Italia, y aunque acudió de Alemania en socorro de la infanta gobernadora el conde de Oppenhein con veinte mil hombres, este general fué torpemente vencido por el príncipe de Orange delante de Maestrick; perdióse esta importante plaza, y tras ella otras, teniendo que volverse el de Oppenhein á Alemania, y habiendo necesidad de relevar al de Santa Cruz, que mas dado á los placeres que á las cosas de la guerra, habia sido simple espectador de la derrota de los auxiliares alemanes.



Cometióse entonces el estraño desacierto de encomendar las fuerzas á cuatro generales, que alternaban en el mando de ellas semanalmente. Compréndese desde luego el embarazo que semejante medida produciria. Todo era descalabros y pérdidas en aquel tiempo. Una escuadra de noventa velas que á costa de sacrificios se armó y envió entre Holanda y Zelanda fué enteramente destrozada por los holandeses con toda la gente que iba en la tripulacion, apresadas las mas de las naves y echado el resto de ellas á pique. Estos fueron los desgraciados momentos que con su acostumbrada falta de tino escogió la córte de España para proponer tratos de paz á los holandeses, tratos que, como apuntamos mas arriba, frustró y deshizo con sus intrigas el constante enemigo de España cardenal de Richelieu, apoderándose entretanto el príncipe de Orange de la fuerte plaza de Rhinberg. Murió á poco de esto la prudente y virtuosa gobernadora de los Paises Bajos, la archiduquesa é infanta de España Isabel Clara Eugenia (1633), uniendo provisionalmente el gobierno del país y el mando de las armas el marqués de Aytona, el cual entró en negociaciones con el príncipe Gaston Orleans y con la reina María de Médicis, que se habian acogido á Flandes huyendo de la enemiga y de la persecucion de Richelieu: negociaciones que no produjeron sino nuevos compromisos, porque el de Orleans, uno de los hombres mas pérfidos de su siglo, estaba manteniendo al mismo tiempo tra-

tos con el general español y la córte de Madrid y con el ministro francés.

Haciase necesario y urgente, si no habian de acabar de perderse los Paises Bajos, enviar allá un hombre de calidad, de representacion y de prestigio, que enderezára las cosas de la guerra y del gobierno, y todas las miradas se fijaron en el infante don Fernando, hermano menor del rey, cardenal y arzobispo de Toledo desde muy niño, virey que habia sido algun tiempo en Cataluña, y despues en Italia, en cuyos cargos habia dado pruebas de habilidad, prudencia y otras escelentes prendas y calidades de gobierno. Entraba tambien en el interés del receloso conde-duque de Olivares, como ya en otra parte indicamos, apartar del lado del rey y tener lejos á su hermano el cardenal-infante, único que le quedaba, habiendo fallecido de temprana muerte don Cárlos. Por otra parte el ánimo levantado y el génio belicoso del jóven cardenal le inclinaban mas á los negocios de la guerra y de la política que á las pacíficas ocupaciones de la Iglesia, á que sin voluntad propia le habian destinado. Conque así se hizo el nombramiento á gusto de todos (1634), contribuyendo los celos mismos del conde-duque á que el príncipe, para quien habia pensado en la tiara, resultára haber nacido para ser un consumado general y un político y gobernador hábil. Nombrado pues el cardenal-infante gobernador y capitan general de los Paises Bajos, juntó en Italia un regular ejército,



formado de lo que podremos llamar el resto de aquellos antiguos tercios españoles que tanto asombraron á Europa y tanta gloria dieron á España, con el cual y con generales escogidos se puso en marcha tomando el camino de Flandes.

Entonces fué cuando á la mitad de su camino fué llamado por el rey de Hungría para que acudiese á Alemania en ayuda de los imperiales que sitiaban á Norlinga y se veian amenazados del ejército sueco. El infante español pasó despues á Bruselas orlado con los laureles de Norlinga, y allí tuvo que hacer frente á la líga ofensiva y defensiva entre franceses y holandeses que se firmó en París (1635), y cuyo principal fin era arrojar enteramente de los Paises Bajos á los españoles. De aquí la declaracion formal de guerra que mandó hacer por escrito Luis XIII. de Francia al cardenal-infante en Bruselas por medio de un heraldo, cuyo escrito arrojó el cardenal gobernador á la calle, haciendo despues fijar una copia de él en una viga á cien pasos de la puerta de una iglesia. De la guerra que á consecuencia de esta declaracion sostuvo el gobernador español de Flandes, ayudado del príncipe Tomás de Saboya, contra la Francia, llevándola al corazon del reino francés hasta amenazar y poner en consternacion, cuando no en inmediato peligro, á París (1636), hemos dado cuenta mas arriba, tan sumariamente como la necesidad de narrar otros importantes acontecimientos nos lo permite.

En este período lo mismo que en el que comprendimos en el anterior capítulo, no cesaban de molestar numerosas naves holandesas las costas de nuestros dominios en Asia en Africa, y muy especialmente en las posesiones portuguesas sujetas á la corona de Castilla, ya asaltándolas y estragándolas aquellos mercaderes republicanos por sí mismos, ya escitando á los reyes bárbaros tributarios de España á que sacudiesen el yugo de nuestra dominacion, llegando á veces á arrojarse sobre los católicos y degollarlos con ruda ferocidad. Los portugueses de Ceilan tuvieron que sufrir un penosísimo y horroroso sitio para librarse de los habitantes de la isla alzados contra ellos por instigacion de aquellá gente, y hubieran sucumbido á los horrores del hambre, que los obligaba ya á alimentarse de carne humana, si el virey de Goa no hubiera enviado en su socorro al valeroso capitan Jorge de Almeida, que hizo tremolar de nuevo l estandarte español en los pueblos de la isla. De este modo, y ejerciendo la piratería contra las flotas españolas y portuguesas que venian con el dinero de la India, era como los holandeses hostilizaban á España en los mares, durante las guerras de Italia, de Alemania, de Francia y de los Paises Bajos que acabamos de reseñar (1).

(1) Soto y Agrilar, Epitome, ad ann.—«Progresos y entrada de su Alteza el señor Infante-cardenal en Picardia, y la retirada del ejército de Francia y sus coligados del estado de Milan, etc.» Papel impreso en 1636: tomo 27 de la Coleccion de Córtes y Fueros. Biblioteca de la Real Academia de la Historia.—Quevedo: Lince de Italia.—Calmet, Hist. eclesiástica y civil de Lorena.—Hugo, Hist. MS. del duque Cárlos IV.



CAPÍTULO IV.

INTERIOR.

ADMINISTRACION: POLITICA: COSTUMBRES.

De 1626 a 1638.

Falta de comercio y de industria, y sus causas.—Pragmática prohibiendo todo comercio con los paises enemigos, y sus resultados.—Córtes de Madrid de 1632.—Servicio de millones.—Papel sellado.—Calamidades públicas: inundaciones, peste, incendios.—El de la Plaza Mayor de Madrid.—Distracciones del rey, fomentadas por el conde-duque de Olivares.—Medios que empleaba este ministro para conservar su privanza.—Abuso de los Consejos.—Muchedumbre de Juntas.—Lujo y frecuencia de las fiestas públicas.—La Inquisicion: autos de fé.—Célebre y ruidoso proceso de las monjas de San Plácido de Madrid.—Costumbres del rey y de la córte.—Galanteos y aventuras amorosas.—Gusto por los espectáculos de recreo.—Comedias.—Nacimiento de don Juan de Austria, hijo bastardo de Felipe IV.

Al ver los ejércitos y las armas españolas moverse y operar simultáneamente en Italia, en Alemania, en Francia, en los Paises Bajos, en casi todas las naciones de Europa; al ver á España enviar contínuamente refuerzos de hombres y socorros de dinero al empe-



rador, resistir y combatir al monarca francés, al rey de Suecia, á los rebeldes italianos y holandeses, á los príncipes protestantes de Alemania, contrariar la política invasora del sagaz é infatigable Richelieu, y ser el alma de las guerras y de los tratados y transacciones entre todas las potencias europeas, cualquiera habria formado la mas aventajada idea del poder y de la prosperidad de este reino, y no habria juzgado menos favorablemente de la administracion y gobierno del país, y de los que regian sus destinos y disponian de la fortuna de los ciudadanos. Lejos, muy lejos estaba sin embargo de ser tan lisongera la situacion interior de la monarquía.

Desde la espulsion de los moriscos por Felipe III. se habia hecho sentir en el reino de un modo visible la falta de comercio y de industria; y no solo no hallamos en los primeros años del reinado de su hijo las medidas que eran de apetecer y la necesidad reclamaba para reanimar aquellos dos abatidos ramos de la riqueza pública, sino que los pueblos mismos sin duda desesperando ya de hallar proteccion y amparo en los que manejaban las riendas del gobierno, dirigian representaciones á sus obispos y á sus curas sobre la miseria que por falta de fábricas los estaba aquejando (1): reclamacion singular, que demuestra

(1) Discurso político, económico y moral, á los señores arzobispos, obispos y demás eclesiásticos, seculares y regulares, que los habitantes de sus obispados hacen, representándoles su ruina y pobreza, no teniendo en qué trabajar para ganar su sustento y el de sus



las ideas que en aquel tiempo dominaban, cuando se recurria al clero para el remedio de cosas tan agenas de su cargo.

El conde-duque de Olivares, con la mejor intencion sin duda, hizo espedir al rey una pragmática prohibiendo absolutamente todo comercio con los paises enemigos ó rebeldes, y mandando confiscar todos los frutos, mercaderías y artefactos que de ellos viniesen, inclusos los navíos, de cualquier procedencia que fueran. Y como estábamos en guerra con casi toda Europa, resultó que España quedó aislada mercantilmente de casi todas las naciones europeas. Primeramente se prohibió la introduccion de todo artículo elaborado en los reinos y estados dependientes del rey de Inglaterra y en las Provincias Unidas de Holanda (16 de mayo, 1628). Despues se estendió la prohibicion á las mercaderías que vinieran de Francia y de los estados rebeldes de Alemania (31 de agosto, 1630). Y por último se mandó que los artefactos y géneros procedentes de Flandes y de los estados aliados ó amigos, además de las muchas formalidades que allá habian de observarse para certificar que habian sido fabricados allí y no en otra parte alguna, se sujetáran á la visita y escrupuloso reconocimiento de los veedores del contrabando, sin cuyo requisito y patente no se podrian meter tierra adentro, y se habian de dar por

familias, habiéndose perdido las fábricas y maniobras del reino.» Bibliot. de Salazar, varios, tomo 61.

de comiso (23 de marzo, 1633), con cuyo objeto se estableció en 1632 un nuevo consulado (1). Designábase en estas reales cédulas nominal y minuciosamente todos y cada uno de los artículos cuya importacion se prohibia, comprendiendo en ella no solo los objetos de lujo, sino las producciones y frutos alimenticios de toda especie, las telas y adornos de vestir, de lana, de seda, hilo, algodon ú otra cualquier materia, los del menage de las casas, y en general los del uso comun de la vida, útiles, enseres é instrumentos de industria y de artes, fuesen de madera, hierro, cobre, estaño, acero, oro ó plata, y en una palabra, todo género de manufacturas y artefactos desde los mas humildes hasta los de mas ostentacion y lujo (2).

(1) Hállanse estos documentos en la Coleccion de Córtes de don José Perez Caballero, y en el Tratado de contrabando de don Pedro Gonzalez de Salcedo.—Coleccion general de córtes, leyes y fueros, MSS. de la Real Academia de la Hisc., t. 27.

(2) Es curiosísimo y útil además para conocer los artículos y objetos de toda clase que en aquel tiempo se usaban en España para las diferentes necesidades de la vida, el siguiente catálogo de las mercaderías prohibidas. «Y para que se tenga entendido (dice el art. 4.° de la pragmática) los géneros de mercaderías que entran en esta prohibicion son las siguientes: Holandas en crudo y blancas, y enrolladas de lino y todo género de lencería contrahecha á las que se labran en los estados obedientes:—cambrais claros y batistas, que por otro nombre dicen olanes:—mantelería de toda suerte y servilletas: telillas de todos géneros: — motillas: — borlones:—felpas de hilo, algodon y listadas de seda, oro ó plata:—anascotes negros y blancos:—bayetas que se tiñen y aderezan en los estados obedientes:—lileiles ó baratos de todos géneros y colores:—albornoces llanos de colores y otras suertes:—tapicerías de todas suertes, y cogipes:—terciopelo de tripa, estadas y otras obras que contrahacen á los de Lila y Tournay:—telillas de monte de colores abigarradas:—presillas que se labran con hilo de estopa:—puntas y encages de hilo ó seda:—costalufas de hilo, algondon, seda, oro y plata:—buracafes de hilo y lana:—cotonías:—mesolinas de todas suertes:—picotes de todo género:—cintas blancas de todas suertes y colores de hilo y estambre:—cintas clavadas que llaman escharascas, y to-

Estas medidas, que hubieran podido ser convenientes si se hubieran combinado con otras encaminadas al fomento de la industria nacional, no hicieron

do género de agujetas: tafetanes y terciopelados de todas suertes: —calzas de lana de todo género: —botones de hilo, seda y cerda de todas suertes:—bocacies y esterlines: — carpetas finas: — sobremeses de Tournay:—cueros de ante y de vacas adovados:—chamelotes de todo género:—dubliones de todas suertes, estameñas y gamuzas de toda suerte:—hilo fino y aderezado blanco al uso de Portugal, y de otra cualquier suerte:—hileras de todas calidades blancas:—hilo de coser de sastres, negro y de todos colores:—hilo de cartas:—pesamanos de hilo ó estambre, seda, cadarza ú otras, ó mezclado:—obras labradas de estambre ó hilo de lana, pasamanos bordados de seda, sobre raso y otras cosas: — raya'etes de todos géneros:—toquillas de sombreros de todas suertes y calidades:—ticas para colchones de pluma ó lana:—clavazon de talabartes y pretinas de todas suertes:—clavazon de todas suertes de fierro y metal y demás herramientas hechas de lo mismo: — corchetes de todas suertes:—cobre rojo labrado:—calderas en vasos de cobre amarillo y bacinicas contrahechas de los dichos estados, y Aquisgrana:—alfileteros de todas suertes:—cera reundida:—cera blanca:—hilo de hierro, acero, alambre de todo género:—hilo de conejo y de otros metales:—alfombras contrahechas á la de Turquia:—almohadillas:—cuchillos de Boulduque:—cizalla: —campanil rompido y entero:—campanillas de metal, cerdas de zapatero de todas suertes:—cascabeles de todas suertes y metales: —candados de todas suertes:—calzadores de todos géneros:—candeleros de todo género:—damasquillos de hilo y demás calidades:—escobillas y cepillos de todo género:—hojas de espada y daga, puños y guarniciones de ella:—oro ó plata para dorar:—oropel de toda suerte:—puños de lanas, brocas de zapatero y tenaza, braseros de todo género:—balanzas de todo género:—chiflos de toda suerte:—cañones de toda suerte:—cofres de toda suerte:—calentadores:—cuerdas de arcabuz, cuerdas para instrumentos:—sartenes de fierro de todas suertes:—sierras de todas suertes:—tenazas y palos de todo hierro y metal y palo:—abalorio de todo género:—estaño labrado de todo género y para estañar: —estampas en papel de toda suerte:—espejos de toda suerte, escritorios y escribanias de toda suerte:—especeria de la India y otras mercaderias que no vienen para Portugal:—justanes y miranes, libros de memoria, limas de todas suertes:—talon en rollo:—máscaras de toda suerte:—marfil rayado de toda suerte:—hojas de cuerno para hacer linternas:—plomo labrado de todo género:—lienzos pintados á olio y al temple:—lino de toda suerte:—polvos azules y esmalte:—pesos de marcos de todo género:—rasos falsos contrahechos á los de Brujas:—rosarios de toda suerte:—relojes de toda suerte: ruedas de todo metal: —rosas de tachuelas:—albayalde y ararcon: — almidon: — cucharas de palo grandes y pequeñas, y platos de palo:—engrudo que por otro nombre dicen cola:—estuches: —frascos de cuernos de todas suertes:—figuras de bulto de todas suertes:—aceite de linaza:—hueso labrado de toda suerte:—pelo de camello:—sillas de todas suertes, instrumentos de todas

sino acabar de matar el poco comercio esterior que habia, y privar á los naturales de los recursos y medios de proveer á las necesidades mas perentorias de la vida, ya que las fábricas y talleres del reino no los suministraban.

Otras medidas económicas tomó el de Olivares, tales como la de reducir á la mitad la moneda de vellon [1], y la de la tasa ó precio fijo á que se obligó á los labradores á vender el trigo, la cebada y otras se-

suertes:—velas de sebo:—baquetas:—simiente de repollo:—pelotas de toda suerte:—arenques de todo género:—quesos de todo género:—manteca:—navios fabricados en las islas rebeldes:—xarcia de todo género:—mercaderias que vienen de Inglaterra ó de otras provincias sujetas á aquel rey que son las siguientes:—bayetas de cien hilos, ochenta, sesenta y ocho, sesenta y cincuenta y cuatro, y estas se conocen por los plomos que traen en la cola:—otras bayetas de gallo que lo traen pintado:—item otras medias bayetas de colores mas angostas:—perpetuanes blancos y negros de todos colores anchos y angostos—imperiales de colores y negros, ó imperialetes:—cariseas de todos colores de toda cuenta de vara y tercia de ancho:—cariseas mas angostas que llaman cuartillas:—otro genero de cariseas de colores de muchas suertes:—cariseas de Norte, género conocido:—parangones de cordoncillo de todos colores:—paños de ciudad ó Londres que llaman paños contrahechos, ó veinte y cuatrenos de colores:—paños de belartes finos y del curchirillos:—becerros de Irlanda y toda la provincia, bacas curtidas de diferentes suertes:—becerros gamuzados:—lienzos de Escocia que su fábrica es conocida en el curar, bruñido y cal:—guingaos bastos, piezas de cuarenta y treinta y nueve varas que parecen presillas brumadas y de estos tienen vastos y delgados, que son lienzos de Silesia, los curan allí y se conoce su carence y fábrica aricage y suerte y lienzos como gingaos:—bombasies dobles de colores finos, otros medios paños que llaman cuartillas:—villages que tienen catorce y quince varas:—anascotes contrahechos, anascotes de señoria: — mantecas de Inglaterra: — cera, sebo de Inglaterra, que se lleva allí de Holanda y otras partes:—cecina en barriles que es de Irlanda:—barriles de salmon:—medias de dos y tres hi os de colores y negras, de mugeres, niños y muchachos: — vienen por Inglaterra enrollados finos de diez varas que agora llaman bretañuelas:—vienen asimismo manquetas de Holanda, otro género de telillas:—estopillas anchas y angostas:—medias de carisea adocenadas, medias de gamuza:—estaño en barriles pequeños:—platos de estaño que llaman peltre: — plomo de Bristol, otro plomo barras grandes: — guserones: — medias de estameña, etcétera.»

(1) Real cédula de 16 de mayo de 1627.



millas y cereales [1]. Por la primera venia á reconocerse y enmendarse el error anteriormente cometido de doblar el valor de la moneda de vellon: con la segunda se volvia al fatal sistema de la tasa, tan funesto á la agricultura y tan contrario á la libertad de comercio, derogándose con ella la ley de 1619, y otros privilegios otorgados en beneficio de los labradores.

La escasez de los recursos interiores para atender á los gastos de tantas guerras obligó al rey á pedir nuevos y grandes subsidios á las córtes que habia convocado en Madrid (febrero, 1632), de regreso de un viage á Valencia y Barcelona, donde habia dejado por gobernador al cardenal-infante don Fernando. Primeramente fué reconocido y jurado en estas córtes (7 de marzo) como sucesor y heredero de los reinos de España el príncipe Baltasar Cárlos, cuyo nacimiento (27 de octubre, 1629) habia sido celebrado con júbilo por todos los españoles, que siempre y en todos tiempos han solemnizado con verdadera alegría la sucesion varonil de sus reyes. La necesidad de pedir recursos á las córtes era tal, que poco tiempo antes para poder atender á los gastos de la guerra se habia visto precisado el conde-duque á recurrir á la generosidad de los particulares en demanda de algunos auxilios de una manera poco decorosa [2]: el cardenal de Borja

(1) Pragmática de 11 de setiembre de 1628.

(2) Orden para la contribucion de los ministros y personages aco-

habia socorrido al rey con cincuenta mil escudos de sus beneficios y pensiones, y los grandes del reino levantaron regimientos, que mantenian á su costa. A pesar de esto los procuradores anduvieron muy reacios en otorgar al monarca los grandes subsidios que les pedia, diciendo que no era justo empobrecer al reino por enviar sumas inmensas al emperador para sostener en Alemania una guerra tan inútil como ruinosa. Sin embargo se ofrecieron á servirle con lo que pudieran para ocurrir á las mas urgentes necesidades, al modo que le servian tambien Aragon, Portugal, Flandes y los Estados de Italia, en especial Nápoles y Sicilia.

Así, despues de muchas dificultades, acordaron las córtes en 1634 otorgarle un servicio de seiscientos mil ducados cada año, que habian de salir principalmente del derecho de sisa que se impuso á varios artículos de consumo, y que pudiera vender sobre ellos hasta doscientos mil ducados de juros. La administracion y cobranz del nuevo impuesto se encomendó á la comision de la administracion de millones [1]. A esto hay que añadir otros seiscientos mil ducados anuales que al fin del año 1633 concedió el papa Urbano VIII. sobre las rentas eclesiásticas de España y la cruzada

modados de la córte: MS. de la Biblioteca Nacional. — Súplica que hizo á todos sus reinos para que le acudiesen con los posibles donativos: MS. Ibid.

(1) Registros de Córtes, en el Archivo de la suprimida cámara de Castilla, volúmen XX.—Escritura que el reino otorgó de los medios elegidos para la paga de los seiscientos mil ducados en cada año, etc. Coleccion de córtes de don José Perez Caballero, Córtes de 1634.—Cédula de S. M. para la administracion, cobranza, etc. Ibid.

para el reino de Nápoles, que importaba mas de otros cuatrocientos mil, todo á título de las guerras que el rey católico sostenia (1).

Otra de las rentas ó impuestos que le fueron concedidos al rey Felipe IV. con aplicacion al servicio de millones fué la del papel sellado. Esta contribucion, uno de los tributos á que mas fácilmente se fué acostumbrando el pueblo español, y que se mantiene en nuestros dias con no pocos aumentos que sucesivamente y en diferentes épocas ha ido recibiendo, comenzó á regir por primera vez en España por real pragmática de 1636, en la cual se prescribia que todos los títulos y despachos reales, escrituras públicas, contratos entre partes, actuaciones judiciales, instancias y solicitudes al rey y á las autoridades, y otros documentos, se hubieran de escribir necesariamente en papel de sello, del cual se hicieron cuatro clases, y en todas ellas se habian de estampar las cuentas reales (2). Mas á pesar de estos impuestos y arbitrios, ni las rentas podian alcanzar á cubrir los enormes gastos de tantas guerras, ni se daba de mano á las guerras por que consumieran la sustancia de los pueblos, y mas que hubieran podido dar.

Agréguese á esto las calamidades públicas con que la Providencia quiso afligir á España en el perío-

(1) Soto y Aguilar, Epitome. MS. ad. ann.

(2) Pragmática de 17 de diciembre de 1636, impresa en Madrid en 1637.

do de estos años. En el invierno y primavera de 1626 cayó en tanta abundancia el agua y la nieve, que saliendo casi todos los rios de madre inundaron y estragaron campiñas y poblaciones, derribando casas, y ahogando y arrebatando gentes y ganados. Cuéntase que la subida del Tormes destruyó quinientas casas y doce iglesias, y que el Guadalquivir, cuya crecida duró cuarenta dias, arruinó hasta tres mil casas, y llevó tras sí multitud de ganados y de personas; á lo cual siguió el hambre, y las enfermedades ocasionadas por la infeccion del aire y de las aguas corrompidas de los pantanos. Otra calamidad semejante afligió en 1629 á Granada, y mientras allí un terremoto devoraba hombres y edificios, la córte de Madrid celebraba con lujosas mascaradas y otras fiestas el bautizo del príncipe Baltasar Cárlos y la salida pública de la reina á misa. En 1630 un voráz incendio consumió mas de ciento veinte casas de San Sebastian. Y el 7 de julio de 1631 sucedió el famoso incendio de la Plaza Mayor de Madrid, que duró mas de tres dias, y que redujo á cenizas la manzana de casas que corresponde á la calle de Toledo y á la Imperial. El espectáculo era tan horroroso, que se hizo llevar el Santísimo de las tres parroquias contiguas, Santa Cruz, San Ginés y San Miguel, y todas las imágenes de Nuestra Señora que habia en la córte: en los balcones de las casas que hacian frente al fuego se construyeron altares, en los cuales se celebraron muchas misas. Era general la consternacion.

Pero esto no impidió para que el 25 de agosto, á presencia de las ruinas casi humeantes todavía de aquella lastimosa catástrofe, se corrieran toros y cañas en la misma plaza, asistiendo el rey con toda la córte. Y lo que fué peor, que estando en la fiesta se prendió fuego en una casa, con lo cual las gentes, de antes asustadas ya, se atropellaban por querer salir, originándose varias desgracias; mas no por eso se movió el rey de su asiento, y continuó la diversion como si nada hubiera ocurrido. Por último, en 1636 estalló otro incendio en las caballerizas de S. M. y se quemaron todos los tiros de caballos y muchas mulas [1].

El conde-duque de Olivares, que como dijimos en otro lugar, tenia de tal manera cautivado el corazon del jóven monarca que en el vulgo llegó á cundir y aun á creerse la especie de que le daba hechizos, cuidaba de lisonjear las pasiones del rey, proporcionándole todas las diversiones y placeres á que le veia inclinado, entreteniéndole con fiestas públicas, con bailes, comedias, ejercicios de caza, y otros menos honestos, con lo cual conseguia el doble objeto, de mantenerse en su gracia y dominar su voluntad, y el de inspirarle cierta aversion á los negocios y ocupaciones del gobierno, confiándolos al ministro favorito, creciendo de este modo la influencia del duque y en-

(1) Pinelo, Anales de Madrid.—Quintana, Historia y Grandezas de Madrid.—Soto y Aguilar, Epitome, MS. á los años respectivos.—Pellicer de Ossan, Melpomene, ó Lamentacion trágica en el incendio de la Real Plaza de Madrid, en trescientos tercetos.

sanchándose su poder y autoridad. Estos eran los verdaderos hechizos que empleaba, y esta la razon de ver al rey entregado al solaz y al recreo y mostrándose como indiferente á las públicas calamidades. No faltaba maña y habilidad al conde-duque para ponderar al rey su celo y su trabajo, y para hacerle apreciar y agradecer sus servicios, aparentando no tener otro fin que aliviar al monarca de la pesada carga del gobierno.

A este propósito solia presentarse al rey con el sombrero lleno de memoriales; del pecho y de la cintura sacaba innumerables consultas; cuando salia de paseo llevaba libros y cartapacios con los registros de los negocios, y hacía alarde de levantarse antes del dia y trabajar á la luz de la vela, todo lo cual traia al rey tan asustado de la tarea de gobernar como admirado de la laboriosidad y de la espedicion de su ministro.

Y como viese que muchas veces los consejos y tribunales se oponian á sus proposiciones y designios, discurrió debilitar la autoridad de aquellas antiguas y respetables corporaciones sometiendo los puntos principales de gobierno á juntas estraordinarias y especiales, formadas de personas de su confianza, no con el carácter de permanentes, sino que se disolvian y juntaban cuando la necesidad ó la conveniencia á su juicio lo exigian, reemplazando de esta manera las sesudas deliberaciones de aquellos cuerpos consultivos in-

dependientes y sabios, con los desautorizados dictámenes de gente muchas veces incompetente é indocta, y sustituyendo la multiplicidad, el desórden y la confusion, al órden y á la unidad [1].

Respecto á los consejos mismos so pretesto de que la publicidad dañaba á la libertad en la emision de las opiniones, inventó que en adelante cada consejero diese su dictámen en secreto y por escrito, y firmado y sellado se llevara á S. M. para la resolucion. Y como el rey no gustaba de leer y examinar tanta multitud de papeles, entregábalos al ministro, el cual por este medio conocia las opiniones de los consejeros, y la deliberacion que sobre cada asunto aconsejaba al rey, y la resolucion que el rey por su consejo tomaba aparecia al público como el resultado de la pluralidad de votos. Con este artificio, que tardó en descubrirse, estuvo mucho tiempo suplantando los informes de los

(1) Hé aquí el número y los nombres de las juntas que inventó el conde-duque de Olivares:

Junta de *Ejecucion*. Era la principal y mas estimada por su autoridad y poder, puesto que, tratándose y concluyéndose en ella todas las materias de Estado, y no dependiendo sus decretos de otra jurisdiccion que de la suya propia, que por eso se llamaba de ejecucion, tenia una verdadera preeminencia sobre todos los consejos y tribunales.

Junta de *Armadas*. La que entendia en lo relatito á la fuerza naval; galeras, galeones, bastimentos, generales y oficiales de marina, etc.

Junta de *Media anata*.

Junta del *Papel sellado*.

Junta de *Donativos*.

Junta de *Millones*.

Junta del *Almirantazgo*.

Junta de *Minas*.

Junta de *Presidios*.

Junta de *Poblaciones*.

Junta de *Competencias*.

Junta de *Obras y Bosques*.

Y hasta Junta de *Vestir*, de *Limpieza*, de *Aposento* y de *Espedientes*. «Siendo estravagante cosa, dice con mucha razon un escritor de aquel tiempo, el ver juntarse delante del conde una gran cantidad de personas de toga y de espada para consultar qué vestidos debiesen usar el rey, la reina, el príncipe, los infantes, y todos los criados de la casa real.»

cuerpos superiores del Estado y ejerciendo una especie de autoridad suprema.

De modo que aquellos consejos, que Cárlos V. llamaba el alma del gobierno, Felipe II. el brazo real, y Felipe III. el descanso del rey, en tiempo de Felipe IV. eran el instrumento inocente sobre que levantaba la máquina de su poder un ministro.

La dureza con que se vengaba y hacia sentir el peso de su indignacion sobre los grandes y poderosos que se atrevian á desobedecerle y resistir su voluntad, llegó á tenerlos acobardados y sumisos. No pudiendo sufrir competencia ni rivalidad en el favor ni en el mando, ya hemos indicado los ardides que empleó para separar del lado del rey á los mismos infantes sus hermanos don Fernando y don Cárlos. Al primero consiguió alejarle dándole sucesivamente los gobiernos de Cataluña y de las provincias flamencas: al segundo, que era igualmente hombre de penetracion y de seso, logró tambien irle apartando de los negocios, y aun logró impedir que se casase por temor de que apoyado en algun príncipe estrangero intentase algunas novedades. Sentido el infante de verse así tratado, cayó en una profunda melancolía, que degeneró en enfermedad, de la cual sucumbió á la edad de veinte y cinco años (1632), con general sentimiento del reino, porque era apreciado y querido de todos por su talento, su piedad, su carácter y sus virtudes (1).

(1) «Haciendo (dice Soto y Aguilar al hablar de su muerte) en esta



Otra fué la conducta del conde-duque con la infanta doña María. Como la influencia de esta princesa no le era temible, tampoco tenia interés, ni le mostró en impedir su concertado matrimonio con el rey de Hungría. Portador del convenio y agente de las bodas fué el príncipe de Guastala, embajador de aquel soberano, que con este objeto vino á Madrid en 1629, haciendo su entrada con lujoso séquito de caballeros de aquel reino vestidos de gran gala. Pero no fué menor el boato con que la grandeza de España salió á recibirle, ostentando todos en sus trages y en sus trenes tal gallardía y esplendor, que como dice un escritor testigo de vista, «parecia Madrid otra India.» A fines de aquel mismo año partió la nueva reina de Hungría para aquel reino: acompañáronla hasta Zaragoza sus hermanos el rey y los dos infantes, y embarcada la reina á principios del siguiente (1630), volvióse el rey con don Cárlos á Madrid, quedándose el cardenal-infante don Fernando de gobernador del principado de Cataluña.

En 1633 encomendó el rey el gobierno y vireinato de Portugal á la princesa Margarita de Saboya, viuda del duque de Mántua Vicente de Gonzaga; bien que con precisas instrucciones y con espreso mandamiento de que siguiera en todo los consejos del marqués de la Puebla, hombre que gozaba reputacion de

monarquía la mayor falta que príncipe pudo hacer en el mundo, y en particular en su reino y señorío.»

prudente y hábil, y con cuya consulta y acuerdo habian de determinarse todos los negocios. Ocasion tendremos mas adelante de ver, cómo habia estado hasta entonces, y como estuvo gobernado despues aquel reino, nuevamente incorporado á la corona de Castilla.

Parecia que con el rigor y los castigos empleados por Felipe II. contra los pocos españoles infectados de la heregía luterana, y con la espulsion completa y total de los moriscos realizada por Felipe III., no habria debido quedar en el reinado de Felipe IV. á la Inquisicion española sobre quien ejercer su poder tremendo, puesto que debió quedar el suelo español, y así fué en efecto, casi limpio de judíos, mahometanos y hereges. Mas á consecuencia de la union de Portugal con Castilla habian venido á establecerse y domiciliarse en este reino, con título de médicos, mercaderes y otras profesiones, multitud de familias portuguesas de orígen judáico, y en ellas encontró el Santo Oficio materia y pábulo á sus agentes y ministros, y gente á quien procesar y hacer sentir sus terribles fallos. Bien que á falta de delitos de herética pravedad, primitivo y único objeto de su instituto, ya se habia discurrido, en lugar de suprimir su jurisdiccion por innecesaria ó por invasora, estenderla á otra clase de pecados, tales como la poligamia, la blasfemia, la hechicería, la mágia, y otros semejantes: y aun en el reinado que nos ocupa se amplió esta jurisdiccion hasta el punto de facultar



á los inquisidores para conocer en las causas de contrabando, principalmente en el de estraccion del reino de la moneda de vellon.

Así se comprende la frecuencia con que se repitieron en este reinado los autos de fé. Al confesor fray Luis de Aliaga habia sucedido en el cargo de inquisidor general (1621) don Andrés Pacheco, al cual reemplazaron despues sucesivamente el cardenal don Antonio Zapata (1626), y el confesor del rey fray Antonio de Sotomayor (1632). Felipe IV. cuya exaltacion al trono habia sido solemnizada, como la de su abuelo, con un auto de fé, no podia estrañar ver reproducidos estos espectáculos en su reinado, bien que no fuesen ya tan frecuentes como en los de sus antecesores. Los autos mas notables en el período que ahora examinamos fueron, el de Madrid en 1626 (1); el de Córdoba en 1627, en que hubo ochenta y un reos (2); otro en el mismo año en Sevilla, que se tuvo en el convento de San Pablo el Real (3); otro que se celebró en la misma ciudad el 30 de noviembre de 1630, con cincuenta reos, de los cuales ocho fueron quemados en persona, seis en estátua, treinta reconciliados, y seis absueltes *ad cautelam* (4); uno general que hubo en Madrid el 4 de julio de 1632, y al cual asistieron

(1) Relacion verdadera del auto de fé que se celebró en Madrid á 14 de julio (1626); por el licenciado Pedro Lopez de Mesa.

(2) Llorente, Historia de la Inquisicion, tom. VII., cap. 38, art. 1.

(3) Juan de Cabrera, Relacion del auto de fé, etc.—Coleccion de Cisneros, MS. p. 11. cap. 1.

(4) Llorente, Historia de la Inquisicion, ubi sup.

el rey y las personas reales, y otro tambien general en Valladolid en 1636, en el cual se empleó un nuevo género de tormento ó suplicio, que fué clavar la mano de algunos reos en una media cruz de madera en tanto que se hacia relacion de su proceso y se leia su sentencia (1).

Fuera de estos autos de fé generales y públicos, hubo además otras causas particulares de Inquisicion notables por las personas que figuraron en ellas. Tal habia sido la de don Rodrigo Calderon, marqués de Siete Iglesias, acusado al tribunal de haber dado encantos y hechizos al rey Felipe III. para seguir dominando su voluntad, cuyo proceso interrumpió su suplicio en la plaza de Madrid. Tal fué la del confesor del rey é inquisidor general fray Luis de Aliaga, que despues de su caida fué delatado á la Inquisicion por proposiciones sospechosas de luteranismo y materialismo. Y tal fué por último la que mas adelante se formó al mismo conde-duque de Olivares, acusado de creer en la astrología judiciaria; lo que prueba que los procesos inquisitoriales eran el recurso ordinario que se empleaba para perseguir á todos los personages caidos.

Pero hubo en este tiempo otra causa de Inquisicion mas ruidosa y célebre que todas las que hemos men-

(1) Archivo de Salazar en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia, MS. J. 163.—Llorente, Historia de la Inquisicion, ubi sup.—Soto y Aguilar, Epit. ad. ann.

cionado, por la clase de personas que como actores y reos fueron en ella comprendidas, por la naturaleza de los delitos, y por el escándalo que durante mucho tiempo produjo en la córte y en toda España. Nos referimos al famoso proceso de las monjas de San Plácido de Madrid.

Era confesor y director espiritual de este recien fundado convento de la órden de San Benito, el monge fray Francisco García Calderon, natural de Barcial, en la tierra de Campos, obispado de Leon, hombre reputado por docto y santo entre los religiosos de su órden, el cual hacia años dirigia el espíritu de doña Teresa de Silva, primera priora, á la edad de veinte y seis años, de aquella comunidad compuesta de treinta monjas, todas al parecer virtuosas, y que habian profesado por libre vocacion. Mas luego se observaron en una de ellas tales acciones, gestos y palabras, que el fray Francisco la declaró energúmena, y como tal la conjuró (8 de setiembre, 1628). A los pocos dias sucedió lo mismo á otra: á poco tiempo apareció igualmente poseida la priora doña Teresa, y al fin de aquel mismo año se tuvo por endemoniadas á veinte y cinco de las treinta monjas. Una comunidad de treinta mugeres consagradas á Dios y poseidas casi todas del demonio era un suceso demasiado estraordinario, á mas de los casos estraños que se contaban, para que dejára de llamar la atencion general y escitar el asombro público, y producir consultas con los hom-

bres mas sábios y respetables. El fray Francisco exorcizaba todos los dias el convento, y llegó á tener la custodia en rogativa en la sala de labor de la comunidad. Mas no por eso dejaban los malos espíritus de seguir apoderados de las monjas. Habia uno que llamaban *Peregrino*, el cual decian que era el gefe de los otros demonios, y al que todos obedecian.

A los tres años de esta singular ocurrencia tomó mano en el asunto el tribunal de la Inquisicion, comenzando por llevar á las cárceles del Santo Oficio al director, á la priora y á otras de las energúmenas (1631). Instruyóse el correspondiente proceso, y despues de muchas informaciones, actuaciones y recursos, recayó sentencia (1633), que pronunció don Diego Serrano de Silva, condenando al fray Francisco á reclusion perpétua, privacion de celebrar y de ejercer ningun cargo, ayuno forzoso á pan y agua tres dias á la semana, y dos disciplinas circulares, una de ellas en el convento que se le designaría para la reclusion. Se le habian dado tres tormentos cruelísimos, y abjuró *de vehementi*.

Esta sentencia (cuya copia tenemos á la vista), y las penas que en ella se impusieron, fueron á no dudar suavisimas respecto á los enormes delitos de que se acusó y que le fueron probados al director espiritual de las monjas. Resulta de este documento que el fray Francisco García, sobre los cargos que se le hicieron de errores y proposiciones heréticas y de ser

de la secta de los alumbrados, habia cometido crímenes de inmoralidad horribles. Probósele que siendo confesor de una muger seglar reputada por doncella, no solo la habia solicitado en el acto de la confesion, sino que despues y por mucho tiempo habia hecho con ella una vida obscena, cuyos pormenores, que en la sentencia se espresan, no permite el pudor reproducir; siendo lo mas criminal que entretanto aquella muger comulgaba todos los dias, y su confesor la hacia pasar á los ojos del público por santa. Muerta aquella muger, el fray Francisco la hizo enterrar honoríficamente, atavió su cadáver con ropas de seda y otros adornos, dejó en el sepulcro un lugar que habia de servir para su cuerpo cuando él muriese, y traía la llave del ataud colgada al cuello. De cuando en cuando visitaba y abria la sepultura, le ponia epitafios latinos en que la llamaba «la amada de Dios», le daba el mismo epíteto en los sermones, exponia su cuerpo á la veneracion, repartia sus vestiduras por reliquia, daba algunas cintas de ellas á las personas reales como remedios para recobrar la salud, sacó un breve del nuncio para que se hiciese informacion de la santa vida y costumbres de aquella muger, y por último la espuso al culto público y hacía leer un librito que se compuso de su vida.

A estos enormes sacrilegios añadia el de la doctrina que enseñaba, á saber: que las mas repugnantes deshonestidades no eran pecados cuando se hacian en

caridad y amor de Dios, antes disponian á mayor perfeccion. Con esta doctrina fué persuadiendo á las vírgenes del claustro que espiritualmente dirigia, á que ejecutáran todo género de liviandades, lo cual, decia, no era perder la gracia, sino tratarse amigablemente como los santos en el cielo; hacíales que le llamáran de tú, y él las acariciaba con los nombres de «mis reinecitas,» de «cedros,» de «monte Líbano,» de «rosicler, flor de la luz,» y otros del lenguaje de la Iglesia y de la Biblia, llamando á aquel trato obsceno, «union, unidad, suavidad.» El artificio con que quiso encubrir aquellas criminales comunicaciones, haciendo pasar á las monjas por energúmenas ó inspiradas por el demonio, era ciertamente diabólico, y conducia á otros fines que él se habia propuesto.

Publicando y haciendo circular como pronósticos los embustes que salian de la boca de las poseidas, anunciaba entre otras cosas que con la reformacion de aquel convento desterraria Dios del mundo á los demonios, que algunas de aquellas religiosas recibirian el don de lenguas y el verdadero espíritu de Cristo y de los apóstoles, y que esta obra seria la consumacion de la primera redencion. Por medio de unas palomas que criaban en la sala de labor habian de predecir cuando salieran á predicar por el mundo, que muerto el sumo pontífice, le sucederia cierto cardenal, y que el sucesor de éste seria el fray Francisco, el cual congregaria un concilio donde se interpretaria y aclararia

lo oscuro del Apocalipsis, con otras muchas invenciones que seria largo enumerar. Y como les persuadia que cuanto mas poseidas estuvieran del demonio habian de ser despues mas estimadas de Dios, blasonaba cada cual de mas energúmena con la esperanza de alcanzar mas gracia. Estas y otras muchas no menos absurdas profecías las apoyaba en revelaciones que decia haber tenido en la misa y en otros actos de su sagrado ministerio.

Consta tambien por la sentencia, que solia este famoso monge aplicar su rostro al de ciertas personas accidentadas, haciendo creer que con este contacto misterioso las reanimaba y volvia la salud. En los cuadernos escritos que se le encontraron predecia muertes violentas á algunas personas reales, y que otras, desengañadas del mundo, entrarian en la órden de San Benito, que era la suya, con cuyas riquezas se habia de hacer la única del orbe. Hiciéronle cargo los inquisidores sobre todos estos y otros muchos capítulos, de los cuales unos confesó y á otros contestó con escusas débiles y poco propias para satisfacer á los jueces, tales como no haber creido ni enseñado nada contra la fé, no haber obrado con mala intencion, que de los actos á que habia escitado á las monjas decia lo que enseñaban los santos padres, que carecian de culpa cuando no eran libidinosos, y otras semejantes interpretaciones. Por eso dijimos que la sentencia fué escesivamente suave atendida la enormidad de los crí-

menes del fray Francisco, que de los autos resultaban y del escándalo que debieron producir. A las monjas se les impusieron diferentes penitencias y se las distribuyó en varios conventos: á la priora se la desterró por cuatro años, privándola por igual tiempo de voz activa, y de la pasiva por ocho.

Mas habiendo vuelto la prelada doña Teresa á su convento de San Plácido, y observado en él una conducta ejemplarmente virtuosa, moviéronla á que entablara recurso al consejo de la Suprema pidiendo se viera nuevamente su causa, á fin de vindicar, no solo su honra, sino la de todas las monjas y la de la órden de San Benito. Por mas que pareciese poco asequible que el Consejo supremo revocára el primer fallo del tribunal, á influjo del protonotario de Aragon y del mismo conde-duque de Olivares le fué admitida la apelacion. Esponia entre otras cosas la prelada, que la anterior sentencia habia sido una intriga y una venganza de otro monge benedictino, fray Alonso de Leon, resentido de fray Francisco García, de quien habia sido antes muy amigo; y que el consejero Serrano, instigado por el fray Alonso, habia hecho escribir las declaraciones de las monjas á su manera, y aquellas por aturdimiento y por miedo habian firmado cosas muy diferentes de las que habian dicho. Es lo cierto, que abierto de nuevo el juicio y examinadas cón mas detencion y escrupulosidad las pruebas, resultó de esta segunda vista que ni las monjas habian



sido tales energúmenas ni alumbradas, ni nunca el fray Francisco habia estado á solas con ninguna de ellas fuera del confesonario: é instruida la causa por diez calificadores nombrados por el consejo, el inquisidor general y los del consejo de la Suprema pronunciaron sentencia absolutoria (2 de octubre, 1678), y declararon que ni las prisiones ni la sentencia anterior debian perjudicar al buen nombre, crédito y opinion de las religiosas, ni al de su órden y monasterio, de cuyo auto se mandó dar cuenta al rey y á Su Santidad (1).

(1) La primera sentencia no consiente el decoro darla á conocer al público, así por la clase de delitos y liviandades que se revelan en ella, como por los términos en que de ellos se habla. La segunda que fué la de absolucion, dice así: «Yo don Pascual Sanchez Garcia, secretario del consejo de S. M. de la Santa General Inquisicion de la corona de Castilla y Leon, doy fé y verdadero testimonio como en cinco dias del mes de febrero de este presente año el Padre Fray Gabriel de Bustamante, procurador general de la órden de San Benito, en nombre de su religion, pareció en el dicho consejo y presentó una peticion en que mostrándose parte en las causas de las religiosas de San Benito del monasterio de San Placido de esta córte, como hijas suyas, por el interés de su crédito y opinion, propuso los servicios de dicha religion hechos á la santa Iglesia Católica Romana y á nuestra santa fe. . . . . pedia y suplicaba al consejo que haciendo justicia reviese y reconociese dichas causas, y constando de ellas la inocencia de dichas religiosas las diese por libres de culpa y restituyese a su honor y decoro antiguo, y con el celo del crédito de la virtud reparase en todo la opinion de la religion y de las susodichas. La cual siguiendo el estilo y costumbre que el Santo Oficio tiene en semejantes casos, mandaron reveer y reconocer dichos procesos y causas y sus méritos, y habiendo constado de los autos que para la última censura y calificacion de los dichos y hechos de las reas, no vieron los teólogos calificadores enteramente sus confesiones, defensas y descargos, para declarar si con ellos satisfacian á los cargos que las habian hecho, y que conforme al órden judicial del Santo Oficio era este defecto grave y se debia suplir y aumentar en justicia por consistir en ello su defensa. Los Sres. del dicho consejo proveyendo justicia mandaron que dichas causas se volvieran á calificar de nuevo con vistas de todos los autos, nombrando para este efecto calificadores de los mas doctos y graves que se hallaron en esta córte. . . . . los cuales habiendo visto dichos pro-

Tal fué el término que felizmente tuvo el famoso proceso de las monjas de San Plácido de Madrid, que por espacio de muchos años no pudo dejar de ser el escándalo y la murmuracion de la córte y de todo el reino. Nosotros, por honra de la religion y desagravio

cesos y causas. . . . . proveyeron un auto del tenor siguiente: Auto.—En la villa de Madrid á 2 de octubre de 1638 el ilustrisimo Señor Arzobispo Inquisidor General y señores del consejo de S. M. de la Santa General Inquisicion don Pedro Pacheco, Salazar, Zapata, Silva, Zárate, Gonzalez, Rueda, Rico: Habiendo visto y reconocido los procesos y causas que pasaron en el Santo Oficio de la Inquisicion de la ciudad de Toledo entre el promotor fiscal del tribunal y doña Benedita Teresa Valle de la Cerda, religiosa del convento de la Encarnacion, que comunmente llaman de San Plácido, y otras religiosas de dicho convento de esta córte, de la órden de San Benito, y todo lo de nuevo actuado en el consejo con su fiscal á instancia de dicha religion, que por medio de su procurador general se mostró parte ó interesada en el buen nombre y opinion de dichas religiosas, proveyendo justicia dijeron: que las prisiones ejecutadas en dicha doña Benedita y demás religiosas, y los procesos fulminados y sentencias promulgadas contra ellas y demás penitencias que se les impusieron, no las obstan ni pueden obstar para ningun efecto en juicio, ni fuera de él, ni ofenden ni pueden ofender al buen nombre, crédito y opinion de las susodichas y de su monasterio, religion y linages: Y para que de c lo conste se les dé á dichas religion, monasterio y religiosas particulares e interesadas, los testimonios que pidiesen, con insercion de este auto y relacion de los que pareciesen mas sustanciales de la causa, y respecto de su gravedad y para su mayor crédito se dé cuenta á S. S. y á S. M. de lo proveido, y así lo proveyeron, mandaron y señalaron. El cual dicho auto está rubricado de las rúbricas ordinarias del ilustrísimo Señor Inquisidor general y señores del dicho consejo y refrendado de mi el presente secretario, etc. En Madrid á 5 dias del mes de octubre de 1638.—Don Cristóbal Sanchez García, secretario del consejo.

En la seccion de MM. SS. de la Biblioteca Nacional hay un volúmen señalado con D. 150, en el cual se hallan varios y muy notables documentos relativos al suceso de las monjas de San Plácido, y á los procesos que sobre él se formaron. Entre ellos son los mas importantes, una relacion de todo lo que aconteció en el convento desde su fundacion hasta la terminacion de estos ruidosos espedientes: está escrito en sentido favorable á la inocencia de las monjas:—la esposicion de la priora al consejo de la Suprema, suplicando se volviera á ver el proceso fallado por el tribunal:—los trece capítulos que se propuso examinar la nueva junta que se nombró de diez calificadores, á saber: Fray Pedro de Urbina, franciscano; Fray Marcos Salmeron, provincial de la Merced; Fray Gabriel Gonzalez, prior de Atocha; Fray Luis de Cabrera, agustino; el P. Juan de Montalvo, rector del Colegio Imperial de la compañía de Jesus; el doctor don Antonio Calderon, magistral de Salamanca; el doctor don José de

de la moral, nos complacemos en creer que serian inesactos y calumniosos los vicios, los desórdenes, los crímenes, los actos de repugnante y abominable inmoralidad que en la primera causa y sentencia el tribunal de la Inquisicion manifestó haberse probado al monge fray Francisco García y á las religiosas benedictinas de la Encarnacion ó de San Plácido, y que el segundo fallo absolutorio del Santo Oficio fué el fundado en la verdad y en la justicia. Pero si esto fué así, afligenos y nos estremece pensar que hubiera monges, sacerdotes é inquisidores capaces de inventar, por satisfacer una venganza, delitos tan nefandos y enormes como los que atribuyeron á una comunidad de religiosas y á su confesor y director espiritual. Menester era una maldad muy refinada y un corazon muy deprava-

Hargoiz, cura de San Ginés; Fray Juan García, lector de teología de Atocha; Fray Juan Martinez de Ripalda, lector de teología en el Colegio Imperial de la Compañía; presidente de la junta el Ilustrisimo Señor Fray Hernando de Salazar, arzobispo electo de las Charcas:—las calificaciones que de los capítulos hizo esta junta: —una larga esposicion del P. Fray Francisco de Vega, abad de San Martin, en defensa de las monjas y de su religion de San Benito, en la cual se responde á cada uno de los cargos que se hicieron á las religiosas.

A juzgar por estos documentos debemos creer en la candidez, si no en la inocencia, de aquellas pobres monjas, que de cierto se tuvieron ellas mismas por endemoniadas ó energúmenas: no se puede juzgar tan favorablemente la conducta del confesor Fray Francisco García.

Tambien se formó causa por la Inquisicion á don Gerónimo de Villanueva, protonotario del reino de Aragon y del consejo de aquel reino, fundador del convento de San Plácido, acusado de participante en los escesos que se atribuian á las monjas, y de pertenecer además á la secta de los alumbrados. En el tomo de la Biblioteca de Salazar, perteneciente á la Real Academia de la Historia, señalado T. 75, se halla un larguísimo alegato que se imprimió en defensa del protonotario, y negando al Santo Oficio la facultad que se habia arrogado de procesarle, por no ser causa de Inquisicion.

do para discurrir tan atroces calumnias y revestirlas con todas las apariencias legales de verdad.

Entre estos sucesos, los autos de fé, y los espectáculos y fiestas profanas, á que eran tan dados el rey y su valido, traian alternativamente entretenida y alimentada la curiosidad de la córte. Los galantéos y las aventuras amorosas del rey, y de que, al decir de los historiadores contemporáneos, tampoco habia estado exenta la reina [1], aventuras y galanteos que el ministro favorito fomentaba, y de que solian ser teatro, ya los jardines del Buen Retiro, ya los régios aposentos, y ya otros lugares aun mas dignos de respeto: se habian hecho, como natural consecuencia del espíritu de imitacion, el gusto y la ocupacion de los caballeros cortesanos, que todos á porfía en los festejos pú-

(1) Es fama que tuvo el atrevimiento de dedicar sus galanteos á la reina Isabel de Borbon el conde de Villamediana, hombre osado, y poeta agudo y maldiciente, de quien se dice que en una de las fiestas que se celebraron en la Plaza Mayor llevó por divisa cierto número de reales de plata con el lema: *Son mis amores;* y como se le viese despues dedicar sus homenages esclusivamente á la reina, creció la sospecha y la murmuracion á que dió lugar la atrevida alegoría de los *amores reales*. Cuéntase por algunos que cruzando en cierta ocasion la reina una galeria de palacio, un desconocido le puso las manos sobre los ojos, y que esclamó: *¿Qué me quieres, conde?* Como el rey, que era el desconocido, se mostrase sorprendido de aquella esclamacion, quiso Isabel enmendar la indiscrecion diciendo prontamente: *¿No sois vos conde de Barcelona?* Felipe no pudo quedar satisfecho. A poco tiempo de este lance el de Villamediana acabó trágicamente. Viniendo un dia de palacio hácia su casa, que era en la calle Mayor, casi enfrente de San Felipe el Real, acercósele un hombre al coche, y le asesinó con un arma como ballesta (21 de agosto, 1622). El asesino, segun algunos, fué un ballestero del rey, segun otros un guarda mayor de los bosques reales. En una de las muchas composiciones que los poetas hicieron á su muerte se lee este final.

Lo cierto del caso ha sido
que el matador fué *Vellido*
y el impulso *Soberano*.

blicos gastaban sumas considerables en galas, y en obsequios y presentes á las damas que hacian objeto de sus amores. Estas fiestas se celebraban y repetian al nacimiento de cada príncipe ó infanta, al recibimiento de cada embajador, y muchas veces con el motivo ó pretesto mas leve, y duraban y se prolongaban dias y dias. Húbolas en que se gastaron muchos millones, en tanto que carecian del preciso sustento los guerreros españoles que estaban derramando su sangre en casi todas las regiones de Europa por conservar la fama y la grandeza del reino, ó por sostener una guerra á que los comprometia la temeridad indiscreta del rey ó el orgullo ofendido del ministro privado.

Uno de los espectáculos de recreo que mas en boga se pusieron en este reinado, además de las cañas y toros, y de los bailes y mascaradas, y otras mogigangas y farsas, fueron las comedias, que casi proscritas en los anteriores reinados, se hicieron en éste la diversion favorita del rey, de la córte y del pueblo. Así es que prosperó el arte de una manera maravillosa, dedicándose á la composicion dramática los caballeros principales, y aun se sabe que el rey mismo hizo sus ensayos de autor. Representábanse comedias, no solo en los coliseos que llamaban entonces corrales, no solo en palacio y en las casas de los grandes, sino en las calles y en las plazas, y hasta en los conventos, bajo la forma de autos sacramentales. Los ca-

balleros cortesanos, sin esceptuar al mismo rey don Felipe, solian encontrarse en los aposentos de los cómicos y en amistosa familiaridad con ellos. Partia el ejemplo del rey; y de estos tratos familiares y desdorosos del monarca español con una de las cómicas mas aplaudidas, llamada María Calderon, resultó venir al mundo el hijo bastardo del rey, á quien, como al ilustre bastardo de Cárlos V., se puso el nombre de don Juan de Austria, y del cual se nos ofrecerá decir mucho en adelante.

Tal era la fisonomía interior de España en política, en administracion, en la moral y en las costumbres, en tanto que en lo esterior medíamos todavía nuestro poder y se hacian los últimos esfuerzos para mantener el honor de nuestras armas ante las naciones de Europa.

CAPÍTULO V.

CAMPAÑAS DE FLANDES:

DE ITALIA: DEL ROSELLON: DE LA INDIA.

De 1637 á 1640.

Campaña de 1637.—Levanta el francés cuatro ejércitos contra España.—Reconquista el conde de Harcourt las islas de Lerins.—El cardenal de la Valette en Landrecy y la Chapelle: Chatillon en el Luxemburgo: Longueville en el Franco-Condado: Weymar en la Alsacia.—Ejército español en el Languedoc.—Ventajas del marqués de Leganés en el Monferrato.—Campaña de 1638.—Tentativas frustradas de los franceses en Saint-Omer y en Hesdin.—Chatillon: el príncipe Tomás de Saboya: el conde de Piccolomini.—El príncipe de Condé penetra en España y sitia á Fuenterrabia.—El arzobispo de Burdeos almirante de la flota francesa.—Gran derrota de los franceses delante de Fuenterrabia.—Campaña de 1639.—Tres nuevos ejércitos franceses.—Meylleraie, Feuquiéres, Chatillon.—El príncipe de Orange: el cardenal infante de España.—Triunfos del príncipe de Saboya y del marqués de Leganés en el Monferrato y Lombardia.—Ingeniosa toma de Turin.—Invaden los franceses el Rosellon.—Célebre sitio de Salces.—Patriótica y heróica conducta de los catalanes.—El conde de Santa Coloma y el marqués de los Balbases.—Notable derrota del ejército francés en Salces.—Correrías marítimas del arzobispo de Burdeos por las costas de España.—Lamentable derrota de la escuadra española por los holandeses en el canal de la Mancha.—Triunfos de los holandeses en el Brasil: deshacen otra flota española.—Campaña de 1640.—Victoria del conde



de Harcourt sobre el príncipe de Saboya y el marqués de Leganés en Turin.—Guerra de los Paises-Bajos, desfavorable á los franceses. —Célebre sitio y honrosa capitulacion de Arras.—Arrogancia y teson de los españoles sitiados.—Cómo arruinaban á España estas guerras. —Por culpa de quién se sostenian.

La campaña de 1636 no habia sido favorable á las armas francesas; ni en ambas orillas del Rhin, ni en la Alsacia, ni en los Paises Bajos, ni en Parma y Milan, ni en la Valtelina y país de los Grisones, ni en el Franco-Condado y Picardía. Los españoles, imperiales y flamencos habian amenazado á París, y acaso fué un error haberse retirado sin acometer la consternada capital de Francia. Tropas de España habian invadido aquel reino por las fronteras de Navarra y de Guipúzcoa: Bayona se vió en peligro, y el ejército del almirante de Castilla penetró hasta el país de Labor. Los grisones, resentidos de la usurpacion y tiranía de los franceses, sus antiguos auxiliares y amigos, aliándose en secreto con los españoles é imperiales, se alzaron contra aquellos y los arrojaron de la Valtelina. De estos y otros contratiempos y desgracias que los franceses sufrieron en la campaña de aquel año se culpaba al ministro Richelieu, que temiendo hacerse mas odioso á los suyos mostró deseos de negociar la paz, aceptando la mediacion del papa. Convínose en celebrar las conferencias en Colonia, y ya por parte de Francia y de Austria, del pontífice y del cardenal-infante de España gobernador de Flandes, habian sido

enviados plenipotenciarios á aquella ciudad. Mas las dificultades que España y el Imperio opusieron á que concurrieran los representantes de Holanda y los príncipes protestantes de Alemania, frustraron aquellas negociaciones con harto disgusto y resentimiento del monarca francés y del ministro cardenal.

Perdida, mas que abandonada la Valtelina, ya no pensó Richelieu ni en conquistar el Milanesado, ni en defender al duque de Parma, antes consintió en que hiciera la paz con los españoles, y limitóse á hacer esfuerzos para la reconquista de las islas de Santa Margarita y San Honorato, á invadir los Paises Bajos por la Picardía y la Champaña, y á recobrar lo que pudiera en la Alsacia y el Franco-Condado. Al efecto hizo levantar cuatro ejércitos (1637), confiriendo el mando del de la Alsacia al duque de Weymar; encomendando al mariscal de Chatillon el de Champaña, al duque de Longueville el del Franco-Condado, y al cardenal la Valette el de la Picardía. La espedicion contra las islas de Lerins fué confiada al conde de Harcourt, que inmediatamente se dirigió á ellas con una flota de cuarenta bageles y veinte galeras; y despues de haber reducido á cenizas la ciudad de Oristan acometió las islas, y fué sucesivamente arrojando á los españoles de los fuertes que ocupaban, y á pesar del valor con que los defendieron; apoderóse primeramente de Santa Margarita y despues de San Honorato (marzo, 1637).

Orgulloso Richelieu con el resultado de esta afortunada espedicion, y en su afan de abatir el poder de los españoles, ofreció sus auxilios al príncipe de Orange, á cuya peticion, y en tanto que él resolvia atacar á Breda, el cardenal de la Valette puso sitio á Landrecy con diez y ocho mil hombres. La plaza capituló (23 de julio, 1637), cuando la guarnicion estaba ya reducida á doscientos cincuenta hombres y cincuenta caballos. El cardenal infante de España, que necesitaba sus fuerzas para defenderse de los holandeses, ni pudo socorrer á Landrecy atacada por la Valette, ni romper las líneas del de Orange que sitiaba á Breda. La carta que el infante español gobernador de Flandes escribió al emperador manifestándole la triste y crítica posicion en que se hallaba, fué interceptada por los franceses. Alentados con esto el rey y el ministro cardenal, comunicáronla á la Valette, el cual en su virtud determinó poner sitio á la Chapelle, que sin necesidad y sin apuro ni causa justificada rindió por capitulacion el español don Marcos de Lima y Navia (20 de setiembre, 1637), entrando en la plaza los franceses al siguiente dia. Indignado el cardenal-infante de tan cobarde comportamiento, mandó cortar la cabeza al gobernador Navia. En la misma campaña cayeron en poder de la Valette la plaza de Iboir y la ciudadela de Steray.

Entretanto, y mientras el príncipe de Orange continuaba apretando el sitio de Breda, el mariscal de



Chatillon tomaba varias plazas á los españoles en el Luxemburgo, y el duque de Longueville hacia rápidas conquistas en el Franco-Condado. El de Weymar en la Alsacia derrotaba á Cárlos de Lorena, rechazaba á Juan de Wert, y tomaba cuarteles de invierno del otro lado del Rhin. Hasta la Guiena, en que ocupaban muchas plazas los españoles, fué abandonada por estos; no porque los forzára á ello el enemigo, sino acaso porque temieron que las enfermedades y la falta de víveres destruyeran el ejército en la estacion lluviosa, é inopinadamente y sin ser combatidos se retiraron á España. Menos feliz todavía un cuerpo de trece mil españoles, que al mando del duque de Carmona y del conde de Cerbellon habia enviado el ministro al Languedoc con el fin de inquietar á los franceses por aquella parte, fué derrotado por el duque de Halluin, dejando en poder de este muchos prisioneros, con la artillería, bagages y municiones. De modo que la campaña de 1637 en todas partes fué favorable á los franceses, al revés de lo que habia acontecido en la de 1636. Solo en Italia el marqués de Leganés, gobernador de Milan, ganó sobre ellos algunas ventajas en el Monferrato. El duque de Saboya se limitó á impedir que los españoles le quitasen sus plazas [1].

(1) Relacion de avisos que han traido á esta córte correos de Alemania Flandes, Italia, Navarra y otras partes, deste presente mes de octubre: MS. del archivo de Salazar, en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia: J. 99.—Relacion ajustada con las que han venido á esta córte de diversas partes de fuera desto: reinos de lo sucedido en ellos y de lo sucedido en esta córte desde 28 de

No fué tan afortunada la Francia en la que al año siguiente abrió el mariscal de Chatillon en los Paises Bajos apoderándose de algunas plazas de segundo órden, y poniendo sitio á la de Saint-Omer (mayo, 1638). Dos regimientos franceses fueron allí acuchillados, sin salvarse un solo soldado, por el príncipe Tomás de Saboya Tanto sintieron este golpe el rey Luis XIII. y su ministro Richelieu, que enviaron las mas severas órdenes á Chatillon para que por ninguna causa levantára el sitio, pues estaba resuelto á ir el monarca mismo en persona, si era menester, para asegurar el éxito de la empresa. A pesar de la arrogancia con que el de Chatillon contestó que no era necesario, pues tenia seguridad de bastar él solo, despues de varios y recios combates entre los mariscales de Chatillon y de la Force por un lado, el príncipe Tomás y el conde de Piccolomini por otro, ni el general francés pudo tomar la plaza solo como habia ofrecido, ni el rey Luis se decidió á comprometer su persona en la empresa, como habia amenazado hacerlo; antes bien tuvo por prudente ordenar á Chatillon que levantára el sitio

febrero del año 637 hasta fin de febrero de 638: Ibid. J. 126.—Breve y ajustada relacion de lo sucedido en España, Flandes, Alemania y otras partes de Europa desde fin de febrero de 637 hasta diciembre de 638: Madrid: viuda de Juan Gonzalez: Barcelona, Jaime Romeu.—Soto y Aguilar, Anales del reinado de Felipe IV.—Sismondi, Historia de los Franceses, tom. 23.—Memorias de Richelieu.—Calmet, Hist. ecca. y civil de Lorena.—Mem. MS. de Beauveau.—Hugo, Hist. MS. du duc Charles IV.—Correspondencia oficial del gobierno, del cardenal-infante y de otros con don Antonio de Acuña, vizconde de Crecente, embajador en Venecia, desde 1637 á 1639. Un tom. fol. Archivo de Salazar, A. 87, en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia.

temiendo comprometer en él todo su ejército. Fué, sí, acompañado de Richelieu, á la frontera de Picardía para ver de reparar aquella humillacion con alguna otra grande empresa. Dirigieron sus miras á la plaza de Hesdin, y ál efecto hicieron se les reuniesen los dos mariscales. Mas con noticia que tuvieron de que el cardenal infante de España acababa de derrotar al príncipe de Orange, abandonaron el proyecto de Hesdin, y se limitaron á tomar á Chatelet, defendida solo por seiscientos hombres, que fueron todos cruelmente pasados á cuchillo (setiembre, 1638).

Con mejor éxito peleó el duque de Weymar en la Alsacia, derrotando á Juan de Wert, y arrancando á los imperiales las plazas que tenian en aquella provincia, bien que á mucha costa algunas de ellas.

El duque de Lorena, que ejercia el mando de capitan general en Borgoña, aunque consiguió un triunfo en Poligny, tuvo que retirarse á cuarteles de invierno en Lorena, mientras el duque de Longueville se apoderaba de algunas plazas de Borgoña.

En Italia tuvieron los franceses la desgracia de perder al mariscal de Crequi, que murió de una bala de cañon al tiempo que observaba las fortificaciones de Bremo, sitiada por el marqués de Leganés. Este intrépido general español rindió sucesivamente á Bremo y á Vercelli (julio, 1638), sin que bastara á impedirlo el haber acudido á Italia enviado por Richelieu el cardenal de la Valette. Una enfermedad grave

que sobrevino al marqués de Leganés le imposibilitó de continuar sus conquistas, y el mando del ejército español de Milan recayó en don Francisco de Mello.

Mientras de este modo, sin grandes ni decisivos resultados, pero en incesante lucha, combatian las armas imperiales y españolas con las holandesas y francesas en Alemania, en Italia y en los Paises Bajos, el incansable enemigo de la casa austriaco-española cardenal de Richelieu, determinó traer la guerra dentro del territorio español, como antes el conde-duque de Olivares la habia llevado al suelo francés. Tres cuerpos de ejército al mando del príncipe de Condé se pusieron en marcha hácia nuestra frontera: dos de ellos se juntaron en San Juan de Pié-de-Puerto; el otro se situó en Bayona. Incierta la córte de Madrid sobre el rumbo que tomaria el enemigo, dispuso guarnecer á Pamplona y otras plazas de Navarra. Mas la reunion de los tres cuerpos franceses en San Juan de Luz hizo ya comprender que el proyecto de Condé era atacar á Fuenterrabía. En efecto, no tardó en pasar el Bidasoa, y en penetrar en Irún, haciendo retirar á dos mil españoles que defendian el paso del rio. Tomados fácilmente el fuerte de Figuer y el puerto de Pasages, y reforzado por el marqués de la Force, puso sitio á Fuenterrabía atacándola por mar y tierra (julio, 1638). Surtianla no obstante de víveres y municiones las barcas que iban de San Sebastian, hasta que vino

á impedir la entrada de estos socorros una flota francesa al mando del arzobispo de Burdeos (2 de agosto, 1638). Otra flota que los españoles armaron para seguir auxiliando la plaza, fué embestida por la del prelado guerrero en la rada de Guetaria y echados á pique é incendiados todos los galeones (22 de agosto). Perdiéronse con ellos cuatro mil hombres, y perdióse tambien toda esperanza de socorro: mas no por eso decayó de ánimo la guarnicion. Temia por su parte el príncipe francés al ejército que el almirante de Castilla estaba reuniendo para ir á atacarle en su mismo c mpo. Apresuró con esto las obras de mina; pero el marqués de Gesbres que se adelantó á situarse bajo tiro de cañon, hubo de retirarse herido de bala en la cabeza, y el duque de la Valette que logró abrir una pequeña brecha en uno de los bastiones, fué rechazado tambien con gran pérdida [1]. Entonces el de Condé encomendó el asalto al arzobispo de Burdeos, que llevó á las trincheras todas sus tropas de marina, y llegó á lisonjearse de hacerse dueño de la plaza. Pero frus-

(1) El ministro Richelieu culpó al duque de la Valette de haberse levantado y perdido el sitio de Fuenterrabia. Aunque la acusacion era injusta, la Valette fué entregado á jueces comisarios. Habiendo asistido el rey Luis XIII. á este juicio, el presidente Be lievre le dirigió estas memorables palabras: *¿Podrá V. M. soportar la vista de un gentil-hombre en el banquillo, que no ha de salir de su presencia sino para morir en un cadalso? Esto es incompatible con la magestad real. El príncipe debe llevar consigo las gracias por todas partes; todos los que ante él parecen deben retirarse contentos y gozosos.*—Luis XIII. respondió: «*Los que dicen que yo no puedo dar los jueces que me parezca á los súbditos que me han ofendido, son ignorantes, indignos de poseer sus cargos.*» La Valette fué condenado á muerte, pero habia huido.—El lector juzgará entre la dignidad de las palabras del magistrado y las del monarca.

tró sus esperanzas un ataque impetuoso que los españoles le dieron en su mismo campo. Una linea flanqueada con dos reductos que en el cuartel de Guadalupe guardaba el marqués de la Force con tres mil hombres fué forzada por seis mil infantes españoles al mando del marqués de Mortara, que tomando el reducto de la izquierda entraron en el campamento francés degollando á cuantos encontraron. Apoderóse el pánico de los franceses: el arzobispo de Burdeos se refugió á sus bageles desalentado: siguióle el de Condé entrándose aturdidamente en el agua hasta ganar una chalupa: los demas no pararon hasta Bayona, creyendo siempre sentir en las espaldas las puntas de las espadas españolas (setiembre, 1638).

Esta victoria, que salvó á Fuenterrabía, llenó de gozo á la córte de Madrid, tanto como consternó la de Francia. Tal fué en resúmen el resultado que tuvo en todas partes la campaña de 1638 (1).

(1) Además de las historias nacionales y estrangeras de este reinado, hemos tenido presentes para la sucinta narracion de estos sucesos los documentos siguientes, manuscritos en su mayor parte. — Sitio y socorro de Fuenterrabia en 1638, por el escelentisimo señor don Juan Palafox y Mendoza: Madrid, 1693.—Suceso feliz de Fuenterrabia, elogio del almirante, é historia de todo lo sucedido: Archivo de Salazar, núms. 12 y 38, t. 41, V. 14.—Segunda relacion de la gran presa que les tomaron á los franceses en Fuenterrabia, y número de muertos que hubo: Sevilla, por Nicolás Rodriguez. — Relacion verdadera de la insigne y feliz victoria que los invictos españoles han tenido, etc. Granada, por Andres Palomino.—Carta que don Miguel de Zabaleta, vicario de la villa de Rentería, escribió á un correspondiente suyo sobre la entrada de las armas de S. M. en Francia, conducidas por la provincia de Guipúzcoa y reino de Navarra: Salazar, J. 126.—Relacion verdadera de la grandiosa victoria que las armas de España, etc. Sevilla, por Juan Gomez.—Segunda relacion escrita en 14 de setiembre de este año por el P. Cristóbal Escudero, de la Compañia de Jesus, al arzobis-

Mas no por eso dejó de proseguir con mas ardor la guerra al año siguiente en todos los puntos. Las fuerzas de Francia y de España parecian inagotables; implacable el furor con que se combatian. Richelieu puso en pié otros tres nuevos ejércitos al mando de los generales de su mayor confianza. El primero, guiado por Mr. de la Meylleraie, habia de operar en el Artois; el segundo, por el marqués de Feuquiéres, en el Luxemburgo; el tercero, bajo las órdenes del mariscal de Chatillon. Weymar continuaría sus conquistas en las fronteras de Alemania. Encomendó el ejército de Italia al cardenal de la Valette; al príncipe de Condé las tropas destinadas á entrar en el Rosellon; al arzobispo de Burdeos la armada del Océano; la del Mediterráneo al conde de Harcout; al marqués de Brezé el mando de las galeras. España se vió tambien en la necesidad de hacer los mayores esfuerzos. Ordenóse á Piccolomini pasar á Flandes para ayudar al carde-

po de Búrgos, en que dá cuenta de la feliz victoria, etc.—Tercera relacion y muy copiosa del socorro de Fuenterrabia.—Carta escrita desde Navarra y puerto de San Sebastian á Zaragoza dando aviso de lo que ha sucedido, etc.—Carta de Fuenterrabia á Guipúzcoa pidiendo socorro: MS. de Vargas Ponce, t. 22 en la Real Academia de la Historia, Est. 20, g. 2. número 22.—Relacion verdadera del socorro que á Fuenterrabia dieron los escelentísimos almirantes de Castilla y marqués de los Velez, virey de Navarra, generales de ambas coronas en esta faccion, víspera de Nuestra Señora de Setiembre de este año de 1639; escribióla Alonso Martinez de Aguilar, que se halló en el escuadron volante gobernado por el marqués de Torrecusa, maese de campo general de los tercios de Navarra: Arch. de Salazar, J. 126.

«Trajo el francés, dice Soto y «Aguilar en sus Anales, gran can«tidad de bombas de fuego, nueva «y diabólica invencion que arrojó «á los cercados por espacio de seis «dias continuos, derribando mu«chas casas, y obligándolos á vivir «en algunas cuevas que hicieron en «la tierra.»

nal-infante á resistir á los tres ejércitos franceses, y el príncipe Tomás de Saboya tuvo órden de trasladarse á Italia para obrar de concierto con el marqués de Leganés.

Bajo estos planes comenzó la campaña de 1639 en el Luxemburgo. Feuquiéres sitió y atacó la plaza de Thiomville; pero socorrida oportunamente por Piccolomini, y batidos despues los franceses en su campo, rota su caballería, y su infantería deshecha, perdida la artillería y los bagages, y prisionero el mismo marqués de Feuquiéres, Richelieu vió con amargura humillado su orgullo y el de su nacion en este primer hecho de armas (mayo, 1639). Piccolomini amaga luego á Mouzon, y pasa despues á reunirse al cardenal-infante para salvar la plaza de Hesdin que tenia apretada el de Meylleraie. Esta plaza era de las mas bien fortificadas de Europa. La presencia del rey de Francia animó aquel sitio, que duró desde el 19 de mayo hasta el 30 de junio, en que el gobernador de la plaza conde de Hanapes, pidió capitulacion. Aunque honrosa ésta en sus condiciones, no debió estár justificada, cuando el cardenal-infante hizo arrestar al gobernador que la ajustó. Este triunfo, y el haber obligado el príncipe de Orange al infante-cardenal á tener divididas sus tropas, proporcionó á los franceses la conquista de algunas plazas en el Artois, y una victoria de Feuquiéres sobre el marqués de Fuentes que mandaba allí una pequeña division española. Tambien

el mariscal de Chatillon se apoderó de Iboir (agosto 1639), cuyos muros mandó arrasar el monarca francés que se hallaba presente. La satisfaccion del rey Luis por estos triunfos fué turbada con la noticia que recibió de la muerte del marqués de Weymar, acaecida en ocasion que echaba un puente sobre el Rhin para proseguir sus conquistas en Alemania [1].

De otro modo marchaban las cosas para los franceses en Italia, principalmente desde la llegada del príncipe Tomás de Saboya. Entre este príncipe y el marqués de Leganés, gobernador de Milan, obrando con dos cuerpos de ejército, el uno en el Monferrato y el otro en el Piamonte, é incorporándose los dos cuando convenia, en poco tiempo y con facilidad se hicieron dueños de multitud de plazas y ciudades. Chivas, Ancio, Quierz, Ivrea, Verna, Crescentino, Asti, Saluzzo, Coni y otras varias cayeron sucesivamente en su poder, y poco faltó para que se apoderáran de Turin, en cuyos arrabales llegó á alojarse el príncipe Tomás, y hubiéranlo realizado á no llegar antes que ellos el cardenal de la Valette. Por la parte marítima del ducado de Saboya, unidas las fuerzas del cardenal

(1) Girardot de Noseroy, Historia de los Diez años del Franco-Condado, de 1632 á 1642.—Soto y Aguilar, Anales de Felipe IV.—Lamiers, Histoire du regne du Louis XIV. tomo I., libro I.—Entretanto, y mientras el inconstante duque Cárlos de Lorena andaba en negociaciones con Richelieu, su hermano el cardenal Francisco vino á Madrid á pedir socorros de dinero, y el gobierno español, pródigo siempre con los de fuera, le concedió una pension de veinte mil ducados anuales.—Hannequin. Mem. MS.—Calmet, Hist. eclesiástica y civil de Lorena, números 106 y 107.

de aquel título con la flota de España, y sin que el conde de Harcourt pudiera evitarlo, el pueblo y la guarnicion de Niza se levantaron contra el gobernador y abrieron las puertas al cardenal, que inmediatamente se apoderó tambien del puerto y ciudadela de Villafranca. Toda la Saboya se hallaba sublevada contra la duquesa viuda [1], que para conservar alguna proteccion de la Francia tuvo que sucumbir á humillantes tratados. Y en tanto que esto pasaba, el príncipe Tomás y el marqués de Leganés continuaban con ardor sus conquistas, tomaban á Montealvo, Pontestura y Trino, y si bien la Valette recobraba á Chivas, los generales españoles formaban el proyecto de apoderarse por sorpresa de Turin para hacerse dueños absolutos del Piamonte.

Lográronlo por medio de un ardid ingenioso. Setecientos hombres entraron por diferentes puntos en la ciudad, fingiendo ser servidores de la princesa regente que iban de diferentes partes del Piamonte (julio, 1639). El estallido de un petardo fué la señal para que se abrieran todas las puertas, y el príncipe entró en medio de aclamaciones en una ciudad en que con-

(1) La duquesa Cristina era hermana de Luis XIII. Su esposo el duque Victor Amadeo habia muerto en octubre de 1638. Por intrigas de Richelieu fue nombrada la princesa Cristina su viuda, tutora de sus hijos, logrando apartar del gobierno al príncipe Tomás y al cardenal Mauricio de Saboya, hermanos del duque difunto y enemigos de la Francia. De aquí la alianza de la duquesa con los franceses, y la enemiga de sus cuñados el príncipe y el cardenal. El tierno heredero del ducado de Saboya murió luego á la edad de siete años, sucediéndole su hermano Cárlos Manuel, que solo tenia cinco. La duquesa su madre era regente y tutora.



taba ya numerosos partidarios. La duquesa apenas tuvo tiempo para refugiarse medio desnuda á la ciudadela. A ésta acudió la Valette; el marqués de Leganés á la ciudad. Batíanse desde estos puntos unos y otros, hasta que por mediacion del nuncio del papa, Caffarelli, se ajustó una tregua desde el 10 al 14 de octubre. En este intermedio murió el cardenal de la Valette (28 de setiembre), consumido de melancolía al ver el mal estado de los negocios de Francia en la Saboya. Reemplazóle en el mando del ejército de Italia el conde de Harcout, que tan pronto como espiró la suspension renovó ardorosamente la guerra, despidiendo al nuncio del papa para no oir sus proposiciones de mediacion. Y en efecto, la resolucion é intrepidez del de Harcourt hizo variar algun tanto el aspecto de la guerra al terminar el año 1639.

Veamos ya lo que pasaba mas cerca de nuestra España, á las puertas y aun dentro de nuestra nacion.

Interesado el príncipe de Condé en vengar el infortunio y lavar la afrenta recibida en setiembre de 1638 delante de Fuenterrabía, encargado, como dijimos, por Richelieu de invadir el Rosellon, aprestóse á ello con cuantas fuerzas las atenciones de otras partes permitieron á la córte de Francia suministrarle. En vano el conde de Santa Coloma, virey y capitan general de Cataluña, observando los movimientos de los franceses, avisaba de ellos y pedia que se abastecieran y guarnecieran convenientemente las plazas del Princi-

pado y del Rosellon, de las cuales algunas, como Salces, se hallaban defendidas por poca gente y bisoña, mandada por un gobernador achacoso y anciano. El conde-duque de Olivares, ó por indolencia, ó por antiguo resentimiento de los catalanes, no hizo gran cuenta de los avisos de Santa Coloma. Así, apenas el ejército francés se puso en marcha desde Narbona (mayo, 1639), los españoles abandonaban los fortines y se retiraban á Perpiñan. Cuando el duque de Halluin que entró por el Grau con diez y seis mil hombres (9 de junio), se acercó al casi inaccesible ó inexpugnable castillo de Opol, el gobernador, que era flamenco, le entregó cobardemente, bien que pagó en Perpiñan en un cadalso la pena, acaso no tanto de su cobardía como de su traicion. Hallando el general francés algunas dificultades para ocupar y franquear el collado de Portús, dióse á talar y saquear la provincia, y puso despues sitio con toda su gente á la importante plaza de Salces, mandada construir por Cárlos V. para defender la entrada del Languedoc, cercándola inmediatamente de trincheras y baterías.

A escitacion del conde de Santa Coloma, que no cesaba de avisar del peligro que corria el Principado si el Rosellon se perdia, avivóse el patriotismo de los catalanes, y ya que no de la córte, de toda Cataluña acudieron socorros, dando la primera el ejemplo Barcelona, en defensa de la patria. En menos de un mes se juntó en Perpiñan un ejército de mas de diez mil

catalanes, todos animosos y entusiastas, pero jóvenes y bisoños los mas, y que por lo mismo necesitaron ejercitarse en el manejo de las armas antes de poderse contar con ellos para batir al enemigo. Y sin embargo, en el primer encuentro que con él tuvieron mostraron ya el reconocido arrojo y bélica aptitud de aquellos naturales. Así los hubieran imitado el gobernador y la guarnicion de Salces, que á escepcion de unos pocos valientes, que supieron pelear y morir como héroes, los demas defendieron tan flojamente la plaza y se condujeron con tanta cobardía que la rindieron sin necesidad por capitulacion; y la prueba de ello fué que el gobernador no se atrevió á volver á España, temeroso de correr la misma suerte que el de Opol.

El conde de Santa Coloma, que se hallaba ya en Perpiñan, tampoco daba muestras de resolverse á impedir los progresos del enemigo. Verdad es que tenia órden de esperar la llegada del marqués de los Balbases y del de Torrecusa con el ejército de Cantabria. Pero el génio impetuoso y vivo de los catalanes no podia sufrir aquella inaccion, censurábanla sin rebozo, y á gritos decian que ni el Principado habia hecho tan enormes gastos, ni ellos eran idos para perder su reputacion y estar viendo á los enemigos talar impunemente los pueblos. A esto se limitaba por su parte el ejército francés, notablemente menguado por las enfermedades. Ellos se enriquecian con el saqueo, el

virey español no los acometia, y los catalanes se desesperaban. Llegó al fin el marqués de los Balbases (1.° de setiembre 1639), y á los catorce dias salió de Perpiñan nuestro ejército, compuesto de tres mil caballos y dos cuerpos de diez mil infantes, el uno de catalanes todos, mandados por el conde de Santa Coloma, el otro de aragoneses, valencianos, castellanos, napolitanos, walones, modeneses é irlandeses, conducido por el marqués de los Balbases. El general francés duque de Halluin, mariscal de Schomberg, se retiró á Francia en busca de refuerzos; dejó Condé de gobernador en Salces á Mr. de Espenan, oficial muy distinguido por su valor y prudencia.

Despues de una sorpresa que los nuestros hicieron al enemigo en Rivasaltas, y que le obligó á encerrarse en las fortificaciones, comenzaron los trabajos del sitio. Los franceses habian fortificado el castillo en términos que parecia haberle hecho inexpugnable. Trabajaban y peleaban los catalanes con admirable actividad é indecible arrojo, por lo mismo fué mucho lo que murmuraron y se quejaron del marqués de los Balbases cuando les mandó suspender las operaciones. No se avenian ellos con tal lentitud y con semejantes disposiciones. Cuatro salidas que los sitiados hicieron fueron rechazadas con un valor desesperado. No faltaba al parecer razon á nuestros soldados para quejarse de la apatía de los generales. Mientras las enfermedades contagiosas diezmaban nuestro campo, ó por

mejor decir, le terciaban, por que llegaron á morir hasta ocho mil soldados, el príncipe de Condé que habia estado reuniendo tropas en Narbona, se acercaba con veinte mil infantes, cuatro mil caballos y doce piezas de campaña. Túvose con este motivo consejo de generales, en el cual, despues de varios y encontrados pareceres, como por lo comun acontece, se resolvió mantener el honor de las armas españolas, permanecer en el campo, continuar el sitio y pelear hasta morir con cuantos enemigos viniesen, fuera el que quisiera su número. Tambien á los nuestros les llegaban cada dia reclutas de Aragon, Valencia y Cataluña. El duque de Maqueda, general de la armada que se hallaba en Rosas, envió dos mil veteranos y trescientos mosqueteros de los galeones y galeras. Con este refuerzo y con algunas obras que construyeron se prepararon á recibir al enemigo.

Al tiempo que éste se acercó, en la tarde del 24 de octubre (1639), una copiosísima lluvia inundó nuestro campo, deshizo varias de las trincheras y cegó las minas, pero tambien imposibilitó á los franceses de acercarse. El 1.° de noviembre se presentó otra vez Condé con su ejército, resuelto á forzar nuestras líneas. El regimiento de Normandía, célebre por su intrepidez y valor, y cuya bandera habia ondeado triunfante en cien batallas, fué el primero que acometió las trincheras en medio de un vivísimo fuego de nuestra artillería y mosquetería; llegaron algunos á

ponerse sobre ellas, pero casi todo el regimiento quedó sepultado en el foso. El de Tolosa que le siguió sufrió tambien gran pérdida, y del de Roqueleure que quiso forzar una media luna solo quedaron vivos cuatro capitanes. El pánico se apoderó de los franceses como en Fuenterrabía, y huyeron como allí en desórden, sin que bastáran á detenerlos los esfuerzos de los oficiales.

Despachó entonces el de los Balbases un trompeta al gobernador de la plaza d'Espenan intimándole la rendicion y ofreciéndole una capitulacion honrosa. Mas como la respuesta del francés fuese que no se rendiria hasta que le faltáran todos los recursos, se determinó esperar con paciencia á que el hambre le forzára á rendirse, y se pasaron dos meses sin disparar un tiro, hablándose familiarmente sitiadores y sitiados. Dió esta conducta lugar á que los catalanes sospecháran, y lo manifestáran así, que estaban siendo objeto y víctimas de malos tratos, lo cual produjo lamentables desacuerdos y contestaciones entre los mismos gefes, que hubieran parado en formal escision á no haber aplacado los ánimos el marqués de los Balbases. El 23 de diciembre, viéndose Espenan sin víveres y con muchos enfermos, pidió capitulacion, á condicion de que si no recibia socorros para el 6 de enero entregaria la plaza, saliendo con todos los honores de la guerra. Firmóse así, y como los socorros no llegasen, el dia convenido evacuaron los franceses la plaza



de Salces, y guarnecida por una parte de nuestro ejército, retiróse el resto á invernar en Rosellon y Cataluña. Tan malhadado fin tuvo la famosa empresa del príncipe de Condé sobre el Rosellon en 1639 (1).

Ocupadas nuestras armas de la manera que hemos visto en las tierras del Rosellon, de la Italia y de los Paises Bajos, tampoco habian dejado la Francia y su gobierno estar ociosa la fuerza marítima de España. El arzobispo de Burdeos, gefe de la flota francesa del Océano, presentóse primeramente con sesenta velas delante de la Coruña; pero habiendo hallado cerrado el puerto con una cadena de gruesos mástiles bien trincados con fuertes gumenas y argollas de hierro de uno á otro de los dos castillos que le defendian, hubo de renunciar á la empresa, contentándose con disparar de lejos algunos cañonazos á la plaza. Corriéndose de allí al Ferrol, desembarcó alguna gente, que fué rechazada, no sin reñida pelea. Costeando despues hácia Vizcaya, acometió á Laredo, hizo desembarcar dos regimientos, él mismo dijo misa en la iglesia de la villa, y se retiró á las naves llevándose algun botin (14 de agosto, 1639). De los dos galeones que habia en la rada apresó uno; el otro fué quemado por los mismos que le montaban para que no cayera en su poder. Amagó luego á Santander, é incen-

(1) Soto y Aguilar refiere con bastante exactitud el suceso del sitio de Salces.—Sucesos principales de la monarquía de España en 1639: Archivo de Salazar, A. II. —Le Vassor, Hist. de Luis XIII.—Limiers, Hist. del reinado de Luis XIV., tom. I., lib. I.

dió los astilleros. Los temporales deshicieron aquella flota que tanto daño habia intentado causar. Cuando el arzobispo de Burdeos acometió los puertos de Castilla, el de Burgos recogió cuanta gente de armas pudo, y salia ya al encuentro del prelado francés. ¡Singular manera de cumplir con los deberes del apostolado la de estos dos gefes de la Iglesia, principalmente por parte del mitrado marino de la Francia, casi ya á mediados del siglo XVII!

Peor suerte tuvimos con la escuadra que se envió contra otros mas temibles enemigos, eternos inquietadores de nuestras costas, los holandeses. Esta escuadra, compuesta de setenta velas y de diez mil hombres de desembarco, que con grande esfuerzo habia podido reunirse, y cuyo mando se dió al antiguo y creditado marino don Antonio de Oquendo, tan pronto como llegó al canal de la Mancha tropezó con la del almirante holandés Tromp (setiembre, 1639). En el primer combate que tuvieron, ambas escuadras quedaron maltratadas despues de una récia pelea. Mas habiendo sido de nuevo acometida la armada española (21 de octubre), á pesar del ardor con que nuestros marinos pelearon por espacio de muchas horas, se vió completamente envuelta y derrotada por la escuadra enemiga; perdimos la mayor parte de nuestros bageles, ó apresados, ó incendiados, ó echados á pique, incluso el navío Santa Teresa, de ochenta cañones en que iba lo mas escogido de los mos-

queteros de España, y que mandaba el valeroso marino don Lope de Hoces; de estos no se salvó un solo hombre. De los diez mil que formaban toda la fuerza naval, los ocho perecieron. Oquendo se refugió á Dunkerque con solas siete naves que pudo salvar. Los ingleses, á pesar de la neutralidad que habian ofrecido, portáronse mas como enemigos que como neutrales: afírmase que hicieron fuego á nuestros navíos; los españoles se quejaron de traicion, y de las cartas mismas del almirante holandés se desprendia no haber sido infundado aquel cargo. Lo cierto fué que España perdió en aquel combate lo mejor de su marina, así en hombres como en naves, y que nuestro poder marítimo sufrió este golpe más sobre los que ya habia sufrido en los dos anteriores reinados [1].

No eran mas felices en las Indias las armas de España por este tiempo. Los holandeses, que ya en años anteriores se habian hecho dueños de algunas provincias del Brasil, viéronse reforzados en 1638 con una escuadra que para sostener y ensanchar sus conquistas llevó consigo el conde Mauricio de Nassau, pariente del príncipe de Orange. No obstante la resistencia que procuraron hacer españoles y portugueses, ciudades y provincias enteras se fueron sometiendo al conde Mauricio. Solo en el sitio de la ciudad de San

(1) La Neuvile, Hist. de Holanda.—Le Clerc, Hist. de las Provincias Unidas.—Limiers, Hist. del reinado de Luis XIV., tom. I., libro I.

Salvador sufrió un descalabro que le obligó á retirarse precipitadamente sin esperanza de reducirla. Todavía hizo nuestra nacion en 1639 un nuevo esfuerzo para ver de arrojar del Brasil á los holandeses, enviando allá á don Fernando Mascareñas, conde de la Torre, con una flota de cuarenta y seis bageles y cinco mil hombres de desembarco, con más las naves y hombres que habian de írseles incorporando en el tránsito. Todo hubiera ido bien, si á la mitad de la navegacion no hubiera infestado la escuadra una peste contagiosa que acabó con mas de la mitad de los soldados, llegando los demas á San Salvador estenuados y macilentos. No desfalleció por eso Mascareñas, y con la gente que le quedó y la que pudo juntar de diferentes puntos del Brasil reunió un ejército de doce mil hombres. Pero tambien la compañía holandesa de las Indias reforzó al conde Mauricio con otra flota, de que iba por almirante el hábil marino Guillermo Looff. Varias veces pelcaron las dos escuadras. En uno de los primeros combates pereció el almirante holandés, pero Jacobo Huighens que le reemplazó en el mando, buscó resueltamente nuestra armada para provocarla á una batalla decisiva. Y lo logró el intrépido flamenco tan á su gusto que ganó una victoria completa sobre nuestras naves; tan completa, que de toda aquella gran flota, á costa de tantos esfuerzos y sacrificios reunida, solo trajo Mascareñas á España, despues de mil penalidades y trabajos, cuatro galeones y dos na-

ves mercantes. Con esto y con el reciente desastre del canal de la Mancha quedaba aniquilado nuestro poder marítimo; la bandera naval española, en otro tiempo tan imponente, andaba como humillada por los mares, y milagro parecia poder armar todavía naves con que defender las costas de nuestros inmensos y apartados dominios (1).

La guerra que dejamos renovada con ardor en Italia á fines de 1639, continuó á principios del 40 siendo favorable al general francés conde de Harcourt, á quien se le fueron rindiendo diferentes ciudades y castillos (enero, 1640). El marqués de Leganés que habia puesto sitio á Casal, tuvo que retirarse atacado en sus posiciones por el ejército reunido de Francia y de Saboya, perdiendo seis mil hombres entre muertos y prisioneros (28 de abril). Victorioso el de Harcourt, pasó á cercar á Turin, donde se hallaba el príncipe Tomás con mas de seis mil soldados y otros tantos ciudadanos que habian tomado las armas en defensa de su partido. Al socorro de la plaza y del príncipe acudió el marqués de Leganés con doce mil infantes y cuatro mil caballos, consiguiendo dejar al francés encerrado entre su ejército y el del príncipe, de modo que parecia imposible que pudiera escapársele. Pero el de Harcout circunvaló

(1) Noticias de la Guerra del Brasil con los holandeses. MS. de la Biblioteca Nacional, H. 58.—Memorias diarias de la guerra del Brasil por discurso de nueve años, empezando desde 1630, escritas por Duarte de Alburquerque. Madrid, 1654, un tomo, 4.°

su campo de una y otra parte con tales líneas de trincheras y tan fuertes, y las defendió con tal valor y maestría, que muchas veces intentaron forzarlas los españoles, y otras tantas fueron rechazados, alguna vez con pérdida de cuatro mil muertos (junio, 1640). Reforzaron despues Turena y Villeroy á los suyos: recibieron tambien los nuestros un buen refuerzo de napolitanos. Desesperado el de Leganés de poder forzar las trincheras francesas, se resolvió bloquear el campo enemigo, ocupando los pasos que le cerraban, para ver de reducirle por hambre. En efecto, á pesar de que Turena logró introducir con suma habilidad algunos convoyes, llegó á esperimentarse en el campo francés una estrema miseria. Pero no era menos desesperada la que afligia á la ciudad. Por esta razon el príncipe saboyano se arrojaba á hacer salidas arriesgadas, de que por lo comun se retiraba con mas pérdida que ventaja.

El cardenal de Richelieu no cesaba de recomendar al conde de Harcourt que no dejára de emplear todos los medios y aprovechar la ocasion de apoderarse del príncipe Tomás; pero el de Harcourt, que conocia mejor lo crítico de su posicion y que por otra parte deseaba terminar la conquista, oyó con mas gusto las proposiciones de capitulacion que el príncipe le hizo, y prévias algunas conferencias ajustóse aquella (19 de setiembre, 1640), bajo las siguientes principales condiciones:—la plaza seria entregada á las tropas de

Luis XIII.:—las tropas de la guarnicion saldrian con todos los honores de la guerra:—los ciudadanos que quisieran salir con sus familias, armas y bagages, podrian seguir al príncipe ó tomar el camino que mas les acomodára:—las infantas de Saboya elegirian entre salir de la ciudad ó permanecer en ella, respetándoles todo su servicio, alhajas y muebles:—los españoles podrian reunirse al marqués de Leganés, llevando consigo dos cañones y dos morteros, con veinte y cinco cartuchos para cada pieza. El conde de Harcout envió á cumplimentar á las princesas de Saboya, y á tranquilizar á los habitantes asegurándoles serian tratados con toda humanidad. Salió pues el 24 la guarnicion, compuesta de cinco mil infantes y dos mil caballos. El príncipe se fué á Ivrea: en el camino se encontró con el de Harcourt y los dos generales se saludaron ligera y cortesmente. Así perdió España este año en el Piamonte lo que en los anteriores habia ganado con tanto esfuerzo. El conde de Harcourt, que se habia visto entre dos respetables ejércitos, mandados por hábiles generales, alcanzó con este triunfo en toda Europa reputacion y fama de ser uno de los mejores generales de su siglo (1).

Mas prósperamente marcharon este año las cosas de España en Flandes. Con arreglo al plan de Riche-

(1) Soto y Aguilar, Anales, ad. ann.—Leo et Botta, Hist. de Italia.—Le Vassor, Hist. de Luis XIII.—Limiers, Hist. du regne de Louis XIV., tom. I., lib. I.

lieu, el mariscal de la Meylleraie que debia atacar los Paises Bajos por la parte del Mosa salió de París con un gran tren de artillería (22 de abril, 1640) camino de Meziers. Despues de un encuentro con las tropas españolas, en que estas destrozaron tres de sus regimientos, acometió la plaza de Charlemont: las lluvias le obligaron á abandonar este proyecto (mayo): el que luego intentó sobre Mariembourg fué frustrado por los esp ñoles, que abrieron las esclusas: y por último, convencido y disgustado el rey de verle malgastar el tiempo sobre el Mosa, no obstante la combinacion que se habia procurado con el príncipe de Orange, dióle órden para que se reuniera á los mariscales de Charme y Chatillon para que entre los tres emprendiesen el sitio de Arras. Esta plaza estaba poco preparada para sostener un largo sitio cuando se presentaron delante de ella los dos ejércitos (13 de junio, 1640). La guarnicion estaba reducida á mil quinientos hombres de á pié y cuatrocientos caballos. Los tres mariscales reunieron veinte y tres mil infantes y nueve mil ginetes, con los cuales comenzaron desde luego á levantar reductos, abrir fosos y á trabajar en otras obras de sitio. El cardenal infante de España, gobernador de Flandes, se puso en marcha con todas sus tropas y todos sus generales en socorro de la plaza. Los gefes franceses tuvieron entre sí muy fuertes altercados sobre el partido que deberian tomar, y el rey y su ministro Richelieu se fueron á Amiens para tener mas

prontas y frecuentes noticias del sitio, y desde allí daban diariamente sus órdenes á los tres mariscales (julio, 1640). Españoles y franceses necesitaban distraer fuertes columnas de tropas para escoltar los convoyes de víveres que á menudo eran alternativamente atacados, dando ocasion á muy sérios combates.

Aprovechando una mañana el cardenal-infante la ausencia de una de estas columnas, atacó con todas sus fuerzas las líneas enemigas (2 de agosto). La accion duró desde el amanecer hasta muy entrada la tarde: la trop española, mandada por el duque Cárlos de Lorena, se condujo aquel dia con admirable valor, adquirió mucha gloria, pero no logró forzar las líneas. Al dia siguiente los franceses hicieron al gobernador de la plaza una intimacion arrogante, haciéndole saber que si pronto no enviaba parlamentarios para capitular, él, la guarnicion y la ciudad serian tratados con todo el rigor de las leyes de la guerra. La contestacion de los sitiados á aquella amenaza fué recordarles un antiguo refran de aquella tierra que decia: *Los franceses tomarán á Arras cuando los ratones cojan á los gatos.* Comprendese cuánto heriria á los tres famosos mariscales tan despreciativa respuesta, dada por un puñado de hombres sitiados. Dedicáronse aquellos á abrir minas, y cuando el de Meylleraie tenia la suya preparada, intimáronles segunda vez la rendicion (7 de agosto); el gobernador respondió que esperaba las órdenes del cardenal-infante; y como le

exigiesen respuesta mas precisa, contestó que dentro de tres meses la daria. Entonces la Meylleraie mandó pegar fuego á la mina, que causó grande estrago, y temiendo los de dentro ser asaltados al siguiente dia, prometieron rendirse si no eran socorridos antes del medio dia del 9. No lo fueron, porque el cardenal-infante no pudo forzar las trincheras enemigas, y el 9 se firmó la capitulacion á presencia de todo el ejército puesto en órden de batalla, concediéndose á la guarnicion todos los honores de la guerra, á los habitantes el ejercicio de la religion católica, prometiendo no nombrar ningun gobernador que no la profesase, y que se les conservarian sus reliquias y todos sus privilegios. Honrosísima capitulacion para tan corto número de defensores, y estremadamente favorable á los de la ciudad, si el gobernador que se nombró, en lugar de tratarlos con la moderacion que se le recomendó no se hubiera convertido en tirano.

Hecha la conquista de Arras, penetró el mariscal de Chatillon en la Flandes, sin que le pusieran estorbo los españoles, y limitándose el cardenal-infante á cubrir sus plazas estando á la vista del ejército francés. Mucho mas pudo éste haber hecho, si le hubiera ayudado, como tenia derecho á esperar y era de su interés, el príncipe de Orange. Pero lejos este príncipe de corresponder á la merecida reputacion de sus antecesores, ni se habia señalado antes por ninguna empresa considerable, ni hizo ahora otra cosa, despues

de atacar iufructuosamente algunos fuertes, que apoderarse del de Nassau, que mandó arrasar por no poder sostenerle no habiendo logrado hacerse dueño de Hulst, de donde le rechazaron los españoles. Aconteciόle despues otro tanto en Güeldres, yéndose por último hácia Genep, huyendo de los generales españoles don Felipe de Silva y conde de Fuentes que decididamente habian ido á buscarle (1).

Tales fueron los principales sucesos de las guerras esteriores que en el espacio de los cuatro años que abarca este capítulo estaba sosteniendo España en Flandes, en Italia, en Alemania, en la Gascuña, en el Rosellon, en los mares y posesiones de la India; guerras que arruinaban los pueblos y los dejaban desiertos de brazos artesanos y cultivadores; guerras que consumian sin fruto la sustancia de la nacion, y hubieran agotado los tesoros del pueblo mas rico del mundo; y guerras en que el adulador conde-duque de Olivares envolvia al buen Felipe IV. halagándole con su idea favorita de hacerle el monarca mas poderoso del orbe, en tanto que le llevaba por el mas derecho camino para ver convertida en miseria y pobreza la grandeza y poderío de sus predecesores.

(1) Le Clerc, Hist. de las Provincias Unidas.—La Neuville, Hist. de Holanda.—Le Vasser, Hist. de Luis XIII.—Soto, ad. ann.—Relacion verdadera de los encuentros, sucesos y prevenciones de las armas católicas, imperiales y francesas. — Calmet, Hist. eclesiástica y civil de Lorena, A. 1640.—Limiers, Historia del reinado de Luis XIV., tom. I., lib. I.

CAPÍTULO VI.

REBELION Y GUERRA DE CATALUÑA.

1640.

Causas que contribuyeron á preparar la rebelion.—Antiguo desafecto entre los catalanes y el primer ministro.—Conducta de unos y otros en las Córtes de 1626.—Reprodúcense los desabrimientos en 1632. —Carácter de los catalanes.—Idem del conde-duque.—Servicios mal correspondidos de aquellos en la guerra del Rosellon.—Proceder indiscreto del marqués de los Balbases concluida la guerra.—Alojamientos de las tropas.—Escesos de los soldados.—Quejas de los catalanes.—Son desoidas.—Primeros choques entre la tropa y los paisanos.—Indignacion del pueblo contra el virey conde de Santa Coloma.—Graves desórdenes.—Irritacion general contra la tropa y contra todos los castellanos.—Aliéntala el clero.—Medidas del virey.—Ordenes de la córte.—Irrupcion de segadores en Barcelona.—Pronúnciase la rebelion.—El conde de Santa Coloma asesinado.—Estragos en la ciudad.—Estiéndese la rebelion por todo el Principado.—Guerra entre las tropas y el paisanage.—El duque de Cardona virey de Cataluña.—Excomulga el obispo de Gerona algunos regimientos.—Efectos que produce la excomunion.—Escenas sangrientas en Perpiñan entre los habitantes y las tropas del rey.—Bombardeo y sumision de la ciudad.—Providencias del de Cardona contra los gefes de las tropas.—Desapruébalas la córte, y muere el virey de pesadumbre.—Comision de los catalanes al rey. —Niégasele la audiencia.—Manifiesto de Cataluña.—Nómbrase virey al obispo de Barcelona.—Junta de ministros en Madrid.—Resuélvese hacer la guerra á los catalanes.—Nómbrase general al marqués

de los Velez.—Prepáranse los catalanes á la resistencia.—El canónigo Claris.—Piden socorro á Francia.—Desaciertos del conde-duque de Olivares.—Empieza la guerra en el Rosellon.—Trabajos inútiles de la córte.—Júntase el ejército real en Zaragoza.—Pasa el Ebro.—Juramento del marqués de los Velez en Tortosa.—Sujeta aquella comarca.—Defienden los catalanes el paso del Coll.—Son vencidos.—Toma el ejército real el Hospitalet.—General y tropas francesas en Tarragona.—Ataque, defensa y rendicion de Cambrills.—Crueldad con los gefes rebeldes, desaprobada por todos.—Capitulacion entre el general francés d' Espenan y el marqués de los Velez.—Entrega de Tarragona.—Furor y desesperacion de los barceloneses. — Escesos del populacho. — Escenas sangrientas en la ciudad.

Muy rara vez, si acaso alguna, se declara un país en rebelion abierta contra sus legítimos gobernantes sin que de mas ó menos antiguo hayan precedido de una parte ó de otra, ó de ambas mutuamente, desabrimientos, ofensas ó agravios. Por eso es nuestra opinion que las mas de las revoluciones se pueden prevenir con la prudencia, y que de casi todas y sus funestas consecuencias son responsables los que las provocan, ó por lo menos no las evitan pudiendo.

Que desde el año 1626, en que el rey Felipe IV. celebró córtes de catalanes en Barcelona, existian graves disgustos y quejas entre el rey y los catalanes, y principalmente entre estos y su primer ministro el conde-duque de Olivares, cosa es que recordará fácilmente el que haya leido el capítulo primero de este libro. La conducta de aquellas córtes en la cuestion de subsidios; la manera como á su vez habian sido ellas tratadas por el conde-duque; la marcha repenti-

na del monarca y de su córte de la capital del Principado, sin despedirse de nadie, ni dar parte á las córtes ni disolverlas; la salida de los diputados á su encuentro y sus sentidas quejas sin poder detener al rey; todo lo que en aquella sazon ocurrió entre unos y otros dejó en los ánimos honda raiz de disgustos y de prevenciones desfavorables entre los naturales del Principado y el ministro favorito de Felipe IV., á quien aquellos achacaban, no sin razon, toda la culpa de la aspereza y del desaire con que habian sido tratados. A este primer desabrimiento y á los que en lo sucesivo habian de seguirle contribuian, de una parte el genio altivo, independiente, vidrioso y levantisco que ha distinguido siempre á los catalanes, su carácter duro y poco sufridor de injurias, y su celo y amor proverbial á sus libertades y sus fueros; de otra el orgullo del conde-duque, su propension á tratar á otros con insolencia y sin ningun miramiento, y á vengarse de los que no le acataban ni se le humillaban, acostumbrado como estaba á dominar al mismo soberano y á ser halagado por él [1]. Con otro carácter y otra conducta hubiera podido todavía templarse la amargura

(1) El señor Cánovas del Castillo, en su Historia de la Decadencia de España desde el advenimiento de Felipe III. al trono hasta la muerte de Cárlos II., capítulo V., habla de las córtes de Cataluña de 1623, trayendo de ellas el origen de las desavenencias entre el rey y los catalanes. Es una equivocacion de este ilustrado autor. Las primeras, y puede decirse las únicas córtes que Felipe IV. celebró en Cataluña (porque las de 1640 creemos que no llegaron á reunirse) fueron las de 1626, convocadas por cédula hecha en Barbastro el 16 de febrero de aquel año. — Archivo de la Corona de Aragon, Reg. 50.

de los ánimos; pero el de Olivares, que ni olvidaba agravios hechos á su persona, ni perdia ocasion de hacer sentir á los que una vez le ofendieran el peso de su indignacion y de su resentimiento, no cesó de irritar contra ellos al rey, representándole que con sus audaces quejas y con su decantado amor al sostenimiento de sus privilegios, mas que á su propia persona se proponian humillar la autoridad regia.

Quiso la mala fortuna que cuando en 1632 volvió el rey á Barcelona para dejar de lugarteniente al infante don Fernando, se renovára la antigua herida con ocasion de cierta desavenencia entre el conde-duque de Olivares y el almirante de Castilla sobre el modo de tratar á los catalanes, mostrándose naturalmente la nobleza y el pueblo en favor del almirante y en contra del favorito. Nada sufria éste menos que las ofensas hechas á su vanidad, así como tampoco nada incomodaba al pueblo catalan, varonil, laborioso y sóbrio, tanto como la vanidad y el lujo del duque y aun de toda la licenciosa córte de Castilla. Algunos vireyes, gobernadores y consejeros, y entre ellos podemos contar al protonotario de Aragon don Gerónimo de Villanueva (1), por adular al de Olivares fomentaban su encono contra los naturales del Principado, tratábanlos con dureza y despego, despachaban

(1) El mismo de quien dijimos en el cap. 4.° que se habia formado proceso en la célebre causa de las monjas de San Plácido de Madrid.

con lentitud sus negocios y los llevaban como á remolque, con lo cual se convertia en pronunciado desacuerdo y reojo la no mucha simpatía con que se habian mirado siempre catalanes y castellanos. Resistíanse ya en Cataluña las órdenes de la córte, y para hacérselas ejecutar era menester usar de la fuerza, y ocasion hubo en que se temió que por las calles de Barcelona corriera la sangre.

Con todo eso, cuando los franceses invadieron el Rosellon, guiados los catalanes del amor á la patria, y como dando al olvido antiguos agravios, hicieron espontáneamente aquellos heróicos esfuerzos y sacrificios que en otro lugar hemos apuntado. Ellos levantaron instantáneamente un cuerpo de ejército de mas de doce mil hombres costeados por el pais, con armas, equipo, municiones, artillería, carros y bueyes, y todo el tren de guerra, cubriendo con nuevas levas las bajas para tener siempre en pié un ejército. La diputacion y la ciudad de Barcelona, los conselleres, la nobleza, la lonja de mercaderes, los colegios y cofradías de oficios y artesanos, y á imitacion de la capital las demas ciudades y villas, todos compitieron y rivalizaron en celo patriótico y en mostrar fidelidad por el servicio del rey. El ardor y la decision con que trabajaron y pelearon en aquella guerra lo hemos visto tambien en el anterior capítulo. A ellos se debió la famosa derrota de los franceses, la recuperacion del castillo de Salces y la salvacion de Cataluña. El agra-



decimiento que les mostró la córte de Madrid se ve por las ásperas é inconsideradas órdenes que al virey conde de Santa Coloma trasmitia el ministro Olivares. «Si se puede salir bien de la empresa (le decia entre «otras cosas) sin violar los privilegios de la provincia, «deben respetarse; pero si de observarlos se ha de «retardar una hora sola el servicio del rey, el que «se empeña en sostenerlos se declara enemigo de «Dios, de su rey, de su sangre y de su patria. No su«fra V. E. que haya un solo hombre en la provincia «capaz de trabajar que no vaya al campo, ni ninguna «muger que no sirva para llevar sobre sus hombros «paja, heno, y todo lo necesario para la caballería y «ejército. En esto consiste la salud de todos. No es «tiempo de rogar, sino de mandar y hacerse obedecer. «Los catalanes son naturalmente ligeros; unas veces «quieren y otras no quieren. Hágales entender V. E. «que la salud del pueblo y del ejército debe preferir«se á todas las leyes y privilegios. Pondrá V. E. el «mayor cuidado en que la tropa esté bien alojada, y «que tenga buenas camas; y si no las hay, no debe «repararse en tomarlas de la gente mas principal de «la provincia, porque vale mas que ellos duerman en «el suelo que no que los soldados padezcan. Si faltan «gastadores para los trabajos del sitio, y los paisanos «no quieren ir á trabajar, oblíguelos V. E. por la «fuerza, llevándolos atados siendo necesario. No se «debe disimular la menor falta, por mas que griten

«contra V. E., aunque quieran apedrearle. Se debe «obligar á todo el mundo. Consiento que se me im- «pute á mí todo lo que se haga en esto, con tal que «nuestras armas queden con honor, y no seamos des- «preciados de los franceses.»

Y el rey le decia: «La provincia no puede cumplir «peor de lo que lo hace respecto de los auxilios que «debe dar. Esta falta nace de la impunidad. Si se hu- «biera castigado de muerte á algunos prófugos de la «provincia, no habria llegado á tanto la desercion. En «el caso que halleis en los funcionarios resistencia ó «tibieza en ejecutar mis órdenes, es mi intencion que «procedais contra los que no os ayuden en una ocasion «en que se trata de mi mayor servicio.... Haced pren- «der, si os parece, algunos de esos funcionarios. qui- «tadles la administracion de los caudales públicos, que «se emplearán en las necesidades del ejército, y con- «fiscadles los bienes á dos ó tres de los mas culpables, «á fin de aterrorizar la provincia. Bueno será que ha- «ya algun castigo ejemplar [1].»

Prueba dieron en esto, así el soberano como el ministro, de no conocer la índole de aquellos hombres. Pero aun anduvo mas desacertado el general marqués de los Balbases, cuando terminada la campaña del Rosellon y retiradas las tropas á invernar á Cataluña, dispuso que se alojáran en la provincia; y no

(1) Le Vassor, Historia de Felipe IV.

contento con esta violacion de sus privilegios, juntó los principales cabos, y entre otras instrucciones que les dió les dijo: «que la cosa se habia de disponer de ma-«nera que los soldados fuesen superiores y mas fuer-«tes que los habitantes de los pueblos donde estuvie-«sen, y que no se apartasen mucho de los cuarteles «para poderse dar la mano en cualquier aconteci-«miento.» Con esto, y con faltar las pagas á las tropas, como de ordinario acontecia, entregáronse los soldados á tomar por fuerza lo que necesitaban, como estaban acostumbrados á hacerlo en Italia y en Flandes. Las quejas de los paisanos eran oidas con indiferencia por el capitan general, que como estrangero y habituado á tratar con los flamencos, ni conocia la diferencia ni sabia hacer distincion de los unos y de los otros. Los catalanes, á quienes no intimidaban los soldados, y que no sin razon se tenian por tan valerosos como ellos, proveian por sí mismos al remedio y solian castigar por su mano la insolencia de la soldadesca. En rigor unos y otros tenian razon: los soldados sin pagas no hallaban otro medio que mantenerse á costa de sus patrones, si no habian de perecer de miseria, y los patrones, no protegidos por las autoridades, defendian su hacienda y vengaban los atrevimientos de los alojados. El marqués de los Balbases no encontró otra manera de evitar estos reciprocos insultos y el rey á propuesta suya la aprobó, que ordenar que cada pueblo sirviera con el socorro ordinario á las

tropas de su alojamiento, señalando lo que se habia de dar á los oficiales y soldados, con todo lo demas perteneciente al servicio. En vano la diputacion y las universidades representaron con decoro y con firmeza que ni las costumbres ni la pobreza del pueblo permitian que aquellas órdenes se ejecutasen. La respuesta de Espínola [1] fué que la carga así repartida era ligera; que no se hacia sino variar el nombre, llamando contribucion á lo que antes era servicio voluntario; que para eso gozaban de seguridad los labradores y artesanos en los campos y talleres, y que por último esta era la voluntad del soberano, y era preciso obedecer.

La respuesta del marqués exacerbó la ira de los naturales, al mismo tiempo que aumentó la insolencia de los soldados. Aquellos reclamaban sus privilegios, se indignaban de ver pagados sus servicios con insoportables vejaciones, y se mostraban resueltos á todo antes que consentir en ser tratados con tal ignominia. Estos robaban frutos y ganados, saqueaban las casas, insultaban á los patrones, atentaban al honor de las familias, aunque á veces pagaban estos escesos con la vida. Cataluña era teatro de execrables escándalos, y la desesperacion se apoderaba de todos. En tal estado dejó el mando del ejército el marqués de los

(1) El marqués de los Balbases, Felipe de Espínola, era hijo del famoso Ambrosio de Espínola, que tanta reputacion ganó como general de los ejércitos de Flandes.

Balbases para venir á Madrid. Quedaba el virey don Dalmau de Queralt, conde de Santa Coloma, que como natural del país, se creyó que aplacaria mas fácilmente los ánimos. Pero no era el de Santa Coloma hombre de luces ni de gobierno para circunstancias tan difíciles. Temiendo á la tropa y queriendo granjearse su estimacion, se hizo odioso al pueblo, que le acusaba de desnaturalizado y mal catalan. Creyendo remediar parte del mal, prohibió llevar las acusaciones á los tribunales, que estaban ya atestados de causas, y que éstas pasasen por manos de los abogados, y lo que hizo fué acabar de irritar á los naturales, que viéndose desprovistos de este medio de defensa, hicieron resonar de una á otra es remidad del Principado el grito de su indignacion. Declamábase ya hasta en los púlpitos contra las demasías de los soldados. Frecuentemente se cometian asesinatos de soldados y paisanos en los mismos alojamientos. Don Antonio Fluviá fué quemado dentro de su propio castillo por algunos del tercio de la caballería napolitana. Este hecho encendió los ánimos hasta un punto indecible. Un alguacil real llamado Monredon, que fué enviado al pueblo de Santa Coloma de Farnes, donde se suponia haberse cometido un desacato contra la tropa, comenzó por alojar en él el tercio de don Leonardo Móles, y por prorumpir en fieros y amenazas. Intimidados los habitantes, abandonaron muchos sus casas, y se refugiaron á la iglesia. Monredon mandó poner

fuego á las casas abandonadas, y á un vecino que se opuso á tan bárbaro mandamiento le disparó un pistoletazo. Trabóse con esto una sangrienta pelea, y el alguacil viéndose en peligro se acogió á una casa con ánimo de hacerse fuerte; siguiéronle los habitantes arrebatados de furor, prendieron fuego á la casa, y le abrasaron vivo dentro de ella.—Dos dias despues, como corriese la voz de que la vanguardia de los napolitanos quemaba la iglesia de Riu de Arens, donde los de la comarca habian depositado sus mejores alhajas, lanzáronse los moradores como fieras sobre mas de trescientos soldados, é hirieron á muchos arrollándolos á todos. Don Leonardo Móles reunió todo su tercio y entregó al saco y á las llamas la poblacion, la desenfrenada soldadesca robó los ornamentos y vasos del templo, arrojó al suelo las sagradas formas, y cometió todo género de profanaciones. Con esto, rebosando de ira los paisanos, y llamando á los soldados impíos, hereges y ateos, embistiéronlos con tal furia, que el mismo coronel tuvo que apresurarse á ganar la costa con su tercio para librarse de las garras de la plebe. Escenas semejantes ocurrian cada dia en los pueblos del Principado, y todo anunciaba una conflagracion general.

Santa Coloma daba conocimiento á la córte de todos estos desmanes y turbaciones, y proponia para evitar una rebelion sangrienta uno de dos medios; ó relevar á los habitantes de la carga de los alojamien-



tos y contribuciones, que tan mal toleraban, como contrarias una y otra á sus fueros y costumbres, ó aumentar el ejército del Principado de modo que pudiera dominar y sujetar el pueblo. Sospechoso le pareció á la córte este segundo remedio, como evidentemente imposible, y á ello contribuia con sus sugestiones el marqués de los Balbases, que estaba al lado del conde-duque. La conducta del primer ministro era la peor posible para mejorar aquel estado de cos s, por que se reducia á entretener al virey con respuestas generales, ambíguas ó vagas, y á prevenirle que castigára sin consideracion á los delincuentes. La del virey fué aun mas desacordada, Habiéndosele presentado dos conselleres de la ciudad, y ademas don Francisco de Tamarit como diputado de la nobleza, á esponerle los agravios que los habitantes del Principado padecian y á pedirle el remedio, á fin de que no sobreviniese una convulsion general, creyó Santa Coloma dar un golpe maestro y acreditar su energía reduciendo á prision al diputado Tamarit y á los dos magistrados, y dando disposiciones para que por los jueces apostólicos se procediera del mismo modo contra el diputado eclesiástico don Pablo Claris, canónigo de Urgel. El se persuadió de que con esto se llenar a el pueblo de terror y espanto; la córte aplaudió aquel rasgo de energía, y muchos daban ya por muertas las libertades catalanas [1].

(1) En el aviso que Santa Coloma daba al rey de la ejecucion de



Pero el efecto de estas providencias fué inflamar los ánimos de toda la provincia y enconar el odio con que ya miraban al virey, á quien hacian autor de todas las violencias. Por otra parte ya no era posible contener las riñas, los choques, las peleas entre el paisanage y la tropa; cualquier movimiento de los soldados se interpretaba que era dirigido contra la seguridad de algun pueblo; los habitantes los esperaban armados en las gargantas de los montes, y no podian moverse de un punto á otro sino en gruesas partidas: ¡porque desdichado del que encontráran descarriado y solo! A veces los agasajaban en las casas, y cuando estaban mas descuidados les clavaban el puñal en el corazon. Mirábanse con odio mortal: por todas partes andaban cuadrillas de foragidos; las autoridades no tenian ya fuerza para contenerlos; aquel estado era insoportable, y no habia quien no presintiera un estallido general: faltaba solo una ocasion, y no tardó esta en presentarse.

estas prisiones espresaba las causas que le habian movido á proceder de aquella manera, á saber: que en el consejo de los Ciento se habia tratado de prohibir en el carnaval las diversiones públicas, no obstante lo convenientes que eran para distraer los ánimos y entretener al pueblo, y como hubo quien propuso que todo el consejo vistiera de luto para demostrar la afliccion del Principado; lo cual habia sido promovido por aquellos dos magistrados, Juan de Vergos y Leonardo Serra, hombres turbulentos y acalorados defensores de los privilegios del pais: que el canónigo Clarís era tambien un hombre fanático por los fueros y capaz de excitar una sedicion general; otro tanto decia de Tamarit, y lisongeábase de que con esta medida nadie se atreveria á moverse. El rey le contestó agradeciendo su celo, y le ordenó que los colocára en ásperas prisiones hasta que el proceso se fallara, y que á Tamarit y Claris los pusiera incomunicados, con pena de la vida á todo el que les asistiera con dinero ó con alguna otra forma de auxilio.

Acostumbraban á bajar todos los años de las montañas á Barcelona por el mes de junio multitud de segadores en cuadrillas, gente por lo comun soez, disoluta y viciosa, temible en los pueblos en que entraba. Habian adelantado algunos este año su venida, que solia ser comunmente la víspera del Corpus. El virey hizo presente á la ciudad que no convendria la aglomeracion de tales gentes en tales circunstancias; pero los conselleres, que miraban las cosas de muy otra manera y tenian propósitos muy contrarios á los del virey, contestáronle que cerrar las puertas á aquellos hombres rústicos y sencillos, sería esponer la ciudad á mayor inquietud y turbacion, porque era mostrar una desconfianza que ofendería al pueblo. El virey no se atrevió á insistir. Entraron pues, y se juntaron en Barcelona la mañana del dia del Corpus (7 de junio, 1640) de dos á tres mil segadores, muchos de ellos ocultamente armados, que formando primeramente corrillos, discurriendo luego en grupos por calles y plazas, hablando sin disimulo del gobierno del virey, de la prision de los diputados y conselleres, y de los escesos de los soldados, y mirando con cierta mola á los castellanos que encontraban, daban bien á entender lo dispuestos que iban á mover tumulto. Cuando así están preparados los ánimos, una pequeña chispa basta para encender un voraz fuego. Así acontece siempre, y así aconteció ahora.

Un segador, hombre facineroso, que se habia es-

capado de manos de la justicia, fué visto por un criado de Monredon y reconocido como uno de los asesinos de su amo; quiso éste prenderle, y armóse entre los dos una refriega de que resultó herido el segador. Acudieron los otros en su auxilio; un tiro disparado al aire por la guardia del palacio del virey con objeto de dispersar el grupo, fué la señal del combate. A los gritos de *¡venganza! ¡libertad! ¡viva la fé! ¡viva el rey! ¡muera el mal gobierno de Felipe!* aquellos hombres desalmados se entregaron como fieras á todo género de escesos, hiriendo y matando á cuantos castellanos encontraban, y eran castellanos para ellos todos los que no eran catalanes [1]. La milicia que la ciudad habia armado ayudaba mas que contenia á los tumultuados. La casa del virey se vió pronto cercada por aquella gente feróz, provista de haces de leña y resuelta al parecer á incendiarla.

Los conselleres y diputados, que solo en apariencia y delante del conde veian con pesar el movimiento, aconsejábanle que salvara su persona en alguna de las galeras genovesas que se hallaban surtas en el muelle. Santa Coloma, despues de alguna vacilacion, y cuando se convenció de que no alcanzaba ya su autoridad á sosegar el pueblo, ni era obedecida, resol-

(1) De los sucesos del año 1640. —MS. de la Biblioteca Nacional de Madrid, H. 73.—Melo, Historia de los movimientos, separacion y guerra de Cataluña en tiempo de Felipe IV. lib. I.—En un MS. de aquel tiempo se dice que los tumultuados gritaban: *¡Visca la Santa Fé Católica! ¡Visca lo Rey! ¡Muyra lo mal gobern!*



vió seguir el consejo de los magistrados, y se dirigió á pié con su hijo hácia las galeras, en tanto que en la ciudad solo se oian alaridos y ruido de armas, que unas casas eran devoradas por el fuego, otras eran un campo de batalla entre segadores, vecinos y soldados, se arrancaba á los desgraciados castellanos de los monasterios y templos en que habian buscado asilo, y se los apuñalaba y arrastraba por las calles, cortando á algunos las cabezas y otras partes del cuerpo y jugando con ellas con horrible ludibrio.

El infeliz Santa Coloma llegó hasta la orilla del mar; su hijo logró ganar una de las galeras, mas como éstas sufrieran un vivo fuego que ya desde la ciudad les hacian, apresuráronse á alejarse del puerto dejando al virey en tierra. Lanzó el conde una mirada de dolor y desconsuelo á su querido hijo, derramó algunas lágrimas, y se encaminó á las peñas de San Beltran, camino de Monjuich. La pena, la congoja, el calor y el aturdimiento abatieron su ánimo, y cayó en el suelo como desmayado. Halláronle en tal estado algunos de los que le andaban buscando y persiguiendo, asestáronle cinco puñaladas en el pecho, y le quitaron la vida. Así murió el infeliz don Dalmau de Queralt, conde de Santa Coloma. Las casas de los ministros reales fueron todas saqueadas, y asesinados todos los criados del marqués de Villafranca, general de las galeras, que hacia pocos dias habia salido del puerto. Merece mencionarse un suceso ocurrido en el

saqueo de esta casa, que á la par que ridículo y chistoso, da la pauta de lo que era aquella gente ignorante y agreste. Entre las alhajas del marqués habia un reloj que tenia encima la figura de un mono, el cual al compás de las ruedas doblaba las manos y volvia los ojos. Aquellos hombres groseros dieron un grito de regocijo publicando que habian cogido al diablo en casa del marqués. Paseáronle alborozados por las calles en la punta de una lanza: ¡desgraciado del que se hubiera reido de aquella grotesca procesion! y por la tarde le llevaron á la Inquisicion, donde le dejaron muy contentos con la promesa que les hicieron los inquisidores de informarse del caso y castigarlo como era justo. Aquella ridícula ceremonia entretuvo buen rato al pueblo, y libró de algunas mas atrocidades que hubieran cometido. Escusado es decír qne uno de los primeros actos de los tumultuados fué sacar de las cárceles al diputado Tamarit y á los magistrados presos por el virey, aclamándolos con frenéticos aplausos. Tres dias duraron aquellas escenas de estrago y de muerte. Los conselleres ofrecieron por pregon el premio de seis mil escudos al que descubriera el asesino ó asesinos de Santa Coloma; mas ni se pudo averiguar, ni aun hubo quien quisiera ó se atreviera á dar indicio alguno. Fugados, escondidos ó asesinados todos los ministros reales, y sin autoridad que gobernára el pueblo, sacaron del convento de San Francisco al beguér y le invistieron de la jurisdiccion, en



cuya virtud se presentó en las casas de la ciudad con la vara alta en señal de mando.

Difundida por el Principado la noticia de los sucesos de Barcelona, todas las ciudades se apresuraron á imitar tan funesto ejemplo, especialmente aquellas en que habia tropas alojadas, teniéndose por mejores patricios los mas prontos y los mas audaces en cometer tropelías de aquel género. En Gerona, en Balaguer, en Lérida, en todas partes eran los castellanos perseguidos y asaltados. El gobernador de Tortosa, don Luis de Monsuar bayle general del Principado, que intentó hacerse fuerte en el castillo con la gente que mandaba, bisoña toda ella, no pudo lograrlo, porque el pueblo se echó sobre aquellos soldados que aun estaban sin armas y se apoderó de la fortaleza, haciendo pedazos al veedor don Pedro Velasco. El cabildo y los párrocos, para aplacar el tumulto, sacaron en procesion el Santísimo Sacramento. Los perseguidos se asian á las varas del palio, ó se cobijaban bajo las vestiduras sacerdotales, y así pudo salvarse Monsuar, principal objeto del furor de los amotinados.

Los tercios alojados en los pueblos del Ampurdan y la Selva se insolentaron á su vez y cometieron los mayores escesos con el paisanage. No se acobardaban tampoco los paisanos, á tal punto que don Juan de Arce que mandaba uno de los tercios, se vió apurado para defenderse de un grupo de tres mil que le

acometieron en un convento cerca de Olot donde se habia refugiado. Incorporado despues con otros tercios y formando ya un cuerpo de cuatro mil hombres, llegó de noche con ellos hasta las puertas de Gerona, donde no se atrevió á entrar, y tomó el camino de Blanes. Los paisanos esperaban á las tropas emboscados en los caminos, y las asaltaban cuando iban mas desprevenidas. Así destrozaron la caballería que mandaba don Fernando Cheriños. La que comandaba el italiano Filangieri se salvó entrándose de noche en el reino de Aragon. Los coroneles Móles y Arce, que con sus tercios se acercaron al Rosellon para estar mas seguros, permitieron á sus soldados saquear los pueblos por donde pasaban, y vengábanse de los ultrages que habian recibido consintiendo ó disimulando que su gente apuñalára ó ahorcára los paisanos que cogia. Con estó las armas del rey acababan de hacerse odiosas, y la irritacion del paisanage no conocia ya medida.

Cuando los sucesos de Barcelona se supieron en la córte (12 de junio), no hubo quien desconociera su gravedad y trascendencia. Sin embargo respecto al remedio sucedió lo que siempre: unos opinaban por el perdon y la indulgencia con los sediciosos si se arrepentian, otros optaban por la severidad, el rigor y los castigos fuertes, y los ministros del rey eran los que mas vacilaban. Por de contado se desestimó la embajada que los catalanes enviaron por medio de un

religioso carmelita, varon respetable por su virtud y su ciencia, fray Bernardino Manlleu, esponiendo las quejas del Principado, pidiendo que se le aliviára de la manutencion y alojamiento de las tropas, y ofreciendo que los catalanes defenderian por sí solos su provincia sin necesidad de tropas asalariadas, que podrian emplearse con utilidad en otras partes y en otros servicios. Esta propuesta fué desechada, suponiendo que envolvia la idea y el propósito de quedar del todo libres y resistir impúnemente los mandamientos reales.

No fué desacertada providencia la de nombrar virey de Cataluña al duque de Cardona don Enrique de Aragon, que sobre ser hombre de respeto por su linage y por sus prendas, era natural del pais y habia sido ya antes virey: así su eleccion no fué desagradable á los catalanes, y esto ya en situacion tan crítica y en circunstancias tan espinosas. Propúsose el de Cardona tranquilizar primeramente la capital, suponiendo que las ciudades y villas seguirian su bueno como habian seguido su mal ejemplo. Engañóse en esto el nuevo virey; porque sucedió que en las poblaciones subalternas los curas y frailes desde los púlpitos en acalorados sermones y so pretesto de celo por la religion y por la gloria de Dios, no cesaban de instigar y escitar al pueblo á que no permitiera la violacion de sus fueros y libertades, convirtiendo así la cátedra del Espíritu Santo en tribuna de revolucion.

Agregóse á esto que el obispo de Gerona, indignado de los escándalos cometidos por los soldados de los tercios de Arce y Móles, excomulgó aquellos regimientos tratándolos como hereges. Hecha así la causa popular causa de religion, ya no solo la gente inquieta y revoltosa sino hasta la mas pacífica y menos acalorada se creyó en el caso de vengar en las tropas reales la religion ultrajada; á tal punto que levantaron pendones negros en señal de tristeza, llevando en ellos pintada la imágen del Crucificado, con inscripciones y alegorías alusivas á los sucesos y á la situacion de Cataluña.

No fueron mejor acogidas en Perpiñan las tropas que en medio de mil trabajos y peligros lograron pasar al Rosellon con objeto de emprender allí la segunda campaña contra los franceses. Negóse la ciudad á darles ni alojamientos ni cuarteles, alegando sus privilegios y fueros. Inútiles fueron, primero las razones y despues las amenazas del general marqués de Xeli y del gobernador del castillo don Martin de los Arcos. Obstinados los habitantes, cerráronles las puertas y se presentaron á resistirles en el caso de ser acometidos. Desesperada la trop , asaltó la puerta llamada del Campo; los ciudadanos acudieron á las armas y se trabó una sangrienta pelea, que la oscuridad de la noche hizo mas horrible; el general mandó hacer fuego á la artillería del castillo, y en poco tiempo una tercera parte de la ciudad quedó derruida al fuego de

la bala rasa y bajo el peso de multitud de bombas; los soldados penetraron en el pueblo, y entre otros desmanes saquearon mas de mil y quinientas casas. Intimidados los naturales acordaron implorar la clemencia del general, haciendo al obispo subir al castillo, vestido de pontifical, llevando la sagrada custodia en la mano, y acompañado de todo el clero. Salióle á recibir el general con sus oficiales, y oidas las razones del prelado prometióle usar de misericordia con el pueblo. Mas como quiera que los soldados, orgullosos de su triunfo y apoderados de la ciudad, sin tener en cuenta la palabra y el compromiso de su gefe, comenzáran por insultar, escarnecer y atropellar á los ciudadanos, llegando su provocacion hasta plantar horcas en las calles, sin permitirles siquiera el desahogo de la queja, muchos huyeron de la poblacion á la montaña con sus familias, abandonando sus casas, talleres, obradores, tiendas y campos, en términos que la tropa sintió muy pronto la falta de todo lo necesario para la vida. Dióse entonces á saquear las aldeas y casas de campo, y los habitantes tuvieron que huir con sus hijos y mugeres á los montes, andando muchos de ellos errantes por entre bosques y breñas.

Con noticia de estos sucesos y de esta desolacion el duque de Cardona, restablecido algun tanto el sosiego en la capital del Principado, partió para Perpiñan acompañado de un diputado y de un conseller, resuelto á castigar severamente á los autores de tales

escesos. De no llevar ánimo de proceder con blandura dió pruebas el de Cardona llevando á la cárcel de los malhechores á los coroneles Móles y Arce, con muchos otros oficiales, en tanto que tomaba los informes correspondientes. Sin embargo, en el parte que dió al rey indicaba que con este acto de intimidacion y con un leve castigo creia que se iria restableciendo el respeto á la autoridad real y recobrándose el sosiego en aquellas perturbadas provincias. Pero esta indicacion, aunque fundada en los escesos que de las informaciones resultaban, no gustó á la córte ni menos al conde-duque de Olivares, que en su cólera contra los catalanes y en su deseo de venganza, creyendo por otra parte tenerlos ya humillados, no queria oir ni sufrir la idea de castigar á los que los oprimian; y así *le* escribió de órden del rey que no procediese contra los presos, y que no los castigara en manera alguna sin consultar á la junta que se mandó formar en Aragon para entender en estos negocios. Esta respuesta, que equivalia á una desaprobacion de la conducta del virey, apesadumbró tanto al de Cardona que apoderándose de él una calentura le llevó en pocos dias al sepulcro. Con su vida se acabó tambien el freno que contenia á los catalanes, y por todas partes se reprodujeron las inquietudes y los disturbios, causado todo por el orgullo de un ministro vengativo y desatentado.

De todo culpaban, y no sin razon, los catalanes al conde-duque, que de tal manera dominaba al rey,

que ni oia sino por sus oidos, ni veia sino por sus ojos, ni sabia sino lo que él queria que supiese. Una comision respetable de la ciudad de Barcelona y de los tres estamentos del Principado que se dirigió á Madrid á implorar la clemencia real, fué mandada detener por el ministro en Alcalá de Henares. Escribieron á los otros ministros, al príncipe, á la reina, á cuantos podian hacer llegar sus clamores al monarca. Pretendíase de parte del rey, ó mas bien del conde-duque, que buscáran la intercesion del papa y de otros príncipes, y se exigia de ellos otras humillaciones, incompatibles con el carácter catalán. Por último, viendo los catalanes que no lograban hacer oir su voz por los medios que habian empleado publicaron un escrito titulado: *Proclamacion católica* (1), en que se espresaban los

(1) El escrito se titulaba: *Proclamacion católica á la Magestad piadosa de Felipe el Grande, Rey de las Españas y Emperador de las Indias*, hecha por los conselleres y Consejo de Ciento de la ciudad de Barcelona. Hablando en este documento de las causas de los desórdenes decian: «Todos convienen en que lo son el conde-duque y el protonotario de V. M. don Gerónimo de Villanueva, que poco afectos á los catalanes, se han declarado contra el Principado, por ver que en todos los negocios han acudido á V. M. inmediatamente, sin sujetarse á su disposicion; y conociéndose poco cortejados de los catalanes, por varias diligencias de trabajos y opresiones maquinadas, han procurado hacer evidencia de que ellos son los que mandan las dichas y las desdichas de los vasallos de V. M. con el favor y puesto que tienen: pero los catalanes siempre están en que les serán mas sabrosos los trabajos, y mas dulce la muerte por mano de V. M. que de las suyas las dichas y la vida; porque solo á V. M. han jurado los catalanes por señor y han prometido fidelidad....

«Mande V. M. (proseguian) volver á sus quicios y á su curso ordinario los consejos supremos, desterrando las juntas particulares, que como consultas de muchos médicos difieren las curas de los daños de la monarquía, y se estragan las mas convenientes resoluciones........—Mande V. M., para la paz y sosiego de Cataluña, que en primer lugar sean castigados los cabos y soldados que se hallaren culpados en los incendios, sacrilegios de las iglesias, y

graves motivos de su resentimiento y de sus quejas, los agravios que habia recibido el Principado, y que habian dado ocasion á aquellos levantamientos y turbaciones, acusando al conde-duque y al protonotario de Aragon como los autores de su ruina, cargos que estos dos personages se esforzaron por desvanecer, pero sin que lográran llevar á los ánimos el convencimiento.

Ocurrencia fué de las mas desventuradas que ha podido concebir un gobierno, nombrar virey de Cataluña en tal situacion en reemplazo del duque de Cardona á un prelado de la Iglesia, hombre docto, sí, templado y pacífico, pero anciano ya, y falto de resolucion y energía; escelente para llenar sus deberes apostólicos, pero inútil para un cargo civil tan dificil

«sagrarios, donde estaba reservado
«el Santísimo Sacramento del altar,
«juntamente con sus cómplices;
«porque en primer lugar tenga
«V. M. á Dios propicio, y queden
«satisfechas las quejas que católi-
«camente forman la piedad y fé de
«los catalanes..... —Mande V. M.
«que la guarnicion de los presidios
«se disponga en conformidad de lo
«que ordenan las constituciones, y
«que salgan los soldados del Prin-
«cipado; porque los que sobran á
«este intento no se ocupan sino en
«insolencias, enormidades y sacri-
«legios; y es esto con tanto rigor
«que son mas bien tratados los ca-
«talanes de Opol y Ta taull por los
«soldados franceses que los de
«Perpiñan y Rosellon por los de
«V. M.......—Mande V. M. que las
«tropas que desde Aragon y Valen-
«cia amenazan á Cataluña a saco y
«pillage, a fuego y á sangre, se re-
«tiren; porque con estas amenazas
«se desasosiegan los naturales.......
«—Mande V. M. proveer las plazas
«de ministros vacantes, y las de
«aque los que por aborrecidos del
«mal ejercicio que han tenido en
«la justicia han de suscitar las
«mismass quejas: y procure V. M.
«que se despache el breve de irre-
«gularidad para el lugarteniente
«de V. M.: medios eficacísimos
«para la paz total de esta provin-
«cia, como á V. M. ha mucho tiem-
«po que se representa y suplica.
«Y pues todo lo que se suplica á
«V. M. es licito, útil, honesto y
«necesario al servicio de Dios y de
«V. M... debe ser concedido; por-
«que en su dilacion podria quedar
«V. M. muy deservido y perjudi-
«cado.»

en aquel país y en aquellas circunstancias, que tal era el obispo de Barcelona don García Gil Manrique. El gobierno creía que el obispo con su autoridad templaria un poco la furia de los catalanes; los catalanes que querian la paz conocieron que era imposible que la restableciera un hombre falto de nervio por su edad y su carácter para castigar á los revoltosos, y los revoltosos comprendieron que no era hombre que pudiera irles á la mano; hiciéronse con esto mas audaces, pusiéronlo todo en confusion, apoderóse el terror de los jueces y magistrados, todo era violencia y no habia quien se atreviera á administrar justicia.

Admitidos al fin y recibidos en audiencia los comisionados representantes del Principado, para quitarles este motivo de queja, espusieron y pidieron de palabra lo que tantas veces por escrito habian espuesto y pedido. El ministro les respondió, que el rey estaba dispuesto á recibirlos con la benignidad de un padre siempre que ellos dieran pruebas de arrepentimiento. Cuando esto decia el favorito, resuelto estaba ya á emplear l fuerza contra Cataluña y á llevar allá la guerra. Mas para cohonestar esta resolucion reunió una junta de ministros, consejeros y magistrados, de las que él acostumbraba, aparentemente en son de consulta, pero en realidad preparado todo de manera que no pudiera menos de acordarse lo que él tenia pensado. Así pudo comprenderse desde luego por un papel que hizo leer al protonotario, titulado:

Justificacion real y descargo de la conciencia del rey. Así fué que aunque no faltó quien con razones de gran peso abogára por la templanza y contra el sistema de la guerra, como el conde de Oñate don Iñigo Velez de Guevara, hombre de muchas luces y esperiencia (1), hallaron mas eco en la junta las palabras del cardenal don Gaspar de Borja, presidente del consejo de Aragon, no muy adecuadas por cierto á la mansedumbre que debia esperarse de su alta y sagrada dignidad, puesto que entre otras cosas decia: *Así como el incendio no se puede apagar sino con mucha agua, el fuego de la infidelidad y de la rebelion no se puede estinguir sino con rios de sangre.* El ministro apoyó el discurso del cardenal presidente, y la guerra quedó acordada en la junta, resolviéndose que

(1) «Siendo la nacion catalana (decia entre otras cosas el de Oñate) de un genio airado y vengativo, temo los efectos de la ira, y que se precipite fácilmente en el abismo haciendo derramar lágrimas de sangre á toda España......... ¿Quién sabe si los catalanes amenazados con el castigo no se arrojarán á los piés del mayor émulo del rey? Yo creo que es mas fácil pasar de la sedicion á la rebeldía que de la tranquilidad á la sedicion: la mano diestra del ginete doma el caballo feroz y desbocado, no la aguda espuela que se le aplica..... ¿Llora Cataluña? decia mas adelante, no la desesperemos. ¿Gimen los catalanes? oigámoslos..... Salga el rey de su córte: acuda á los que le llaman y le han menester: ponga su autoridad y su persona en medio de los que le aman y le temen, y luego le amarán todos sin dejar de temerle ninguno. Infórmese y castigue, consuele y reprenda. Buen ejemplo hallará en su augusto bisabuelo, cuando por moderar la inquietud de Flandes..... pasó á los Paises, y acompañado de su solo valor entró en Gante, amotinado y furioso, y lo redujo á obediencia sin otra fuerza que su vista. Salga S. M., vuelvo á decir, llegue á Aragon, pise Cataluña, muéstrese á sus vasallos, satisfágalos, mírelos y consuélelos, que mas acaban y mas felizmente triunfan los ojos del príncipe que los mas poderosos ejércitos.» Melo, Historia de los movimientos, separacion y guerra de Cataluña, libro II.

debia partir allá el rey so pretesto de celebrar córtes generales á la corona de Aragon, pero llevando delante para hacerse obedecer un ejército numeroso, compuesto de todas las tropas y de todas las armas que habia diseminadas en todas las provincias de la península.

Tomado por la junta este peligroso acuerdo, tratóse del nombramiento de general en gefe, y desechados unos por inconvenientes personales, otros por envidia del conde-duque, recayó la eleccion en el marqués de los Velez don Pedro Fajardo, hombre de mejor deseo y de mas confianza en sí mismo, que de aptitud y de esperiencia para el caso. Diéronsele entre otros títulos, para que fuera mas condecorado, el de virey de Aragon, capitan general del ejército, y general del mar de Flandes. Se mandó que todas las galeras se acercáran á la costa de Cataluña, se señaló á Zaragoza por plaza de armas del ejército de tierra, y se hizo llamamiento á todas las tropas de Castilla, de Galicia, de Portugal, de Andalucía, de Aragon y de Mallorca.

Mas no habian estado entretanto ociosos los catalanes. Viéndose amenazados de guerra, se prepararon á resistirla. Barcelona se proveyó de armas y municiones, y armó compañías á presencia del obispo-virey, y la diputacion convocó á córtes á los prelados, grandes, magistrados y barones del principado para tratar de los medios de defensa. Juntáronse pues, y se pa-

saron dias en pronunciar los acalorados discursos que en casos tales inspiran siempre la ira y la desesperacion. Con mucha dignidad y mesura, con gran elocuencia, y con copia de robustas razones habló en favor de la paz el obispo de Urgél. Mas como en tales asambleas es por lo comun mejor escuchado el que habla con mas calor y halaga mas las pasiones populares, hízoles mas sensacion el vehemente discurso que alentándolos á la guerra pronunció despues el canónigo de aquella misma iglesia don Pablo Claris, enemigo del obispo, ambicioso, turbulento, fanático por la libertad, y el mismo que antes habia sido preso por el conde de Santa Coloma y libertado despues por el pueblo [1]. Todos pues se adhirieron con aplauso á la opinion del canónigo Claris, y se resolvió la resistencia armada. En su virtud se señalaron las plazas de armas, se hicieron alistamientos, se nombraron oficiales, se invocó el auxilio de los aragoneses como sus

(1) Despues de consagrar la primera parte de su discurso á desacreditar al prelado y desvirtuar sus palabras, decia entre otras cosas el acalorado canónigo: «Decidme, si es verdad que en toda España son comunes las fatigas de este imperio, ¿cómo dudaremos que tambien sea comun el desplacer de todas sus provincias? Una debe ser la primera que se queje, y una la primitiva que rompa los lazos de la esclavitud: á esta seguirán las mas: ¡oh! no os escuseis vosotros de la gloria de comenzar primero. Vizcaya y Portugal ya os han hecho señas..... Aragon, Valencia y Navarra bien es verdad que disimulan las voces, mas no los suspiros; lloran tácitamente su ruina, y ¿quién duda que cuando parece están mas humildes, están mas cerca de la desesperacion? Castilla, soberbia y miserable, no logra un pequeño triunfo sin largas opresiones; preguntad á sus moradores si viven envidiosos de la accion que tenemos á nuestra libertad y defensa..... ¿Dudais del amparo de Francia, siendo cosa indudable? Decid de qué parte considerais la duda, etc.» Melo, Historia de los movimientos, etc. lib. III.

natur les hermanos, y lo que fué peor, y aun atendida su desesperacion no se podrá nunca disculpar, entablaron negociaciones para obtener la proteccion y el amparo del rey de Francia, que era lo que con mucha prevision habia pronosticado en la junta de Madrid el conde de Oñate.

Grandemente le vino á Richelieu, que á la sazon se hallaba en Amiens, y no desaprovechó la buena ocasion que se le presentaba de vengarse del monarca español, segregándole una de las mas importantes provincias. Recibió con mucho agasajo al enviado de Cataluña, Francisco Vilaplana, y sin entrar en los pormenores y circunstancias de la manera como el astuto cardenal supo continuar estas negociaciones con el monarca francés y con los embajadores catalanes, y del modo como disculpaba que el soberano de una gran nacion se declarára protector de los rebeldes y sediciosos de otra, baste decir que dieron por resultado el ofrecimiento por parte del rey cristianísimo, de dos mil caballos y seis mil infantes pagados por la generalidad de Cataluña, con los oficiales y cabos que le pidiesen, mediante tres personas por cada uno de los tres brazos que Cataluña le daria en rehenes, y no pudiendo los catalanes hacer paces con su rey sin la intervencion y el consentimiento de el de Francia.

De este estado de cosas ya no podian augurarse sino calamidades para España. El conde-duque de Olivares las hizo mayores, mostrándose tan desacertado

en el uso y empleo de la fuerza como lo habia estado en el de la política. Dióse órden á todos los capitanes y gobernadores de las plazas para que estuviesen prontos á obrar. El marqués de los Velez escribió desde Zaragoza á la ciudad de Barcelona, manifestando su grande amor á los catalanes, y diciendo que su ejército iria solo á restablecer la paz y la justicia de que tenian privado al país los sediciosos; que no molestaria ni hostilizaria á los habitantes leales, ni castigaria sino á los rebeldes. La diputacion le contestó que estaba resuelta á no admitirle ni con ejército ni sin él. Mucho alentó sin embargo al de los Velez y á los castellanos la entrada de las tropas en Tortosa por industria y arte de don Luis de Monsuar, gobernador que habia sido de la plaza, y cuya recuperacion habia negociado con los naturales, entre los cuales tenia parientes y amigos. La posesion de esta plaza facilitaba el paso del Ebro al ejército del rey. Los sediciosos de ella fueron á los pocos dias condenados á muerte. Mas pronto sobrevinieron contratiempos que neutralizaron bien aquella ventaja.

Mandaba las armas en el Rosellon don Juan de Garay, hombre que habia llegado á aquel puesto pasando por todos los grados de la milicia, y por lo tanto gozaba la reputacion de activo y hábil en el arte de la guerra. El 23 de setiembre (1640) salió Garay de Perpiñan con una buena division resuelto á castigar á los de Illa, que andaban en tratos con los franceses.



Acompañábanle los obispos de Urgel y de Elna. Defendiéronse los paisanos de la villa con tal heroismo, que á pesar de no estar defendida sino por unas tapias y una torre vieja que fueron destruidas á los primeros cañonazos, fueron rechazados los soldados de Garay al asaltarla con pérdida de doscientos hombres y siete capitanes. Hizo venir Garay mas artillería de Perpiñan y puso el sitio en toda forma. Al segundo asalto anduvieron nuestros soldados tan flojos, que por mas que Garay los alentaba marchando delante con una pica, tuvo que ordenar la retirada. Acercóse en esto un cuerpo de franceses mandado por el mariscal de Schomberg y por Mr. d'Espenan (29 de setiembre), y consiguieron ademas hacer entrar en la villa doscientos catalanes. Con este refuerzo ya no se atrevieron los nuestros á atacarlos, lo cual llenó de orgullo á los catalanes, proclamando que si un gefe como Garay habia sido vencido por meros paisanos en una villa tan mal fortificada, bien podian ya batirse sin miedo con las tropas mas aguerridas del rey; Garay se limitó á guarnecer de artillería las plazas, á lo cual se debió que no se perdieran de pronto.

Los ministros del rey, que ni acertaban á ser fuertes, ni sabian la manera de ser templados, discurrieron varios medios, en la ocasion mas inoportuna, estando reciente la declaracion de guerra, para traer á concierto á los catalanes. Valiéronse primero del nuncio de Su Santidad para que viera de exhortar á los

eclesiásticos que en el confesonario, en el púlpito y en las conversaciones no cesaban de escitar á los revoltosos animándolos á la defensa de sus fueros. El nuncio, vencidos no pocos reparos y dificultades, se decidió á escribir al clero, á llamar al canónigo Claris, y á llegarse hasta Lérida; pero enviáronle á decir que no pasára de aquella ciudad, y que de allí podia remitir las cartas. Este desaire fué el término bochornoso que tuvo aquella mediacion, y que vino á justificar la repugnancia con que habia procedido el legado del papa. No fué mas feliz el conde-duque en la propuesta que despues hizo á la diputacion de Barcelona, ofreciendo á nombre del rey que sacaria las tropas de la provincia, con tal que consintiera en dejarle fabricar dos fortalezas, una en Monjuich y otra en la casa de la Inquisicion. Los barceloneses, que comprendian demasiado que esto equivalia á sujetar la ciudad á su dominacion le dieron por toda respuesta una áspera negativa. Otro arbitrio que discurrió luego el conde-duque, que fué enviar á Barcelona á don Pedro de Aragon, marqués de Povar, hijo segundo del de Cardona, so pretesto de asistir á las córtes, pero con la mision secreta de negociar una transaccion, tuvo todavía peor éxito. Comenzaron los catalanes á mirar al marqués con recelo, á observarle despues como sospechoso, y concluyeron por encerrarle en una prision, so color de librarle de la furia del pueblo.

Trabajaba por su parte el marqués de los Velez en



Zaragoza, ya por separar la causa de Aragon de la de Cataluña, porque temia que los aragoneses entráran tambien en tentacion de reclamar sus fueros, en cuyo caso la causa del rey era perdida, ya para que ellos mismos sirvieran de medianeros para con los catalanes. Y esto lo consiguió, enviando la ciudad uno de sus principales caballeros á Barcelona, el cual fué muy bien recibido y entró en amistosas conferencias y tratos con los catalanes, no obstante hallarse éstos resentidos de haberles faltado Aragon á la ayuda y socorro que le habian demandado. Mas como quiera que aquellos pusieran por condicion precisa para cualquier acomodamiento que el rey mandára cesar la guerra del Rosellon y sacára las tropas del Principado, volvióse don Antonio Francés, que era el comisionado, á Zaragoza, con el convencimiento de que no habia mas medio de reduccion que la fuerza.

Dióse pues órden al de los Velez para que dividiendo el ejército en tres cuerpos penetrára en Cataluña, con el uno por el llano de Urgel, con el otro por Tortosa, que allanaudo los lugares del campo de Tarragona se acercára á Barcelona, y que el tercero que era el mas escogido y le habia de mandar en persona el mismo rey, se quedára en la frontera para entrar y acudir cuando y donde conviniese; y se mandó al mismo tiempo á Garay que con la tropa del Rosellon se pusiera en marcha á Barcelona para atacar en combinacion la ciudad. Proponia Garay, como mas prác-

tico, que atravesára el ejército la Cataluña hasta el Rosellon con el objeto de impedir el socorro de Francia, y este plan hubiera sido el mas acertado, pero no se siguió, y se ordenó á Garay que embarcándose con la gente que pudiese viniera á unirse con el ejército que marchaba hácia Tarragona.

Inspiraba poca confianza en la córte el marqués de los Velez para una empresa de tanta importancia, y deseando reemplazarle con otro general de mas talento y esperiencia, cada cual proponia el que era de su particular aficion, designando unos al de los Balbases, otros al de Monterey, otros al almirante de Castilla; y entretanto pasábase el tiempo sin hacer nada, y dábanse al de los Velez las órdenes mas diversas y contradictorias, poniéndole en no poca confusion y conflictos, sin atinar con lo que habia de hacer, ni saber como habia de acertar. Por otra parte los aragoneses iban de mala gana á la guerra, y menos dispuestos á hostilizar que á favorecer en secreto á los catalanes. Los soldados se iban desertando, y el ejército se halló menguado en una tercera parte. A su ejemplo los quintos de Castilla se volvian tambien á sus casas: atribuíase á falta de vigilancia de los gefes, y fué preciso enviar á Alcañiz al marqués de Torrecusa Cárlos Caracciolo, para que castigára á los desertores con todo el rigor de la ordenanza militar y viese de contener por todos los medios la desercion.

Habian tomado los catalanes ya sus disposiciones



para resistir á los ejércitos del re , hecho levas formado tercios, nombrado cabos, y enviado comisionados especiales, entre ellos el conseller en Cap, para tomar algunos puntos, y principalmente el Coll de Portús, y el Coll de Balaguer, con el objeto de impedir por una parte la union de las tropas del Rosellon con las de Castilla, de interceptar por otra la marcha de los castellanos.

El marqués de los Velez salió de Zaragoza el 8 de octubre, dirigiéndose á Alcañiz, donde recibió el nombramiento de virey y capitan general de Cataluña, reemplazándole en Aragon el duque de Nochera. Fué menester prorogar las córtes convocadas para aquella ciudad, porque el rey no pensaba todavía ir á celebrarlas, ó por mejor decir, las habia convocado con el fin de entretener los ánimos de los valencianos y aragoneses, y cuando se vió que estos mostraban ya alguna impaciencia por su tardanza, se tomaron ciertas disposiciones para aparentar la proximidad de la ida del monarca, pero que revelaban por su lentitud poca ó ninguna resolucion de cumplirlo. El marqués, pasada revista general á las tropas, puso en movimiento el ejército, enviando cada tercio á su respectivo destino, y él se encaminó con el mas grueso á Tortosa. Los catalanes, que estaban en gran número del otro lado del Ebro con ánimo al parecer de disputarle el paso del rio, comenzaron á provocar á los soldados con injurias y con denuestos soeces á su rey y

á su gobierno. Irritada con esto la soldadesca, una parte de ella pasó el rio sin que pudieran impedirlo los oficiales, entró en los pueblos, robó é incendió casas, mató y degolló gentes, hasta que acudieron los oficiales y les hicieron volver á sus puestos. A los pocos dias entró el virey marqués de los Velez en Tortosa con gran pompa y aparato, acompañado de lo mas lucido de todo el ejército.

Habia el de los Velez de prestar en Tortosa el juramento acostumbrado de guardar los fueros y privilegios del país, sin cuya formalidad no podian los vireyes, segun las leyes del Principado, ejercer su autoridad. Aunque se llamó por edictos á todos los procuradores y síndicos de las villas y ciudades, solo asistieron por temor los de los lugares inmediatos, y ante éstos, y ante el bayle general y el magistrado de la ciudad prestó el marqués su juramento en manos del obispo de Urgél. Entráronle luego escrúpulos sobre la contradiccion que habia entre lo que habia jurado y la mision que llevaba. Pero sacóle su confesor del embarazo, diciéndole que bien podia jurar guardar á los catalanes sus privilegios, entendiéndose mientras fuesen obedientes á su soberano; que si ellos no cumplian esta condicion quedaba libre del juramento, con lo cual se tranquilizó la conciencia del marqués. Mas los catalanes no dejaron de proclamar que aquel acto era nulo; y considerándole la diputacion como un insulto y una nueva violacion de sus fueros, declaró que los

que obedecieran al virey serian mirados como estrangeros y enemigos, incapaces de todo cargo y empleo en guerra y en paz. Y para persuadir al pueblo de que su causa era la de Dios, mandó hacer rogativas públic s y procesiones solemnes en todo el Principado, en desagravio, decia, de los insultos hechos á la religion y al Señor Sacramentado por los ministros y soldados del rey de Castilla.

Llegó ya el caso de hacer su oficio las armas; y comenzó la guerra por una salida del gobernador de Tortosa, don Fernando Tejada, que dió por fruto arrojar los catalanes de las inmediaciones de Cherta, apoderarse de esta villa, sita en un hermoso terreno en la ribera del Ebro, saquearla los soldados, y entregar la mayor parte de ella á las llamas.

Corrió don Fernando la tierra, dispersándose con frecuencia sus tropas para robar, dejó en Cherta quinientos walones de guarnicion, y volvióse á Tortosa. Los walones fueron un dia sorprendidos en la villa por una compañía de miqueletes, mas luego que aquellos se repusieron trabóse una reñida pelea en que perecieron muchos catalanes. Esto y una espedicion de don Diego Guardiola con el regimiento de la Mancha y algunas otras compañías, con cuya fuerza entró sin resistencia en Tivenys, unido á un edicto de perdon que publicó el marqués de los Velez para los que voluntariamente abandonáran la rebelion y se sometieran al rey, redujo á la obediencia los pueblos de la

comarca de Tortosa, sin que sirviera á los catalanes ofrecer á su vez indulto á los que desertáran de las banderas reales, y se retiráran á su país, ó quisieran servir á su república.

Componíase el ejército del marqués de veinte y tres mil infantes, castellanos y aragoneses, con algunos regimientos irlandeses, portugueses, italianos y walones: de tres mil caballos, mandados por don Alvaro de Quiñones, el duque de San Jorge y Filangieri; de veinte y cuatro piezas de artillería, con doscientos cincuentas oficiales del arma, ochocientos carros y dos mil mulas de tiro. Con este ejército se puso en marcha el 7 de diciembre, camino real del Coll. Ocupaban los catalanes á Perelló, pequeño lugar, pero en posicion muy fuerte á la mitad del camino. La gente era colecticia y no acostumbrada todavía á las armas, y así cuando vieron alojarse tanta tropa en derredor del pueblo cayeron de ánimo muchos; la resistencia fué de solo un dia; al siguiente hizo su entrada el marqués en Perelló; quemaron los soldados algunas casas, quedó guarneciendo el pueblo don Pedro de la Barreda con alguna gente, y el ejército continuó su marcha hácia el Coll de Balaguer, por un camino falto de aguas, y en que solo se encontraba tal cual laguna casi enjuta y algunos charcos encenagados. En ellos apagaban los soldados la sed: no faltó quien propusiera envenenar aquellos lagos, pensamiento que sentimos le ocurriera á ningun español,

cuanto mas al conde de Zaballá, gobernador de las armas catalanas en aquella frontera, que lo propuso al que mandaba en el Coll [1].

Tenian los catalanes toda su confianza en la defensa del Coll, no solo por su natural fortaleza, como situado entre montes, valles y precipicios, sino tambien por las cavas, reductos y trincheras que habian hecho defendidas con alguna artillería. Creíanse pues allí inespugnables, y figurábanse que no habia fuerzas bastantes para desalojarlos de aquellas asperezas. Mas luego que vieron una parte del ejército real trepar denodadamente por las alturas, y cuando sintieron los certeros tiros de la artillería de Torrecusa, y ponerse luego en movimiento toda la vanguardia, bisoños como eran todavía los paisanos que formaban aquella guarnicion, apenas hicieron media hora de fuego con sus cañones, arrojaron las armas, y huyeron abandonando las fortificaciones, que ocupó la tropa castellana, á quien vinieron bien los víveres y municiones que en ellas habia. Acometidos despues los catalanes en sus cuarteles, refugiáronse á los montes, desde los cuales hacian fuego y arrojaban proyectiles á los castellanos. Tomado el Coll, avanzó el de los Velez con el grueso del ejército á reunirse con la vanguardia, y ordenó á Torrecusa que bajase al campo de Tarragona. Hízolo así, y apoderóse del Hospitalet, donde

(1) Melo, Historia de los movimientos, separacion y guerra de Cataluña, lib. IV.

habia estado alojado el conde de Zaballá, entre cuyos papeles halló noticias sumamente útiles acerca de las disposiciones de los enemigos, y por ellos supo tambien que la diputacion no estaba segura de la fidelidad de Tarragona, porque habia en la ciudad muchas personas afectas á la causa del rey.

Barcelona, con noticia de lo acaecido en el Coll y en el Hospitalet, túvose por perdida si pronto no recibia socorros de Francia, y así despachó correos á Mr. d'Espenan rogándole no dilatase un momento su venida. Así lo cumplió el general francés, poniéndose inmediatamente en movimiento con tres regimientos de infantería y mil caballos. Recibióle la ciudad con júbilo, alentáronse sus moradores, y de la gente de los gremios y cofradías se formó un tercio que se llamó de Santa Eulalia, y cuyo mando se dió al tercer conseller Pedro Juan Rosell. Pasó Espenan desde allí á Tarragona, de donde habian huido los naturales, atemorizados con las derrotas del Coll y del Hospitalet: sin embargo encerróse allí el general francés con su tropa y con algunas milicias del país que precipitadamente pudieron recogerse.

Dirigióse el marqués de los Velez á atacar á Cambrils, pequeña villa en la costa del mar, defendida solo por unas viejas murallas, donde le dijeron haberse recogido los catalanes con objeto de estorbar la marcha del ejército real, por lo menos hasta dar tiempo á la diputacion para hacer sus levas y poner en es-



tado de defensa las demas ciudades. La que hicieron los de Cambrils, aunque gente colecticia, sin gefes ni plan, sin regularidad y sin órden, fué admirable, y dió que hacer á todo el ejército, que se vió en el mayor apuro por falta de provisiones. En uno de los ataques fué herido el marqués de los Velez, y tuviéronle todos por muerto al verle caer en tierra con su caballo. Pero reanimáronse pronto cuando le vieron levantarse y montar otro caballo con semblante sereno. Hubo muchos combates, y mediaron muchos tratos y negociaciones con los de la villa como si fuese una plaza fuerte, y al fin se rindió por capitulacion, si bien como gente poco práctica en estas formalidades, ni hicieron escritura ni otra ceremonia alguna, sino prometer de palabra que se entregarian al marqués de los Velez, esperando que los trataria con clemencia y con benignidad.

Al salir de la villa los vencidos sucedió una horrorosa tragedia. Abusando los soldados de su posicion, se empeñaban en desbalijar aquellos infelices. Sufríanlo unos, resistíanlo de la manera que podian otros. Uno de ellos, al querer un soldado arrebatarle la capa gascona que llevaba encima, dió una cuchillada al atrevido robador; sacaron las espadas los compañeros de éste para castigar al catalan: al ver aquella actitud de la tropa huyeron los demas despavoridos; dióse el grito de ¡traicion! y á este grito sucedió el desórden mas espantoso, y al desórden una horrible ma-

tanza, en que se degollaban unos á otros sin saber por qué. Hé aquí las vigorosas frases con que el elocuente historiador de aquella guerra describe esta catástrofe: «Todos (dice) gritaban traicion, cada uno la esperaba contra sí, y no fiaba de otro, ni se le acercaba sino cautelosamente: no se oian sino quejas, voces y llantos de los que sin razon se veian despedazar; no se miraban sino cabezas partidas, brazos rotos, entrañas palpitantes; todo el suelo era sangre, todo el aire clamores, lo que se escuchaba ruido, lo que se advertia confusion: la lástima andaba mezclada con el furor, todos mataban, todos se compadecian, ninguno sabia detenerse. Acudieron los cabos y oficiales al remedio, y unque prontamente para la obligacion, ya tan tarde para el daño, que yacian degollados en poco espacio de campaña casi en un instante mas de setecientos hombres, dándoles un miserable espectáculo á los ojos [1].»

No correspondió tampoco el marqués á las esperanzas de los vencidos, ni de benigno é indulgente se acreditó en aquella ocasion; puesto que aquella misma tarde, mandado formar proceso al bayle, á los jurados y á los capitanes Rocafort, Vilosa y Metrola, sin hacerles cargos ni permitirles defensa se los condenó á muerte. La ejecucion se hizo de noche y en secreto, y á la mañana siguiente amanecieron colgados en las al-

(1) Melo, Historia de los movimientos, etc., cap. IV. núm 80.



menas, con todas sus insignias militares y civiles. Catalanes y castellanos, paisanos y ejército, á todos causó enojo é indignacion el suplicio de aquellos infelices. Todos vieron en esta ocasion una crueldad inmerecida y una violacion del tratado. Los hombres conocedores del carácter de los catalanes discurrieron que semejante inhumanidad, empleada con unos hombres que al fin habian capitulado despues de una defensa heróica contra todo un ejército, lejos de contribuir á terminar la guerra, como á algunos les parecia, habia de excitar el furor y la desesperacion de sus compatricios, y que la sangre vertida en Cambrils habia de costar arroyos de sangre castellana.

Aunque estaba tan cerca de Tarragona, no se atrevia el de los Velez á atacar la ciudad, ya por faltarle artillería gruesa, ya por andar escaso de víveres, y ya por no haber llegado ni las galeras, ni la infantería del Rosellon que habia de traer Garay, sin lo cual consideraba arriesgada la empresa. Propusiéronle sus generales diferentes planes y proyectos, segun la aficion, el carácter y el cálculo de cada uno. El marqués los oyó á todos, y al fin, á instigacion del duque de San Jorge, se puso en marcha haciendo alto en un llano entre Salou y Villaseca, puntos ambos fortificados por los enemigos, y de los cuales se apoderaron Torrecusa y Xeli haciendo prisioneras las guarniciones. Como el general francés d'Espenan desde Barcelona pidiese al español el cange de aquellos prisione-

ros sin hacer diferencia entre franceses y catalanes, el marqués de los Velez antes de resolver le envió á preguntar con mucha discrecion en qué concepto estaba en España, y si hacia la guerra como capitan del rey cristianísimo contra el rey católico, ó como auxiliar de una provincia rebelde á su legítimo soberano. Embarazó al francés la pregunta, y tardó en contestar. Con cuyo motivo y creyendo poder traerle á algun concierto se le envió uno de sus gefes prisioneros para que le informase de la verdadera fuerza del ejército castellano, que él, engañado por los catalanes, consideraba inferior.

Mientras de este modo progresaban por aquella parte las armas de Castilla, el catalán San Pol con sus tercios hizo una entrada por los pueblos de la frontera de Aragon, talándolos y saqueándolos, para llamar la atencion por este lado, y lo mismo ejecutó don Juan Copons con los suyos por tierra de Tortosa apoderándose de la villa de Orta, lo cual no dejó de dar aliento á los rebeldes. Siguió no obstante el grueso de nuestro ejército su marcha hácia Tarragona, y adelantóse el duque de San Jorge á tomar las posiciones que dominan la ciudad. Asustóse el francés Espenan considerando las pocas fuerzas propias que tenia para defender una plaza de tan largo recinto, la poca confianza que le ofrecian los moradores, entre los cuales sabia habia muchos afectos al rey, y el ningun síntoma que veia de que le llegasen los refuerzos que le

habian prometido. Sin saber qué hacer, ni qué partido tomar, despues de mucha vacilacion, é informado ya por Santa Colomba del poder del ejército enemigo, hízose la cuenta de que no estaba obligado á sacrificarse por un país que ni le ayudaba como debia, ni miraba como debia mirar por su defensa. Despachó pues un emisario á Barcelona, diciendo á la diputacion que si queria que se sacrificára por su causa era indispensable que le enviára alguna tropa. La diputacion tardó algo en responderle, y él aprovechó esta dilacion para entrar en tratos con el marqués.

Celebráronse, pues, algunas pláticas, y resueltas varias dificultades, conviniéronse ambos generales en la siguiente capitulacion: que Espenan saldria de Tarragona con las tropas del rey de Francia:—que se retiraria igualmente con las que estaban entre esta ciudad y Barcelona:—que no entraria en ningun lugar fuerte del Principado, ni defenderia ninguna plaza que le encomendára la diputacion:—que haria cuanto pudiera para que el conseller que mandaba el tercio de Santa Eulalia se uniera al ejército real:—que procuraría igualmente se pusiera en manos del marqués el ínclito pendon de Santa Eulalia que se guardaba en la plaza:—que aconsejaria á la ciudad se presentára á implorar la gracia del rey pidiendo perdon de sus yerros.

Firmada aquella noche la capitulacion por ambos generales, al dia siguiente comieron juntos en el

campo español los capitanes españoles y franceses. Diputados de la ciudad y cabildo salieron á rendir homenage al marqués; mas como llevasen sus vestiduras y trages de ceremonia, el de los Velez manifestó que no podia recibirlos con aquel aparato. Despojáronse pues de él, y se le presentaron con la mayor humildad en ademan de implorar perdon. El marqués los recibió cubierto y con grave dignidad. Habláronle ellos ofreciendo fidelidad, y el marqués contestó que en nombre de S. M. quedaba la ciudad admitida en su obediencia (1).

En tanto que esto pasaba en el campo español, el conseller coronel del tercio de los gremios salió secretamente de la ciudad llevándose el pendon de Santa Eulalia. Al dia siguiente (24 de diciembre), se hizo la entrega de la plaza. Desocupada ésta, hizo su entrada pública en ella el marqués de los Velez, y alojó las tropas entre la ciudad y sus contornos. Llegó por casualidad al mismo tiempo al puerto de Tarragona el marqués de Villafranca, don García de Toledo, con diez y siete galeras, igualmente que los bergantines de Mallorca con provisiones para la caballería. Venia tambien en ellas don Juan de Garay cumpliendo las órdenes que tenia de la corte, aunque sin tropas por ser harto necesarias en el Rosellon.

(1) Fray Gaspar de Sala, Epitome de los principios y progresos de la guerra de Cataluña en los años 1640 y 1641. Edicion de Barcelona, 1641.—Melo, Historia de los movimientos, etc., lib. IV.



La rendicion de Tarragona causó tal desesperacion á los barceloneses, que llenos de furor tocaron las campanas á rebato y se pusieron todos en armas. Habiendo sabido por un cochero que en la casa de la Inquisicion habia algunos castellanos escondidos, dirigióse allá arrebatadamente el populacho: encontráronse en efecto tres oidores, y estos infelices, despues de asesinados por las feroces turbas, fueron arrastrados por las calles hasta la plaza del Rey, donde la plebe bárbara los puso todavía para que sirvieran de ludibrio en la horca. Mas á pesar de estas demostraciones de furor los ánimos de los habitantes en general estaban tan caidos, que, como observa bien un escritor de estos hechos, si en tal situacion se hubiera presentado un solo cuerpo del ejército real, es probable que se hubiera apoderado de la poblacion, y hubiera puesto término á esta deplorable guerra (1).

(1) Publicáronse en aquel tiempo en Cataluña muchos y muy curiosos escritos sobre las causas de esta guerra y sobre los sucesos á que iba dando lugar, los cuales tenian por principal objeto demostrar que la razon estaba de parte de los catalanes, criticar y retratar con los mas feos colores la conducta de la córte y de las tropas del rey, y excitar ó mantener el entusiasmo, la decision y el patriotismo de los naturales. Entre estos documentos merecen citarse los siguientes. — *Catalana justicia contra las castellanas armas*, por el doctor Jusepe Font, sacristan de San Pedro de Ripoll: —*Política del conde de Olivares. Contra política de Cataluña y Barcelona, Contraveri, al Veri que perdia lo Principat Catala. Veritats breument assenialadas. Protecció manifestada dels Sants Auxiliars.—Proclamació y noticia, ab altres papers y relacions resumidas.* — *Violencias de las armadas tropas castellanas. Prosperitats de las armadas francesas y catalanas*, por lo doctor Joseph Zarroca:—*La catalana verdad, contra la emulacion. Cataluña electora segun derecho y justicia, etc.*, por el muy reverendo licenciado fray Francisco Fornes, del órden de San Francisco:—*Noticia universal de Cataluña. En amor, servicios y finezas admirable. En agravios, opresiones y desprecios sufrida. En constituciones, privi-*

Pero otra guerra, encendida ya por este tiempo en otra zona de nuestra península, y que se desarrollaba y crecia al abrigo de las turbulencias de Cataluña, está llamando ya nuestra atencion, y fuerza nos es hacer alto en la narracion de estos sucesos para dar cuenta de lo que estaba pasando en otra parte.

legios y libertades valerosa. En alteraciones, movimientos y debates, disculpada. En defensas, repulsas y evasiones escogida. En Dios, razon y armas prevenida, y siempre en su fidelidad constante, por el B. D. V. Y. M., etc.

Tambien se compuso *La famosa comedia de la entrada del marqués de los Velez en Cataluña*, etc. Hablan en ella las personas siguientes: *El diputado Claris:—Tamarit, diputado militar:—Santa Eulalia:—Baron de Rocafort:—Don Joseph Margarit:—Don Cárlos Altarriba:—Dobton, lacayo:—Dos cónsules de Cambrils:—Marqués de los Velez:—El conseller Rossell:—Monsieur d'Espenan:—Cabañes y Casellas, capitanes:—Mr. d'Aubiñi:—Unos Almugdvares:—Dos soldados castellanos:—Sargento Topsolas:—Marqués de Torrecusa:—Duque de San Jorge:—Doña Leonor, dama:—Aminta, criada.*

Del espíritu en que está escrita esta comedia dan suficiente idea las dos primeras estrofas de la primera escena. El marqués de los Velez es el que habla:

Calle el sonoro parche, y haced alto,
so dados fuertes, gloria de Castilla,
pues con vuestro valor, que aquí no exalto,
ya su arrogancia Cataluña humilla:
entrad, robad, dad saco, que al asalto
de Barcelona sola la cuchilla
y el fuego abrasador vengará agravios,
callar y obrar es de valientes sábios.
Postrada veis á la Tortosa fuerte,
y arrepentida del pasado yerro,
¿mas qué importa? Callad, porque la muerte
á cual he de intimar, y á cual destierro:
quien delinquiere por su mala suerte
(¡oh cuanto horror en este pecho encierro!)
contra mi rey no ha de buscar clemencia,
que de muerte le firmo la sentencia.

Hemos visto tambien otro impreso de aquel tiempo titulado: *Secretos públicos, piedra de toque de las intenciones del enemigo, y luz de la verdad*, que manifiesta los engaños y cautelas de unos papeles volantes que vá distribuyendo el enemigo por el Principado de Cataluña. En 4.° sin lugar ni año.



CAPÍTULO VII.

REBELION Y EMANCIPACION DE PORTUGAL.

1640.

Cómo se fué preparando la insurreccion de Portugal.—Odio del pueblo portugués á los castellanos, aumentado desde que perdió su independençia.—Poco tino de los reyes de Castilla en el gobierno de aquel reino.—Opresion en que le tenian.—Carácter del pueblo portugués.—Su disgusto contra los ministros Olivares, Suarez y Vasconcellos.—Primer levantamiento en los Algarbes.—Es sofocado.—Crece con esto la audacia del conde-duque y la indignacion de los portugueses.—Conjuracion para libertarse del yugo de Castilla.—Tratan de proclamar al duque de Braganza.—Carácter de este príncipe y de su esposa.—Desacertadas medidas del gobierno español.—Sírvese de ellas el de Braganza para disponer mejor su empresa.—Cómo engañó al de Olivares.—Reunion y acuerdo de los conjurados portugueses.—Decide la duquesa de Braganza á su marido á aceptar la corona que le ofrecian.—Estalla la conjuracion en Lisboa.—Asesinato de Vasconcellos.—Arresto de la vireina.—Rendicion de la ciudadela y de los castillos.—El de Braganza es proclamado rey de Portugal con el nombre de don Juan IV.—Juramento del nuevo rey.—Sensacion que causa esta noticia en Madrid.—Acúsase al de Olivares.—Cómo dijo éste la nueva al rey, y respuesta de Felipe.—Hondo disgusto del pueblo.—Procura el de Olivares no perder su privanza.—Comunica la noticia al general del ejército de Cataluña, y le previene que la oculte.—Queda otra vez rota la unidad de la península ibérica.

Coincidió con la entrada del marqués de los Velez y del ejército real en Cataluña otra novedad todavía

mas grave, todavía de peores y mas funestas consecuencias para la monarquía española que la insurreccion de los catalanes, á saber, la rebelion de Portugal, la proclamacion de su independencia, y tras ella la desmembracion de aquel reino de la corona de Castilla. La manera como se fué preparando este acontecimiento nos confirma en la observacion que hicimos al comenzar el anterior capítulo; que las revoluciones de los pueblos, por mas que á veces parezca estallar de repente y coger de improviso, nunca se verifican sin que causas más ó ménos antiguas las hayan ido preparando, y que rara es la que no podria evitarse, por que casi todas pueden y deben preveerse.

Antiguo era el disgusto, tan antiguo como la conquista de aquel reino hecha por Felipe II., con que los portugueses sobrellevaban la pérdida de su independencia, y su sumision al cetro de los reyes de Castilla. Este disgusto y esta impaciencia, natural en un pueblo con razon orgulloso de haber sabido conquistar su independencia, de haberla conservado muchos siglos, y de haberse hecho con ella una grande y respetable potencia, solo hubiera podido templarse, y andando el tiempo desaparecer, si los monarcas castellanos y sus gobiernos hubieran sabido con la justicia, con la política, con la prudencia y con la dulzura, hacer del pueblo conquistado un pueblo amigo y hermano. Mas ya antes de ahora hemos visto que

no fué este por desgracia el camino que nuestros reyes siguieron. Al fin Felipe II. procuraba encubrir disimulada y artificiosamente la opresion en que tenia á los portugueses, y la falta de cumplimiento de algunas de sus mas solemnes promesas; Felipe III. habia mirado con cierto indolente desden y despego á Portugal: una sola vez estuvo en aquel reino, y valiera mas que no hubiera estado ninguna. La conducta de Felipe IV. y del ministro Olivares, lejos de ser la que hubiera convenido para ir borrando las antiguas antipatías de pueblo á pueblo, lo fué muy á propósito para avivar, cuanto mas para estinguir, los odios entre dos naciones, ambas soberbias y altivas, pero conquistadora la una, conquistada la otra; la una opresora y la otra oprimida. La obra de la unidad ibérica se habia hecho en lo material: la unidad moral, la unidad política, la unidad fraternal no se habia realizado, y cuando esta union no se realiza, fácil es de augurar el divorcio de dos pueblos.

Sobre las quejas generales que los portugueses tenian del gobierno de Castilla, como las exacciones y tributos con que se los sobrecargaba, la manera como se los exigian (1), el modo como eran repartidos los

(1) Cuando los portugueses representaban sobre lo escesivo de los impuestos con que estaban recargados, solia responder el orgulloso ministro Olivares: «*Las «necesidades de un gran rey no se «arreglan segun la miseria de los «pueblos, y harta moderacion y «prudencia se usa en pedir con «decoro lo que podria exigirse «por la fuerza.*» Ya en un Memorial que se habia dado a Felipe IV. en 1631, entre las causas del mal estado de la monarquia que en el se señalaban, se contaban tambien la gran suma de dinero que se sa-

cargos del reino en castellanos, y no en los naturales como se les habia ofrecido, y otras semejantes, tenian ademas una que los habia resentido en estremo, á saber: la pretension de que las córtes portuguesas fuesen unas con las de Castilla, convocando á estas cierto número de diputados portugueses de los tres brazos, contra los privilegios concedidos á aquel reino por Felipe II. Y para tratar de esto se habia llamado á Madrid á los nobles, prelados y caballeros portugueses. Así de la opresion que sufrian como de todas las violaciones de sus fueros culpaban los de Portugal, mas que al rey, al ministro Olivares, por cuya mano sabian que se dirigia todo. A su vez el ministro para tenerlos sujetos habia encomendado los negocios de Portugal á dos hombres, aduladores suyos, pero aborrecidos de los na-

caba de Portugal. «Sácase (se decia) de aquel reino para Castilla mucha suma de ducados, y fuera de los muchos millones que montan los donativos, impuestos, derechos de la casa de Indias y Alfandega, medias annatas y otros servicios, se sacan tambien las rentas que estan situadas para una armada que ande por todas aquellas costas y se alargue á los mares, y esto por asiento de los mercaderes que voluntarios impusieron sobre sus haciendas un tanto para ese effeto. Sácase tambien lo situado para cuatro galeras, que eran el remedio de las costas..... Y todo esto que pudiera ser alivio de aquel reino y terror de los enemigos, ven que lo pagan, que lo padecen, y ello se desperdicia, porque dicen (y esto muy en público, así en esta córte como en Lisboa) que el Retiro lo consume todo, y embravécense los ánimos cuando discurren que lo que pudiera ser honra y provecho, injustamente se defrauda á los protestos con que se concedieron los tales impuestos, y inútilmente se desperdicia al arbitrio de un hombre que en acabando su vida, se ha de acabar el dia de su muerte la memoria de que fué, y de lo que hoy es; y sin el escrúpulo de temerario me atreveria á decir se darian los reinos por resarcidos de todos los daños como llegase pronto ese dia.»—Biblioteca Nacional, Sala de MM.SS. H. 72.

turales; hombres de no escaso talento, pero de genio y costumbres correspondientes á las de su protector. Tales eran Miguel de Vasconcellos y Diego Suarez, hermanos políticos y secretarios de Estado de Portugal, con residencia el uno en Madrid y el otro en Lisboa [1]. Orgullosos é insolentes ambos, como el ministro que los habia elevado y que los protegia, si el de Olivares en España tenia supeditado al rey don Felipe y era mas soberano que su monarca, los otros en Portugal tenian esclavizada á la vireina doña Margarita de Saboya, duquesa viuda de Mántua, y eran los verdaderos vireyes. Con despotismo mandaba Vasconcellos en Lisboa como Olivares en Madrid, y las respuestas del secretario portugués no eran menos desabridas y altivas que las del ministro castellano. Como el arzobispo de Braga le preguntase un dia con qué autoridad habia castigado con las mas atroces y degradantes penas á un hombre por una leve falta, «*Con la misma*, le respondió, *con que mandaré á su ilustrisima que vaya á residir á su*

(1) El padre del Vasconcellos habia sido perseguido por la justicia y condenado á no tener ninguno de su familia oficios de república hasta la cuarta generacion, á causa de ciertos arbitrios con que parece engañó á los portugueses, y por último fué asesinado. Privado de recursos el Miguel en su juventud, acertó á casar con una hermana de Diego Suarez, y unidos los dos discurrieron remediar sus miserias y mejorar de fortuna, trayendo á Madrid los apuntes y borradores de aquellos arbitrios que tan caros habian costado al padre de Vasconcellos. Estaban á la sazon en boga en Madrid los arbitristas, y lo mismo que habia acarreado antes la ruina al padre en Portugal sirvió al hijo y á su cuñado en la córte de Castilla para introducirse con el conde-duque, congraciarse con él é irse encumbrando con su favor hasta los mas altos puestos de la monarquía.

diócesis, si se mete á criticar con demasiada libertad mis acciones.»

Era el pueblo portugués demasiado altivo para dejarse abatir y humillar impunemente por aquellos tres soberbios personages, que así violaban sus fueros como esplotaban en provecho propio sus haciendas y fortunas. Ya en 1637, no pudiendo reprimir el aborrecimiento con que los miraba, y so pretesto de una nueva contribucion que se les impuso, alborotáronse muchos lugares de los Algarbes; en Evora y otras ciudades hubo graves desórdenes, y observábanse síntomas de un levantamiento general. Pero aquellos tumultos se sosegaron (1), y mas adelante el consejo de Castilla y las córtes de Madrid de 1638, servilmente sometidas al rey, otorgaron grandes mercedes al conde-duque de Olivares, así por el socorro que habia dado á Fuenterrabía como por haber ahogado el levantamiento de Portugal y conservado su union con Castilla. Hizose con esto mas audaz el primer ministro de Felipe IV., y no solamente impuso á aquel reino un escesivo tributo en castigo de la rebelion, sino que quiso reducirle á una provincia de Castilla, á cuyo efecto convocó á Madrid los tres arzobispos, de Lisboa, Evora y Braga, y á otros ilustres

(1) Cuando en Madrid se supieron los primeros movimientos de aquellas alteraciones se escribió de parte de Felipe IV. al pontífice pidiéndole pusiera remedio á aquello con censuras y breves: Su Santidad se escusó bajo pretestos frívolos, y se le volvió á escribir para ver de persuadirle. MS. de la Biblioteca Nacional.

personages, y arrestó á varios de los que á ello se negaron, ó de los que con entereza le respondieron. Veian los portugueses amenazado el resto de libertad que les quedaba, y preparábanse para defenderla y sostenerla. Suarez y Vasconcellos, á cuya perspicacia, que la tenian no se ocultaban las disposiciones de sus compatricios, avisaban de ello al conde-duque, y aun designaban al duque de Braganza como quien vendria á ser la cabeza del movimiento. Aconsejábanle por lo tanto, que estando rebelada Cataluña y aparejándose un ejército para invadirla, era una escelente ocasion para enviar allá tropas portuguesas, juntamente con los grandes y nobles del reino, y de esta suerte dejar á Portugal sin fuerzas y sin apoyo. Parecióle bien el pensamiento al conde-duque, é inmediatamente ordenó á la vireina que hiciera poner las tropas en marcha, y escribió á los grandes, y entre ellos al de Braganza, que se preparasen á pasar á Cataluña, so pena de confiscacion de sus bienes y de otros castigos. Indignáronse con esto la nobleza y el pueblo portugués: rebosaban todos los corazones en ira; manifestábase ésta en todas las conversaciones; los sacerdotes desde los altares y púlpitos predicaban contra el gobierno opresor de Madrid, y prescribian al pueblo rezos y plegarias para que Dios los librára de él.

Hallábanse pues, como lo espresa un autor coetáneo, «la nobleza mas que nunca oprimida y desestimada, cargada la plebe, quejosa la iglesia,» y las



miradas de todos se fijaban en el duque de Braganza como en la persona á quien competia ser su libertador, siendo como era el sucesor mas inmediato al trono que habia quedado de la antigua dinastía real portuguesa.

Como nieto que era el duque Braganza de la infanta doña Catalina, que disputó á Felipe II. los derechos al trono portugués (1), nadie en efecto los tenia mayores y mas legítimos á ceñir la corona de Portugal en el caso de recobrar el reino su antigua independencia. Su padre el duque Teodosio le habia legado el ódio á los castellanos; pero el carácter del hijo, pacífico, templado y aun indolente, mas dado á los placeres y diversiones que á los negocios, aunque apto, capáz y entendido para manejarlos si se dedicára á ellos, le hacian poco apropósito para gefe de una revolucion, que exige en el que ha de ponerse á la cabeza ambicion, audacia y actividad. Mas lo que á él le faltaba de estas condiciones sobrábale á la duquesa su esposa, doña Luisa de Guzman, hermana del duque de Medinasidonia, la cual no dejó de instigar á su marido é inducirle á salir de su indiferencia, y á no desaprovechar la ocasion de recobrar la antigua grandeza y poderío de su casa, Ayudóla á ello, y fué el alma

(1) Sobre la competencia entre Felipe II. y la duquesa de Braganza acerca de sus derechos á la corona del reino lusitano, y sobre la mayor ó menor legitimidad de los de cada uno, véase lo que dijimos en nuestro capítulo 16 del lib. II., parte III. Reinado de Felipe II.

de la conspiracion un cierto Pinto Riveyro, mayordomo de la casa, hombre muy para el caso, por su osadía, su astucia y su disimulo. Como el duque se hallaba retirado en su hacienda de Villaviciosa, dedicado al parecer solamente al ejercicio de la caza y á otros pasatiempos, la conjuracion se hubiera llevado adelante sin que se apercibiese ni sospechase la menor cosa la córte de Madrid, á no ser por la sagacidad de Vasconcellos y Suarez, los cuales dieron conocimiento al ministro de los síntomas que advertian y del peligro que bajo aquellas apariencias se ocultaba.

Los medios que el de Olivares ideó para ocurrir á aquel peligro fueron tan desacertados como lo eran generalmente todos sus arbitrios. Con el fin de sacar al de Braganza de Portugal ofrecióle primeramente el gobierno de Milan. Escusóse el portugués con su delicada salud y su falta de conocimientos en los negocios de Italia. Escribióle despues el de Olivares que estando el rey don Felipe para hacer jornada á Aragon con motivo de la rebelion de Cataluña, y queriendo ir rodeado de sus nobles de Castilla y de Portugal para decoro y honra de su persona, era justo que le acompañase al frente de la nobleza portuguesa, á cuyo efecto le esperaba en Madrid. Conoció sin duda el de Braganza el artificio, y espuso que la escasez de sus rentas (y eran por cierto muy pingües) no le permitian presentarse con el decoro correspondiente á su clase y nacimiento. Esta no muy disimulada negativa

puso ya en cuidado á la córte; y cuando todo el mundo esperaba alguna medida eficaz y severa, causó general sorpresa el rumbo que dió al negocio el de Olivares.

Y era ciertamente para sorprender la órden que envió al de Braganza dándole ámplia autorizacion para que visitase las costas de Portugal, que decia estar amenazadas de franceses, y guarneciese y pusiese en estado de defensa las plazas. Esta comision, que sobre ser de confianza, equivalia á poner en manos del portugués las fuerzas y las ciudades principales, y era como abrirle las puertas del reino, suponian los mas avisados que llevaba envuelta una segunda y secreta intencion. Y así era la verdad, porque al mismo tiempo se envió órden reservada á don Lope de Osorio, que mandaba las galeras de España, para que cuando supiese hallarse el príncipe en algun puerto, fuese allá, le convidase á entrar en su bagel, y le retuviese prisionero. Pero fallóle al conde-duque este indigno y siempre estraño espediente, lo primero porque una tempestad impidió á la flota de Osorio acercarse á las costas, y lo segundo porque ya el príncipe, á quien hizo cauteloso lo desmedido de la confianza, supo acompañarse de personas que merecian bien la suya.

Frustrado este ardid de su inícua política, intentó el ministro adormecer á su oculto enemigo con la lisonja y el halago, escribiéndole tan afectuosamente como si fuese su mas íntimo amigo, y poniendo á su disposi-

cion hasta cuarenta mil ducados para que pudiera levantar tropas. Insigne indiscrecion y torpeza la del de Olivares; pues si bien en secreto prevenia á los gobernadores españoles que si se les presentab ocasion favorable le prendiesen y enviasen á España, esto era una alevosía que no curaba los riesgos de la imprudencia. Obcecado andaba tambien Vasconcellos con la seguridad, mas estraña en él que en otro, que mostrab en aquel caso: y con razon se manifestaban atónitos así la vireina de Portugal como las personas de Madrid y de Lisboa fieles al rey, que observaban tan peregrina conducta. Lo que sucedió fué que el de Braganza, mas discreto ó astuto, fingió dejarse engañar para burlar mejor á quien con tales trazas buscaba cómo engañarle. De contado puso en las plazas gobernadores de su confianza; las visitó despues, acompañado de gente valerosa y resuelta; con el dinero que recibió se hizo nuevos partidarios y amigos; recorrió todo el reino con aparato y magnificencia casi real; acudian de todas partes á verle y saludarle, y Lisboa le recibió con poco menos pompa que á un soberano. El rey de España, que sabia el designio secreto que en esto se habia propuesto su ministro, le tenia por el político mas profundo del mundo, y compadecia á los que le criticaban y murmuraban. Entre tanto el de Braganza, grandemente ayudado de Pinto Riveyro, hacia á mansalva su negocio, preparando á los nobles, al clero, á los comerciantes, labradores y

artesanos, hablando á cada cual en su lenguage, y ponderándoles los males que les hacia sufrir el gobierno opresor de Castilla y las ventajas que reportarian de recobrar su libertad, no necesitando de hacer grandes esfuerzos para persuadir á unas gentes que estaban harto predispuestas á dejarse convencer y arrastrar.

Creció el descuido de nuestra córte al ver al de Braganza, cuando se le suponia mas satisfecho del mando, retirarse otra vez voluntariamente á su hacienda de Villaviciosa, y enviar al ejército de Cataluña todos los soldados portugueses que le habian pedido. Desvaneciéronse en Madrid los temores de los recelosos, que era cabalmente lo que él se proponia y buscaba. Pero quedaba en Lisboa Pinto Riveyro trabajando por él con inteligencia y maestría. El 12 de octubre (1640) se juntaron en el jardin de don Antonio de Almada muchos nobles portugueses, y entre ellos el arzobispo de Lisboa don Rodrigo de Acuña. Este prelado, que se hallaba resentido de la vireina porque habia preferido á otro para la silla arzobispal de Braga, que es la primada de aquel reino, pronunció un vigoroso discurso, ponderando las injusticias, las vejaciones y tiranías que estaban sufriendo del gobierno de España. Cada cual despues enumeró las tropelías de que era ó habia sido víctima, escitó el furor de la reunion la medida de hacerlos ir á Cataluña, y quedó resuelto recurrir á las armas para

sacudir el insoportable yugo de los castellanos [1].

Divididos estaban sobre la forma de gobierno que deberian darse. Querian algunos erigirse en república federativa al modo de la de Holanda. Preferian otros la monarquía, pero andaban discordes sobre la persona en cuyas manos habian de poner el cetro, proponiendo unos al de Braganza, otros al de Aveyro y otros al de Villareal. El arzobispo, afecto á la casa de Braganza, les representó que no era posible librarse de la dominacion de España, sino restituyendo la corona de Portugal á quien por derecho dinástico le pertenecia; y que por otra parte el duque de Braganza era ya el hombre mas poderoso del reino, digno ademas por su dulzura, su bondad y su prudencia. Adhiriéronse todos al fin á la proposicion del prelado, y no se disolvió la junta sin señalar los dias en que deberian reunirse para acordar los medios de asegurar el éxito de la empresa. Apresuróse Pinto Riveyro á informar reservadamente al príncipe de esta resolucion, aconsejándole que fuera á Lisboa para dar con su presencia aliento á los conjurados. Mostróse por algun tiempo el de Braganza irresoluto, vacilante y como remiso en aceptar el trono que le ofrecian: él hizo de modo que le rogáran é instáran, y á las diferentes comisiones que con este objeto se le presenta-

(1) Passarello, *Bellum Lusitanum, ejusque regni separatio*, lib. I. —Seyner, Historia del Levantamiento de Portugal, lib. II., cap. 4.° al 7.°

ron no daba nunca una respuesta categórica; fuese verdadero amor á la vida tranquila y retirada á que se habia acostumbrado, fuese timidez de carácter ó política profunda, dejábase solicitar, y ni concedia, ni negaba, ni desanimaba, ni daba calor al plan de su proclamacion.

Fuese la verdadera causa de esta conducta la que quisiera, sacó al duque y á los conjurados de este embarazo la duquesa su esposa, muger de tanta travesura como talento, de tan noble ambicion como de habilidad y viveza para los grandes negocios. *¿Qué vale mas?* le dijo un dia: *¿morir con una corona, ó vivir en un retiro arrastrando toda la vida las cadenas? La muerte te espera en Madrid, acaso tambien en Lisboa; pero en la córte de Castilla morirás como un miserable, mientras en la de Portugal podrás morir cubierto de gloria y como rey. Depon, pues, todo temor, y no vaciles en el partido que debes tomar.* En efecto, ya no vaciló mas el duque; don Pedro Mendoza llevó la noticia de su resolucion á los conjurados, y ocupáronse ya estos en concertar el tiempo y el modo de dar el golpe, entendiéndose para todo con el príncipe por medio de Pinto. Cosa admirable fué, que entre tantos como sabian ya lo que se tramaba, en el tiempo que medió hasta su ejecucion, hombres y mugeres de alta y de baja clase, nadie reveló el secreto, que es el mejor testimonio de que la conspiracion era popular. Algo sospechó Vasconcellos, y algo se bar-

runtaba en la córte de Madrid; por lo cual se ordenó al de Braganza que viniese inmediatamente, porque el rey deseaba que le instruyera personalmente y de palabra de la disposicion y estado de las tropas y de las plazas de Portugal. El príncipe por consejo de su esposa contestó que se preparaba á venir, y para persuadirlo mejor envió un gentil-hombre de su confianza, el cual comenzó por alquilar una gran casa, amueblarla con magnificencia, admitir buen número de criados, vestirlos con ricas libréas, y hacer otros gastos y preparativos semejantes. Mas á pesar de todo la córte andaba ya muy recelosa, y otra órden apremiante del rey mandando presentar al duque hizo necesario apresurar el golpe en Portugal. Todo estaba ya preparado (1).

A las ocho de la mañana del 1.° de diciembre (1640) salieron los conjurados de los puntos en que se habian reunido, y se encaminaron armados al palacio de Lisboa. Un pistoletazo disparado por Pinto Riveyro fué la señal para atacar la guardia castellana y alemana, al grito de *¡Libertad, libertad! ¡Viva don Juan IV, rey de Portugal!* Un sacerdote iba delante

(1) El historiador de este levantamiento Fr. Antonio Seyner, religioso agustino, nos informa de cómo los de la Junta acordaron con algunos padres de la Compañía de Jesus que estos indujesen al pueblo á que tan pronto como los caballeros apellidáran libertad acudieran todos á palacio con sus armas á sostener la revolucion: cuenta la parte que en el levantamiento tomaron los jesuitas de Lisboa, y refiere como la adhesion de todo el Rio Janeiro se debió á las trazas del provincial de la Compañía en el Brasil.—Seyner, Historia del Levantamiento de Portugal, lib. II., cap. 3, 4 y 5.

llevando en una mano un crucifijo, en la otra una espada, animando al pueblo con voz terrible y dándole ejemplo de intrepidez y valor. Así fue acometida la guardia castellana que ocupaba el *fuerte*, quedando arrollada despues de alguna resistencia. Ninguna opuso la alemana, porque fué enteramente sorprendida. Mientras el venerable don Miguel de Almeida corria por todas partes arengando al pueblo, que le correspondia entusiasmado, Pinto Riveyro al frente de su bando penetró en palacio en busca de Vasconcellos. Salia de su cuarto el teniente corregidor de Lisboa: *¡Viva el duque de Braganza, nuestro rey!* le gritaron los conjurados.—*¡Viva Felipe IV., rey de España y de Portugal!* contestó el magistrado; y al acabar estas palabras un tiro de pistola le quitó la voz y la vida. A don Antonio Correa, á quien encontraron despues, primer comisionado de Vasconcellos, le dieron algunas puñaladas y le dejaron por muerto tendido en el suelo. El capitan español Diego Garcés, que estaba á la puerta del aposento del ministro, echó mano á la espada para detenerlos, pero acometido por todos hubo de arrojarse por la ventana, y salvó la vida, aunque quebrantándose una pierna. Entraron los conjurados en la cámara de Vasconcellos, y aquel hombre que un momento antes habia blasonado de que imitaria el valor y la serenidad de César, fué hallado escondido en una alhacena; descubrióle una criada; Tello le tiró un pistoletazo, y los demás le atravesaron con



sus espadas. Su cadáver fué arrojado por el balcon á la plaza de palacio á los gritos de: *El tirano ha muerto. ¡Viva la libertad! ¡Viva don Juan IV., rey de Portugal!* (1).

El pueblo, que en tales casos goza y se recrea con los espectáculos sangrientos, entretúvose por espacio de dos dias en hacer objeto de sus brutales diversiones el cuerpo de aquel soberbio ministro que pocos momentos antes traia sujeto y hacia temblar á todo Portugal. No hay afrenta ni escarnio imaginable que no se ejecutára con él en medio de la mas horrible algazára; hasta que Pinto con hipócrita piedad mandó llevarle á la iglesia para darle sepultura, envuelto en un paño viejo que al efecto compraron los hermanos de la Misericordia. El fin trágico y miserable que tuvo Vasconcellos es una de las muchas lecciones con que á cada paso está enseñando la historia á los hombres que ejercen autoridad y ocupan los altos puestos de un

(1) Seyner, Historia del Levantamiento de Portugal, lib. II.—Pasarello, *Bellum Lusitanum*, libro I.

Hemos visto una relacion manuscrita de los sucesos del 1.° de diciembre en Lisboa, en la cual se cuentan algunos curiosos pormenores de los que ocurrieron en aquel famoso acontecimiento. Refiérese, entre otras cosas, que el arzobispo de Lisboa se dirigió á palacio en procesion con toda la clerecía, excitando á todos á que gritáran: *¡Viva el rey don Juan!* y que al pasar por San Antonio se desclavó un brazo al crucifijo que en la mano llevaba, lo cual se cree fué cosa preparada por el mismo prelado para mover mas al pueblo, esclamando como esclamó: *¡Milagro, milagro! esta es obra de Dios, que quiere que tengamos rey. ¡Viva el rey don Juan!*—Tomo de MM. SS. de la Real Academia de la Historia, C. 35.—Tambien Pasarello hace mencion de este hecho. Copiaremos solo las palabras del sumario. *Antistis Ulisipponensis solemnem instituit processionem, in qua verum aut fictum miraculum vulgus máxime movet..*

estado, cuán espuestos están á ser víctimas de la venganza pública, cuando en vez de gobernar con justicia y con moderacion se ensoberbecen y ciegan con el poder, y tiranizan y esclavizan los pueblos.

Otros en tanto habian ido á la cámara de la vireina, la cual se hallaba acompañada de sus damas y del arzobispo de Braga. Esta señora, mas valerosa que Vasconcellos, cuando vió que forzaban ya su misma puerta se presentó á los conjurados y procuró aplacarlos diciendo, que pues el ministro á quien aborrecian como la causa de sus males habia sido ya sacrificado á la venganza del pueblo, debian aquietarse, y ella les prometia el perdon si cesando el tumulto volvian á la obediencia del rey. Respondióle á esto don Antonio de Meneses, que tantos varones principales no se habian levantado para quitar la vida á un miserable, que debió perderla por mano del verdugo, sino para poner en la cabeza del duque de Braganza la corona que de derecho le pertenecia. Invocó otra vez la vireina la autoridad del monarca español, y replicóle Almeyda que Portugal no reconocia mas rey que el duque de Braganza, gritando todos: *¡Vida don Juan, rey de Portugal!* Quiso todavía aquella señora salir de palacio para hablar al pueblo, pero impidióselo don Cárlos Norohna, aconsejándola que no se expusiera á sufrir sus insultos.—*¿Qué puede hacerme á mí el pueblo?* preguntó la duquesa.—*Nada mas, señora*, replicó Norohna, *que arrojar á V. A. por la ventana.*

Hombre impetuoso y vehemente el arzobispo de Braga, que estaba á su lado, al oir tan descomedida respuesta arrancó la espada á uno de los conjurados, y Dios sabe lo que en su acaloramiento hubiera hecho, si Almeyda no le detuviera y apartára, diciéndole que sobre ser aquel un arranque impropio de su dignidad esponia mucho su vida, porque el pueblo le aborrecia de muerte, y habia estado en poco que los conjurados no le hubieran designado por víctima [1]. Pero la vireina y el primado fueron retenidos, y los castellanos que habia en Lisboa presos, mientras se sacaba de las cárceles á los reos de Estado, y en los consejos y tribunales se proclamaba al de Braganza rey de Portugal. Faltaba apoderarse de la ciudadela, de la cual eran dueños todavía los españoles, y sin la cual no podian decir los conjurados que dominaban la ciudad. A este fin presentaron á la vireina una órden mandando al gobernador que la entregára, y la forzaron á firmarla bajo la amenaza que de no hacerlo degollarian irremisiblemente todos los españoles residentes en Lisboa. Esperaba todavía la vireina que el gobernador comprenderia que era un escrito arrancado por la violencia, pero se equivocó, porque el gobernador don Luis del Campo, ó por credulidad ó por falta de valor, cumplió la órden rindiendo la fortaleza

(1) Y era la verdad que en las juntas que se tuvieron en casa de Pinto habian propuesto algunos que el arzobispo sufriera la misma suerte que Vasconcellos, si bien se desistió por las razones y consideraciones que espuso Almada.

á los conjurados [1]. Los demas fuertes se fueron rindiendo, por igual engaño unos, otros por cobardía, y alguno, doloroso es decirlo, por cohecho.

Quedó pues triunfante la conspiracion en menos de tres horas: este breve plazo bastó para consumar una de las mas grandes revoluciones que pueden hacerse en un pueblo, lo cual no se realiza sino cuando hay justicia en el fondo de la causa, y cuando la opinion pública está muy preparada y madura. Nombróse al arzobispo de Lisboa presidente del consejo y teniente general hasta que llegára el nuevo rey, y diósele por consejeros á don Miguel de Almeyda, don Pedro Mendoza y don Antonio de Almada, principales agentes de la revolucion. Abiertas las puertas de la cámara del consejo á peticion de la multitud, se desplegó el estandarte real, y se paseó por calles y plazas, proclamando el pueblo entero ébrio de alegría, *¡Libertad, viva nuestro rey don Juan IV.!* Aquella misma tarde despachó el arzobispo correos á todas partes con órdenes para que se proclamára rey de Portugal al duque de Braganza con el nombre de don Juan IV., y al clero y magistrados para que hiciesen procesiones públicas dando gracias á Dios por haberlos librado de la tiranía de los castellanos [2].

(1) Seyner, lib. I., cap. 11.—De tal manera le acosaron despues el pesar y los remordimientos ó de su flaqueza ó de su error, que el infeliz Campo llegó á perder la razon, y vino á morir desgraciadamente en el hospital de dementes de Toledo.

(2) Al dia siguiente se hicieron varias prisiones de ministros de

Lisboa se dedicó á preparar el recibimiento solemne á su nuevo monarca. Intimóse á la vireina que desocupára el palacio. Al trasladarse aquella señora al alojamiento que le destinaron, que era un convento extramuros de la ciudad, rodeada de sus damas, y acompañada del arzobispo de Braga, que no quiso desampararla nunca, atravesó la ciudad con tan magestuoso continente, que á pesar de agolparse en toda la carrera una inmensa muchedumbre, todo el mundo la miraba con respeto, y nadie se atrevió á dirigirla un solo insulto [1]. A buscar al nuevo soberano en su retiro de Villaviciosa marcharon Mendoza y Melo, y el arzobispo no cesaba ademas de despacharle correos para que apresurase su ida. Caminaba ya el duque lentamente hácia la córte, pero en el llano de Montemor tomó una posta y se dirigió á Aldea Gallega. Desde allí en una humilde barca de pescadores atravesó el Tajo, llegó de incógnito á la plaza del palacio real de Lisboa, y pasando por entre una multitud de gentes sin que nadie le conociera, se entró en la casa de la Compañía de Indias, magnífico depósito y alma-

Castilla y de otros empleados que ocupaban altos puestos. Ya antes se habia preso al marqués de la Puebla, á don Diego de Cárdenas y al conde Brineto.—Seyner, lib. III.—Relacion politica das mais particulares accioes do conde-duque de Olivares, traducido por Rodrigo Cabral. Lisboa, 1711.—Historia de la conjuracion de Portugal en 1640. Amsterdam, 1689.

(1) Despues de estar algun tiempo como prisionera en Lisboa fué traida á Castilla, acompañándola los gobernadores y la nobleza de las ciudades hasta la frontera con mucho acatamiento. Por eso solia decir aquella señora, que los portugueses aun en sus enojos sabian ser atentos y galantes con las damas.

cen de riquezas en otro tiempo, entonces desamparada y pobre. Hizo esto el de Braganza por cierta desconfianza de lo que suelen ser las cosas humanas, para informarse por sí mismo de la verdadera disposicion del pueblo.

Mas no podia estar mucho tiempo oculta su llegada. El pueblo al saberlo abandonó sus labores y se entregó de lleno al regocijo. Agolpóse á la casa de la Compañía, y pidió que saliera al balcon. Aclamaciones de júbilo resonaron al verle por todas partes. Desde luego comenzó el nuevo soberano á dar pruebas de su discrecion y talento. Como el magistrado propusiera dar diversiones al pueblo, «*Nosotros*, respondió, *celebraremos fiestas despues de haber hecho los preparativos para defendernos contra nuestros enemigos.*» Con la misma discrecion y cordura se condujo en la provision de los primeros empleos, y en el restablecimiento del órden público, cosas ambas difíciles despues de un gran sacudimiento, y en que no preside siempre el acierto y el tino, por lo mismo que se despiertan muchas ambiciones, y las pasiones están vivas y agitadas. Señalóse dia para su entrada pública y para su coronacion, y uno y otro se hizo con la solemnidad que correspondia. Puesto el rey de rodillas ante un altar que se erigió en la plaza de palacio, y con la mano puesta sobre los Santos Evangelios juró regir y gobernar el reino con justicia y mantener los usos, privilegios y fueros concedidos por sus ma-



yores, y á su vez los tres estados, clero, nobleza y pueblo, le juraron á nombre de la nacion obediencia y fidelidad, recibiéndole por su legítimo rey. Así quedó consumada una de las mayores revoluciones que puede hacer un pueblo. Portugal se segregó otra vez de España; volvió á constituirse en reino independiente y libre, y se rompió de nuevo la unidad ibérica, la obra que habia costado tantos siglos de esfuerzos á nuestros mayores, y todo por la desacertada política de los príncipes de la casa de Austria, y por las injusticias y las imprudencias de sus ministros y gobernadores.

Grande admiracion y sensacion profunda causó la noticia de estos sucesos en la córte de España, que se hallaba, como de costumbre, entretenida con unas fiestas de toros, celebradas éstas para agasajar á un embajador de Dinamarca, y en cuyo espectáculo habian hecho de actores los principales de la nobleza. No comprendia nadie cómo un suceso de tanta monta y que necesitaba de larga preparacion y no podia realizarse sin ser sabido por muchos, habia cogido tan desprevenidos á la vireina y los ministros; ni tampoco comprendia cómo los gobernadores de las plazas las habian entregado con tanta facilidad, que parecia haber estado de inteligencia con los rebeldes. Los cargos se dirigian de público principalmente contra el ministro favorito, á quien se acusaba de tan imbécil é inepto como soberbio y tirano. Olivares sintió al pro-

pio tiempo abatimiento y desesperacion. Todo el mundo sabia ya la novedad menos el rey. Temeroso el conde-duque de que alguno se la comunicára de modo que escitase su indignacion contra él, determinó darle él mismo la mala nueva en una forma bien singular. Es fama que hallándose un dia entretenido con el juego el indolente monarca, se llegó á él el de Olivares con alegre rostro y le dijo: «*Señor, traigo una buena noticia que dar á V. M. En un momento ha ganado V. M. un ducado con muchas y muy buenas tierras.—¿Cómo es eso?* le preguntó el buen Felipe.—*Porque el duque de Braganza ha perdido el juicio: acaba de hacerse proclamar rey de Portugal, y esta locura da á V. M. de sus haciendas doce millones.*» Aunque no era grande la penetracion del rey, algo comprendió de lo que habia, y solamente dijo: «*Pues es menester poner remedio.*» El semblante del rey se nubló, y el de Olivares sospechó si se nublaria tambien la estrella de su privanza (1).

Para evitarlo procuraba distraer al monarca con nuevas diversiones, pero el pueblo con su buen instinto le servia de avisador. Un dia, al salir el rey á una cacería de lobos, le gritó el pueblo en las calles: «*Señor, señor, cazad franceses que son los lobos que tememos.*» Recelaba ya tambien el ministro de los grandes y de la misma reina: á esta le puso al lado su mu-

(1) Faria y Sousa, Epitome de Historias portuguesas, reinado de Felipe IV. de Castilla.

ger, haciéndola su compañera asídua, para que apenas pudiese hablar con el rey sino en su presencia: y con aquellos cometia todo género de desafueros por cualquiera murmuracion que supiese, al mismo tiempo que prevenia á los sacerdotes que en los sermones procuráran tranquilizar al pueblo: todo efecto de los remordimientos y de los temores que sentia: pero ninguna medida salvadora respecto á Portugal, de esas que en los momentos supremos de una nacion pueden reponerla de su aturdimiento, y remediar ó atenuar los efectos de una gran catástrofe. Pensó en conservar su privanza, y respecto á lo demas contentóse al pronto con informar al marqués de los Velez de lo acontecido, encarg'ndole ocultára la noticia á su ejército, y que no cundiera en Cataluña, ya para que no se envalentonáran los catalanes, ya para evitar la desercion de los portugueses.

Tal era la situacion de España al terminar del año 1640: año de fatal recordacion para todo el que abrigue sentimientos de españolismo y de dignidad nacional. En él, por la inconveniente política de nuestros reyes y por las insignes imprudencias de un ministro favorito, orgulloso y desatentado, perdimos un reino y nos veíamos amenazados de perder una importante provincia de la monarquía.

CAPÍTULO VIII.

LA GUERRA DE CATALUÑA.

De 1641 á 1643.

Insistencia y teson de los catalanes.—Sale nuestro ejército de Tarragona.—El paso de Martorell.—Son arrollados los catalanes.—Marcha del ejército real hasta la vista de Barcelona.—Consejo de generales.—Intimacion y repulsa.—Preparativos de defensa en la ciudad y castillo.—Entréganse los catalanes á la Francia, y proclaman conde de Barcelona á Luis XIII.—Ordena el marqués de los Velez el ataque de Monjuich.—Heróica defensa de los catalanes.—Auxilios de la ciudad y de la marina.—Valor, decision y entusiasmo de todas las clases en Barcelona.—Gran derrota del ejército castellano en Monjuich.—Pérdida de generales.—Retirada á Tarragona.—Dimision del de los Velez.—Reemplázale el príncipe de Butera.—Fiestas en Barcelona.—Entrada del general frances conde de la Motte en Cataluña.—Apodérase del campo de Tarragona.—Escuadra del arzobispo de Burdeos.—Sitian los franceses á Tarragona por mar y por tierra.—Grande armada española para socorrer la ciudad.—Es socorrida.—Diputados catalanes en Paris.—Ofrecimiento que hacen al rey.—Palabras notables de Richelieu.—Ejército frances en el Rosellon.—El mariscal de Brezé, lugarteniente general de Francia en Cataluña.—Es reconocido en Barcelona.—El marqués de la Hinojosa reemplaza en Tarragona al príncipe de Butera.—El marqués de Povar, don Pedro de Aragon, es enviado con nuevo ejército á Cataluña.—Mándasele pasar al Rosellon.—Franceses y catalanes hacen prisionero al de Povar y á todo su ejército sin escapar un soldado.—Son enviados á Francia.—Esplícanse las causas de este terrible desastre.—Regocijo en



Barcelona: consternacion en Madrid.—El rey de Francia y el ministro Richelieu en el Rosellon.—Piérdese definitivamente el Rosellon para España.—Entrada del conde de la Motte en Aragon.—Vuélvese á Lérida.—Formacion de otro grande ejército en Castilla.—Jornada del rey Felipe IV. á Aragon.—Llega á Zaragoza y no se mueve.—El marqués de Leganés entra con el nuevo ejército en Cataluña.—Accion desgraciada delante de Lérida.—Retírase el ejército castellano.—Sepárase del mando al de Leganés.—Vuélvese el rey á Madrid.—Por resultado de esta guerra se ha perdido el Rosellon, y los franceses dominan en Cataluña.

Ocupada Tarragona por las tropas reales y abandonada por el general y los auxiliares franceses; ejército regularizado y numeroso el de Castilla y sostenido por toda la nacion; gente irregular, bisoña y colecticia la de los catalanes y sostenida por una sola provincia, cualquier otro pueblo que no fuese tan tenaz y perseverante como el catalan hubiera sin duda caido de ánimo ante la desigualdad de la lucha. Al contrario sucedió en aquel país, famoso ya de antiguo por el teson con que siempre ha defendido sus fueros. Continuaron las levas con estraordinaria presteza, y proponíanse aquellos naturales proteger la capital, fortificando y defendiendo el paso de Martorell; bien que mas ardientes que entendidos los que trabajaban en las fortificaciones, ni éstas iban dirigidas con acierto, ni se seguia en ellas un plan, ni adelantaban las obras, y era mas el trabajo que el fruto, deshaciéndose al dia siguiente lo que sin inteligencia se habia hecho en el anterior.

Mucho y muy decidido empeño puso la diputacion



para hacer detener al general francés Espenan y reducirle á que se quedára á ayudar á los catalanes, no obstante la capitulacion hecha con el marqués de los Velez. Las instancias con que se lo pedian y los emisarios que al efecto le enviaron, pusieron al francés en cierta perplejidad; mas no pudiendo resolverse á quebrantar el tratado de Tarragona, entretúvolos con respuestas ambíguas, hasta recibir órdenes de su gobierno, al cual habia consultado. La contestacion de la córte de Francia fué, que cumpliera sin vacilar lo pactado con el marqués de los Velez, y en su virtud al dia siguiente de recibirla prosiguió su marcha para Francia (7 de enero, 1641), dejando el Principado abandonado á sus propias fuerzas. Otra vez todavía le rogaron que se volviera del camino, pero todo fué inútil. Espenan cumplió su compromiso, y entró en Francia [1].

Fué tan sentida de los catalanes la salida de los franceses, como criticada y aun maldecida la conducta de Espenan, de quien públicamente se decia que algo mas que el cumplimiento de su palabra le habia movido á aquella determinacion, y algo entibió este desengaño la aficion de los catalanes á sus libertadores. Pero como hombres de valor y de teson, no desmayaron por eso, y los mas ardientes, haciendo virtud

(1) Melo, Historia de los movimientos, separacion y guerra de Cataluña, lib. V.—Sala, Epitome de los principios y progresos de las guerras de Cataluña, Barcelona, 1641.

de la necesided, consolábanse con la idea de que si solos se quedaban, escusaban de compartir con estraños la gloria de la defensa del país.

Entretanto, aunque entorpecidas y paralizadas por algun tiempo las operaciones del ejército de Castilla por lamentables rivalidades y celos entre sus gefes, al fin habia salido de Tarragona y ocupado á Villafranca del Panadés, que el teniente general de los catalanes Vilaplanà no se atrevió á defender. Algo mas se resistieron en San Sadurní, pero asaltado el pueblo con ímpetu por los castellanos, se retiraron á las fortificaciones de Martorell, donde no se podia llegar sino por profundos valles y por entre encumbrados montes, y por lo mismo formaba como el antemural de la capital. Para incomodar al enemigo por la espalda ordenó la diputacion á don José Margarit que con su gente bajára desde las sierras de Monserrat al campo de Tarragona. Este intrépido catalan se apoderó de noche del castillo de Constantí, cuya valerosa accion empañó haciendo degollar bárbaramente á cuatrocientos soldados castellanos que se hallaban heridos y enfermos en el hospital, como queriendo vengar con un hecho tan abominable las ejecuciones del marqués de los Velez en Cambrils. El capitan castellano Cabañas arrojó despues aquella gente feroz del pueblo y del castillo, no sin que le costára un reñidísimo combate.

A la vista ya el de los Velez de las fortalezas de

Martorell, llamó sus capitanes á consejo para ver cómo convendria atacarlas, y resolvió acometerlas y asaltarlas por donde mejor se pudiera, trepando además un cuerpo de ejército por la montaña de la izquierda, que bajando por el Coll de Portell cogiese al enemigo por la espalda. El diputado militar Francisco Tamarit que hasta entonces habia estado ocupado en el Ampurdan, fué el encargado de su defensa; reconoció su ejército y pidió nuevos refuerzos á Barcelona: á pesar del disgusto que causó esta peticion, que se criticó de cobardía ó de falta de habilidad, todo el mundó se aprestó á concurrir á la salvacion de la patria. Parroquias, cofradías, conventos, colegios, gremios, todos se apresuraron á dar socorros, y frailes, clérigos, estudiantes, tejedores, zapatéros, sastres y otros artesanos marcharon confundidos en compañías con el mosquete al hombro, entre todos mas de tres mil, á batirse con las tropas regulares de Castilla. De estas, la vanguardia, mandada por Torrecusa, subió por la aspereza de una sierra que los catalanes dejaron desguarnecida por creerla inaccesible. El marqués, que mandó entretanto atacar las trincheras y reductos, encontró en ellos una vigorosa resistencia, que duró todo un dia, hasta que al siguiente entre el estruendo de la artillería oyeron los catalanes resonar trompetas á su espalda. Era Torrecusa con sus tercios de vanguardia. Diéronse entonces por perdidos, y reuniéndose los cabos para ver la manera de



salvarse, acordaron retirarse en el mejor órden posible, si bien temiendo mas á sus propios soldados que á los enemigos, porque recelaban que aquella gente feroz, como acostumbra en tales casos, los tratára de traidores. Apretáb nlos fuertemente el de los Velez y Torrecusa con el afan de acabarlos y poner término á la guerra en aquella batalla; pero ellos, conocedores del país, lograron desfilar por parages y sendas que los castellanos no conocian, y pasaron el Llobregat, los unos por su angosto puente, por los vados los otros. Torrecusa entró en Martorell, y cuanta gente encontró, sin distincion de sexo ni eded, fué pasada á cuchillo en venganza de los oficiales y soldados que perdió y de la matanza del hospital de Constantí [1].

Una parte de la caballería de Torrecusa se dirigió á San Feliú, al tiempo que acababan de llegar á la poblacion los clérigos, estudiantes y artesanos que acudian de Barcelona en socorro de los de Martorell. A pesar del primer aturdimiento que al acercarse los castellanos sintió aquella milicia improvisada, todavía resolvió defenderse, é hízolo al abrigo de alguna infantería francesa que allí habia y con la proteccion del intrépido capitan de caballos Borrell, en términos

(1) Costó sin embargo la entrada de Martorell la pérdida de muy bravos oficiales, siendo la mas sentida la del teniente de maestre de campo general don José de Saravia, caballero del hábito de Santiago, y el hombre mas entendido y práctico que se conocia en los papeles y despacho de un ejército. De los catalanes murieron mas de dos mil hombres.—Martorell pertenecia á los estados del marqués de los Velez.

que al menos no fueron acuchillados, y tuvieron lugar para retirarse á las colinas y montañas.

Abierto y espedito ya el camino de Barcelona, el ejército continuó su marcha sin obstáculo hasta los pueblos mas inmediatos á aquella capital. El marqués de los Velez llamó á todos los cabos á consejo para acordar lo que se deberia hacer. Las órdenes del ministro eran de que se tomára con la mayor prontitud la ciudad; pero el de los Velez, que conocia que no es lo mismo disponer un plan desde el gabinete que ejecutarle en el teatro de la guerra; que no queria desobedecer á la córte, pero que comprendia estaba siendo el objeto de las miradas de toda Europa; que se proponia obrar en todo con prudencia, y principalmente en negocio tan grave y de tanta responsabilidad, habló á todos el primero, esponiéndoles las razones que habia en pró y en contra de acometer desde luego una ciudad populosa, amurallada, artillada, defendida por gente desesperada y resuelta; las ventajas que habria en tomarla, siendo el foco y principal asiento de la rebelion, y los riesgos de malograr el golpe, estando el ejército tan falto de víveres y tan menguado con las pérdidas y con las guarniciones que habia ido dejando atrás. El discurso del marqués dejó los ánimos de todos indecisos y vacilantes. Mandó después que cada uno hablara y diera su opinion. Todos tenian por desacertada la resolucion de la córte, pero nadie se atrevia á contradecirla; solo uno ins-

taba por que se cumplieran las órdenes del rey, de los demas, quién opinaba por el sitio, quién por llevar la guerra al Rosellon, quién por talar y saquear los pueblos, para ver si cansados los habitantes de sufrir tantos males conocian su yerro y volvian á la obediencia.

Resolvióse por último aproximarse á la ciudad, ocupar á Sans, que dista media legua, reconocer á Monjuich para ver si habria probabilidad de rendir aquella fortaleza, y convidar segunda vez á los catalanes con el perdon. Al efecto dirigió el de los Velez á la ciudad una carta diciendo: «Que se hallaba con fuerte ejército á la vista de la plaza; que el rey los ofrecia perdon por los escesos pasados y estaba pronto á recibirlos como hijos, si ellos se sometian á su obediencia; que este era el medio mas eficaz para evitar los daños que causa siempre el furor del soldado cuando se conquista una plaza á fuerza de armas; que como natural del país y como amigo no podia menos de darles este consejo, y que vieran bien el peligro á que de no seguirle se esponian.» Leyóse esta carta en la diputacion; creyóse, ó se quiso hacer creer que era un artificio para seducirlos, y se respondió al general diciendo: «Que habiendo visto al ejército cometer las «mas horribles atrocidades desde su entrada en el «Principado, así con los rendidos como con los que «habian opuesto resistencia, la única resolucion que «esperaban tomase, como la única compatible con

«sus honras, vidas y haciendas, era la de retirar sus «tropas: que esto supuesto, su excelencia veria lo que «era de mayor servicio á S. M. y de mayor beneficio «para el Principado, al cual se mostraba tan afecto, «como natural, cristiano y amigo.»

Irritó esta arrogante respuesta al general y á los gefes castellanos, é inmediatamente ordenó el marqués que dos divisiones de gente escogida, al mando la una de don Fernando de Rivera, la otra al del maestre de campo de los irlandeses conde de Tyron, subiesen la montaña de Monjuich por los dos costados, colocándose esta segunda entre la montaña y la ciudad; que el duque de San Jorge se colocára en los molinos con diez y ocho escuadrones, y la caballería de las Ordenes en un pequeño valle á la izquierda; que las baterías disparáran sin cesar contra el fuerte; el general y su estado mayor se quedarian en el Hospitalet para dar órdenes, y Torrecusa y Garay acudirian donde la necesidad lo exigiese.

Al ver estas disposiciones, comprendieron los barceloneses, no obstante la arrogante respuesta que acababan de dar, que se hallaban en el mayor aprieto y peligro. Y resueltos á tomar cualquier partido que no fuera el de someterse al rey de España, juntáronse los diputados de los tres brazos en número de doscientos para deliberar lo que convendria hacer en situacion tan apurada. Entre el dolor y el enojo de que todos estaban poseidos pronunciáronse diferentes

discursos, bien que casi todos conviniendo en que la república era incapaz de defenderse por sus solas fuerzas, y en que se hallaban en uno de aquellos casos estremos en que es lícito apartarse de la obediencia de s señor natural y entregarse á otro. En su virtud propusieron separarse definitivamente del tiránico cetro de Felipe de Castilla, y elegir otro monarca á quien encomendar la proteccion del Principado. Halló eco esta proposicion en la asamblea, y aclamando una voz á Luis XIII de Francia, fué repetida con general aplauso, acordándose en su consecuencia proclamar al monarca francés conde de Barcelona, título antiguo de los soberanos de Cataluña. Fundábase esta eleccion en razones de identidad de orígen de ambos pueblos, en los auxilios que ya los catalanes habian recibido de Francia, y en la esperanza de que el nuevo rey, en agradecimiento á esta preferencia, sostendria con mas decision sus libertades y fueros. Diputados, conselleres y oidores, levantaron acta de esta proclamacion (23 de enero, 1641), comunicáronla al nuevo conde, la notificaron al pueblo, que la recibió con alegria, y dieron parte en la direccion de las armas y de los negocios públicos, como por via de posesion de la provincia, á los cabos franceses que allí se hallaban, entregando á Mr. D' Aubigny la fuerza del castillo de Monjuich (1).

(1) Melo, Historia de los movimientos, etc. lib. V.—Limiers, Historia del reinado de Luis XIV., lib. I.

Defendia pues el castillo, que entonces solo tenia unas malas fortificaciones, el general francés Aubigny con trescientos veteranos franceses y ocho compañías de artesanos de Barcelona, la primera de mercaderes, la segunda de zapateros, la tercera de sastres, la cuarta de pasamaneros, la quinta de los que llaman estevanes, en que entraban muchos oficios, la sesta de veleros, de taberneros la séptima, y la octava de tejedores de lino. Otra compañía de Pellers guarnecia la torre de Damians. Habia tambien una parte del tercio de Santa Eulalia, y estaba el capitan Cabañas con algunos de sus almogavares, gente toda brava y feróz, que con dificultad obedecia á sus cabos; y hubo uno de ellos á quien quisieron matar una noche, y para salvar su vida se pasó al ejército real. Era general de las armas del Principado el diputado militar Tamarit, y tenia por maestres de campo á Du Plesis y Seriñan. La caballería catalana y francesa, compuesta de unos quinientos ginetes, formó frente al enemigo en el llano que termina el camino que va á Valdoncellas y el que sube á la Cruz cubierta. Se dió órden al conseller tercero que estaba en Tarrasa con la gente escapada de Martorell, para que acudiese á incomodar á los sitiadores, y á Margarit para que desde la sierra de Monserrat hiciese escursiones á fin de interceptar los convoyes del enemigo. Tamarit, Du Plesis y Seriñan distribuyeron convenientemente los tercios que habian de defender las murallas

y los que habian de acudir al socorro del fuerte [1].

Así las cosas, contentos y confiados los del ejército del rey, algo mas recelosos, aunque no menos resueltos los de la ciudad, entre siete y ocho de la mañana del 26 de enero (1641) al grito de *¡Viva el rey! ¡Viva nuestro general!* comenzaron las tropas castellanas á ejecutar el plan ordenado por el marqués. El escuadron volante del conde de Tyron subió el primero á embestir la colina que mira á Castelldefels, sin que le detuvieran las descargas de los mosqueteros catalanes. Fueron estos sorprendidos por el escuadron de Rivera que subia por el vallado, mas como se parapetaban fácilmente en las fortificaciones, hacíanles los nuestros poco daño, mientras ellos tuvieron la suerte de derribar de un balazo al conde de Tyron, pérdida que causó un sentimiento universal en todo el ejército. Tambien pereció el sargento mayor don Diego de Cárdenas. Con mejor éxito fueron atacados los que defendian el puesto de Santa Madrona, y hubieran sido del todo arrollados sin el socorro de los franceses que sus mismos capitanes pidieron al señor de Aubigny. Pero otro revés de mas importancia sufrian á este tiempo los castellanos en la parte de ejército en que se consideraban mas superiores, en la caballería. Mandada ésta por San Jorge y colocada en disposicion de impedir que salieran socorros de la

(1) Fray Gaspar Sala, Epitome de los principios y progresos de las guerras de Cataluña, part. 15.—Zarroca, Narració breu de tots los successos.—Melo, Hist. de los movimientos, etc., lib. V.

ciudad á Monjuich, fué provocada á combate por algunas compañías de caballos catalanes y franceses, protegidas por una manga de mosqueteros que disparaba al abrigo de una trinchera. Cuando la caballería española los acometia, retirábase el capitan francés con mucho artificio, atrayéndola hasta hacerla sufrir no poco estrago de su mosquetería. Pidió el de San Jorge auxilio á nuestra infantería, y con ella y con los escuadrones de las Ordenes arremetió furioso y obligó á los franceses á refugiarse á los muros y media luna del portal de San Antonio. Pero sufrian los nuestros un fuego mortífero de su artillería y mosquetería de las murallas. Ciega y ardorosamente arremetió mas de una vez el de San Jorge con el escuadron de coraceros, revolviéndose con sus contrarios y llegando á tener agarrado por el tahalí al capitan francés La Halle; prodigios de valor y arrojo hizo aquel intrépido general, hasta que cayó mortalmente herido de su caballo; á recogerle acudieron los capitanes; algunos de estos murieron en la refriega; Filangieri cayó tambien al suelo gravemente herido; con gran trabajo consiguió nuestra tropa retirar á uno y á otro medio desangrados, como que aquella noche murieron ambos gefes en el inmediato pueblo de Sans. Mucha sangre costó aquella refriega á la caballería castellana, tan superior en número á la enemiga; y mucho alentó aquello á los rebeldes de la ciudad que lo presenciaban.

Ya esto les permitió hacer señales á los de Monjuich de que iban á enviarles socorro; y así fué que sin dejar de hacer su artillería acertadísimos disparos que diezmaban nuestros escuadrones, escogiéronse dentro de la ciudad dos mil mosqueteros de los mas hábiles y robustos, los cuales salieron animosos por el camino cubierto que iba al fuerte. Al mismo tiempo tambien los marinos de la ribera desembarcando al pié de Monjuich comenzaron á trepar resueltamente en auxilio de los catalanes de arriba. Las fuerzas castellanas que atacaban la fortaleza retrocedian unas veces y avanzaban otras, llegando algunas hasta tocar las mismas trincheras. A este tiempo divisaron los de dentro la gente de socorro que les iba de la ribera y de la ciudad. Alentados con esto, saltaron algunos del fortin espada en mano, y hasta un padre capuchino que llevaba en ella un crucifijo, gritando: «*Ea, catalanes, esta es la hora de volver por la honra de Dios ultrajado y de Cataluña ofendida.*» Cuando llegó Torrecusa con su reserva, persuadido de que iba á tomar el fuerte y á hacer resonar el grito de victoria, quedóse sorprendido al encontrar los soldados huyendo, los capitanes descorazonados, y todo en confusion. Con su ejemplo y con su voz les volvió el aliento el de Torrecusa, y logró que con él se acercáran á las fortificaciones, bien que un artillero catalan disparando con el mayor acierto un pedrero aclaró horriblemente las filas de nuestros soldados. Falta-

ban escalas para el asalto, imprevision que no se podia esperar en el de Torrecusa, y enviólas á pedir al de Xeli, encargándole al propio tiempo que continuára batiendo la ciudad. Pero antes que las escalas llegáran, entraron en la fortaleza los catalanes de la ciudad y ribera, y juntos todos arremetian y disparaban con tal furor, que desde entonces todo fué estrago para nuestra gente, muriendo los mejores y mas atrevidos capitanes, entre ellos los dos Fajardos, sobrinos del general; y observándolo todo el marqués de los Velez, revolvia ya en su imaginacion los mas tristes presagios acerca del éxito de la empresa.

A las tres de la tarde el estruendo continuado del mosquete y del cañon retumbaba á un tiempo en derredor de la ciudad y en la altura de Monjuich. Aquí los castellanos, cansados ya de no adelantar nada, murmuraban del general que se empeñaba todavía en llevarlos inútilmente á la muerte, y deseaban un pretesto para retirarse y salvar las vidas. Vínoles pronto la ocasion, puesto que cogiéndolos así dispuestos una impetuosa salida de los catalanes del fuerte, apoderóse de ellos tal pánico, que revolviéndose los escuadrones primeros, y comenzando á bajar desordenadamente la falda atropellaban á los que estaban despues de ellos; creyéndose estos arrollados por todas las fuerzas enemigas juntas, arrojaban las armas y se despeñaban por barrancos, zanjas y malezas, sin que

nadie oyera las voces con que sus oficiales se esforzaban por animarlos y contenerlos. En este desórden, los enemigos cobrando audacia los acosaban con espadas, chuzos, hachas, alfanges y todo género de armas. Mucha sangre castellana regó las colinas de Monjuich en esta retirada vergonzosa, pereciendo muchos hombres de honor arrastrados y atropellados por los cobardes. Las banderas de Castilla, antes victoriosas, andaban pisoteadas por el suelo. El de Torrecusa, que fatalmente supo á este tiempo la muerte de su hijo el de San Jorge, afectado de una y de otra desgracia se dejó dominar de la amargura, se despojó de sus insignias militares, y se redujo á l soledad sin querer ver ni oir á nadie (1). En vista de esto el de los Velez encomendó á Garay la direccion de las tropas que habia tenido Torrecusa.

Los escritores catalanes testigos de aquellos sucesos se entusiasman describiendo el ardor patriótico que todas las clases de la poblacion mostraban en la ciudad, el valor, el arrojo y la diligencia hasta de las mugeres y los niños en llevar á los de las murallas municiones, cuerdas, provisiones, medicinas y todo género de socorro, pidiendo para ellos por las casas y calles las que no tenian, y enviándoles hasta las

(1) Cuando el de Torrecusa vió á su hijo enfrascado en la pelea en medio de la ladera de la montaña, alzó la voz y le dijo: «*Ea, Cárlos María, morir ó vencer; Dios y tu honra*.» Palabras dignas de un gran guerrero.—Melo, Hist. lib. V.

monjas desde sus conventos bizcochos y confituras, al tiempo que otras rogaban á Dios en los templos por el triunfo de la causa de Cataluña. Algunas mugeres andaban vestidas de soldados con espadas y puñales, y alguuas hubo que voluntariamente acompañaron á los que fueron desde la ciudad á Monjuich. Pero nada de esto maravilla al que conozca el ardor con que los catalanes han defendido siempre las causas que ellos toman como nacionales, porque interesan al Principado (1).

Trabajo costó á Garay, encargado ya del mando, rehacer los escuadrones, porque el miedo, el aturdimiento y el disgusto habian hecho á los soldados sordos á las voces y á las exhortaciones de sus gefes. Al fin consiguió reorganizar del mejor modo posible el destrozado ejército. Juntáronse entonces los cabos en consejo para determinar lo conveniente en estado tan lamentable. Mudo permaneció el de los Velez que le presidia, preocupado todo en considerar su desgracia y la de tan brillante ejército. Acordaron pues todos, y él no se opuso, volverse á Tarragona, y antes de la luz del nuevo dia emprendieron precipitadamente su marcha, temiendo que los acosáran los catalanes. Llegaron no obstante sin ser por nadie molestados, y

(1) Melo, Historia de los movimientos, separacion y guerra de Cataluña, lib. V.—Zarroca, Narració breu de tots los successos. —Sala, Epitome de los principios y progresos de las guerras de Cataluña.—Soto y Aguilar, Epitome de los sucesos del reinado de Felipe IV.

desde aquella ciudad informó el de los Velez al rey del infortunio, pidiendo su retiro. Fué concedido, y se nombró en su lugar al virey de Valencia Fadrique Colona, condestable de Nápoles y príncipe de Butera (1).

Tal y tan desventurada fué la famosa jornada de Barcelona, hecha por el marqués de los Velez con el ejército mas florido que pudo reunirse en España entonces, y despues de haber vencido á los catalanes en todos los puntos en que habian hecho resistencia. En ella se perdieron dos de los mas esclarecidos generales, con multitud de oficiales valerosos; once banderas de Castilla fueron depositadas en la sala de la diputacion de Barcelona, sin otras que los particulares

(1) Aquí termina el elocuente historiador don Francisco Manuel de Melo su luminosa y apreciable Historia de la separacion y guerra de Cataluña. Dignas de trascribirse nos parecen las últimas palabras de este distinguido escritor. «Marcho el infeliz ejército (dice) con tales pasos que bien informaban del temeroso espíritu que lo movia: caminó en dos dias desengañado, lo que en veinte habia pisado soberbio: atravesó los pasos con temor, pero sin resistencia: entró en Tarragona con lágrimas, fué recibido con desconsuelo: donde el Velez, dando aviso al rey católico, pidió por merced lo que podia temer como castigo. Excusóse de aquel puesto, y lo excusó su rey............ No pararon aquí los sucesos y ruinas de las armas del rey Felipe en Cataluña, reservadas quizá á mayor escritor, así como ellas fueron mayores. A mi me basta haber referido con verdad, y llaneza como testigo de vista estos primeros casos, donde los príncipes pueden aprender á moderar sus afectos, y todo el mundo enseñanza para sus acontecimientos.»

Tambien son notables algunas palabras del escritor catalan que compendió estos sucesos, al hablar del combate de Monjuich. «En Monjuych nos veya sino morts, sanch, armas, y lo fou de maravellar es, que en las faltriqueras del morts se trobaban sardinas, arengadas, bacallar, farina, blat, y altras cosas. La reputacio que han perdut las armas de Castella las naciones ho dirau, puix afrontosamente fugiren tants mil a seiscientos catalans; pero sent cosa de Deu, mes pochs podian vencer....... Fans los catalans en Barcelona una solemnísima professó á la Verge y Martyr patrona Santa Eularia, ab la solemnitat que lo dia del Corpus.»

recogieron, y ofrecieron á diferentes santuarios, y que entre todas hacen algunos subir á diez y nueve. Déjase comprender con cuánto júbilo se celebraria en Barcelona la derrota del ejército castellano, á la cual llegaron tarde los refuerzos que á los catalanes les venian de Tarrasa y los que descendian de las inmediatas cordilleras. La gente devota atribuyó este triunfo á la proteccion de Santa Eulalia y Santa Madrona, y los templos resonaron con las fiestas solemnes que se celebraron en accion de gracias á estas santas patronas.

Llegó á Barcelona, de paso para Roma, á tiempo de felicitar á los catalanes por su gran triunfo, don Ignacio Mascareñas, embajador del nuevo rey de Portugal, quien á nombre de su monarca ofreció á la ciudad y al Principado la amistad y ayuda de aquel reino, levantado contra Castilla por causas algo parecidas á las que Cataluña habia tenido.

A poco tiempo recibieron el Principado y la diputacion diferentes cartas del monarca francés (febrero y marzo, 1641), que todos aguardaban ya con ansiedad, manifestando que aceptaba con agrado y como gran merced su determinacion, y que para arreglar los pactos y condiciones entre ambos pueblos daba ámplios poderes, como representante de su persona, á Mr. de Argenzon, gran político, y sugeto de aventajadas cualidades. A su entrada en Barcelona salieron á recibirle los nobles don Pedro Aymerich y don

Ramon de Guimerá [1]. Y cuando Barcelona agasajaba al representante de Luis XIII. de Francia, Felipe IV. de Castilla comunicaba á la diputacion y conselleres el nombramiento de lugarteniente general que habia hecho en el príncipe de Butera, encargando que le obedeciesen y respetasen como á su propia persona. Singular candidez, que ni siquiera mereció contestacion, ni de la diputacion ni de los conselleres [2].

La retirada del ejército real á Tarragona habia sido á tiempo, porque á mediados del mes siguiente comenzaron ya á entrar en el Principado cuerpos considerables de tropas francesas, y el 20 del mismo mes (febrero) entró en Barcelona su general en gefe Houdencourt, conde de la Motte. Aparecióse no mucho despues en las costas de Cataluña el belicoso arzobispo de Burdeos con una flota de doce galeras y veinte naves, y despues de haber apresado, supónese que por infidencia de los marineros, las que Juanetin Doria enviaba con municiones y víveres á la plaza de Rosas, corrióse á las aguas de Tarragona. A principios de abril movióse el de la Motte en direccion de la misma ciudad con nueve mil infantes y dos mil quinientos

(1) Habia muerto ya (20 de febrero) el diputado eclesiástico don Pablo Claris, de quien los escritores catalanes hacen grandes elogios, y á quien consideran como uno de los mas fogosos patricios, y como uno de los libertadores de Cataluña. Aplicáronle el siguiente lema: «*Sibi nullus, omnibus omnis fecit:* Nada para sí, todo para todos.» En su lugar se nombró diputado por el brazo eclesiástico á don José Soler, canónigo tambien de Urgel.

(2) Don Jaime Tió: Continuacion de la Historia de Melo, lib. VI.

caballos, la mayor parte franceses, con mas el tercio de Santa Eulalia, que mandaba el conseller tercero don Pedro Juan Rossell. La guarnicion de Valls, que podia haberles hecho alguna resistencia, se retiró al acercarse conforme á órden que de su general tenia. Así pronto se vió el de la Motte dueño de casi todo el campo de Tarragona sin disparar un tiro. La guarnicion del castillo de Constanti, compuesta de trescientos hombres, se entregó cobardemente al francés tan pronto como se aproximó á la villa. Rindióse igualmente Salou; y viéndose el francés dueño de toda la comarca, y teniendo enfrente la escuadra del arzobispo de Burdeos, quiso apoderarse de la plaza de Tarragona; mas no contando ni con la artillería ni con las fuerzas suficientes para atacarla, propúsose reducirla por hambre, á cuyo efecto acuarteló sus tropas en los pueblos del contorno, quedando así cerrada la ciudad por mar y por tierra. Por mas que el arzobispo no aprobára esta determinacion, que podia acaso comprometer su flota si era acometida por la de España, recibió órden de Richelieu para que cerrára estrechamente la boca del puerto, y así tuvo que ejecutarlo.

No dió pruebas de muy hábil el nuevo general en lo de estarse quieto y dejarse encerrar en la plaza de Tarragona; pues aunque el ejército habia quedado reducido á menos de las dos terceras partes, aun se componia de cerca de catorce mil hombres, superior



en número al del conde de la Motte, y mas que suficiente para detenerle y quebrantarle; y no que dió lugar á que aquel enseñoreára el campo de Tarragona y tuviera tiempo para fortificar los pasos entre aquella ciudad y la frontera de Aragon. Así fué que no tardó en verse en los mayores apuros; y por otra parte el cardenal de Richelieu no se descuidaba en imposibilitar á los de Tarragona todo auxilio de los del Rosellon, enviando á esta provincia otro ejército de ocho mil infantes y mil caballos al mando de Condé, que no tardó en rendir la plaza de Elna, interceptar la comunicacion de Perpiñan con Colibre, y dejar espedito á las tropas de Francia el camino de Cataluña. Y entretanto un representante de la córte de París en Barcelona exigia de la diputacion á nombre del rey cristianísimo, que fortificára las plazas, pagára puntualmente las guarniciones, aumentára los sueldos de los franceses, y tuviera siempre en pié un cuerpo permanente de seis mil catalanes, que no pudiera nunca deshacerse y retirarse á sus casas como los de las levas y cofradías. La Francia exigia ya y obraba como soberana del Principado.

Solo por mar podia ser socorrida Tarragona, y así lo comprendió el ministro Olivares despachando las órdenes mas terminantes y precisas al marqués de Villafranca que mandaba las galeras de la costa de Valencia. Vencidas algunas dificultades por parte de éste y del virey de Valencia marqués de Leganés,

presentóse al fin el de Villafranca con su flota delante de Tarragona (4 de julio, 1641). Superior su escuadra á la del arzobispo de Burdeos, abrióse ésta en dos alas dejando ancho paso á las galeras del marqués, de las cuales penetraron las mas en el puerto, pero quedando otras fuera, porque la armada francesa empezaba á plegar sus alas acercándose cuanto pudo al muelle, y haciendo un fuego continuado y vivísimo inutilizó ó incendió algunos bergantines y una gran parte de las provisiones que acababa de dejar el de Villafranca: de modo que al poco tiempo se hallaron los de Tarragona en los mismos apuros y aun en mayor miseria que antes. Sin embargo, á los pocos dias logró el de Villafranca introducir los socorros en Tarragona, muy acosada ya del hambre.

Empeñada la córte, y en verdad en ello iba ya la suerte de España, en sostener y salvar á Tarragona, determinó hacer un esfuerzo estraordinario para socorrerla. Mandóse reunir una armada poderosa, compuesta de todas las naves que llevaban bandera española; y en su consecuencia se reunieron las galeras de Dunkerque, las de Nápoles, las de Génova, Toscana y Mallorca, al mando de los duques de Fernandina y Maqueda con las del marqués de Villafranca, y las velas de toda la escuadra reunida se dejaron ver el 20 de agosto á la altura de Tarragona. Vióse pues el prelado de Burdeos obligado á retirarse y á huir á toda vela á la costa de Provenza. La plaza quedó so-

corrida sin obstáculo y el ejército francés-catalan levantó el sitio, si bien á la córte le quedó el sentimiento de que no se hubiera obligado al arzobispo á entrar en combate; mientras por otro lado los catalanes acusaron al arzobispo de haberse dejado sorprender; Richelieu le hizo tambien cargos por su conducta, y resentido y quejoso el prelado de ver cuán mal se apreciaban sus servicios, se retiró haciendo dimision de su empleo (1).

Por su parte el de la Motte y el conseller tercero, abrumados de pesar por la escasez de gente y de recursos, por la incapacidad de los soldados de las últimas levas y el estrago que en los veteranos habian hecho las enfermedades, pidieron con instancia al consejo y diputacion de Barcelona que enviáran una embajada especial al rey Luis, para que informándole del verdadero estado de las cosas y del desconsuelo de los catalanes, le suplicára en nombre del país les acudiera con prontos y eficaces socorros por mar y tierra, y le invitára á que viniese él mismo á visitar el Principado y á prestar el juramento como soberano de Cataluña, con lo cual calmaria la efervescencia de los animos y se acrecentaria el amor que ya le tenian aquellos naturales. Accedió á ello la diputacion, y fué encomendada esta delicada mision á don Jose de Mar-

(1) Hist. du Ministere du Cardinal de Richelieu.—Limiers, Histoire du regne de Louis XIV. lib. I. —Tió: Continuacion de Melo, libro VI.—Dietarios de Barcelona.—Soto y Aguilar, Epitome de las cosas sucedidas, etc., ad ann.

garit, llevando los pactos y condiciones bajo las cuales le prestaban vasallage los catalanes. La guerra de los Paises Bajos en que se hallaba á la sazon empeñado Luis XIII, no le permitió venir en persona á prestar el juramento, y vióse precisado á dar sus poderes para ello al marqués de Brezé, mariscal de Francia, persona muy calificada, y nombrado recientemente virey de Cataluña. Por lo demas las condiciones y pactos que le presentaron los catalanes fueron aceptadas por el rey Luis con cortas modificaciones en algunas de sus cláusulas [1].

(1) Las principales condiciones de este celebre convenio eran las siguientes: Que S. M. observará y hacer observar los usages, constituciones, capitulos y actos de córte, y los demas derechos municipales, concordias, pragmáticas, y otras cualesquiera disposiciones que se hallen en el volúmen de sus constituciones, etc.—Que los arzobispados, obispados, abadias, dignidades y otros beneficios eclesiásticos, seculares y regulares, serán presentados en catalanes:—Que el tribunal de la Inquisicion conservará en Cataluña solamente el conocimiento de las causas de fé, y que los inquisidores y sus oficiales serán catalanes: —Que el rey jurará por si y sus sucesores no pretender, demandar ni exigir en ningun tiempo de la ciudad de Barcelona, ni de las demás villas y lugares del rincipado, y condados de Rosellon y Cerdaña, otras alcabalas é impuestos sobre el vino, carne y otros articulos, que los que la ciudad y las universidades hubieren establecido para subvenir á sus necesidades, etc.:—Que S. M. prometerá conservar á los conselleres de la ciudad de Barcelona la prerogativa de cubrirse delante del rey y cualesquiera personas reales, segun tienen de costumbre:—Que jurará guardar y hacer guardar los capitulos y actos de córte de la Generalidad de Cataluña y casa de la diputacion:—Que los oficios de los capitanes de los castillos, alcaldes y gobernadores de las fortalezas, y todos los oficios de justicia se darán á catalanes que lo sean verdaderamente y no á otros:—Que el Principado de Cataluña y condados de Rosellon y Cerdaña serán regidos por un virey y lugarteniente general de S. M., que elegirá y nombrará de sus reinos:—Que los alojamientos de los soldados, aunque sean auxiliares, se harán por los cónsules ó jurados de las universidades, y que los particulares no están obligados á dar, ni los gefes, capitanes y soldados les puedan exigir otra cosa sino la sal, vinagre, fuego, cama, etc.:—Que S. M. no separará de la corona real de Francia el Principado de Cataluña y condados de Rosellon y Cerdaña, en todo ni en parte, por ninguna causa ni razon, y

Es fama haber ocurrido en esta embajada otro incidente, de que sentimos á fuer de buenos españoles haber de dar cuenta. Refiérese que no contento el embajador catalan con los socorros que el rey de Francia y sus ministros le ofrecieron, en una conferencia particular con Richelieu le persuadió de lo ventajoso que seria á la Francia adquirir un territorio tan estenso y de tanta costa como el Principado de Cataluña y los condados de Cerdaña y Rosellon, que le abriria la puerta para la conquista de toda la Península, porque desde Lérida podria llevar fácilmente sus ejércitos hasta Madrid, y ac bar de una vez con una potencia de quien tantos daños habia recibido. Increible nos parece que á tal estremo pudiera conducir á ningun hombre el resentimiento y el deseo de la venganza. Pero añádese haber respondido el cardenal que por lo mismo que estaba persuadido de ello, intentaba arro-

que mientras sea rey de Francia será siempre conde de Barcelona, Rosellon y Cerdaña:—Que el Principado y condados, en lugar de las convocaciones de *Somatent general, Host y Cavalcada*, y de la que hacia en virtud del usage: *Princeps namque*, servirán con un batallon de cinco mil infantes y quinientos caballos, pagados, armados y municionados á costa de la provincia, los cuales servirán en ella, y no fuera, siempre que haya necesidad, etc.:—Que en cuanto á los gastos que se han de hacer en la provincia por razon de fortificaciones, paga y sueldo de los soldados franceses, ó de otra nacion, que no sean catalanes, se tratará en las primeras córtes generales, etc.

El testo de este importantisimo documento en dialecto catalan, se inserta como apéndice en la continuacion de la Historia de la revolucion de Cataluña de Melo, bajo el epígrafe: *Los pactes y conditions ab que los brazos generals del Principat de Catalunya, tinguts á 23 de janer prop passat posaren lo Principat y Comptats del Roselló y Cerdanya á la obediencia del cristianissim rey de Franza, los quals se han de posar en lo jurament que su Magestad, y los successors han de prestar en lo principi de sou gobern.*

jar á los españoles de Perpiñan y dejar espedito el camino de Barcelona. «Pero temo, añadió el astuto ministro, que los catalanes se cansen de las incomodidades de la guerra, y al cabo vengan á reconciliarse con su rey, haciendo inútiles todos nuestros esfuerzos.» Replicóle Margarit que si la Francia no faltaba á lo convenido, tan seguro estaba de que los catalanes cumplirian su palabra, que no tendria inconveniente en entregarle sus propios hijos en rehenes. «*Pues bien*, contestó el cardenal, *yo daré la ley á España, y os haré ver que sé aprovecharme de las facilidades que me proporciona la provincia de Cataluña.*»

No necesitaba el ministro de Luis XIII. jurar lo que decia para ser creido: con ese designio habia obrado ya antes, y los ofrecimientos de los comisionados no podian hacer sino confirmarle en él. Desde luego resolvió enviar mas fuerzas al Rosellon, y que el mismo monarca y él irian allá, volviéndose el de Condé á París para gobernar la ciudad en ausencia del rey. Nombró generales del ejército del Rosellon á los mariscales Schomberg y la Meylleraie, y el marqués de Brezé mandaria una numerosa flota para disputar á los españoles el dominio del mar. Tales fueron los planes que el de Richelieu manifestó para alentar y mantener devotos á su partido los catalanes.

Detenido el de Brezé en el Rosellon, á fin de impedir que cinco ó seis mil castellanos que estaban en



Coiibre fuesen en socorro de Perpiñan, y con el deseo de no demorar el juramento que tenia que prestar en Barcelona á nombre de su rey, envió á la diputacion para que le supliese en esta ceremonia á Diego Bisbe Vidal. La diputacion, teniendo por urgente lo del juramento para arreglar los negocios pendientes en la administracion de justicia, acordó enviar al síndico de la Generalidad, y los estamentos nombraron tambien tres personas, una por cada brazo, para que saliesen al encuentro al Vidal, y habiéndole hallado en la Junquera, verificóse en aquella villa la ceremonia del juramento (30 de diciembre, 1641), sin perjuicio de repetirle despues el mismo Brezé en Barcelona en la forma debida.

Habia sido nombrado gefe de las armas de España en el Rosellon el marqués de Mortara, bien reputado desde la accion de Fuenterrabía. Mas como tuviese poca gente para resistir al ejército francés, dióse órden á Torrecusa, rehabilitado ya en el mando, para que formando tercios de los soldados de las galeras y con los que pudiera sacar de Tarragona se embarcase á socorrer al de Mortara. El mariscal de Brezé y los catalanes se habian fortificado en el paso de Argelés. Torrecusa, con su energía y su actividad acostumbrada, arregló su gente, desembarcó en Rosas, pasó el Tech con el agua al cuello, sorprendió una noche las centinelas catalanas, degolló algunos soldados, ahuyentó los otros medio desnudos, y abierto el paso

logró juntarse con el de Mortara, que al efecto con su aviso vino á reunírsele desde Pe piñan. Picado de esto el de Brezé acometió á los nuestros, y empeñóse una recia y brava batalla, y siendo poco mas ó menos igual la infantería de ambos campos, pero muy superior en número la caballería francesa, portáronse con tal bravura Torrecusa y Mortara que obligaron á los enemigos á retirarse con no poca pérdida, quedando ellos dueños del campo (diciembre, 1641). El resultado de esta gloriosa accion fué hacer ver á los franceses que aun no se habia embotado el buen temple de las armas de Castilla, proveer á Perpiñan de provisiones para un largo sitio, la rendicion de Argelés y de Santa María del Mar, bien que ésta fuese despues reconquistada por los franceses [1].

El de Brezé, dispuesto lo conveniente para dejar guarnecidas las plazas que habia ganado en el Rosellon, partió para Barcelona, donde fué recibido con gran regocijo, y ratificó el juramento como virey de Cataluña (febrero, 1642), despues de cuya ceremonia hizo entrada pública en la ciudad en dos diferentes dias, en uno como virey y lugarteniente del rey de Francia, el otro como general en gefe del ejército.

Nada se habia hecho por la parte de Tarragona desde el socorro de la grande armada. El general don

(1) Henry: Historia del Rosellon.—Tló, Continuacion de Melo, lib. VI.—Soto y Aguilar, Epitome ad ann.



Fadrique de Colona, príncipe de Butera, murió á poco de esto; única cosa que puede decirse de él. Hombre de otra resolucion el marqués de la Hinojosa, conde de Aguilar, que le sucedió, aunque interinamente, recibido un refuerzo de ochocientos coraceros, salió á campaña á principios de este año (1642), y despues de derrotar dos compañías francesas en el Plá, sorprendió la villa de Alcover é hizo prisionero el tercio de Barcelona, al cual trató con mucha consideracion para ver de aplacar los ánimos que tanto habia irritado la severidad del marqués de los Velez. Mas no por eso dejó de acometerle con gran furia el de la Motte, aunque sin fruto, pues no obstante ser inferiores en número los españoles, hubo aquél de retirarse con gran pérdida á Montblanch. Enseñoreóse Hinojosa de Reus, Altafalla, Vendrell, Tamarit y otras villas en que habia guarniciones catalanas, tratando á todos con moderacion, menos á los del castillo de Constanti, á quienes pasó á cuchillo por la imprudencia con que se empeñaron en resistirle. Acibaró la satisfaccion de estos triunfos la desgracia del genovés Juanetin Doria, que habiendo dispersado una tempestad sus galeras cuando venia del Rosellon y encallado la capitana en la costa de Blanes, fué hecho prisionero y llevado á Francia.

En tal estado las cosas y cuando se veian síntomas de ir mejorando, tomaron desde entonces el mas funesto rumbo, ya por competencias de mando entre

nuestros generales, ya por el desacierto y la obstinacion del conde-duque, astro de siniestro influjo para España.

Habian sido nombrados los dos hijos del difunto duque de Cardona, don Vicente y don Pedro de Aragon, el primero general de las galeras de Valencia destinadas á la costa de Cataluña, el segundo general del ejército de Aragon que habia de operar tambien en el Principado. Púsose en marcha con sus tropas el don Pedro, y pasando el Cinca llegó sin tropiezo al campo de Tarragona. Suscitáronse allí competencias entre los dos generales sobre quién habia de tener el mando superior, conviniéndose al fin en que cada uno mandaría con independencia sus propias tropas, hasta consultar á la córte y que ésta resolviese. La córte resolvió lo peor, que fué, mandar á don Pedro de Aragon, marqués de Pobar, que tomando seis mil infantes, mil quinientas corazas y mil dragones pasase al Rosellon. Tenia para esto que atravesar mas de cien millas por país enemigo, por tierra fragosa y quebrada, y por parages angostos, sin víveres ni medios de trasportarlos, y todo esto cuando en el Rosellon, en Barcelona y en Montblanch habia tres generales franceses con bastante tropa cada uno observando sus movimientos, á saber: la Meylleraie, Brezé y el de la Motte. Para hacer ver estos y otros inconvenientes envió el marqués de Pobar á Madrid su maestre de campo don Martin de Mugica, proponiendo que en el caso de te-

ner que ir al Rosellon lo haria embarcándose en Tarragona, cosa fácil de ejecutar bajo la proteccion de nuestras escuadras. Pero el ministro Olivares, en esta ocasion tan obstinado y terco como desacertado y torpe, cerró los oidos á todas las observaciones del enviado, que eran las que todo hombre de mediano sentido alcanzaba, y fuéle preciso al de Pobar obedecer y ejecutar tan descabellado mandamiento.

Aunque se habia convenido en que la Hinojosa protegeria el movimiento llamando la atencion del enemigo hácia el Coll de Cabra, esto no se cumplió. No se sabe la causa, pero la conducta posterior de Hinojosa, altamente criminal, induce á creer que le abandonó por una abominable emulacion. Porque habiendo llegado despues una contraórden mandando al de Pobar que se quedára en Tarragona, y prestándose á llevarla el general de la caballería de las Ordenes don Rodrigo de Herrera, comprometiéndose á alcanzarle en dos marchas con cien caballos, no lo consintió Hinojosa, y se la fió á uno que la llevó al enemigo, comprometiéndose alevosamente la suerte de todo un ejército. Gran felonía la de aquel traidor, é inmensa responsabilidad tambien la de Hinojosa.

Emprendió el de Pobar su marcha (marzo, 1642) por un país exhausto y desierto, sin víveres, sin forrage y sin agua, pero sin que nadie le incomodára, hasta Villafranca del Panadés y Esparraguera, porque era plan de los catalanes y franceses dejar que se internára

y aislára en el país. Allí supo que el enemigo le tenia interceptados los pasos de modo que era imposible seguir adelante, en tanto que el conde de la Motte le alcanzaba ya y picaba la retaguardia. Y aunque esta acometiera á catalanes y franceses con tal bravura que hizo á varios capitanes morder el suelo y á otros huir hasta Barcelona, sin embargo al ver los montes vecinos coronados de gente, los almogavares cerrando los pasos del camino, las campanas tocando á somatén, las fogatas en los cerros para avisarse los del país, los caballos de la espedicion estenuados de hambre y de fatiga, los hombres sin fuerzas para llevar las armas, y en medio de dos ejércitos franceses, determinó el de Pobar emprender la retirada, porque seguir era temeridad, y ya habia acreditado que sabia obedecer. Desde el lugar de la Granata, para no encontrarse con los enemigos, tomaron de noche por el Coll de Santa Cristina; mas despues de haber andado muchas horas, sin luz, hambrientos, tropezando y cayendo á cada paso, por yerro ó por malicia de los guías vinieron á amanecer al mismo punto de donde habian salido. Cuando se preparaban á darse algun reposo y buscar algun alimento, echóseles encima el de la Motte, y cogiéndolos desfallecidos y además descuidados, hízolos á todos prisioneros, sin escapar ni generales ni soldados (abril, 1642).

«¡Viva el rey! ¡viva la Francia!» era el grito que resonaba en las calles de Barcelona luego que llegó



á la ciudad el correo que el de la Motte envió con la noticia de este gran triunfo [1]. Celebráronse fiestas con procesiones solemnes por espacio de tres dias. Todo el ejército prisionero fué conducido á Barcelona: los generales entraron en coches, y los aposentó el lugarteniente del rey de Francia en su propio palacio y los agasajó con espléndidos banquetes. Despues fueron llevados á Francia por mar y por tierra de quinientos en quinientos [2]. Ganó el baston de mariscal el conde de la Motte. En Madrid produjo la noticia de este suceso un verdadero espanto; no faltó quien culpára de él al marqués de Pobar; en verdad con poca justicia, que si no era don Pedro de Aragon un general muy

(1) Los pormenores de esta desdichada jornada, que nosotros no hemos hecho sino bosquejar, pueden verse en el cap. VII. de la continuacion á la Historia de Melo por don Jaime Tió, y en un impreso titulado: *Relacion de la verdadera rota y presa del general don Pedro de Aragon y de todo su ejército.* Barcelona, 1641.

(2) Al final de la *Relacion* antes citada se inserta una nómina de los gefes y oficiales que fueron llevados á Francia, con los nombres de las galeras en que los condujeron. Segun esta relacion fueron trasladados por tierra los siguientes:

Don Pedro de Aragon, general.

Don Francisco Toralto, lugarteniente.

El marques de Ribes, general de la artilleria.

Don Vicencio de la Matta, general de la caballeria.

Don Diego Sau, comisario general.

El baron de Letosa, comisario general.

Don Martin de Mogica, maestre de campo.

Don Pedro Pardo, maestre de campo.

Siete criados del marqués de Pobar.

Siguen las listas nominales de los que fueron trasportados por mar en la galera Cardenal, en la Ducal, en la Montreal, en la Vigilante, en la Seguerana, en la Fransac; continua á los que llevó el señor de Aubigny, y concluye: «Sin estos oficiales referidos han llevado á Francia prisioneros dos mil ciento y cincuenta, convoyandolos de quinientos en quinientos: finalmente todo el ejército entero, desde los generales hasta los soldados simples, van prisioneros á Francia, para rendir vasallage al monarca tan justo como potente, que veneran las armas de la Europa por Máximo.»

entendido, éranlo sus tenientes, y á él nadie podia tacharle de poca lealtad al rey, que por ella habia sufrido como sus hermanos larga prision en Barcelona. Algo mas culpados eran el conde-duque de Olivares por sus desacordadas órdenes, y el marqués de la Hinojosa por su perversa conducta.

La guerra del Rosellon habia tomado tambien el peor aspecto posible. Richelieu cumplió su palabra de asistir con el rey á los campamentos, si no para dirigir, para alentar con su presencia á generales y soldados. Un ejército de veinte y seis mil hombres operaba en aquella provincia al mando de los mariscales Schomberg y la Meylleraie. No tenia España ni aun la gente precisa para defender convenientemente las plazas. La de Colibre, donde estaba el marqués de Mortara, y que sitió y atacó Meylleraie, fué defendida con teson y con brío. Varias y muy vigorosas salidas hicieron los sitiados aun despues de abierta brecha, y en una de ellas llegaron á tomar seis piezas al enemigo, pero destruida por las bombas la cisterna que les surtia de agua, tuvieron que capitular y rendirse con honrosas condiciones (abril, 1642). Otras de menos importancia se fueron entregando tambien con menor resistencia. Perpiñan, la capital del condado, fué asediada por los dos generales y por todo el ejército, en términos que ni dejaban salir una sola persona ni entrar una sola acémila con provisiones. La guarnicion compuesta de tres mil hombres

mandados por el marqués de Flores de Avila, resistió con heroismo por espacio de mas de cinco meses un hambre horrorosa, en que despues de consumir y apurar todos los animales, hasta los mas inmundos, llegó al estremo de tragarse los pergaminos y roerse los cueros. Los tres mil hombres habian quedado ya reducidos á quinientos, y no tenian de dónde recibir ni de dónde esperar socorro. Fué pues preciso capitular, y no fué poca honra para aquellos valientes el salir con todos los honores de la guerra, con seis piezas de cañon y municiones para veinte tiros. Cuando entraron en ella los franceses (9 de setiembre, 1642), encontraron cien piezas de cañon de diferentes calibres, y fusiles para veinte mil hombres. Era el mas rico arsenal que tenia España en aquel tiempo. Con la rendicion de Perpiñan fué escusado ya pensar en la defensa de otras plazas. Los franceses quedaron dueños del Rosellon, y se perdió definitivamente para España aquella rica provincia, que con tan merecido empeño habian conservado los predecesores de Felipe IV. (1).

En este intermedio, por la parte de la frontera aragonesa-catalana el mariscal de la Motte, despues de hecho prisionero el ejército de don Pedro de Ara-

(1) Tió: Continuacion, lib. VII. —Henry, Historia del Rosellon.—Limiers, Historia del reinado de Luis XIV. lib. I.—Soto y Aguilar, Epitome.

La capitulacion, que consta de ocho artículos, fué firmada el 29 de agosto por el mariscal Schomberg, el mariscal de la Meylleraie, el marqués de Flores de Avila, don Diego Caballero, don Diego Fajardo y don Juan de Arce.

gon, habia intentado apoderarse de Tortosa; pero el gobernador Bartolomé de Medina, la guarnicion, el clero, el obispo, la nobleza, el pueblo, las señoras mismas, todos defendieron la ciudad con tal denuedo, compitiendo noblemente todas las clases en actividad y valor, que despues de dejar el francés ochocientos hombres muertos en los fosos, se retiró con ignominia, y como exasperado con aquella afrenta determinó entrarse por las tierras de Aragon. No fué mejor recibido en aquel Tamarite de Litera en que el año anterior habia cometido una infame y horrible alevosía [1]. Los habit ntes, que conocian ya bien á su costa la perfidia de este hombre, le resistieron hasta matarle quinientos soldados, y cuando ya no pudieron mas, huyeron á los montes. Algunos se hicieron fuertes en la torre de la iglesia, resueltos á morir antes que rendirse; y no murieron porque el general francés no quiso detener su marcha por tan poca gente, contentándose con dejar incendiada la poblacion, que toda, á escepcion de solas cinco casas, quedó reducida á pavesas. Deshonra grande para quien acababa de recibir el baston de mariscal, y gloria para los valerosos vecinos de Tamarite. Púsose

(1) Habia en efecto el año anterior en sus escursiones llegado á esta villa. Los habitantes, sencillos labradores los mas, bajo la palabra que el general les dió de que la tropa no cometeria violencia alguna, ni queria de ellos otra cosa sino que le dieran alojamiento, les ofrecieron todo cuando tenian. Pero llegada la noche, y con pretesto de una pendencia que los soldados fingieron entre sí, entregáronse, y el general no lo impidió, al saqueo, al pillage, y á todo género de desenfreno.

despues sobre Monzon: cuatro mil personas de la villa se refugiaron al castillo, que capituló al fin. Pero convencido el de la Motte de que Aragon no era Cataluña, y de que le era imposible conquistar una provincia tan fiel á su rey como enemiga de los franceses, retiróse á Lérida temeroso de comprometer su ejército.

Hinojosa, encerrado en Tarragona, limitóse á hacer algunas escursiones por el campo, en una de las cuales destrozaron los nuestros una columna de mil quinientos franceses y catalanes, degollando gran parte de ellos. Cuéntase que se descubrió en Tarragona una conspiracion que los frailes carmelitas descalzos habian tramado para entregar la plaza, y que al irlos á prender se dejaron los mas matar en sus celdas antes que darse á prision.

Tambien en el mar se habia combatido. La escuadra española de Dunkerque mandada por el almirante Feijóo batió furiosamente la armada francesa (30 de junio, 1642), echando á pique nueve de sus buques y maltratando otros; pero reforzada la de Francia con nuevos bageles, causó un descalabro en los nuestros, teniendo que recogerse al puerto, y quedando los franceses dueños del mar.

Clamaba todo el mundo, y desde el principio de la guerra se llevaba clamando por que el re fuese á animar con su presencia á los que combatian por él, al modo que lo estaba haciendo el rey de Francia. Opo-

níase solo el de Olivares, temeroso sin duda, ó de que se hiciera patente su ineptitud, ó de que le suplantára en la privanza algun general de inteligenci ó de fortuna. Al fin no pudo acallarse el clamor universal, y se acordó la jornada del rey. Dispúsose todo con gran ruido y aparato: hízose un llamamiento general á todos los grandes, nobles y caballeros á fuero de Castilla, conminando á los que no acudiesen con penas deshonrosas [1]; se registraron y recogieron todas las armas ofensivas y defensivas; se hicieron levas y requisas de hombres y de caballos, y poblaciones hubo como Madrid, donde ni quedaron hombres que ejercieran ciertos oficios, ni caballos de tiro para los coches. Faltaba dinero, y se apeló al patriotismo de los grandes y ricos para que cada cual ocurriese á los gastos á título de donativo segun su fortuna y facultades, lo cual produjo una no despreciable suma [2]. Cuando todo estuvo dispuesto, emprendió el rey su jornada, pero con tal lentitud, que habiendo salido de Madrid el 26 de abril, fuese deteniendo en Aranjuez, Cuenca, Molina y otras poblaciones, entreteniéndole el conde-duque con fiestas, en términos que

(1) En la Biblioteca Nacional, Sala de MM. SS. se encuentra el bando llamando á los hijosdalgo á campaña.

(2) Digno es de particular mencion el generoso y patri tico desprendimiento del almirante de Castilla Enriquez de Cabrera, el cual pidió al rey permiso para enagenar todo su patrimonio y destinar su producto íntegro á los gastos de la guerra. El rey no se le otorgó, pero no por eso dejó de ser digno dé eterna loa su ofrecimiento. Este almirante era el mismo que habia ido años antes al socorro de Fuenterrabía, y ganado aquel célebre triunfo. El conde-duque de Olivares le tenia arrinconado y sin destino.

no llegó á Zaragoza hasta el 27 de julio, presentándose, no con la sencillez de quien iba á una espedicion militar y á ver de enderezar una guerra desgraciada, sino con el boato, la pompa y la magnificencia de quien fuera á celebrar un gran triunfo.

Juntóse con estos esfuerzos un nuevo ejército de diez y ocho mil infantes y cerca de seis mil caballos, cosa estraordinaria atendida la situacion en que se encontraba el reino, y nombróse general en gefe al marqués de Leganés, á quien ya conocemos por sus mandos en Italia y Aragon y que estaba entonces en la gracia del conde-duque. Al mismo tiempo se equipó en Cádiz una armada de treinta y tres navíos de guerra, y cuarenta buques menores, con nueve mil hombres de tripulacion, cuyo mando se dió al duque de Ciudad Real. Con estos elementos habia derecho de prometerse una campaña ventajosa por mar y por tierra. Mas la suerte de España no lo quiso así. El rey no solamente no se movió de Zaragoza, sino que allí parecia haber ido mas á pasar una temporada de recreo, segun se daba á las diversiones, que á inspeccionar y dar calor á las operaciones de una guerra de que pendia la suerte de la monarquía. Vergüenza debia causarle ver que la reina en Madrid, donde quedó gobernando, visitaba los cuarteles, animaba los soldados y se desvivia por encontrar y enviar recursos (1).

(1) Otro rasgo de desprendimiento se vió tambien en esta ocasion, que nos complacemos en consignar. Habiéndose llegado la

Como antes de emprenderse la campaña se supiese la rendicion de las plazas del Rosellon, dióse ya por perdida aquella provincia, y en lugar de dividir el ejército en dos cuerpos, como se habia pensado, destinósele íntegro á Cataluña (1). Púsose pues en movimiento el de Leganés á fines de setiembre (1642), y pasando el Segre por Aytona, sentó el 7 de octubre su campo delante de Lérida en el llano de las Horcas. Esperábale el mariscal de la Motte con doce mil hombres, apostado en una colina llamada de los Cuatro Pilares. Atacó el primero don Rodrigo de Herrera con trescientos ginetes, é hízolo con tal brio, que se

reina en persona á pedir dinero prestado sobre sus joyas al rico negociante don Manuel Cortizos de Villasante, este digno español se negó á recibir las alhajas, y dió sin ninguna garantía ochocientos mil escudos para que se enviasen inmediatamente al ejército.

La reina se desprendió de sus propias alhajas destinando su valor á los gastos de la guerra. Al enviarlas á Zaragoza por mano del conde de Castrillo, tuvo la discrecion de halagar el amor propio del conde-duque, á quien meditaba ya derribar, queriendo que entregára por su mano las joyas, y escribiéndole la siguiente carta: «Conde: todo lo que fuere tan de «mi agrado como que el rey admita «mi voluntad en esta ocasion, quie«ro que vaya por vuestra mano; y «así os mando supliqueis á S. M. «de mi parte se sirva de esas jo«yas, que siempre me han pare«cido muchas para mi adorno, y «pocas hoy que todos ofrecen sus «haciendas para las presentes ne«cesidades. De Madrid, hoy vier«nes 13 de noviembre de 1642. «La Reina.»—El de Olivares le contestó sobremanera agradecido y el rey le escribió sumamente satisfecho.—Caida de la privanza del conde-duque de Olivares, en el Semanario Erudito de Valladares, tom. III.

(1) El duque de Nochera, que gobernaba el reino de Aragon, no se habia descuidado de prevenirse para contener tales invasiones, mas como dice Soto y Aguilar, «por ciertos inconvenientes bien «murmurados y mal entendidos, «mandó S. M. Católica que el «duque de Nochera dejase el go«bierno de Aragon, no habiendo «perdido de él un palmo de tierra, «antes avisado siempre en defensa «del reino le tenia bien prevenido: «le mandó viniese preso: no entró «en Madrid, porque fué llevado «á Pinto, donde estando en la pri«sion murió.» Epítome de las cosas sucedidas, etc., pág. 208.—Siempre errores y desaciertos del gobierno.

apoderó de una de las baterías enemigas colocada en un repecho. Pero acudieron allí nuevas tropas y fueron los nuestros rechazados. Hízose al fin general el combate en toda la línea, y peleóse desde la mañana hasta la noche; muy mal por parte de los nuestros, y no porque no lo hicieran con valor, sino por la confusion en el mando, que fué tal, que ni se entendian las órdenes, ni menos se ejecutaban, ni se sabia á quien obedecer, y cada oficial peleaba con los suyos por su cuenta, y nadie se subordinó á una voz y á un plan. De modo que llegada la noche se ordenó la retirada, y quedó el enemigo dueño del campo; y aunque se perdió poca gente, y no se puede decir que sufriéramos una derrota, es lo cierto que se renunció á tomar á Lérida; que el ejército perdió su fuerza moral, y que retirado á cuarteles se fué menguando y disipando por la indisciplina y las deserciones [1].

Oscurecida quedó con esta accion la gloria en otros campos ganada por el marqués de Leganés. Hiciéronsele las mas graves acusaciones, con razon unas, acaso no con tanta otras. De todos modos no puede disculpársele de haber inutilizado un ejército á tanta costa formado; y aunque él al principio se dió por vencedor y logró al pronto engañar al rey, no tardaron los resultados en demostrar la verdad. Entonces se le separó del mando y se le confinó á Ocaña, donde á

(1) Tió: Continuacion de Melo, lib. VII.

pesar de toda su amistad con el conde-duque se le abrió proceso sobre su conducta. El rey, lleno de tristeza, confundido y avergonzado del espectáculo que estaba allí ofreciendo, regresó á Madrid, y en mucho tiempo no se volvió á emprender nada sobre Cataluña.

El mismo dia que entró el mariscal de la Motte en Barcelona (4 de diciembre, 1642), donde prestó su juramento en calidad de virey, murió en París el grande enemigo de las casas de Austria y de España, el gran político y el hombre estraordinario que tantos años habia regido los destinos de la Francia, el que bajo el peso de su superior inteligencia humillaba á su pretendido rival el conde-duque de Olivares, el gran cardenal de Richelieu, cuya enemiga habia causado tantos males y tantas pérdidas á España [1].

(1) A su muerte escribió el rey Luis XIII. la siguiente carta á los diputados de Cataluña.

«Queridos y muy amados:

«Nadie ignora los grandes y señalados servicios que nuestro muy querido y amado primo el cardenal de Richelieu nos prestó, y con cuán buenos resultados prosperó el cielo los consejos que él nos dió: y nadie puede dudar que sentiremos como es debido la pérdida de tan fiel y buen ministro. Por tanto queremos que sepa todo el mundo cuál es nuestra pena, y cuán cara nos es su memoria, por los testimonios que de ello daremos siempre. Pero como los cuidados que debemos tener para el gobierno de nuestro estado y demás negocios deben ser preferidos á cualquier otro, nos vemos obligados á tener mas atencion que nunca, y aplicarnos de tal modo que podamos marcar los progresos que ahora habemos, hasta que quiera Dios darnos la paz que ha sido siempre el objeto principal de nuestras empresas, y para cuyo logro perderemos, si es menester, la vida. Con este fin hemos determinado conservar en nuestro consejo las mismas personas que nos han servido durante la administracion de nuestro primo el cardenal de Richelieu, y que le sustituya nuestro muy caro y amado primo el cardenal Mazarini, que tantas pruebas nos tiene dadas de su afecto, fidelidad é inteligencia cada y cuando lo hemos empleado, sirviéndonos muy bien y como si hubiese nacido va-

sallo nuestro. Pensamos sobre todo seguir en buena concordia con nuestros aliados, usar del mismo rigor y de igual firmeza en nuestros negocios como hasta ahora, en cuanto permitan la razon y la justicia, y continuar la guerra con la misma asiduidad y con tantos esfuerzos como desde que á ella nos obligaron nuestros enemigos, y hasta que tocandoles Dios el corazon, podamos contribuir con todos nuestros aliados al restablecimiento de la paz en la cristiandad, de tal manera que en lo futuro nada ya la turbe. Hemos creido oportuno comunicaros esto, para que sepais que los negocios de esta corona iran siempre como hasta ahora, á mas de que miramos siempre con particular cuidado cuanto concierne á vuestro Principado de Cataluña para guardarlo de todos los esfuerzos del enemigo. Queridos y muy amados nuestros: Dios os tenga en su santa guarda. San German de la Haya á los doce de diciembre de 1642.»

CAPÍTULO IX.

GUERRA DE PORTUGAL.

De 1641 á 1643.

Reconocen varias potencias al nuevo rey de Portugal, y hacen alianza con él.—Roma, por influencia de España, se niega á recibir sus embajadores.—Prision del príncipe don Duarte de Portugal en Alemania.—Prepárase don Juan IV. á la defensa de su reino.—Esfuerzos de España para reunir un ejército en la frontera.—Mala eleccion de general.—Flojedad con que se hizo la guerra por Estremadura y por Galicia.—Correrías y saqueos de una parte y de otra.—Conspiracion en Portugal para derrocar del trono á don Juan IV.—Quiénes entraban en ella y cómo fué conducida.—El arzobispo de Braga; el conde de Villareal, etc.—Es descubierta.—Castigo y suplicios de los conjurados.—Conspiracion del duque de Medinasidonia y del marqués de Ayamonte.—Intenta aquél proclamarse soberano de Andalucía.—Un español descubre en Portugal la conjuracion y la denuncia.—Castigo del de Medinasidonia.—Suplicio del de Ayamonte.—Continúa la guerra de Portugal sin vigor y sin resultado.

Hecha la revolucion de Portugal, reconocido y jurado solemnemente don Juan IV. por la nacion congregada en córtes que él se apresuró á convocar, trató el nuevo soberano de hacerse reconocer por las



potencias de Europa, principalmente por las enemigas de la casa de Austria, á cuyo efecto despachó embajadores á varias córtes. Los que fueron á París (marzo, 1641), encontraron á Luis XIII. y á su primer ministro Richelieu tan favorablemente dispuestos como era de esperar hácia una nacion que se emancipaba de España y á cuyo alzamiento habian ellos contribuido, y sin dificultad se celebró un tratado de alianza entre ambas potencias, puesto que ninguna mas interesada que la Francia en desmembrar y quebrantar el poder de Castilla. La córte de Inglaterra tambien se prestó fácilmente á renovar la amistad antigua entre los dos pueblos, y á franquear el mútuo comercio entre los súbditos de ambas naciones. Dinamarca y Suecia se alegraron de contar con un soberano y un reino mas, que hiciera frente al poder de la casa de Austria.

La república holandesa esquivó hacer un tratado de paz con el nuevo reino, para no verse obligada á restituirle los dominios y establecimientos portugueses de la India que habia conquistado durante la union de Portugal con la corona de Castilla, y que los portugueses pretendian pertenecerles otra vez de derecho. Los diputados de la república, no desconociendo la razon que les asistia, quisieron diferir la solucion de este negocio hasta la reunion de los Estados generales; pero se ajustó una tregua de diez años, y aun envió la Holanda una escuadra á Portugal para

que en union con la francesa persiguiera la de los españoles [1].

Despues de algun tiempo y no sin contradiccion de algunos portugueses, resolvió el rey enviar tambien embajadores á Roma bajo la proteccion de la Francia, porque ya se temia la influencia de España en la córte pontificia. Y en efecto, el marqués de los Velez, que despues de su dimision como virey de Cataluña se hallaba allí de embajador, y don Juan Chumacero, hombre en estos asuntos de gran reputacion y valía, trabajaron con el pontífice, primeramente para que les negára la entrada, despues para que no los recibiera en audiencia, representándole que el duque de Braganza no era sino un súbdito rebelde al rey católico, y que si recibia á sus enviados como representantes de un monarca legítimo, ellos no podrian menos de salirse de Roma. El papa, ó movido de estas razones, ó no atreviéndose á disgustar á los embajadores de España, no recibió á los portugueses, por mas instancias que el de Francia le hizo (octubre, 1641). Bramaban de coraje el francés y los portugueses: produjo esto escenas escandalosas y sangrientas en Roma; salióse el marqués de los Velez de la ciudad con los cardenales españoles para dejar que pasase aquella tempestad de que le echaban la culpa; in-

(1) Laclede, Historia general de Portugal, tomo VIII.—Faria y Sousa, Epitome de historias portuguesas, part. IV.—Seyner. Historia del levantamiento de Portugal, lib. IV., caps. 3 y 4.



sistió entonces de nuevo el embajador portugués obispo de Lamego en que le otorgase audiencia el papa; apretaba tambien el francés hasta con amenazas, y hasta con salirse de Roma; el papa se mantuvo inflexible, y los de Portugal se volvieron á su reino sin ser reconocidos, despues de solicitarlo inútilmente por espacio de un año.

Uno de los medios, y nada honroso en verdad, que emplearon los ministros españoles para contrariar la revolucion portuguesa fué negociar del emperador de Alemania que prendiese al príncipe don Duarte de Portugal, hermano de don Juan IV., que ageno á todo lo que estaba pasando acá en su reino servia con gloria en los ejércitos imperiales como teniente general; príncipe de gran provecho, y que habia dado pruebas de mucho valor y de suma habilidad en la guerra. Nuestros embajadores en Viena reclamaron su prision so pretesto de que no viniese á Portugal donde podria dar grande ayuda al rey su hermano. Resistíasele al emperador el tomar una medida tan injusta, y tan contraria á la hospitalidad y á los derechos que el príncipe habia adquirido á la consideracion y á la gratitud. Defendíale con calor el archiduque Leopoldo, y con él otros personages de la córte. Pero tal fué el empeño de la de España, que al fin logró que se ejecutára la prision del inocente, benemérito y desgraciado príncipe en Ratisbona (febrero, 1642), de donde fué conducido á Pasau y á Grats,

entregado despues á los españoles, y encerrado por estos en la ciudadela de Milan, donde murió, sin que su hermano pudiera jamás rescatarle por ningun medio. Accion inícua y baja, de mucha deshonra y ninguna utilidad para los ministros españoles (1).

Tan luego como don Juan IV. subió al trono, trató como hombre previsor de afirmarse en él por todos los medios. Mientras negociaba alianzas con otras potencias, fortificaba á Lisboa, reparaba las demas plazas del reino, mandaba instruir en el ejercicio de las armas á todos los hombres capaces de llevarlas, á es-

(1) Publicóse por aquellos tiempos en Portugal un folleto titulado: «EL PRINCIPE VENDIDO, Ó VENTA DEL INOCENTE Y LIBRE PRINCIPE DON DUARTE, INFANTE DE PORTUGAL, celebrada en Viena á 25 de junio de 1642 años. *El rey de Hungría vendedor: El rey de Castilla comprador*. Estipulantes en el acuerdo por el rey de Castilla *Don Francisco de Melo, gobernador de sus ejércitos en Flandes: don Manuel de Moura Córte-real su embajador en Alemania*. Por el rey de Hungria: *Su confesor; el doctor Navarro, secretario de la reina de Hungría*.—El muy alto y poderoso infante don Duarte, hermano del serenísimo rey de Portugal don Juan IV., fué vendido por cuarenta mil risdales.»

Hasta aquí la portada del libro, el cual empieza: «Sea manifiesto «al mundo un crimen monstruoso «de la tiranía, un prodigio abomi«nable de la ingratitud, y un es«tupendo sufrimiento de la ino«cencia, lleno de lástima, de hor«ror y de indignacion. Con vos «hablo, cristianos reyes, princi«pes poderosos, repúblicas sereni«símas, estados ilustres, y señores «grandes de toda Europa. A vos «digo tambien, oh bárbaros gen«tiles que amais la libertad huma«na, etc.»

En cambio se publicó en España otro escrito en impugnacion del anterior, con no menos ampuloso título y no menos estravagantes ínfulas de erudicion que este, pues se intitulaba. *Portugal convencida con la razon para ser vencida con las católicas potentísimas armas de don Phelipe IV., el Pio, emperador de las Españas y del Nuevo Mundo*, sobre la justísima recuperacion de aquel reino y la justa prision de don Duarte de Portugal. *Obra apologética, jurídico-teológico-histórico-política*, dividida en cinco tratados que se señalan en la página siguiente. En que se responde a todos los libros y manifiestos que desde el dia de la rebelion hasta hoy han publicado los bergantistas contra la palmaria justicia de Castilla. Escribióla don Nicolas Fernandez de Castro, caballero del órden de Santiago, señor de Lucio, etc.

cepcion de los eclesiásticos y de los físicamente inútiles, se enviaban armas á todas partes, y se prevenia así para el caso de una guerra, que era de esperar y él esperaba. Como que los portugueses le habian proclamado con gusto, con gusto tambi n se prestaban á cumplir todos sus mandamientos y disposiciones.

Por nuestra parte se trató igualmente de formar ejércitos á las fronteras de Portugal, pero faltaban recursos, faltaba gente, y faltó sobre todo, como de costumbre, tino para ello. El dinero y los soldados se habian casi apurado para la guerra de Cataluña. Buscóse no obstante uno y otro, llamando á la córte todos los caballeros hijosdalgo é invitándolos á concurrir á la guerra con armas y caballos segun la antigua usanza de Castilla. Pero los mas, si bien no se negaron á servir á su rey y á su patria, hacíanlo con su interés, pidiendo unos ayuda de costa, á condicion otros de obtener hábitos y mercedes. Con mas desprendimiento se condujeron muchos grandes, levantando á su costa compañías de á cien hombres, así como los ministros de los consejos cumplieron con poner cada uno en campaña cuatro hombres arm dos. Y mayor y mas espontáneo hubiera sido el sacrificio de unos y otros, si el rey hubiera accedido á separar de su lado al ministro favorito que todo lo mandaba y por quien todo se perdia, y mucho mas si el rey, como era su deber, y como lo pedia la necesidad, hubiera dejado las de-

licias de la córte y puéstose, como sabian hacerlo sus antecesores, en campaña. Aun así se juntó un pequeño ejército, que habria podido hacer algo dirigido por un hábil y aguerrido general. Pero el conde-duque tuvo el malhadado tacto de elegir para este cargo al conde de Monterey, ya conocido por su gobierno en Nápoles, pero que tenia el mérito ser hermano de su esposa, y el compañero del ministro en sus galanteos y en sus banquetes, en sus fiestas, en sus correrías y aventuras. Y fué fort na que negándose otros capitanes á servir á las órdenes de este gefe, se le diese por maestre de campo general á don Juan de Garay, grandemente reputado en las armas, como acababa de acreditarlo en la guerra del Rosellon.

Vergüenza era que tratándose de la reconquista de un reino, se redujeran las primeras operaciones de la guerra por parte de la antes poderosa España á pequeñas escursiones é insignificantes correrías desde las plazas de Mérida y Badajoz á las comarcas de Elvas y Olivenza, en que los españoles solian volver con algunos prisioneros y algun botin, poco disciplinados los portugueses. Como empresa ya formal se intentó con un cuerpo regular de ejército el sitio y ataque de Olivenza, mas es desconsuelo tener que decir que hechas tres tentativas en tres acciones diferentes, en una de ellas abierta ya brecha y dado el asalto, todas tres veces fueron rechazados con pérdida los nuestros, cobrando con esto no poco brío los

portugueses. De tal modo era unánime en la córte la opinion en atribuir al de Monterey aquellas pérdidas y aquella impotencia, que á pesar de su deudo y de su favor con el conde-duque, hubo que relevarle del mando de aquel ejército, el cual se encomendó al marqués de Rivas, conde de Santisteban, que no mucho mas esperimentado, aun con tener por maestre de campo á Garay, tampoco consiguió ninguna ventaja. Por el contrario, don Martin Alfonso de Melo, general de los portugueses, ejecutó una bien combinada operacion con un cuerpo de cuatro mil hombres sobre la villa de Valverde, donde se hallaba don Juan Tarrasa con ochocientos infantes y trescientos caballos españoles de tropa reglada. La defensa que hizo Tarrasa fué buena, y costó al portugués mucha gente, pero Melo se apoderó de la villa, condújose con humanidad con los prisioneros y heridos, que llevó á Olivenza, y de allí pasó á Elvas, donde se celebró su triunfo con *Te Deum* y otras solemnidades, excesivas para una accion, si bien gloriosa, nada estraordinaria Lo demas por aquella parte se reducia á escaramuzas diarias en los pueblos de una y otra frontera, y á talas, incendios y saqueos de una y otra parte.

Con mas furia, y tambien con mas ferocidad se hacia la guerra por la parte de Galicia. El marqués de Tarrasa que allí mandaba, habia hecho una invasion con intento de atacar á Chaves, capital de la

provincia de Tras-os-Montes, con un cuerpo considerable de tropas; mas luego se retiró sin haber hecho otra cosa que una estéril amenaza y el saqueo de algunos pueblos. Cara nos costó esta accion, porque juntándose los habitantes en número de tres mil, invadieron á guisa de bárbaros la Galicia, destruyeron mas de cincuenta poblaciones, y cometieron todo género de violencias con los hombres, toda clase de abominaciones y liviandades con las mugeres. Las gentes huian atemorizadas á los montes; el de Tarrasa se encerró en el castillo de Monterey, pero entretanto otras turbas feroces de portugueses entraron por otra parte de Galicia, y cometieron los mismos excesos, siendo de notar que los monges del monasterio de Bouro, que los acompañaban armados, no cedieron en ferocidad á los seglares. Los habitantes de Braga, Viana y Guimaraes, movidos por Gaston Coutiño, arrojaron á los españoles de algunas fortalezas que conservaban en territorio portugués. Nada se adelantó con que fuera á Galicia el cardenal Espínola; nada tampoco digno de su nombre ejecutó el duque de Alba por el lado de Ciudad Rodrigo (1).

Lo que sucedia, y esto entraba en el órden natural de las cosas, era que las antiguas posesiones portuguesas en Asia, Africa y América, segun iban teniendo noticia del alzamiento de Portugal y de la

(1) Laclede: Historia general de Portugal.—Soto y Aguilar: Epítome de las cosas sucedidas, etc.

proclamacion de don Juan IV., todas se iban alzando tambien contra España y reconociendo su nuevo rey, casi sin resistencia, gobernadas como estaban las mas por portugueses. Solo Ceuta se conservó en nuestro poder, por la lealtad de su gobernador. Así España perdió aquellas inmensas posesiones transmarinas, con la misma facilidad y rapidez con que las habia adquirido [1].

Es muy comun fraguarse conspiraciones para derrocar un trono recien establecido, y en nuestro caso con Portugal habia una razon de mas para acudir á este medio, por lo mismo que el conde-duque de Olivares y los pocos partidarios de España que allá habian quedado, se convencieron de que no era posible reconquistarle con la fuerza, empleada ésa casi toda, y siendo menester aun mas que hubiese, en Cataluña. Recurrióse pues á la intriga y á la conspiracion. Hízose el alma de ella el arzobispo de Braga, el favorecido y el amigo íntimo de la vireina de Portugal, á quien veia con lástima presa entre sus mismos súbditos, y que por otra parte temia, y no sin razon, que su rival el arzobispo de Lisboa, ahora la persona mas allegada al rey, le comprendiera entre los proscritos. Manejóse tan diestramente el prelado con los descontentos del nuevo gobierno, hablando á cada cual en el sentido que podia lisongear su pasion ó su

(1) Faria y Sousa: Epitome, part. IV., cap. 4.

interés, que no tardó en hacer entrar en la conjuracion personas tan principales como el marqués de Villareal, á quien ofreció el vireinato á nombre de la corte de España, al duque de Caminha su hijo, al inquisidor general, al conde de Val de Reys, al de Armamar, á don Rodrigo y don Pedro de Meneses, hijo del conde de Castañeda el uno, presentado para la mitra de Porto el otro, al comisario de cruzada, y á otros de los que habian tenido empleos de los españoles, y no podian tenerlos con el nuevo rey. Era su principal agente un hidalgo llamado don Agustin Manuel, mozo de tanto talento como audacia, y muy cortado para el caso; y ayudábale tambien grandemente el judío Baeza, hombre rico, que habia hecho servicios al de Olivares, y recibido de él en recompensa con general escándalo la órden de Cristo [1].

No se proponian menos los conjurados que pegar fuego al palacio por cuatro partes, asegurarse de la reina y sus hijas, asesinar al rey, proclamar la vireina, y restablecer el gobierno de España, de donde esperaban proteccion y socorro para cuando estallára la conspiracion. Señalado estaba ya el dia en que habia de hacerse la revolucion, que era el 5 de agosto (1641), cuando quiso su mala estrella que el pliego en que lo avisaban al conde-duque cayera en manos

(1) «La pasion del arzobispo era tan violenta (dice á este propósito el portugués Faria), que no tuvo vergüenza de servirse del socorro de los enemigos de Jesucristo: entonces fué la primera vez que la Inquisicion obró de concierto con ellos.»

del marqués de Ayamonte, gobernador de una de las plazas de la frontera, y pariente inmediato de la reina de Portugal, el cual le pasó inmediatamente á manos del rey, con quien tenia correspondencia reservada. Calló don Juan IV, y para el 5 de agosto hizo entrar tropas en Lisboa con pretesto de pasarles revista; llamó á consejo al arzobispo de Braga y al marqués de Villareal, que no imaginando que la conspiracion pudiera haberse descubierto se encontraron presos en el palacio mismo. Prendióse tambien á los demas conjurados, con tanto asombro de estos como del pueblo que nada sabía. Formóseles proceso; descubrióse todo por las declaraciones, inclusa la circunstancia de que los judíos eran los que habían de poner fuego al palacio real y á varias casas para llamar la atencion, y matar entretanto al rey; y por último, fallado el proceso el 26 de agosto, se condenó al marqués de Villareal y al duque de Caminha su hijo á ser degollados, al judío Baeza y algunos otros á ser descuartizados, y al arzobispo de Braga y á los demas obispos á ser encerrados en prisiones hasta que la córte de Roma decidiera de su suerte. Al fin por ciertas consideraciones se conmutó la pena de los prelados y del inquisidor en cárcel perpétua. A poco tiempo se publicó que el arzobispo habia muerto en ella de enfermedad: sobre esta muerte se hicieron diferentes comentarios, nada estraños atendidas todas las circunstancias. El conde-duque de Olivares no pu-

do averiguar cómo la conspiracion habia sido descubierta [1].

A esta conspiracion sucedió otra con muy opuestos fines, y mucho mas descabellada é injustificable que la primera. El principal instigador y motor de ésta fué el mismo marqués de Ayamonte, á cuyas revelaciones se debió el descubrimiento de la otra, siendo lo singular, y lo providencial, que quien violando el secreto de la correspondencia y haciendo oficios de denunciador sacrificó una porcion de víctimas ilustres, fué á su vez descubierto y denunciado por otra correspondencia; y herido por sus mismos filos, el sacrificador de los primeros conspiradores fué la víctima de la segunda conspiracion.

Gobernaba la Andalucía el duque de Medinasidonia don Gaspar Alonso Perez de Guzman, que no sabemos cómo seguia ejerciendo un mando de importan-

(1) Faria y Sousa: Epitome de historias portuguesas, part. IV., cap. 4.—Laclede: Historia general de Portugal.—Seyner: Historia del levantamiento de Portugal, lib. V., caps. 7.° al 12.

Ya antes de este suceso se habian ejecutado en Lisboa otras prisiones con motivo de haberse ausentado con miras hostiles varios caballeros castellanos y algunos portugueses enemigos del nuevo rey. Procedióse contra las personas y haciendas de los que se supo ó se sospechó estar en connivencia con aquellos. Entre otros se prendió al marqués de la Puebla, y á toda la familia de Diego Suarez. Tambien fué preso el historiador de estos sucesos fray Antonio Seyner, del órden de San Agustin, el cual dedica uno de los capítulos de su historia á la relacion de su prision particular bajo el epígrafe: *«Del modo que me prendieron, y de las distintas prisiones en que me pusieron y de las causas de mi prision.»* Es el cap. 11 del lib. IV.—Miramos por tanto á este historiador con la desconfianza de quien escribia movido de personal resentimiento, y él disimula poco en su obra su apasionamiento por la causa de España, y la ojeriza con que miró siempre la revolucion de Portugal.

cia siendo hermano de la nueva reina de Portugal, si no se esplica por el parentesco que tambien tenia con el conde-duque de Olivares. Era el de Medinasidonia hombre de mas ambicion y vanidad que talento, y tenia mas ínfulas de soberano que de capitan general y gobernador de una provincia. Conocia esto su pariente el marqués de Ayamonte, y como un proyecto que podia conducir al engrandecimiento de los dos á un tiempo, sugirióle la idea estravagante de hacerse proclamar rey de Andalucía, alentándole con la buena proporcion que para ello ofrecia la debilidad del gobierno de Madrid, desmembrado el Portugal, rebelada la Cataluña, próximos á perderse los Paises Bajos, y contando con la proteccion que les darian sus parientes el rey y la reina de Portugal, con quienes el de Ayamonte se hallaba en comunicacion y á quienes acababa de hacer tan gran servicio. Parecióle deber fiar al de Medinasidonia una idea que tanto lisonjeaba su orgullo, y para arreglar su plan establecieron su correspondencia por medio de un tal Luis de Castilla. Para entenderse con el rey de Portugal enviaron luego á Lisboa un religioso franciscano nombrado fray Nicolás de Velasco. El favor de que este religioso gozaba en aquella córte hizo sospechar á un español llamado Sancho, hechura del de Medinasidonia, y tesorero del ejército antes de la revolucion, prisionero en Lisboa con otros de su nacion, que aquel fraile manejaba alguna intriga contra España. Propúsose averi-

guarlo, y con achaque de antiguo criado del duque de Medinasidonia, de quien tenia cartas, que en efecto le enseñó, suplicóle intercediera con él para que le volvieran la libertad. Interesóse el franciscano, y lo consiguió fácilmente. El buen Sancho se mostró tan agradecido, y llegó á inspirar tanta confianza al religioso, que como le dijese que queria irse á Andalucía donde estaba el duque su amo, parecióle á fray Nicolás que era seguro conducto por donde informar al de Ayamonte y al de Medinasidonia del estado de las negociaciones, informóle del secreto y le dió cartas para ellos.

Sancho, luego que salió de Portugal, tomó el camino de Madrid, llegó y entregó las cartas al conde-duque, que se quedó absorto al leerlas. Dió cuenta de todo al rey, el cual puso, como de costumbre, la informacion y fallo de este negocio en manos de el de Olivares. Disculpó éste cuanto pudo al de Medinasidonia, sin duda por compromisos que ademas del parentesco con él tuviera. Así fué que se limitó á mandarle presentarse inmediatamente en la córte, mientras ordenaba que al de Ayamonte le trajeran preso. Vino el de Medinasidonia, aunque de mala gana; el orgulloso magnate que habia soñado ser rey se echó humildemente á los piés de Felipe IV., confesó su culpa y pidió perdon. Otorgósele el soberano, ya predispuesto á ello por el ministro, bien que por via de castigo se le confiscó una parte de sus bienes y se le sujetó á

vivir en la córte. Pero el conde-duque le obligó á más: con achaqve de que necesitaba justificar en público su inocencia, le comprometió á desafiar al duque de Braganza, por medio de carteles que estendió por toda España, y aun por toda Europa. Señalóse para lugar del combate un llano cerca de Valencia de Alcántara que sirve de límite á ambos reinos, donde se ofrecia el duque á esperar ochenta dias, que se empezarian á contar desde 1.° de octubre. Y en efecto allá se fué el de Medinasidonia, acompañado del maestre de campo don Juan de Garay, y allí esperó el tiempo prefijado, hasta que viendo que nadie parecia se retiró á Madrid, satisfechos él y el conde-duque de lo bien que habian representado aquella farsa pueril (1).

(1) Son notables y sobremanera curiosas las palabras de aquel famoso cartel de desafio. Comenzaba asi. «*Yo don Gaspar Alonso de Guzman, duque de Medinasidonia, marqués, conde y señor de San Lucar de Barrameda, capitan general del mar Occéano en las costas de Andalucía, y de los ejércitos en Portugal, gentil-hombre de la cámara de S. M. C. que Dios guarde:*

«Digo, que, como es notorio á todo el mundo, la traicion de don Juan de Braganza, antes duque, lo sea tambien la mala intencion con que ha querido manchar la lealtad de la casa de los Guzmanes, etc........ Mi principal disgusto es que su muger sea de mi sangre, que siendo corrompida por la rebelion, deseo hacer ver al rey mi señor lo mucho que estimo la satisfaccion que muestra tener de mi lealtad, y darla tambien al público, etc.

«*Por lo cual desafío al dicho don Juan de Braganza, por haber falseado la fé á su Dios y al Rey, á un combate singular, cuerpo á cuerpo, con padrinos ó sin ellos, como él quisiere, y dejo á su voluntad el escoger las armas: el lugar será cerca de Valencia de Alcántara, en la parte que sirve de límites á los dos reinos de Castilla y de Portugal, á donde aguardaré ochenta dias, que empezarán el 1.° de octubre, y acabarán el 19 de diciembre del presente año: los últimos veinte dias me hallaré en persona en la dicha villa de Valencia de Alcántara, y el dia que me señaláre le aguardaré en los límites. Doy este tiempo al tirano para que no tenga que decir, y para que la mayor parte de los reinos de Europa sepan este desafío; con condicion que asegurará los caballeros que yo le enviare, una legua dentro de*

El de Ayamonte fué traido preso. Hízose con él una felonía, que fué ofrecerle el perdon si confesaba su crímen, y despues de confesado, no cumplirlo, y condenarle y llevarle al suplicio, que sufrió con una entereza sorprendente. Así terminó aquella conspiracion, y así pagó el de Ayamonte el oficio de delator que en la anterior conjuracion habia hecho. Pero desconsuela pensar en la situacion miserable á que habia ido viniendo la monarquía, cuando ya los magnates se atrevian á pensar en erigirse en soberanos [1].

La guerra con Portugal, casi interrumpida el resto de aquel año (1641) por las lluvias y las nieves, no se hizo en el siguiente con mucho mas vigor, demasiado ocupadas las fuerzas de España en Cataluña

«Portugal, como yo aseguraré los «que él me enviare, una legua «dentro de Castilla. Entonces le «prometo hacerle conocer su in«famia tocante la accion que ha «cometido, que si falta á su obli«gacion de hidalgo.............. viendo «que no se atreverá á hallarse «en este combate.............. ofrezco «desde ahora, debajo del placer «de S. M. C. (Q. D. G.) á quien le «mataré, mi villa de San Lucar «de Barrameda, morada princi«pal de los duques de Medinasi«donia; y humillado á los pies de «su dicha magestad le pido que «no me dé en esta ocasion el man«do de sus ejércitos, por cuanto «ha menester una prudencia y una «moderacion que mi cólera no «podria dictar en esta ocurren«cia, permitiéndome solamente que «le sirva en persona con mil ca«ballos de mis vasallos, para que «no apoyándome sino en mi ánimo, «no solamente sirva para restaurar «el Portugal y castigar á este re«belde, ó traerle muerto ó vivo á «los pies de Su Magestad si re«husa el desafío; y para no olvi«dar nada de lo que mi celo pu«diese, ofrezco una de las mejores «villas de mi estado al primer «gobernador ó capitan portugués «que hubiese rendido alguna ciu«dad ó villa de la corona de Por«tugal, que sea de alguna im«portancia para el servicio de «S. M. C., quedando siempre poco «satisfecho de lo que deseo hacer «por su servicio, pues todo lo que «tengo viene de él y de sus glo«riosos predecesores. Fecha en To«ledo á 19 dias del mes de setiem«bre, 1641.»

(1) Laclede: Historia general de Portugal, tom. VIII.—Faria y Sousa: Epitome, part. V., lib. 4.—Seyner: Historia del levantamiento de Portugal, lib. IV.—Soto y Aguilar: Epitome, ad. ann.



y en los paises estrangeros, y no suficientes todavía las de Portugal para emprender conquistas. Reducíase por la parte de Estremadura á recíprocas invasiones y parciales encuentros mas ó menos reñidos, en que unos y otros gefes solian atribuirse la victoria. Las comarcas fronterizas de uno y otro reino sufrian incendios y devastaciones lamentables, principalmente en la estacion de la recoleccion de los frutos, en que para impedirla se empeñaban combates sangrientos, sin otro resultado que derramarse sangre é inutilizarse las cosechas. Mayor y mas viva era la guerra que por medio de escritos y papeles se hacian las dos naciones llenándose españoles y portugueses de denuestos, y dándose mútuamente los títulos y dictados mas denigrativos que encontraban en sus respectivos vocabularios.

Por Galicia, donde mandaba el gran prior de Navarra como capitan general de aquel reino, lo único notable que hubo fué, que mientras éste parecia prepararse á invadir la provincia de Tras-os-Montes, cinco mil portugueses mandados por don Manuel Tellez de Meneses y don Diego Melo Pereyra entraron en Galicia, desolaron todo el país por donde pasaron, y volviéronse sin que el prior de Navarra que contaba con fuerzas considerables y aun superiores, los escarmentára ni detuviera, ya que no les habia ocupado, como pudo, los desfiladeros que tenian que atravesar (1642).

Conoció el rey de España que necesitaba hacer los mayores esfuerzos para recobrar á Portugal, y así lo pensó y consultó á todos sus consejeros y ministros. Convinieron todos en ello, y se hicieron preparativos para juntar un ejército poderoso. Tardío era ya el recurso, como luego habremos de ver, contando ya Portugal con la alianza y la proteccion de las naciones entonces mas pujantes de Europa, interesadas en destruir el poder y la influencia de la casa de Austria (1).

(1) Soto y Aguilar: Epitome: MS.—Historia desde el año de 1626 hasta 1648: MS. de la Biblioteca Nacional.—Noticias de lo ocurrido en la córte en los años 1640, 41 y 42.: MS. ibid.

CAPÍTULO X.

CAIDA DEL CONDE-DUQUE DE OLIVARES.

1643.

Situacion interior de España.—Ineptitud del ministro.—Distracciones del rey.—Corrupcion de la córte.—Bailes, toros, comedias, banquetes, disipacion, desmoralizacion pública.—Miserables providencias del conde-duque.—Cúlpanle de todas las desgracias y calamidades de la nacion.—Conjuracion para derribarle del poder.—Cómo se preparó su caida.—La reina.—Doña Ana de Guevara.—Otros personages que á ella ayudaron.—Caida del conde-duque.—Billete del rey.—Retírase el de Olivares á Loeches.—Júbilo del pueblo.—Muere el conde-duque de Olivares en Toro.—Cuán funesta fué á España su privanza.

Eran ya los males de España demasiado graves para ser con resignacion sufridos, y el gobierno del ministro Olivares demasiado funesto para ser con paciencia tolerado.

La pérdida de Portugal y la humillacion de las armas nacionales en Cataluña, estos dos sucesos calamitosos, ignominia el uno y bochorno el otro del gobierno que no habia sabido ni prevenirlos ni enmendarlos, habrian podido parecer algo menos dolorosos, si las desgracias interiores de la monarquía hubieran



estado, como en otros tiempos, compensadas con la gloria que allá en otras naciones ganaban las banderas españolas, alcanzando triunfos, conquistando provincias, abatiendo reinos, y levantando muy alto el nombre español y el predominio de la corona de Castilla. Pero allá se iba nublando tambien nuestra estrella, y si no tan opaca como en los dos estremos de España, tampoco nos lucía con el fulgor de la prosperidad.

En Italia nos abandonaban los que creíamos nuestros mas firmes aliados y nuestros mejores y mas útiles amigos, y hasta los pequeños príncipes que habian sido de antiguo vasallos nuestros desamparaban nuestra decaida causa y se unian á los franceses. En Flandes, donde se habian fijado los ojos y las esperanzas de los españoles, como que era donde se hallaban recogidos los restos de aquelloss formidables tercios formados en la escuela del duque de Alba, de don Juan de Austria y de Alejandro Farnesio, si bien se sostenia aún, con mas gloria que fortuna, el buen nombre de la bandera española, la pérdida del cardenal-infante, que con tanta prudencia habia gobernado aquellos paises, fué una de las desdichas mayores que en aquellos años fatales esperimentamos.

Parecia presagiarse ya el abatimiento que habian de sufrir nuestras armas en Rocroy; y de éste y de otros infelices sucesos, de que adelante habremos de dar cuenta, y que los desaciertos del gobierno habian producido ó preparado, parecia ser fatídico anuncio



el disgusto que se habia ido apoderando de todos los corazones. Por lo menos se veia que en lugar de aquel prometido engrandecimiento que en el principio del reinado habia hecho esperar el de Olivares, blasonando de que habia de hacer señor al monarca y señora la nacion del mundo entero, iban siendo muchas l s calamidades y afrentas, muchos los infortunios y quebrantos que estaba sufriendo España.

Aun habria podido esperarse algun remedio á ellos, con un monarca que supiera ser rey, con un gobierno mas prudente y enérgico, con un ministro mas accesible y dócil á los consejos, menos orgulloso y menos aborrecido, y con una córte menos corrompida y menos disipada. Pero el alma se agobia cuando apartando la vista de los campos de batalla en que se perdian reinos y se recogian humillaciones, volvemos los ojos á ver lo que entretanto en la córte pasaba. Y la encontramos siempre como embriagada en banquetes y festines, dada á las galas y al lujo, á los toros, á las comedias, y á otros mas deshonestos y repugnantes entretenimientos y espectáculos. Era sistema del ministro favorito tener constantemente distraido y como fascinado al rey con juegos y diversiones, frívolas por lo menos, cuando no eran inmorales. Cualquier pequeño triunfo, el rumor solo de un suceso próspero, servia de pretesto al conde-duque para disponer festejos con que entretener al soberano y hacerle olvidar los negocios y las desgracias. Falta-

ba dinero para la guerra, pero buscábase para levantar teatros como el del Buen Retiro, donde entre comedias, fiestas y bailes los reyes solian perder simultáneamente el tiempo y el decoro. Si de los pueblos no podia ya sacarse, porque estaban exhaustos, tomábase la mitad siquiera de lo que venia de Indias, aunque fuese de particulares, como se hizo con lo de la flota que arribó en 1639. Verdad es que habia dado el ejemplo Felipe II., pero aquél al menos lo enviaba allá donde tenia soldados que le conquistaban paises.

Cierto que, como dijimos ya en otra parte [1], con esta aficion al recreo escénico, habia prosperado el arte dramático, florecian los poetas y los ingenios, y los antiguos y pobres corrales de comedias se iban convirtiendo en lujosos teatros. Pero mejor hubieran parecido las escelentes comedias de Calderon y de Moreto, si con ellas se hubieran podido celebrar los triunfos de nuestras banderas y no las derrotas de don Pedro de Aragon y del marqués de Leganés; bien las galerías llenas de engalanadas cortesanas en celebridad de conquistas y no cuando se perdian ciudades y reinos. Nadie hubiera imaginado esto al ver representarse una comedia de mágia sobre el estanque del Buen Retiro, con el aparato y los gastos que supone la tramoya de máquinas y decoraciones, fundadas, ya sobre el mismo lecho del estanque, ya sobre

(1) Véase nuestro cap. IV.

barcas que iban al mismo tiempo navegando. La misma reina Isabel de Borbon habíase dado á la aficion de las comedias hasta el punto de degenerar ya sus gustos en verdaderos caprichos, que los cortesanos con degradante adulacion se apresuraban á satisfacer. Si mostraba agradarle que se silbáran las comedias, una turba aduladora las silbaba todas, fuesen malas ó buenas. Para que viera lo que pasaba en la localidad de los corrales que llamaban *cazuela*, donde iban mugeres de cierta clase del pueblo, llevábanselas al teatro del Buen Retiro, y hacian de modo que se insultasen y riñesen hasta arañarse el rostro y mesarse los cabellos; ó bien soltaban entre ellas reptiles que las asustáran, para que se divirtiera la reina con los gritos y el desórden y la algazara que se movia (1).

Y esta era la parte de costumbres que al fin tenian su principio y fundamento en un arte noble, de cuyos adelantos en este reinado cupo no poca gloria á España. Que otras, y eran las peores, ni nacian de ningun noble principio, ni podian traer sino desdoro y deshonra: y estas tenian contaminada, á ejemplo de la córte, la nacion entera. Un escritor moderno, describe el siguiente cuadro de la inmoralidad de aquella época, al cual por exácto, nada añadiremos

(1) Fiestas memorables de Madrid. Soto y Aguilar: Relacion de fiestas celebradas en Madrid: MS. —Descripcion de varias fiestas, MM. SS. de la Biblioteca Nacional.

nosotros, aunque todavía podríamos ennegrecerle. «No habia, especialmente en Madrid, ni decoro, ni moralidad alguna; quedaba la soberbia, quedaba el valor, quedaban los rasgos distintivos del antiguo carácter español, es cierto; pero no las virtudes. Pintó don Francisco de Quevedo con exactitud los vicios de aquella época nefanda; no hay ficcion, no hay encarecimiento en sus descripciones. Tal franqueza no podia pasar entonces sin castigo, y así los tuvo el gran poeta con pretestos varios, entre los cuales hubo uno infame, que fué correr la voz de que mantenia inteligencias con los franceses. La verdad es de que halló medio de poner ante los ojos del rey un memorial en verso, donde apuntaba las desdichas de la república, señalando como principal causa de ellas al conde-duque. Siguióle el aborrecimiento de éste hasta el último dia de su privanza, y así estuvo Quevedo en San Márcos de Leon durante cerca de cuatro años, los dos de ellos metido en un subterráneo, cargado de cadenas y sin comunicacion alguna. Aun fué merced que no le degollasen, como al principio se creyó en Madrid, porque todo lo podia y de todo era capaz el orgulloso privado. Pero mientras aquel temible censor pagaba sus justas libertades, la córte, los magistrados y los funcionarios de todo género acrecentaban sus desórdenes, y al compás de ellos hervia España, y principalmente Madrid, en riñas, robos y asesinatos. Pagábanse aquí muertes, y ejercitábase notoriamente el

oficio de matador; violábanse los conventos, saqueábanse iglesias, galanteábanse en público monjas, ni mas ni menos que mugeres particulares; eran diarios los desafíos, y las riñas, y asesinatos y venganzas. Léense en los libros de la época contínuas y horrendas tragedias..... Tal caballero rezando á la puerta de una iglesia era acometido de asesinos, robado y muerto; tal otro llevaba á confesar su muger para quitarle al dia siguiente la vida y que no se perdiera el alma...... éste, acometido de facinerosos en la calle, se acogia debajo del pálio del Santísimo, y allí mismo era muerto; el otro no despertaba de noche sin sentir puñaladas en su almohada; y era que su propio ayo le erraba golpes mortales disparados por leve reprension ú ofensa..... En quince dias hubo en Madrid solo ciento diez muertes de hombres y mugeres, muchas en personas principales..... (1).»

No pueden ciertamente designarse como medios para corregir los vicios, pero los mencionamos por no hallar otros, una pragmática prohibiendo con graves penas los juramentos sino en los actos judiciales y para el valor de los contratos; otra para que ninguna muger anduviera tapada, sino con el rostro descu-

(1) Cánovas: Decadencia de España, Felipe IV., lib. VI.—Quevedo, en sus obras satíricas y festivas, y aun en las filosóficas y graves, dibuja á cada paso cuadros bien tristes y sombríos de las costumbres inmorales, no solo de la córte y de los cortesanos, sino de todas las clases de la sociedad; cuadros que no dejan menos amargura en el corazon porque los engalane á veces con los chistes y agudezas propias de su ingenio.

bierto, de modo que pudiera ser conocida; costumbre á cuyo abrigo se cometian no pocos excesos, y que costó mucho trabajo desarraigar en España; otra mandando que ninguna muger, de cualquier calidad que fuese, pudiera traer guardainfante ú otro trage parecido, escepto aquellas «que con licencia de las justicias eran malas de sus personas;» y un pregon prohibiendo á los hombres usar guedejas y copetes, y los rizos con que se componian el cabello, «que ha llegado á hacer, decia, el escándalo de estos reinos [1].»

Difícilmente se comprenderán tan fútiles medidas como remedios para tan graves males, si no encontráramos para remediar la pública miseria tan pobres recursos como para corregir la pública moralidad. Para acallar los clamores suscitados por la escasez de numerario parecia no hallar otro expediente el conde-duque que el contínuo cambio del valor de la moneda; y así á las que de años anteriores hemos citado, podemos añadir ahora la pragmática de 31 de agosto de 1642, mandando que la moneda de vellon que hasta aquella fecha habia corrido por doce y por ocho maravedís, valiera en adelante dos, y la de seis maravedís uno solo: medida que lejos de remediar nada, escandalizó mucho y causó la mayor confusion y desórden; y tanto que no vendiéndose ni aun los artícu-

(1) Todas estas pragmáticas son de 12 de abril de 1639.



los de primera necesidad llegó á no encontrarse qué comer en Madrid (1).

Tiempo hacia que no solamente los hombres pensadores como Quevedo, sino todo el que no carecia de comun sentido, señalaba como la causa de todos los males y desgracias de la nacion al conde-duque de Olivares, por su ambicion y su vanidad, por su ineptitud y sus desaciertos, y si se quiere no tanto por su maldad, que no podia decirse un hombre malvado, cuanto por su mala estrella para el gobierno, y por su obtinacion en mandar siempre y disponerlo todo. Era el sentimiento y la conviccion pública que la nacion marchaba precipitadamente á su ruina por culpa del ministro favorito; hacia años que dominaba esta persuasion, y cuanto mas se mantenia en el favor el privado, mas aborrecible se hacia al pueblo. No habia quien no ansiara su caida, sino un corto número de sus favorecidos: fuese formando contra él una tempestad terrible, aunque sorda, porque en tanto que se veia al rey completamente supeditado al ministro, nadie se atrevia á intentar de frente derribarle, toda vez que contaba por segura su perdicion; y solo algun hombre del pueblo, cuando ya no le cabia en el pecho el encono, solia salir al encuentro al rey, y sin aprension y con rústica franqueza le decia que el reino se arruinaba sin remedio, y que la causa de todo era

(1) Pragmáticas y otros documentos del reinado de Felipe IV.: Coleccion de MM. SS. del archivo de Salazar, tom. XXVII.

el de Olivares, lo cual, como dicho de un rústico, no pasaba de servir de entretenida conversacion por unos dias en la córte.

Sin embargo ya en 1639 hubo quien tuvo valor para dar al rey un memorial, que entonces se decia, en que se señalaban las causas del mal estado del reino y del descontento general, y entre ellas se designaban, la contínua peticion de donativos; la venta de oficios y de hábitos sin exámen y por dinero; que las pagas consignadas en juros las cobraban los ministros, pero no las empleaban en servicio del reino; que el dinero que llegaba de Indias á los puertos se lo tomaban á los comerciantes á título de que era para S. M.; que S. M. no veia ni sabía lo que hacian sus ministros; la gran suma de ducados que se sacaban de Portugal para Castilla; los gastos enormes y supérfluos que se habian hecho en la construccion del Buen Retiro; las haciendas que se quitaban á los vasallos, así seglares como religiosos; y otras varias por este órden, cuya responsabilidad recaia principalmente sobre el conde-duque de Olivares (1).

Cuando ya los reveses de la monarquía fueron tantos y tan de bulto, que del mismo rey, indolente como era, no pudieron pasar desapercibidos; cuando ya observaron los cortesanos, muy linces siempre en esta clase de observaciones, que el rostro del monar-

(1) Biblioteca Nacional, sala de Manuscritos, H. 72.



ca no se mostraba á la presencia del favorito tan risueño como le habian visto siempre por mas de veinte años; cuando notaron algunos síntomas de tibieza en el rey, y como cortada la corriente del fluido con que parecia magnetizarle el favorito, entonces fué cuando comenzaron los que en su daño habian formado como una bandería, á ejecutar su plan de ataque contra el formidable coloso. A la cabeza de estos estaba la misma reina Isabel, que siempre habia sobrellevado con disgusto y con poca paciencia el predominio del orgulloso magnate en el ánimo de su esposo, pero que se hallaba muy particularmente ofendida, desde que el conde-duque habia puesto tan cerca de ella á la duquesa su muger, que mas parecia un vigilante de todos sus pasos que una dama de honor; que le estorbaba hasta el trato familiar con el rey, y aquellas intimidades que en los palacios como en las cabañas son naturales en la vida conyugal; que la tenia como oprimida, y que tratando á la reina y á las princesas con menos etiqueta de la que prescribia la diferencia de clases, resentíalas en lo que hay para las señoras de mas delicado. Acechaba pues la reina una ocasion en que tomar venganza del ídolo de su marido, y parecióle buena aquella en que los desastres del reino, y señaladamente la pérdida de Portugal, pusieron al rey un poco menos confiado de lo que acostumbraba en los consejos del conde-duque. Ella fué la que mas influyó en que hiciera la jornada de Aragon

para que viera por sí mismo el estado de las cosas, y con la esperanza de que allá le rodearian otras personas, y cobraria otros afectos; y como á su regreso á Madrid se mostrase Felipe mas afectuoso que de costumbre con la reina, agradecido á la prudencia y tino con que en su ausencia habia gobernado el reino, aprovechó Isabel astutamente aquellos momentos para hacerle presente el estado miserable de la monarquía y señalar como la causa de todas las desgracias el desgobierno del conde-duque.

Un dia, tomando la reina en sus brazos al príncipe don Baltasar su primogénito, presentósele al rey y le dijo sollozando: «Aquí teneis á vuestro hijo; si la monarquía ha de seguir gobernada por el ministro que la está perdiendo, pronto le vereis reducido á la condicion mas miserable.» Estas palabras dichas por una madre y acompañadas con la elocuencia de las lágrimas, hicieron profunda impresion en el rey, y aunque todavía no tuvo Felipe valor ni resolucion suficiente para desprenderse del favorito, predispusiéronle lo bastante para que las damas y cortesanos que mas trabajaban por su caida se animáran á ayudar á la reina en la obra que habia comenzado. Los principales personages que cooperaron mas á este intento fueron, la duquesa viuda de Mántua, Margarita de Saboya, vireina de Portugal, que acababa de venir de aquel reino, y que mejor que nadie pudo informar al rey de las verdaderas causas de su revolucion y de



su pérdida. Doña Ana de Guevara, ama del rey que habia sido y á la cual él tenia particular cariño: los informes de esta señora contra el de Olivares hicieron mucha impresion en el ánimo del monarca. El arzobispo de Granada fray Galceran Alvarez; el conde de Castrillo, presidente del consejo de Hacienda; el marqués de Grana Carreto, embajador de Alemania; y en derredor de estos se agruparon otros grandes y nobles para derribar al privado, animado si se quiere cada uno por su particular interés (1).

Penetróse al fin el conde-duque de que le era imposible resistir á tantos embates, y pidió al rey le permitiera retirarse de los negocios é irse á descansar á Loeches. Dos veces le negó Felipe este permiso; y cuando el privado comenzaba á abrigar nuevas esperanzas de conservarse, encontróse un dia (17 de ene-

(1) «Caida de su privanza y muerte del conde-duque de Olivares, gran privado del señor rey don Felipe IV. el Grande, con los motivos y no imaginada disposicion de dicha caida, etc.»—Este opúsculo, que publicó Valladares y Sotomayor en el tomo III. de su Semanario erudito, suponen unos que fué escrito por el marqués de Grana Carreto, embajador de Viena en nuestra córte, y uno de los que mas trabajaron por la caida de Olivares. Otros creen fué obra del embajador de Venecia, y es cierto que se imprimió en Italia con notas críticas en italiano; pero otros, y entre ellos Valladares, le atribuyen á don Francisco de Quevedo, lo cual seria fuera de duda si fuesen auténticas las palabras del manuscrito: «*como tengo dicho en mis Anales de quince dias,*» si bien el estilo y lenguaje del opúsculo no nos parecen del ingenioso autor de los Anales.

De quien quiera que fuese, es el documento en que se dan mas noticias y se encuentran mas pormenores acerca de las circunstancias que prepararon y acompañaron la caida de aquel famoso ministro. Pero el autor ni oculta, ni puede ocultar que era uno de los mas irreconciliables enemigos del de Olivares, y en cada línea de su obra se vé la saña que contra él tenia.—El manuscrito, de letra al parecer de aquel tiempo, se halla en el archivo del duque de Werwick y Alba, conde-duque de Olivares.

ro, 1643) con un billete que le dejó el rey escrito al tiempo de salir á caza, concebido en estos términos: «*Muchas veces me habiais pedido licencia para retiraros, y no he venido en dárosla, y ahora os la doy para que lo hagais luego á donde os pareciere, para que mireis por vuestra salud y por vuestro sosiego* (1).» Recibió el de Olivares con mas entereza de lo que esperarse podia este golpe, y se retiró en efecto á Loeches, bien que al dia siguiente volvió á palacio, y presentándose al rey en una actitud desusada para él por lo humilde, trató de justificarse de los cargos que le hacian y de los males que le imputaban. Oyóle el rey, y nada le respondió, con lo que partió otra vez abatido y mustio para Loeches. Sin embargo, aun lo llevó con menos resignacion que él la condesa, la cual disimuló menos el enojo y la ira que la devoraba (2).

(1) En un manuscrito de la Biblioteca de la Real Academia de la Historia, titulado: «*Relacion de lo subcedido desde el 17 de enero de 1643, que S. M. ordenó al conde-duque saliese de palacio, hasta 23 del mismo que con efecto salió,*» se dice que el sábado 17 á las nueve de la mañana se halló con un papel que el rey le escribió desde la torre de la Parada, en que le decia: «*Conde, muchas veces me habeis pedido licencia para iros á descansar, y yo os la he negado por causas que á ello me movian: hoy no solo os la doy, sino que os mando que os vayais luego, y desembaraceis á palacio.*»

(2) «Persona que se halló en Loeches, dice un escritor de aquel tiempo, y que lo vió por vista de ojos, dice que saliendo la condesa de visitar las monjas y sentándose á la mesa para comer, en la misma hora llegó un papel del conde, en que le daba cuenta de todo, y le decia la determinacion del rey, y afirma éste, que no solo los colores que tenia en la cara, pero los que se ponia, que eran muy grandes, como se usa en palacio, todos se le perdieron sin quedarle ninguno, y que parecia difunta.»—Vivanco, Historia de Felipe IV., libro XI.

Si esto, como suponemos, es cierto, no es probable que su muger afectára tanta constancia en la desgracia, y que fuese la que consolaba á su marido, como se

Honró no obstante Felipe IV. á su antiguo favorito hasta en su caida mas de lo que merecia, pues que en la comunicacion que pasó á los consejos les decia, que habia concedido al ministro el permiso que tantas veces habia solicitado de retirarse de los negocios por la falta de salud; que quedaba muy satisfecho del desinterés y celo con que le habia servido; que en adelante queria tomar sobre sí mismo el peso del gobierno, y que así los papeles que aquel despachaba le fueran llevados derechamente á S. M. (1). Este último acto de debilidad disgustó á todos, é hizo sospechar á algunos si en aquella retirada habria algo de estratagema, y mas cuando vieron á la condesa se-

lee en otros historiadóres mas modernos, representándole que la salida del ministerio era el mejor beneficio que podia haberle hecho el soberano, etc.

(1) Hé aquí la comunicacion que el rey pasó á los consejos.

«Dias ha que me hace continuas instancias el conde-duque para que le dé licencia de retirarse, por hallarse con gran falta de salud, y juzgar él que no podia satisfacer conforme á sus deseos á la obligacion de los negocios que le encomendaba: yo lo he ido dilatando cuanto he podido por la satisfaccion grande que tengo de su persona, y la confianza que tan justamente hacia dél, nacida de las esperiencias continuas que tengo del celo, amor, limpieza é incesante trabajo con que me ha servido tantos años. Pero viendo el aprieto con que estos últimos dias me ha hecho viva instancia por esta licencia, he venido en dársela, dejando á su albedrio el usar della cuando quisiese: él ha partido ya, apretado de sus achaques, y quedo con esperanzas de que con la quietud y reposo recobrará la salud para volverla á emplear en lo que conviniese á mi servicio. Con esta ocasion me ha parecido advertir al consejo, que la falta de tan buen ministro no la ha de suplir otro sino yo mismo, pues los aprietos en que nos hallamos piden toda mi persona para su remedio, y con este fin he suplicado á Nuestro Señor me alumbre y ayude con sus auxilios para satisfacer á tan grande obligacion, y cumplir enteramente con su santa voluntad y servicio, pues sabe que este es mi deseo único. Y juntamente ordeno y mando espresamente á ese consejo, que en lo que esté de su parte me ayude á llevar esta carga, como lo espero de su celo y atencion, etc.»—MS. de la Real Academia de la Historia, Archivo de Salazar, tomo XXXII., pág. 221.

guir asistiendo á palacio, y á muchos de los amigos y parientes del ministro caido conservar sus puestos, y aun recibir nuevas gracias. Fué no obstante su caida celebrada con universal regocijo por cortesanos y pueblo: en los salones de palacio, en la capilla, en las calles, en todas partes se veia alegría y animacion; el rey era victoreado por el pueblo, y á las puertas de palacio se fijó un pasquin que decia: «*Ahora serás Felipe el Grande, pues el conde-duque no te hará pequeño* (1).»

Entre los escritos que se publicaron contra el ministro caido, y con los cuales muchos desahogaban la saña que tenian depositada en sus corazones, imprimióse uno dirigido al rey, en que se hacia una série de acusaciones y cargos al conde-duque. «Prometió á V. M á su entrada (decia entre otras cosas) hacerle el monarca mas rico del mundo, y despues de haber sacado en estos reinos mas de doscientos millones en veinte y dos años, le ha dejado en suma pobreza: mire V. M. qué bien cumplida palabra. Las pérdidas de flotas enteras con tanta riqueza en galeones anegados, su buena dicha y la mala de estos reinos la han padecido, de suerte que cuanto ha que se ganaron las Indias no se ha perdido tanto como en su solo tiempo.... A V. M. le ha sucedido puntualmente lo

(1) Tambien se fijó otro papel con una redondilla que decia:

El dia de San Antonio
se hicieron milagros dos,
pues empezó á reinar Dios,
y del rey se echó al demonio.



que al señor rey don Enrique el tercero, que cuando los grandes estaban muy sobrados le servian una espalda de carnero, y aun no se dice de aquel tiempo que faltase la botica del palacio, como en éste, que está cerrada, y sin estrado las damas..... En tiempo de su abuelo de V. M. ningun presidente tuvo mas de un cuento de maravedís de salario, ni el consejero mas de medio, y iban al consejo en unas mulas y un lacayo, teniendc en sus casas unos guadamecíes y lienzos de Flandes que costaban á seis reales; y ahora tienen las caballerizas mas cumplidas que los grandes, y tantas telas de tapicerías ricas, que no son tales las de V. M., de suerte que ellos son los grandes del tiempo del rey don Enrique..... etc.»

Contra estos papeles, y en defensa del conde, se publicó uno titulado; «*Nicandro, ó antídoto contra las calumnias que la ignorancia y envidia ha esparcido para deslucir y manchar las heróicas é inmortales acciones del conde-duque de Olivares despues de su retiro.*» El fiscal del Consejo pidió contra los que imprimieron el Nicandro, cuyo autor se dice fué don Francisco de Rioja, y el rey puso término á tan odiosas polémicas, conminando con graves penas á los que en ellas tomasen parte ó interviniesen [1].

Refutábase en el Nicandro uno por uno, y no sin ingenio, los cargos que se le hacian al conde-duque.

(1) Querella del fiscal de S. M. contra los que imprimieron el Nicandro.



Decia por ejemplo en cuanto á la pobreza en que habia dejado el reino habiendo sacado de él doscientos millones: «Si como propone el recibo, añadiera el gasto, se conocerá como no de doscientos millones, sino aun de mayor cantidad ha sido necesario. S. M. ha gastado millones en las guerras de Flandes, en la eleccion del papa, guerras de Italia, en la toma del Palatinado, en la ruina de Mansfelt y el obispo Habarstat, en las conquistas del Brasil, y otras armadas que malogró la mar: en las ayudas del emperador contra el Dinamarco, rey de Suecia, Bernardo de Beimar, en la eleccion de Emperador; hánse consumido en sustentar reinas peregrinas, príncipes despojados, en favorecer repúblicas de amigos, reinos infestados de hereges; y al fin son tantos y tan varios los sucesos, tantos los ejércitos que V. M. ha sustentado, seis y siete á un tiempo, que no doscientos millones, sino dos mil millones quizá no hubieran bastado.....»

Niega que el de Olivares tuviese en su casa ricas tapicerías, ni pinturas de gran valor, ni joyas preciosas; y en cuanto á las riquezas y rentas que se decia haber acumulado, responde haciendo un paralelo, no infundado, entre el de Olivares y el cardenal de Richelieu, enumerando las inmensas riquezas del ministro francés, que habia comprado cargos y títulos por valor de un millon de escudos; que reunia de renta, con los beneficios eclesiásticos, un millon y doscien-

tos mil ducados de oro anuales; que dejó á sus sobrinos estados, gobiernos y generalatos con muchos miles de ducados de renta; al rey de Francia su palacio con alhajas que se estimaron en seiscientos mil escudos, un diamante que valia cien mil, la capilla que se valuaba en doscientos mil, dejando ademas millon y medio de contado, y que en vida sustentaba tres mil hombres para su guarda y servicio. Este argumento no salvaba los cargos hechos al de Olivares, pero demostraba que el propio enriquecimiento ni era esclusivo de los ministros favoritos de los reyes de España, ni llegaba al escándalo de los de otras naciones. Y como en este papel, por justificar al ministro acusado, se descubriesen muchas de las flaquezas del rey, y se irrogase ofensa al mismo pontífice pintando su eleccion como simoniaca, obró con prudencia el fiscal de S. M. en prohibir su circulacion, y proceder contra los que le imprimieron y le difundian.

A los pocos dias de estar el conde-duque en Loeches pidió permiso al rey, que le fué concedido, para pasar á Toro, donde debia permanecer hasta que otra cosa se dispusiere. Allí ejerció el modesto cargo de regidor aquel mismo á quien antes parecia venirle estrecho á su ambicion el gobierno del mundo. Allí le persiguió todavía por mas de dos años el encono de sus enemigos, que no descansaban hasta ver si lograban del rey que por via de escarmiento á otros privados le destinára á un fin trágico semejante al de don

Alvaro de Luna y de don Rodrigo Calderon. Y no parece estuvieron distantes ya de conseguirlo, si es cierto que recibió una carta del rey en que se leia el siguiente párrafo: «En fin, conde, yo he de reinar, y «mi hijo se ha de coronar en Aragon, y no es esto «muy fácil si no entrego vuestra cabeza á mis vasa«llos, que á una voz la piden todos, y es preciso no «disgustarlos mas.» Esta carta, dicen, le causó tal impresion que le trastornó el juicio; recobróle despues en medio de una fiebre que á los diez dias le llevó al sepulcro (22 de julio, 1645), muriendo muy cristianamente, al decir de los escritores mas enemigos suyos.

Así cayó y murió el célebre conde-duque de Olivares, el gran privado de Felipe IV., que por espacio de veinte y dos años gobernó á su arbitrio la monarquía española, y á quien el escritor mas agudo de su tiempo llamó, creemos que con mas hiel que desapasionamiento, el *Neron hipócrita de España* (1). Que aunque fueron muchos los vicios con que manchó algunas de sus buenas prendas el de Olivares, no fué un malvado y un perverso como otros validos, que acaso siendo mas protervos tuvieron maña para hacerse menos aborrecibles que él. Que no era hombre de cohecho, ni sus manos se mancharon con regalos, como las de su mismo antecesor en la privanza el du-

(1) Quevedo en *La Cueva de Mélito.*

que de Lerma, confiésanlo sus mayores detractores. Pero él por otros medios enriqueció su casa y acrecentó su hacienda hasta un punto escandaloso, reuniendo mercedes y rentas que parecen fabulosas [1]. Tanta opulencia en medio de la penuria pública era en verdad un insulto perenne al infeliz pueblo. En lo de haber encumbrado á todos sus deudos y amigos, y monopolizado en ellos los cargos de honra y de lucro, cosa es en que no se diferenció de otros validos. Sin carecer el de Olivares de entendimiento, cometió mas torpezas que si hubiera sido un imbécil. La soberbia y el orgullo le cegaban, y teniendo una razon clara, obraba como un negado. Empeñóse en llamar *Grande* á su rey, y dió lugar á que se dijera con sarcasmo de Felipe que era *grande* á semejanza del hoyo, que cuanta mas tierra le quitan mas grande es. Para dominar al monarca quiso distraerle de los negocios, y por tenerle distraido le hizo disipado, y corrompiendo al monarca desmoralizó la nacion.

(1) Un escritor de su tiempo sacó la siguiente curiosa SUMA de lo que importaban al año las mercedes que logró el conde-duque.

	Ducados.
Las encomiendas de las tres órdenes militares..	12.000
Por camarero mayor. . .	18.000
Por caballerizo mayor.. .	28.000
Por gran canciller de las Indias.	48.000
Por sumiller de corps. . .	12.000
Por un navio cargado para Indias..	200.900
Por alcaide de los alcázares de Sevilla.	4.000
Por alguacil mayor de la casa de Contratacion.	6.000
Por la villa de San Lucar..	50.000
Gages de su muger por camarera mayor y aya.	44.000
Total.	452.000

Hay quien hace subir á ciento diez y seis millones de doblones de oro lo que sacó de los pueblos en donativos é impuestos estraordinarios, de los cuales gran parte se disipó en fiestas, banquetes y saraos, y entre comediantes y toreros; parte se distribuyó entre los vireyes y gobernadores amigos, y parte se destinaba á mal pagar ejércitos que eran derrotados y navíos que se perdian, que solo de estos se calcula haberse perdido mas de doscientos y ochenta entre el Océano y el Mediterráneo durante la funesta administracion del conde-duque. Agregando á estas pérdidas las de las provincias y reinos, la del ducado de Mántua, la de casi toda la Borgoña, la del Rosellon, y la del reino de Portugal con sus inmensas posesiones de Oriente, con razon aplicaba la malicia á la grandeza de Felipe IV. el simil de la grandeza del hoyo. Soñó el de Olivares en hacerle señor de otros reinos, y le faltó poco para hacerle perder todos los suyos.

Una de las mayores desgracias del de Olivares, menester es confesarlo, fué haber tenido por adversario al gran ministro de Francia el cardenal de Richelieu, y uno de los mayores yerros á que le arrastró su orgullo fué el de haberse querido medir con aquel gran político. Sin un Richelieu al frente, á no dudar el de Olivares habria parecido menos pequeño y habria sido menos desafortunado. Y su desgracia fué tal que la muerte de Richelieu precedió muy poco tiempo á su caida.

CAPÍTULO XI.

CATALUÑA.—PORTUGAL.—FLANDES.

LA PAZ DE WESTFALIA.

DE 1643 Á 1648.

Aspecto general de España despues de la caida del conde-duque.—Nueva vida y conducta del rey.—Francia despues de la muerte de Richelieu y de Luis XIII.—La reina Ana de Austria, regente del reino en la menor edad de Luis XIV.—El cardenal Mazarino.—Célebre batalla de Rocroy, funesta para España.—Toman los franceses á Thionville.—Batalla de Tuttlinghen, gloriosa para los imperiales y españoles.—Tratado entre Francia y la república holandesa.—La guerra de Cataluña.—Recursos que votan las córtes.—Don Felipe de Silva derrota á la Motte.—Jornada del rey: entra en Lérida.—Sitia el francés á Tarragona.—Huye derrotado.—Muere la reina doña Isabel de Borbon.—Vuelve el rey don Felipe á Aragon.—Desgraciada campaña de Cataluña.—Piérdese Rosas.—Triunfa el marqués de Leganés sobre el de Harcourt en Lérida.—Muere el príncipe don Baltasar Cárlos.—Mudanza en la vida del rey.—Nombra generalísimo de la mar á su hijo bastardo don Juan de Austria.—Privanza de don Luis de Haro.—Nuevo sitio de Lérida por el francés.—Defensa gloriosa.—Retirada del marqués de Aytona á Aragon.—Guerra de Portugal.—Torrecusa y Alburquerque.—El marqués de Leganés y el conde de Castel-Melhor.—Pasan siete años sin adelantar nada sobre Portugal.—La guerra de Flandes.—El duque de Orleans.—Pérdidas y reveses para España.—El duque de Enghien.—Division entre los generales españoles.—Nuevas pér-

didas.—El archiduque Leopoldo de Austria nombrado virey y gobernador de Flandes.—Vicisitudes de la guerra.—Tratado de Munster.—Reconoce España la independencia de la república holandesa.—Paz de Westfalia.

La alegría que embargaba al pueblo al ver satisfecho el afan de tantos años con la separacion del conde-duque, y el buen deseo que al propio tiempo le animaba, hacíanle creer, como en tales casos acontece siempre, y no era el vulgo solo el que alimentaba esta idea, que con la caida del privado se iban á remediar todos los males, á levantarse de su postracion la monarquía, y á recobrar ésta su antiguo lustre y grandeza. Esta disposicion de los ánimos es ciertamente ya un gran bien, y puede ser principio del remedio del mal.

Y en verdad el aspecto que presentaba el horizonte político dentro y fuera del reino era muy otro. El rey, apartado de la vida de disipacion y de placeres en que le tenia sumido el favorito, se dedicaba al estudio y al despacho de los negocios, y los consejos volvieron á sus antiguas funciones, distribuyéndose convenientemente los trabajos. La reina habia recobrado su merecida y legítima influencia, y la influencia de la reina Isabel era en este tiempo muy saludable. Los mismos amigos del ministro caido ponian buen rostro á la mudanza de las cosas, y ayudaban al nuevo gobierno, siquiera por no perder lo que les quedaba. Los perseguidos y oprimidos por el conde-

duque iban siendo colocados ó repuestos en los cargos mas importantes, y algunos eran para ello traidos del destierro ó sacados de las prisiones. Así se vió al marqués de Villafranca, duque de Fernandina, volver al generalato del mar; al bueno, al generoso almirante de Castilla Enriquez de Cabrera, ser destinado al vireinato de Nápoles, en reemplazo del duque de Medina de las Torres, sobrino del de Olivares, contra el cual se habia levantado gran clamor en aquel reino: á don Francisco de Quevedo, el severo censor de los desvaríos del conde-duque y de la corrupcion de la córte, salir del cautiverio de Leon, donde tantos años le tuvo la mala voluntad del ministro que no sufria censura: á don Felipe de Silva, noble portugués y valoroso capitan de los tercios de Flandes, el triunfador de Fleurus y de Maguncia, á quien el conde-duque por injustas sospechas de deslealtad cuando la revolucion portuguesa hizo reducir á prision como al príncipe don Duarte, ser nombrado capitan general del ejército de Cataluña en reemplazo del desgraciado marqués de Leganés, el favorecido del de Olivares. Así se iba remediando mucho; aunque no todo, como se irá viendo, se hacia con acierto.

Por otra parte la muerte del gran cardenal de Richelieu, á quien no porque fuese el mortal enemigo de España dejarémos de reconocer como el mayor político de su siglo, y que supo elevar la Francia á un grado admirable de poderío y de grandeza: la muer-

te, decimos, de Richelieu era para nuestra monarquía uno de los sucesos mas prósperos que podian haber coincidido con la caida del desatentado ministro español que quiso ser su rival. El rey Luis XIII. de Francia no sobrevivió al cardenal sino el tiempo indispensable para ejecutar las últimas órdenes de su ministro, y como á la muerte de Luis XIII. (14 de mayo, 1643) quedaba la reina doña Ana de Austria, hermana de nuestro rey don Felipe IV., gobernando aquel reino como regente y tutora de su hijo, príncipe de solos cinco años, todo inducia á creer que la Francia, por las discordias consiguientes á los reinados de menor edad, habia de enflaquecerse; y por los lazos de la sangre entre aquella reina y nuestro rey, faltando ya nuestro terrible enemigo Richelieu, habia de sernos menos hostil. Una paz con Francia, y deseaban la paz las potencias de Europa, era lo que nos habria podido rehabilitar para reparar los desastres de Cataluña, prepararnos á la recuperacion de Portugal, y conservar lo de Italia y lo de Flandes. Pero si bien parece haberse pensado en ello bajo la base del matrimonio de la infanta María Teresa con el delfin, es lo cierto que en los consejos del rey don Felipe despues de la caida del de Olivares, tras de larga discusion, prevaleció la resolucion de continuar la guerra abriendo nueva campaña en Cataluña, sin dejar de poner en defensa las plazas de la frontera de Portugal (1).

(1) «Diéronse, dice un historiador de aquel tiempo, algunas



Mas antes de referir lo que pasó en estos dos puntos estremos de nuestra península, cúmplenos observar que contra todo lo que parecia deber esperarse, nada nos fué mas funesto que el golpe que de Francia recibimos inmediatamente despues de la muerte de Luis XIII. y calientes todavía, por decirlo así, sus cenizas. Ya no nos eran favorables las miras y disposiciones que hácia nosotros animaban al cardenal Mazarino, digno sucesor de Richelieu, el ministro privado de la reina madre como Richelieu lo habia sido de Luis XIII.; hombre no menos ambicioso que él, y si no tan gran político, mas astuto y sagaz, y mas sereno é impasible, sobradamente conocido ya de los españoles, como quien al principio de su carrera habia estado al servicio de España. Pero el primer golpe nos vino mas de los hombres de la guerra que de los hombres políticos que formaban el consejo de la regencia de la reina viuda.

Dejamos dicho atrás que el punto en que se habian sostenido con gloria las armas de España eran los Paises Bajos. Pero la desgracia andaba ya con nosotros en todas partes. El cardenal-infante don Fernando, que con tantos esfuerzos habia sostenido y con tanta prudencia gobernado las provincias fla-

muestras de querer tratar de paz..... decian que toda la Francia la queria y la deseaba; solo el príncipe de Condé no venia en ella. Finalmente hoy que es el 1.° de noviembre no hay señal ninguna de demostracion, ni de poder arribar á ningun tratado, ni se ha enviado embajador de cuenta por la una ni por la otra parte.» Vicanco, Hist. de Felipe IV., lib. XL.

mencas, fué acometido en el campamento de una fiebre maligna, que cayendo en un cuerpo harto quebrantado ya con las fatigas y trabajos, le obligó á retirarse á Bruselas, donde al fin sucumbió (9 de noviembre, 1641), tan llorado del ejército como nunca bastante sentido en España, para cuyo reino era una pérdida irreparable. Fué esta una de las mayores desdichas que en aquellos años fatales esperimentamos. Reemplazóle en el gobierno una junta compuesta de don Francisco de Melo, conde de Azumar, el marqués de Velada, conde de Fontana, que eran los gefes de las armas, el arzobispo de Malinas, y Andrea Cantelmo. Luego la córte de España nombró gobernador único, en tanto que iba alguna persona real, á don Francisco de Melo, noble portugués, que habia desempeñado el vireinato de Sicilia y la embajada de Alemania, y de los pocos portugueses que despues de la revolucion de su reino permanecieron fieles á España.

No dejó de sonreir en el principio la fortuna á Melo y á nuestras tropas de Flandes. Tocóle á aquél la suerte de recobrar á Ayre, tomó la plaza de Lens, y sobre todo dió una famosa batalla en Honnecourt contra los mariscales franceses Harcourt y Grammont, en que despues de haberles cogido toda la artillería y municiones, con muchas banderas (que luego fueron traidas á España y colgadas en los templos), dejó el ejército enemigo tan derrotado, que el de Grammont no paró en su fuga hasta San Quintin con cinco esca-

sos escuadrones sin oficiales (1642). Esta victoria, que valió á Melo el título de marqués de Torrelaguna con grandeza de España, en lugar de servir para facilitar otras conquistas, no sirvió sino para adormecer á nuestros generales y causar escisiones entre ellos.

En tal estado, y viendo las provincias de Flandes nueva y muy sériamente amenazadas por la Francia, dióse órden al de Melo para que abriese pronto la campaña y distrajese por aquella parte á los franceses.

Reunió pues el de Melo un ejército de diez y ocho mil infantes y dos mil caballos, y llevando por generales al duque de Alburquerque y al conde de Fuentes, se fué á poner sitio á Rocroy, plaza de la frontera de Francia de parte de las Ardenas, con la idea de que si lograba tomarla podria penetrar hasta la capital, y apresuró el ataque por si lograba apoderarse de ella antes que pudiera recibir socorros. Pero un ejército francés igualmente numeroso que el nuestro se puso inmediatamente en marcha en socorro de la plaza amenazada. Mandábale un general que apenas contaba veinte y dos años, pero que de inteligencia, impetuosidad y bravura habia dado ya brillantes pruebas en varias ocasiones. Era éste el jóven duque de Enghien [1]. Acompañábanle los generales Gassion, d' Hopital y Espenau. Contra el dictámen del maris-

(1) Llevaba entonces este título el que despues fué conocido por el Gran Condé.

cal de l' Hopital, que llevaba órden de contener la impetuosidad del jóven príncipe, colocó el de Enghien su ejército, luego que reconoció el campo enemigo, en disposicion de atacar el español. Puestos ya en órden de batalla uno y otro ejército, pasaron así toda la noche (del 18 al 19 de mayo, 1643). Al amanecer del 19 mandó el príncipe de Condé (el duque de Enghien) atacar con vigor á mil mosqueteros españoles que ocupaban un pequeño bosque, y del cual fueron arrojados despues de una obstinada defensa.

Hízose despues mas general el combate. No describiremos las diferentes evoluciones que unos y otros ejecutaron, y los trances y fases que fué llevando la batalla. Baste decir, que despues de seis horas de encarnizada pelea, en que la victoria pareció inclinarse mas de una vez en favor de los españoles, se declaró al fin decididamente por los franceses, en términos que fué uno de los desastres mas terribles y funestos que en mucho tiempo habian sufrido las armas de España. Hiciéronnos seis mil prisioneros, y quedaron ocho mil muertos en el campo: cogiéronnos diez y ocho piezas de campaña y seis de batir, y perdimos doscientas banderas y sesenta estandartes. El conde de Fuentes, que acosado de la gota se habia hecho conducir en una silla para mandar la accion, perdió la vida gloriosamente despues de haber resistido briosamente tres ataques. Con él perecieron muy bravos capitanes y maestres de campo. El enemigo



no compró el triunfo sin sangre. El de Melo recogió las reliquias de nuestro destrozado ejército y se retiró con ellas. Tal fué la tristemente famosa batalla de Rocroy, dada á los cinco dias de la muerte de Luis XIII., y que si para España funesta, pareció feliz presagio á los franceses para el próspero reinado del niño Luis XIV. que bajo la tutela de su madre se mecia entonces en la cuna. Quedaron allí desgarradas las banderas de los viejos tercios españoles de Flandes, terror en otro tiempo de Europa. Y lo peor era que no habia modo de reparar la pérdida de homb es y de dinero, y que iba á quedar á merced de los vencedores aquel pais por cuya conservacion se habia derramado tanta sangre y consumídose tantos tesoros (1).

El de Enghien, despues de descansar dos solos dias en Rocroy, que no era el génio del jóven general para darse ni dar á sus tropas mucho reposo, fuése á acampar á Guisa, y aunque resuelto ya á poner sitio á Thionville, á fin de disimular y con el objeto de distraer á los enemigos entróse en el Henao, tomó algunos fuertes, asustó á los gobernadores de Flandes adelantando algunas partidas casi hasta Bruselas, y luego se puso delante de Thionville, plaza importan-

(1) Las historias de Francia, de Flandes y de España.—Murieron tambien el conde de Villalba, y los maestros de campo Velandia y Castelbi: el duque de Alburquerque recibió una estocada sobre el lado derecho que le pasó el coleto y jubon, pero defendióle, dicen, un escapulario de Nuestra Señora del Cármen que llevaba.

tísima sobre el Mosa, que cubria á Metz y abria el camino para el ducado de Tréveris. La plaza, aunque defendida solo por mil doscientos españoles, y batida por toda la artillería francesa, con mas de diez y siete piezas que se llevaron de Metz, circunvalada por veinte mil hombres, minada, y muchas veces asaltada, se sostuvo con gloria por espacio de dos meses hasta que murieron el gobernador y las dos terceras partes de sus defensores, y rindióse á los treinta dias de abierta trinchera (22 de agosto, 1643), saliendo aquellos con todos los honores de la guerra, y quedando el ejército francés tan rendido y maltratado, que no se atrevió el de Enghien á acometer por algun tiempo empresa de consideracion. Reparó las fortificaciones, limitóse á ocupar algunos pequeños castillos entre Thionville y Tréveris, y volvióse á París, donde recogió los aplausos que habia ganado, dejando el mando de las tropas al duque de Angulema.

Perdió con esto el de Melo toda la reputacion que el año anterior habia adquirido; pedian los Estados su separacion, y la córte de España despues de algunas dudas nombró para sustituirle al conde de Piccolomini. Pero en tanto que iba, tuvo el de Melo la fortuna de reponerse en el concepto público por haber contribuido con un socorro oportunamente enviado á un gran triunfo que las armas imperiales y españoles alcanzaron en la Alsacia. Habia invadido esta provincia el general francés Rantzan con diez y ocho mil

hombres, al intento de lanzar de ella á los españoles y alemanes. Ocurrióle á don Francisco de Melo enviar á los generales del Imperio que allí habia, duque de Lorena, Mercy y Juan de Wert, un refuerzo de dos mil infantes y otros dos mil caballos, al mando del intrépido comisario de la caballería don Juan de Vivero. Dióse la batalla en las cercanías de Tuttlinghen, condujéronse con tal bizarría los imperiales, y llegó tan á punto el socorro enviado por Melo, que la derrota de los franceses no pudo ser mas completa: quedó prisionero Rantzan, con todos sus generales y oficiales, cogiéronseles cuarenta y siete banderas y veinte y seis estandartes, catorce cañones y dos morteros con las municiones y bagages. Debióse principalmente tan completa victoria á la caballería mandada por don Juan de Vivero, con lo cual no solo ganó este gefe fama y renombre de gran soldado, sino que desde entonces, y al revés de lo que siempre habia sucedido, cobró la caballería española gran superioridad sobre la infantería, que fué un notable cambio en la reputacion de ambas armas.

El triunfo de Tuttlinghen fué una buena compensacion de la derrota de Rocroy, y hubiera mejorado notablemente nuestra comprometida situacion en Alemania y en Flandes, si para sacar partido del último suceso no hubieran andado los nuestros tan flojos como activos anduvieron los franceses y holandeses para estrechar su alianza y unir sus fuerzas. Que esto

los avivó para celebrar un nuevo pacto de union entre la reina regente de Francia, á nombre del rey menor Luis XIV, su hijo, y los Estados generales de las Provincias Unidas de Holanda (1).

Veamos ya lo que entretanto habia pasado dentro de nuestra península por Cataluña y Portugal.

Cuando se determinó abrir la campaña por Cataluña, hubiérase de buena gana emprendido tambien la de Portugal, si las fuerzas hubieran alcanzado para ello. Porque los portugueses, alentados con la debilidad que observaban por parte de España, si bien no estaban todavía para emprender cosa formal contra Castilla, hacian atrevidas incursiones dentro de nuestras tierras, así por la provincia de Beyra, como por la de Tras-os-Montes y de Entre-Duero-y-Miño, sin que ni el duque de Alba por la parte de Ciudad-Rodrigo, ni el conde de Santisteban por la de Estremadura pudieran tampoco acometer empresa formal contra aquel reino por falta de gente, limitándose á algunas incursiones, y haciendo unos y otros mas bien una guerra vandálica de incendio, de saqueo, y de robo de ganados, que una guerra propia de dos naciones. Servíales esto, no obstante, á los portugueses para ejercitarse en las armas, y dábaseles tiempo á prepararse para cosas mayores. Mas no podia, como

(1) *Pacta confederationis et societatis inter Regem Ludovicum XIV. et Ordines generales Provintiarum Unitarum in Belgio: inita Haye Gomitis anno 1644 calendis martii.*—*Pacta Galiæ*, capítulo LXVIII.

hemos dicho, atenderse á todo; y así redujéronse al pronto todos los medios á mandar á los señores y á las milicias de Andalucía y Estremadura que acudiesen á la defensa de la frontera de Portugal, y atendióse con preferencia á lo de Cataluña, porque la Motte-Houdencourt amenazaba á Aragon, cuyas plazas estaban en su mayor parte indefensas, y pudiera fácilmente internarse hasta en el corazon de Castilla.

Y no sabemos cómo esto no sucedió; porque nuestras tropas desde aquella desgraciada accion de las Horcas apenas soportaban ya la vista del enemigo. Así aconteció en el sitio que pusieron á la villa de Flix (1643), que acudiendo la Motte y acometiendo nuestro campo, dejaron en él los nuestros doscientos muertos y quinientos prisioneros, huyendo los demas, gefes y soldados, abandonando cañones, banderas, municiones y bagages. Los soldados desertaban y se iban á sus casas, como al principio de la guerra.

El nombramiento de don Felipe de Silva para el mando en gefe de aquel ejército, y los esfuerzos que se hicieron para aumentarle, dieron ya otro aspecto á las cosas. Las córtes de Castilla, ya que la situacion del reino no les permitia otorgar al pronto recursos, concedieron un servicio de veinte y cuatro millones pagaderos en seis años (23 de junio de 1643), que empezaria á correr en 1.° de agosto de 1644 (1). Por

(1) Coleccion de Córtes, en el Archivo de la suprimida Cámara de Castilla.

fortuna llegó á tiempo la flota de Méjico con los galeones cargados de plata, que vino oportunamente para pagar y mover las tropas que de todas partes se recogian. El marqués de Torrecusa pudo obtener de Nápoles su patria hasta cuatro mil soldados; reclutó el de Villasor un buen tercio en Cerdeña; Valencia, Andalucía y Aragon aprontaron cada una buen golpe do gente, con que pudo reunirse en la frontera de Aragon y Cataluña un ejército de cerca de veinte mil hombres. Determinó el rey hacer otra vez jornada á Aragon, y así se lo habian suplicado tambien de aquel reino; no como en tiempo del conde-duque para permanecer como enjaulado en Zaragoza y pasar el tiempo entre juegos circundado de cortesanos, sino para presenciar las operaciones de la guerra, y atender á todo, y alentar, ya que no dirigir á generales, cabos y soldados. Dejó pues encargado el gobierno á la reina, y él fué á alojarse á Fraga, en tanto que don Felipe de Silva, despues de haber recobrado á Monzon, ponia sitio con quince mil hombres á la plaza de Lérida (marzo, 1644).

Antes de terminarse las obras del sitio, presentóse la Motte, y por medio de una hábil maniobra metió socorro de hombres y municiones en la plaza; pero acometido por el de Silva, despues de un reñidísimo combate fué derrotado el francés, dejando en el campo sobre dos mil muertos y mil quinientos prisioneros, y huyendo hácia Cervera los pocos que quedaban (15

de mayo, 1644). La plaza con aquel socorro se sostuvo por mas de cuatro meses, hasta que la falta de víveres la obligó á capitular (6 de agosto). Al dia siguiente entró el rey en Lérida en medio de aclamaciones y como en triunfo. Hacia mucho tiempo que no tremolaban victoriosas las banderas de Castilla por aquella parte. Juró el rey respetar sus fueros, y los de toda la provincia, y así ademas del inmediato fruto de la toma de Lérida, de la reanimacion del espíritu del país y del ejército, produjo tambien el de hacer venir á la obediencia poblaciones de la importancia de Solsona, Ager y Agramunt.

Lástima grande fué que don Felipe de Silva, que bajo tan felices auspicios habia comenzado la guerra de Cataluña, se negára noblemente á continuar en el mando, con razon resentido de ciertas desconfienzas que en el ánimo del monarca no habia cesado de sembrar contra él el conde de Monterey que le acompañaba, y era de los pocos amigos del conde-duque que habian acertado á conservar el favor real. No fué posible vencer la delicadeza y quebrantar la resolucion del pundonoroso portugués, y dióse el mando del ejército al italiano don Andrea Cantelmo, uno de los del consejo de gobierno en Flandes despues de la muerte del cardenal-infante don Fernando; hombre leal y de buenas prendas, pero no de gran fama como guerrero.

Deseoso el francés de vengar los descalabros de

Monzon y de Lérida, juntó cuanta gente pudo, y con doce mil hombres y gran tren de artillería se puso sobre Tarragona, en combinacion con el mariscal de Brezé, que se encargó de cerrar con su escuadra la boca del puerto Gobernaba á Tarragona, despues de la muerte del marqués de Hinojosa, conde de Aguilar, y de don Juan de Arce que le reemplazó y murió tambien, el marqués de Toralto, lugarteniente que habia sido del marqués de Pobar, y de los que habian sido llevados prisioneros á Francia despues de la lastimosa catástrofe de aquel ejército. La plaza fué embestida con gran furia el 18 de agosto, pero todos los ataques eran rechazados con gran pérdida de franceses. En mes y medio hizo el de la Motte disparar contra la plaza mas de siete mil cañonazos; dióle trece asaltos, en algunos de los cuales logró apoderarse de varios puntos fuertes, pero veia que los fosos se llenaban de cadáveres de los suyos. Y últimamente teniendo noticia de que se dirigia Cantelmo con su ejército en socorro de la ciudad, levantó el cerco y se retiró con la ignominia de haber perdido tres mil hombres inútilmente (3 de octubre, 1644). Así debió mirarlo la córte de Francia, cuando de sus resultas fué el conde de la Motte relevado de su empleo, y llamado para que diese cuenta del estado de Cataluña [1].

Motivo bien triste obligó á este tiempo al rey don

(1) Vivanco: Hist. MS. de Felipe IV., lib. XIII.—Tió: Guerra de Cataluña, lib. VIII.

Felipe á retirarse precipitadamente de Aragon y volverse á Madrid, cuando las cosas de Cataluña iban marchando con cierta prosperidad desacostumbrada. La reina doña Isabel de Borban habia fallecido el 6 de octubre, con sentimiento y llanto universal de toda la monarquía; que cabalmente en los últimos años se habian ofrecido á los españoles muchas mas ocasiones que cuando habia estado oprimida por el ministro favorito de su esposo, para conocer las grandes prendas que adornaban á aquella princesa, y la habian hecho acreedora al reconocimiento y á la estimacion pública. Hiciéronsele los honores fúnebres con la magnificencia que correspondia, y habiendo pasado el rey algun tiempo en el Pardo y en el Buen Retiro entregado al dolor de tan sensible pérdida, dedicóse despues á preparar lo necesario para la campaña del año siguiente en Cataluña.

Salió pues el rey otra vez para Zaragoza luego que llegó la primavera (11 de marzo, 1645). Quiso tener cerca de sí á don Felipe de Silva para valerse de sus consejos; pero los mejores generales se mostraban resentidos de ciertas preferencias que dispensaba á funestos consejeros, restos y como herencia del antiguo favoritismo. El marqués de Villafranca solicitó retirarse á sus estados de Fernandina en el reino de Nápoles; nególe el rey el permiso, pero al cabo el mando de las galeras que aquel tenia se dió á don Melchor de Borja, á quien hubo que quitársele al po-

co tiempo, y entonces se confirió al marqués de Liñares, ilustre portugués que habia sido virey en la India.

Comenzó mal, para no concluir bien, este año la campaña de Cataluña. La reina regente de Francia habia nombrado virey de esta provincia al conde de Harcourt, bien conocido en las guerras de Italia. Vino el de Harcourt con mas de doce mil hombres y buen tren de artillería, resuelto á tomar la plaza de Rosas, que abria la comunicacion entre el Rosellon y Cataluña. Encomendó esta empresa al conde du Plesis-Praslin, mientras una escuadra la bloqueaba por mar. La plaza fué embestida (22 de abril), sin que fuera fácil á nuestras tropas socorrerla desde Lérida. Defendíala don Diego Caballero con tres mil infantes y trescientos caballos, el cual la sostuvo por mas de dos meses, pero al fin capituló su entrega teniendo elementos para resistir todavía mucho tiempo. Atribuyósele de público haber obrado así por motivos poco honrosos y honestos; y algun fundamento debió tener el cargo, cuando despues fué preso en Valencia, entregado á las justicias de Castilla y conducido á la cárcel de Córte de Madrid.

El de Harcourt, que habia seguido internándose en el Principado, atacó nuestro ejército cerca de Balaguer; nuestras tropas se dispersaron vergonzosamente huyendo por bosques y desfiladeros, y cercando el francés la ciudad la rindió sin mucha resistencia.



Tal vez no habria parado hasta franquear la frontera de Aragon, á no haber tenido que retroceder á Barcelona para sofocar una conspiracion que allí se habia formado con el designio de entregar la ciudad á los españoles. Todos los conjurados fueron presos y ajusticiados, á escepcion de la baronesa de Albes, que no obstante ser la que estaba al frente de la conspiracion, fué la que alcanzó mas indulgencia, por motivos que la política encubrió, pero que la malicia achacó, tal vez no sin fundamento, á influencias de su hermosura.

Fueron pues muy de caida para España en este año de 45 las cosas de Cataluña. El rey, que en 11 de agosto habia convocado córtes aragonesas para el 20 de setiembre, permaneció en Zaragoza hasta el 3 de noviembre en que se disolvieron. En ellas, y este era su principal objeto, se reconoció y juró como heredero del trono al príncipe don Baltasar, su hijo único, que á su vez juró guardar y hacer guardar las leyes del reino [1]. Despues pasó á Valencia, donde habia convocado tambien (18 de agosto) córtes de valencianos con el propio objeto. Juróse igualmente en ellas al príncipe don Baltasar Cárlos (13 de noviem-

(1) Hiciéronse tambien en estas cortes fueros, que se imprimieron con este título: «Fueros y actos de córte del reino de Aragon, hechos por la S. C. Md. del rey don Felipe, nuestro señor, en las córtes convocadas y fenecidas en la ciudad de Zaragoza en los años 1645 y 1646.» —Zaragoza, 1647, un tomo en fól.—En el Códice de la Biblioteca Nacional, S. 100, se hallan estractos del registro de estas córtes, y varios papeles relativos á ellas, algunos originales.

bre), y concluidas que fueron (4 de diciembre), regresó el rey á Madrid [1].

En Valencia habia convocado tambien córtes de Castilla (2 de diciembre, 1645) para el 15 de enero del año siguiente en Madrid. Abriéronse estas el 22 de febrero (1646). Los apuros para continuar tantas guerras como habia pendientes eran tan grandes, que en medio de la penuria general los procuradores no pudieron menos de votarle algunos subsidios, bien que paulatinos y pequeños, porque otra cosa el estado de los pueblos no permitia [2].

A pesar de los desfavorables recuerdos que el marqués de Leganés habia dejado en Cataluña y de la prision que por ello habia sufrido, habiendo muerto los dos últimos generales Silva y Cantelmo, nombróle otra vez el rey don Felipe virey y capitan general del Principado. Que harto se le conocia estar otra vez dominado por los favorecidos del antiguo valido Olivares, no obstante haber dejado ya éste de existir [3],

(1) El proceso de estas córtes, que son las últimas de aquel reino, se halla en el archivo del mismo. Al final se encuentran los fueros que se hicieron tambien en ellas.

El señor Cánovas supone equivocadamente haberse celebrado unas y otras córtes y hecho el juramento del príncipe en el año anterior de 1644.

(2) En 11 de abril de 646 le fué otorgado 1.460,000 ducados en plata, pagaderos en seis mesadas. En 3 de enero de 47 (porque estas duraron hasta el 28 de febrero de este año) le hizo el reino escritura prorogando los servicios de los nueve millones en plata y estension de la alcabala hasta fin del año 50. Y en 21 de febrero de 47 se dió á S. M. consentimiento para que pudiera vender 130,000 ducados de rentas sobre el segundo uno por ciento en lo vendible, y se prorogó el servicio de los 500,000 ducados, mitad plata, mitad vellon.—Archivo de la suprimida cámara de Castilla, tomo señalado «*Córtes*, 26.»

(3) Murió, como hemos apun-

y principalmente por don Luis de Haro su sobrino, hijo del marqués del Carpio, que con general disgusto habia reemplazado en la privanza al de Olivares su tio. En tanto que el de Leganés se preparaba para la campaña, salió el rey otra vez de Madrid (14 de abril, 1646), dirigiéndose á Pamplona, con objeto de hacer jurar tambien en las córtes de Navarra al príncipe don Baltasar Cárlos, lo cual parecia tener entonces embargado todo su pensamiento, y así se verificó en 25 de mayo siguiente (1).

Tuvo el marqués de Leganés la fortuna y la habilidad de lograr en la campaña de este año un triunfo que hizo olvidar en gran parte las malas impresiones de su desgracia anterior. Tenia el de Harcourt circunvalada la ciudad de Lérida; habíase atrincherado fuertemente en su campamento; seis meses llevaba ya el francés sobre la plaza; la miseria y el hambre apretaban á la guarnicion, y el marqués de Leganés no parecia á redimirla, siendo en tan largo trascurso de tiempo objeto de desconfianza y de murmuracion. Pero un dia, fingiendo una retirada y haciendo á sus tropas dar un largo rodeo por unos desfiladeros, cayó de improviso sobre las descuidadas líneas francesas, l s rompió y derrotó, causando tal espanto y desórden al enemigo, que hubo de retirarse con gran pérdida. Ya las

tado antes, en Toro, en 22 de julio de 1645.

(1) Yanguas: Adiciones al diccionario de Antigüedades de Navarra, pág. 316.

molestias y fatigas del sitio habian mermado bastante el ejército de Harcourt, de suerte, que de veinte y dos mil hombres que contaba cuando comenzó el cerco, apenas en la retirada llevaba catorce mil [1].

Despues de esta gloriosa espedicion, con que logró el de Leganés rehabilitar su fama, volvió el rey á Zaragoza. Allí tuvo el sentimiento de ver enfermar y morir al príncipe Baltasar Cárlos (9 de octubre, 1646), á quien acababa de llevar de reino en reino para hacerle reconocer heredero de su trono. No solo al monarca, sino á la nacion toda, causó gran pena la prematura muerte del príncipe siendo como era el único heredero varon. Volvióse Felipe á Madrid, donde se consoló de su afliccion mas pronto de lo que era de esperar, y de lo que exigian los sentimientos de padre y de rey.

Que ya por este tiempo el rey habia vuelto desgraciadamente á sus antiguas costumbres. Entregado á don Luis de Haro como antes al conde-duque de Olivares, y sustituida una por otra privanza, pesábanle otra vez los negocios, y abandonando aquel buen propósito que tanta satisfaccion causaba al reino, de despachar por sí mismo con sus secretarios, dió en fiarlos como antes á su primer ministro para entregarse, como en otro tiempo, á los pasatiempos y diver-

(1) Vivanco: Historia M.S. de Felipe IV., lib. XV.—Tió: Guerra de Cataluña, libro VIII.—Limiers: Hist. del reinado de Luis XIV., libro I.

siones. Pues si bien despues de la muerte de la reina pareció dominado de cierta melancolía, y se prohibieron las comedias que no fuesen de vidas y hechos de santos, al mismo tiempo que se concedia licencia para fiestas de toros, duró poco el recogimiento, y mal pudieron reformarse las costumbres del pueblo cuando tan pasagera habia sido la reforma de las del rey. No hariamos ni siquiera esta indicacion, reservando esta materia para otro lugar, si no le viéramos ya mas distraido en recreos que inclinado á hacer la jornada de la campaña de este año de 47, como en los anteriores, y si él mismo no hiciera en este tiempo como un alarde de los devaneos de su vida pasada, con el nombramiento de generalismo de la mar que hizo en su hijo natural don Juan de Austria, que habia tenido en la famosa cómica de Madrid María Calderon, conocida por la Calderona. Ya le habia hecho antes prior de San Juan, y valiera mas, como dice un escritor de aquel tiempo, «que le diera el priorato per»pétuo de San Lorenzo el Real, y que en aquellas so»ledades, celdas y peñas, se ignorára su orígen y su »nombre, por l disonancia grande que hace á la »buena opinion de los príncipes [1].» Fué una desgraciada imitacion del emperador Cárlos V. la de poner á este hijo bastardo el mismo nombre, y la de comenzar su carrera con el mismo empleo que aquel

(1) Vivanco: Hist. M.S. de Felipe IV., lib. XV.

habia puesto y Felipe II. dado al otro don Juan de Austria, como si la identidad de nombre y de empleo fueran bastantes para asimilarlos en las virtudes y la grandeza del alma y en las prendas del entendimiento.

El nuevo favorito don Luis de Haro se aplicó con ahinco á buscar por todas partes recursos para continuar con vigor la guerra, especialmente la de Cataluña, y ya hemos indicado como las córtes hacian esfuerzos para votar servicios, á riesgo de que se alteráran los pueblos, que no podian mas. Falta hacia todo, porque la Francia, con el afan de lavar la afrenta de Harcourt delante de Lérida, habia enviado al mejor general de aquel reino, al príncipe de Condé, con otros generales de los de Flandes, el cual determinó sitiar nuevamente á Lérida. Aun no estaban enteramente destruidas las líneas de circunvalacion levantadas el año anterior por el de Harcourt, y así le fué mas fácil al de Condé concluir los trabajos del sitio (mayo 1647). Pronto fueron abiertas brechas por dos lados, pero el gobernador don Antonio Brito, portugués de mucha capacidad y esperiencia, que defendia la plaza con tres mil veteranos españoles, rechazaba todos los ataques con tal tino, que siempre eran arrojados los franceses dejando multitud de muertos. Cuéntanse mas de seis salidas que ordenó y ejecutó aquel intrépido gefe, causando en todas ellas destrozos tales á los sitiadores, que asombrados estos, desespera-

dos de poder tomar la plaza, y viendo que las enfermedades diezmahan al mismo tiempo sus tropas, juntos en consejo de guerra por el príncipe, determinaron abandonar el sitio. El 18 de junio repasó el ejército francés el Segre por un puente de barcas, que deshizo aquella misma noche, y el resto de aquel mes y los dos siguientes los pasó en inaccion á causa de los escesivos calores en las inmediaciones de Lérida, teniendo en Borjas el cuartel general, y no haciendo movimiento hasta entrado setiembre.

Fué mucho mas notable esta victoria, por haber sido conseguida sobre el Gran Condé, que venia orlado con los laureles de los triunfos de Rocroy, de Thionville, de Fribourg, de Norlinga, y de Dunkerque: sobre un guerrero de quien dijo un célebre crítico de su nacion, que habia nacido general (1), y á quien celebró otro sábio francés no menos famoso en una oracion fúnebre como al hombre mas consumado en el arte de la guerra en su siglo (2).

Parecia no haber ejército español en aquella frontera, puesto que nadie se movia, ni á socorrer á Brito, ni á aprovecharse de sus heróicas salidas contra el francés. Esplicaremos la causa. Habia sido nombrado general de aquel ejército el marqués de Aytona, oriundo de Cataluña y de la ilustre familia de los Moncadas; por lo mismo iba animado del mas ardiente de-

(1) Voltaire. (1) Bossuet.

seo de hacer algun servicio notable en el país de sus mayores; pero encontróse con un ejército menguado é inservible. De ello dió aviso al rey desde Zaragoza; Felipe le mandaba avanzar sobre Lérida con la gente que tuviese poca ó mucha, pero los aragoneses se negaban á marchar en tanto que el rey no hiciera la jornada á aquel reino como los años anteriores. A arreglar estas dificultades y poner término á aquel estado de inaccion, envió Felipe IV. á su valido don Luis de Haro, facultado para otorgar en su nombre largas mercedes á todos los que le sirvieran en esta guerra: mas la primera comunicacion que de éste tuvo, fué la noticia de haber alzado el francés el cerco de Lérida. Al fin reunió el de Aytona mas de quince mil hombres, con los cuales pasó á Lérida, y de allí á buscar á los franceses á las Borjas con ánimo de darles la batalla. Mas habiendo hecho el príncipe de Condé un movimiento sobre Belpuig, de tal manera desconcertó al español que le obligó á retroceder, y le persiguió sin cesar hasta hacerle repasar el Segre é internarse otra vez en Aragon.

Así se iban pasando años y años sin que las armas reales pudieran arribar á otra casa en Cataluña, que á sostener con mucho trabajo Tarragona y Lérida. Pero la verdad es que ya en este tiempo se notaba un cambio en la opinion y en el espíritu de los catalanes, mostrándose una gran parte de la provincia tan disgustada de los franceses como antes lo habia estado de

los castellanos. Tiempo hacia que se venia notando este descontento; porque no tardaron los nuevos dominadores en dar con su conducta motivos sobrados, no solo de queja, sino de irritacion y encono ' aquellos naturales, ya por los escesos de la soldadesca, ya por las exacciones y tiranías de los oficiales y cabos, ya por las sórdidas granjerías de los asentistas, ya por el poco respeto de los mismos vireyes á sus libertades, leyes y fueros. A consecuencia de una reclamacion que el Principado dirigió al monarca francés quejándose de los agravios que recibia, vino á Cataluña un visitador general, obispo electo y consejero del rey, que se conoce no atendió ni á corregir los desórdenes de los unos, ni á calmar el enojo de los otros. Porque las tragedias fueron en aumento, y en aumento iba tambien el odio con que á los franceses miraban los nacionales, reconociendo, aunque tarde, todos los que no estaban ó muy obcecados ó muy comprometidos, que con separarse de Castilla y entregarse á Francia no habian hecho sino empeorar de condicion, arruinarse el país, y sufrir tales vejaciones, menosprecios é injurias, que si no habian sido para aguantadas de un rey propio, eran menos para toleradas de un estraño.

Poco antes de la época á que llegamos en nuestra narracion, un ilustre catalan, el vizconde de Rocaberti, conde de Peralada, marqués de Anglasola, escribió un libro titulado: *Presagios fatales del mundo*

francés en Cataluña (1), en el cual se hace una melancólica y horrible pintura de las tropelías de todo género que los franceses cometian en el Principado. No solo menospreciaban y hollaban sus privilegios y leyes, sino que encarcelaban y daban muerte de garrote á los que con teson procuraban defenderlas y conservarlas (2). Ellos se apoderaban de la hacienda de los naturales, y obligaban á muchos á salir de Cataluña para tener pretesto de confiscarles los bienes; cogian el trigo de las eras mismas para las provisiones del ejército; ponian precio á los granos, y cuando los naturales los pagaban á sesenta sueldos la cuartera, los obligaban á venderlos á los franceses á cuarenta (3); y cuando de estas y otras injusticias se quejaban los paisanos, respondian ellos que á Cataluña venian á aprovecharse de la guerra, no á la conservacion del país. Y hablando de la lascivia de los soldados, dice este ilustre escritor: «En prueba de esto están las ventanas por donde ha sido fuerza echarse las mugeres por escaparse, las iglesias á donde se han habido de retirar, el insolente atrevimiento de pedir á los jurados y bayles de los lugares les diesen mugeres para abusar de ellas, hasta llegar á pedirles

(1) Se dió á la estampa en Zaragoza en 1646.

(2) «Como nos lo enseñan, dice, los garrotes que han dado en diferentes ocasiones, y en particular al doctor Ferrer, doctor de Aucigant, Onofre, Aquiles y otros, y la prision del doctor Gisbert, Amat, abad de San Pedro de Galligans, diputado eclesiástico del Principado de Cataluña, solo porque con tanto valor se mostraba en defensa de las Constituciones, etcétera.»

(3) Presagios fatales, cap. IV.

á sus propios maridos; el atemorizarlos con que los matarian, y llegar á matarlos por quererlo defender; accion de tanto sentimiento para la nacion catalana, que ella sola basta, cuando faltasen todas, para tener con ira los corazones mas empedernidos (1).» Por último al final de su libro inserta un largo catálogo nominal de las personas principales de Cataluña, señoras, duques, marqueses, condes, señores de vasallos, nobles, caballeros, prelados, eclesiásticos, religiosos, consejeros, doctores, oficiales de guerra, y otros desterrados y encarcelados, ó que habian perdido las vidas, ó las haciendas, ó los empleos y dignidades.

Esto esplica por qué los naturales del país, y en especial los de algunas ciudades y comarcas, no ayudaban ya á los generales franceses como hubieran podido, ó defendian con menos teson las plazas, ó recibian ya con gusto las tropas de Castilla.

La guerra de Portugal se habia hecho mucho mas flojamente que la de Cataluña. El rey de Castilla no se dejó ver nunca por aquella frontera, y don Juan IV. de Braganza se iba afirmando en el trono á favor de un gobierno prudente y suave y de la debilidad en que España habia caido. Hasta 1644, al cuarto año de consumada su revolucion, se puede decir que no hubo verdadera campaña por aquella parte. Y aun apenas

(1) Rocaberti: Presagios fatales, cap. I.

merece este nombre la que pudo hacerse con un ejército de siete mil hombres de todas armas, que fué el máximum de las tropas que con gran trabajo y esfuerzo logró reunir el marqués de Torrecusa, nombrado general de aquel ejército. Subia ya el de los portugueses á doce mil hombres, contando los auxiliares y aventureros franceses y holandeses que se le habian reunido. Mandábale Matías de Alburquerque, el cual tenia ya pretensiones de amenazar á Badajoz. Acometió primero el portugués y tomó las villas de Montijo y Membrillo, taló campiñas, incendió poblaciones y se dirigió luego á buscar á Torrecusa resuelto á medir sus armas con él y darle batalla. Celebrado consejo de generales españoles, se acordó salir al encuentro del portugués para ver de enfrenar su osadía. Llevaba Alburquerque ocho mil hombres; no llegaba á tanto la gente de Torrecusa. Encontráronse ambos ejércitos cerca de Montijo, uno y otro con ansia de pelear. El de Alburquerque arengó á los suyos, y supónese que no dejó de recordarles la gloriosa batalla de Aljubarrota. Peleóse, en efecto, por ambas partes con ardor (junio, 1644), y hasta con la ira y el corage de dos pueblos que refrescan antiguas antipatías. Perdieron los portugueses mas gente que los castellanos, y dejaron en poder de estos la artillería. Pero es lo cierto que ambos ejércitos quedaron harto destrozados; y lo notable fué que uno y otro se atribuyeron la victoria, y que ésta se celebró con regocijos públi-

cos en Lisboa y en Madrid [1]. Tras esto rindió Torrecusa algunos lugares poco importantes. Por la parte de Galicia al marqués de Tabora, por la de Ciudad-Rodrigo el duque de Alba, redujéronse á acometer y resistir pequeñas empresas, de disolucion y ruina para los pueblos, de ningun resultado decisivo para ninguna de las partes.

Siguió arrastrándose lánguidamente en los años siguientes la guerra de Portugal, ocupadas y concentradas la atencion y las fuerzas de Castilla en Cataluña, y no porque dejaran de renovarse allí los generales, como en Cataluña sucedia tambien. En 1645 reemplazó allí el marqués de Leganés al de Torrecusa, que pasó al vireinato de Milan, y por parte de los portugueses sustituyó al de Alburquerque el conde de Castel Melhor. Todo lo que uno y otro hicieron fué, que el de Leganés se puso sobre Olivenza (octubre, 1645), se apoderó de un fuerte, minó é hizo saltar dos arcos, taló las cercanías de Villaviciosa, y tomó á Telena, donde construyó una fortaleza, mientras Castel Melhor se internaba hácia Badajoz y se llevaba algunos prisioneros; despues de lo cual, avanzada ya la estacion, cada cual regresó á sus cuarteles.

Trasladado el año siguiente el marqués de Leganés al vireinato de Cataluña, confióse el mando de nuestro ejército de Portugal al baron de Molinghen,

(1) Vivanco: Historia MS. de Felipe IV.—Soto y Aguilar: Epitome.—Laclede: Historia general de Portugal.



flamenco, que era ya general de la caballería. Limitóse el de Molinghen en los años 1646 y 47 á detener y resistir dos invasiones que el portugués con todo el grueso de su ejército, ya bastante aumentado, intentó sobre Badajoz, la una desde Elvas, la otra desde Olivenza. Siempre despierto y siempre firme el general de las tropas de Castilla, no solo contuvo denodadamente aquellas dos irrupciones, sino que armando diestras emboscadas á los portugueses, les hacia daños de consideracion y los escarmentaba cada vez que aquellos padecian el menor descuido.

Pero es vergüenza que al cabo de siete años de hechas las dos revoluciones, catalana y portuguesa, todo el poder de la nacion española no alcanzára á hacer mas progresos por la parte del Segre que los que atrás hemos visto, y que por la parte del Guadiana se redujera todo á la trabajosa y miserable defensiva que acabamos de ver. Lastimoso cuadro de impotencia era el que se ofrecia á los ojos del mundo en uno y otro estremo de la Península. Al fin si don Juan IV. de Portugal no hizo conquistas sobre Castilla, harto era para él conservar la integridad de su territorio, aumentar y organizar su ejército, y afirmar y consolidar su trono.

Con mas vigor y con mas actividad, aunque para desdicha nuestra, se hacia la guerra en los Paises Bajos, allá donde la Francia tenia particular empeño en quebrantar el poder de España, y aun en acabar con



sus últimos restos que estaban allí representados. Unida para esto mas estrechamente con la república de Holanda por el tratado de 1644, de que dimos noticia, y nombrado el duque de Orleans para el mando de aquel ejército en reemplazo del príncipe de Condé, sitió y batió el de Orleans en toda forma (julio, 1644), y nos tomó la plaza de Gravelines, sin que pudieran darle oportuno socorro ni don Francisco de Melo, ni el conde de Piccolomini, que por este tiempo llegó á Flandes. Y en tanto el príncipe de Orange con sus holandeses se apoderaba de algunos fuertes, y sobre todo de el de Saxo de Gante, importantísima plaza, aunque pequeña, porque abria la puerta á todo el Brabante, y desde allí rompiendo los diques se podia inundar la campiña de Gante. Estas pérdidas, que pusieron término á la campaña de 1644 en los Paises Bajos, acabaron tambien con el crédito del general español don Francisco de Melo, marqués de Torrelaguna, á quien públicamente y á voz llena llamaban los naturales inepto y flojo, y cuya separacion fué por lo tanto bien recibida.

No nos faltaban allí todavía buenos y muy calificados capitanes, pero faltaba unidad y faltaban recursos; y de estas dos faltas supo aprovecharse bien el de Orleans en la campaña siguiente de 1645. Los nuestros defendian las plazas con valor y hasta con obstinacion, pero no habia aquel concierto y aquella combinacion que es necesaria entre los cabos y entre

las tropas de un país para darse la mano, auxiliarse y robustecerse mútuamente. Así á pesar de las buenas defensas que se hicieron, y de haber acudido de Alemania el duque Cárlos de Lorena, que hizo el servicio de arrojar de Flandes á los holandeses, perdimos sucesivamente los fuertes y plazas de Waudreval, Cassel, Mardick, Linck, Bourbourg, Menin, Armentieres y otras; bien que algunas reconquistó el general Lamboy, que mandaba un cuerpo de nuestras tropas. En cambio el duque de Lorena y el conde de Fuensaldaña sufrieron un terrible golpe en Courtray, y el de Lorena nuestro aliado perdió plazas que pasaban por inconquistables.

Fuerte de treinta mil hombres era el ejército del duque de Orleans en Flandes en 1646, que dividió en tres cuerpos para poder subsistir mejor: sus generales, el duque de Enghien, Gassion y Rantzan. Juntas nuestras fuerzas, con los generales duque de Lorena, Piccolomini, Fuensaldaña, Carmona, Bech y Lamboy, formaban todavía un total de veinte y cinco mil hombres. Pero daba grande ayuda á los franceses la república de Holanda, cuyas naves dominaban el mar. En esta campaña sufrimos pérdidas de mucha consideracion. Courtray, sitiada y atacada por todo el ejército francés, tuvo que rendirse despues de una gloriosa defensa. Mardick, que habia sido reconquistada por los nuestros, volvió á poder del duque de Orleans, que recobrada esta plaza regresó á París, de-



jando el mando del ejército al de Enghien, el cual comenzó por rendir á Furnes, y acabó la campaña de aquel año por apoderarse de Dunkerque (7 de octubre), sin que fuera bastante poderoso ó activo Piccolomini para socorrer á Dunkerque, como no lo habia sido Lorena para dar socorro á Courtray. El de Lorena perdió la plaza de Logwi, única que le quedaba en sus estados [1].

Tal serie de pérdidas y tal cadena de reveses puso en el mayor cuidado á la córte de Madrid, que para no acabar de perder lo de Flandes no halló ya mas arbitrio que pedir ayuda y proteccion al emperador de Alemania. Muchos motivos tenia el austriaco para no negarla. Sobre haber sido constantemente unos mismos los enemigos de las dos ramas de la casa de Austria, nunca España habia negado sus poderosos auxilios al Imperio, antes los habia prodigado siempre, y ahora que España necesitaba del Imperio, no podia este faltarle sin nota de ingratitud. Precisamente le daban algun respiro las escisiones entre suecos y franceses. Y ademas acababan de estrecharse los lazos de familia por medio del segundo matrimonio del rey Felipe IV. que se habia ajustado por este tiempo con la archiduquesa Mariana, hija del emperador Fernando III [2]. Accedió pues el emperador á dar la protec-

(1) Historia de las Provincias Unidas de Flandes.—Limiers: Historia del reinado de Luis XIV.—Guillermin: Hist. MS, del duque Cárlos de Lorena.

(2) Las córtes, muerto el príncipe don Baltasar Cárlos, invitaron al rey á que contrajera segundas

cion que se le pedia, siempre que se nombrára virey de Flandes al archiduque Leopoldo con las mismas facultades que habian tenido el archiduque Alberto y el cardenal infante de España, condicion que pareció bien á los ministros españoles, porque la autoridad concentrada en manos de un príncipe era lo que podia hacer cesar los celos y disidencias entre los generales de Flandes, que en mucha parte habian sido la causa de tantas desgracias. Hízose pues un nuevo pacto de amistad entre las dos casas de Austria y de España. Pero á su vez la Francia celebró otro tratado de confederacion con la reina de Suecia, el duque Maximiliano de Baviera, el elector de Colonia y el príncipe Maximiliano Enrique, y todas sus provincias, ejércitos, obispados y dinastías (1).

Llegado que hubo el archiduque á Bruselas, procuró acreditarse recobrando algunas de las plazas que nos habian conquistado los franceses. Recuperó en efecto á Armentieres, tomó á Landrecy (mayo y junio, 1647), á Dixmude y algunas otras fortalezas; pero en

nupcias para que no quedára sin sucesion el trono. Felipe eligió á la archiduquesa Mariana de Austria. Don Diego de Aragon, embajador en Viena, fué el encargado de esta negociacion. El 2 de abril (1647) se dieron por acordadas las capitulaciones entre ambas córtes, y el 17 de julio de 48 se publicaron las bodas en Madrid. El conde de Lumiares fué como embajador estraordinario á llevar las joyas á la reina.

(1) *Transactio inter Regem Ludovicum XIV. Galliæ et Navarræ, Reginam Sueciæ Dominam Ameliam Elisabetham, administratricem Hassiæ inferioris................ tum ex altera parte inter electorem Maximilianum Ducem Bavariæ, et universam domum electoralem. Electorem Coloniæ, et principem Maximilianum Henricum, ipsorum provintias et ejercitus, etc., inita Ulme. Suevorum, die 14 martii anno 1647.—Pacta Galliæ*, capitulo LXXI.

cambio los mariscales Gassion y Rantzan se apoderaron de la Bassée, de la Exclusa, que hicieron demoler, de Lens, cuyo sitio acabó Rantzan, herido en él mortalmente Gassion (julio y agosto, 1647), y frustraron la tentativa que el archiduque, hizo sobre Courtray. La campaña acabó por una reñidísima accion cerca de Lens entre el archiduque, el general Beck y el príncipe de Ligne de una parte, el príncipe de Condé, Grammont y Chatillon de otra, en la cual, despues de llevar los alemanes y españoles arrollada una gran parte del ejército francés, por precipitacion del archiduque y desórden con que marcharon los nuestros creyéndose ya vencedores, dieron lugar á que Condé aprovechára hábilmente aquella imprudencia, y volviendo sobre el ala izquierda, y arremetiéndola furiosamente fué sucesivamente derrotando izquierda, centro y derecha, huyendo el archiduque en desórden con las córtas reliquias de su destrozado ejército. Perdiéronse entre muertos, prisioneros y heridos sobre ocho mil hombres; entre estos últimos lo fueron mortalmente los generales Beck y príncipe de Ligne, con los mejores oficiales: quedaron en poder del enemigo treinta y ocho cañones, muchas banderas y todo el bagage (1). El desastre fué completo para nos-

(1) Hay entre los historiadores respecto al resultado material de esta batalla la misma discordancia que generalmente se observa en todos los hechos de esta clase. Unos hacen subir el número de muertos á ocho mil, y á cinco mil el de los prisioneros: otros suponen ocho mil prisioneros, y limitan el número de los muertos á mil quinientos, etc. Nosotros, segun nuestra costumbre, tomamos el tér-

otros, y vino, por si algo faltaba todavía, á acabar de convencer á la córte de Madrid de que era ya imposible sostener la guerra en los Paises Bajos, por lo menos si no se daba á la política otro rumbo.

Tiempo hacia que se trataba de una paz general entre todas las potencias y príncipes de Europa. Los primeros tratos habian comenzado en 1641 en Hamburgo, pero las verdaderas negociaciones no se entablaron hasta 1644, celebrándose conferencias al mismo tiempo en Osnabruck y en Munster, concurriendo al primero de estos puntos los envi dos del emperador, de los Estados del Imperio y los de Suecia, y al segundo los plenipotenciarios del emperador, los de Francia, España y otras potencias. Hízose así para evitar cuestiones de preeminencia entre Suecia y Francia, pero considerándose las conferencias como si se celebraran en un solo punto para las condiciones del tratado definitivo. España envió primeramente á Munster en calidad de plenipotenciario al célebre escritor don Diego de Saavedra Fajardo, que estuvo hasta 1646, y despues fueron enviados con poderes especiales el conde de Peñaranda don Gaspar de Bracamonte, Fr. José de Bergaño, arzobispo cameracense, y Antonio Brun, del consejo de Flan-

mino medio que resulta de los cálculos de los historiadores de las diferentes naciones, contando con el interés encontrado que han podido tener en aumentar ó disminuir, y cuidándonos siempre menos de averiguar la exactitud númérica de los muertos ó heridos, que del resultado sustancial y moral de la batalla.



des. Hasta Cataluña envió tambien al regente de la audiencia de Barcelona, Francisco Fontanella, para que informara al plenipotenciario de Francia de los usos, leyes y costumbres del Principado.

No nos incumbe hacer la historia, que seria larga, de las diferentes fases que fueron tomando estas negociaciones en su último período, que duró cuatro años, ni de las dificultades que cada dia ocurrian para venir á una solucion satisfactoria, ni de las varias combinaciones que se proponian, se deshacian ó se modificaban, ni de los obstáculos y contrariedades que ocurrian, como era propio y natural en asunto tan complicado y difícil, y en que se cruzaban tan opuestas pretensiones y tan encontrados intereses de tantas naciones y de tantos príncipes. Todos tenian interés en la pacificacion, pero todos aspiraban á sacar de ella su provecho propio mas de lo que los otros consentian. Intentaba la Francia quedarse con los Paises Bajos en cambio de Cataluña, con cuya mira procuraba disuadir á los holandeses de hacer una tregua con España, al mismo tiempo que el príncipe de Orange recibia avisos de que Francia y España andaban en negociaciones secretas; y cuando la córte española remitia á la reina de Francia sus condiciones de paz, los plenipotenciarios franceses hacian confianza de ello á los de Holanda, que se mostraban resentidos. La reina pedia la Navarra, y consentia en el matrimonio de la infanta de España con el rey su

hijo, y por último hacía al monarca español árbitro de la paz, respuesta que oyeron con sorpresa y con recelo los españoles. Cuando se iba ya arreglando un acomodamiento entre España y la república holandesa, advertian los holandeses cierta lentitud por parte de la Francia para la marcha de las negociaciones que se les hacia sospechosa, lo cual los movió á tratar particularmente con los españoles.

Iguales ó parecidas dificultades y complicaciones ocurrian cada dia entre Francia, Suecia, Roma, el Imperio, y los demas príncipes que tenian intervencion en el tratado.

Al fin, despues de muy largas y muy laboriosas negociaciones, el 24 de octubre de 1648, se concluyó el tratado de paz en Munster, donde algunos dias antes se habian re nido los plenipotenciarios de Osnabruck. El famoso tratado de Munster, que se nombra mas comunmente de Westfalia, por pertenecer ambas ciudades al círculo así llamado, estableció la paz entre la Francia y el Imperio, puso término á la guerra de *Treinta años*, fijó de una manera definitiva y estable la Constitucion política y religiosa de Alemania, y le dió verdaderamente su organizacion moderna: por él se cedió á la Francia la Alsacia; á la Suecia la Pomerania y otros territorios; se determinó la independencia de los diferentes Estados del Imperio, y se secularizaron varios obispados y abadías, lo cual produjo solemnes protestas del papa contra este convenio.

Por lo que hace á España, lo importante y lo trascendental fué el reconocimiento que hizo de las Provincias Unidas de Holanda como nacion libre é independiente, quedando cada una de las dos potencias con lo que poseia, y declarándose libre para entrambas naciones la negociacion y comercio de las Indias Orientales y Occidentales. El tratado se hizo sin conocimiento del cardenal Mazarino, que se quedó asombrado cuando lo supo; quejóse altamente de la ingratitud de los holandeses, y redobló sus esfuerzos y sus intrigas para separar la casa de Austria de la de España (1).

Esta paz fué el término de las sangrientas y calamitosas guerras que por mas de ochenta años, desde los primeros del reinado de Felipe II., sostuvieron sin mas interrupcion ni descanso que la tregua de doce años, aquellas desgraciadas provincias contra todo el

(1) Woltmann. Historia de la Paz de Westfalia, 2 volúmenes, Leipsick.—Schiller, Historia de la guerra de Treinta años.—Larrey, y Limiers, Historia del reinado de Luis XIV.—Vivanco, Historia MS. de Felipe IV.—Poderes dados por Felipe IV. á sus plenipotenciarios, marqués de Peñaranda, etc., para tratar de la paz con los holandeses, en Zaragoza á 6 de junio de 1646.—El tratado consta de 79 artículos, fundados todos sobre las bases que hemos indicado, y se encuentra en todas las colecciones de Tratados de paz.

El texto castellano comenzaba: «Don Felipe por la gracia de Dios «rey de Castilla, de Leon, etc.—«Sea notorio á todos, que despues «de largo tiempo de guerras san«grientas, que por tantos años han «afligido los pueblos, súbditos, rei«nos y tierras de los señores rey «de España y de los Estados de las «Provincias Unidas de los Paises «Bajos; é los Señores Rey y Esta«dos, movidos de compasion cris«tiana, y deseando poner fin á las «calamidades públicas y atajar los «futuros subcesos y inconvenien«tes, daños y peligros de la conti«nuacion de las dichas guerras de «los Paises Bajos, que podrian cau«sar, y aun por una estension en «otros Estados, paises y mares mas «remotos, etc., etc.»

poder de España, la nacion entonces mas poderosa del orbe; guerras en que se consumieron los tesoros del Nuevo Mundo por cerca de un siglo, y en que se derramaron rios de sangre flamenca y española. Con la paz de Munster quedó puesta de manifiesto á la faz del mundo la impotencia de España; pero por mas que las condiciones del tratado fuesen desventajosas y humillantes para la nacion española, la situacion á que ésta habia venido por una série de fatales circunstancias, no hacia posibles ya otras en que saliéramos mas aventajados.

Mazarino y la córte de Francia, cuyo reino seguia gobernado por una reina española de la dinastía de Austria, no cesó, sin embargo, ni retrocedió en su plan de separar los intereses de las dos monarquías de la rama austriaca, y este fin llevaba el que se celebró entre la Francia y el Imperio en la misma ciudad de Munster [1]. La paz de Westfalia dió ya otro giro á los negocios de Europa, pero si otros Estados pudieron disfrutar de ella, por desgracia la guerra continuó entre Francia y España, y entre España y Portugal, como adelante veremos.

(1) «*Instrumentum, sive Tractatus Paris, signatum et obsignatum Monasterii in Westphalia, die 24 octobris, anno 1648, per Legatos plenipotentiarios Sacrarum Magestatum Imperialis et Christianismæ, etcétera.*» — Pacta Galliæ, capitulo LXXIV.

CAPÍTULO XII.

ITALIA.

INSURRECCION DE NÁPOLES.

1647.—1648.

Intrigas de Mazarino en Italia.—Piérdense Piombino y Portolongone. —Rebelion de Sicilia.—Causas y circunstancias que la prepararon.—Mal gobierno del marques de los Velez.—Sublevacion en Palermo.—Cobarde conducta del virey.—Rebélanse otras ciudades de Sicilia.—Cómo se aquietaron.—Rebelion de Nápoles.—Causas del disgusto de los napolitanos.—Mal comportamiento de los vireyes españoles.—El duque de Arcos.—Impuesto sobre la fruta.—Indignacion popular. — Grave insurreccion. — Masaniello. — Cobardía y debilidad del virey.—Concesiones al pueblo.—Abraza el duque de Arcos públicamente á Masaniello.—Triunfo popular.—Solemne jura de los fueros.—El cardenal Filomarino.—Desvanecimiento de Masaniello.—El pueblo le asesina por malvado, y al dia siguiente adora su cadáver.—Sangrientos combates en Nápoles: ármanse mas de cien mil hombres.—El príncipe de Massa general de los insurrectos.—Combates mortíferos.—Acude don Juan de Austria con buena escuadra.—Fuego horroroso de los castillos y de las naves sobre la poblacion.—Incendio y mortandad.—Nuevo triunfo del pueblo.—Asesinato del príncipe de Massa.—Nuevo caudillo popular: Genaro Annése.—Ejército contra-revolucionario de los nobles. —Sublevacion y socorros de las provincias á los populares.—Proclaman los de Nápoles al duque de Guisa y se erigen en república. —Escuadra francesa en las aguas de Nápoles: el duque de Richelieu.—El cardenal Mazarino no favorece al de Guisa.—Abandónale

el duque de Richelieu.—Descontento popular: comienza á decaer la revolucion.—Separacion y relevo del duque de Arcos.—Es nombrado virey de Nápoles el conde de Oñate.—Don Juan de Austria resiste un ataque general de los insurrectos.—Manejo y política del conde de Oñate.—Error gravísimo del duque de Guisa.—Aprovéchase de él el de Oñate, y entra en la ciudad.—Sométense los rebeldes.—Prision del de Guisa.—Son severamente castigados los sediciosos: suplicios.—Recóbranse Piombino y Portolongone.—Sujétase al duque de Módena. Situacion de Italia despues de la revolucion de Nápoles.

Los efectos de la siniestra influencia de un mal gobierno se estienden y hacen sentir en todas las regiones á que alcanza su dominacion; y cuando un estado entra en el período de su decadencia, en todas partes sobrevienen conflictos que contribuyen á aumentar su descrédito y á amenguar su poder. Lo estraño y lo admirable habria sido que las distracciones del monarca, los desaciertos de sus ministros, y la desmoralizacion de los favoritos y cortesanos no hubieran producido mas amargos frutos que los que dentro de los límites de la Península se recogian. No era así por desgracia, ni podia ser. Ya hemos visto cuán mal parados andaban nuestros asuntos en Flandes. No presentaban mas lisongero aspecto en Italia.

Despues de haber perdido algunas plazas el conde de Siruela, que habia reemplazado en el gobierno de Milan al marqués de Leganés, quiso nuestra desgraciada suerte que nuestros mas firmes auxiliares hasta entonces, el príncipe Tomás y el cardenal de Saboya, que despues que dejó el capelo para casarse con su so-



brina tomó el título de príncipe Mauricio, mas por sus intereses que por las quejas que suponian de España y desavenencias con nuestros generales, se reconciliaran con la duquesa, y lo que fué peor, uniéronse con los franceses contra los españoles cuya causa habian siempre defendido. Reunidos ya para mal nuestro franceses y saboyanos, tomáronnos á Niza, Verna, Crescentino y Tortona, bien, que valerosamente defendida esta última por el conde de Siruela, quien al menos dejó con honra el mando al marqués de Velada, que desde Flandes pasó á sucederle. Hasta el pequeño príncipe de Monaco, Honorato Grimaldi, que habia sido un leal vasallo de España, y en cuyo puerto habia desde Cárlos V. una guarnicion de españoles, viendo tan decaida allí nuestra causa, abrió las puertas de la ciudad á los franceses, no sin que los españoles, aunque sorprendidos y casi desarmados, pelearan gloriosamente antes de abandonar la plaza [1].

Tan empeñado el cardenal Mazarino como el de Richelieu en quebrantar, y en aniquilar, si pudieran, el poder de España, el ministro favorito de la reina Ana de Francia, como el ministro privado del rey Luis, no habia cesado de trabajar con intrigas y con armas

(1) *Transactio inter regem Ludovicum XIII. et principem Monachonis, de patrocinio illius principatus suscipendo: inita die 8 julis, anno 1641.*

Transactio inter regem Ludovicum XIII. ab una, et Mauritium cardinalem atque Thomam principes Sabaudiæ ab altera parte inita. Taurini, anno 1642, die 14 junii et 1.° julii sequentis.—Pacta Galliæ.

en Italia como en todos los dominios españoles, y de enviar ejércitos y escuadras á aquel bello país contra las escuadras y los ejércitos de España. Desde la defeccion de los príncipes Tomás y Mauricio de Saboya, debida en gran parte á los manejos y á la seduccion de aquella córte, nuestras armas en Italia no habian podido tener ya aquella fácil superioridad que tenian antes.

Merced á los esfuerzos del valeroso Cárlos la Gatta, y á los auxilios que le prestaron el duque de Arcos y el marqués de Torrecusa, habia podido defenderse trabajosamente la plaza de Orbitello, sitiada y atacada por el príncipe Tomás. Pero Piombino y Portolongone habian caido en poder de los mariscales franceses Meilleraye y du Plessis, y parte de la flota que les condujo á aquellas costas amenazaba al golfo de Nápoles, mientras otra parte habia ido á los puertos de Provenza á preparar otra espedicion. Llena de terror estaba la Italia, cuando sucedieron las revoluciones de Sicilia y de Nápoles de la manera y por las causas que vamos á apuntar.

Era virey de Sicilia el marqués de los Velez, el primero que habia ido con el ejército de Castilla á reprimir la rebelion de Cataluña, en que fué tan poco afortunado. Las urgencias de tantas guerras como España sostenia, habian obligado á imponer á los sicilianos cargas y contribuciones para atender á los gastos públicos, no obstante los privilegios concedidos

por Cárlos V.; y con motivo de las últimas empresas de los franceses en las costas de Toscana, aquellos tributos y derramas se habian aumentado, recargando los artículos de primera necesidad, al propio tiempo que se hicieron levas considerables de hombres, forzándolos á servir de soldados ó de marineros. Quiso la fatalidad que en tal estado afligiera aquellas fértiles provincias una sequía estraordinaria (1646), que las privó de las cosechas de todos sus frutos, á la cual siguió un hambre horrorosa. No le ocurrió al marqués de los Velez otro remedio para atajar aquel daño y calmar los clamores de aquellos infelices, que prohibir á los panaderos subir el precio del pan, bajo pena de la vida. Sucedió con esto que los panaderos se retiraron de su ejercicio, y faltando la venta pública del pan, creció la miseria, y con ella el descontento y la desesperacion del pueblo. Comenzaron á alborotarse los habitantes de Palermo tomando tumultuariamente las armas, y puesto al frente de las turbas un calderero llamado José Alecio, diéronse á quemar y saquear las casas de los recaudadores y de los agentes y amigos del virey, pusieron en libertad todos los presos, y por espacio de tres dias estuvo aquella capital entregada á los escesos y horrores de la anarquía (1647).

Acobardado el de los Velez, y refugiado en las galeras, tuvo la debilidad de acceder á todo lo que pedia la muchedumbre, abolió las nuevas gabelas, y

devolvió al pueblo sus antiguos privilegios. El pueblo, á quien nunca satisfacen las concesiones así arrancadas, pidió la abolicion de todos los impuestos establecidos desde el tiempo de Cárlos V., y la esclusion de los españoles de todos los empleos públicos. La insurreccion cundió á todas las principales ciudades de Sicilia, á escepcion de Mesina, única que se mantuvo leal á España. Esto y el haberse puesto los nobles y barones, mucha parte de ellos de orígen catalan, del lado del virey, protestando su adhesion al gobierno español, debilitó el partido popular, adormecióse con promesas el resentimiento público, y poco á poco se fué dominando la insurreccion hasta apagarla (1).

De mayores proporciones y de mas cuidado fué la sublevacion de Nápoles. Era este uno de los reinos que se habian mantenido mas fieles á España, y de los que habian hecho mas servicios á la monarquía, no habiendo escaseado para ello ni sangre, ni ejércitos, ni tesoros, y peleando en todas partes los napolitanos tan unidos á los españoles como si lo fuesen ellos mismos. Muchas victorias se habian debido á la inteligencia y denuedo de generales napolitanos. Nuestros vireyes, lejos de guardar miramientos y de tratar

(1) Botta: Storia d' Italia.—Anal. Sicil.—Soto y Aguilar: Epitome, ad ann.—Vivanco: Historia MS. de Felipe IV., lib. XVI.—Relacion hecha por el marques Luis Muttey de las diligencias que habia practicado para coger un sacerdote de Palermo, que fué á Paris á acordar con el cardenal Mazarino la revolucion de Palermo: Archivo de Salazar. Doc. 56. p. 180.



con consideracion á un pueblo que habia hecho siempre tantos sacrificios, no pensaban sino en esquilmarle, señaladamente en los últimos años, y no ya para provecho de la nacion española, sino para enriquecerse á sí propios y á sus favorecedores. Vióse á algunos en poco tiempo ir pobres y volver opulentos. El sistema de corrupcion se estendia, como sucede siempre, á los agentes subalternos, y los gobernadores y comandantes de las plazas no pagaban la tercera parte de los soldados que figuraban en las revistas. La miseria pública crecia de dia en dia; y las murmuraciones y las quejas, si en el principio se emitian con cierta timidez y retraimiento en privados círculos, despues se espresaban en alta voz en plazas y calles. Los nobles y el clero, lejos de procurar algun alivio á los vasallos y á los pobres, los unos los oprimian mas, resucitando los derechos feudales mas onerosos, el otro administraba en propio interés hasta los establecimientos destinados al socorro de la pobreza. Si algun virey, como el honrado almirante de Castilla, que sucedió al duque de Medina de las Torres, representaba á la córte de Madrid las justas causas del descontento que observaba en el pueblo, y los males y disgustos que de seguir tratándole de aquella manera podrian seguirse, ó era desoido ó se le miraba como un débil ó un visionario, y se le contestaba pidiéndole hombres y dinero, hasta que cansado de avisos inútiles, y no queriendo ser

responsable de lo que pudiera acontecer, hizo dimision de su cargo, *porque no queria que en sus manos se rompiese aquel hermoso cristal que se le habia confiado* (1).

El duque de Arcos, que sucedió al almirante, era un buen español, hombre probo, pero de carácter duro y tenaz, y poco apropósito para mandar en determinadas circunstancias. Luego que llegó á Nápoles comenzó á apretar á los contribuyentes y arrendadores; tuvo despues que imponer una nueva gabela para atender á los gastos de la guerra con los franceses, y ocurrióle la malhadada idea de cargar con este tributo al consumo de la fruta, que era allí el alimento comun y ordinario del pueblo, y los recaudadores pusieron al instante sus casillas en las plazas y mercados (enero, 1647). Desde luego se notó el disgusto, y hasta la indignacion, que semejante tributo producia. Veíanse en todos los semblantes señales de cólera y de enojo, multiplicábanse las representaciones al virey, llenábanse las esquinas de pasquines, y como los ánimos estaban ya harto predispuestos, bastaba una pequeña ocasion para hacer estallar la ira que habia en los corazones, y esta ocasion no tardó en presentarse El duque de Arcos ya lo veia venir, y tenia pensado conmutar aquella contribucion por otra, pero

(1) Carta del virey de Nápoles al rey, dándole cuenta del estado del reino.—Hay quien calcula que entre el conde de Monterey y el duque de Medina de las Torres sacaron de aquel reino en trece años cien millones de escudos de oro.

por su dilacion en ejecutarlo se le anticiparon los sucesos.

Ocurrió un dia un altercado (7 de julio, 1647) entre unos vendedores de fruta y los arrendadores de la gabela, negándose aquellos á pagar á estos toda la cantidad que les pedian. A la disputa acudió un gran golpe de gente, derramóse la fruta por el suelo, y la muchedumbre acometió á los cobradores, que se salvaron con dificultad. Al frente de estos primeros tumultuados se puso un vendedor de pescado llamado Tomás Aniello de Amalfi, á quien el vulgo por abreviacion nombraba Masaniello, jóven de veinte y siete años, robusto y audaz, que estaba deseando el alboroto, porque tenia un resentimiento que vengar. Hacía poco tiempo que su muger habia sido presa por los aduaneros al querer introducir fraudulentamente un poco de harina, artículo tambien gravado con subido tributo. Masaniello habia vendido su pobre ajuar por sacar de la prision á su muger, á quien amaba mucho, y juró vengarse. Era por lo tanto el mas ardiente instigador de la plebe contra el gobierno, y mas contra los arrendadores, y aprovechó aquella buena ocasion que se le presentó para ello. Puesto pues á la cabeza del populacho, y á los gritos de «*¡Viva Dios! ¡viva la virgen del Cármen! ¡viva el rey! ¡muera el mal gobierno! ¡muera la gabela!*» corrió con las desenfrenadas turbas, deshaciendo y quemando las garitas de los recaudadores; despues se dirigieron todos á la plaza de palacio,

y dando desaforados gritos pidieron al virey que se asomara al balcon, hasta que cansados de esperar rompieron las puertas y penetraron en su propio gabinete.

El de Arcos, con un apocamiento y una irresolucion indisculpable en tales lances en una primera autoridad, pálido y trémulo, no discurrió otra cosa que exhortar á la muchedumbre á que se aquietara, diciendo con angustiada voz: «*Sí, hijos mios, todo se hará.*» Y se escribieron apresuradamente varias papeletas firmadas por el virey, aboliendo el impuesto, y se arrojaron por la ventana á la muchedumbre, la cual no contenta ya con esto, pedia la abolicion de todas las gabelas. Entonces el de Arcos, ya sin color en el rostro y sin aliento en el corazon, despues de hacer trasladar la duquesa y sus hijos á Castilnovo, deslizóse él mismo por una escalera de caracol, y metióse en un coche que encontró á la puerta. La multitud le obligó á apearse, y aunque nadie, por confesion suya, le insultó ni se descompuso con él, sin tomar providencias para acallar el tumulto metióse en el convento de San Francisco. Apresuráronse los frailes á cerrar las puertas, pero esto indignó mas á los tumultuados, rompiéronlas con violencia, y penetraron en el convento. El virey, cada vez mas aturdido, y siempre cobarde, hízose encerrar y conducir en una silla de manos al castillo de San Telmo, y de allí á las dos horas se trasladó al Nuevo, donde estaban ya su es-



posa y sus hijos, y donde le acompañaron muchos nobles y caballeros (1).

Acaudillada entretanto la multitud por Masaniello,

(1) El carácter y naturaleza de nuestra obra no nos permite detenernos á dar cuenta de otros pormenores y circunstancias que ocurrieron en esta célebre sublevacion y de las que acompañan siempre á los alborotos y movimientos de esta clase. El que desee conocerlos mas minuciosamente puede consultar la escelente obrita que con el titulo de *Masaniello, ó La sublevacion de Nápoles,* ha publicado nuestro ilustrado amigo don Angel de Saavedra, duque de Rivas, embajador que ha sido de España en aquel reino (dos volúmenes en 8.° Madrid, 1848). Este erudito escritor ha consultado para escribir la historia de este suceso, entre otras obras, principalmente las siguientes: Tomás de Santis, autor contemporáneo, *Istoria del tumulto di Nápoli:* Alejandro Giraffi, id. *Le rivolusioni di Nápoli:* Raphael de Turris, id. *Dissidentis receptæque Neapolis:* el conde de Módena, *Memorias sobre la revolucion de Nápoles:* Parrino, *Teatro eroico é político d' governi de' vicere,* etc.: Baldacchini, *Storia Napoletana dell' anno* 1647: Giannone, *Istoria civile del regno di Nápoli;* y los manuscritos de Capacelatro y de Agnello de la Porta sobre este acontecimiento.

Y sin embargo todavía hallamos algunas discordancias en la narracion de lo que ocurrió en aquel tumulto, entre estos tan apreciables escritores contemporáneos y otras relaciones manuscritas de aquel tiempo que nosotros tenemos á la vista: tales como la que hizo el conde de Villamediana á don Luis de Haro, con carta original de aquél, la cual se halla en el archivo de Salazar, Doc. 34, y principalmente con la carta que escribió el mismo duque de Arcos al rey don Felipe dándole cuenta de los primeros alborotos, y que copió don Bernabé de Vivanco en su Historia inédita, libro que se dice octavo, y le corresponde ser el décimosexto. — Dice por ejemplo el duque de Rivas, siguiendo los autores arriba enumerados, que cuando venia el virey en el carruage, «iba angustiadísimo, y desconcertados los que le acompañaban, y mas viendo muchas espadas y picas amenazarle de cerca, como de lejos algunos arcabuces y ballestas, y a la gente mas soez, perdido todo respeto, saltar al estribo y poner las manos violentamente en su persona, llegando, segun afirma un autor contemporáneo, hasta tirarle del bigote.» Y el duque de Arcos en su carta dice, no haberse descompuesto nadie con él «antes mostraban respetarme y besarme los pies, etc.»—Añade tambien el de Rivas que el virey debió su salvacion al recurso de tirar al pueblo puñados de monedas de oro, con lo cual los que seguian la carroza se arrojaban codiciosos á la presa, é hicieron claro, que sostuvieron valerosamente los caballeros y algunos soldados españoles para dar paso al virey.

Además de estas obras y documentos tenemos á la vista otro opúsculo manuscrito titulado: *Rebelion de Nápoles y sus sucesos,* por don Diego Phelipe de Albornoz, Thesorero dignidad y canónigo de la santa iglesia de Cartagena y Murcia, en el año 1648.—Archivo de la Real Academia de la Historia, G. 68.

y dando ya mas direccion al movimiento el doctor Julio Genovino, hombre octogenario, pero demagogo furioso y sagaz, *electo* que habia sido ya del pueblo en las turbulencias del vireinato del duque de Osuna, fueron soltando los presos de todas las cárceles, acometieron y despojaron las armerías, batiéronse ya en algunos puntos con las guardias tudescas y españolas, y las vencieron y tomaron las armas de los cuarteles, con que llegaron á juntarse hasta ciento veinte mil hombres, unos bien, otros mal armados. Dueños de la poblacion, no contando el virey sino con dos mil hombres de infantería (porque la caballería que habia sido llamada no podia entrar, teniéndola el pueblo cortados los pasos), diéronse á quemar las casas de los arrendadores y de los amigos del virey, degollaron algunos, prendieron al duque de Matalon, y escapó milagrosamente de sus manos el prior de la Roccela.

Sin embargo, dos circunstancias hubo dignas de notarse en medio de aquellos escesos. La una, que en las casas que incendiaban no se permitia á nadie robar ni un harapo ni un alfiler; el robo estaba prohibido con pena de muerte. La otra, la consideracion y respeto con que trataron todo lo que representaba la persona del rey; tanto que los retratos de Felipe IV. que encontraban, los colocaban en las esquinas y cuarteles de la ciudad bajo doseles, é inclinaban ante ellos la rodilla, aclamando «*¡Viva el rey!*» Circunstancia que de-

bió avergonzar al virey y sus agentes, porque harto claro mostraba que ellos y no el monarca eran el objeto del ódio popular, y la causa de aquellos lamentables disturbios [1].

Comenzó el virey á negociar desde su castillo con el pueblo, primero por medio de algunos nobles y caballeros allí refugiados y que le servian con lealtad, los cuales nada pudieron recabar, ni era gente acepta á la multitud: despues por mediacion del arzobispo y cardenal Filomarino. Interrumpiéronse los tratos por noticias siniestras que corrieron por la ciudad de haberse envenenado el agua de las fuentes, con lo cual se renovó el alboroto tomando mas recrudescencia, y entonces fué cuando se cometieron algunos asesinatos, y se incendiaron multitud de casas. Al fin se fué restableciendo algun sosiego, y ganado con promesas el doctor Julio Genovino, y leidas al pueblo las proposiciones del virey en lengua italiana por el cardenal Filomarino, fueron enviados al castillo el cardenal, el nuevo electo del pueblo llamado Arpaya, y Masaniello,

(1) El caso es que el mismo duque de Arcos lo confesaba así todo en el parte que dió al rey. «En las casas que se han quemado «(dice) no han consentido que por «ningun caso se robe ninguna co«sa, y el que lo hace lo paga con «la vida, y así lo observan invio«lablemente con ser los ejecutores «de estas impiedades los mas po«bres y de lo mas ínfimo del pue«blo.» Por consiguiente faltan á la exactitud los escritores que hablan de robos y saqueos en este tumulto.—Otra circunstancia (dice mas arriba) «es la suma venera«cion y aclamacion que en medio «de tan increible alboroto han te«nido y tienen al Real nombre y «retratos de V. M., poniéndolos en «todos los cuarteles de esta ciudad «debajo de dosel; hincando la ro«dilla siempre que pasan, escla«mando que viva, con otros muchos «rendimientos.»

á quienes seguia una muchedumbre inmensa, los cuales manifestaron al virey que aceptaban sus concesiones. Las concesiones eran la abolicion de todos los nuevos impuestos y gabelas desde el tiempo de su rey don Fadrique, y la devolucion de los privilegios otorgados por el emperador Cárlos V.

No estuvo todo el mal en este acto de lamentable debilidad del virey, sino que no contento con esto, abrazó públicamente á Masaniello, y juntos se asomaron á los balcones del palacio, y aun llegó su degradacion á limpiar con su pañuelo el sudor del rostro al caudillo popular (1). Desde allí arengó Masaniello al

(1) Esto último no lo dijo el virey en su comunicacion, pero sí que habia abrazado á Masaniello. «Le abracé, dije, y concediéndole «la gracia le ofrecí el perdon en «nombre de V. M., etc.»

Tambien fué muy curiosa la entrevista de la muger de Masaniello con la duquesa de Arcos. La vireina envió sus carrozas á la esposa del antiguo pescadero para que fuese á palacio. Fué en efecto acompañada de unas cuantas vecinas y de su suegra y su cuñada, todas con magníficos trages, que formaban singular contraste con sus toscas formas y sus modales groseros. Recibióla la guardia con los honores de capitan general, y fué subida en silla de manos con cortejo de gentiles-hombres, pages y alabarderos, é introducida hasta el gabinete de la duquesa. —Sea V. I. muy bien venida, le dijo la vireina.—Y V. E. muy bien hallada, le contestó la esposa del dictador de Nápoles: V. E., añadió, *es la vireina de las señoras, y yo la vireina de las plebeyas.*—Don Juan Ponce de Leon, sobrino del duque de Arcos, tomó en sus brazos un niño de pecho, sobrino de la pescadera, le besó con la mayor ternura, y le enseñaba á todos como un portento. La duquesa indicó á la Masaniello lo conveniente que seria que su marido aceptára del virey las altas mercedes que estaba dispuesto á otorgarle, y que se retirára del mando para que pudiera restablecerse la tranquilidad. «*Todo menos eso;* respondió la vireina de las plebeyas: *pues si mi marido deja el mando, no serán respetadas ni su persona ni la mia. Lo que conviene es que estén unidos y acordes el señor virey y Masaniello, este gobernando el pueblo, y aquél á sus españoles.*» Sorprendió y dejó cortada á la duquesa tan terminante respuesta, y puso fin á la visita prodigando besos y abrazos á aquellas mugeres, que se retiraron con el mismo aparato y ceremonias con que habian venido. Parece inconcebible tanta degradacion.—Rivas: Sublevacion de Nápoles, capítulo XVIII.



pueblo, diciendo que alabára á Dios y á su Madre Santísima por la merced que les habia hecho, y que obedeciera fielmente á S. M. y al virey en su nombre. Con esto se sosegó la plebe, que llevaba ya cinco dias en armas [1]. Permaneció sin embargo armada, y atrincheradas ó barreadas las calles; y por espacio de dos dias, lo que antes no habia sucedido, diéronse muchos á saquear á los mercaderes y ministros que aborrecian, sacando algunos de los conventos de frailes y de monjas en que se habian refugiado.

Debemos advertir que en estos dias terribles fueron tantas l s escenas de saqueo, de incendio, de sangre, de desolacion y esterminio, que como dice un historiador de estos sucesos, «los gritos de *muera*, *muera*, resonaban por todas partes; cuerpos destrozados yacian aquí y allí esparcidos; sangre humana manchaba todas las manos, salpicaba todas las paredes, profanaba todos los templos: nada habia seguro, nada respetado, nada fuera del alcance de los furibundos asesinos.» Unas veces por noticias vagas esparcidas con dañada intencion, otras por imprudencias cometidas

(1) Decia el de Arcos al rey, al llegar aquí, con una candidez admirable: «Ha sido grande el «consuelo de esta aclamacion uni«versal, respecto del riesgo en «que la paz y la quietud pasada «de esta ciudad y reino se ha vi«to, pareciendo á todos suceso «milagroso que un pueblo encen«dido en tan grande violencia se «haya sosegado en término tan «breve, asegurándome que la lista «de los soldados que han tomado «armas han llegado á ciento vein«te mil hombres.»—Al leer esto aisladamente cualquiera creeria que habia empleado los medios mas ingeniosos ó mas heróicos para aquietar la ciudad; pero sosegar de pronto un pueblo á quien se concede todo lo que pide, cierto que no tenia gran cosa de milagroso.

por los nobles y magnates que se metian á mediadores para apaciguar el pueblo, otras por palabras de los bandos del virey que los sublevados creian ofensivas, hubo dias y noches en que el populacho, *il fidelísimo popolo*, que llamaban los gefes del tumulto, se entregó con frenética furia á todo género de excesos cuyos pormenores horroriza leer. Hubo momentos en que la populosa Nápoles parecia una inmensa hoguera: tantas eran las que habia encendidas para reducir á pavesas las casas y palacios de los ricos y nobles, y que atizaban con repugnante gozo hombres, mugeres y niños. Húbolos en que las indomables turbas pudieran saciarse de sangre, si en tales casos se pudieran saciar, y en que presentaban con horrible júbilo á Masaniello clavados en picas la cabeza y los miembros de cualquiera ilustre víctima que despues de infinitas pesquisas lograban haber á las manos, habiendo quien pidiera un trozo de su cuerpo para devorarle crudo, como sucedió con el pié de un hermano del duque de Maddalone. La plaza del Mercado, cuartel general de Masaniello y su tribunal de justicia, se hallaba toda circundada de cabezas, que tenian la bárbara calma de ir colocando con mucha simetría. En vano los padres dominicos y teatinos salieron varias veces en procesion, llevando al Señor Sacramentado, para ver de calmar la desenfrenada muchedumbre. Los insultos y las profanaciones obligaban á los religiosos á volverse á sus conventos, no sin peligro de sus vidas. Se estre-



mece el corazon de leer algunas de las escenas que pasaron dentro de aquellos mismos asilos de religion y de piedad, que nosotros nos abstenemos de describir [1].

El sábado 13 á la tarde se hizo solemnemente la jura de los nuevos privilegios y concesiones. Regadas y colgadas las calles, salió el virey de su castillo en carroza, precediéndole el Electo del pueblo y Masaniello, y marchando detrás los coches de los ministros del consejo que llamaban Colateral, todo muy en órden y en medio de una muchedumbre que llenaba las calles del tránsito. El cardenal Filomarino vestido de pontifical leyó los privilegios al pueblo, y los juró el virey á nombre de S. M. Concluida la ceremonia, Masaniello, vestido con un trage plateado y riquísimo que el arzobispo le habia hecho tomar, arengó otra vez al pueblo en medio del silencio mas profundo, y se volvió la comitiva con la misma solemnidad.

Desde aquella tarde se desvaneció la cabeza de Masaniello. Ya la entrada en los salones de palacio, las familiaridades con el virey, los honores que le hacia la guardia, y otras consideraciones en que no pudo soñar nunca el pobre vendedor de pescado, le habian turbado bastante. El vestido bordado de plata,

(1) De Santis, Giraffi, Doncelli, Capacelatro, Agnello de la Porta, en sus relaciones antes citadas.—Habia una *Compañía de la Muerte*, formada de la mas relajada juventud, y en la que dicen algunos figuró en primer término el célebre pintor Salvador Rosa, que pintó en admirables cuadros varias escenas de la sublevacion.

el mullido sillon, el roce con los magnates, el placer de mandar y ser obedecido [1], le acabó de fascinar y le trocó en otro hombre. Tomó gusto al mando, sintió pasiones desconocidas, imaginó grandezas, y el que como pescadero habia sido valeroso, intrépido, generoso, activo y hasta inteligente, se convirtió como autoridad en un tirano desatentado, y en un avaro sediento de oro. Corria las calles á caballo con la espada desnuda y altivo semblante insultando la humilde plebe, de que él acababa de formar parte: pensó en construirse un magnífico palacio, y se dió á todo género de excesos. El pueblo, ofendido de tan repentina mudanza, correspondió con muestras de aborrecimiento al mismo á quien las habia dado de idolatría;

(1) Hé aquí la descripcion que hace el duque de Rivas de la formalidad con que habia ejercido Masaniello la suprema autoridad del pueblo de Nápoles. «Hizo (dice) levantar en la plaza del Mercado un tablado con un palco, en que, acompañado de sus tenientes Domingo Perrone y Jose Palumbo, del consejero del pueblo Julio Genovino, del secretario Marco Vitale, y del nuevo electo Francisco Arpaya, administraba justicia, espedia decretos, daba sentencias, oia quejas y despachaba rápidamente, no sin natural facilidad, sana intencion y recto juicio, los asuntos mas graves. Con su tosca y remendada camiseta, sus calzones de lienzo listado y su gorro colorado de marinero, despechugado y descalzo, gobernaba como autoridad única y supremo magistrado, decidiendo sin apelacion en la parte militar, civil y eclesiástica, y entendiéndose con desenfado y agilidad con abogados y notarios, litigantes y pretendientes, sometiéndose todos sin réplica á su decision absoluta. Genovino era quien le dictaba en voz baja las resoluciones. Y refiere el contemporáneo historiador Santis, que antes de pronunciar Masaniello sus acuerdos y sentencias inclinaba un instante la cabeza y se ponia la mano en la frente, como para reflexionar, pero realmente para poder oir al consejero. Y que un dia que para darse importancia dijo á los circunstantes: *Pueblo mio, aunque nunca he sido soldado ni juez para poder regir con acierto, me inspira el Espíritu Santo:* le contestó un chusco: *Di que te inspira el Padre Eterno;* aludiendo á Genovino, viejísimo, calvo y con gran barba blanca.» Rivas, Sublevacion de Nápoles, capítulo XI.

él lo conoció, receló que intentáran matarle, y se adelantó á hacer víctimas y á derribar cabezas como un demente. Sus temores se cumplieron. Un dia le sorprendió en un convento una cuadrilla de asesinos, que algunos suponen pagados por el duque de Arcos, y allí mismo le cosieron á puñaladas; llevaron despues su cadáver al palacio con grande algazára, presentáronsele al virey, que le recibió tambien con demostracion de júbilo, y concluyeron por arrastrarle en triunfo por las calles [1]. Pero lo mas maravilloso es (y no habrá en la historia ejemplo que pruebe mas la versatilidad é inconstancia de un pueblo cuando se le deja marchar desbocado y ciego), que al dia siguiente hallando el populacho nuevos motivos para renovar sus excesos, comenzó á lastimarse de aquella muerte como de una gran calamidad, se volvió á recoger el cadáver de Masaniello, se le hicieron toda clase de honores, y no pocos le adoraban como á un mártir y como á un santo.

Oigamos la relacion del mismo virey, tal como la hizo á S. M. «Y prosiguiendo, dice, en la locura y «devaneo de esta canalla, el miércoles adoró el pueblo «á Masaniello como á beato: por aquí se verá su in-

(1) El virey acerca de este hecho decia solamente en su parte. «El lunes no hubo cosa memorable, «mas que algunos desatinos de Ma-«saniello, el cual desde el sábado «habia empezado a delirar. El mar-«tes le hizo quitar la cabeza el pue-«blo, y la trajeron á palacio á pre-«sentármela con increible alborozo «y con inmenso número de pueblo, «con la aclamacion ordinaria del «nombre de V. M. y el mio, y arras-«traron el cuerpo destroncado.....»

«constancia y variedad y error; publicó haber resucitado, y siendo un pícaro y hombre bajo á quien todos conocieron por blasfemo, y que se sabía habia diez años que no se habia confesado, hubo hombre de los del pueblo tan bárbaro y escandaloso, que lo aseguró diciendo que le cortasen la cabeza si no era verdad que Masaniello estaba resucitado, y que él lo habia visto; tanto que obligó á que le tuviesen en palacio hasta averiguar la mentira, con que cayó de su maldad y embeleco, porque el pícaro está ya comido de gusanos, y en lugar del puesto que se le dió le debian haber ahorcado como lo merecia (1); y al embustero le dejé ir libre mereciendo lo mismo, por no dar materia al motin, y que se ocasionasen de aquí mayores insultos. Sin embargo, fué continuando el tumulto la adoracion de Masaniello, del cual en sola la diferencia de un dia pudo llamarse tribuno, legislador y rey, por que en la plebe, en las leyes y en las voluntades tuvo tan absoluto poder y dominio, que por fuerza ó de grado no hubo hombre que no le obedeciese.»

Sobrescitado otra vez con esto el pueblo, acaso instigado por bajo de cuerda, ó temiendo el castigo de sus crímenes, ó mal avenido con el órden, renovó el

(1) El buen duque de Arcos no advertia que con estas palabras estaba haciendo su propia acusacion y proceso, puesto que él era quien se habia degradado compartiendo su autoridad con la de aquel hombre, agasajándole y colocándole en este puesto á que se refiere.

tumulto con igual ó mayor furia y empuje. Un dia se arrojó de improviso sobre varios puestos militares y los forzó, atacó la plaza de palacio, donde sostuvo una sangrienta refriega con la guardia de tudescos, hizo una matanza horrible de españoles, alemanes y nobles napolitanos, y colocó baterías dominando las fortalezas de San Telmo y Castilnovo. Pensaron luego los tumultuados en poner al frente del movimiento un gefe de valor, inteligencia y reputacion. Invitaron al valeroso Cárlos La Gatta, el cual se negó resueltamente acreditando mas con esto su acrisoluda lealtad. Mas débil el marqués de Toralto, príncipe de Massa, aquel que con tanto heroismo habia defendido últimamente á Tarragona contra los franceses, ó porque tuviera á su esposa en poder de los insurrectos y creyera cortar mejor la revolucion poniéndose al frente de ella, ó por otra causa que á su honrado carácter se le representára justa, tuvo la flaqueza de ceder á las instancias de los sediciosos, precisamente cuando la insurreccion se estendia ya á otras ciudades de Nápoles, y algunas de ellas enviaban considerables refuerzos á los de la capital. Impacientes los sublevados por pelear, atacaron formalmente el palacio, donde se hallaba el tercio viejo de napolitanos, y entónces el virey mandó romper el fuego de la artillería de los dos castillos, sufriendo así la ciudad los horrores de un mortífero combate. Merced á la industria y manejo de Toralto, que deseaba sinceramente la paz, se entró en pro-

posiciones de capitulacion, y hubo con este motivo algunas horas de reposo.

En tal situacion se avistó la escuadra española (1.° de octubre, 1647), que al mando de don Juan de Austria habia sido enviada por la córte de Madrid para combatir la rebelion de Nápoles. Componíase la armada de veinte y dos galeras, doce naves gruesas y catorce buques menores, y los tres tercios de españoles y uno de napolitanos que llevaba á bordo, sacados de Cataluña, hacian un cuerpo de cerca de cuatro mil hombres. Sabedor de esto el príncipe de Massa, aconsejaba la sumision á los sublevados, á quienes por otra parte se trataba de ganar con promesas; mas ellos, ni se fiaban ya de las promesas de los españoles, ni ya tenian confianza en Toralto, á quien comenzaban á mirar como poco fiel á la causa de los que le habian proclamado. Así las cosas, despues de muchas juntas y conferencias para tratar de la pacificacion, y de acuerdo el de Arcos y don Juan de Austria, rompieron á un mismo tiempo el fuego los cañones de los castillos y de los bageles sobre la poblacion. El pueblo armado, en número de mas de cien mil hombres, animado por los franceses y por una parte del clero del país, y reforzado ya por las compañías que de las provincias iban acudiendo en su socorro, sostuvo tenazmente el combate por muchos dias, así contra los cañones de los fuertes, como contra los cuatro mil hombres que desembarcó don Juan de Austria, los

cuales no pudieron penetrar en las calles, que encontraron barreadas, y fueron arrojados de la calle de Toledo y de los puntos que intentaron ocupar. Por todas partes iban llevando ventaja los rebeldes, y sin embargo, aun logró el príncipe de Massa que pidieran una tregua; negósela con poca meditacion el de Arcos, y se renovó con desesperada furia la pelea. Otra vez se vió que iban vencedores los insurrectos, y entonces el virey, deponiendo su altivez, propuso él mismo la tregua que antes imprudentemente habia rehusado: Toral.o y el pueblo la rechazaron ahora á su vez, y desapareció toda esperanza de avenencia; banderas negras y rojas se enarbolaron en las torres de las iglesias y palacios.

«El contínuo tronar de tanta artillería (dice el moderno historiador de estos sucesos), el estallido de las bombas, el estruendo de los edificios que se desplomaban, las descargas continuas la gritería de los combatientes, los lamentos de heridos y moribundos, los gemidos de niños, ancianos y mugeres, que corrian en medio de la matanza, de peligro en peligro, buscando en vano donde refugiarse; el son espantoso de trompas y tambores, y el clamoreo de las campanas, formaban un esp ntosísimo rimbombe muchas leguas á la redonda, que aterró á los pueblos de la comarca, haciéndoles temer la destruccion completa de su hermosísima capital..... Declinaba la tarde, y continuaba mas encarnizada la pelea..... y ni las sombras

de la noche, oscura y borrascosa, pusieron término al combate y la matanza; habiendo sido aquel funesto dia uno de los mas espantosos que ha pasado ciudad alguna..... [1].» Estos horribles combates se repitieron todavía los dias siguientes.

La sangae corria á torrentes por las calles de Nápoles. Se calcula en doce mil los hombres del pueblo que perecieron en los diferentes dias que duró tan sangrienta lucha, y en cerca de dos mil las casas derribadas; porque pasaban de quince mil las balas de cañon que se habian arrojado de los castillos y de las galeras; muchos soldados habian sucumbido tambien. El príncipe de Massa, de quien ya el pueblo andaba receloso por su equívoca conducta, fué horriblemente sacrificado á la furia popular, pagando así lastimosamente su primera flaqueza. Habiendo estallado con daño de ellos mismos una mina hecha por los insurrectos, á pesar de haberlo advertido así antes el de Toralto, apellidándole traidor, se arrojaron sobre él y le hicieron pedazos, cometiendo luego las mas repugnantes crueldades con el cadáver del noble caudillo [2]. En reemplazo del desventurado Toralto nom-

(1) Rivas: Sublevacion de Nápoles, tom. II., cap. XI.

(2) El hecho fué, segun Vivanco, que los rebeldes quisieron hacer una mina para volar el castillo de San Telmo, y con él al virey y á los que le rodeaban; que Toralto trató de disuadirlos de la idea, diciendo que la mina daria en peña viva, y reventaria contra ellos mismos; que á pesar de eso ellos insistieron, hicieron la mina, la volaron, y sucedió lo que Toralto les habia pronosticado. Sin embargo, como ya le tachaban le amigo de los españoles, sospecharon que lo habia hecho apropósito con malicia, como que era realista y noble. Luego el historiador refiere así su muerte. «Un

braron las turbas generalísimo á un maestro arcabucero llamado Genaro Annése (22 de octubre), hombre ignorante y vulgar, bien que dejando la direccion de las armas á Brancaccio, antiguo maestre de campo general y muy enemigo de España. En este período de la revolucion se declararon los napolitanos independientes del gobierno español, y en este sentido publicaron un manifiesto á la Europa; cosa que nadie estrañó, porque era ya lo menos que de aquella revolucion podia esperarse.

Mas como entretanto hubiesen ya formado los nobles un pequeño ejército contrarevolucionario en la campiña, con el cual recorrian los alrededores de Nápoles y tenian como bloqueada la ciudad, fuéles preciso á los populares salir tambien á combatir los de fuera. En los primeros encuentros llevaron igualmente la mejor parte los amotinados; no sucedió así despues, por que el general Tuttavilla que mandaba las tropas de los nobles, derrotó en varios combates parciales muchos grupos de los rebeldes, y fué estrechando á

«hombre de los mas bajos de «ellos (dice) le atravesó con una «espada, acudieron todos sobre «el, y con aquella furia infame «le cortaron la cabeza, le col- «garon de un pié, y le sacaron el «corazon, y se le enviaron á su «muger, que era de particular no- «bleza y hermosura; inhumanidad «mas que bárbara, y que no se «podia contar de caribes ni troglo- «ditas, ni de otra nacion mas indó- «mita, de suerte que todos rehu- «saban ser cabezas por no caer á «sus pies, porque todos los iban «matando, y estaban sedientos de «sangre humana.» Hist. MS. de Felipe IV., lib. XVI. «*Muero* (dijo al espirar este desgraciado caballero) *por Dios, por el rey y por el pueblo, pues juro que mis acciones todas se han encaminado solo á conciliar los ánimos para dar paz á mi afligida patria.*» De Santis: Capacelatro, MS.—De Turnis, y los demás autores contemporáneos.

los de la ciudad en términos que comenzaba ya á aquejarlos el hambre, y con ella á decaer el espíritu de los sublevados.

Ocurriósele en esto una nueva idea, que al pronto pareció iba á producir la pérdida definitiva de Nápoles para España. Encontrábase en Roma el duque de Guisa Enrique de Lorena, que como descendiente por línea femenina de Renato de Anjou, aun alegaba derechos y mantenia pretensiones al trono de Nápoles. No se hallaba del todo estinguido en aquel reino el antiguo partido anjevino, y en esta ocasion parecióles que el modo de sacar triunfante la insurreccion era poner á su cabeza un gefe de tan ilustre prosapia, y como tal le proclamaron, cesando en sus funciones el grosero caudillo Genaro Annése. El de Guisa, que, como dijimos, se hallaba en Roma cuando llegaron los diputados napolitanos, embarcóse con permiso del embajador de Francia, y llegó despues de mil peligros á Nápoles, donde fué recibido con honores casi régios. Entonces los napolitanos se creyeron bastante fuertes para proclamarse enteramente independientes de España, y erigirse en república al modo de las Provincias unidas de Holanda. Dieron al de Guisa iguales prerogativas á las que allá gozaba el príncipe de Orange, con los títulos de generalísimo y de defensor de su libertad, y quitaron las armas de España de todos los edificios públicos (1). Vióse con es-

(1) Gacetas de Francia de noviembre y diciembre de 1647.—

cándalo al arzobispo y cardenal Filomarino asistir á la ceremonia de la proclamacion de la república, al modo que antes lo hizo á la de los privilegios, y bendecir la espada de el de Guisa como antes habia bendecido la de Masaniello.

El de Guisa organizó la insurreccion: publicó indultos y premios: arrojó á los españoles de un arrabal que ocupaban: acometió despues á Aversa, cuartel general de los nobles, y se apoderó de la ciudad. Levantáronse en su favor las provincias de Salerno y Basilicata; y cuando luego se vió arribar á la bahía de Nápoles la escuadra francesa al mando del duque de Richelieu, compuesta de treinta y nueva navíos de línea, once brulotes y veinte galeras, no hubo quien no se persuadiese de que Nápoles iba á emanciparse definitivamente del dominio de España. Y así hubiera succedido si los ministros de la reina Ana hubieran ayudado de buena fé al de Guisa; pero aquellos, y en especial el cardenal Mazarino, veian con celos el engrandecimiento del gefe de la casa de Lorena, y de mejor gana hubieran hecho de Nápoles un reino para el monarca francés que ver al de Guisa mandando en aquella hermosa parte de Italia. Así fué que las instrucciones que llevaba el de Richelieu mas eran para comprometerle que para ayudarle, y él se mostró mas afecto al plebeyo Genaro Annése que al magnate francés.

Capacelatro, MS.—Conde de Módena. Hist. de esta revolucion.—Parrino: Teatro eroico, etc.

Comprendieron los españoles todo el partido que podian sacar de aquella division, y aprovechando la indecision ó la tibieza del de Richelieu, reunió don Juan de Austria la dispersa escuadra española, y con ella presentó la batalla, que aunque duró seis horas no tuvo un resultado decisivo. Cuando el hijo de Felipe IV. se disponia á empeñar de nuevo el combate, se vió, no ya con gran sorpresa, que el de Richelieu se daba á la vela volviéndose á las costas de Francia; testimonio evidente de que no queria dejar al de Guisa el fruto de la victoria, aunque hubiera podido conseguirla (1).

Fué aquel el primer síntoma de la decadencia de la revolucion. Si bien entre la nobleza napolitana y el general Tuttavilla habia tambien disidencias y disgustos, hasta el punto de verse obligado el de Arcos á separar aquel general y conferir el mando de las fuerzas de los nobles al maestre de campo Luis Poderico, era mayor el descontento del pueblo de Nápoles al observar las costumbres licenciosas, la soberbia y el desvanecimiento del de Guisa, á quien por otra parte veian faltar el apoyo y la proteccion de la Francia, con que habian contado y les habia servido de incentivo para llamarle. El duque de Arcos intrigaba y trabajaba para fomentar aquel gérmen de desavenencia,

(1) Memorias del duque de Guisa.—Larrey y Limiers, en sus Historias del reinado de Luis XIV.—L' etat de la republique de Naples sous le gouvernement de Mons. le Duc de Guise. trad. del italiano, por M. Marie Tourge-Loredan.

en lo cual era tan mañoso el virey como poco prudente para gobernar. Y como al propio tiempo ardia la guerra civil en las provincias, comenzó á notarse, lo mismo que sucedió en Cataluña y es comun cuando se prolongan las revoluciones, cierto cansancio de la guerra, y cierto caimiento en los ánimos, que son las mas veces los síntomas que anuncian la reaccion.

Tomó el jóven don Juan de Austria, cuando estaban así las cosas, una medida oportunísima, que la necesidad estaba imperiosamente reclamando. Dando cierta amplitud á los poderes que le otorgára el rey su padre para componer aquellos disturbios, bien que oyendo en consejo á los capitanes de mas autoridad, tomó sobre sí el vireinato, cesando por lo tanto el de Arcos en las funciones de virey, que en mal hora desde el principio habia desempeñado. Pero el gobierno de Madrid, sin reprender á don Juan de Austria por un acto que en el fondo aprobaba, aunque no fuese muy legal la forma, nombró virey y gobernador de Nápoles al conde de Oñate, antiguo representante de España en la córte imperial, embajador á la sazon en Roma, hombre de largos y acreditados servicios, tan hábil como recto y severo, y el mas apropósito que podia haberse buscado para el caso; nombramiento hecho con un tino, raro entonces en la córte de España.

Cuando llegó el conde de Oñate, ya don Juan de Austria habia puesto en buen lugar las armas españolas, resistiendo fuertemente un ataque general que los



rebeldes de dentro y fuera de la ciudad habian dado á todos los puntos ocupados por las tropas de España (febrero, 1648), sin perder una sola posicion, siendo uno contra diez los combatientes, y habiendo menudeado los asaltos todo un dia y parte de la noche. Era el de Oñate tan buen guerrero como hábil deplomático. En este último concepto supo esplotar bien las murmuraciones que ya andaban por el pueblo contra el de Guisa á quien aborrecian muchos. Como guerrero se aprovechó mejor de un desacierto que cometió el francés, solo comprensible en un hombre á quien la presuncion desvanecia. Súpose en Nápoles que unas galeras españolas se habian apoderado de la isla de Nísida, situada á pocos pasos del promontorio de Posilippo. El de Guisa, como si toda la ciudad se mantuviera en su devocion y estuviera bien guardada y segura sin su presencia, tomó cinco mil hombres escogidos, preparó los barcos correspondientes, y se aprestó á arrojar los españoles de la isla. Este fué el momento oportuno que escogió el de Oñate para dar un golpe de mano sobre la ciudad. Tenia él virey pocas tropas, pero mandábanlas escelentes y muy ilustres cabos, contándose entre ellos don Juan de Austria, el marqués de Torrecusa, Tuttavilla, Cárlos de la Gatta, don Diego de Portugal, el marqués de Peñalba, y otros muy distinguidos capitanes.

Distribuidas convenientemente las tropas bajo la disposicion de tan valerosos gefes, dispuso un ataque

general y simultáneo á todos los puntos enemigos. Faltábales el de Guisa, faltaba la gente que mas valia de los rebeldes, habia quedado mucha chusma, de esa que en las revueltas populares tiene mas interés en no dejar las armas, hombres terribles, pero en quienes entra fácilmente la confusion cuando no hay quien los guie con órden. Esto sucedió cabalmente; sorprendidos con tan impensado ataque, desordenáronse despues de una corta resistencia, y al verlo los vecinos honrados, los que estaban ya cansados de escesos y de desastres, ellos mismos salian á las calles y se asomaban á las ventanas aclamando á gritos: *¡viva la paz, viva el rey de España!* A vista de esto los revoltosos cayeron de todo punto de ánimo, y fueron soltando las armas acá y allá. Quedó pues la ciudad sometida al vencedor, y puede decirse que aquel dia acabó una revolucion que se habia presentado tan imponente, y que si bien no duró sino escasos ocho meses corrió en este espacio tantos lances y vicisitudes como si hubiera durado años [1]. Las provincias si-

(1) Al decir de algunos escritores estrangeros, especialmente franceses, este desenlace se debió esclusivamente á una traicion. Dicen que celoso Genaro Annese del duque de Guisa y resentido del altivo desden con que le trataba, ofreció á los españoles entregarles la puerta de Santa Ana, si ellos distraian al de Guisa por algunas horas. Que esto estaba ya convenido entre el Genaro y el virey, cuando se supo lo de la isla de Nisida y sucedió lo de la salida del de Guisa, no teniendo otra cosa que hacer el traidor que abrir la puerta, ni los españoles otra cosa que entrar, publicando luego el Annese, para sustraerse á la odiosidad popular, que el de Guisa habia vendido la ciudad á los españoles.—Weis: España desde el reinado de Felipe II. hasta el advenimiento de los Borbones: primera parte; Felipe IV. —Sobre faltarle comprobantes á

guieron ahora como antes el ejemplo de la capital, y en poco tiempo quedó otra vez sometido á España un reino, que estuvo ya muy á punto de darse por perdido. El duque de Guisa, cuyas tropas se dispersaron tan pronto como supieron el suceso de Nápoles, fué alcanzado y preso cerca de Capua (6 de abril, 1648) por la gente de los nobles. El severo conde de Oñate quiso cortarle la cabeza, pero interponiéndose generosamente don Juan de Austria, fué enviado á España y encerrado en el alcázar de Segovia. De aqui se escapó mas adelante disfrazado, pero cogido de nuevo en Vizcaya fué otra vez traido á la misma prision (1).

Severo y duro el de Oñate, castigó con estremado rigor á todos los que habian tenido una parte principal en la rebelion pasada. Todos ellos perecieron en el patíbulo, y haciendo estensiva la pena á los que en ella habian sido solo cómplices, la sangre corrio en

la anécdota la hace menos verosimil la circunstancia de que el Genaro Annese fué uno de los que tardaron mas en entregarse defendiendo con teson el torreon del Cármen, y al fin el conde de Oñate le hizo morir en un patíbulo, por haber intentado reproducir la rebelion.—De Santis.—Conde de Módena.—Duque de Rivas: Sublevacion de Nápoles, capítulo último.

(1) Seis años mas adelante (1653), este mismo duque de Guisa fue puesto en libertad á ruegos del príncipe de Condé, nuestro aliado. Pero restituido á Francia, tomó el partido del rey contra España, lo cual llenó de indignacion al monarca español. No contento con esto el de Guisa, y llevando mas allá su ingratitud, y el deseo de vengar las afrentas y humillaciones que se le habia hecho sufrir, so pretesto de que le llamaban otra vez los napolitanos para que los librara del yugo de los españoles, consiguió que la Francia le diera una escuadra de cuarenta velas, con la cual se fué á encender de nuevo la guerra á Nápoles, y se apoderó de Castellamare. ero acudiendo allá el virey con todas sus fuerzas y habiendo atacando la plaza, fué derrotada la gente del de Guisa, teniendo apenas tiempo los que escaparon para reembarcarse y volverse á Francia.

abundancia en aquella desventurada poblacion y en otras de las provincias. Tan escesiva severidad irritó los ánimos, y se fraguaron nuevas conjuraciones. Una quiso urdir aquel Genaro Annése, que despues de haber sido generalísimo de los rebeldes no podia sufrir la vida oscura de que no debió salir nunca, pero fué descubierta, y pagó tambien con la cabeza en un cadalso. Se proyectó asesinar al de Oñate y ofrecer la corona de aquel reino á don Juan de Austria, pero el jóven príncipe tuvo el mérito de no dejarse fascinar con tan halagüeña oferta, y permaneciendo fiel á su padre y á su patria, se aplicó á restablecer tambien la autoridad real en aquellos paises; que ojalá se hubiera conducido siempre como en sus primeros años el hijo bastardo de Felipe. Aun hizo mas: enviado por el virey á arrojar á los franceses de los lugares que habian ocupado en Toscana, y con cuya vecindad estaba siempre amenazada Nápoles, recobró á Piombino, y mas adelante, despues de cuarenta y siete dias de sitio, á Portolongone (1).

(1) Sentimos haber tenido que omitir multitud de incidentes y circunstancias notables que acompañaron esta famosa y sangrienta rebelion, fecunda en hechos y escenas peregrinas, propias de la índole de los actores que en ella figuraron, pero que no pueden tener cabida en una Historia general. El *Estudio histórico* de este episodio de nuestra historia, hecho por el duque de Rivas, sobre las obras y relaciones de escritores contemporáneos y sobre documentos de los archivos de Nápoles, con conocimiento local de aquella ciudad populosa, deja muy poco que desear en este punto.

Entre los apéndices con que ha enriquecido su apreciable trabajo se encuentran algunas comunicaciones oficiales de las que mediaron entre el virey, el cardenal Filomarino y los caudillos de la rebelion; los capítulos de transaccion entre el virey y el pueblo,

De este modo, si bien las rebeliones de Sicilia y de Nápoles fueron dos golpes que pusieron á España. harto enflaquecida ya con las guerras de Portugal, de Cataluña y de Flandes, en gran peligro de perder las dos Sicilias, al fin se logró someter los paises sublevados, y todavía se fué conservando en Italia la superioridad de nuestras armas.

cuando se concedieron á éste los privilegios que reclamaba; los nuevos capitulos y gracias que despues le fueron otorgadas, en número de 58; varios edictos y proclamas del duque de Arcos; un bando de Masaniello, y dos de Genaro Annese, que se firmaba *Generalissimo del fedelissimo popolo di questa fidelissima citta e regno di Napoli.*

CAPÍTULO XIII.

LUCHA DE ESPAÑA EN FLANDES

CON FRANCIA É INGLATERRA.

De 1648 á 1659.

Condiciones inaceptables de paz por parte de Francia.—Discordias en Paris.—Odio contra Mazarino.—Causas y principio de las guerras de *la Fronde*.—Estos disturbios son favorables á España.—Progresan nuestras armas en Flandes.—Prision del principe de Condé en Paris.—El mariscal de Turena pasa á Flandes al servicio de España.—El principe de Condé se hace tambien amigo y auxiliar de los españoles.—Campañas y triunfos del archiduque y de Condé en Flandes.—Turena vuelve al servicio de Francia.—Discordias funestas entre los generales españoles.—Reemplaza don Juan de Austria al archiduque Leopoldo.—Campaña feliz de don Juan de Austria.—Revolucion de Inglaterra.—Suplicio de Cárlos I.—El protector Cromwell.—Dispútanse Francia y España la amistad y el apoyo de Cromwell.—Incidente desfavorable á España.—Decídese Cromwell en favor del francés.—Tratado de alianza entre Francia é Inglaterra contra España.—El protector Cromwell intenta arrancarnos á Méjico.—Se apodera de la Jamaica.—El almirante Blake.—Ejército anglo-francés en los Paises-Bajos.—Luis XIV. asiste en persona á la campaña.—Piérdense para España Mardyck, Dunkerque, Gravelines y otras plazas.—Decadencia de nuestra dominacion en Flandes.—El archiduque Sigismundo.—Preparativos y anuncios de la paz.

Tantas guerras y en tantas partes á un tiempo por nuestra nacion sostenidas, las pérdidas y quebrancos



que acá y allá, aunque mezclados con triunfos, habia España sufrido, y la poca esperanza de mejorar que habia, teniendo por enemiga la Francia, cuyo poder habia ido creciendo con la sagaz política de sus ministros y con los errores de los nuestros; la nueva alianza del emperador Fernando con el francés, cometiendo al fin el emperador la flaqueza y la ingratitud de faltar á España, sin cuyos constantes auxilios muchas veces, y principalmente en la guerra de Treinta años, hubiera vacilado el Imperio, habian movido á Felipe IV. á negociar la paz con Francia para poder emplear desahogadamente sus fuerzas en sujetar á Cataluña y recobrar el Portugal. Pero Mazarino con una soberbia imprudente queria imponer tales condiciones y tan duras, como si la España se hallára ya en el último grado de su impotencia y de su abatimiento; tales eran la cesion completa de los Paises Bajos, del Franco-Condado y del Rosellon. Recibiólas la córte de Madrid con la indignacion de quien aun abrigaba sentimientos de decoro nacional.

Motivos vinieron pronto para que los ministros españoles se alegráran de haber rechazado con dignidad y entereza semejantes condiciones. Divisiones intestinas trabajaban la Francia, y volvieron á España la esperanza de vengarse del orgulloso ministro, y de los auxilios que Richelieu, y Mazarino habian estado dando constantemente á los holandeses, napolitanos, si-

cilianos, portugueses y catalanes. No habia de ser solo en España y en Italia donde los gastos de las guerras y los tributos estraordinarios impuestos por el conde-duque de Olivares y por los vireyes de Nápoles y Sicilia produjeran disgusto y descontento en los pueblos: tambien le llegó su vez á Mazarino, de esperimentar no solo ya el desagrado, sino hasta el odio popular, producido por los impuestos con que recargaba el país, para sostener tantas guerras, aumentado por su calidad de estrangero. Al menos dió un buen pretesto á los partidos que siempre surgen en las minorías de los reyes, y á las ambiciones y envidias de los cortesanos, que nunca vieron con buenos ojos que un italiano estuviera disponiendo á su arbitrio de los destinos de una gran nacion. Fué pues una de las principales causas que encendieron las guerras llamadas de *la Fronde* (1), que inundaron de sangre el

(1) Guerras de la *Fronda*, ó de la *Honda*.—El origen de esta palabra, que dió nombre á aquellas célebres guerras, fué el siguiente. El parlamento estaba dividido en tres partidos: los *Mazarinistas*, ó sea el partido de la córte: los *Mitigados*, partido medio, que se reservaba obrar en cada ocasion segun su interés ó su deber: los *Honderos*, así llamados por una festiva comparacion que hizo un dia el consejero Mr. de Bachaumont de lo que pasaba en aquella asamblea con las peleas que los mancebos de las tiendas y otros jóvenes de Paris solian sostener en los arrabales de Paris, batiéndose á pedradas con la honda. Pues decia que así como los muchachos solo suspendian sus peleas cuando acudian á impedirlas los archeros, y volvian á ellas tan pronto como aquellos se alejaban, así en las sesiones del Parlamento los hombres arrebatados solo se contenian cuando el duque de Orleans se presentaba á reprimir su fogosidad, y en el momento que se ausentaba volvian acaloradamente á la pelea, como los muchachos de *la honda*. La comparacion hizo fortuna, fue aplaudida y celebrada en canciones. Se empezó á llamar *Honderos* á los que hablaban con vigor en el Parlamento; se aplicó despues á los enemigos del cardenal, y agriándose con esta nomenclatura los ánimos, el coadjutor (grande enemigo de la

suelo francés. El decreto de union entre el parlamento y los principales tribunales para pedir la reforma del Estado (mayo, 1648), que tanto indignó á Mazarino, y con tanta firmeza sostuvieron sus individuos, fué como el principio de la guerra, dividiéndose en dos partidos los principales personages de Francia, á favor de la córte unos, y contra ella otros, con el intento de derribar á Mazarino del ministerio [1].

Era el designio de don Luis de Haro y de la córte de España aprovecharse de estas divisiones que distraian al ministro francés de los cuidados de las guerras; fomentar aquellas discordias, ayudando en secreto á uno de los partidos, como en los tiempos de Felipe II. y de las guerras entre católicos y hugonotes; ver de reducir á la Francia á situacion de no poder

córte) y los de su partido, resolvieron poner á los sombreros para distinguirse unos cordones por el estilo de los de las hondas. En pocos dias todo se puso á la moda *de la Fronda*, telas, cintas, encajes, espadas, abanicos y casi todas las mercancias, hasta el pan.

(1) Las disidencias entre la córte y el parlamento eran graves, y habian producido una lucha séria y formal. El rey y la reina se vieron obligados á salir de Paris, donde hubo un levantamiento general, con sus barricadas. El parlamento dió un edicto contra Mazarino excluyendole del ministerio, y en las conferencias que se celebraron para tratar de la paz hemos visto que no se contó con él; por último, el mismo parlamento llegó á declararle enemigo de la patria. En estos disturbios los partidarios de la córte y los del parlamento tenian ejércitos que se batian encarnizadamente. Paris sufrió un sitio: la córte se fué a San German, y el rey ordenó al parlamento que se trasladára á Montargis. Fomentaban estas discordias, é intrigaban cuanto podian el archiduque Leopoldo, gobernador de Flandes, y los embajadores de España.—Larrey: Historia de Luis XIV.—Limiers: Historia del reinado de Luis XIV., libro II.—Historia del ministerio del cardenal de Mazarino.—Carta del embajador de Francia, dando cuenta de los trastornos ocurridos en Paris, á 28 de agosto de 1648: Archivo de Salazar, MM. SS. Doc. número 11.



inquietar las demas naciones, y resarcir á la sombra de aquellos disturbios las pérdidas de provincias y ciudades que habíamos sufrido en los Paises Bajos, en Cataluña, en Portugal y en Italia. Así, mientras el parlamento y el ministro en nombre del rey, que se habia visto precisado á salir de la córte, llamaban allá tropas para sostener cada cual su partido el archiduque Leopoldo, que habia hecho un tratado con los de París, tomaba la ofensiva en Flandes [1], y en poco tiempo se apoderó de Sant Venant y de Iprés (principios de 1649). El conde de Harcourt puso sitio á Cambray, y un socorro oportuno de los españoles le obligó á levantarle. Y aunque tomó á Condé y á Mauveuge, como Mazarino no podia desprenderse de fuerzas para enviarlas á los Paises Bajos, porque todas le hacian falta para combatir sus enemigos interiores, las armas españolas iban recobrando en Flandes una superioridad que hacia tiempo no habian tenido.

A la vista de este y con temor de otros mayores peligros vinieron á un acomodamiento los honderos y la córte de París. Pero eran pasageras estas avenencias, y luego estallaba la discordia con mas furor. El príncipe de Condé, el duque de Longueville y otros

(1) La claridad histórica hace necesario seguir el mejor órden posible en la narracion de los variados sucesos que pasaban á un tiempo en puntos tan distantes, unas veces aislados, las mas enlazados entre sí, y relacionados todos con la historia de España Es este uno de aquellos períodos en que tiene que poner no poco trabajo y estudio el historiador para seguir el órden mas conveniente y evitar en cuanto pueda la confusion á los lectores.

magnates de su partido se vieron arrestados por la reina y el ministro-cardenal, y declarados y tratados como reos de lesa magestad. Pronunciábase en cambio Larrochefoucault por los príncipes contra el rey, y el vizconde de Turena pasó á Flandes á ofrecer sus servicios á los españoles. Tuvieron pues el archiduque Leopoldo y los españoles por amigo y auxiliar contra la Francia al mismo mariscal francés que tanto daño habia hecho al Imperio y á España con sus victorias en Alemania y en Flandes (1650). Y mientras los disturbios se estendian á Burdeos, y combatian delante de esta ciudad las tropas del rey con las de los príncipes de la sangre, el archiduque Leopoldo, unido con el de Turena, á quien el duque Cárlos de Lorena, declarado tambien por el partido de los príncipes, habia enviado tropas de socorro, se alentaron á hacer un amago sobre París, del cual desistieron al saber que los insurrectos andaban otra vez en tratos de paz con Mazarino; que el plan del archiduque era ayudar á los príncipes rebelados, pero tibiamente, para prolongar la lucha civil. Limitóse pues entonces á hacer frente al mariscal Du Plessis que habia marchado contra el de Turena, y cerca de Rethel se dió una batalla en que todos perdieron, no obstante que unos y otros proclamaron victoria.

Proseguia en efecto encarnizada y viva la guerra civil en Francia, entre la la reina regente y el rey su hijo de una parte (que por este tiempo fué declarado

mayor de edad), junto con el cardenal Mazarino, y de otra parte el parlamento, el coadjutor (cardenal de Retz), el príncipe de Condé, el de Conti, el duque de Orleans, el de Nemours, el de Bouillon, y otros magnates de la grande y de la pequeña Fronda (que ya andaban tambien divididos en dos partidos los honderos), sufriendo la guerra mil alternativas y tomando cada dia una fisonomía diferente, por la veleidad é inconstante conducta de casi todos, pareciéndose muchos al duque Cárlos de Lorena, que tan pronto abandonaba á los príncipes decidiéndose por el rey, tan pronto se afiliaba al partido de los príncipes y de la España contra la reina regente y su ministro, y tan pronto se presentaba en París al parlamento, como en Bruselas al archiduque gobernador, siendo el tipo de la inconstancia y de la versatilidad, en un tiempo en que tantos eran los versátiles é inconstantes. En medio de estos disturbios, Mazarino se habia visto obligado á salir de París, y aun del reino, y llegó á ponerse á talla su cabeza (1651); pero no tardó en volver á la córte, en que era tan aborrecido, tan pronto como la reina y los suyos tomaron preponderancia. Por otra parte el vizconde de Turena, arrepentido de su proceder, desamparó á Flandes, donde le habia llevado el despecho, y se afilió otra vez á la causa del rey, y se volvió á Paris para darle calor y apoyo.

En cambio reunidos el de Condé, el de Orleans y



el de Nemours, que todos mandaban cuerpos de tropas mas ó menos numerosos, atacaron al ejército real: Condé entró en París con el de Orleans, Beaufort, Nemours y Larrochefoucault, y se presentó en el parlamento. París era un foco de discordias y de facciones. Condé se apoderó de Saint Denis y entró en negociaciones con la córte, cuyo ejército se aproximaba á París. Por último Turena, auxiliado de la Ferté, atacó al príncipe de Condé, y dióse entre ellos una terrible batalla en el arrabal de San Antonio á presencia del rey (1652). Las tropas de Condé son recibidas en París, y Mademoiselle hace resonar el cañon de la Bastilla contra el ejército de Luis XIV. Tiénese una asamblea general en el Hotel de Ville, al cual ponen fuego los sediciosos, y el parlamento declara al de Orleans lugarteniente general del reino, y al de Condé generalísimo de los ejércitos. Ultimamente el pueblo de París, cansado de sufrir y fatigado de guerras, solicita la vuelta del rey; hay una asamblea en Palais-Royal para disipar las facciones; el rey concede una amnistía general, y el de Orleans y el de Condé se ven forzados á retirarse de París [1]. El jóven

(1) Historia del ministerio del cardenal de Mazarino.—Limiers: Historia del reinado de Luis XIV., lib. II. y III.—Memorias de La Porte.—Memorias de *Mademoiselle*.—Calmet: Historia eclesiástica y civil de Lorena.—Hannequin: Historia del duque Cárlos de Lorena.—Carta del rey de Francia sobre el arresto de los príncipes de Condé y Conti y duque de Longueville, escrita al parlamento en 20 de enero de 1650.—Declaracion del rey de Francia contra los duques de Bouillon, mariscal de Brezé, Turena y Maraillac: Paris 1.° de febrero, 1650: Archivo de Salazar, Doc. 21 y 88.—Carta de Mazarino á la reina desde Bullon á 23 de diciembre de 1651: ibid. Doc. 22.

monarca hace su entrada solemne en la capital de su reino, y puede decirse que deja de existir la Fronda.

Las turbulencias de Francia, que los españoles fomentaban y atizaban cuanto podian, proporcionaron á Felipe IV. y al archiduque Leopoldo un nuevo aliado en el que habia sido su mas terrible enemigo. El Gran Condé, el que habia abatido las armas españolas en la funesta batalla de Rocroy, para escapar de la persecucion de Mazarino y poder vengarse de su aborrecido rival, imitando el anterior ejemplo de Turena, echóse definitivamente en brazos de los españoles y emigró á Flandes, llevando consigo sus tropas y las de su hermano, las de Mademoiselle (1), y una buena parte de las de Orleans. Felipe IV. de España se apoderó de aquella buena ocasion, nombró al ilustre fugitivo francés generalísimo de los ejércitos dándole los mismos honores que al archiduque, y envió para protegerlo una escuadra de diez y siete naves que partió de San Sebastian y desembarcó gente de armas en Burdeos, teatro entonces de la mas cruda guerra entre los partidos que ensangrentaban el suelo de la Francia. La obstinacion de los bordeleses en

(1) Dan este título en Francia á las hijas mayores de los hermanos ó tios del rey, sin añadir el nombre propio. Los historiadores franceses le dan por una especie de privilegio á la hija de Gaston de Orleans, que hizo tan gran papel en las guerras de la Fronda. Ella mandaba un cuerpo de ejército, y se condujo como una heroina, contándose entre sus hechos notables la defensa que hizo de Orleans, recordando el valor de la célebre *Pucelle de Orleans*, ó Juana de Arco.

su rebelion estaba alimentada por las esperanzas de socorro con que los habian estado alentando los españoles; pero tal llegó á ser la penuria de la ciudad, que unida á la aproximacion de las tropas del rey, obligó al pueblo á pedir la paz: ajustóse primero una tregua, y á poco de publicada se estipularon los artículos de la paz, bien que no faltaron dificultades para la ejecucion (1653). El duque de Vendôme, que antes no habia podido impedir que Dunkerque cayera en poder de los españoles, habia pasado con su flota á bloquear á Burdeos, y con mas fortuna en esta que en la otra empresa, obligó á los navíos españoles á retirarse de aquellas aguas. El rey de España hizo correr en este tiempo por Francia un manifiesto, en que mostrando los mas vivos deseos de vivir en paz con aquella nacion, decia que si habia ayudado á los príncipes de la sangre era solo para protegerlos contra las violencias y los artificios de un ministro italiano que por intereses y miras personales mantenia viva la lucha entre tantos pueblos y naciones.

Seguia no obstante la guerra de armas y la guerra de intrigas entre Francia y España. Mazarino habia recobrado su ascendiente, y habia reducido y tenia en prision á su rival y terrible enemigo el coadjutor cardenal de Retz, bien que el ministro favorito de Ana de Austria y de Luis XIV. no lograba vencer el ódio y las antipatías del pueblo, y bien pudo agradecer que



se descubriera á tiempo una conspiracion que se habia fraguado contra su vida. Los mariscales Turena y la Ferté pacificaban la Guiena, recobraban á Rethel y otras plazas de Francia, y restablecian dentro del reino la superioridad de las armas reales. Mientras el archiduque Leopoldo, gobernador de los Paises Bajos, despues de haber rendido á Gravelines y Dunkerque, que le costaron algunos meses de cerco, ayudado del de Condé se apoderaba de Mouzon y de Rocroy, entregando esta última plaza al mismo príncipe que en otro tiempo habia recogido en ella inmortales laureles combatiendo en favor de su soberano, contra quien ahora peleaba. Y en tanto que el príncipe de Contí se reconciliaba con Mazarino á trueque de lograr la mano de una de sus sobrinas, á quienes el ministro-cardenal daba pingües dotes con escándalo y murmuracion de la Francia, el de Condé se mantenia firme en la rebelion á su rey y en la amistad de España, desechando con entereza cuantas proposiciones de acomodamiento se le hacian.

A este tiempo, el re Luis XIV., declarado mayor de edad, habia sido consagrado en Reims, y de tal modo le merecieron la atencion los asuntos de los Paises Bajos, que determinó ir en persona á dar aliento á su ejército, y lo logró, por lo menos lo bastante para impedir á Condé, al archiduque y á su lugarteniente el conde de Fuensaldaña acometer empresa de consideracion. Hubo ademas grandes novedades y no pocas

discordias entre los generales que mandaban en aquel país. Despues de sitiar y tomar los nuestros la plaza de Rocroy, desaviniéronse el príncipe de Condé y el conde de Fuensaldaña, ambos á la sazon muy apreciados y considerados en la córte de Madrid. Compúsolos el archiduque, mas luego estallaron celos entre éste y el de Condé (1654). Por otra parte, advirtiéndose que el duque Cárlos de Lorena permitia una licencia escesiva y perjudicial á sus tropas, y sospechándose que andaba en ciertas inteligencias con los franceses, porque es fama que allí se iba donde le ofrecian mas dinero, fué preso en Bruselas por el archiduque, llevado al castillo de Amberes, y de allí traido al alcázar de Toledo, donde permanecio hasta la conclusion de la paz aquel hombre que abandonando el partido de la Francia habia empleado sus talentos militares y luchado tan heróicamente en favor de España y del Imperio. Aunque quedó mandando sus tropas su hermano Francisco, algunos regimientos loreneses y no pocos oficiales y capitanes de otros, se pasaron á las banderas francesas (1).

(1) La prision se verificó en el palacio de Bruselas la mañana del 25 de febrero de 1654, y en el mismo dia publicó el archiduque Leopoldo el siguiente Manifiesto, en que se espresan las causas que tuvo para proceder á esta prision, que hizo tan gran ruido en toda Europa.

«Leopoldo Guillermo, por la Gracia de Dios, archiduque de Austria, duque de Borgoña, etc. Lugarteniente, Gobernador y Capitan General de los Paises Bajos y de Borgoña.

«Ninguna persona puede ignorar los términos de las obligaciones y oficios en que nuestro primo el señor duque de Lorena Cárlos debia contenerse para con el rey mi Señor, y todos sus aliados, amigos y buenos vasallos,

De este modo fueron debilitándose nuestras fuerzas en Flandes, y cuando el archiduque, el de Condé y Fuensaldaña determinaron poner sitio á la plaza de

desde que en estos paises y provincias de su obediencia se puso en salvo de las violencias, opresiones y usurpaciones que la Francia ejercitaba contra su persona y estado: donde fué recibido por S. M. y sus lugartenientes generales, no solamente con toda amistad y confianza, y debajo de una especial proteccion, hasta incluir todos sus intereses como propios en los Congresos de los tratados de paces, sino que tambien ha sido gratificado con sueldo y con la subsistencia de sus tropas, y héchole participante de los consejos y resoluciones de guerra contra el enemigo comun.

«Por otra parte, no es menos notorio á todo el mundo cuanto el mismo señor duque se ha desviado de estos términos de obligaciones y oficios debidos por un príncipe de su sangre, acogido, tratado y beneficiado de la suerte que se ha dicho con vínculos tan estrechos á los intereses y servicios de S. M. y al bien de sus estados. Porque además de las lágrimas y gemidos y clamores generales de los pueblos, que han dado público testimonio de los robos, salteamientos, violacion de templos, fuerzas de mugeres casadas y doncellas, y otros escesos abominables y detestables que se cometian debajo del gobierno de sus armas, recogiendo él las ruinas y despojos de las destrucciones y asolamientos: S. M. y sus lugartenientes generales, han sido bien informados de tiempo en tiempo de las inteligencias secretas del dicho señor duque, de sus designios diversos y apartados del buen servicio comun á que debia mirar y encaminarse la union de las armas, de sus inconstancias y variaciones simuladas en las resoluciones de guerra, y de las mudanzas ó dilaciones aceptadas que interponia en las cosas ya determinadas al punto mismo de la ejecucion de las acciones mas importantes, de que se habria seguido la ruina y destruccion de diversas y grandes empresas, que segun toda apariencia y providencia humana, debian tener favorables sucesos, y lo que es mas, estas cosas por su largo curso y continuacion, han venido á tal notoriedad y evidencia, que no solamente los lugartenientes generales, los gobernadores de las armas, los maestres de campo, y todos los otros oficiales tocaban con la mano sus artificios, y eran testigos oculares de ellos, sino tambien el menor soldado ordinario y todo el pueblo se mostraba maravillado de ver que aquello pasaba sin poner algun remedio. Verdad es que el rey mi señor por su acostumbrada bondad, y detenido de la singular aficion que tiene y siempre tendrá á la casa de Lorena, lo ha pasado en disimulacion, y dándose por desentendido todo el tiempo que le ha sido posible, con la esperanza de que el dicho señor duque, tocado de la humanidad y benignidad de que su rey usaba con él, y viniendo á conocer su verdadero interés se reduciria últimamente á su obligacion. Mas al contrario, habiendo llegado en su condenado proceder á término tal, que no solamente todos los súbditos y vasallos de S. M. le tenian en horror y detestacion, sino que tambien todos los príncipes y estados vecinos habian concebido contra él tal aversion, que los efectos de la venganza que trataban

Arrás, aunque llevaban doce mil infantes y diez mil caballos, tardó tanto en cerrarse la línea, que tuvieron tiempo los franceses para socorrerla, y ademas acudieron el de Turena y la Ferté con diez y ocho mil hombres: no hubo buen acuerdo entre los generales,

de tomar, era muy aparente que se esplayarian sobre estos Paises-Bajos, para colmo de sus infelicidades: el rey mi señor (sino es irritando la ira de Dios contra sí y contra todos sus pueblos), no ha podido dilatar mas tiempo el detener el curso de este mal, y así sobre la consideracion de estas verdades públicas y manifiestas nos ha mandado S. M. por pronto y eficaz remedio poner en seguridad la persona del dicho señor duque, en lo cual ha usado del derecho natural y de las gentes, compitiendo á todos los príncipes soberanos quitar, contra quien quiera que sea, las opresiones y violencias que se hacen contra sus estados y súbditos, y hacerse justicia á sí mismos, á sus pueblos y a los potentados y estados vecinos y amigos, despues de haber tratado en vano y sin efecto alguno, todos los otros medios, de que no faltan diversos ejemplos en los siglos pasados, aun en casos de menos circunstancias y menos justificados que este. Y esto no porque S. M. tenga aversion alguna por lo que toca á la casa de Lorena, antes al contrario, protesta que la quiere proteger siempre, y tomar parte en sus intereses; y en fé y para testimonio de ello, ha prevenido S. M. que el gobierno de las armas y tropas del dicho señor duque, pase y quede depositado en las manos del señor príncipe de Lorena, su hermano, de cuyo buen natural y recta intencion tiene S. M. infalibles seguridades, de que se han de sacar los legítimos efectos y frutos de la union de armas, y entretanto que el dicho señor príncipe llega, la intencion de S. M., y la nuestra es que el conde de Lignevile continúe en el ejercicio de su cargo y funcion de general.

Por tanto, mandamos en nombre y de parte del rey mi señor á todos sus súbditos y vasallos, y requerimos á todos los príncipes y estados vecinos, queden satisfechos y bien impresionados de esta órden y resolucion de S. M., esperando que otro tiempo o coyuntura de los negocios públicos podrá sosegar otros movimientos y alteraciones, y que volviendonos Dios la bonanza, y adulzando la obstinacion de los espíritus de la Francia contra la paz, los pueblos han de ser restituidos á una tranquilidad y reposo general, y cada uno en particular a lo que le toca.—Fecho en Bruxelles á 25 de febrero, 1654. —Leopoldo Guillermo.—Por mandado de S. A. Veruyle.»—Biblioteca de Santa Cruz de Valladolid: tomos de MM. SS. volúm. 115.—Histoire de l' emprisonnement du duc Charles.

Orden general comunicando esta medida á todos los principales oficiales, maestres de campo, coroneles, capitanes y gente de guerra que militan debajo de las banderas del don Cárlos. La misma fecha.

A poco tiempo se publicó un contramanifiesto, haciendo la defensa del duque Cárlos, y respondiendo á los cargos y acusaciones que le hacia el archiduque.



y el resultado fué que nuestras líneas fueron forzadas y que el archiduque tuvo que retirarse con poca gente á Douay, el de Condé lo hizo con la mayor parte del ejército y la caballería española á Cambray, y Fuensaldaña amaneció fugitivo en Valenciennes despues de haberse perdido la artillería y bagages. A consecuencia de esta derrota se apoderó Turena de la plaza de Quesnoy, y cuando mas adelante (mayo, 1655) trató de recobrarla el de Condé, aquél con sus movimientos y evoluciones frustró su empresa; que era el de Turena el enemigo mas temible de España en aquellos paises, por lo mismo que habia estado recientemente guiando allí nuestras armas, y conocia el estado de cada plaza y de cada lugar. Así fueron tomadas tambien la de Catelet, y lo que fué peor, la de Landrecy, aunque con honrosa capitulacion (13 de julio, 1655). Perdióse igualmente San Guillain, tambien por capitulacion (25 de setiembre, 1655), terminando así esta campaña, tan funesta para las armas y para el nombre español [1].

El archiduque Leopoldo, disgustado con tantos reveses, no bienavenido con el príncipe de Condé ni muy conforme con el título de generalísimo que á éste se habia dado, con razon celoso de las preferencias

(1) Historia del Ministerio del cardenal de Mazarino.—Limiers: Historia del reinado de Luis XIV., lib. IV.—Vivanco: Historia de Felipe IV. MS.—Soto y Aguilar: Epitome, ad ann.

que su teniente el conde de Fuensaldaña merecia al favorito del rey don Luis de Haro, así como de otros desengaños y desaires que habia sufrido, resolvió dejar el gobierno de aquellos paises, y escribió diferentes veces al rey pidiéndole le permitiera retirarse. Acogió bien el de Haro esta solicitud, como quien deseaba un pretesto honroso para apartarle de aquel gobierno, y prometió enviarle sucesor para la primavera inmediata Muy sentida fué en Flandes la separacion del archiduque, porque Leopoldo habia acertado á granjearse el amor de aquellos pueblos, bien que se trató de neutralizar aquel mal efecto retirando tambien al conde de Fuensaldaña, que era en lo general mal visto, enviándole luego de virey á Milan. Para suceder al archiduque nombró Felipe IV. á su hijo natural don Juan de Austria (1656), que á la sazon se hallaba casi ocioso en Cataluña, dándole por segundo al marqués de Caracena, que era gobernador de Milan.

Pasó, pues, don Juan á Flandes, no sin haber corrido en la mar grave riesgo de caer en poder de unos corsarios, que de las cuatro galeras que llevaba consigo apresaron tres, pudiendo salvarse la suya á fuerza de vela y remo. Bajo escelentes auspicios dió principio el de Austria al gobierno de las armas en Flandes. Sitiaban los dos mariscales franceses Turena y la Ferté la importante plaza de Valenciennes con treinta mil hombres. Determinó aquél socorrerla,

y en union con el de Condé y el de Caracena se presentó entre las líneas francesas que bordeaban las dos orillas del Escalda (julio, 1656). Inmediatamente formaron en batalla, primero los españoles, los walones los segundos, y los últimos los de Condé. A las doce de la noche (del 15 al 16 de julio) arremetieron los nuestros con tal brio que todo lo arrollaron. El de Caracena tuvo la gloria de ser el primero que plantó la bandera española en las trincheras enemigas. Costó esta batalla á los franceses siete mil muertos y cuatro mil prisioneros, entre ellos el mismo mariscal de la Ferté. Resultado de esta victoria, ademas de la toma de Condé (15 de agosto) con que terminó la gloriosa campaña de 1656, fué la venida á Madrid de Mr. de Lionne, enviado por Luis XIV. al rey católico para ofrecerle la paz, negociacion que por entonces no pudo realizarse (1).

Un nuevo y muy poderoso enemigo contaba ya á la sazon España, con el cual habian de tener que me-

(1) Por este tiempo vinieron tambien á Madrid diputados del duque Francisco de Lorena con el fin de negociar la libertad de su hermano Cárlos, preso, como dijimos, en el alcázar de Toledo. Don Luis de Haro, que sabia que la princesa de Nicole, su muger, trataba de entregar todas las tropas lorenesas á Francia, propuso á Cárlos la enagenacion de todas ellas al rey don Felipe, ofreciéndole en recompensa la libertad. Accedió á ello el lorenés, y las tropas de sus estados juraron fidelidad al rey de España. Pero Francisco se opuso y se negó á reconocer el tratado de su hermano, con cuyo motivo intentó prenderle el conde de Fuensaldaña. Entonces Francisco se pasó con las tropas al servicio de Francia, y se fué á Paris con los príncipes sus hijos, mientras Cárlos su hermano intentaba evadirse de la prision, que tenia entonces en Aranjuez.—Calmet: Hist. eclesiástica y civil de Lorena.—Hugo: Hist. del duque Cárlos, MS.—Hannequin: Mem. MS.—Guillemin: Historia du duc Charles, MS.—Mem. de Mourin.

dirse al año siguiente en Flandes don Juan de Austria y el príncipe de Condé. Era este el famoso Cromwell, el gran protector de la república de Inglaterra. Diremos cómo se convirtió en terrible adversario el que la córte de España quiso, pero no acertó á hacer amigo.

En tanto que Francia y España y las naciones aliadas de cada una se hacian estas crudísimas guerras con que mútuamente se destrozaban, habíase verificado en Inglaterra la terrible revolucion que llevó al cadalso al rey Cárlos I., aquel que cuando era príncipe de Gales estuvo tan próximo á casarse con la hermana de Felipe IV, y que fué objeto de tan magníficas fiestas y tan ruidosos agasajos en la córte de España. Los ingleses inscribieron al pié de su estátua: «Desapareció el tirano último de los reyes: *Exiit tirannus regum ultimus.*» Constituyéronse en república, y aclamaron protector á Cromwell, aquel hombre singular, que desconocido hasta la edad de cuarenta años en que figuró en el parlamento como diputado por Cambridge, sin estudios científicos, sin grande elocuencia, pero ardiente y fogoso, conocedor de los hombres, hábil para atraerlos, conducirlos y manejarlos, habia sabido elevarse sobre todos sus conciudadanos y erigirse en gefe de una gran nacion. Cromwell, tan tirano como el rey que acababa de ser arrojado del trono, era, sin embargo, respetado y querido de los ingleses, porque supo dar otro giro

á la política, y ejerciendo el poder mas absoluto hacia prosperar la industria y florecer el comercio. Las naciones, preocupadas con sus luchas y ciegas con sus ódios, no advirtieron al pronto todo lo que tenia de trascendental para los tronos y para los pueblos la revolucion inglesa, y la cabeza de un rey rodando por el cadalso no estremeció á los demás soberanos tanto como era de esperar. Todos fueron reconociendo la nueva república y procuraron atraerse al protector. España la primera, y tras ella la Francia, Portugal y las demás potencias, buscaron su apoyo. En especial España y Francia, don Luis de Haro y el cardenal Mazarino por medio de sus respectivos embajadores (1), sostuvieron una competencia diplomática á este propósito; Cromwell las entretenia hábilmente, esperanzando ya á una ya á otra, meditando de cuál de las dos sacaria mejor partido (2).

Habia acontecido algun tiempo antes un incidente desfavorabilísimo á España. Cromwell habia enviado

(1) Eran á la sazon los de España en Inglaterra don Alonso de Cárdenas y el marqués de Leyden, ordinario el uno y estraordinario el otro.

(2) Cuando Cárdenas presentó á Cromwell un proyecto de tratado, preguntóle éste si el rey de España consentiria en el libre comercio con las Indias Occidentales, si omitiria una cláusula que habia relativa á la Inquisicion, si estableceria la igualdad de derechos para las mercaderias estrangeras, y si concederia á los comerciantes ingleses el privilegio de la compra de lanas en España. Cárdenas respondió que antes consentiria su soberano perder los ojos que sufrir la intervencion de ningun poder estraño en los dos primeros puntos, y que respecto á los demás se podrian otorgar condiciones satisfactorias. Cromwell afectó mirar el tratado como concluido, aunque de hecho meditaba otra cosa bien diferente, y tuvo buen cuidado de no comprometerse en arreglos prematuros.—Thurloe y Dumont, citados por Jhon Lingard: Historia de Inglaterra, tomo III., cap. 17.

sus representantes á todas las córtes. El que vino á Madrid, Ascham, uno de sus mas decididos parciales y amigos, fué asesinado á los dos dias de su llegada, estando comiendo en su propia casa, por unos emigrados ingleses partidarios de la dinastía de Stuard. Aunque el gefe de los asesinos fué preso, y entregado á los tribunales pagó al cabo de algun tiempo con la vida el atentado, la conducta de nuestra córte en este negocio no satisfizo á Cromwell. A poco tiempo ocurrió en la de Lóndres un suceso, de sola etiqueta y de poca entidad, pero al cual las circunstancias y la disposicion de los ánimos dieron una gran importancia y significacion. Al salir, como era allí costumbre, los carruages de los embajadores á recibir al de Suecia, el coche del embajador francés se adelantó al del español que iba primero. Los españoles de la servidumbre de la embajada no pudieron llevar con paciencia la provocacion, echaron mano á las espadas, y obligaron al francés á volver á su puesto. Pero un piquete de soldados, acaso apostados ya de intento á la inmediacion, acudió á la pendencia, y so pretesto de sosegarla puso otra vez delante el carruage del francés. Leyden y Cárdenas reclamaron fuertemente de Cromwell el derecho de preferencia que tenia España en tales ceremonias, pero no obtuvieron satisfaccion; y ésta, que parecia una simple cuestion de etiqueta, produjo la retirada de nuestros embajadores, y dió ocasion mas adelante á otra disputa de preferencia



entre el conde de Estrades y el baron de Wateville, la cual tomó Luis XIV. tan á pechos que lo hubiera hecho caso de guerra, si Felipe IV. no hubiera dado órden á sus embajadores que no disputáran á los de Francia el lugar de preferencia en las ceremonias (1).

Al fin se decidió Cromwell abiertamente en favor de la Francia. Parecia estraño que postergára la amistad de España á la de aquella nacion, careciendo Francia de marina y de colonias, y teniendo España tan ricas y vastas posesiones en América y en las Indias. Pero este fué cabalmente para Cromwell el mayor móvil de su decision, porque habia puesto los ojos en nuestras colonias, y mirábalas como una presa de que las flotas inglesas podrian fácilmente apoderarse, mientras á la Francia no tenia qué poderle tomar. Ello es que el sagáz protector ajustó un tratado con la Francia (13 de marzo, (1657), conviniendo las dos naciones en juntar sus fuerzas para arrancar á los españoles las ciudades de Gravelines, Mardyck y Dunkerque, quedando para los ingleses estas dos últimas (2). Noticioso Felipe IV. de este tratado, mandó confiscar todos los buques y todas las mercancías inglesas que habia en España, y prohibió todo comercio con aquella nacion, como lo habia hecho con Francia, con Portugal y con todas las potencias enemigas (3), me-

(1) Diarios de Lóndres.—Memorias de Mad. de Motteville.—Soto y Aguilar: Epitome.—Vivanco: Historia de Felipe IV. MS.

(2) Corps. diplomát. VI.—Ministerium Cardinalis de Mazarino.

(1) Coleccion general de Cór-

dida fuerte, y que nos aislaba mercantilmente de casi toda Europa.

Si bien las miras de Francia y de Inglaterra unidas se dirigian principalmente á Flandes, donde proyectaban dar el mas rudo golpe, era ademas el designio de Cromwell apoderarse de Méjico, y hubiéralo hecho si los españoles no hubieran acudido oportunamente á su defensa. Entonces empleó el protector las fuerzas navales de Inglaterra contra la Jamáica, la mas preciosa de nuestras posesiones en las Antillas, y logró hacerse dueño de la isla por medio de un ataque repentino, sin que despues pudieran reconquistarla los españoles, y haciendo de ella los ingleses un depósito para el comercio de contrabando con Méjico y el Perú, poblándola cada dia hasta convertirla en una de sus mas florecientes colonias [1]. Amagaron tambien las escuadras inglesas á Cuba y Tierra-Firme, aunque sin fruto. Pero el almirante Blake, y Stayner, uno de sus tenientes, con numerosas naves salian á caza de nuestros galeones de las Indias, y sorprendiendo unos, y sosteniendo porfiados combates con otros, nos hicieron perder inmensas riquezas y muchos hombres.

Pasaron pues á Flandes, en virtud del tratado, seis mil ingleses escogidos al mando del coronel Reynolds.

tes, Leyes y Fueros, etc. MS. de la Biblioteca de la Real Academia de la Historia, tom. XXVII., pág. 460.

(1) La poblacion blanca de la Jamáica, que en 1655 no ascendia á mas de mil y quinientos hombres, fué al poco tiempo una de las mas numerosas, por la multitud de colonos que fueron de Inglaterra, de Irlanda y de Escocia.



Sospechando Condé que el proyecto de los aliados seria acometer á Dunkerque, se metió dentro de la plaza. Este era en efecto el plan de Turena, mas sabiendo aquella prevencion abandonó la empresa. El de la Ferté cercó y embistió á Montmedy (12 de junio, 1657), que se entregó por capitulacion á los dos meses (6 de agosto). Hallábase en el campamento francés, el rey Luis XIV. en persona. Unido luego Turena con los ingleses, se apoderó de Bourbourg y de San Venant (17 de agosto), hizo á los españoles levantar el sitio de Ardres, y tomó sin gran resistencia á Mardyck (23 de setiembre), que con arreglo al tratado puso en manos de los ingleses: con lo cual terminó aquella campaña.

Faltaba ponerlos en posesion de Dunkerque, y esto fué lo que emprendió en la siguiente primavera, distribuyendo sus cuarteles alrededor de la ciudad, vencidas para ello no pocas dificultades, y estableciendo el suyo en las Dunas de la parte de Niuport. Una escuadra inglesa de veinte navíos cerraba al mismo tiempo el puerto, llevando á bordo otros seis mil hombres. El rey Luis XIV. fué á animar el sitio con su presencia. Estaban los franceses como sitiados ellos mismos entre la plaza y el ejército español. Don Juan de Austria y Condé se aproximaron con quince mil hombres á tres cuartos de legua del campo. Iban con ellos el marqués de Caracena, el mariscal de Hocquincourt, del partido de los príncipes, y el duque de

Yorck, hijo del desventurado rey de Inglaterra Cárlos I., á quien nuestra córte habia dado el título de capitan general de la armada del Océano. En uno de los primeros reconocimientos murió de un balazo el mariscal Hocquincourt (12 de junio, 1658). Aun no habia llegado al campo español la artillería, y aprovechando esta circunstancia los aliados salieron una mañana (14 de junio) á presentar la batalla antes de lo que don Juan y el de Condé habian podido pensar, Apresuráronse estos á poner en órden su gente, estendiéndola por aquellas mismas Dunas que tan fatales nos habian sido cincuenta años antes, cuando gobernaba los Paises Bajos el buen archiduque Alberto. No lo fueron menos en esta ocasion, pues habiendo logrado un cuerpo de caballería francesa en la baja marea pasar por entre las Dunas y el mar, cogió por la espalda á los españoles que combatian con los ingleses, los derrotó, y con su derrota se puso en desórden y en vergonzosa fuga todo el ejército, dejando tres mil muertos y muchos prisioneros. Descuido indisculpable fué en don Juan de Austria, y mas en Condé, que era un general tan práctico, haber dejado sin guarda ni defensa la playa.

Azarosas consecuencias tuvo esta derrota fatal. Dunkerque capituló nueve dias despues (23 de junio, 1658), y fué entregada á los ingleses segun lo pactado. Link, Bergues, Dixmude, Furnes, Oudenarde y otras poblaciones pasaron sucesivamente á poder de



los anglo-franceses; Gravelines resistió algun tiempo más, pero al fin corrió la misma suerte á los veinte y siete dias de sitio. Era la última de las comprendidas en el compromiso de las dos naciones (1).

Orgullosos con aquella victoria y con aquellas conquistas los franceses, prometianse al año siguiente hacerse fácilmente dueños del resto de la Flandes, y se preparaban á entrar en campaña. La córte española habia llamado á don Juan de Austria para encomendarle la guerra de Portugal, y á los Paises Bajos fué destinado con el cargo de gobernador otro archiduque, Sigismundo, hermano tambien del emperador, que lo era ya Leopoldo, por muerte de su hermano Fernando III. (abril, 1658), el mismo que habia estado de virey en Flandes, y á quien habia sucedido don Juan de Austria. Habia llevado consigo el archiduque doce mil alemanes. El ejército del príncipe de Condé aun era fuerte, y mandaba todavía bastante gente el marqués de Caracena. Todos pues se preparaban á obrar, y á nadie faltaban esperanzas. Mas no llegó la ocasion de medirse de nuevo las fuerzas de cada uno, porque ya en aquel tiempo se habia andado negociando la paz, se estaban asentando los preliminares de ella, y no tardó en venir á poner término á tan antigua, sangrienta y calamitosa guerra.

(1) Memorias de Jacques.—Thurloe: Hist. t. VII.—Clarendon: Papeles de Estado.—Limiers: reinado de Luis XIV., lib. IV.; y las historias de los Paises Bajos, de Francia, de Inglaterra y de España.

Mas como quiera que la famosa paz de los Pirideos no tuvo solo por fundamento y objeto los negocios de Flandes, sino que se enlaza con todos los sucesos que habian tenido lugar en otras partes, y mas con los que pertenecian á la lucha en tantos puntos sostenida por las naciones francesa y española, menester es, antes de dar á conocer aquel célebre tratado, informar á nuestros lectores de lo que habia acontecido en los demas paises en que hemos dejado pendiente esta lucha encarnizada entre las dos potencias (1).

(1) Murió por este tiempo el célebre protector de Inglaterra Oliverio Cromwell (3 de setiembre 1658), «llevando consigo, dice un ilustre escritor, la admiracion y el disgusto, el ódio y el sentimiento de la Europa: singular conjunto, pero digno de aquel estraordinario génio de accion.»

CAPÍTULO XIV.

SUMISION DE CATALUÑA.

GUERRA CON FRANCIA.

De 1648 á 1659.

El mariscal Schomberg.—Toma por asalto á Tortosa.—Vireinato de don Juan de Garay.—Reemplaza á Schomberg el duque de Vendóme.—Recobra á Falcet.—Causas de la tibieza con que se hacia la guerra.—Espíritu público de Cataluña favorable á España.—Odio á los franceses.—Vireinato del marqués de Mortara.—Sitia á Barcelona.—Ayúdale don Juan de Austria por mar.—Defensa de Barcelona.—Ríndese la ciudad, y vuelve á la obediencia del rey.—Indulto general.—Concesion de privilegios.—Alegría en Cataluña.—Sométese casi todo el Principado.—Continúan la guerra los franceses en union con algunos caudillos catalanes.—Sitio de Gerona.—Vireinato de don Juan de Austria.—Cerco de Rosas.—Puigcerdá.—Va don Juan de Austria á Flandes.—Arrástrase flojamente la guerra.—Segundo vireinato de Mortara.—Arroja á los franceses del Ampurdan.—Sucesos varios.—Batalla gloriosa á las márgenes del Ter, última de esta guerra.

Dejamos en el capítulo XI. al jóven marqués de Aytona forzado á retirarse á Aragon por las tropas francesas que mandaba el príncipe de Condé, el mismo que despues fué destinado por la córte de Francia á hacer la guerra de Flandes, y el mismo á quien

acabamos de ver militando allí en favor de los españoles por vengar sus resentimientos con el cardenal Mazarino y los de su parcialidad. Tambien dejamos allí apuntado que comenzaba á observarse en Cataluña un cambio en el espíritu de aquellos naturales, bastantes síntomas de cansancio y de disgusto hácia los franceses, y ciertas tendencias á volver á formar parte de la gran familia española, de que nunca debieron separarse, ni por parte de la córte dar lugar á que se separáran.

Mas no por eso dejaba de proseguir la guerra, y nada favorablemente en aquella sazon á la causa del rey. Porque habiendo sucedido al príncipe de Condé en el vireinato el mariscal Schomberg [1], que inmediatamente se dirigió contra Tortosa (junio, 1648), sitiada ya por Marsin, y la tomó por asalto, cometiendo la soldadesca los desmanes y horrores de costumbre en tales entradas, sin que el marqués de Torrelaguna don Francisco de Melo, que quiso socorrer la plaza, fuera allí mas feliz que lo habia sido últimamente en Flandes.

Era cuando la córte de Madrid, desengañada de la inutilidad de los tratos de paz que traia con Francia por las irritantes condiciones que ésta ponia, de-

(1) En rigor no le sucedió inmediatamente, porque antes de Schomberg estuvo un poco de tiempo de virey el cardenal de Santa Cecilia, arzobispo de Aix (de febrero á junio de 1648). Pero habiéndose retirado sin hacer nada por una querella que sobre distincion personal tuvo con la ciudad, apenas merece contarse entre los vireyes franceses de Cataluña.

terminó dar grande impulso á la guerra en todas partes. Para el mando de la de Cataluña destinó en reemplazo del marqués de Aytona al valeroso maestre de campo don Juan de Garay, sacándole del retiro en que estaba. Luego que Garay se puso al frente del ejército, emprendió una atrevida incursion por el interior de Cataluña hasta cerca de Barcelona (1649), mas con objeto de dar á los naturales una muestra del poderío que aun tenia el rey y de influir en su espíritu, que de intentar nada contra aquella ciudad. Así fué que no tardó en volverse á Lérida, despues de haber escarmentado algunos cuerpos franceses que le salieron al encuentro. Desde Lérida pasó á sitiar á Castelló, que vino á su poder. Ya el francés Schomberg habia sido sustituido por el duque de Vendôme, el cual, no obstante haber sufrido un descalabro por la gente de Garay, recobró á Falcet, que se habia dado espontáneamente á los españoles.

La especie de tibieza con que observamos se hacia por este tiempo la g erra en el territorio catalan, pasándose dos ó tres años sin que apenas ocurriera un suceso de importancia, consistia principalmente, lo uno, en que lo mas fuerte y empeñado de la lucha entre Francia y España estaba entonces en los Paises Bajos, y lo otro, en que ya mucha parte de los catalanes, no mejor tratados por los franceses que lo habian sido por los castellanos, iban aborreciendo á aquellos y pensando cómo volver á unirse á éstos,

reconociendo al cabo que de su separacion no habian recogido otro fruto que perder en el cambio de señores; porque pérdida era tener que sufrir de estraños lo que no habian podido tolerar de los propios. Escarmientos que casi infaliblemente esperimentan los pueblos que para librarse de los males que sufren de un monarca ó de un gobierno injusto, pero legítimo, invocan á los estraños y se entregan á ellos, como muchas veces lo hemos hecho notar en nuestra historia. Los franceses, que veian ya este desvío y esta mal querencia de los catalanes, oprimíanlos mas y los vejaban con tributos, ya por via de castigo, ya para dejar esplotado el país si tenian que abandonarlo. Esto acababa de irritar aquella gente de suyo indómita y dura, amante de su libertad y enemiga de la tiranía y servidumbre, que por otra parte habia tenido tiempo de reflexionar sobre los inconvenientes de estar en pugna hermanos con hermanos.

Tan irritados tenian ya á los naturales las injusticias y demasías de los franceses, que el gobernador de Castell de Arens fué procesado por sus arbitrariedades, y probados los cargos y convicto de sus crímenes fué degollado en la plaza de Barcelona (28 de noviembre, 1648). Y el mismo don José de Viure y Margarit, el mas ardiente y tenáz partidario de la Francia, se vió en la precision de arrestar al teniente general francés Marsin, al intendente y algunos ofi-

ciales (27 de diciembre, 1649), acusados de escesos harto graves, y de conducirlos á Francia y entregarlos en Perpiñan á merced del rey [1]. Y no pudiendo ya sufrir los catalanes tantas iniquidades y desafueros, que el de Vendôme alentaba ó consentia en vez de corregir, coligáronse algunos y se entendian en secreto para ver de sacudir el yugo francés, con el gobernador de Lérida don Baltasar de Pantoja, sucesor del portugués Brito.

Con estas noticias el rey y don Luis de Haro resolvieron hacer un esfuerzo mas en Cataluña, y nombrado virey el marqués de Mortara, ya práctico de aquella guerra, por última vez retirado don Juan de Garay, abrió aquél la campaña (1650) con un ejército de doce mil hombres, apoderándose de Flix y de Miravet. Puso despues sitio á Tortosa, ayudándole por mar el duque de Alburquerque, y rescató aquella plaza (27 de noviembre), malamente perdida hacia mas de dos años. El de Vendôme mal recibido en Barcelona, se retiró á Francia despechado. Animados con esta conquista los catalanes, daban ya mayor espansion á sus ánimos, hasta el punto de oirse aquí y allá gritos, aunque todavía aislados, de «¡mueran los franceses! y ¡viva España!» Pasquines que de tiempo en tiempo aparecian en este sentido iban poniendo en cuidado á los franceses y á los mas comprometi-

(1) Tió: Guerra de Cataluña, lib. VIII.



dos en la revolucion, así como alentaban á nuestras tropas, antes allí tan odiadas y perseguidas. Resolvióse ya el de Mortara á emprender el sitio de Barcelona, y para ayudarle por mar dióse órden á don Juan de Austria que viniese con las galeras de Sicilia y con la gente que de allí y de Alemania pudiera recoger, como lo ejecutó. Salió, pues Mortara de Lérida (junio, 1651), llevando once mil hombres, entre ellos no escaso número de voluntarios catalanes, que así se iban ya viniendo á nuestras banderas; prueba del grande cambio que se habia obrado en el espíritu público del país.

Nada detuvo á nuestro ejército en su travesía, pero la fuerza era harto escasa para rendir tan populosa ciudad. Contábase, sí, con que las circunstancias eran otras que cuando la sitió el marqués de los Velez. Mas si bien es cierto que habia dentro bastantes partidarios de España, y los magistrados mismos abrigaban harto favorables disposiciones [1], los franceses pusieron el mayor conato en no perder á Barcelona, y mandaba además las armas de la plaza aquel famoso capitan de almogabares don José de Viure Margarit, tan furioso enemigo de Castilla desde el principio de la insurreccion. Colocó el marqués de Mortara sus cuarteles desde San Andrés al Mar, y diseminó la ca-

(1) Cuéntase que habiéndose quejado algunos síndicos de los lugares de la comarca á los magistrados de Barcelona de los excesos que cometian los franceses, aquellos les respondieron con desenfado: «¿Y por qué no los degollais á todos?»

ballería por el llano á fin de impedir la entrada de bastimentos; mas no pudiendo lograrlo, dividió su ejército en dos trozos, de los cuales uno dejó en San Andrés, y otro puso en Sans hasta la torre de Novell, dejando la caballería correr por la falda de la montaña. Don Juan de Austria, nombrado por su padre generalísimo del ejército sitiador, acudió con las naves de Nápoles, y cerraba el puerto con veinte galeras. Pareció fortuna que el general francés encargado de sostener la plaza se fuera á Francia por particulares disgustos que habia tenido. Pero Margarit y sus soldados no desanimaron por eso, y se aprestaron á la defensa con igual valor siendo solos que si estuvieran ayudados de franceses, y construyeron fuertes para conservar la comunicacion con Monjuich, y levantaron otras fortificaciones, y embistieron desde el castillo el campamento de Sans, y rechazaron á la vez algun asalto que los nues ros intentaron, y no se veia medio de entrar por la fuerza ni el castillo ni la ciudad. El génio catalan, tenáz ó inflexible, se veia en aquellos hombres obstinados y valerosos (1).

(1) Historia de los hechos del Sermo. señor don Juan de Austria en Cataluña, por don Francisco Fabro Bremundan, lib. I.—En esta obra, impresa en Zaragoza en 1673, se refiere larga y minuciosamente todo lo relativo á este sitio y campaña. A nosotros ni nos toca, ni nos seria posible sin quebrantar las condiciones de nuestra historia, seguir á este autor en sus pormenores. Nos contentamos con indicar á los curiosos dónde pueden hallarlos. Allí encontrarán la irresolucion y las vacilaciones del marqués de Mortara ante las dificultades de asediar formalmente la ciudad; las consultas que sobre lo mismo hizo don Juan al rey; las contestaciones ambiguas del monarca; las conferencias entre los enviados de la cór-

Tuvo, sin embargo, que ordenar Mazarino al conde de la Motte Hondencourt, aquel que años antes habia sido separado del mando de las tropas francesas de Cataluña, que desde el Rosellon acudiese con cuatro mil infantes y dos mil quinientos caballos en socorro de los de Barcelona (1652). Este general, despues de andar algunos dias amagando á un punto y á otro, logró una noche abrirse paso por el centro del llano con tres regimientos y algunos escuadrones. La entrada de l Motte en Barcelona infundió mas y mas aliento á Margarit, y juntos hicieron varias salidas contra los reductos y cuarteles de los nuestros, tomándolos á veces, pero recobrándolos luego los de Mortara, y pasándose en estos combates bastante tiempo.

Pero ya la penuria y el hambre se hacian sentir en la ciudad. Una flota que llevaba bastimentos, al encontrarse con las naves que llamaban los barcos longos de don Juan de Austria, tuvo por bien retroceder. Por tierra intentaron un dia los almogábares de la montaña introducir un convoy de víveres, de acuer-

te y los gefes del ejército; las consultas de estos al consejo de generales; la conformidad del virey al dictámen del de Austria; la retirada de este á Vinaroz para restablecerse de un ataque que sufrió de la epidemia entonces reinante, y su vuelta al ejército; la respuesta definitiva del rey aprobando el sitio y ataque de Barcelona; algunos sucesos parciales que entretanto acontecieron en Mongat, Mataró, Prades, Espluga y Ciurana, favorables á las armas de Castilla, y algunas disposiciones de las que dentro de Barcelona tomaba Margarit, así como el voto público que hizo la ciudad á la Virgen de la Concepcion, y las embajadas que se enviaban á Francia para informar al rey de los apuros del Principado y pedirle con urgencia socorro: todo lo cual cuenta estensísimamente el citado autor en los tres primeros libros de su obra, y parte del cuarto.



do con los de la ciudad, que salian á recibirlos. Batiéronse aquellos feroces montañeses con su acostumbrado brio, y fué menester emplear una gran parte del ejército para poderlos rechazar. Con esto el hambre fué acosando á los de dentro, en términos que ni soldados ni vecinos podian ya vivir (1). Y aun resistian aquellos hombres tenaces y duros los ataques que á los muros y á las puertas daba el de Mortara.

En tanto que de una y otra parte se daban recios ataques á los fuertes de Monjuich, San Ferriol, Santa Madrona, San Juan de los Reyes, San Bernardo, Santa Isabel y otros, y que mútuamente solian tomarse y recobrarse, y se volaban barriles de pólvora, y reventaban minas con horrible estruendo y estrago, y nuestra caballería talaba las mieses del contorno, y que al campo español llegaban refuerzos por tierra y por mar, los sitiados los aguardaban en vano de Holanda, de Provenza, de Francia y de los somatenes de la montaña. Balaguer volvia á la obediencia de su legítimo soberano; los escesos de los franceses en Vich inflamaban de ira los corazones de los habitantes de la comarca, y unidos con los de Manresa, donde

(1) La cuartera de trigo se vendia á cuatrocientas libras, 4,266 rs. vellon; la carga de vino comun á seiscientas libras, 6,400 reales; á este respecto todos los demás artículos; comíanse los animales mas inmundos, y hubiera llegado á mayor estremo el hambre sin el recurso de un pescado llamado *amploya*, que se cogia al pié de los muros de la ciudad.—Feliú de la Peña, Anales de Cataluña.—Este historiador, que tantas inexactitudes sembró en sus Anales, está generalmente exacto en los pormenores que dá de este sitio.

residia la diputacion, acordaron todos someterse al rey de España y prestarle homenage en la persona de su hijo don Juan. Infructuosamente despachaban los de Barcelona emisarios á Francia y á Portugal para ver de interesar las córtes de ambos reinos, y que les dieran prontos socorros. Ni La Ferriére, ni don José de Pinós, ni ninguno de los enviados traia respuesta que pudiera satisfacer á los apurados barceloneses. Suscitábanse, como acontece siemp.e en tales casos, discordias entre la Motte, Margarit, Dardena y los demas que mandaban las armas en la ciudad, y amotinábanse contra Dardena los miqueletes, y aumentábase dentro cada dia mas la confusion.

La escasez de moneda que se esperimentaba hizo duplicar el valor de cada pieza y para acudir á las mas urgentes necesidades tuvo que pedir el mariscal francés las alhajas de los templos y hasta el oro y la plata de los relicarios. Hubo sobre esto una junta de veinte y dos teólogos, de los cuales veinte votaron en favor de la peticion. Llevado el asunto al cabildo, á pesar de los esfuerzos del doctor Peralta, el arcediano de Santa María y otros dos canónigos protestaron contra la medida. Por último, despues de muchas contestaciones y disgustos, juntóse un sínodo, en el cual llegó á prevalecer la opinion de la entrega, «con calidad que la ciudad se obligase á restituirla en tres años en la mesma forma, cantidad y calidad que se entregase y sin gasto alguno de la iglesia.» Hízose

pues moneda de la plata sagrada, con la leyenda: *Barcino civitas obsessa*: y el mariscal la empleó en pagar las tropas y en comprar espadas á los soldados (1).

Por último forzados del hambre, mas que del cansancio ó del desánimo, á los quince meses de sitio pidieron los barceloneses capitulacion. Concedióseles con condiciones honrosas para la guarnicion, y con una amnistía general para todos los catalanes, á escepcion de Margarit, que huyó clandestinamente, y ofreciendo conservar á Cataluña sus constituciones y fueros (2). Rindióse, pues, Barcelona, y se sometió de nuevo al rey Felipe IV. (octubre, 1652), con satisfaccion general de los catalanes, que al cabo de tantos años de cruda guerra deseaban ya con harta razon la paz. Y tanto mas se celebró este suceso en Cataluña,

(1) Los objetos que se entregaron fueron: catorce lámparas mayores del templo de Santa Eulalia: otras veinte y ocho menores de alrededor de la capilla: cinco de la capilla de San Oleagro: tres de la del Santísimo Sacramento, y una que ardia á las reliquias; seis candelabros grandes y cuatro menores: se despojó la catedral y otras iglesias, pero algunas, como la de Santa María del Mar lo resistieron. Se juntó el valor de 38,000 escudos de plata. — Bremundan: Hechos de don Juan de Austria en Cataluña, lib. VII.—Además muchos vecinos ofrecieron sus vajillas, y las autoridades empeñaron sus bienes.

(2) Edicto de don Juan de Austria en el campo de Barcelona, á 14 de octubre de 1652, copiado por Tió.—Bremundan: Historia de los hechos del príncipe don Juan, lib. X. Allí pueden verse los pormenores de todo lo que precedió y siguió á la capitulacion: la salida de un trompeta del de la Motte para tratar de la rendicion de la plaza; la de los diputados de la ciudad y del mar; el recibimiento que se les hizo; los reparos de don Juan de Austria á las cartas del mariscal y de Jaime Cortada; la salida del conseller en cap. á rendir homenage al príncipe; las seguridades que dió don Juan del cumplimiento de los puntos que se concedian; las órdenes á los gobernadores de Tarragona, Lérida y Tortosa para el cange de prisioneros, y por último, los despachos de don Juan de Austria al rey su padre dándole parte de estos sucesos.

cuanto que el rey concedió al Principado sus antiguos privilegios, partido que no habrian podido prometerse despues de tan larga y tenáz rebelion. Con esto todo fué fiestas y alegría; y como era de esperar, muchos lugares como los del llano de Vich, vinieron espontáneamente á la obediencia del gobierno español. La diputacion misma congregó los brazos en Manresa, y todos de acuerdo ofrecieron al rey aquella villa, con Cardona, Solsona y otros lugares. Alguno hubo que rendir todavía por la fuerza. Pero pudo ya decirse que Cataluña habia vuelto á pertenecer á España. Ganó el marqués de Mortara con este suceso la estimacion y la gratitud de todos los españoles [1].

Parecia que con esto deberia haberse dado por terminada la guerra de Cataluña. Y no solo esto, sino que aquellos naturales, con la decision que acostumbran en todas sus resoluciones, expusieron al rey que con tal que les diese tropas de caballería ellos solos bastaban para recobrar el Rosellon, cuyos habitantes deseaban tambien librarse de la dominacion francesa y volver á la obediencia de España. Desgraciadamente ni la guerra se concluyó, ni el rey Felipe y sus ministros atendieron la proposicion de los catalanes. Antes lo que hicieron fué destinar á Portugal muchas de las tropas de aquel ejército, y relevar del vireinato al

(1) Aquí termina Fabro-Bremundan su minuciosa historia sobre este periodo de la guerra de Cataluña, y acaba tambien Tió su continuacion de la de Melo.

marqués de Mortara, el único que habia dado resultados felices, y conferirle á don Juan de Austria. Los franceses, aunque convencidos de que no podian aspirar ya á la posesion de Cataluña, tenian interés en conservar el Rosellon, y en entretener nuestras fuerzas en el Principado. Y lo que fué peor, aquel Margarit, con otros caudillos de la rebelion catalana, como Dardena, Aux, Segarra y algunos mas, con una obstinacion ya indisculpable, y siendo no ya solo rebeldes á España sino traidores á su propio país, prestáronse á ayudar á los franceses, si es que no los concitaron, y en julio siguiente (1653) se vió entrar en Cataluña por el Portús al mariscal francés Hocquincourt en union con don José Margarit al frente de catorce mil infantes y cuatro mil caballos, creyendo que todo el país se iba á levantar de nuevo por ellos. Y aunque les salieron sus cálculos fallidos, porque solo se le adhirieron los foragidos, bandoleros y gente perdida, poniéndose por el contrario á las órdenes de don Juan de Austria tercios enteros de los que antes habian defendido á Barcelona, con todo lograron hacerse dueños de Castellon de Ampurias y de Figueras, y pusieron sitio á Gerona.

Guarnicion y habitantes, hombres y mugeres, todos se defendieron con heroismo por mas de setenta dias contra el francés. Su resistencia dió lugar á que don Juan de Austria acudiese á su socorro con un trozo de ejército, formado ya en su mayor parte de ca-

talanes, y dándose oportunamente la mano los de dentro y los de fuera, obligaron al enemigo á levantar el cerco con alguna pérdida. Ripoll, San Feliú y algunos otros lugares volvieron al dominio de la Francia, que fué todo lo que en esta campaña pudo hacer Hocquincourt, llamado luego á Flandes, donde le hemos visto despues adherirse al partido de los príncipes franceses, y pelear como aliado de las banderas españolas.

Sucedió á Hocquincourt en Cataluña el príncipe de Conti, hermano del de Condé, trayendo consigo alguna mas gente de aquel reino [1]. Hallábase este general sobre Puigcerdá (julio, 1654), y para distraerle puso cerco don Juan de Austria á Rosas. Allá acudió en efecto el príncipe francés, y aunque las partidas de catalanes que ya se apostaban á los lados de los c minos, le destrozaron buena parte de su gente, todavía le quedó bastante para hacer al de Austria retirarse levantando el cerco de Rosas. Volvieron los franceses mas libres y desembarazados sobre Puigcerdá, defendióse la guarnicion bravamente, pero habiendo muerto de un cañonazo el gobernador don

(1) Es de notar la frecuencia con que así la córte de Francia como la de España relevaban los vireyes y generales de Cataluña, lo mismo que los de otras partes en que se estaba haciendo la guerra. A cada paso ocurrian cambios y traslaciones, haciendo venir los de Flandes á Cataluña, mudando los de Cataluña á Flandes, á Italia ó á Portugal, y vice-versa. Creemos que no está de mas hacer esta observacion á nuestros lectores, ya para que ellos mismos no se confundan, ya para que no estrañen que en un brevísimo espacio de tiempo hablemos de un general ó gobernador como obrando en puntos diferentes y muy apartados.

Pedro Valenzuela, tuvo que entregarse capitulando. A la entrega de esta plaza siguió la de Villafranca, Urgél y algunas otras fortalezas interiores. Y en verdad, lo estraño es que no nos arrebatáran mas poblaciones y mas aprisa, pues aunque el Principado ponia no poco de su parte, formando regulares cuerpos que incomodaban á los franceses, el mal era que distraido el nervio de nuestras tropas en otras partes, no arribaba don Juan á poder reunir un ejército que oponer al de Francia, y se limitaba á observar y contener al enemigo desde Barcelona y sus contornos. Sin embargo, al año siguiente (1655) tomó á Berga y Camprodon. El conde de Merinville, mas activo que el de Conti á quien reemplazó, quiso socorrer á Solsona que tenian sitiada los nuestros, en combinacion con la armada del marqués de Santa Cruz; mas por mucho que apresuró su marcha, hubo de retroceder con noticia que tuvo en el camino de hallarse ya asaltada y dada á saco (7 de diciembre, 1655). Lo demás de esta campaña se redujo á pérdidas recíprocas de algunas plazas y lugares, y á tal ó cual porfiada defensa que de algunas hicieron, los caudillos catalanes sobre todo.

No con mas energía, antes mucho mas flojamente continuó haciéndose en las campañas siguientes la guerra, no contando ni uno ni otro ejército con fuerzas bastantes ni para acometer empresa de consideracion, ni para tomar una superioridad decisiva sobre

su enemigo, empeñadas las fuerzas principales y empleados los generales de mas nombre y reputacion, así de España como de Francia, en las guerras de Italia, y mas especialmente de Flandes, y no poco distraidas ademas las nuestras en Portugal. A Flandes fué tambien destinado por este tiempo don Juan de Austria, como en el anterior capítulo hemos visto: nueva razon para que en Cataluña aflojaran las operaciones militares, hasta que por último, vuelto el cargo del vireinato al ilustre marqués de Mortara, tomaron aquellas mas animacion, conociéndose las manos en que el gobierno de las armas habia nuevamente entrado.

Ahuyentó, pues, el de Mortara del Ampurdan á los franceses, y dominó todo aquel país á escepcion de Rosas (1657). En cambio el general francés duque de Candale y don José Margarit entraron en Blanes y en muchos lugares de aquella comarca, y se corrieron con no poca audacia al llano de Barcelona. Pero Blanes fué recobrada por un golpe de catalanes de los que militaban en las banderas de Castilla, y el fuerte de Castellfollit fué comprado por dinero al gobernador francés. Quiso recobrarle el de Candale y castigar al infiel gobernador, pero el intento le costó mucha gente, porque al paso del Fluviá le arremetió el de Mortara con el grueso de la suya, obligándole ademas á arrojar al rio algunos cañones. Otro recio combate hubo á una legua de Camprodon, entre espa-

ñoles y franceses, en que fueron estos derrotados, cayendo de sus resultas Camprodon en poder del caudillo español don Próspero de Tuttavilla (1658). Sitiada á su vez esta plaza por los franceses, y marchando á socorrerla el marqués de Mortara, se empeñó una reñidísima batalla á las orillas del Ter, en la cual el maestre de campo don Diego Caballero de Illescas, esguazando al rio, y cogiendo al enemigo por la espalda, y arremetiéndole espada en mano y entrando en sus cuarteles á degüello, hizo en él tal destrozo, que bien puede decirse se le debió á él una de las acciones mas gloriosas que se dieron en el Principado Y tambien puede contarse la última que merezca mencion en aquella guerra.

Porque ya ni la Francia ponia gran conato en dominar aquel país, desesperanzada de conseguirlo teniendo contra sí los naturales, ni España temia ya perderle teniéndolos en su favor, y en lugar de enviar mas refuerzos sacaba de allí los que podia para destinarlos á Portugal, que era entonces donde andaba mas comprometido el honor de Castilla. Y así ambas naciones se limitaron á pequeños encuentros en aquellas partes, arrastrándose aquella larga y pesada guerra, hasta el grande acontecimiento que á la sazon se preparaba, y que habia de decidir de la suerte futura de todos los paises por ellas disputados.

CAPÍTULO XV.

PORTUGAL Y CASTILLA.

De 1648 á 1659.

El marqués de Leganés ataca á Olivenza y se retira.—Dispútanse portugueses y holandeses las posesiones de la India.—El duque de San German, capitan general de Extremadura.—Conspiracion para asesinar al rey de España.—Es descubierta y llevados al suplicio los conjurados.—Muerte del príncipe don Teodosio.—Conjuracion en Portugal para entregar el reino á los españoles.—Castigo de los conspiradores.—Muerte del rey don Juan IV.—Sucesion de Alfonso VI.—Regencia de la reina madre.—Comienza con vigor la guerra.—Conquista el de San German la plaza de Olivenza.—Plan desacertado del general portugués, conde de San Lorenzo.—Emprende Vasconcellos el sitio de Badajoz.—Marcha del ministro don Luis de Haro á Estremadura.—Retíranse de Badajoz los portugueses.—Don Luis de Haro entra en Portugal y sitia la plaza de Elvas.—Acométele el portugués conde de Castañeda.—Vergonzosa derrota del ejército español.—El de Haro es llamado á la córte.—Guerra de Portugal por la frontera de Galicia.—Progresos del marqués de Viana.—Cesan temporalmente las hostilidades.—Quédase la guerra en tal estado hasta las paces de Francia y España.

Que en la frontera de Portugal era donde andaba mas comprometida la honra de Castilla decíamos al final del anterior capítulo, y era una triste verdad: como eran una triste verdad tambien las palabras con

que terminamos en nuestro capítulo XI. la relacion de los sucesos de aquel reino, á saber: que ofrecia España un cuadro lastimoso de su impotencia al ver que á los siete años de hecha la revolucion de Portugal y de otros tantos de guerra, nada se habia podido recobrar, y la lucha no pasaba de correrías miserables, que solo producian la destruccion de las poblaciones y campiñas fronterizas de ambos pueblos.

En 1648 se quiso darle mas impulso y hacerla con mas vigor. Se aumentaron las fuerzas de aquella parte y se hicieron sacrificios de dinero. Pero el nombramiento del marqués de Leganés para mandar las armas no satisfizo, porque ni la reputacion le abonaba lo bastante, ni la mala fortuna que en otras partes habia tenido le recomendaba. Así fué que habiendo emprendido con once mil hombres el sitio de Olivenza, y habiendo tomado ya dos baluartes y aun penetrado en la ciudad, el gobernador don Juan de Meneses los volvió á arrojar de los baluartes, los obligó á retirarse y á abandonar la empresa, volviéndose el de Leganés á Badajoz. Disidencias que surgieron entre los generales portugueses, hicieron suspender por su parte las operaciones; y sin embargo no vemos que el de Leganés se aprovechára de aquellas discordias, ni hiciera nada de lo que la reputacion de un general esp ñol y el honor de las armas castellanas exigian.

La devolucion de las plazas y posesiones portuguesas de la India que los holandeses habian tomado

durante la union de Portugal con España, fué cuestion que no dirimida por las reclamaciones diplomáticas, produjo una especie de guerra marítima entre aquellas dos naciones. Los holandeses iban siendo arrojados de los puntos que ocupaban en el Brasil; toda la costa austral volvió á entrar bajo la dominacion portuguesa, al mismo tiempo que en las Indias el virey don Felipe de Mascareñas triunfaba tambien de las escuadras y de las tropas de la república.

Nombrado en 1649 por el gobierno de Madrid el duque de San German don Francisco de Tuttavilla general de la provincia de Extremadura, entró en Portugal á demoler todos los fuertes que los portugueses habian levantado cerca de Olivenza, y lo ejecutó sin tener apenas que combatir. Lo demas de la campaña se redujo, como antes, á entradas, saqueos y devastaciones, que no daban otro fruto que acabar de encender el ódio entre los dos pueblos. Lo que sucedió al gobernador de Chaves, que cuando volvia del territorio español cargado de botin, fué despedazado por un destacamento de Castilla, era un acaecimiento casi ordinario, ya en españoles, ya en portugueses. El infante don Teodosio de Portugal, jóven de diez y siete años, pero ardoroso y vivo, viendo los pocos progresos que por aquella parte hacia la guerra, se fué sin licencia de su padre á la provincia de Alentejo (1651) para animar con su presencia la tropa y ansioso de dar pruebas de valor personal. Pero

llamado por su padre, y recibido con desabrimiento, el pundonoroso jóven enfermó de disgusto y de allí á algun tiempo murió, sentido y llorado de la nacion portuguesa.

Este príncipe habia sido objeto de una conspiracion tramada entre portugueses y españoles, que tenia por designio casarle con la infanta doña María Teresa de Castilla, única hija que habia quedado al rey Felipe IV. de la reina Isabel de Borbon, y como tal heredera de la corona. El plan no podia ser mas magnífico, ni mas conveniente á los intereses de los dos pueblos, porque siendo los dos príncipes los sucesores al trono de su respectiva nacion, era la manera de unir otra vez ambas naciones bajo un mismo cetro, sin menoscabo de la dignidad de cada uno, que habia sido en otro tiempo el pensamiento de los Reyes Católicos, y el único que sin turbulencias ni guerras pudiera, y esperamos que habrá de formar un dia de dos vecinos pueblos y por tantos siglos hermanos un solo cuerpo de nacion. Y si el proyecto merecia el título de horrible y de infame que le da uno de nuestros historiadores (1), es porque parece que iba acompañado de el de quitar la vida al rey cuando estuviera de caza, pues no podia realizarse viviendo Felipe y dando lugar á que tuviera nueva sucesion si pasaba á segundas nupcias, como ya entonces se trataba, y se

(1) El señor Sabau y Blanco, en sus Tablas cronológicas, reinado de Felipe IV.

verificó despues. Entraron en este plan don Cárlos Padilla. maestre de campo que habia sido en Cataluña, don Rodrigo de Silva, duque de Hijar don Pedro de Silva, marqués de la Vega de la Sagra, Domingo Cabral, y otras personas de menos consideracion. Descubrióse todo por una carta del Padilla á su hermano don Juan, prendióse á todos, se les formó proceso, se dió tormento á algunos, y convencidos del hecho, don Pedro de Silva y don Cárlos Padilla fueron degollados en la plaza mayor de Madrid (1648): Domingo Cebral murió en la cárcel, y el duque de Hijar, que era de los mas culpados, fué condenado solamente á cárcel perpétua y á diez mil ducados de multa: los demas cómplices sufrieron otros menores castigos (1). El rey don Juan IV. de Portugal quedó receloso y resentido de su hijo, y por eso le trató con aquella aspereza cuando le hizo retirar del Alentejo.

A su vez y á los pocos años (1683) se formó contra el monarca portugués y en su reino mismo otra conjuracion, encaminada nada menos que á entregar aquel reino á los españoles: era el principal autor de ella el obispo de Coimbra, uno de sus primeros ministros. Tambien esta fué descubierta por uno de aquellos incidentes que hicieron dar al rey el nombre de afortunado. Los delincuentes sufrieron el último supli-

(1) Passarello: Bellum Lusitanum, lib. V.—Laclede: Historia general de Portugal.—Faria y Sousa: Epitome de Historias portuguesas, part. IV.

cio, y el prelado, sin duda por consideracion á su dignidad, fué solo condenado, como el duque de Hijar, á prision [1].

La especie de inaccion, parecida á vergonzante tregua, que en estos años se observaba de un lado y de otro de la frontera de Portugal, hacia perder mucho al uno y al otro soberano en la estimacion de sus pueblos. La córte de Madrid se disculpaba con que sujeta la Cataluña le seria fácil recobrar aquel reino; pero es lo cierto que se la veia aflojar alternativamente en una parte para atender á la otra. El portugués era ya reconvenido por los mismos príncipes de quienes solicitaba amistad y auxilio, y solo se notaba actividad en la lucha que traia con los holandeses en Ceylan y en el Brasil. Aun así, y á pesar de los heróicos esfuerzos del gobernador Coutiño, tuvo la desgracia de perder la isla de Ceylan (mayo, 1656), que pasó definitivamente al dominio de los holandeses.

En este estado y muy quebrantada ya la salud de don Juan IV. de Braganza, fuéronle abandonando las fuerzas, y apoderándose de él un mal que le llevó al sepulcro á los cincuenta y tres años de su edad (6 de noviembre, 1656), y á los diez y seis de un reinado en lo general glorioso. Heredóle su hijo mayor con el nombre de Alfonso VI., príncipe de solos trece años, de violento genio y aviesas costumbres, tanto como de

(1) Passarello: Bell, Lusitan, libro V.—Laclede: Historia general de Portugal, tom. VIII.—Vivanco: Hist. de Felipe IV. MS.

escaso talento para el gobierno del Estado. Pero la reina madre, que quedó nombrada regente del reino, sabia suplir con su prudencia la falta de cualidades del hijo, y los grandes esperimentaron pronto que ante la firmeza y la grandeza de alma de la reina regente, que nuestros lectores no habrán olvidado que era española, se estrellaba el ímpetu de sus intrigas y de sus ambiciones.

Puede decirse que la verdadera guerra contra Portugal no se hizo con calor hasta el año siguiente á la muerte del rey; es decir, en la peor ocasion posible, despues de haber dejado pasar diez y siete años, no ya en la inercia, que menos malo hubiera sido esto, sino en contínuas aunque pequeñas escaramuzas y en asoladoras correrías, que no daban otro resultado que enconar mas cada dia los odios de los dos pueblos, acostumbrar á los portugueses al ejercicio de las armas, darles tiempo para organizar sus fuerzas, al pueblo para habituarse al gobierno del nuevo soberano, y al monarca para consolidar su trono. Y aun ahora la provocacion vino de Portugal, haciendo la reina abrir la campaña con mucha arrogancia y con desprecio de las muchas fuerzas que á la sazon teniamos en la frontera. Entonces el gobernador de Extremadura duque de San German, tuvo órden de tomar con vigor la ofensiva, y preparadas todas las cosas la comenzó por el sitio de Olivenza (abril, 1657), tantas veces ya en los años anteriores infructuosamente sitiada. Allá en-

vió la reina de Portugal al conde de San Lorenzo, que salió de Elvas con diez mil infantes y dos mil caballos, y habiéndosele reunido otros dos mil juntó un ejército casi igual al de Castilla.

Aunque San Lorenzo tenia órden de la reina de no esponer el reino todo al trance de una batalla, llevado de su natural presuntuoso é intrépido, se dirigió como á atacar las líneas españolas; y mientras San German ordenaba su gente, prendióse fuego en las barracas y tiendas de los nuestros. Creyeron los portugueses que los castellanos habian quemado su campo para retirarse, y celebrándolo con inmoderada é imprudente alegría, corrieron á alcanzarlos en la retirada. Absortos se quedaron al encontrar el ejército formado en batalla, pero el de San German no supo aprovecharse de aquella turbacion, y los dejó sentar los reales en posiciones cómodas. A su vez, el general portugués no hizo esfuerzo alguno por socorrer la plaza como lo esperaba el gobernador, y despues de muchos consejos de guerra para determinar lo que habia de hacer, resolvió atrincherar su campo frente al de los españoles. Así estuvieron sin moverse ni uno ni otro ejército, hasta que viendo el portugués lo difícil que era forzar nuestras líneas, levantó sigilosamente el campo (11 de mayo, 1657), sin que los españoles se apercibieran hasta que ya estuvieron á bastante distancia. Entonces el de San German intimó la rendicion en términos fuertes al gobernador Salda-

ña, pero contestó con la misma entereza que estaba resuelto á perecer antes que rendirse.

Idea estraña fué la del conde de San Lorenzo de ir á atacar á Badajoz mientras el de San German sitiaba á Olivenza. Comenzó el ataque por el fuerte de San Cristóbal, y habiendo hallado por dos veces resistencia se determinó á dar el asalto. Los soldados dejaron á los portugueses poner las escalas y subirlas, y luego los arrojaron al foso, quedando éste cubierto de muertos. Atónito y confuso el de San Lorenzo, al ver el resultado de su impremeditada y mal concebida empresa, todo era celebrar consejos de guerra y consultar á la córte, hasta que al fin se decidió á repasar el Guadiana y volverse á animar al gobernador de Olivenza, que falto de municiones se hallaba en peligro de tener que rendirse. Noticiosa la reina de la situacion apurada de la plaza, á fin de distraer á los españoles envió á Alfonso Hurtado con cuatro regimientos y seis escuadrones á atacar á Valencia de Alcántara; mas como esta empresa tuviese el mismo resultado que la de Badajoz, se trató de socorrer á Olivenza á toda costa, precisamente cuando el gobernador, desprovisto ya de todo recurso, habia pedido capitulacion. Trasmitidas las condiciones á la reina, se negó á aprobarlas, y ordenó á Saldaña que no las firmase. En su vista convocó éste á todos los oficiales, magistrados y vecinos principales de la ciudad. Los militares estaban prontos á obedecer la órden de la



reina, mas los habitantes espusieron que no querian sufrir los horrores de un asalto. En su consecuencia se entregó la ciudad á los españoles (30 de mayo, 1657), saliendo la guarnicion con los honores de la guerra, y emigrando casi todos los habitantes á otros pueblos por no vivir sujetos á los españoles [1].

Gran consternacion causó en Lisboa la pérdida de Olivenza. Con justicia recompensó la reina la lealtad de los habitantes, pero no fué tan justa con el gobernador Saldaña y los oficiales, á quienes encerró en el castillo de Villaviciosa, haciendo trasladar despues al primero á Lisboa, y de allí á las Indias por toda su vida. Que si ellos no habian quizá defendido la plaza como pudieran, mas flojo habia andado en no socorrerla, y mas culpable era que todos el general conde de San Lorenzo, á quien sin embargo no quiso que se atribuyera aquella desgracia. El general español, reparadas las fortificaciones, se volvió á Badajoz, á meditar nuevas empresas.

En efecto, no tardó en ponerse en marcha y en embestir el castillo de Mourao (13 de junio, 1657), viejo castillo, pero bien guarnecido, y en que se hallaba un gobernador esperto y valeroso, cual era Juan Ferreira de Acuña. Tambien quiso acudir allá el de San Lorenzo, pero impidióle la caballería española el paso del Guadiana, y en tanto que él hacia un

(1) Pasarello: Bell. Lusitan. lib. VI.

rodeo, al segundo asalto que los castellanos dieron á la fortaleza, rindióla Acuña bajo condiciones honrosas para él. Con esto el duque de San German se volvió á Badajoz, donde distribuyó su tropa en cuarteles sin emprender otra espedicion en tanto que no mitigáran los calores del estío, fuertes y abrasadores en aquella parte de España. El de San Lorenzo intentaba recobrar á Mourao, y así se lo escribió y propuso á la reina, pero la llegada á Lisboa de don Juan Mendez de Vasconcellos, hábil y valeroso capitan, y á quien el pueblo miraba como el único capáz de reparar las pérdidas y descalabros que acababa de sufrir el reino, produjo cierta mudanza en el espíritu de la córte, y aun en el ánimo de la reina. Leida la carta del de San Lorenzo, hubo sobre ella y sobre su plan diferentes pareceres, ninguno favorable á aquel general ni á su idea, y algunos apuntaron que debia confiarse el mando de las tropas á Vasconcellos, proposicion que rehusó el ilustre portugués con noble hidalguía, diciendo que él solamente iria como voluntario á servir bajo las órdenes de San Lorenzo.

Mientras esto se discutia, la reina con gran talento y suma habilidad llamó al conde de San Lorenzo y á don Manuel de Melo, y les dijo que para reparar las pérdidas y tranquilizar la inquietud de sus súbditos habia resuelto que el rey se pusiera en persona al frente del ejército, dándole por tenientes á Vasconcellos y á Alburquerque. De esta manera y con una de-

licadeza á que San Lorenzo no podia decorosamente resistir, ni manifestarse de ella sentido, pasó en realidad el gobierno de las armas portuguesas á manos de Vasconcellos, como el pueblo deseaba. El nuevo gefe, despues de destinar á Sancho Manuel á proteger con cinco regimientos de infantería el país comprendido entre Moura y Estremoz, resolvió la recuperacion de Mourao, que los nuestros habian fortificado de nuevo. Al efecto salió de Elvas (fines de octubre, 1657), con mas de diez mil hombres, cuando nuestro ejército se hallaba menguado por haber sido destinada una parte de él á Cataluña, que era el mal de nuestra situacion, tener dos guerras abiertas dentro de la península. Así fué que al cuarto dia de embestida la plaza, se rindió por capitulacion (30 de octubre), pasando la guarnicion á Olivenza. Las lluvias de la estacion hicieron suspender á todos las hostilidades, y Vasconcellos se retiró á Lisboa á preparar el plan de la siguiente campaña (1).

Era la reina doña Luisa de Guzman, de génio ardiente y vivo, y para volver por la honra de la nacion y de las armas portuguesas que creia mancillada con la pérdida de Olivenza, mandó á Vasconcellos que tomára con todo vigor la ofensiva contra los castellanos. Ofrecióle Vasconcellos apoderarse de Badajoz, pensamiento que fué aprobado por todo el consejo de

(1) Laclede: Historia general de Portugal, tom. IX.

guerra, á escepcion del conde de Sabugal que opinaba no tener el reino fuerzas suficientes para tamaña empresa, y aconsejaba otra en su opinion mas realizable y mas útil, pero prevaleció el dictámen de Vasconcellos, y se preparó todo con gran secreto, mas no tanto que no sospechase el conde de San German el verdadero objeto de los preparativos. Surtió de víveres la plaza, y lo comunicó á la córte. Parecióle al ministro don Luis de Haro tan increible que le contestó como burlándose: «Estad tranquilo por esta parte, que no están los portugueses para pensar en poner sitio á Badajoz, y procurad serviros de espías mas fieles.» Verdad es que los mismos portugueses lo miraron como una temeridad, y así se lo espusieron á la reina los oficiales del ejército por conducto de don Luis de Meneses; pero amiga la reina de resoluciones atrevidas y difíciles, desestimó toda reflexion, y mandó llevar adelante el proyecto.

Partió pues de la plaza de Elvas el ejército, compuesto de diez y siete mil hombres, veinte cañones y dos morteros (12 de junio, 1658). El entusiasmo de los portugueses por su reina los hacia ir alegres, y muchos hidalgos y señores principales se agregaron voluntariamente á sus filas. El 13 de junio se acercó la caballería hasta dar vista á Badajoz; salió la de Castilla, formó en batalla, se observaron algun tiempo, y un incidente hizo que se empeñára un vivo combate, retirándose despues unos y otros. La guarnicion

de Badajoz constaba de cuatro mil infantes y mil caballos. Además del duque de San German, se encontraban allí don Pedro Tellez de Giron, duque de Osuna que mandaba la caballería; don Gaspar de la Cueva, hermano del duque de Alburquerque, general de la artillería; era maestre de campo general don Diego Caballero de Illescas, y gobernaba la plaza el marqués de Lanzarote, don Diego Paniagua y Zúñiga. Comenzaron los portugueses por atacar el fuerte de San Cristóbal, como en el año anterior, y á los pocos dias resolvieron dar el asalto, que el marqués de Lanzarote rechazó con brio, tanto, que acobardado Vasconcellos no quiso renovar el asalto del fuerte, y prefirió atacar la ciudad.

Supo Vasconcellos que en la córte se censuraba su conducta y se trataba de su reemplazo si no d ba un resultado pronto. Apresuróse entonces á proponer á la reina el ataque de la plaza por la parte de Castilla pasando el Guadiana; la reina le respondió que lo ejecutase sin dilacion, y en su virtud pasó el portugués el rio (15 de julio), plantó una batería en el monte de Viento, y repartió á los regimientos las escalas para el asalto del fuerte San Miguel, que despues de una vigorosa resistencia tuvo que capitular, bien que con mucha pérdida de los portugueses. Tomado el San Miguel, acercáronse estos al cuerpo principal de la plaza y levantaron una segunda línea de

circunvalacion. Los de la plaza hacian salidas desesperadas, en las cuales se batian portugueses y castellanos con la rabia que pudieran hacerlo los mas implacables enemigos.

Cuando se supo en Madrid el aprieto en que Badajoz se hallaba, levantóse un clamor general producido por la indignacion y la vergüenza, y todo el mundo pedia armas para ir contra Portugal y llevarlo todo á sangre y fuego. El rey y los consejos, no pudiendo concebir que los portugueses solos tuviesen tanta osadía, creian ver en ello la mano oculta de la Francia y de la Inglaterra. El monarca estaba abatido, los ministros inquietos y sin recursos. A propuesta de éstos se celebró un gran consejo para ver el medio de libertar á Badajoz, porque tomada esta plaza les quedaba á los portugueses abierto el camino hasta el centro de Castilla. El duque de Medina de las Torres propuso que fuera el rey en persona y llevára consigo toda la nobleza, que de seguro tomaria las armas con entusiasmo para salvar la patria. Pero opúsose á este pensamiento salvador el favorito don Luis de Haro, temeroso de que le aconteciera lo que al conde-duque de Olivares cuando la jornada del rey á Cataluña; que las circunstancias eran muy parecidas, porque á éste le aborrecia ya la reina doña Mariana de Austria, como aborrecia á aquel la reina doña Isabel de Borbon, y era peligroso para él que la reina quedara ahora, como quedó entonces, gobernando el



reino. Temia tambien poco menos, si no tanto, ir él á ponerse al frente del ejército, ya porque no entendia en materias de guerra ni servia para ello, ya principalmente porque recelaba que algun otro cortesano se prevaliera de su ausencia para suplantarle en la confianza y en el favor del rey. Pero en la alternativa en que se le puso de haber de ir uno de los dos, prefirió hacer de la necesidad virtud, y aparentando obrar por celo patriótico, representó á Felipe que no era justo ni prudente que su sagrada persona se expusiera á las fatigas y riesgos de la guerra, y que así estaba dispuesto á ponerse él mismo al frente del ejército, porque no habia sacrificio costoso para un súbdito cuando se trataba del servicio de su rey. Oyó Felipe con agrado las palabras del artificioso ministro, y le contestó tiernamente: «Anda, pues, y no temas, que yo cuidaré de tu fortuna, y puedes ir seguro de que nadie ocupará en mi corazon el lugar que ocupas tú [1].»

Juntó pues el de Haro apresuradamente hasta ocho mil hombres de infantería y cuatro mil caballos, pero gente casi toda allegadiza, sin disciplina ni instruccion, y con ella partió para Mérida, donde el duque de San German habia de concurrir con toda la caballería, como lo ejecutó, aunque perdiendo mucha gente de fatiga y de enfermedades por el excesivo

(1) Relacion de los sucesos de la corte en estos años: MS. de la Biblioteca de la Real Academia de la Historia.



calor de aquel país y aquella estacion. Los portugueses dieron dos ataques á la plaza, y en ambos salieron escarmentados. El ejército sitiador habia padecido ya y seguia padeciendo mucho: las enfermedades y los combates le tenian mermado en una tercera parte; los oficiales renegaban de tan largo sitio y murmuraban altamente de Vasconcellos; éste menospreciaba sus clamores, y fatigaba con contínuos é inútiles ejercicios las tropas para entretenerlas: el disgusto ocasionó discordias entre los generales, y por último el que acababa de ser nombrado por la reina para el mando de la artillería, Jacobo Magallanes, hizo presente á Vasconcellos con enérgicas razones los inconvenientes, las consecuencias y los males de prolongar un sitio que el cansancio de las tropas, el contagio de la peste y las defunciones de tantos buenos oficiales hacian fuera mirado por todos como una funesta temeridad. Reunió Vasconcellos el consejo de generales, y hallando en él un espíritu contrario á su pensamiento. «*La reina,* dijo, *me ha permitido poner este sitio para no levantarle, y yo no puedo hacerlo sin esponerme á perder la cabeza.—Pues esponedla por la salud de la patria,* le respondió don Luis de Meneses. —*La sacrificaré,* repuso Vasconcellos, *para que la fortuna se avergüence de la traicion que hace á mi valor.*» Y mandó levantar el campo, y repasó el ejército el Guadiana, y se retiró con mucho órden y tranquilidad á Elvas, desde donde se distribuyeron las

tropas, que apenas llegaban ya á once mil hombres, por las plazas vecinas [1].

Don Luis de Haro no supo aquella retirada hasta que ya estaba el ejército pertugués en seguridad. Entonces aceleró su marcha, y entró con mucha jactancia en Badajoz, donde no faltaron aduladores que le saludáran con el título de Libertador, y que le llamaran el restaurador de la monarquía española. Acaso él lo creyó, y se atribuyó un triunfo que fué obra de la buena defensa de la plaza, y de los padecimientos de los sitiadores.

Alentado con esto el ministro de Felipe IV. se atrevió á penetrar á su vez en Portugal y á poner sitio á la plaza de Elvas, contra el dictámen del duque de San German. Pasó pues el de Haro la frontera con catorce mil infantes y cinco mil caballos, y se apoderó de algunos castillos de las inmediaciones de la ciudad. Cuando Vasconcellos preparaba los medios de defensa, fué sorprendido con una órden de la córte de Lisboa relevándole del mando del ejército por haber levantado el sitio de Badajoz sin consentimiento de la reina. Esta vez doña Luisa de Guzman se dejó arrebatar de su viveza, é hizo injustamente víctima de su disgusto á Vasconcellos, haciéndole prender y formar causa por una determinacion á que precisamente él solo se habia opuesto. En su lugar fué nombrado An-

(1) Laclede: Historia general de Portugal, tom. IX.



drés de Alburquerque, hombre tambien de probado valor y conocimientos en el arte de la guerra. Alburquerque salió de la plaza, llevando de ella todos los enfermos, heridos y gente inútil, y dejando por gobernador á Sancho Manuel, pasó por entre mil peligros á Estremoz para ver de organizar el ejército que hubiera de socorrerla. Pero competencias suscitadas entre el general y las autoridades de la provincia obligaron á la reina á conferir el mando superior al conde de Castañeda, el cual encomendó á Alburquerque la ejecucion del proyecto de atacar las líneas de los españoles. Pero Alburquerque, no pudiendo reunir sino escasos tres mil hombres en miserable estado, lo espuso así á su gobierno, cuyo primer pensamiento fué que la reina misma marchase al teatro de la guerra para alentar á los portugueses. Desistióse luego de ello por altas consideraciones, y en su lugar se dieron órdenes para que todas las tropas de las demas provincias pasasen á Estremoz.

De este modo pudo el de Castañeda ir reuniendo con trabajo hasta diez mil quinientos hombres, con los cuales se puso en movimiento desde Estremoz (11 de enero, 1659). Entretanto el ejército castellano se habia atrincherado á su gusto delante de Elvas. El gobernador de la plaza Sancho Manuel, y toda la guarnicion, compuesta solo de unos mil hombres, se defendian maravillosamente, y habian prometido y pensado sepultarse bajo sus ruinas antes que rendirse á los castellanos.

No esperaban estos verse atacados por los portugueses, y cuando los vieron venir se discutió sobre si se habria de salir de las líneas á darles la batalla, ó convendria mas esperarlos en el campo atrincherado. Este último partido fué el que se adoptó. Al amanecer del 14 de enero formaron los portugueses en batalla, y el conde de Castañeda les arengó diciendo: «Soldados, yo he tomado el mando que me ha confiado «nuestra reina, para sacrificarme por la patria en una «edad en que deberia ya descansar. Sirvámosla pues, «y salvemos á Elvas del furor de los castellanos, ó perezcamos hoy combatiendo generosamente. Me prometo la victoria, porque os veo á todos ansiosos de «venir á las manos con ellos. Ya sé que el número no «os acobarda, porque muchas veces los habeis vencido siendo mas que vosotros. Su general no tiene «conocimiento del arte de la guerra. Criado en la córte y acostumbrado á una vida deliciosa, apenas llegue á sus oidos el estruendo de nuestras armas, huirá «vergonzosamente y hará perder el ánimo á sus soldados. Los habitantes de Elvas os colmarán de alabanzas, todo el reino os aplaudirá, y el mundo verá «que los portugueses son invencibles cuando pelean «por la gloria y por la salud de la patria.»

Y se cumplió lo que parecia arrogancia portuguesa. Luego que se vió venir el ejército lusitano formado en batalla, nuestros generales montaron á caballo y los regimientos se distribuyeron en sus puestos,

pero no sin confusion y espanto, y don Luis de Haro mas aturdido que nadie, se retiró al fuerte de Gracia, desde el cual podia ver el combate sin riesgo de su persona. El duque de San German, el de Osuna, el maestre de campo Moxica y otros dignos generales cumplieron bien su deber y se batieron con arrojo. Pero estaba todo tan mal dispuesto, que ocupando el grueso de la infantería el costado izquierdo, en el derecho que fué el que acometieron los portugueses apenas hallaron estos resistencia, y cogiendo luego á los castellanos entre dos fuegos, diezmaron y desordenaron nuestras filas. El ministro don Luis de Haro, el general criado en las delicias de la córte, como habia dicho el conde de Castañeda, al ver aquella confusion montó á caballo, y huyendo ignominiosamente no paró hasta Badajoz, abandonando hasta los papeles del ministerio. El duque de San German fué herido de un mosquetazo en la cabeza defendiendo su puesto del cual hubo que retirarle. En cambio el portugués Andrés de Alburquerque cayó muerto del caballo, y su cadáver fué llevado á Elvas. El duque de Osuna y Moxica sostuvieron por mas de siete horas la pelea. Al fin los portugueses vencieron en todos los puntos. El ejército castellano se retiró por la noche á Badajoz, dejando la artillería, tiendas y bagages. Al amanecer los persiguió con la caballería el gobernador Sancho Manuel, haciendo no pocos prisioneros. Entre estos y los muertos y heridos perdimos en esta

desgraciada batalla mas de cuatro mil hombres [1].

Mientras el conde de Castañeda hacia su entrada triunfante en Elvas, y asistia al solemne *Te-Deum* que en la iglesia mayor se cantaba en accion de gracias al Todopoderoso por la señalada victoria que habia concedido á los portugueses, don Luis de Haro escribia al rey desde Badajoz diciéndole simplemente que se habia visto en la precision de retirarse. Las cartas de los oficiales descubrieron á la córte toda la verdad de tan funesto contratiempo, y no faltaron cortesanos que intentáran con esta ocusion hacer perder al favorito la gracia del rey. Pero Felipe con admirable longanimidad ordenó al de Haro que viniese á la córte, le recibió con benevolencia, le consoló de la desgracia, y continuó dispensándole como antes su favor y su afecto.

Con alguna mas fortuna se habia hecho la guerra de Portugal por la frontera de Galicia. Allí el marqués de Viana que mandaba un pequeño ejército, que apenas llegaria á cinco mil hombres, habia pasado el Miño entrando en territorio portugués, y levantó fuertes y estableció cuarteles en la provincia de Entre-Duero y Miño. Por dos veces le acometió el conde de Castel Melhor con fuerzas no superiores á las de Viana, y en la última refriega llevaron lo peor los portugueses (setiembre, 1658), teniendo que retirarse á

(1) Laclede: Hist. gen. de Portugal. — Faria y Sousa: Epit. de Hist. portug.—Soto y Aguilar: Epitome de los sucesos, etc.

las montañas de Coura y fortificar sus avenidas. El fuerte de Lampella vino á poder del general español, que animado con estos sucesos puso sitio á la plaza de Mourao, sobre el Miño. El gobernador vizconde de Villanova la defendió tan bravamente, que costó á los españoles combatir muchos dias para poder rendirla.

A la rendicion de Mourao siguió la de Salvatierra. Esta plaza y el fuerte de Portella fueron las últimas conquistas que hizo por entonces el marqués de Viana. En Beyra y Tras-os-Montes se redujo la campaña por una y otra parte á incursiones recíprocas y á combates parciales; reñidos sí, pero sin accidentes de importancia ni resultados que puedan ni merezcan mencionarse en la historia. Las cosas se hallaban respecto á Portugal en 1659 en peor estado que diez y nueve años antes cuando se hizo la revolucion. Esto no impidió para que en Madrid se hiciera el alarde ridículo de restablecer el Consejo de Portugal, como si todavía estuviéramos dominando aquel reino.

CAPÍTULO XVI.

PAZ DE LOS PIRINEOS.

1659.—1660.

Deseo general de la paz.—Tentativas que antes se habian hecho para ajustarla.—Causas por que se frustraron.—Renuévanse las negociaciones.—Dificultades sobre el matrimonio de Luis XIV. con la infanta de España.—Astucia de Mazarino para escitar los celos de Felipe IV.—Fíjanse los preliminares de la paz.—Conferencias en el Bidasoa.—La isla de los Faisanes.—Capítulos de la Paz de los Pirineos.—Condiciones humillantes para España.—Matrimonio del rey Luis XIV. de Francia con la infanta María Teresa de Austria, hija de Felipe IV.—Muerte del cardenal Mazarino.—Revolucion en Inglaterra.—Restablecimiento de la monarquía.—Cárlos II.—Relaciones entre el rey Catolico y el nuevo monarca británico.—Su influencia en los acontecimientos sucesivos de España.

Motivos sobraban á Francia y á España, para estar fatigadas de guerra y desear ardientemente la paz. Hombres y tesoros, sangre y dinero, todo se habia consumido, todo se habia ido agotando; los pueblos estaban sin aliento y sin vida; seco el corazon de ambas naciones, no les quedaba sino el movimiento convulsivo de un cuerpo galvanizado. Años hacía que se habian tentado algunos tratos de paz (1648), pero condiciones exageradas por parte de la Francia la habian

hecho inaceptable del gobierno español. Renováronse ocho años mas adelante las negociaciones (1656), y otra vez las impidieron llegar á buen término condiciones inadmisibles que la Francia exigia. Si antes tuvo la pretension de que se le cediera Flandes, el Rosellon y el Franco-Condado, ahora aspiraba entre otras cosas á que se diera en matrimonio al jóven rey Luis XIV. la infanta doña María Teresa de España, heredera entonces de la corona de Castilla. Si lo primero era irritante y no podia sufrirlo el honor nacional, lo segundo habria traido con el tiempo la union de las dos coronas de España y Francia en la cabeza de un príncipe francés, cosa que ni España podia consentir, ni la Europa hubiera podido tolerar. Tenia ademas Felipe IV. el pensamiento de casar su hija con el archiduque Leopoldo de Austria, despues emperador, y tal vez pasó por su cabeza la idea de reconstituir la herencia colosal de Cárlos V. haciendo un estado de España y del Imperio, que de nuevo estrechó con lazos de familia su segundo matrimonio con doña Mariana de Austria. De todos modos no podia Felipe avenirse á tales condiciones, y quedaron sin efecto aquellos tratos, y la guerra se prolongó.

Pero habiendo tenido luego el rey Católico un hijo varon, el príncipe don Felipe Próspero (28 de noviembre, 1657), fruto de su segundo enlace, desaparecia el inconveniente de unirse las coronas de los dos reinos en una misma persona, y en 1658 volvie-



ron á anudarse las negociaciones de paz. España tenía gravísimas razones para desearla. Destituida del auxilio del Imperio por el tratado de amistad celebrado entre Francia y Alemania, aliadas ademas la Francia y la Inglaterra y unidas para la destruccion de España, con dos guerras abiertas de muchos años en los dos confines de la península, Cataluña y Portugal, con tantos descalabros como babia sufrido, no le era posible sostener sola los estados de Italia y de Flandes. La Francia, aunque mas pujante entonces, veía su tesoro agotaJo; Holanda y los príncipes alemanes miraban ya su engrandecimiento con recelo, como habian mirado en otro tiempo el de España, y la muerte del protector Cromwell variaba su posicion para con la Inglaterra. Estaba pues en su interés aprovechar su ventajosa situacion para sacar mejor partido de la paz, antes que aquella le fuese desfavorable. ¡Ojalá, dice con razon un historiador, hubiera obrado antes con la misma prevision la España!

El astuto Mazarino para dar celos á Felipe IV. y avivarle respecto al matrimonio de su hija, útil todavía á la Francia, bien que no tanto como antes, fingió fomentar el proyecto de matrimonio de Luis XIV. con la princesa Margarita de Saboya, cosa que deseaba ardientemente la duquesa su madre, á cuyo fin partió el jóven monarca francés á Lyon, con órden á la duquesa de que se presentase con las princesas sus hijas en aquella ciudad. Inmediatamente despachó

el rey de España á don Antonio Pimentel con instrucciones para negociar el matrimonio de la infanta, ofreciéndole tales condiciones que se prometia fueran aceptadas. Conoció la de Saboya que se la estaba haciendo instrumento de otros planes, y se volvió á Turin indignada contra el cardenal y sus artificios. El Pimentel acompañó á Luis XIV. en su regreso á París, donde tuvo algunas conferencias con Mazarino y el marqués de Lionne, que habia estado antes en Madrid para tratar del mismo objeto, en que se fijaron ciertos preliminares para la paz, conviniendo en una tregua (8 de mayo, 1659), hasta que los ministros de Francia y España arreglaran los capítulos y dieran al tratado la última mano, lo cual se habia de verificar en la frontera de ambos reinos. Acababa de llegar de Extremadura á Madrid el favorito don Luis de Haro, ya marqués del Carpio por herencia de su padre, y conde-duque de Olivares por la de su tio, resaltando así mas la especie de vinculacion de aquella familia en la privanza de Felipe IV. Y aunque el de Haro volvia con tan poca honra por su miserable y fatal conducta en el sitio de Elvas, no dejó por eso de nombrarle el rey su plenipotenciario para las conferencias de la paz. Error grave de Felipe, sobre otros á que la privanza de este ministro le habia conducido; que no era el de Haro para medir sus talentos en negocio tan grave con la capacidad y la astucia de Mazarino.

Señalóse para celebrar las pláticas la isla llamada de los Faisanes, pequeña isleta que forman dos ramales del Bidasoa en la raya de los dos reinos á un cuarto de legua de Irún, y que se suponia pertenecer á las dos coronas. Construyóse allí una tienda, de tal modo que la mitad correspondiese á España, la mitad á Francia, y á la cual entraba cada ministro por su puerta. Acudieron pues al lugar señalado los dos ministros [1]. Tuviéronse veinte y cuatro conferencias en cerca de tres meses (de 23 de agosto á 17 de noviembre, 1659). De ellas salieron los célebres artículos, que fueron no menos que 124, de la paz llamada *de los Pirinéos*, tan famosa en la historia de España.

Escusado es decir, porque esto acontece siempre en tales negocios, que antes de convenirse ocurrieron graves dificultades entre los negociadores. Una de las que mas les dieron que hacer fué la relativa á la suer-

(1) El cardenal salió de Paris el 24 de junio (1659), y se presentó con gran cortejo y boato. Acompañábante el español Pimentel, el duque de Crequy, los mariscales de Villeroy, de Cherembaut y de la Meilleraye, comendador de Souvré, el marques de Lionne, ministro de Estado, y muchos otros personages. Llevaba un magnífico tren, porque además de ciento cincuenta personas de librea y otras tantas de servicio, y de su guardia compuesta de cien caballos y trescientos infantes, iban veinte y cuatro mulos con ricos jaeces bordados de seda, ocho carruages de á seis caballos para su equipage, siete carrozas para su persona, y multitud de caballos de mano.

Tambien don Luis de Haro se presentó con grande y lucido acompañamiento de grandes de España, caballeros del Toison, y otros señores de calidad, guardia de á pié y de á caballo, carrozas y literas con caballos y mulas ricamente enjaezadas.—Historia de la Paz de 1659: Colonia, 1665: un vol. en 8.°

En la misma obra se describen los cumplimientos, cortesias, ceremonias y formalidades que se observaron entre los representantes de ambos reinos antes de comenzarse las conferencias.

te que habia de fijarse al príncipe de Condé, aquel príncipe francés á quien Mazarino profesaba un odio particular por haber abandonado su partido y el de su monarca, y puéstose al servicio del español, y á quien por lo mismo Felipe se empeñaba en proteger como en remuneracion de los grandes servicios que en Flandes le habia hecho. Dejando indecisa esta cuestion y aplazándola para mas adelante, se pasó á la del matrimonio del rey de Francia con la infanta de España, y conviniendo en ello, fué enviado á Madrid el duque de Grammont á pedir solemnemente al rey don Felipe la mano de su hija para el monarca frances (1).

Quedó pues estipulado que el rey Luis XIV. casaría con la infanta doña María Teresa, hija primogénita del rey de España Felipe IV., habiendo ésta de renunciar á la sucesion de la monarquía española, mediante la promesa de darle en dote quinientos mil escudos. Veremos adelante los grandes sucesos á que dieron lugar las interpretaciones de esta condicion.

(1) Es curioso lo que pasó en Madrid en la venida del de Grammont. Su entrada en la córte fué de una manera singular. Venia como un correo de gabinete, precedido de un maestro de postas, ocho postillones y cuarenta caballos, que el rey le envió á Alcobendas, á los cuales seguian sesenta gentiles-hombres, en caballos españoles soberbiamente enjaezados. Desde la puerta de Fuencarral hasta palacio fueron todos como corriendo la posta, pero en el mejor órden. Semejante espectáculo llamó la atencion de las gentes, que presurosas se asomaban á las puertas y balcones para presenciarlo. El rey sin embargo le recibió de toda etiqueta en el salon de Embajadores, sentado en el trono y rodeado de los grandes y de la alta servidumbre. Hízose la peticion en la forma y con la ceremonia acostumbrada, y el embajador se volvió en el mismo órden que habia venido, muy satisfecho de la respuesta y de los obsequios con que le agasajaron los grandes y toda la córte.

Continuaban las conferencias sobre los diferentes puntos que habia de abrazar el tratado, y hasta la décima tercia que se celebró el 19 de setiembre no se decidió el ruidoso asunto del príncipe de Condé, en que despues de tantas contestaciones, proposiciones y respuestas, ofertas y repulsas, mañosidades y artificios, convino el cardenal en reponer á Condé en su gobierno de Borgoña, y al duque de Enghien su hijo en el cargo de Gran Maestre de la casa del rey, cediendo España las plazas de Avesnes, Philippeville y Mariemburg en Flandes, y otras que acomodaban á la Francia.

No haremos nosotros una relacion circunstanciada de lo que se trató y pasó en cada una de las conferencias (1), y vengamos ya á los artículos principales que se ajustaron en este célebre tratado, que de los principales podemos hacer mencion solamente.

España cedió á Francia los condados de Rosellon y Conflans, fijándose la cima de los Pirineos por límite divisorio de las dos naciones.—Cediósele igualmente todo el Artois, á escepcion de Saint-Omer y Ayre con sus dependencias; en Flandes, las ciudades de Gravelines, Bourbourg, Saint Venant y los fuertes de la Esclusa: en el Henao, las de Landrecy y Quesnoy: en el

(1) Lo que en cada una de ellas se trató puede verlo el curioso en la obra antes citada de la Historia especial de esta paz, y en las historias del reinado de Luis XIV., que nos han trasmitido todos estos pormenores, y es la mayor prueba de la importancia que se dió á este famoso tratado.

Luxemburgo, las de Thionville, Montmédy, Damvillers, Ivoy, Mariembourg, Philippeville y Avesnes; dejando ademas Rocroy, Chatelet y Limchamp, conquistadas por los franceses en la última guerra, y Dunkerque, que tenian cedida ya á los ingleses.—En cambio Francia nos devolvia el Charolais y las plazas de Borgoña: en Flandes nos quedaban Oudenarde, Dixmude, y las demas no comprendidas en la cesion: en Italia Mortara y Valencia del Pó: quedaba para nosotros Cataluña. —Al príncipe de Condé, por mas esfuerzos que hizo en su favor el de Haro, como ya hemos dicho, no permitió Mazarino, su enemigo mortal, sacar otro partido que la cesion que le hizo España de algunas plazas en los Paises Bajos.—Al de Lorena se le restituyó la libertad, pero se le obligó á demoler sus fortalezas y á ceder una buena parte de sus estados á la Francia.—Mas afortunados los príncipes aliados de esta nacion, se restituyó Vercelli al duque de Borgoña: Julliers al de Neubourg: al príncipe de Mónaco se le devolvian sus bienes confiscados y se libraba su estado de la guarnicion española: el duque de Módena obtuvo tambien que se quitase el presidio español que teníamos en Correggio (1).

Dos príncipes quedaron escluidos de este tratado. El uno fué el hijo del destronado Cárlos I. de Inglaterra, que á pesar de haber ido á Fuenterrabía cuando

(1) Coleccion de tratados de Paz.—Corps. Diplomátique.



se celebraban las pláticas, no pudo conseguir interesar á ninguna de las potencias ni ser comprendido en el convenio. Mazarino no quiso verle, y don Luis de Haro le entretuvo con buenas palabras (1). El otro fué el rey de Portugal. Como condicion precisa del tratado exigieron Felipe IV. y su ministro al plenipotenciario francés que la Francia no hubiera de dar auxilios á Portugal; en este punto estuvieron inflexibles, y lo único que Mazarino alcanzó, fué que se diera una amnistía á los que hubieran tomado parte en aquella guerra y volvieran á la obediencia del rey de Castilla, al modo de lo que se habia hecho en Cataluña. Quedó, pues, el Portugal abandonado á sí mismo en el protocolo de los Pirineos. No lo quedó tanto cuando llegó la ocasion de cumplirse (2).

(1) Este príncipe que se hallaba refugiado en Flandes, y á quien los ingleses sus partidarios habian tratado ya de colocar en el trono de su padre despues de la muerte de Cromwell, creia que uno de los primeros asuntos que se tratarian en las conferencias del Bidasoa seria el de Inglaterra, por el interés natural que tienen todos los monarcas en que la rebelion no triunfe de los tronos. Por eso fué allí, dispuesto á ofrecer cuanto pudiera á las dos coronas á trueque de que protegieran su causa en el tratado. Don Luis de Haro le recibió como á tal rey de Inglaterra, y aun le trató con la misma consideracion y respeto que si fuera su propio soberano. Pero no pudo obtener audiencia de Mazarino, que se negó á ello con diferentes pretestos. Para interesar al ministro español y que fuera su mediador con el cardenal, se ofreció á quedar mandando en Flandes las tropas que dejaría el de Condé al servicio de España: mas ni así pudo conseguirlo, y el futuro rey de Inglaterra se volvio á Flandes, irritado con los desaires del ministro de Francia, y poco satisfecho de los estériles cumplimientos del español.

(2) Debemos decir algo del famoso duque Cárlos de Lorena. Este inconstante príncipe, alternativamente aliado y enemigo de españoles y franceses durante tantos años, habia sido sacado de su prision de Toledo, y puesto en libertad durante las conferencias. Tan pronto como se vió libre, se fué inmediatamente á Irún, y en su primera entrevista con don Luis de Haro le manifestó con toda franqueza que él no habia dado poderes ni procuracion á nadie

Tal fué la famosa paz de los Pirineos, que puso término á la sangrienta y asoladora guerra de veinte y cinco años entre España y Francia. Paz deseada por todos, paz de que tenia España una necesidad ya imprescindible, pero de la cual, si recogió algun reposo, recogió tambien grande humillacion y afrenta. Ella y todos sus aliados salieron tan desfavorecidos como aventajados quedaron Francia y los suyos. Cedimos las ciudades de mas importancia, y nos dejaron, ó las que menos valian, ó las que menos podíamos y menos nos interesaba conservar. No habia equivalencia á la pérdida del Rosellon y su agregacion para siempre á la Francia. Verdad es que no estábamos en situacion de dar la ley, porque habíamos llegado á

para que arregláran sus negocios, y que mientras ciñera una espada y pudiera manejarla trataria de recobrar sus Estados, ó por lo menos de mantener su honra. Al dia siguiente dijo cosas tan picantes y tan duras al de Haro, que el ministro estuvo ya á punto de arrestarle. Viendo el lorenés que no sacaba partido de ninguno de los dos plenipotenciarios, protestó contra el tratado de palabra y por escrito en lo que á él le pertenecia, y mas quejoso y resentido del gobierno español que del francés, determinó echarse en brazos de los de esta nacion, como ya otras veces lo habia hecho, y se fué á San Juan de Luz, donde le siguió el cardenal, y le hospedó y agasajó con todo género de atenciones. Desde allí partió para Paris y Aviñon, donde se hallaba el rey: tuvo sus pláticas con el marqués de Lionne, é hizo grandes ofrecimientos como aliado de la Francia: y aunque nada se concluyó por entonces, es lo cierto que mas adelante consiguió que por medio de un tratado con Francia le fueran restituidos todos sus Estados (28 de febrero, 1661), si bien por otro tratado posterior (6 de febrero, 1662) cedia aquellos mismos Estados despues de su muerte á S. M. Cristianisima. En esto paró aquel aventurero príncipe, tan célebre por su valor como por su inconstancia, por su carácter popular como por sus desarregladas costumbres, y que tanto influyó, como aliado y como enemigo, tan pronto de unos como de otros, en las guerras de Francia, de Alemania y de Flandes.—Hist. du Traité de la Paix.—Traité fait avec le duc Charles de Lorraine, feb. 1661; id. febrero, 1662.

debilitarnos demasiado. Error fué, no del momento, sino de la política de todo el reinado de Felipe IV., ó mejor diremos, de la política de los dos funestos condes de Olivares, no haber aprovechado las muchas ocasiones que hubo para obtener una paz honrosa y útil, y no que aguardaron á que nuestra impotencia nos forzára á no poder resistir á las condiciones del que se habia hecho mas fuerte. Pero aun así hay fundamentos para creer que otro negociador mas hábil que el marqués del Carpio habria podido sacar por lo menos otra reparticion menos absurda, y que la ineptitud de aquel ministro, contrastando con la sagacidad de Mazarino, contribuyó no poco á dejarse envolver en las redes que éste le iba mañosamente tendiendo. Y sin embargo, á don Luis de Haro, como si hubiera hecho el servicio mas considerable á la nacion, se le dió el título de príncipe de la Paz [1].

Hecha y ratificada ésta, y cumplidos los capítulos relativos á la distribucion, se pensó en efectuar el matrimonio de los príncipes. Felipe IV. partió de Madrid acompañando á su hija hasta la frontera (15 de abril, 1660). Don Luis de Haro, marqués del Carpio, representaba la persona de Luis XIV. para los desposorios, los cuales se verificaron en San Sebastian (ma-

(1) Los historiadores franceses hablan de don Luis de Haro como de un caballero franco, leal y cumplido, y ensalzan su talento y sus prendas de hombre político. El mismo Luis XIV. habla de él con elogio, y manifestó en mas de una ocasion que tenia confianza en que el ministro español no le habia de engañar. Y en efecto, el de Haro se condujo en toda la negociacion con otra sinceridad y con otra ge-

yo, 1660). Hízose la entrega de la princesa á su marido en la raya de Francia, donde tambien concurrió la reina Ana de Austria su madre, hermana de Felipe IV. Viéronse, pues, allí los dos hermanos despues de tantos años de separacion, y de tantos y tan desagradables sucesos como habian mediado, y en que ellos habian tenido, no la parte de hermanos, sino de dos irreconciliables enemigos. ¡Tanto suele prevalecer en los reyes el interés y la razon de estado sobre los afectos de la sangre y los lazos de familia! Separáronse luego las dos córtes en el Bidasoa (7 de junio), dejando consumado un matrimonio, que se concertó como prenda de paz, y que habia de ser fuente inagotable de gravísimos acontecimientos para España, y el suceso que mas habia de influir en el porvenir de esta nacion (1).

El principal negociador del tratado, el cardenal de Mazarino, murió al poco tiempo (9 de marzo 1661) y antes de realizarse el matrimonio, á los cincuenta y nueve años de su edad. Ministro astuto y disimulado, fecundo en recursos, flexible hasta donde calculaba convenirle, inalterable en la adversidad, ambicioso y despótico, fué un digno sucesor de Richelieu. Dícese

nerosidad que Mazarino. Estas virtudes del hombre pudieron ser muy provechosas á los franceses, y acaso por esto las encarecian tanto, pero á España le hubiera sido muy conveniente alguna mas astucia y doblez en el negociador, siquiera no hubiera sido tan elogiada la ingenuidad del caballero.—Véase la Historia del Tratado de 1659, y la del Reinado de Luis XIV., por Limiers.

(1) Viage á Irún á la entrega de la infanta doña María Teresa de Austria: Biblioteca Nacional, sala de Manuscritos.

que á su muerte dejó hasta ochocientos millones, fortuna fabulosa; bien que acosado, dicen, de remordimientos al fin de su vida, hizo donacion de aquel pingüe caudal al rey, y como éste no le aceptase, vino á parar á su sobrina la célebre Hortensia Mancini. En cuanto á España, acabó Mazarino la obra de destruccion que habia comenzado Richelieu, y uno y otro nos fueron igualmente funestos. Fué desgracia nuestra que su muerte no se hubiera anticipado algunos meses [1].

A poco tiempo de hecha la paz de los Pirineos ocurrió la revolucion de Inglaterra, que restableció la monarquía, y colocó en el trono al hijo del desventurado Cárlos I., aquel príncipe Cárlos á quien los negociadores del tratado de Behobia no quisieron comprender en el convenio y miraron con un desden impropio de dos naciones generosas, y de que acaso ambas se arrepintieron pronto. Muerto Cromwell, des-

(1) Es curioso el siguiente paralelo que un historiador francés hace entre los dos cardenales ministros de Francia.

Asi es, dice, como estos dos ministros han gobernado la monarquia con máximas de todo punto diferentes: el uno por la severidad y el terror, el otro por la dulzura y la tolerancia: el uno dando á todos los hombres de mérito, el otro no dando sino á los que temia. Richelieu, como francés, tuvo mas valor; Mazarino, como italiano y criado en la córte de Roma, tuvo mas flema: Richelieu tenia mas elevacion, Mazarino mas constancia: Richelieu era mejor amigo y mas peligroso enemigo; Mazarino amigo frio é ingrato, pero enemigo fácil de reconquistar. En fin Richelieu murió en la guerra, útil al designio que tenia de arruinar la casa de Austria, y Mazarino en la paz, su última y su mas gloriosa obra, mas feliz en esto que su predecesor, que habiendo sido aun mas aborrecido que él durante su ministerio, á causa de los impuestos, fué incomparablemente mas sentido despues de su muerte. De las virtudes de estos dos cardenales se podria hacer un perfecto ministro, quitando á Richelieu su inflexible severidad, y á Mazarino su avaricia.

contenta la Inglaterra de los republicanos, y vencidos estos por el célebre escocés Jorge Monk, llevado secretamente desde Bruselas el príncipe Cárlos, proclamado rey y restablecido en el trono de sus mayores, la Inglaterra asombró al mundo con una revolucion la mas pronta y la menos sangrienta que se habia conocido (1660). Cárlos II., hombre de carácter bondadoso y dulce, y amaestrado con las lecciones del infortunio, habia aprendido á conocer los artificios de las córtes. La de España, que en su desgracia solo le habia amparado á medias y como con vergüenza y timidez, le despachó luego una embajada manifestando el gozo con que el rey católico habia visto su exaltacion al trono, y Felipe IV. mandó restituirle los bageles ingleses apresados en los mares de la India, é hizo con él un tratado reconociéndole la posesion de Dunkerque y de la Jamáica. Pero bien debió sentir no haber hecho mas esfuerzos en su favor cuando era príncipe desvalido, porque así habria evitado que Portugal encontrára en Inglaterra el calor y los auxilios que veremos halló para sostener la guerra contra España [1].

(1) Diario de Lóndres.—Papeles y memorias de Clarendon.—Memorias de Lansdowne. Thurloe, Hist. tom. VII.—Jhon Lingard. Hist. de Inglat. tom. III. c. 19.

CAPÍTULO XVII.

PÉRDIDA DE PORTUGAL.

MUERTE DE FELIPE IV.

De 1660 á 1665.

Esclusion de Portugal en el tratado de los Pirineos.—Renuévase la guerra con Castilla.—Auxilios que recibe el portugués de Inglaterra y de Francia.—Don Juan de Austria, general del ejército de Extremadura.—Murmúrase en la córte de la inaccion de don Juan.—Muerte del favorito don Luis de Haro.—Campaña de Portugal, favorable al ejército de Castilla.—Conquistas en aquel reino.—Toma las riendas del gobierno el rey Alfonso VI.—Carácter y costumbres de este rey.—Pérdidas de los portugueses.—Terror y alboroto en Lisboa.—El conde de Peñaflor.—Derrota á don Juan de Austria cerca de Ebora.—Sitian y toman los portugueses á Valencia de Alcántara.—El duque de Osuna es derrotado en la provincia de Beyra.—Separacion de don Juan de Austria y del duque de Osuna.—Quejas no infundadas de estos generales.—Política insensata de la córte de Madrid.—Auxilios que se dan á Alemania.—La reina doña Mariana y su confesor el padre Nithard.—Hácese venir de Flandes al marqués de Caracena.—Dásele el mando del ejército de Portugal.—Presuncion desmedida del de Caracena.—Sitia á Villaviciosa.—Célebre batalla y funesta derrota del ejército castellano.—Dolor y afliccion del rey.—Indignacion en Madrid.—Dáse por perdido Portugal.—Melancolía del rey Felipe IV.—Fáltanle las fuerzas del cuerpo y del espíritu.—Testamento del rey.—Nombramiento de regencia.—Fallecimiento de Felipe IV.

Abandonado el Portugal por la Francia en el tratado de los Pirineos, ocupado el trono de aquel reino



por un príncipe niño, tan débil de cuerpo como flaco de espíritu, indócil y mal inclinado, bien que las riendas del gobierno estuvieran en las hábiles manos de la reina madre, la valerosa, prudente y resuelta doña Luisa de Guzman; desembarazada Castilla de las guerras que la consumian y aniquilaban, y en paz ya con las demas potencias, calculaba todo el mundo, y así era de presumir, que las fuerzas de la corona castellana caerian todas sobre el vecino reino que se habia proclamado independiente, y considerábase fácil y pronta su reconquista.

La misma Guzman, con ser muger de ánimo tan firme y levantado, tuvo momentos de sentir desfallecer su espíritu; pero despertando de nuevo su altivez, y recobrando su antigua firmeza, se resolvió á fiar á la suerte de las armas la independencia ó la esclavitud del reino lusitano. Confiaba, es verdad, en que no la abandonarian la Francia y la Inglaterra, á pesar de la exclusion del tratado, y no se engañó en sus esperanzas la regente. Entraba en los intereses y en la política de Luis XIV. no consentir que Portugal se reincorporára otra vez á España, y el embajador portugués en París, conde de Sousa, obtuvo fácilmente del monarca francés que le diera un socorro de hombres, no tan importante por su número como por su calidad, puesto que se contaba entre ellos al mariscal de Schomberg, tan famoso y esperimentado en la guerra, que habia de venir de maestre general del ejér-

cito, acompañado de ochenta oficiales de los mas veteranos y útiles para instruir á otros. En vano el embajador español reclamó ante la córte de Luis XIV. de semejante infraccion del tratado. No se dió oidos á sus protestas, y esta fué la primera muestra que ofreció la Francia de cómo cumplia el solemne p cto de los Pirineos.

No contento con esto el monarca francés, sugirió á la córte de Lisboa un proyecto de matrimonio entre la infanta doña Catalina, hermana de Alfonso VI. y el nuevo rey de Inglaterra Cárlos II., cuya union le comprometeria á sostener la casa de Braganza. Aceptada con gusto esta idea por la córte de Lisboa, su embajador en Lóndres don Francisco de Melo, marqués de Sande, ofreció con la mano de la princesa un dote de 500,000 libras esterlinas, la cesion de la plaza de Tanger en la costa de Africa y la de Bombay en las Indias Orientales, y el libre comercio de Inglaterra con Portugal y sus colonias (1660). Conocedor de este proyecto el embajador de España Vatteville, trató de deshacerle, ya representando la ninguna esperanza que habia de que doña Catalina pudiera tener sucesion, ya esponiendo al monarca inglés las ventajas de un enlace con una de las princesas de Parma, á la cual señalaria Felipe IV. el dote de infanta de Castilla. Vaciló el buen Cárlos II.; mas como enviase secretamente á Parma al conde de Bristol para que viese á las princesas, y á su regreso informára éste lo mas

desfavorablemente posible de la fealdad de la una y de la monstruosa obesidad de la otra, el rey no necesitó mas para desechar á ambas, y volver otra vez sus pensamientos á la propuesta de Portugal. Inútilmente insistió Vatteville en persuadirle á que no diera su mano á ninguna princesa católica, por los disturbios que pudiera producir esto en su reino, y proponíale la hija del rey de Dinamarca, ó la del elector de Sajonia, ó la del príncipe de Orange, corriendo de cuenta del rey de España su dote. Pero el inglés, que hallaba en la propuesta de Portugal ventajas mas ciertas é inmediatas, especialmente la del comercio y establecimientos mercantiles en el Mediterráneo y en la India, decidióse, con aprobacion de las dos cámaras, por el matrimonio con la infanta portuguesa, y se firmó el convenio (ma o, 1661) á pesar de los infructuosos esfuerzos y del enojo y disgusto del representante español [1].

Consecuencia de este enlace y de esta alianza fué el facultar al embajador port gués Melo para reclutar en Inglaterra hasta diez mil infantes y dos mil quinientos caballos, comprar armas y fletar una armada auxiliar inglesa, con la sola condicion de no poder emplear nunca hombres ni naves contra la Gran Bre-

(1) Memorias de Clarendon: tom. III. Supl.—Obras de Luis XIV. —Limiers: Reinado de Luis XIV. lib. IV.—Jhon Lingard: Hist. de Inglaterra, tom. IV., c. II.—Soto y Aguilar: Epitome, ad ann.—Laclede: Hist. gen. de Portugal.—Faria y Sousa: Epitome de Historias Portug. P. IV. c. V.

taña. Estas fuerzas se pusieron al principio al mando de un oficial inglés, mas luego pasaron á las órdenes del mariscal de Schomberg, siendo de este modo el general francés el que mandaba las tropas de tres reinos, de Francia, de Inglaterra y de Portugal. Hasta en Holanda se negociaba un tratado de amistad por medio del embajador conde de Miranda. Y entretanto los piratas con el nombre de Filibusteros (Flibustiers), que eran la gente mas perdida de todas las naciones, especialmente ingleses, franceses y holandeses. se establecian en nuestras Antillas, y hacian devastadoras incursiones en nuestras posesiones de América. Dióse á los ingleses la posesion de Tanger, como parte que constituia del dote de la infanta portuguesa con arreglo á las estipulaciones matrimoniales cosa que pareció de grave escándalo á la católica España, y aun al mismo reino lusitano, que no pudo ver sin asombro que una plaza en que solo se habia conocido el catolicismo se diera así á protestantes.

Ya antes de esto la córte de Castilla, terminada la paz de los Pirineos, habia hecho sus preparativos de guerra para la recuperacion de Portugal. Entre los generales que entonces habia pareció el mas á propósito, y como tal fué nombrado, don Juan de Austria; el cual pudo reunir un ejército de mas de nueve mil infantes y cerca de cinco mil caballos, bien que estrangeros en mucha parte, traidos de Flandes, de Italia y de Alemania, por una tan injusta como indiscreta pre-

ferencia que don Juan les daba sobre los soldados españoles, como si estos no hubieran levantado su reputacion de valerosos en aquellas tierras tan alta como los mejores soldados del mundo. Ni anduvo mas acertado en la eleccion de gefes, enganchando y escogiendo para ello á muchos de los que en la córte tenian fama de acuchilladores y espadachines, y á otros que en realidad eran mas fanfarrones que valientes; pero dado caso que tuvieran valor personal, ni unos ni otros servian para mand r un ejército regular y disciplinado, cual á la dignidad de una gran nacion corresponde. Habia ademas otros dos cuerpos de ejército, de cinco mil hombres poco mas ó menos cada uno, el uno en Castilla al mando del duque de Osuna, en Galicia el otro al del marqués de Viana, destinados á distraer las fuerzas de Portugal, en tanto que don Juan penetraba por Extremadura en aquel reino.

Detúvose tanto don Juan de Austria en Badajoz, que de lento y perezoso se le murmuraba en la córte; y llegó el caso de recibir órden, un tanto desabrida, de su padre, para que abriese cuanto antes la campaña. Con este aguijon púsose don Juan en marcha (13 de junio, 1661), y penetrando en el vecino reino se apoderó fácilmente de la plaza de Arronches (16 de junio), mal fortificada y defendida, por incuria de los portugueses, ó porque no conocian la importancia que su posicion le daba. Don Juan la fortificó mejor, y contento con dejar dentro de Portu-

gal aquel padrastro, quiso quitar á los portugueses otro que ellos tenian en Extremadura, á saber, la fortaleza de Alconchel, distante solo dos leguas de Olivenza. Encomendóse esta empresa á don Diego Caballero de Illescas, que la ejecutó en pocos dias (diciembre, 1661), y puesta guarnicion española en el castillo retiróse don Juan á Zafra y el ejército á cuarteles de invierno; que á esto y no mas se redujo por la parte de Extremadura la campaña de este año (1).

No se habian hecho mas progresos por la frontera de Galicia. El marqués de Viana intentó sorprender á Valenza do Miño, pero hallándola muy apercibida y provista le puso sitio en toda forma. Un descuido del de Viana en no apoderarse de un puesto importante hizo que nuestro ejército se encontrára como sitiado entre la plaza y el ejército portugués mandado por el conde de Prado, teniendo que apelar, despues de muchas pérdidas, á levantar una noche el campo con el mayor sigilo (19 de agosto, 1661), sin atreverse á emprender otra espedicion en lo restante del año. Por la parte de Castilla el duque de Osuna tomó el fuerte de Valdemula, aunque perdiendo mucha gente en un asalto que dió sin precaucion. Con mas facilidad rindió el de Albergaria, quedando dueño de toda la comarca; pero habiéndose reforzado por aquella parte

(1) Passarello. Bellum Lusitanum, lib. VII.—Laclede, Historia general de Portugal.—Mascareñas, Campaña de Portugal por la parte de Extremadura, ejecutada por don Juan de Austria, un tom. 4.°, Madrid, 1663.

las tropas portuguesas, se volvió á Ciudad Rodrigo á tomar cuarteles de invierno. Escasísimo pues fué el resultado de la campaña de 1661 en todas las fronteras, y nada correspondiente á lo que de los preparativos y del compromiso de honra de una nacion como la España se debia esperar.

Faltóle en este tiempo á Felipe IV. el hombre de su confianza, su descanso y su apoyo, el ministro favorito don Luis de Haro, marqués del Carpio, que acabó su vida á la edad de sesenta y tres años (17 de noviembre, 1661); uno de los poquísimos validos á quienes ha faltado antes la vida que el favor del monarca. La reina no sintió su muerte: el pueblo no se alegró de ella, porque el de Haro no era tirano, ni vengativo, ni soberbio, y el pueblo no le aborrecia. Sin faltarle algun talento, el gobierno y la guerra en manos del de Haro fueron una doble calamidad. Como en Francia el cardenal Mazarino continuó la obra de engrandecimiento comenzada por el cardenal de Richelieu, en España el del Carpio no hizo sino continuar por la pendiente de la decadencia en que puso la nacion su tio el de Olivares. Fué desgracia de nuestra monarquía y desgracia de hombres de la capacidad del de Olivares y el de Haro haber tenido á su frente dos hombres de la capacidad de Richelieu y de Mazarino.

Los cargos que tenia el marqués del Carpio se distribuyeron entre el cardenal de Sandoval, el duque de



Medina de las Torres y el conde de Castrillo. Resentido el hijo primogénito de don Luis de Haro, marqués de Liche, de que no se le hubiera conferido ninguno de los empleos de su padre, formó el infame proyecto de asesinar al rey por el medio mas bárbaro imaginable, que fué hacer una mina debajo del teatro del Buen Retiro y colocar en ella barriles de pólvora para darles fuego cuando el rey estuviera viendo la comedia. Por fortuna se descubrió con tiempo tan abominable designio, que fué otro de los sinsabores que tuvo en este tiempo el rey don Felipe. Los cómplices en tan atroz proyecto expiaron su crímen en el patíbulo, pero el atolondrado jóven que le habia inventado alcanzó un generoso é inmerecido perdon del rey en consideracion á los servicios de su padre. Es verdad q e despues se mostró verdaderamente arrepentido de tan infernal pensamiento, y lo probó sirviendo siempre de allí adelante con lealtad á su soberano.

Fué otra de las amarguras del rey don Felipe la temprana pérdida de su único hijo varon el príncipe don Felipe Próspero (6 de noviembre, 1661). Pero esta se templó pronto dándole la reina á los cinco dias nueva sucesion varonil con el nacimiento del príncipe Cárlos, destinado por la Providencia á heredar la corona de Castilla.

La campaña de Portugal se renovó al año siguiente de una manera bárbara y feroz, impropia de dos pueblos civilizados. El 7 de mayo (1662) se puso don

Juan de Austria en movimiento, pasó el Caya y llegó hasta los olivares de Campo-Mayor. Continuando luego su marcha, rindió á Villabuin y la entregó á las llamas. Interceptó un correo del general portugués conde de Marialva, que se hallaba en Estremoz, y le envió á decir por el mismo que se preparára á recibirle porque pensaba ir á verle (1). Llegaron en efecto á avistarse los dos ejércitos, todos parecia desear el combate, pusiéronse unos y otros en órden de batalla, cruzáronse algunos tiros de cañon, pero no pasó de esto: por consejo del esperimentado italiano Luis Poderico, viejo capitan y celoso servidor del rey católico, se abstuvo el de Austria de dar la batalla y retiró su campo, contentándose con destruir fru-

(1) Los gefes ó cabos principales que acompañaban á don Juan de Austria en esta empresa eran: don Francisco de Tuttavilla, duque de San German, capitan general y gobernador de las armas: Luis Poderico (italianos ambos), maestre de campo general; don Diego Caballero de Illescas, general de la caballería; don Gaspar de la Cueva Enriquez, hijo del duque de Alburquerque, general de la artillería; don Diego Correa, teniente general de la caballería; y Mr. de Langres, francés, general titular de la artillería.

Aunque el gobernador de las armas de Portugal era el marqués de Marialva don Antonio Luis de Meneses, favorito del jóven rey Alfonso VI., el verdadero encargado de dirigir las operaciones de la guerra era el mariscal francés conde de Schomberg.

Hé aquí el tren y aparato con que marchaba don Juan de Austria para el servicio del ejército español: quinientas mulas de tiro: cuatro medios cañones de á veinte y cinco libras: cuatro cuartos de cañon de á diez libras: ocho sacres de a seis libras: ocho petardos: tres trabucos: ocho mansfelts de á seis libras: ciento diez carros y galeras: cuatrocientas carretas de bueyes: quinientos bagages de arrieros: en ellos se cargaron cuatro mil granadas: seiscientas bombas: faginas embreadas, balería, cuerda, etc. El veedor general del ejército llevaba quinientas carretas de bueyes, con cebada para veinte dias, pan fresco y bizcocho para treinta, en cajones de á cuarenta arrobas. Seguian el tren de hospital con las medicinas y drogas necesarias para la curacion de los enfermos. — Mascareñas: Campaña de Portugal ejecutada por don Juan de Austria en 1662.

tos, casas, quintas y atalayas. Dirigióse á Borba, é intimó la rendicion al gobernador del castillo Rodrigo de Acuña Ferreira; negóse á ello el portugués, mas como despues se viera forzado á entregarse á discrecion, el de Austria le mandó ahorcar con otros dos capitanes y el juez letrado, entregó á saco la poblacion, y quemó todos los pueblos de la comarca: sistema de terror y de barbarie, que no podia conducir sino á hacer irreconciliable para siempre al pueblo portugués (1).

Pasó luego don Juan á poner sitio á Jurumeña, situada en una eminencia sobre el Guadiana; hizo sus trincheras, colocó sus baterías y apretó el cerco (mayo, 1662). Marialva y Schomberg acudieron desde Estremoz en socorro de la plaza con el grueso del ejército (junio), y don Juan llamó las guarniciones de Olivenza y Badajoz para reforzar el suyo. Muchos fueron los medios que discurrieron los generales portugueses para forzar las líneas, pero todos inútiles. Cansado Marialva de tentativas infructuosas, envió á decir al gobernador que cuando no pudiera más capitulára con las condiciones mas honrosas que le fuera

(1) Hablando el historiador de esta campaña de estos suplicios dice: «El Juez lo sentia como letrado, y que habiendo estudiado toda su vida para ahorcar á otros, le viniesen á servir sus letras para ser ahorcado.» Añade que despues los colgaron de un balcon de la casa del ayuntamiento con sendos rótulos á los pechos. «Este dia, dice despues, todos fueron horrores, porque además de estos castigos hubo grande quema de casas y quintas amenísimas, y fueron talados todos aquellos campos.» — Mascareñas: Campaña de Portugal.

posible [1], y él se retiró á Villaviciosa, donde hizo construir una ciudadela para su defensa. En efecto, el gobernador de Jurumeña Manuel Lobato Pinto tuvo que capitular, saliendo con los honores militares (9 de junio, 1662). En este sitio se vió todavía una muestra consoladora del valor de los antiguos tercios españoles. En un asalto general que se dió, los españoles habian sido batidos y obligados á recogerse apresuradamente á sus cuarteles, mientras un cuerpo de italianos llegó á las fortificaciones enemigas, y se mantuvo vigorosamente en ellas. Picó esto el pundonor de los capitanes y soldados de Castilla, sintiéronse como avergonzados de haber sido escedidos en valor por los de Italia, y pidieron á don Juan que les permitiera repetir el asalto, no ya á favor de las sombras de la noche, sino á la luz del sol, para correr mas riesgo y volver mejor por su honra. Accedió el de Austria, dióse el asalto, se perdieron muchos oficiales y soldados valerosos, pero Castilla recobró cumplidamente el honor de sus hijos, y don Juan de Austria debió reconocer que no habia sido justo en su preferencia á los soldados estrangeros [2].

(1) «*Esta noite passada* (le decia por medio de un soldado que entró en la plaza por el rio) *corri todas as linhas do enemigo para avanzar a noite que vem, e acho por impossivel poder socorrer á Vd. mrd.: assi que V. mrd. peleijando entregue á praza com o mayor credito que ser puder das armas portuguesas e á hanra de V. mrd.*»

(2) Mascareñas: Campaña de Portugal.—Passarello: Bellum Lusitanum, lib. VII.—Carta de don Juan de Austria al rey, del campo sobre Jurumeña, á 12 de junio de 1662.

Fué esta campaña favorable á las armas de Castilla. Ademas de Jurumeña vinieron á poder de don Juan, Veiros, Monforte, Alter de Cháo, Crato, cuyo gobernador se defendió briosamente y fué mandado ahorcar por el de Austria y otros muchos pueblos, despues de lo cual retiróse don Juan á descansar á Badajoz, muy alentado y con mayores ánimos para la campaña siguiente.

Poco se adelantó este año en las provincias de Beyra y Entre-Duero-y-Miño, porque el calor de las operaciones se concentró en la de Alentejo. Sin embargo, el duque de Osuna se apoderó de Escalona, y por la párte de Galicia el arzobispo de Santiago don Pedro Acuña, que sucedió en el mando al marqués de Viana, se hizo dueño de Portella y Castel-Lindoso.

Si disgustos habia tenido Felipe IV. de Castilla, no le faltaban á la reina regente de Portugal. Dábanselos grandes los amigos y favoritos de su hijo, todos hombres de desarregladas y licenciosas costumbres, como eran las inclinaciones del jóven rey, alimentadas por las condescendencías que con él habian tenido desde niño, y por su genio caprichoso, violento y dado á las familiaridades con la gente relajada y viciosa. Doña Luisa de Guzman, fatigada de los sinsabores y contrariedades que esta conducta le ocasionaba, determinó retirarse á una vida en que pudiera gozar de algun sosiego, bien que no abandonando entera-

mente los negocios, por temor de dejarlos comprometidos si los fiara enteramente á las imprudentes manos de su hijo [1].

Españoles y portugueses, todos se habian preparado bien para la siguiente campaña, y cuando don Juan de Austria se movió de Badajoz (6 de mayo, 1663), llevaba doce mil peones, seis mil quinientos caballos, diez y ocho cañones, tres morteros, y tres mil carros cargados de municiones y de víveres. El rey de Portugal habia nombrado general de las tropas de Alentejo á don Sancho Manuel, ya conde de Peñaflor. Las tropas que tenia á sus órdenes, contando la infantería inglesa que habia llegado, eran muy poco inferiores en número á las castellanas. El primer triunfo del ejército español en esta espedicion fué la rendicion de la importante ciudad de Ebora, á lo cual contribuyeron no poco las disidencias entre los gefes portugueses, que la intervencion del conde de Vimioso no alcanzó á componer. Despues de esto un cuerpo de españoles se apoderó de Alcázar do Sal, poco distante de Setubal. De tal modo asustaron estas noti-

(1) Es vergonzoso lo que los historiadores portugueses nos cuentan de la vida de este príncipe. «Su mayor gusto, dice Faria y Sousa, era entretenerse con negros y con mulatos, ó con gentes de la hez del pueblo..... llamábalos sus valientes ó sus guapetones, y con ellos corria de noche las calles de la ciudad, insultando á cuantos encontraba.... No salia nunca de noche que no publicase el dia despues por toda la ciudad el mal que habia hecho á muchos ciudadanos: temian encontrarle como á un animal feroz que habia escapado de la cueva..... Hacia venir mugeres mundanas á palacio: muchas veces iba él mismo por ellas á las casas públicas; pasaba las mas noches en deleites deshonestos con ellas...... etc.»—Epitome de Historias portuguesas, P. IV. c. 5.

cias en Lisboa, que las gentes andaban despavoridas por las calles, y por un momento temieron que se perdiera todo el reino, porque no quedaba plaza fuerte que pudiera detener al enemigo hasta la capital. El susto se convirtió luego en furor, y cargando el pueblo la culpa de aquellas desgracias á los nuevos ministros, acometió y saqueó las casas de algunos, teniendo ellos que esconderse. Aplacado el tumulto, espidióse órden al conde de Peñaflor para que diera la batalla al ejército castellano.

Levantó con esto el de Peñaflor su campo, pasó el Odegebe, y llegando hasta media legua de Ebora formó en batalla. El rio dividia los dos ejércitos, y Schomberg habia elegido tan hábilmente las posiciones y colocado tan ordenadamente en ellas á los portugueses, que viendo don Juan no serle fácil atacar con ventaja, determinó retirarse á Badajoz, dejando guarnecida á Ebora. Seguíanle los portugueses sin perderle de vista; don Juan esquivaba la batalla, temeroso de perder con ella lo ganado; deseánbanla Peñaflor y los suyos, al mismo tiempo que la temian tambien, y ambos ejércitos se respetaban. Por último presentóla el portugués al llegar los nuestros á Amejial, sin que don Juan pudiera ya escusarla. Faltaba solo una hora para ponerse el sol, cuando comenzó formalmente el combate, siendo los primeros á atacar los portugueses. Peleóse de una y otra parte con valor, y hasta con ferocidad, convencidos unos y otros de que

pendia de aquella batalla la salvacion ó la sumision de Portugal, y el éxito de una lucha que contaba ya tantos años. La noche separó á los combatientes, y hasta la mañana del siguiente dia no se supo quién habia sufrido mas pérdida (8 de junio, 1663).

Por desgracia, si la de los portugueses habia sido grande, pues se supone que no bajó de cinco mil hombres, se vió que la de los castellanos habia sido mayor y mas lamentable. A ocho mil se hace subir la de los muertos y prisioneros, asombrosa cifra atendida la poca duracion de la batalla, entre ellos no pocos generales, coroneles, grandes y títulos, contándose en ellos el marqués de Liche, hijo del famoso don Luis de Haro: perdiéronse ocho cañones, un mortero, multitud de estandartes, y hasta dos mil carros de municiones [1]. Debieron los portugueses principalmente su triunfo á la infantería inglesa. Don Juan de Austria peleó con mas valor que inteligencia y fortuna; espuso muchas veces su cuerpo y su vida, y habiéndole muerto dos caballos, entró por los enemigos á pié con su pica en la mano, combatiendo largo rato contra muchos de ellos. Ya que no se condujo como

(1) «Portugal en Ebora (decia un papel de aquel tiempo, con razon en el fondo, aunque con exageracion en la forma), Portugal en Ebora destruyó la flor de España, lo mejor de Flandes, lo lucido de Milan, lo escogido de Nápoles y lo grande de Extremadura. Vergonzosamente se retiró S. A., dejando ocho millones que costó la empresa, ocho mil muertos, seis mil prisioneros, cuatro mil caballos, veinte y cuatro piezas de artillería; y lo mas lastimoso fué que de ciento veinte títulos y cabos no escaparon sino cinco.»—Passarello: Bell. Lusit. lib. VIII.

buen general, portóse al menos como buen soldado. Llamóse ésta la batalla de Amejial, del Canal la nombran otros, y otros menos propiamente de Estremoz por haber sido no lejos de esta ciudad.

Desde Badajoz escribió don Juan de Austria al rey dándole noticia de aquel desgraciado suceso, al cual siguió la entrega de Ebora y la pérdida de Villaflor; y para que nada faltara, en la plaza de Arronches, ya que el mariscal de Schomberg no pudo tomarla, se incendió el almacen de la pólvora, é hizo saltar mas de dos mil castellanos. En la provincia de Entre-Duero-y-Miño se perdió Castel-Lindoso, que habia ganado el año anterior el arzobispo de Santiago; y en la de Beyra solo hubo de notable una accion que sostuvo gloriosamente el duque de Osuna contra muy superiores fuerzas portuguesas cerca de Valdemula (30 de diciembre, 1663), con lo que se puso término á la campaña de este año.

Natural era que se envalentonaran los portugueses con el triunfo de Amejial. Así fué que al año siguiente se atrevió el conde de Marialva á penetrar en territorio español, y á poner sitio á Valencia de Alcántara, que no tenia mas fortificacion que un viejo y flaco muro, si bien se hallaba en ella de gobernador y la defendia con tres bravos regimientos el valeroso don Juan de Ayala Mejia. No se podia exigir mas de lo que este gefe y su gente hicieron: la defensa costó mucho y admiró no poco á sus enemigos, y cuando se

entregó la plaza (junio, 1664), no era posible llevar mas adelante la resistencia. Por dos veces habia intentado socorrerla don Diego Correa con cinco mil caballos; ninguna pudo; y don Juan de Austria, aun cuando fué avisado del peligro, no se apresuró á llevarle socorro [1]. No se tomó este año desquite de lo de Valencia de Alcántara; al contrario, fueron abandonadas por los nuestros Arronches y Codiceyra, y el resto de la campaña en el Alentejo se redujo á las antiguas correrías. Tampoco hubo acontecimiento notable en las provincias de Tras-os-Montes y de Entre-Duero-y-Miño.

Lo que hubo en la de Beyra, donde operaba el duque de Osuna, fué bochornoso para nuestras armas.

Aquel magnate habia tenido un encuentro feliz con los portugueses que mandaba Hurtado de Mendoza: mas luego sitiando á Castel-Rodrigo, y abierta ya brecha en la plaza, ni él, ni sus maestres de campo, ni los capitanes pudieron conseguir de los soldados que entráran por la brecha: amenazas y ruegos todo fué inútil: aquella gente, sacada de improviso de los talleres y de las casas de labranza, se asustaba del ruido de las granadas y de los mosquetes, y no fué posible

(1) Passarello: Bellum Lusitan. libro VIII.—Hallábase tambien en aquel ejército como de gefe honorario de la caballería (*Præfectus externi equitatus,* le nombra el historiador latino de esta guerra) Alejandro Farnesio, hermano del duque de Parma, que habia venido á Madrid á ofrecer sus servicios al rey católico, y que en verdad no correspondió á la fama del ascendiente de su mismo nombre, el antiguo é ilustre Alejandro Farnesio, gobernador de Flandes en tiempo de Felipe II.

hacerles dar un paso adelante. Y no fué lo peor este insigne acto de cobardía, sino que acometidos despues en la retirada por Jacobo Magalhaes que á socorrer aquella plaza habia salido de la de Almeida, aunque eran los portugueses menos en número, apoderóse tal espanto de los nuestros, que parecia faltarles tiempo para arrojar las armas y huir, abandonando artillería y bagages, mas no lo hicieron tan de prisa que no fueran apresados unos, acuchillados otros por la caballería portuguesa: entre los primeros lo fué el teniente general de nuestra caballería don Antonio de Isassi; entre los segundos se contó á don Juan Giron, hijo del mismo duque de Osuna, que para honra suya y de su ilustre estirpe fué de los que murieron peleando. Su padre con la poca gente que pudo recoger se retiró desesperado á Ciudad-Rodrigo. Magalhaes despues de este triunfo entró en España con tres mil hombres, tomó y saqueó las villas de Cerralbo y Fregeneda, y consternados con esto nuestros soldados iban abandonando los pequeños fuertes que guarnecian en la frontera (1).

Produjeron los reveses de estas campañas la separacion de los dos mas ilustres generales, don Juan de Austria y el duque de Osuna. Al primero se le admitió la renuncia que hizo del mando y se le permitió retirarse á Consuegra. Quejábase don Juan de que no se

(1) Passarello: Bell. Lusitan. lib. VIII.

le suministraban ni municiones, ni víveres, ni dinero ni recurso alguno para hacer la guerra, y atribuíalo, no sin algun fundamento, á malas artes de la reina doña Mariana, que le miró siempre de mal ojo y no queria que el hijo bastardo de su marido tuviera la gloria de recuperar el Portugal. Al de Osuna no solo se le separó, sino que se le redujo á prision y se le condenó á cien mil ducados de multa, como en castigo de las contribuciones que exigía á los pueblos para mantener su ejército, como si no enviándole dinero hubiera podido sostener de otro modo aquella hambrienta é indisciplinada gente. Al fin el de Osuna justificó su conducta, y consiguió ser absuelto. De este modo la persecucion de los dos duques de Osuna, padre é hijo, ambos escelentes capitanes y distinguidos servidores de su rey y de su patria, señalaron el principio y el fin del reinado de Felipe IV.

No sin fundamento, deciamos, se quejaba don Juan de Austria de la esposa de su padre, porque en este tiempo seguia la córte de Madrid una política que por lo desatinada se nos antojaría increible á no hallarla comprobada con testimonios. El emperador de Alemania, amenazado por los turcos, habia pedido auxilio á Francia y á España. El francés tuvo la habilidad de ofrecerle, á condicion de que España le enviara tambien igual número de tropas á las que tenia en Italia. El emperador, que deseaba salir del apuro en que se veía, aceptó esta condicion, y para persua-

dir á Felipe IV. á que la admitiera por su parte, se valió de la reina su hermana y del padre Nithard su confesor, que ya por el odio con que miraban á don Juan, ya por el mayor interés que les inspiraban las cosas de Austria que las de España, dieron g sto al emperador; y Felipe IV. por instigación suya, y sin conocer el lazo que con este artificio le habia armado el francés, tuvo la insensatez de comprometerse á mantener en el Imperio doce mil infantes y seis mil caballos, ya que no podia enviarle los soldados de Italia. Necia obligacion, teniendo desprovistas de recursos las tropas de Portugal, y que aun así no sabemos de dónde pudieran sacarse.

Para continuar la guerra con el vecino reino, llamóse y se hizo venir de Flandes al marqués de Caracena. Pero era preciso formarle un nuevo ejército, pues con la tropa que habia, poca y abatida, no se podia emprender nada. Juntóse pues cuanta gente se pudo, haciendo venir los restos de nuestros tercios de Italia, de Alemania y de Flandes, y entre todos se compuso un ejército de quince mil hombres de infantería, mas de seis mil caballos, catorce piezas y dos morteros. Mandaba la caballería española don Diego Correa, la estrangera Alejandro Farnesio, la artillería don Luis Ferrer, y de maestre de campo general iba don Diego Caballero. Cuando el de Caracena vino á Madrid traia la confianza de ir con aquel ejército en derechura á Lisboa, y por consecuencia la de someter

despues todo el reino fácilmente: y antes de partir para Badajoz hizo presente al rey que para atacar á Lisboa por mar y tierra convendria tener una escuadra; y en efecto se dió órden de armarla en Cádiz, debiendo mandarla el duque de Aveiro, noble portugués al servicio de España. Mas ni estuvo, ni era posible que estuviera dispuesta y pronta para cuando se emprendieran las operaciones por tierra. Por esta causa, y porque luego que el de Caracena se vió en Badajoz, y se informó del estado y calidad de las fuerzas de cada parte y del carácter y disposicion de los ánimos en cada país, comprendió que la conquista no era tan fácil como habia pensado, renunció al pensamiento de marchar sobre Lisboa, y limitóse á poner sitio á Villaviciosa.

Marialva y Schomberg acudieron á hacer levantar el cerco, y se situaron en Montesclaros. Lleno de presuncion y de confianza el de Caracena, apenas avistó los enemigos, alzó el campo, contra el parecer de los demas generales que opinaban por no abandonar sus buenas posiciones, y se fué á encontrarlos, y les presentó la batalla, no obstante ser inferiores en número los nuestros. Aceptáronla los portugueses, y despues de algun tiroteo de artillería y mosquetería, trabóse una general y ruda pelea lanza á lanza y pica á pica. Furiosamente se arrojaban mútuamente de los puestos y los recobraban, hasta que al cabo de ocho horas de mortífero combate, viendo

el de Caracena la mucha gente que sin fruto iba perdiendo, ordenó la retirada, dejando en el llano de Montesclaros toda la artillería, y lo que fué mas lastimoso, cuatro mil hombres entre muertos y heridos, y pocos menos prisioneros, entre estos el intrépido gefe de la caballería don Diego Correa. Menor, aunque grande tambien, fué la pérdida de los portugueses (junio, 1665). Desde Badajoz, donde se retiró el de Caracena, comunicó al rey la derrota, diciendo, sin embargo, que los portugueses habian perdido la flor de su ejército, y añadiendo que si le enviaran refuerzos, nunca seria mas fácil hacer la conquista; que á tal estremo llevaba su presuncion aquel orgulloso gefe (1).

Cuando Felipe recibió la noticia de esta desgracia esclamó conmovido: *¡Cúmplase la voluntad de Dios!* y cayó al suelo acongojado. El pueblo de Madrid se llenó de indignacion, y acusaba al gobierno de haber puesto un ejército tan florido en manos del de Caracena, contra el cual se desataban entonces todas las lenguas, apellidándole inepto, imprudente, loco y temerario, y no veian en él ni prenda buena, ni antecedente honroso, ni nada que no fuese detestable; propios deshagos de la irritacion, y digno castigo de quien se habia presentado con aquella imprudente y presuntuosa arrogancia. Apoderóse del ánimo del rey

(1) Passarello: Bell. Lusitan. lib. IX.



una melancolía profunda, y agitaba su espíritu una inquietud, que la edad, los desengaños, el remordimiento de la vida pasada, los presentimientos del triste porvenir de la monarquía le hacian insoportable: que ya ni los años, ni lo delicado de su salud le permitian tener como antes placeres y distracciones que le hicieran olvidar los males. Ni siquiera tenia ya un favorito que le aliviara entreteniendo sus ilusiones, ó desfigurándole y minorándole los contratiempos é infortunios. Miraba en derredor de sí, y se veia con un sucesor, niño de cuatro años, enfermizo y endeble. Veia á la reina doña Mariana su esposa en pugna con don Juan de Austria, que al cabo, con todos sus defectos, era el hombre mas importante y de mas representacion en la monarquía, y veíala entregada á su confesor el jesuita Nithard, por cuyos consejos se guiaba y lo hacia todo. Veia por último humillada en todas partes la monarquía, que sus favoritos le prometieron engrandecer sobre todas las potencias de Europa.

Felipe, á quien faltaban ya las fuerzas del cuerpo y del alma, no pudo resistir á tantos pesares. Una disenteria violenta le acabó de consumir en pocos dias. Al sentir tan vecina la muerte, hizo su testamento, señalando el órden de sucesion al trono, comenzando por su único hijo varon el príncipe Cárlos, y sucesivamente á falta de éste, á la infanta doña Margarita y sus descendientes; en defecto de estos á los de su tia la emperatriz doña María, y los últimos á los de la in-



fanta doña Catalina, duquesa de Saboya, su tia tambien, escluyendo á los de su hija doña María Teresa, muger de Luis XIV., con estas notables palabras: «Queda excluida la infanta doña María Teresa y to- «dos sus hijos y descendientes varones y hembras, «aunque puedan decir ó pretender que en su persona «no corre ni pueden considerarse las razones de la «causa pública ni otras en que pueda fundarse esta «esclusion; y si acaeciese enviudar la serenísima in- «fanta sin hijos de este matrimonio, en tal caso quede «libre de la exclusion que queda dicha, y capaz de «los derechos de poder y suceder en todo [1].» Palabras solemnes, que sin embargo, andando algunos años, habian de ser de tantos modos interpretadas.

Nombró por último tutora del rey su hijo y gobernadora del reino durante su menor edad á la reina doña Mariana, asistida de un consejo, que se habia de componer del presidente del de Castilla, conde de Castrillo, del vice-canciller de Aragon don Cristóbal Crespy, del arzobispo de Toledo é inquisidor general el cardenal don Pascual de Aragon, ó los que los sucedieran en estas dignidades; por la clase de los grandes nombró personalmente al marqués de Aytona, y por la de consejeros de Estado al conde de Peñaranda. Hecho todo esto, y recibidos cristianamente

(1) Relacion de la muerte de Felipe IV. y oraciones fúnebres: su testamento.—Biblioteca Nacional. Sala de MM. SS.—Soto y Aguilar: Epitome, MS. ad ann.

los sacramentos, pasó Felipe IV. á mejor vida el 17 de setiembre (1665), á los sesenta años de su edad y á los cuarenta y cuatro de su reinado. Cuéntase que momentos antes de morir dirigió á su hijo estas lastimeras palabras: «*¡Quiera Dios, hijo mio, que seas mas venturoso que yo!*» Palabras que ni el tierno Cárlos comprendió entonces, ni por desgracia se vieron realizadas despues (1).

(1) Tuvo Felipe IV. de su primera esposa doña Isabel de Borbon muchos hijos, de los cuales solo le sobrevivió doña María Teresa, casada con el rey Luis XIV. de Francia. De doña Mariana de Austria tuvo tres hijos y una hija. De los hijos varones solo quedó el príncipe Cárlos que le sucedió en el trono. La infanta Margarita fué despues reina de Hungría. Además tuvo otros siete ilegítimos, de los cuales solo fué conocido don Juan de Austria, á quien hemos visto, y veremos todavía figurar mucho en el siguiente reinado.

CAPITULO XVIII.

CAUSAS DE LA DECADENCIA EN ESTE REINADO.

ESTADO DE LA MORAL, DE LA HACIENDA, DE LAS LETRAS Y LAS ARTES.

Por qué se perdieron tantos territorios.—Empeño y afan de engrandecer la casa de Austria.—Paralelo entre los elementos y la política de Cárlos V. y Felipe II. y la de los Felipes III. y IV.—Lo que produjo las rebeliones de Cataluña, Portugal y Nápoles.—Causas de haberse perdido muchas plazas y muchas batallas.—Cambio en el crédito de las armas de infantería y caballería.—Ejércitos sin pagas.—En qué se invertian las rentas públicas.—Distracciones y disipaciones del rey y de los cortesanos.—Ruina del comercio.—Absurdas medidas de administracion.—Lo que se malgastaba en fiestas, espectáculos y regocijos públicos.—Ejemplo fatal del rey.—Desmedida aficion de Felipe á las comedias.—Cómo contribuyó á la prosperidad del arte dramático.—Llega el teatro español á su mayor elevacion en este reinado.—Autores y actores célebres.—Brillante estado de la literatura.—Causas de su corrupcion y decadencia.—Góngora: el culteranismo.—Estado floreciente de la pintura.—Obras y artistas famosos.—Decaimiento de la pintura.—Idem de la música.—Decadencia casi simultánea de las armas, de las letras y de las artes.

Las incesantes guerras que dentro y fuera de la península, sin darse vagar ni reposo, habia estado sosteniendo España durante todo el largo reinado del



cuarto Felipe, y de que hemos tenido necesidad de dar cuenta, aunque con el cansancio y el disgusto que produce la narracion, en general fatigosa, de las vicisitudes y los lances, no pocas veces monotonos, de las largas luchas, no nos han dejado lugar ni espacio para detenernos á considerar la fisonomía que en lo interior presentaba el reino, y la situacion material y moral en que le tenian los ministros de Felipe, principalmente desde la caida del conde-duque de Olivares, que es el punto en que dejamos nuestra anterior reseña.

Que si al principio pareció que con la caida de aquel célebre valido la monarquía iba á reponerse de tantas calamidades, el trono á recobrar la dignidad perdida, las necesidades públicas á aliviarse, á mejorar la moral, á salir de ahogos la hacienda y á recuperar sus fueros la justicia, los sucesos acreditaron que si bien el valimiento del rey pasó á otro hombre ni tan altivo ni tan odioso al pueblo como el de Olivares, las riendas del gobierno cayeron en manos no menos desgraciadas que las del primer privado. Que la enmienda del monarca y su aplicacion á los negocios fué pasagera y efímera, y que volvió pronto á su antigua indolencia y á su anterior disipacion. Que la justicia, la moral y la hacienda ganaron poco, si por fortuna algo, y que los infortnnios no disminuyeron nada.

A la pérdida material de territorios, que fué in-



mensa, y no menor durante la administracion de el de Haro que en el tiempo que gobernó el de Olivares, contribuyeron muchas causas. Algunas fueron esclusivas de este reinado, otras venian de atrás. El empeño de engrandecer la casa de Austria á costa de España, de dominar en apartadas regiones que no habian de poder conservarse, de sacrificar la riqueza, la sustanci , la poblacion y el bienestar de Castilla al mantenimiento de dominios insostenibles, de ayudar al Imperio con lo que ó no teníamos ó necesitábamos bien, y no alcanzaba para nosotros, de estar en lucha eterna con todo el mundo antes que aceptar honrosas y provechosas transacciones, afan era éste que venia heredado de los primeros soberanos españoles de la casa de Habsburg. Con la diferencia que los primeros, fuertes ellos y robusta la monarquía, si no lo hicieron con fortuna, lo intentaron con gloria, y si no fueron bastante políticos, tampoco podia decirse que fuesen ilusos del todo. Los segundos, débiles y flacos, quebrantada ya por los anteriores esfu rzos la monarquía, ellos sin el talento y la actividad de sus padres, la nacion sin la robustez de otros tiempos, ellos entregados á orgullosos é ineptos favoritos, el país desangrado y agobiado, intentaron lo mismo que sus mayores, y esto era una temeridad y un imposible. Por que temeridad, insensatez y locura era imaginar que lo que Cárlos V. con su infatigable actividad y su brillante espada, y Felipe II. con su gran cabeza y su astuta política no pudie-

ron lograr, lo alcanzáran Felipe III. fundando conventos y cofradías, y Felipe IV. asistiendo á comedias y galanteando á comediantas.

Si los predecesores de Felipe IV. habian tratado con poca política á los reinos y estados anexos á la corona de Castilla, y con la opresion y los disgustos que les dieron los prepararon á tentativas de rebelion, las tiranías y las ofensas y las indiscreciones de los ministros de Felipe acabaron de provocar las insurrecciones que trajeron tras sí la pérdida de provincias y reinos enteros, y el peligro de perder otros y de venir á su ruina la monarquía entera. Sin los agravios que se hicieron á los catalanes, Cataluña no se habria levantado, y sin el alzamiento y la guerra de Cataluña ni se habria perdido el Rosellon, ni se hubiera insurreccionado el Portugal, ó por lo menos no hubiera logrado su emancipacion de Castilla. Sin los escesos y los desmanes de los vireyes no se habrian sublevado Sicilia y Nápoles, y por atender á apagar la sublevacion de Nápoles se desguarnecian los Paises Bajos, ó se abandonaba Portugal, ó se descuidaba Cataluña.

Y era que los vireyes, hechuras y favoritos de los privados, imitadores de su inmoralidad, émulos de su opulencia, ansiosos de rápido enriquecimiento, y compartiendo muchas veces vireyes y validos el fruto de sus cohechos, de sus esacciones y de las sórdidas granjerías de sus cargos, á trueque de acrecer sus



fortunas y la del ministro que los sostenia vejaban y esquilmaban sin consideracion los paises sujetos á su mando. De aquí la desesperacion de los oprimidos y las rebeliones de los desesperados, que limitadas en un principio á arranques de ira y de f ror contra los vireyes con protestas de sumision al monarca, degeneraban despues, en unas partes, como en Nápoles, en proclamacion de república, en otras, como en Cataluña, en la resolucion de someterse al yugo de un rey estrangero, y en otras, como en Portugal, en el sacudimiento de toda dependencia de Castilla y en la completa emancipacion en que en otro tiempo estuvo aquel reino de esta corona.

Habíase estendido la corrupcion, cosa lamentable pero nada estraña, de los validos, cortesanos y vireyes, á los generales que mandaban los ejércitos. Y sobre haberse ido acabando, no la raza, sino la escuela y la maestría de aquellos insignes y preclaros capitanes que en los tiempos de los Reyes Católicos, de Cárlos V. y de Felipe II. levantaron tan alto en el mundo el renombre de las armas españolas, bien que quedáran todavía algunos honrosos restos de aquella antigua falange de famosos guerreros, ya los mas no iban como entonces al frente de las banderas de la patria por dar gloria á su nacion y ganar honra personal, sino por gozar de los sueldos y hacer fortuna. Ni como entonces eran nombrados los m s dignos, los mas valerosos y capaces, sino los mas amigos y

mas allegados del ministro, ó los mas vanidosos y los mas aduladores del rey. Hombres eran algunos que llevaban su codicia hasta el punto de hacer figurar en las revistac doble número de soldados de los que hacian el verdadero y efectivo contingente de las guarniciones ó de los ejércitos, para especular con los sueldos y las provisiones de los que se suponian y faltaban. De aquí el malograrse combates y perderse plazas con gran sorpresa de la córte y del gobierno, que por los partes de los generales creian contar con mucho mayor número de combatientes ó de defensores. Imitado este funesto ejemplo por los gobernadores de fortalezas, capitanes de compañías y otros subalternos, á veces buscaban gente perdida para hacerla figurar como soldados en las revistas, á veces vendian hasta los víveres y las municiones que el gobierno á costa de sacrificios les suministraba. Con estos elementos, ¿cómo habian de ganarse batallas, y cómo no habian de perderse plazas y territorios?

Así cayó el nombre y la reputacion tan justamente adquirida de aquella infantería española que habia asombrado al mundo, porque no reconocia igual en táctica y en valor en los ejércitos de las naciones. Y por cierto que se vió en este reinado el fenómeno singular de crecer el crédito de la caballería española al paso que perdia el suyo la infantería, porque se observó que á aquella arma se debian las ventajas y triunfos que se alcanzaron todavía en muchos comba-



tes, siendo consuelo para España que nunca faltáran guerreros que record'ran y simbolizáran la fama de intrepidez y de brío en las lides que habian alcanzado en todas épocas sus hijos. Por este conjunto de causas se vió tambien con dolor en los últimos años de Felipe reducido el ejército de la península á escasos veinte mil soldados, sin instruccion ni disciplina, como reclutados muchos de ellos de entre gente foragida, y de entre los matones y espadachines que tanto abundaban entonces en la córte, como que de esos, que los habia de todas clases y esferas, se solian escoger tambien hasta los gefes.

Dijimos antes, que se habia casi acabado, no la raza, sino la escuela de los insignes capitanes de otro tiempo. Y era así, que la raza y la estirpe de aquellas ilustres familias seguia ocupando los primeros puestos militares, porque en ellos estaban los Guzmanes, los Córdobas, los Toledos, los Zúñigas, los Haros, los Ponces de Leon y los Benavides de España, y hasta los Dorias, los Colonnas y los Farnesios de Italia. ¡Pero cuán diferentes ya de los de otros tiempos! Hasta la coincidencia de haber habido en este reinado un duque de Alba, un Alejandro Farnesio y un don Juan de Austria, hijo bastardo de rey, como en el de Felipe II., parecia haber venido para convertir un reinado en parodia del otro. Hemos visto con gusto á algun escritor moderno notar ya esta coincidencia estraña. Muchos de ellos hubieran tal vez sostenido la gloria

de sus antepasados, con un monarca y unos ministros que los hubieran empujado por el camino de ella como á sus progenitores.

El tener sin pagar los ejércitos, causa y ocasion de tantas desdichas y desórdenes, era ya un mal añejo, de otros tanto como de este reinado. Pero en éste tenia que hacerse sentir mas la imposibilidad de atender á su mantenimiento; porque, sobre alcanzarle las consecuencias de los ahogos en que habian dejado las rentas públicas las malas administraciones de los Felipes II. y III., se agregaba las perversa inversion que los ministros de Felipe IV. daban á los tributos con que gravaban los pueblos. Siquiera en el siglo anterior, ya que el numerario del reino y las flotas de Indias fueran á consumirse y derramarse en apartadas tierras que pugnábamos por conservar, al menos no servian como ahora para hacer opulentas fortunas á orgullosos favoritos, para acrecentar el lujo de viciosos cortesanos, y para fomentar las distracciones de un monarca disipado y licencioso. Las remesas de Indias, ó no llegaban, ó llegaban ahora mas tarde y con mas dificultad, y pocas veces sin contratiempo y menoscabo, porque cuanto éramos mas débiles, eran mas activamente perseguidas nuestras naves y galeones por los de las naciones enemigas, las mas temibles precisamente y mas poderosas en los mares, como Portugal, Holanda é Inglaterra. Hasta los Filibusteros, ó Hermanos de la Costa, se atrevian á luchar con nues-

tros bageles y nos los apresaban, y los que libraban de ellos solian caer en manos de los piratas argelinos. Tan frecuentes eran nuestras pérdidas navales, que casi no estrañamos que un presidente del Consejo de Hacienda, el conde de Castrillo, llegára á proponer que no tuviéramos armada.

Por lo menos la marina mercante llegó á hacerla inútil Felipe IV., porque siguiendo su sistema de prohibir todo comercio de importacion y esportacion con las naciones enemigas y con los paises rebeldes, á la incomunicacion mercantil en que ya habia puesto á España con Francia, Inglaterra, las Provincias Unidas de Flandes y los principados protestantes de Alemania, añadió en el segundo período de su reinado la prohibicion de todo comercio con Portugal (1), con lo cual acabó de aislar mercantilmente la nacion con casi toda Europa.

De aquí el contrabando que se desarrolló, y que fueron incapaces á atajar cuantas medidas se dictaron para reprimirle, porque le alimentaba el cebo de una ganancia segura, y puede decirse que le sostenian las necesidades de los pueblos (2).

(1) Real cédula prohibiendo con pena de la vida y perdimiento de todos los bienes todo trato y comercio con el rebelde reino de Portugal y sus islas. Zaragoza, 21 de febrero, 1644.—Otra reproduciendo la primera. Zaragoza, 22 de mayo de 1645.—Otra id. Madrid, 21 de enero de 1647.—Tratado sobre el contrabando, por don Pedro Gonzalez de Salcedo.

(2) Pragmática sobre contrabandos. Madrid, 22 de octubre, 1648.—Otra sobre lo mismo. Madrid, 11 de setiembre, 1657.—Coleccion de córtes de don José Perez Caballero.

Faltando esta fuente de riqueza, faltando la industria, que es su hermana, que se alimenta del comercio y no puede vivir sin él, y que necesita de brazos que no tenia, porque se ocupaban todos en las guerras, y faltando por otra parte la corriente de metal de nuestras posesiones transatlánticas, la escasez de metálico y los apuros tenian que ser mayores cada dia, así para la manutencion de los ejércitos como para todas las demas necesidades del Estado.

¿Qué hacian los ministros de Felipe el Grande, y qué arbitraban para remediar, ó al menos para aliviar la lastimosa situacion de la hacienda y subvenir á las necesarias atenciones? El vulgar recurso de los servicios ordinarios y estraordinarios era casi nulo, porque se exigian á pueblos ya desangrados y esquilmados. Vimos ya cuán generosas y cuán mezquinas anduvieron las córtes de Castilla de 1632 y 1636 para otorgar al rey los subsidios que demandaba: generosas, porque concedian tanto y mas de lo que permitia la penuria de los pueblos; mezquinas por necesidad, pues que dado que su voluntad fuera grande, la posibilidad y los medios eran harto pequeños. Y fuéronlo despues mas todavía, porque Castilla, que siempre habia sido la mas sobrecargada de tributos, quedó casi sola para atender á la defensa de todo el reino, tanto mas costosa cuantas eran mas las guerras y menos las provincias que ó por perdidas ó por sublevadas contribuian á los gastos públicos, y antes bien los ocasio-



naban y acrecian (1). Las alzas y bajas del valor de la moneda, á que acudieron los ministros de Felipe, así en los últimos como en los primeros años, no produjeron, como siempre, sino desórden, confusion, dis-

(1) Tenemos los siguientes documentos, por los cuales consta todos los servicios y todos los recursos que las córtes de Castilla otorgaron al rey desde 1636, á que alcanzan las noticias que antes tenemos dadas, hasta el fin de este reinado.

«Escrituras, acuerdos, condiciones, administraciones y súplicas de los servicios de los veinte y cuatro millones pagados en seis años, dos millones y medio, y nueve millones en plata que el reino hizo à S. M. en las cortes que se propusieron en 28 de junio de 1638, y en las que asimismo se propusieron en 2 de marzo de 1646.»

«Escritura que el reino otorgó del servicio de los veinte y cuatro millones pagados en seis años, cuatro millones en cada uno, que empiezan á correr en 1.° de agosto de 1644. En Madrid à 23 de junio, 1643.»

«Escrituras que el reino otorgó prorogando los servicios de los nueve millones en plata y estension de la alcabala hasta fin del año 1650.»

«Escritura que el reino otorgó prestando consentimiento para que S. M. pueda vender 130,000 ducados de renta sobre el segundo uno por ciento en lo vendible.»

«Escritura que el reino otorgó prorogando el servicio de los 300,000 ducados, mitad plata, mitad vellon. Madrid, 21 de febrero, 1647.»

«Escrituras que el reino otorgó prorogando el servicio de los nueve millones en plata por tres años mas, que corren desde 1.° de enero de 1654 hasta fin de diciembre de 1656. En Madrid, à 30 de marzo de 1651.»

«Escritura que el reino otorgó de la prorogacion del encabezamiento general en alcabalas y tercios por nueve años, desde 1.° de enero de 1652 hasta fin de diciembre de 1660.»

«Escritura que el reino otorgó en 17 de noviembre de 1660, sirviendo á S. M. con el principal de 200,000 ducados de renta en vellon sobre el tercer uno por ciento de la nueva estension de alcabala, etc.»

«Escritura que el reino otorgó en 28 de abril de 1663, sirviendo á S. M. con los impuestos de cuatro maravedis en libra de carne.»

«Escritura que el reino otorgó en 6 de febrero de 1664, perpetuando el tercer uno por ciento que al presente corre de lo vendible.»

«Escritura que el reino otorgó en 11 de octubre de 1664 para que se imponga un cuarto uno por ciento en lo vendible.»

Las córtes que se celebraron en Castilla desde 1636, últimas de que hemos dado cuenta, hasta la muerte de Felipe IV. fueron las siguientes:

Las de 1638, que comenzaron el 28 de junio, y concluyeron en 1.° de julio de 1643.

Las de 1643, que comenzaron en 22 de febrero, y terminaron en 28 de igual mes de 1647.

Las de 1649, que se abrieron en 10 de enero, y se cerraron en 24 de abril de 1651.

Las de 1655, que empezaron en 13 de febrero, y se disolvie-

gusto, contrabando, falsificacion de metales, carestía de artículos y pobreza. Diéronse órdenes y disposiciones para utilizar el oro y la plata de los templos, y la medida produjo mucho escándalo y alboroto, y ningun resultado de utilidad. Los empréstitos pedidos á particulares sirvieron para salir de ahogos en mas de una ocasion dada y de una necesidad urgente. El generoso y patriótico desprendimiento de la reina doña Isabel de Borbon fué un buen estímulo para que no pocos grandes y prelados ofrecieran en aras de la patria una buena parte de sus fortunas: que aun no se habian estinguido en los corazones españoles estas centellas de sus antiguas virtudes patrias.

Verdad es, que de muchos de ellos podia decirse lo que un epígrama de todos conocido atribuye á cierto bienhechor, que erigió un hospital para aquellos á quienes él mismo habia hecho pobres. Muchos, es cierto, habian fabricado á costa de los pueblos aquellas opulentas fortunas, aquellas pingües rentas de que despues sacrificaban una parte á las necesidades públicas; pero tambien es verdad, que sin las compañías y regimientos que á su costa levantaron algunos pre-

ron en 23 de diciembre de 1658.
Las de 1660, que comenzaron en setiembre del mismo, y acabaron en 11 de octubre de 1664.
Estaban convocadas otras para 15 de octubre de 1665, pero no se reunieron por haber fallecido el rey el 17 de setiembre de aquel año.
Los registros de todas estas córtes se hallan en el Archivo de la antigua Cámara de Castilla, y constan de doce tomos en fólio.



lados, grandes, consejeros, ricos-hombres é hidalgos, habria sido mayor y mas rápida la ruina de España, tal vez no se hubiera dado tiempo á Cataluña para reflexionar, y para volver á la obediencia de su legítimo soberano, y de seguro la guerra de Portugal, aunque desastrosa, no habria podido sostenerse, mas ó menos viva, tan largo número de años.

Censúrase, no sin razon, que para arbitrar recursos apelaran tambien los ministros de Felipe al poco decoroso medio de vender á precio de pequeños servicios las ejecutorias de hidalguía, de sacar á pública subasta los hábitos de las órdenes militares, y de prodigar títulos de grandeza, dándolos muchas veces á personas de muy humilde nacimiento y de servicios y prendas no muy relevantes. No negaremos esto porque hemos visto la multitud de mercedes de grandeza de España, y de títulos de Castilla otorgados por Felipe en su largo reinado [1]. Pero hemos de ser imparciales y justos. Este abuso ni era nuevo ni fué el mayor en su tiempo. Si en la concesion de títulos escedió Felipe IV. á sus antecesores y con ello desnaturalizó la antigua nobleza, en la venta, no solo de hábitos y de hidalguías, sino de cargos de honor y de oficios de república, habia dado el mas fatal ejemplo Felipe II.,

(1) En un tomo de MM. SS. de la Biblioteca del estinguido colegio mayor de Santa Cruz de Valladolid, núm. 120, se halla el catálogo individual y nominal de las mercedes de títulos que concedió Felipe III. desde 1621 á 1656. Son entre todas 163. Faltan las de los nueve años últimos del reinado.

y llevado el abuso tan allá como era posible llevarle. Y en esto como en muchos de los males y errores que lamentamos, Felipe IV. no hizo sino marchar por la pendiente en que sus predecesores habian puesto la nacion, y en el siglo XVII. se descubrian y desarrollaban muchos de los desórdenes y mucho del desconcierto que desde el XVI. venian germinando en la organizacion y en la administracion de España.

Lo que no puede disimularse, ni al rey Felipe IV., ni menos á los favoritos y ministros que le conducian é impulsaban por el mal sendero, es que en tanto que los pueblos lloraban miserias y padecian hambre, y los soldados peleaban andrajosos y medio desnudos, y de la corona de Castilla se desprendian y perdian sus mas preciosas joyas, ellos disipáran la poca sustancia que quedaba al pueblo en juegos, espectáculos y festines, que siempre se celebraban con lujoso aparato, brillantes galas y ostentosa magnificencia, y esto cuando no la consumian en personales y misteriosas aventuras, ó en silenciosos galantéos. En otro capítulo apuntamos ya algo sobre esta materia. Hubo despues un tiempo en que el rey se aplicó á los negocios y pareció entregado á cierto recogimiento que sentaba bien á su edad y cuadraba mejor á sus deberes. Pero esto duró poco. Resucitaron los antiguos hábitos que tenian dominada su naturaleza, y nunca faltaban cortesanos que halagáran y fomentáran sus inclinaciones,



Felipe habia abierto por primera vez los ojos para presenciar los juegos de cañas que se hicieron en celebridad de su nacimiento, y como si esto hubiera sido el pronóstico de sus aficiones futuras, desde que llegó á la pubertad hasta que los años y los achaques le imposibilitaron, fué siempre el primero á lucir su persona en los ejercicios caballerescos, en los torneos, en las corridas de toros y en los juegos de cañas, que nunca fueron ni mas numerosos, ni mas frecuentes, ni mas concurridos, ni mas lujosos en galas y en cuadrillas de justadores, de escuderos y de músicos, que en su reinado; que todo lo traia la aficion y el ejemplo personal del rey. Costaba trabajo hacerle ir á presenciar, siquiera fuese de lejos, los combates verdaderos en los campos de batalla. Anduvo reacio en ir á Cataluña, y nunca se resolvió á ir á Portugal, pero siempre estaba pronto para romper lanzas en la plaza de Madrid.

El pueblo veia aquellas lujosas cuadrillas de caballeros que salian á correr las sortijas ó á rejonear un toro, chorreando plata y oro y joyas, así en sus trages como en los arreos de sus caballos, y que esto se repetia en los nacimientos de cada príncipe, en las bodas reales, en la venida de cada personage estrangero, en los bautizos y casamientos de los hijos é hijas de cada magnate, en celebridad del mas pequeño triunfo de nuestras armas, con el mas frívolo é insignificante pretesto. Y era menester que fuese ciego y

que estuviese privado de toda facultad de discurrir para que no le afectára el contraste de aquel lujo con su miseria, el cotejo de aquellos espectáculos con el espectáculo de las tropas sin racion y sin vestido; y no comprendemos, si no nos lo esplica la postracion en que el pueblo habia ido cayendo desde Felipe II., cómo pudo tolerar en paciencia que así se divirtiera la córte mientras se arruinaba la monarquía.

Lo que hacia, sí, era desahogar su disgusto y mal humor en folletos, pasquines, comedias, sátiras y escritos de todo género, mas ó menos ingeniosos, contra el rey, contra sus favoritos y contra el mal gobierno, que circulaban, aunque subrepticiamente, con gran profusion, manuscritos los más, pero impresos tambien algunos, que de una y otra clase se conservan todavía en nuestras bibliotecas y archivos en abundancia (1).

Tambien indicamos ya algo de la aficion del rey á las comedias, y lo que era peor, á las comediantas. En el primea concepto dispénsanle algunos el honor de haber sido él mismo autor dramático, ocultándose bajo el incógnito, entonces muy usado, de *un ingenio*

(1) De entre los muchos papeles de esta especie que hemos visto citaremos solo algunos que pueden servir de muestra del modo como se ejercia y manejaba la crítica en aquel tiempo.—Comedia satírica contra el gobierno de Felipe IV. y sujecion al conde-duque de Olivares. MS. de la Biblioteca Nacional, M. 185. — Sátiras contra la córte y gobierno de Felipe IV. y de Cárlos II. Ibid. M. 80.—Carta del profeta Elías: es el juicio en el tribunal de Dios, donde se hacen cargos al rey, se censuran los ministros y los poetas de aquel tiempo.—Sátiras contra el gobierno del conde-duque, etc.

de esta córte. Pudo ser esto cierto (1), aunque para nosotros no lo es tanto, ni para el público ni para la posteridad quedó tan evidenciado como el testimonio que de su aficion á las cómicas dejó en el fruto de sus amorosos galantéos á la María Calderon. Inoculóse aquella aficion á toda la familia real, y la reina y las infantas representaron comedias, como la que se ejecutó en los jardines de Aranjuez, y la que se hizo para celebrar la venida de doña Mariana de Austria. Escusado es decir que los cortesanos y la córte, y tras ella todas las clases fueron participando del gusto por estos espectáculos. Aficion no solo disculpable, sino plausible y noble en todos, y hasta en el mismo rey, si no hubiera excedido los límites de la moderacion, y con su exceso no hubiera dado lugar á que algunos, no sin razon, digan que así como el reinado de Felipe III. fué de conventos y de frailes, el de Felipe IV. fué de cómicos y de comedias.

Hubo no obstante un período, el período en que Felipe IV. se entregó al recogimiento y se aplicó al cuidado y despacho de los negocios, en el cual llegaron á prohibirse las comedias, como lo habian estado en los últimos tiempos de Felipe II. (2). Pero la aficion

(1) Atribúyele la tradicion las comedias tituladas: *El conde de Esex*, y *Dar la vida por su dama*, y otras dos ó tres en que dicen tuvo parte. Hay motivos para creer que en efecto cultivó las letras, y en la Biblioteca Nacional existen dos traducciones manuscritas que pasan por suyas, una, de las *Guerras de Italia*, de Francisco Guiciardini, y otra de la *Descripcion de los Paises Bajos*, de su sobrino Luis Guiciardini.

(2) Ya en 1545 el clero habia

y el gusto por este espectáculo habian echado tan hondas raices en el pueblo, que á pesar de la prohibicion seguian representándose en muchas ciudades y villas de Andalucía y de Castilla, y hasta en Toledo y su comarca, casi á la presencia del rey. Publicábanse escritos, que se dirigian al mismo monarca, demostrando la utilidad de este recreo y la conveniencia de que volviera á permitirse, y se citaban los ejemplos de Francia, de Lombardía, de Nápoles, y de otros pueblos católicos, inclusa la misma Roma, en que esta diversion se permitia y consideraba como útil para entretenimiento del pueblo y nada contraria á la religion. Clamaba la villa de Madrid por que volvieran á abrirse los teatros, pues estando destinados sus productos al sostenimiento de los hospitales y

conseguido que se prohibiese la representacion de las comedias de Torres Naharro. En 1548 pidieron las córtes al emperador que prohibiera la representacion ó impresion de todas las farsas obscenas é indecentes. Sin embargo, solo se suspendieron los espectáculos escénicos con motivo de algun duelo, ó cuando sucedian grandes calamidades. En 1587 Felipe II. consultó á una junta de teólogos sobre la súplica que se le habia hecho de mandar cerrar los teatros, pero resolvió tolerar esta diversion, sujetando las obras á una censura severa y escrupulosa. En 1597 los mandó cerrar con ocasion de la muerte de la duquesa de Saboya, y poco antes de morir consiguieron los enemigos de las representaciones dramáticas que las proscribiera del todo. En 1601 Felipe III. oida otra junta de clérigos y seglares, permitió que volvieran á abrirse los teatros, aunque limitando las funciones á algunos dias de la semana, y á los festivos, pero prohibiendo lo que parecia licencioso ó inmoral en las comedias. Dióse mas ensanche, al paso que creció la aficion en el reinado de Felipe IV. hasta el punto que hemos visto, y despues de la corta interrupcion que mencionamos en el testo, continuó en boga el espectáculo hasta la muerte del rey en 1665, en que se suspendieron otra vez las funciones á causa del carácter sombrío y supersticioso de la reina regente.—Ticknor, Hist. de la Literatura española, tom. II., cap. 21.—Jovellanos, Origen de los espectáculos.—Historia del teatro español.

de otros establecimientos piadosos, y faltándoles los seis cuentos de maravedís que aquellos rendian, perecian estos asilos de la humanidad doliente, sin que se halláran arbitrios que pudieran reemplazar á los productos de los coliseos (1).

En su virtud consultó el monarca al Consejo Real, para que le informára sobre el memorial de la villa de Madrid suplicando diese licencia para que volviera la representacion de las comedias. Nueve consejeros fueron de dictámen de que no deberia otorgarse el permiso, pero el presidente y cinco individuos del Consejo dieron un luminoso informe, demostrando, no solo la conveniencia, sino la necesidad de que volvieran á abrirse estos espectáculos, apoyándose ya en razones de autoridad, ya en motivos de utilidad pública, concluyendo por aconsejar al rey que se formáran inmediatamente compañías y se buscáran y trajeran los actores de mas fama (2). Este dictámen, que estaba en

(1) Lo mismo sucedia en otras ciudades. El corregidor de Valladolid escribió al presidente del Consejo Real don Lorenzo Ramirez de Prado, manifestandole que con motivo de la supresion ó prohibicion de las comedias, era tal y tan lamentable el estado del Hospital de niños expósitos de San José y el general de aquella ciudad, que en el año anterior (1647) habian muerto doscientos de los quinientos niños que en él habia, «por no haber cómo pagarles las amas.» y que viendo esto, sucedia que algunas personas en lugar de enviar los niños al hospicio los arrojaban al rio, donde ya se habian encontrado algunos, pues el arbitrio de dos maravedis en libra de pescado que se habia impuesto para suplir los rendimientos del teatro, «ni pudo, ni convino que se ejecutase.»

(2) Consulta del Consejo Real en 1648, Tomo de MM. SS. de la Real Academia de la Historia. Est. 23, gr. 3.ª C. 35.—Los consejeros que opinaron en favor del restablecimiento de los teatros fueron, el presidente don Lorenzo Ramirez, don Bartolomé Morquecho, don Martin de Arnedo, don Antonio de Lezama y don Martin de

el sentimiento y en el deseo de todo el pueblo español, fué el que prevaleció, y restablecidas que fueron las representaciones escénicas, prosiguieron siendo el recreo y la aficion predilecta del rey, de la córte y del pueblo, hasta el estremo que antes hemos espresado.

Pero esta desmedida aficion, que tan perniciosa pudo ser á la administracion y á la política del reino, contribuyó á dar á este reinado una de las glorias mas apreciables en las naciones cultas, la prosperidad de la literatura y del arte dramático, que llegó á su apogeo en aquel tiempo, y nunca y en ninguna parte se cultivó con mas talento y con mas entusiasmo. El impulso venia dado de los reinados anteriores, y el Fenix de los Ingenios, Lope de Vega Carpio, que floreció en el de Felipe III., y alcanzó bastantes años del de su hijo, fué como el anillo que eslabonó la historia del progreso dramático de aquél y de éste. A beneficio de aquel impulso y del favor especial que les dispensaba el cuarto Felipe, brotaron ingenios como Calderon, Velez de Guevara, Montalvan, Tirso de Molina, Moreto, Rojas, Alarcon, Mira de Mescua, Mendoza, Fernando de Zárate, Solís y varios otros, que elevaron las obras dramáticas á un grado de perfeccion admirable; sin contar otra multitud de autores, si bien

Larreategui. — Discurso sobre la prohibicion ó permision de las comedias, por don Luis de Ulloa Pereira, en diciembre de 1649, dedicado al Excmo. Sr. duque de Medina de las Torres: en el mismo volúmen, pág. 226.



no de los de primer órden, pero de no escaso mérito, entre los cuales alguno, como Villaizan, tuvo la fortuna de atinar con el gusto del rey, que daba una conocida preferencia á sus comedias, y asistia siempre á ellas disfrazado. Hasta á los eclesiásticos, á los jesuitas, á los frailes, les alcanzó el furor de hacer comedias, aunque algunos, como el célebre predicador de S. M. el trinitario fray Hortensio Félix Palavicino, las hicieron de tan depravado gusto como lo eran sus sermones. Pero al lado de las malas y de las medianas se dieron á la estampa y á la escena multitud de obras maestras del arte, que elevaron el teatro español á su mayor altura, y tanto que sirvió de escuela y de modelo á los ingenios y á los teatros de otras naciones, y sobre ella se alzaron las obras inmortales de Corneille, de Racine, de Moliere, de Scarron, de Douville, de Quinault, y otros autores franceses (1).

Con tales autores y tales obras, y con la aficion y el favor que el arte obtenia del rey, de la córte y del público, no podian dejar de abundar los buenos actores y actrices, dignos intérpretes de tantas bellezas dramáticas. Sobresalieron en este género, la María

(1) Pellicer: Origen de la comedia. — Nicol. Anton: Biblioteca Nova.—Baena: Hijos de Madrid.—Fuster: Escritores valenc.—Rojas: Viages.—Pellicer: Notas al Quijote.—Ticknor: Hist. de la Literatura Española.—Puybusque: Historia comparada de las Literat. españ. y francesa.—Historia del teatro francés.—Huerta: Teatro Español.—Sismondi: Literatura del Mediodia de Europa.

Puybusque, en la nota 4.ª al cap. 6.º del tomo II. de su Historia comparada de la literatura española y francesa, inserta un largo catálogo de autores franceses que tradujeron piezas españolas de la segunda mitad del siglo XVII.

Calderon, á quien hicieron mas famosa los amores reales que los que tantas veces fingiria en el proscenio; la Baltasara, que acabó llorando en el retiro y en la soledad los ruidosos y alegres goces de su anterior vida de cómica; María Riquelme, el tipo opuesto, porque se distinguió por su recato y sus virtudes durante el ejercicio de su profesion; Francisca Beson, cuya fama creció en los teatros de Francia, de donde vino llena de palmas, de escudos, de años y de enfermedades; María de Córdoba, conocida por el sobrenombre de Amarilis; Bárbara Coronel, varonil como su apellido, y que dejó larga fama por sus aventuras; Josefa Vaca, que agradaba tanto por su belleza como por su habilidad, y tuvo tambien la fortuna de unirse al príncipe de los representantes, que así llamaban á su marido Alonso Morales; Roque de Figueroa, los dos Olmedos, Sebastian de Castro, que acompañó á la infanta doña María Teresa, reina de Francia, á París, representó con grande aplauso en la capital de aquel reino comedias españolas, y volvió cargado de coronas y de dinero; el gracioso y desvergonzado Juan Rana, animacion de los espectáculos, y alegría de los espectadores; con otros que no hay para qué enumerar.

Si bien la literatura dramática fué la que alcanzó la palma en este reinado, no dejó tambien de cultivarse la poesía épica y la lírica, la novela, las obras y artículos de costumbres, y otros ramos de las bellas

letras. Los nombres de Quevedo, el príncipe de los ingenios, político, filósofo, moralista, poeta, romancero, narrador y crítico; de Melo y Moncada, joyas entre los historiadores de sucesos particulares; del divino Rioja, el inimitable cantor de las *Ruinas de Itálica*; de Juan de Jáuregui, el traductor de *Aminta*, que tuvo la rara gloria de superar al original; de Espinosa y Villegas, el Teócrito y el Anacreon españoles, serian bastantes, cuando otros no hubiera, para dar honra y lustre á la cultura intelectual y al progreso literario de un reinado; cuanto mas que si citamos á los que se aventajaron mas en cada género, no nos toca poner el catálogo de todos los que lograron alcanzar un nombre honroso en la república literaria.

Verdad es, que en cambio de este desarrollo de la poesía, y de todo lo que se comprende bajo el nombre de buenas letras, nótase un vacío lamentable en los conocimientos filosóficos y en el estudio de las matemáticas, de la física y de las demas ciencias exactas. Como en medio de un vasto arenal sorprende encontrar un árbol frandoso, así se estraña hallar en este reinado el libro de las *Empresas políticas* de Saavedra, donde al lado de una filosofía profunda, y de un exacto conocimiento del corazon humano, se ve campear la libertad del espíritu en materias que ó no se trataban ó se trataban con encogimiento; bien que le favoreció haberle meditado y escrito en tierra

estraña [1]. Así en materias de economía y administracion se encuentra tambien con estrañeza, la *Conservacion de Monarquías* de Navarrete, donde al lado de los errores de la época en lo relativo á la administracion económica de los estados, errores que, como otras veces hemos dicho, eran comunes á todas las naciones y no esclusivos de España, se leen máximas muy provechosas acerca de la acumulacion de bienes en manos muertas, del crecido número de comunidades religiosas, de la inconveniencia de las pequeñas vinculaciones, y otros puntos de gobierno económico. Por lo demás, aun en las ciencias teológica y jurídica, en aquellos siglos tan cultivadas, se vé ya cuánto se dejaron llevar los mejores talentos hácia el escolasticismo y el comentarismo, que hicieron de las dos ciencias, así en las escuelas como en los libros, dos fuentes de interminables y estériles controversias, de acalorados bandos, de difíciles acertijos, útiles solo para aguzar los ingenios y ponerlos en tortura, pero con los cuales perdió mas que ganó la antigua y sólida teología positiva de los Santos Padres y la verdadera ciencia del derecho.

La causa y razon de haber progresado tanto el drama, la poesía, y la bella y amena literatura, al paso

(1) Capmany considera á don Diego Saavedra y Fajardo como maestro en los dos géneros, el grave y el ligero, y Puibusque le reputa el primer escritor del reinado de Felipe IV. Además de las *Empresas políticas* escribió la *República literaria*, y la *Corona Gótica, Castellana y Austriaca*.

que, ó se estacionaban, ó se corrompian, ó se abandonaban del todo otros ramos del saber, precisamente los de mas importancia y los de mas utilidad, la hemos señalado ya otras veces, porque no era solo propia de este reinado, sino que radicaba en los anteriores y venia de ellos. Ya en nuestra reseña crítica del siglo XVI. dijimos que la Inquisicion, comprimiendo y avasallando los espíritus y poniendo trabas al pensamiento y cortando su vuelo en la libre emision de sus ideas, en todo lo que pudiera rozarse con las materias que aquel adusto tribunal habia hecho objeto de su escrupuloso exámen y de sus severos fallos, los ingenios españoles se refugiaron por necesidad y por instinto al campo neutral de la poesía y de las bellas letras, que era el menos peligroso y el mas desembarazado y libre. En el reinado de Felipe IV. llevaba ya la Inquisicion siglo y medio de no interrumpido ejercicio, así como en este tiempo habia sido trabajado, cultivado y sembrado, y dado ya escelentes y abundantes frutos el campo de la amena literatura. Fuéles pues fácil á los ingenios de este reinado, protegidos además por el príncipe que gobernaba la monarquía, mejorar y perfeccionar aquellos frutos, y progresar en la senda que encontraron abierta y trillada.

Pero este mismo progreso y desarrollo, esta misma perfeccion de la literatura, tenia que traer su propia corrupcion y decadencia, si no se enriquecia con otros conocimientos humanos que habian de alimentarla y



darle nueva vida, y esto es lo que aconteció con rapidez maravillosa antes de terminar el reinado de Felipe IV. Siendo la poesía, no una ciencia, sino una forma y una manifestacion de las ideas preexistentes en una época, si los conocimientos en otros ramos del saber no venian á enriquecerla, si se encerraba en sus propios y estrechos límites, tenia que acabar por devorarse á sí misma. El que se sintiera con génio creador y aspirára á ser original, no pudiendo serlo en el fondo habia de querer señalarse y distinguirse de sus antecesores en la forma, y en ella habia de buscar la gloria que ya no podia alcanzar ni por la imitacion ni por el perfeccionamiento. Esto fué lo que le aconteció á Góngora, inventando para singularizarse aquella afectada cultura, que de su nombre se llamó *Gongorismo*. Y por eso tuvo pronto su escuela tantos sectarios, porque descubrió una ingeniosa y nueva aunque viciosa manera de lucir las galas del ingenio. Plagóse al instante el campo literario de imitadores de aquel culteranismo, y se estragó y corrompió rápidamente el gusto de la buena y clásica literatura.

En vano intentaron atajar el progreso de la nueva escuela ingenios como Quevedo, Lope, Rioja y Jáuregui, descargando algunos sobre ella los terribles golpes de la crítica y las punzantes saetas de la sátira (1). El contagio los alcanzó á ellos mismos, y no les

(1) Lope declaró una guerra á muerte á lo que él llamaba *la ger-*



fué posible detener la corriente de aquella epidemia. Por el contrario hubo otros, como Gracian, que asistido de su amigo Lastanosa, quisieron reducir á reglas lo que era un deplorable estravío (1). Ello es que la peste del culteranismo cundió y se estendió á todos los escritos, hasta á los históricos, y no se estampaba libro, ni se publicaba romance, ni se predicaba sermon, que no estuviese salpicado, cuando no atestado de palabras ampulosas, de conceptillos agudos, de pedantescos retruécanos, de voces latinizadas ó grie-

ga cultidiablesca, y escribió aquel famoso soneto que concluia:

¿Entiendes, Fabio, lo que voy diciendo?
—¡Y cómd si lo entiendo!—Mientes, Fabio,
Que soy yo quien lo digo, y no lo entiendo.

Quevedo escribió contra el culteranismo, *El libro de todas las cosas y otras muchas mas*. Y bien conocido es el escrito titulado: *La culta latini-parla*. Jáuregui escribió su *Discurso poético contra el hablar culto y oscuro*.

(1) En su *Agudeza y arte de ingenio*. No conocemos nada que dé mas cabal idea de la ridicula estravagancia á que llegó el mal gusto que la siguiente composicion de Bartolomé Gracian, por otra parte tan circunspecto y grave en otras obras. Describe la aproximacion del estío, y dice:

Despues que en el celeste anfiteatro
El ginete del dia
Sobre Flegonte toreó valiente
Al luminoso toro,
Vibrando por rejones rayos de oro;
Aplaudiendo sus suertes
El hermoso espectáculo de estrellas,
Turba de damas bellas,
Que á gozar de su talle alegre mora
Encima los balcones de la Aurora.
Despues que en singular metamorfósis
Con talones de pluma
Y con cresta de fuego,
A la gran multitud de astros lucientes,
Gallinas de los campos celestiales,
Presidió gallo el boquirubio Febo,
Entre los pollos del tindario huevo, etc.

gas, de violentas trasposiciones, de forzadas é ininteligibles alegorías, dándose mayor mérito á lo que menos se comprendia, y llegando á ser verdad aquello de: «soy yo quien lo digo y no lo entiendo,» y lo de: «mas me confundo cuanto mas lo leo.» Y aun en el principio todavía al través de la corrupcion se conservaban y entreveian pensamientos y formas de la buena escuela clásica, pero despues se abusó hasta del mismo gongorismo, y apoderándose de él los talentos vulgares, llegó el mal gusto despues de Felipe IV. á su mayor depravacion y envilecimiento.

Concluiremos esta breve reseña del progreso y decadencia de nuestra literatura con las siguientes elocuentes palabras de uno de nuestros mas respetables críticos contemporáneos: «Así acabó la poesía castellana: en su juventud mas tierna le bastaron para adorno las flores del campo con que la habia engalanado Garcilaso: en las buenas composiciones de Herrera y de Rioja se presenta con la ostentacion de una hermosa dama ricamente ataviada: en Balbuena, Jáuregui y Lope de Vega, con alguna libertad y abandono, conserva todavía gentileza y hermosura; pero desfiiguradas sus formas con las contorsiones á que la obligan Góngora y Quevedo, se abandona despues á la turba de bárbaros que acaban de corromperla. Desde entonces sus movimientos son convulsiones, sus colores postizos, sus joyas piedras falsas y oropel grosero; y vieja y decrépita, no ha-

ce mas que delirar puerilmente, secarse y perecer [1].»

Las artes liberales siguieron en este reinado casi las mismas vicisitudes de elevacion y abatimiento que las buenas letras. Desde los tiempos del emperador habia venido cultivándose y prosperando en España el noble arte de la pintura. Las causas las señalamos ya tambien en otra parte. Despues de Cárlos de Austria habian seguido favoreciéndola los Felipes II. y III. Felipe IV. no se mostró menos aficionado á la pintura y á los pintores que á la literatura y á los literatos, y era de aquellos monarcas que parecia consolarse, ya que olvidarse no, de las desgracias de su reino y de los errores de sus hombres políticos, entre los artistas y los hombres de letras. Y así como su vicio por las comedias fué una de las causas que hicieron florecer hasta el grado que hemos visto el arte dramático, así otro de sus defectos, el de la vanidad, ayudó no poco á dar á la pintura y á los pintores aquella consideracion y aquel realce que alcanzaron en su tiempo: como quien tenia gusto y aun afan por que los mejores profesores de sus dominios, así españoles como flamencos é italianos, trasladaran al lienzo todos los rasgos de su persona en todas las edades y en todas las situaciones, por ver retratados todos los objetos de su amor, y encomendados al pincel todos los

(1) Quintana: cap. V. de la Introduccion al Tesoro del Parnaso español.

asuntos, hechos ó empresas que pudieran lisonjear su orgullo ó su amor propio.

Así se ve la historia personal de este rey con todas las alteraciones que en su fisonomía y en sus formas iba imprimiendo la edad, pintada por la mano del gran Velazquez; y obra de este hábil artista son tambien los retratos de toda la familia real y del favorito del monarca que decoran nuestro Museo nacional. Felipe IV. no reparaba en gastar los escudos de que necesitaba bien su tesoro para las primeras atenciones del Estado, en enviar á Velazquez á Italia para que comprára las mejores estátuas, medallas y cuadros que encontrára en aquel país de las artes. Los hechos de armas y las glorias militares de los primeros años de su reinado, las campañas del Monferrato y de la Alsacia, la hazaña y victoria de don Fernando Giron sobre la armada inglesa cerca de Cádiz, el triunfo de Nordlinghen, la famosa batalla de Fleurus, y otros sucesos célebres de las guerras de su tiempo, quedaron trasmitidos á la posteridad por los delicados y espresivos pinceles de los insignes artistas Leonardo, Carducci, Velazquez, Rubens, y Van-Dyk.

Con delicia y encanto se verán y contemplarán siempre los retratos y cuadros religiosos y místicos de Zurbarán, los severos é imponentes del Españoleto, las suavísimas vírgenes de Murillo, las hermosas flores de Arellano y Vender Hammen, y las obras maestras de Alonso Cano, pintor, arquitecto y escultor, lumbre-

ras artísticas de aquel reinado, junto con otros que figuran con honra al lado de estos preclaros genios, y de cuyas producciones inmortales están llenos nuestros museos y los palacios de nuestros reyes, como los palacios y los museos de otros monarcas y de otras naciones. Fué pues aquel el siglo de oro de la pintura, como lo fué de la literatura el de Felipe II.

Pero destinado estaba por desgracia el arte á decaer pronto, como las letras, como las armas, como los buenos capitanes, como todo lo que constituye la gloria de un estado. Síntomas de ello se veian ya en los últimos años de Felipe. Pocos años antes de su muerte y de la de Murillo, en 1660, los artistas de Sevilla que sobrevivieron á aquellos esclarecidos ingenios se reunieron para fundar una academia de pintura y dibujo, y con prestarse á suministrar gratuitamente todos los objetos y útiles necesarios para el ejercicio y cultivo del arte, á los veinte años dejó de existir la escuela por falta de alumnos y de profesores.

Sucedió tambien á la música lo que habia acontecido á la literatura. La gravedad, la melodía y el buen gusto que distinguia la música de nuestros templos, en los cuales se habia como encerrado el arte, fué reemplazada despues de la segunda mitad del siglo XVII. por las sutilezas del contrapunto; las notas como las letras fueron asaltadas por los cultistas y conceptistas; la afectacion y los juegos difíciles sustituye-

ron á la armonizacion sencilla, y las mismas causas y defectos que produjeron la decadencia de las buenas letras, corrompieron tambien el buen gusto de la música.

Así se preparó y verificó, por una consecuencia casi natural de su comun destino, la decadencia de las letras y de las artes, que habian llegado á su apogéo en este reinado.





INDICE DEL TOMO XVI.

PARTE TERCERA.

EDAD MODERNA.

DOMINACION DE LA CASA DE AUSTRIA.

LIBRO IV.

REINADO DE FELIPE IV.

CAPITULO I.

SITUACION INTERIOR DEL REINO.

De 1621 á 1626.

PAGINAS.



CAPITULO II.

GUERRAS ESTERIORES.

De 1621 á 1628.



CAPITULO III.

ITALIA.—ALEMANIA.—FLANDES.

De 1628 á 1637.

CAPITULO IV.

INTERIOR.

ADMINISTRACION: POLITICA: COSTUMBRES.

De 1626 á 1638.



CAPITULO V.

CAMPAÑAS DE FLANDES:

DE ITALIA: DEL ROSELLON: DE LA INDIA.

DE 1637 Á 1640.



PAGINAS.

CAPITULO VI.

REBELION Y GUERRA DE CATALUÑA.

1640.

PAGINAS.

CAPITULO VII.

REBELION Y EMANCIPACION DE PORTUGAL.

1640.

CAPITULO VIII.

LA GUERRA DE CATALUÑA.

De 1641 á 1643.

CAPITULO IX.

GUERRA DE PORTUGAL.

De 1641 á 1643.

CAPITULO X.

CAIDA DEL CONDE-DUQUE DE OLIVARES.

1643.



CAPITULO XI.

CATALUÑA.—PORTUGAL.—FLANDES.

LA PAZ DE WESTFALIA.

De 1643 á 1648.



CAPITULO XII.

ITALIA.

INSURRECCION DE NÁPOLES.

1647.—1648.

CAPITULO XIII.

LUCHA DE ESPAÑA EN FLANDES

CON FRANCIA É INGLATERRA.

De 1648 á 1659.

CAPITULO XIV.

SUMISION DE CATALUÑA.

GUERRA CON FRANCIA.

De 1648 á 1659.



CAPITULO XV.

PORTUGAL Y CASTILLA.

De 1648 á 1659.



CAPITULO XVI.

PAZ DE LOS PIRINEOS.

1659.—1660.

CAPITULO XVII.

PÉRDIDA DE PORTUGAL.

MUERTE DE FELIPE IV.

De 1660 á 1665.



CAPITULO XVIII.

CAUSAS DE LA DECADENCIA EN ESTE REINADO.

ESTADO DE LA MORAL, DE LA HACIENDA, DE LAS LETRAS Y LAS ARTES.



